





ANTONIO GARRIDO

LA ESCRIBA



Índice

RESUMEN	5
NOVIEMBRE	7
Capítulo 1.....	8
Capítulo 2.....	25
Capítulo 3.....	40
Capítulo 4.....	50
Capítulo 5.....	77
Capítulo 6.....	102
Capítulo 7.....	121
Capítulo 8.....	149
DICIEMBRE	168
Capítulo 9.....	169
Capítulo 10.....	174
Capítulo 11.....	185
Capítulo 12.....	207
Capítulo 13.....	228
Capítulo 14.....	245
Capítulo 15.....	271
Capítulo 16.....	292
ENERO	313
Capítulo 17.....	314
Capítulo 18.....	343
Capítulo 19.....	371
Capítulo 20.....	392
FEBRERO	411



Capítulo 21.....	412
Capítulo 22.....	440
Capítulo 23.....	466
Capítulo 24.....	487
Capítulo 25.....	500
MARZO	516
Capítulo 26.....	517
Capítulo 27.....	547
Capítulo 28.....	564
Capítulo 29.....	584
Capítulo 30.....	604
Capítulo 31.....	627
ABRIL.....	639
Capítulo 32.....	640
Epílogo	643
Todo es una novela.....	645



RESUMEN

¿Podrá la hija de un escriba decidir el destino de la cristiandad? Alemania, año 799. Se aproxima la coronación de Carlomagno. El emperador debe encargarse de la traducción de un documento de vital importancia. La labor recae en Gorgias, un experto escriba bizantino, quien debe realizar esta monumental tarea en absoluto secreto. Theresa, la hija de Gorgias, trabaja como aprendiz de escriba. La misteriosa desaparición de su padre la obliga a infiltrarse en una conspiración de ambición, poder y muerte, en la que nada es lo que parece.



Año 799 de Nuestro Señor Jesucristo

Ciudadela de Würzburg. Alta Franconia

Y el diablo llegó para quedarse.

Ya no sé por qué escribo: ayer murió Theresa, y tal vez pronto la acompañe. Hoy no hemos comido nada. Lo que consigo en el *scriptorium* apenas nos alcanza. Todo está desierto. La ciudad se muere.

Gorgias depositó la tablilla de cera en el suelo y se tumbó sobre el camastro. Antes de cerrar los ojos, rogó por el alma de su hija. Luego sólo alcanzó a recordar los terribles días que precedieron a la hambruna.



NOVIEMBRE



Capítulo 1

El día de Todos los Santos, en Würzburg no amaneció. Bajo la penumbra, los primeros jornaleros abandonaron sus viviendas y partieron hacia los campos, señalando el cielo sucio e hinchado como el vientre de una enorme vaca. Los perros olisquearon el temporal y aullaron, pero hombres, mujeres y niños continuaron su cansino desfile como un ejército sin alma. Poco después, una vorágine de nubarrones cegó el firmamento, y al rato vomitó tal torrente de agua que hasta los campesinos más avezados temblaron augurando la venida del fin del mundo.

Theresa aún dormitaba cuando su madre la avisó. La joven escuchó aturdida el golpeteo del granizo que amenazaba con derrumbar el tejado de zarzo y al instante comprendió que debía apresurarse. En un abrir y cerrar de ojos, madre e hija recogieron el pan y el queso que había sobre la mesa, añadieron algo de ropa a un hatillo improvisado y, tras asegurar puertas y ventanas, se unieron a la turba de desesperados que corría a guarecerse en la parte alta de la ciudad.

Cuando subían por la calle de los arcos, Theresa recordó haber olvidado sus tablillas de cera.

—Siga, madre. Yo vuelvo enseguida.

Pese a los gritos de Rutgarda, Theresa se perdió entre la multitud de campesinos que, empapados como ratas, huían en la dirección contraria.



Muchas callejuelas ya eran arroyos donde notaban cestos rotos, restos de leña, gallinas muertas y ropa destrozada. Sorteó el pasadizo de los curtidores saltando por encima de un carro atravesado entre dos viviendas hundidas y descendió por la calle vieja hasta alcanzar la trasera de su casa, donde sorprendió a un pilluelo que intentaba violentarla. Nada más acercarse le arreó un empujón, pero el muchacho, en vez de huir, corrió hacia otra vivienda y se coló por una ventana. Después de maldecirle, Theresa entró en su casa y de un baúl extrajo los utensilios de escritura, sus tablillas de cera y una Biblia de color esmeralda. Se santiguó, protegió todo bajo su capa y regresó lo más rápido que el agua le permitió al lugar donde aguardaba su madrastra.

De camino hacia la catedral, varias callejuelas desaparecieron bajo el lodo y un par de tejados volaron como si se tratara de hojarasca. Poco después, una violenta riada engullía el laberinto de casuchas que atestaba el arrabal, dejando tras de sí un reguero de desolación.

Las oraciones de los lugareños no impidieron que, en los días siguientes, la lluvia y la ventisca anegaran los campos hasta convertirlos en una balsa. Después llegaron las nieves; el Main se heló atrapando los esquifes de los pescadores, las ventiscas cegaron los pasos que comunicaban Würzburg con las llanuras de Fráncfort, y el suministro de víveres y mercancías quedó completamente interrumpido. Los fríos diezmaron las cosechas e hicieron estragos en los rebaños. Poco a poco, las provisiones se fueron agotando y el hambre se extendió como una enorme mancha de aceite. Algunos aldeanos malvendieron sus tierras, y quienes no encontraron el qué hubieron de vender a sus propias familias. De los insensatos que abandonaron la protección de las murallas para huir a los bosques, nunca más se supo. Algunos, llevados por la desesperación, se encomendaron a Dios y se arrojaron por los barrancos.



De la noche a la mañana, deambular por las callejas de Würzburg se convirtió en una terrible pesadilla. Los lodazales provocaban continuas caídas y los derrumbes obligaban a caminar lejos de los edificios. La gente se encerró en sus casas a la espera de un milagro, pero los chiquillos, desoyendo las advertencias de sus mayores, continuaban reuniéndose en los estercoleros de extramuros en busca de alguna rata con la que improvisar algún asado. Cuando lo lograban, festejaban la hazaña con canciones y gritos de júbilo, desfilaban por la calle mayor y enarbolaban con orgullo las piezas capturadas.

Pasadas dos semanas, los primeros cadáveres comenzaron a salpicar las calles de la ciudad. Los difuntos más afortunados recibieron sepultura en el pequeño camposanto adyacente a la iglesia de madera de Santa Adela, pero pronto flaquearon los voluntarios y los muertos se esparcieron por las rieras como si de una plaga se tratara. Algunos cadáveres se hinchaban como sapos, pero por lo general, las ratas los devoraban antes de que aquello sucediera. Muchos niños enfermaron de debilidad, mientras sus madres se desesperaban buscando inútilmente algo más que un poco de agua para ponerles a la mesa. A finales de mes, el olor a muerto impregnaba la ciudad, con las campanas de la catedral entonando su lúgubre resonar.

Por fortuna para Theresa, la catedral del condado generaba una exigua pero estable demanda de trabajadores, de modo que los laicos que prestaban sus servicios en los talleres diocesanos recibían como retribución un modio de grano a la semana. Respecto a las mujeres, de las pocas que servían, o agradaban a los hombres o lo hacían en las cocinas.

Tal vez por ese motivo, trabajar en el taller de los *percamenarii* suscitaba en Theresa sentimientos encontrados. Por una parte le incomodaba tener que soportar las miradas impúdicas de los



guarnicioneros, los comentarios sobre el tamaño de sus pechos e incluso algún roce más o menos disimulado, pero aquellas contrariedades se veían recompensadas cuando, a última hora, se quedaba a solas con los pergaminos. Entonces apilaba los pliegos llegados del *scriptorium*, y en lugar de coser los cuadernillos, aprovechaba para disfrutar de unos momentos de lectura. Polípticos, salterios, textos patrísticos e incluso códices paganos, suplían con sus relatos los rigores del trabajo y le inducían a pensar que tal vez ella sirviese algún día para algo más que hornear pasteles y fregar perolas.

Su padre, Gorgias, oficiaba de amanuense en el *scriptorium* episcopal, cerca del taller donde ella se desempeñaba como aprendiz. Theresa había accedido al puesto merced a la desgracia de Ferrucio, el anterior aprendiz, que había malogrado su porvenir el día que en un descuido se segó los tendones de una mano. Fue entonces cuando su padre la propuso para sustituirle. Sin embargo, desde el primer momento se encontró con la oposición de Korne, el maestro de *percamenarius*, quien argumentó sobre el mutable carácter femenino, la natural inclinación de la mujer a la disputa y el chismorreos, su incapacidad para manejar fardos pesados, y la frecuencia de sus menstros. Todo ello, a su entender, se revelaba inconciliable con una labor que requería sabiduría y destreza a partes iguales. Sin embargo, Theresa era capaz de leer y escribir con soltura, una habilidad de indudable valor en un lugar donde sobraban músculos y escaseaba el talento. Gracias a ello, y a la mediación de su padre, le había sido adjudicado el puesto. Cuando Rutgarda se enteró, no tardó en poner el grito en el cielo. Si Theresa hubiese sido una muchacha retrasada o enferma, tal vez hubiera entendido aquella decisión, pero era una joven agraciada, quizás algo delgada para los gustos de los mozos francos, pero de caderas amplias y pechos generosos; y eso sin mencionar su dentadura, completa y brillante como



la de pocas. Cualquier otra en su lugar habría buscado un buen marido que la preñase y mantuviese; pero no: Theresa tenía que echar a perder su juventud encerrada en un viejo taller de curas, trabajando en inútiles quehaceres de curas, y padeciendo las habladurías que rodeaban a las mujeres de los curas. Y lo peor: Rutgarda estaba convencida de que el culpable de aquella situación no era otro que el propio padre de la muchacha. Al final, Theresa había sucumbido a las absurdas ideas de Gorgias, siempre con la cabeza en el pasado, añorando su Bizancio natal, hablando de los beneficios del saber y la grandeza de los antiguos autores, como si aquellos sabios fuesen a regalarle un plato de garbanzos. Pasarían los años y de repente, un día, su hijastra se encontraría con las carnes flojas y las encías desnudas, y entonces lamentaría no haber encontrado un hombre que la alimentara y protegiera.

El último viernes de noviembre, Theresa despertó antes de lo acostumbrado. Solía madrugar para adecentar el corral y ocuparse de las gallinas, pero hacía tiempo que no quedaba pitanza que repartir, ni gallinas que alimentar. Aun así, se consideró afortunada. La tormenta que arrasó el arrabal había respetado los muros de su casa, y ni su padre ni su madrastra habían sufrido daños.

A la espera del amanecer, se acurrucó bajo las mantas y repasó mentalmente el examen al que se sometería horas más tarde. La semana anterior, Korne, el maestro de los *percamenarii*, había mostrado su oposición a realizarle la prueba de ingreso que ella había solicitado. Cuando el hombre se enteró, se agitó como un energúmeno objetando que nunca antes una mujer había desempeñado un puesto de oficial *de percamenarii*, y aún se enfadó más cuando ella le recordó que habían transcurrido los dos años estipulados que, conforme a las normas del gremio, habilitaban a cualquiera para demandar su ingreso en el oficio.



—Cualquier aprendiz que pueda levantar un fardo pesado —le había contestado Korne con gesto de asco.

Sin embargo, a última hora del jueves, Korne había aparecido en el taller con aire displicente para comunicarle que accedía a su petición, advirtiéndole además que el examen tendría lugar con carácter inmediato.

Aquella decisión había desatado los celos de Theresa, y pese a la alegría que le causaba la noticia, no dejaba de preguntarse por los motivos que habían llevado a Korne a un cambio tan repentino. Sin embargo, se sentía capacitada para superar la prueba: sabía distinguir un pergamino de piel de cordero de uno elaborado con vitela de cabra, era capaz de tensar y atamborar las pieles húmedas mejor que el propio Korne, y podía restañar marcas de flechas y mordeduras hasta dejar los cueros tan blancos y limpios como el culo de un recién nacido. Y aquello era lo único que le importaba.

No obstante, cuando llegó el momento de levantarse, no pudo evitar que un escalofrío le sacudiese el espinazo.

Se incorporó a tientas y descolgó la raída manta que separaba su camastro del de sus padres, se la ciñó al cuerpo y, tras atársela con un trozo de cuerda, salió de la estancia procurando no hacer ruido. Luego de aliviarse en el corral, se adecentó con un poco de agua helada y regresó corriendo a la vivienda. Una vez dentro, encendió una pequeña lamparilla de aceite y se sentó sobre un arcón. La llama iluminó débilmente la única sala de la casa, un cubículo rectangular donde a duras penas cabía una familia. En el centro ardía el hogar, excavado en el suelo sobre una húmeda plasta de tierra.

El frío dolía y las ascuas comenzaban a flaquear, así que añadió un poco de turba y avivó el fuego con un palo. Después agarró un perol



requemado y comenzó a rascar los restos de gachas, hasta que oyó una voz a sus espaldas.

—¿Se puede saber qué demonios haces? ¡Anda! Regresa a la cama.

Theresa se giró y miró a su padre. Lamentaba haberle despertado.

—Es por el examen. No logro dormir —se excusó a media voz.

Gorgias se desperezó y se acercó a la lumbre murmurando de mala gana. El resplandor iluminó una cara huesuda bajo una maraña de pelo cano. Se sentó junto a Theresa y la apretó contra él.

—No es por eso, hija mía. Es por este frío, que acabará matándonos a todos —susurró mientras le frotaba las manos—. Y olvida esas gachas, que no las comerían ni las ratas. Ya encontrará tu madre algo para desayunar. Ahora lo que has de hacer es dejarte de vergüenzas y usar esa manta para abrigarte por las noches, en vez de dejarla colgada ahí, en medio de la habitación como si fuera una cortina.

—Padre, si no lo hago por vergüenza —mintió—. La coloco para no molestar mientras leo.

—Me da igual por qué lo hagas. Un día te encontraremos tiesa como un carámbano y ya no hará falta que nos pongamos de acuerdo.

Theresa sonrió y volvió a raspar las gachas. Le sirvió una ración que su padre devoró mientras la escuchaba.

—Es por esa prueba. Ayer, cuando Korne accedió a examinarme, hubo algo extraño en su mirada. No sé... algo que me preocupó.

Gorgias sonrió paternalmente y le revolvió el pelo. Le aseguró que todo iría bien.

—Si sabes más de pergaminos que el propio Korne. A ese viejo lo que le irrita es que sus hijos, tras diez años de oficio, no sean capaces de distinguir la piel de un borrico de un códice de san Agustín. Dentro de



un rato te dará unos pliegos para que los encuadernes, lo harás a la perfección y te convertirás en la primera oficial *de percamenarius* de Würzburg. Le guste o no a Korne.

—No sé, padre... Él no permitirá que una recién llegada...

—¿Y qué si no está dispuesto? Korne será maestro *de percamenarius*, pero el dueño del taller es Wilfred, y no olvides que también estará presente.

—¡Ojalá! —dijo Theresa al tiempo que se levantaba.

Comenzó a amanecer. Gorgias se puso en pie y se estiró como un gato.

—Bueno. Aguarda a que seque los estilos y te acompaño hasta el taller, que a estas horas no conviene que una belleza ande sola por la ciudadela.

Mientras Gorgias preparaba sus utensilios, Theresa se entretuvo observando el hermoso laberinto que la nieve había dibujado sobre los tejados de la villa. Para entonces, el sol comenzaba a derramarse por las callejuelas, tamizando los edificios de un suave color ámbar. En el arrabal, al abrigo de las murallas, las covachas de madera se apretujaban unas contra otras como si se disputaran el trozo de suelo sobre el que debían aguantarse, al contrario que en la zona alta, donde las construcciones fortificadas festoneaban orgullosas los pasajes y las plazas. Theresa no alcanzaba a comprender cómo un lugar tan hermoso podía haberse transformado en un horrible cementerio.

—¡Por el arcángel san Gabriel! —exclamó Gorgias—. ¡Al fin estrenas tu vestido nuevo!

Theresa sonrió. Meses antes, su padre le había regalado aquel precioso vestido, teñido de un azul tan intenso como un cielo de verano. Lo hizo



con motivo de su vigésimo tercer cumpleaños, pero ella lo había guardado a la espera de una ocasión apropiada. Antes de salir se acercó al jergón donde dormitaba su madrastra y la besó en la mejilla.

—Deséame suerte —le susurró al oído.

Rutgarda refunfuñó y asintió con la cabeza, pero cuando los dos salieron de la casa, rezó para que Theresa suspendiera la prueba.

Padre e hija ascendieron a paso ligero por el camino de la herrería, con Gorgias ocupando el centro de la calle para evitar los rincones en que pudiera ocultarse cualquier indeseable. En su mano derecha empuñaba una antorcha mientras con la otra abrazaba a Theresa y la abrigaba con su capa. A la altura del mirador se cruzaron con un grupo de vigías que bajaban en dirección a las murallas. Poco después coronaron la subida y giraron por la calle de los caballeros hacia la plaza de la catedral. Allí bordearon la iglesia hasta divisar el edificio del taller, una construcción de madera extensa y achaparrada, a espaldas del baptisterio.

Faltaban unos pasos para alcanzar la entrada cuando, inesperadamente, una sombra surgida de la oscuridad se abalanzó sobre ellos. Gorgias intentó reaccionar, pero apenas si tuvo tiempo de apartar a Theresa y empujarla a un lado. En ese momento resplandeció un cuchillo y la antorcha rodó calle abajo hasta precipitarse por un cortado. Theresa se apartó a la vez que gritaba viendo cómo los dos hombres rodaban por el suelo. Desesperada, corrió en busca de auxilio hasta la puerta del taller, que aporreó con toda su alma. Sintió cómo los nudillos se le despellejaban, pero siguió gritando y golpeando la puerta. A sus espaldas oía el forcejeo de los dos hombres luchando por sus vidas. Volvió a patear la maldita puerta pero nadie respondió. De haber podido, la habría echado abajo y habría sacado a rastras a sus ocupantes. Exasperada, se dio la vuelta y echó a correr pidiendo ayuda. En ese instante oyó la voz de su padre conminándole a que se alejara.



Theresa se detuvo sin saber qué hacer. De improviso, los dos contendientes rodaron y desaparecieron por un terraplén. La joven recordó a los soldados con que se habían cruzado momentos antes y se lanzó calle abajo con la esperanza de encontrarlos. Sin embargo, antes de llegar al mirador volvió a detenerse, insegura de alcanzarlos y más aún de convencerles. Entonces volvió rápida sobre sus pasos para encontrarse con dos desconocidos que se afanaban en atender a un ensangrentado. Conforme se acercaba reconoció a Korne y a uno de sus hijos, intentando levantar el cuerpo inerte de su padre.

—¡Por Dios! —gritó Korne a Theresa—. Corre adentro y dile a mi mujer que prepare un caldero con agua caliente. Tu padre está malherido.

Theresa no vaciló. Subió a trompicones hasta los altillos donde vivía el *percamenarius* y gritó pidiendo ayuda. Tiempo atrás, aquel lugar se había utilizado como almacén, pero el año anterior Korne lo había acondicionado como vivienda añadiendo unos sólidos andamiajes. Una gruesa mujer a medio vestir asomó su cara adormilada con una vela en las manos.

—¡Pero por todos los santos!, ¿qué gritos son éstos? —exclamó mientras se santiguaba.

—Es mi padre. ¡Deprisa, por amor de Dios! —suplicó desesperada.

La mujer bajó a saltos por la escalera intentando cubrirse las vergüenzas. Cuando llegó abajo, Korne y su hijo entraban por la puerta.

—Esa agua, mujer, ¿todavía no la has preparado? —bramó Korne—. Y luz. Necesitamos más luz.

Theresa corrió al taller y rebuscó entre el desbarajuste de herramientas que yacían desperdigadas sobre las mesas de trabajo. Encontró unas lamparillas de aceite, pero estaban agotadas. Al final dio con un par de



velas, perdidas bajo un montón de retales. Una de ellas rodó bajo la mesa y desapareció en la oscuridad. Theresa cogió la otra y se apresuró a encenderla. Entretanto, Korne y su hijo habían apartado los cueros de una de las mesas para depositar el cuerpo de Gorgias. El *percamenarius* ordenó a Theresa que limpiara las heridas mientras él se proveía de unos cuchillos, pero la muchacha no le escuchó. Absorta, aproximó la vela y observó con horror el tremendo tajo que su padre presentaba a la altura de la muñeca. Nunca antes había visto una herida así. La sangre manaba a borbotones y empapaba ropa, pieles y códices sin que Theresa supiera qué hacer para evitarlo. Uno de los perros de Korne se acercó a la mesa y comenzó a lamer la sangre que goteaba en el suelo, pero en ese momento regresó Korne y apartó al perro de una patada.

—Alumbra aquí —espetó.

Theresa acercó la llama al lugar que *el percamenarius* le indicaba. Luego el hombre arrancó una membrana de un bastidor cercano y extendió la piel en el suelo. Después, con la ayuda de un cuchillo y un listón de madera cortó la piel en tiras y unió los extremos hasta formar un largo cordón.

—Quítale la ropa —le ordenó—. Y tú, mujer, trae el agua de una maldita vez.

—¡Bendito sea Dios! Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó la mujer, asustada—. ¿Estáis bien?

—Déjate de chácharas y trae el condenado puchero —maldijo Korne dando un puñetazo sobre la mesa.

Theresa comenzó a desvestir a su padre, pero la mujer de Korne la apartó sin contemplaciones para hacerse cargo ella. Una vez desnudo, lo lavó con esmero utilizando un retal de piel y agua recién calentada. Korne examinó con detenimiento las heridas, advirtiendo varios cortes



en la espalda y alguno más en los hombros. Sin embargo, el que más le preocupó fue el del brazo derecho.

—Aguanta aquí —dijo Korne mientras sujetaba en alto el brazo de Gorgias.

Theresa obedeció sin prestar atención al reguero de sangre que empapaba su propio vestido.

—Muchacho —dijo *el percamenarius* a su hijo—. Corre a la fortaleza y avisa al físico. Dile que es urgente.

El mozo salió corriendo y Korne se volvió hacia Theresa.

—Ahora, cuando te avise, quiero que flexiones su brazo por el codo y lo aprietes contra su pecho. ¿Lo has entendido?

Theresa asintió sin dejar de mirar a su padre. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

El *percamenarius* anudó el cordón de cuero por encima de la herida y le dio varias vueltas antes de apretarlo con firmeza. Gorgias pareció recobrar el conocimiento, pero fue sólo un espasmo, si bien al poco dejó de sangrar. Entonces Korne hizo un gesto a Theresa y ésta flexionó el codo de Gorgias, tal como Korne le había indicado.

—Bueno. Lo peor ya ha pasado. Las otras heridas parecen menos graves, aunque habrá que esperar a la opinión del físico. También presenta golpes, pero creo que los huesos están en su sitio. Vamos a taparlo para que se caliente un poco.

En ese momento Gorgias tosió con fuerza y dio varias arcadas entre gestos de dolor. Al entreabrir los párpados vio a Theresa sollozando.

—Gracias al cielo —dijo con voz entrecortada—. ¿Te encuentras bien, hija?



—Sí, padre —lloró—. Pensé que podría pedir ayuda a los soldados y corrí a buscarlos, pero no los alcancé, y luego, cuando di la vuelta... —No pudo terminar la frase, ahogada por su propio llanto.

Gorgias le cogió la mano y la atrajo hacia él con gesto de aprobación. Después intentó decir algo, pero volvió a toser y perdió el conocimiento.

—Ahora conviene que descanse —dijo la mujer apartando a Theresa con delicadeza—. Y deja de llorar, que tanta lágrima no arreglará nada.

Theresa asintió. Por un momento pensó en avisar a su madre, pero enseguida descartó la idea. Ordenaría el taller a la espera del médico y cuando supiera del alcance de las heridas le informaría del problema. Mientras tanto, Korne, provisto de un cuenco con aceite, se apresuró a rellenar las lamparillas.

—La de veces que me entran ganas de untar un mendrugo —se lamentó él *percamenarius*.

Cuando terminó con la última, la estancia cobró el aspecto de una covacha iluminada por teas. Theresa se ocupó de recoger la maraña de agujas, cuchillos, *lunellii*, mazos, pergaminos y tarros con cola que se amontonaban desordenados entre las mesas y los bastidores. Después, como de costumbre, separó las herramientas según su función, y tras limpiarlas cuidadosamente las colocó en los estantes correspondientes. Luego se dirigió a su banco de trabajo para comprobar las reservas de talco y pulimento, así como la limpieza de la superficie. Cuando terminó, regresó junto a su padre.

No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que llegó Zenón, el cirujano, un hombrecillo sucio y desgredado cuyo olor a sudor competía con el de su aliento a vino barato. Traía una saca al hombro y parecía medio dormido. Entró en el taller sin saludar y tras un rápido vistazo se dirigió al sitio donde descansaba Gorgias. Luego abrió la talega y sacó una



pequeña sierra metálica, varios cuchillos y un minúsculo cofre del que extrajo unas agujas y un rollo de cordel. El cirujano depositó los instrumentos sobre la barriga de Gorgias y pidió algo más de luz. Después se escupió varias veces en las manos, insistiendo en la sangre reseca que permanecía adherida a sus uñas, y a continuación empuñó la sierra con firmeza. Theresa palideció cuando el hombrecillo acercó el instrumento al codo de Gorgias, pero por fortuna lo empleó para segar el torniquete que momentos antes le había practicado Korne. La sangre volvió a manar, pero a Zenón no le alarmó.

—Bien hecho, aunque demasiado apretado —reconoció el hombrecillo—. ¿Os quedan tiras de cuero?

Korne le acercó una larga que el cirujano agarró sin quitar la vista de Gorgias. La anudó con pericia y comenzó a trabajar en el brazo herido con la misma despreocupación que quien rellena un pavo.

—Cada día sucede lo mismo —dijo sin levantar la cabeza de la herida—. Ayer le abrieron las tripas a la vieja Bertha, en la calle baja. Y hace dos días encontraron a Siderico, el tonelero, con la cabeza machacada a la puerta de su corral. ¿Y para qué? Pues para robarle no sé qué cosa, si el pobre desgraciado no tenía ni para alimentar a sus hijos.

Zenón parecía conocer bien su oficio. Cosía carne y suturaba venas con la agilidad de una costurera mientras escupía sobre el cuchillo para mantenerlo limpio. Terminó con el brazo y siguió con el resto de las heridas, a las que aplicó un ungüento oscuro que extrajo de un cuenco de madera. Por último, vendó la extremidad con unos paños de lino que anunció como recién lavados pese a las manchas que lucían.

—Bueno —dijo mientras se pasaba las manos por la pechera—. Esto ya está. Un poco de cuidado, y en un par de días...

—¿Se curará? —se anticipó Theresa.



—Puede que sí... Aunque claro: también puede que no.

El hombre rio estrepitosamente. A continuación rebuscó en la talega hasta encontrar un frasco de cristal que contenía un líquido oscuro. Theresa imaginó que se trataría de algún tónico, pero el hombre lo destapó y echó un buen trago.

—¡Por el santo Pancracio! Este licor reavivaría a un muerto. ¿Quieres un poco? —ofreció el hombrecillo, acercando el frasco a la nariz de Theresa.

La joven denegó con la cabeza. El cirujano repitió el gesto a Korne, quien respondió con un par de sorbos largos.

—Las heridas de cuchillo son como los hijos: todos se hacen de la misma forma, pero nunca salen dos iguales —rió—. El que cure o muera no depende de mí. El brazo está bien cosido, pero la herida es profunda y tal vez haya afectado a los tendones. Ahora sólo resta esperar, y si en una semana no aparecen pústulas ni abscesos... Toma —dijo el hombre sacando una bolsita de su refajo—. Aplícale estos polvos varias veces al día, y no le laves mucho la herida.

Theresa asintió.

—En cuanto a mis honorarios... —añadió al tiempo que propinaba un azote al trasero de la muchacha—, no te preocupes, que ya me pagará el conde Wilfred. —Y volvió a reír mientras recogía su instrumental.

Theresa enrojeció de indignación. Odiaba aquel tipo de libertades, y de no ser porque Zenón acababa de asistir a su padre, Dios sabe si le habría estrellado el frasco de vino en su estúpida cabeza. Sin embargo, antes de que pudiese protestar, el cirujano agarró la puerta y se marchó canturreando una melodía sin letra.



Entretanto, la mujer de Korne había subido a los altillos y regresado con unas tortas de manteca.

—Traje una para tu padre —comentó con una sonrisa.

—Se lo agradezco. Ayer apenas si probamos un cuenco de gachas —se lamentó—. Cada vez nos llega menos la comida. Mi madre dice que somos afortunados, pero lo cierto es que casi no puede levantarse de la cama. Por la debilidad, ¿sabe?

—Bueno, hija, así estamos todos —contestó la mujer—. Si no fuese por el aprecio que Wilfred muestra por los libros, a estas horas nos comeríamos las uñas.

Theresa cogió una torta que mordisqueó con delicadeza, como si temiese hacerle daño. Luego dio un bocado más grande, paladeando la dulzura de la miel y la canela; aspiró profundamente su aroma intentando atraparlo en su interior, y deslizó la lengua por la comisura de sus labios para no perder ni la más pequeña miga. Luego guardó el trozo restante en un bolso de la falda con la intención de entregárselo a su madre. En cierta medida, se avergonzaba por disfrutar de aquella delicia mientras su padre yacía inconsciente sobre la mesa, pero el hambre atrasada pudo más que sus remordimientos y se sumió en el reconfortante sabor de la cálida manteca. En ese momento, unas toses atrajeron su atención.

La muchacha se volvió y advirtió que su padre se estaba despertando. Corrió junto a él para evitar que se incorporara, pero Gorgias no atendió a razones. Parecía azorado, y miraba de un lado a otro como si buscase algo. Korne lo advirtió y acudió de inmediato.

—¿Y mi bolsa? ¿Dónde está mi bolsa?

—Cálmate, Gorgias. Está ahí al lado, junto a la puerta —dijo Korne señalando la talega.



Gorgias bajó de la mesa a duras penas. Al agacharse emitió un gruñido y un rictus de dolor le paralizó, pero tras un momento de vacilación, abrió la bolsa y miró en su interior. Con el brazo sano rebuscó nerviosamente entre sus instrumentos de escritura. Maldecía sin parar y miraba alrededor como si echase en falta algo. Cada vez más irritado, volcó el contenido y lo desparramó por el suelo. Las plumas y los estilos rodaron por el pavimento.

—¿Quién lo ha cogido? ¿Dónde está? —gritó.

—¿Dónde está el qué? —preguntó Korne.

Gorgias lo miró con la ira salpicando su rostro desencajado, pero se mordió la lengua y giró la cabeza. Luego volvió a remover los utensilios y volteó la bolsa hasta ponerla del revés. Cuando se convenció de que no quedaba nada, se levantó y caminó hasta una silla cercana en la que se dejó caer. Luego cerró los ojos y susurró una plegaria por su alma.



Capítulo 2

A media mañana, las voces de los mozos devolvieron a Gorgias al mundo de los vivos.

Hasta ese momento había permanecido tumbado, con la cabeza ladeada y la mirada perdida, tan ajeno a los consejos de Korne como a los gestos de cariño de Theresa. Sin embargo, poco a poco su rostro pareció ir recuperando la cordura, y tras unos instantes de desconcierto alzó la vista para requerir la presencia de Korne. El *percamenarius* se mostró complacido al comprobar su mejoría, pero cuando Gorgias le preguntó sobre su agresor, cambió el semblante y afirmó no recordar ningún detalle.

—Cuando acudimos a socorrerte, quienquiera que fuera ya había huido.

Gorgias torció el gesto y masculló una maldición ahogada en una mueca de dolor. Luego se levantó y comenzó a deambular por el taller como una fiera acosada. Mientras iba y venía, intentó evocar el rostro de su agresor, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles. La oscuridad y lo inesperado del asalto habían enmascarado la identidad del asaltante. Se encontraba débil y confuso, así que solicitó a Korne que uno de sus hijos le acompañara hasta el *scriptorium*.

Tras la marcha de Gorgias, los jornaleros olvidaron sus miramientos y poco a poco el taller recuperó su habitual bullicio. Los más jóvenes



esparcieron tierra sobre la sangre derramada y limpiaron la mesa mientras los oficiales se lamentaban del desorden ocasionado. Theresa elevó una breve plegaria por la mejoría de su padre y a continuación se encomendó con diligencia a las tareas propias de su cargo. En primer lugar limpió y recogió la basura acumulada durante el día anterior. Luego separó los retales de cuero más estropeados y los colocó en el tonel de los despojos, donde deberían permanecer pudriéndose hasta el momento en que el recipiente se llenara. Por desgracia, el barril se encontraba a rebosar, por lo que hubo de extraer el contenido y trasegarlo a las tinajas de maceración, para una vez macerado, machacado y cocido, elaborar la cola que los oficiales utilizarían luego como adhesivo. Cuando terminó, se cubrió con un saco para protegerse de la lluvia y se dirigió hacia las balsas instaladas a cielo abierto en el desvencijado patio interior.

Ya en el atrio, Theresa observó la instalación con detenimiento.

Los estanques, de forma cuadrangular y en un número de siete, se distribuían desordenadamente en torno al pozo central, de forma que las pieles desolladas pudieran trasladarse sin dificultad entre ellos, conforme al habitual proceso de corte, afeitado y raspado. La joven observó las pieles blanquecinas flotando sobre el agua como escuálidos cadáveres. Odiaba el hedor ácido y penetrante que desprendían aquellos cueros descarnados.

En cierta ocasión, y coincidiendo con un severo enfriamiento, solicitó a Korne que la relevase por unos días, porque la humedad y los cáusticos de los estanques empeoraban sus pulmones, pero lo único que obtuvo fue un bofetón y una risotada de desprecio. Nunca más protestó. Cuando Korne se lo ordenaba, se recogía la falda, aspiraba el aire tan profundamente como su pecho le permitía y, conteniendo la respiración, se introducía en los estanques para remover aquellas sábanas arrugadas.



Contemplaba los estanques cuando alguien se acercó por su espalda.

—¿Todavía te repugnan?... ¿O acaso piensas que no sea cometido propio para la nariz de una *percamenarius*?

Theresa se giró para darse de bruces con la sardónica sonrisa de Korne. La lluvia resbalaba sobre su rostro grotesco encharcando sus encías desnudas. Como siempre, apestaba a incienso, pues lo empleaba en abundancia para disimular su habitual olor a rancio. De buena gana le habría explicado a Korne la naturaleza de sus pensamientos, pero se mordió la lengua y bajó la cabeza. Después de tanto sacrificio, no estaba dispuesta a caer en sus provocaciones, y si lo que pretendía era valerse de una excusa para reprobarla, desde luego iba a tener que esforzarse.

—Sea como fuere —continuó *el percamenarius*—, debo confesar que te compadezco: tu padre herido... tú, asustada... y nerviosa, por supuesto... Desde luego no parece el mejor momento para enfrentarte a una prueba de tanta trascendencia. Así pues, y en atención a la consideración que me merece tu padre, estoy dispuesto a posponer el examen un tiempo prudencial.

Theresa respiró aliviada. Lo cierto era que aún tenía en la cabeza la imagen ensangrentada de su padre, las manos le temblaban, y aunque se sentía con fuerzas, un aplazamiento la ayudaría a recuperar la calma.

—No quisiera trastornar los preparativos, pero os agradezco el ofrecimiento. Unos días más no me vendrían mal —le reconoció.

—¿Unos días? ¡Oh, no! —sonrió—. El aplazamiento de la prueba conlleva que tengas que esperar hasta el próximo año. Así está contemplado, y me consta que lo sabes. Pero en tu estado... Mírate: temblorosa, asustada... No me cabe duda que posponerlo resultaría lo más adecuado.



Theresa lamentó que Korne llevara razón. Si un candidato renunciaba al examen, no podía volver a solicitar el ingreso hasta pasado un año completo. Sin embargo, por un momento había imaginado que, dadas las circunstancias, el *percamenarius* haría una excepción.

—¿Y bien? —la apremió.

Theresa no supo qué responder. Las manos le sudaban y el corazón le palpitaba con fuerza. La oferta de Korne no parecía descabellada, pero nadie podía predecir lo que ocurriría dentro de doce meses. Sin embargo, si afrontaba la prueba y fallaba, nunca más podría examinarse. Al menos, no mientras Korne continuara como jefe de lo *percamenarii*, pues éste esgrimiría su renuncia como demostración de lo que tantas veces había pregonado: que las mujeres y los animales sólo servían para acarrear peso y parir hijos.

El tiempo transcurría y *él percamenarius* comenzó a tablear los dedos contra una barrica. Theresa ya pensaba en renunciar cuando en el último instante resolvió demostrarle a Korne que era más hábil que cualquiera de sus hijos. Además, si de verdad quería convertirse en oficial, debería afrontar los problemas según se le presentasen, y si por cualquier causa no superaba la prueba, tal vez en unos años pudiera volver a intentarlo. Se dijo que, al fin y al cabo, Korne era ya mayor y quizá para entonces hubiera muerto o enfermado. Así pues, alzó la cabeza y con voz resuelta le comunicó que se examinaría aquella mañana y aceptaría el resultado. *El percamenarius* no se inmutó.

—Bien. Si eso es lo que deseas, que dé comienzo el espectáculo.

Theresa asintió y se giró para dirigirse al interior del taller; sin embargo, cuando se disponía a franquear la entrada oyó de nuevo la voz del *percamenarius*.



—¿Se puede saber adónde vas? —le preguntó. Sus fosas nasales se dilataban y contraían como los ollares de un caballo.

Theresa lo miró desconcertada. Acudía a su mesa de trabajo con la intención de comprobar el material que debería emplear durante la prueba.

—Pensaba afilar los cuchillos antes de que llegase el conde. Preparar los...

—¿El conde? ¿Y qué pinta el conde en todo esto? —la interrumpió simulando extrañeza.

Theresa perdió el habla. Su padre le había asegurado que Wilfred estaría presente.

—¡Ah, sí! —continuó Korne con una mueca de afectación—. Gorgias me comentó algo al respecto. Pero ayer, cuando visité al conde, lo encontré tan ocupado que juzgué innecesario distraerlo para un trámite tan nimio. Presumí, y creo que acerté, que si tal como parece estás capacitada para superar cualquier imprevisto, que el conde no acudiera tampoco supondría ningún impedimento.

Al punto Theresa comprendió que Korne no había auxiliado a su padre guiado por la caridad, ni le había propuesto el aplazamiento del examen por consideración. Había ayudado a Gorgias sabedor de que el destino del taller, y por ende el suyo propio, estaba ligado a la actividad del *scriptorium*. ¡Qué necia había sido! Y pensar que por unos instantes había confiado en su buena voluntad. Ahora se hallaba en manos de aquel necio, y todas sus habilidades iban a valer lo que una pila de leña mojada. La muchacha inclinó la cabeza y se preparó para aceptar lo inevitable, pero cuando ya daba todo por perdido, una idea le iluminó el rostro.



—Es curioso —respondió con tono confiado—. Mi padre no sólo me aseguró que Wilfred presenciara el examen, sino que además, al tanto de mis progresos, deseaba conservar para sí mi primer pergamino. Un pergamino que, como sabéis, debo firmar con mi marca —puntualizó. Y rezó por que Korne se tragara la mentira. Si lo hacía, tal vez dispusiera de una oportunidad.

El percamenarius borró de inmediato su estúpida sonrisa. Al fin y al cabo, desconocía la veracidad de aquella información, pero si éstos eran los deseos de Wilfred, en modo alguno podía arriesgarse a contravenirlos. Aun así, lo que dijese o pensase el conde no le importaba lo más mínimo ya que aquella muchacha no pasaría la prueba. Al menos, no mientras él se mantuviera como el maestro de los *percamenarii*.

Theresa aún aguardaba cuando Korne convocó al resto de los trabajadores. Al instante, mozos y oficiales abandonaron sus faenas para transformar el patio en una suerte de escenario. Los más jóvenes acapararon los primeros lugares apartándose los unos a los otros. Un muchacho dio un empujón a otro y lo lanzó a un estanque, provocando la consiguiente algarabía. Los oficiales se acomodaron en los rincones a resguardo de la lluvia, pero a los mozos el agua no les importó. Uno de ellos acudió con un cesto de manzanas y las repartió entre los más avisados, que esperaban impacientes el comienzo del espectáculo. Parecía como si todos, menos Theresa, supieran lo que iba a suceder. En ese momento Korne dio unas palmadas y se dirigió a su improvisado público.

—Como bien sabéis, la joven Theresa ha solicitado su acceso al gremio. —Varios se carcajearon—. La muchacha —dijo señalándola al tiempo que se agarraba la entrepierna— pretende ser más lista que vosotros; más lista que mis hijos, y hasta más lista que yo. ¡Una mujer! ¡Que se caga en la falda cuando oye el ladrido de un perro y corre a esconderse



bajo las sábanas! Pero no obstante, tiene el valor; ¡ja!; ¡la osadía! de pedir el trabajo que por naturaleza corresponde a los varones.

Los mozos rieron al unísono cuando uno de ellos arrojó a Theresa el corazón de una manzana. Otro imitó los ademanes de una chica que corriera asustada, y los demás aplaudieron divertidos hasta que Korne interrumpió la chanza para continuar con su arenga.

—Mujeres en trabajos de hombres... ¿Alguien quiere explicarme cómo podría una mujer trabajar aquí y atender bien a su marido? ¿Quién le cocinaría y le lavaría? ¿Quién se ocuparía de sus hijos? ¿O tal vez los traería aquí, para meter a su piara de niñas en el gremio? —De nuevo todos rieron—. Y cuando llegue el verano y el calor apriete, cuando el sudor empape su cuerpo y la blusa ciña sus pechos, ¿pretenderá acaso que miremos hacia otro lado y reprimamos nuestros deseos? ¿O quizá nos ofrecerá sus frutos como recompensa a nuestros esfuerzos?

Los artesanos volvieron a carcajearse, se empujaron los unos a los otros y se guiñaron los ojos mientras aplaudían la ocurrencia de Korne. En ese momento, Theresa se adelantó. Hasta entonces había permanecido callada, pero no iba a consentir más burlas.

—Si algún día tengo marido, el cómo le cuide será asunto mío. Y en cuanto a mis pechos —dijo—, en vista de la atención que les prestáis, con gusto informaré a vuestra esposa para que remedie las carencias que al parecer soportáis. Y ahora, si no os importa, desearía comenzar la prueba.

La ira encendió a Korne. No esperaba una reacción así, y menos aún que la respuesta de la joven fuese acogida con risas por parte de los muchachos. El *percamenarius* se acercó al cesto de las manzanas y escogió la más estropeada. Luego se dio la vuelta y caminó hasta situarse a un



palmo de Theresa, mordió lentamente la manzana, y a continuación plantó la fruta aún babeante frente a los labios de la muchacha.

—¿Te apetece?

Esbozó una sonrisa ante el gesto de asco de Theresa. Al mirar de nuevo la fruta observó un gusano que se retorció en la parte podrida. Entonces, sin inmutarse, mordió a la vez el corazón y el gusano, y arrojó el trozo restante al último de los estanques. Mientras masticaba el bocado se recogió las greñas en una esperpéntica coleta. Luego se aproximó al estanque donde había arrojado la manzana.

—Aquí tienes tu prueba —dijo, y apartó la celosía de madera que protegía la balsa—. Deja la piel lista y obtendrás el título que tanto anhelas.

Theresa apretó los labios. Descarnar y acondicionar las pieles no era tarea propia de oficiales, pero si eso quería Korne, ella no iba a defraudarle. Se acercó al borde del estanque y observó la capa de sangre y grasa que flotaba en el agua. Con la ayuda de una pala apartó los despojos desprendidos por efecto de los cáusticos, buscando la piel en que debía trabajar. Sin embargo, tras varias pasadas no halló cuero alguno. Se volvió extrañada demandando una explicación.

—Está dentro —le señaló Korne.

Theresa se giró hacia el estanque más profundo, el que recibía las pieles según las arrancaban a los animales. Se descalzó con cuidado y dejó las botas cerca. Después se recogió la falda y sumergió las piernas en el agua al tiempo que contenía la respiración. En el estanque flotaban trozos de piel y sangre coagulada entremezclados con la suciedad propia de las albercas de maceramiento. Luego, ante la atenta mirada de los mozos, descendió hasta que el líquido le alcanzó el vientre.

El frío le hizo gemir.



Esperó un momento antes de aspirar una bocanada de aire y se dejó caer en las profundidades del estanque. Durante un suspiro desapareció bajo el agua, para al instante emerger con la cabeza impregnada en un velo de grasa. La joven escupió algo y se apartó la mugre del rostro. Luego se adentró en la balsa alejando los despojos que flotaban a su alrededor. Percibió el escozor de la cal bajo sus ropas y el hielo aterciandole los huesos, pero continuó avanzando a tientas con el agua lamiéndole la barbilla. Sus pies desnudos percibían el lecho de fango mientras sus brazos se agitaban bajo el agua, como los de un ciego buscando un asidero. De repente tropezó contra algo y el corazón le dio un vuelco. Tras calmarse, tanteó el objeto con el pie sin lograr identificarlo. Por un momento pensó en renunciar, pero recordó a su padre y a cuantos habían confiado en ella. Entonces hinchó sus pulmones y se sumergió bajo las aguas. El frío palpitó en sus sienes cuando sus manos rozaron una cosa informe. Su tacto viscoso le provocó una arcada, pero se tragó el asco y continuó deslizando las manos por la masa hasta detenerse sobre una ristra de cuentas semejante a pequeños guijarros. Repasó las cuentas y tras un momento de incertidumbre advirtió que se trataba de una horrible hilera de dientes. El pavor estuvo a punto de hacerle abrir los ojos pero se contuvo a tiempo, pues de lo contrario, la cal la habría cegado para siempre. Soltó la quijada y buscó el aire desesperadamente con el rostro demudado en una máscara congestionada. Entonces, mientras tosía y escupía agua, emergieron frente a ella los restos de la cabeza pútrida y deforme de una enorme vaca.

De inmediato los mozos se acercaron para mofarse de la muchacha. Uno le ofreció la mano con la intención de ayudarla, pero cuando la joven se estaba afianzando, la soltó de repente y provocó que cayese de nuevo al agua. En ese momento apareció en el patio la mujer del



percamenarius, quien había presenciado la escena y acudía con ropa seca. La señora apartó a los mozos y tiró de Theresa. Cuando la sacó, tiritaba como un perrillo. La cubrió con una manta para acompañarla al interior de la vivienda, pero cuando se disponían a franquear la puerta, se oyó la voz de Korne.

—Que se mude de ropa y vuelva a su trabajo.

Cuando Theresa regresó al taller encontró sobre su banco unos despojos de piel ajada. Los extendió con la ayuda de una paleta de madera y a continuación retiró el exceso de agua. Tras examinar la piel, dedujo que habría sido desollada aquella misma semana, pues la cal apenas había desprendido el pelo y aún quedaban adheridos restos de carne y grasa. El animal debía de haber muerto devorado por los lobos, porque el cuero presentaba numerosas dentelladas. Aparte de eso, se apreciaban señales de apostemas y desfloraduras propias de bestias de edad avanzada. Se dijo que aquella piel no serviría ni para echársela a las ratas.

—¿No deseabas ser *percamenarius*? Pues ahí tienes tu prueba —sonrió Korne—. Prepara el pergamino que tanto deseabas que viera Wilfred.

Pese a saber que le pedía un imposible, Theresa no protestó. Rendir y limpiar la piel de un animal requería varios días de trabajo, y descanso para que los cáusticos y los lavados hicieran su efecto. Sin embargo, no estaba dispuesta a rendirse. Con un cepillo de cerdas frotó y descarnó los restos que los gusanos no habían llegado a devorar. Cuando acabó con la carnaza, volteó la piel y después se aplicó a la cara en flor. Frotó el pelambre enérgicamente, acompañando el proceso con continuos fregados. Luego escurrió el cuero y después lo estiró sobre el banco para seleccionar las zonas que aún mostraban pelo. Finalmente buscó el cofre de retama para aplicar el ácido, pero observó con extrañeza que había desaparecido. Entre tanto, Korne observaba el proceso, esbozando a cada



poco una sonrisa. De vez en cuando se daba la vuelta, como si tuviese cosas más importantes que hacer, pero al poco regresaba para comprobar los avances de la muchacha. Theresa prefirió no prestarle atención. Supuso que la desaparición de la retama no era casual, así que no se molestó en buscarla. En su lugar recogió una paletada de ceniza, la mezcló con el estiércol que los mulos habían dejado en la entrada y aplicó la pasta resultante en los poros del cuero. Después, con la ayuda de un cuchillo curvado y romo insistió en el pelambre hasta lograr el resultado apetecido.

En ese momento se tomó un respiro. Ahora debía tensar la piel sobre el bastidor para formar una suerte de gigantesca pandereta, un paso delicado, pues corría el riesgo de rasgar la piel por las zonas más estropeadas. Dispuso con habilidad unos guijarros en la periferia del cuero y los envolvió con un pellizco de la propia piel a modo de bolsitas semejantes a gruesos pezones, los cuales aseguró con un cordel. A continuación montó el cuero en el bastidor, y lo tensó valiéndose de los mismos cordeles que partían de los distintos pezones. Cuando comprobó que los desgarros interiores resistían, suspiró aliviada. Ahora, sólo restaba secar la piel al fuego y esperar a que tensase para proceder al acuchillado, de modo que acercó el bastidor a la hoguera que ardía en el centro de la nave. Aquel lugar no sólo era el más cálido, sino también el más iluminado, por lo que a su alrededor se disponían los bancos donde esperaban su reparación los códices más valiosos.

Mientras esperaba a que la humedad exudase del atamborado, se entretuvo junto al fuego preguntándose sobre la procedencia de aquella piel. Hacía tiempo que las reses escaseaban, y hasta donde ella sabía, sólo Wilfred disponía de algunos ejemplares, de modo que probablemente Korne la habría obtenido de alguno de sus intendentes. Y a juzgar por su estado, con la única intención de plantearle dificultades.



En ese momento *el percamenarius* se acercó al fuego. Pasó el dedo por el tambor rezumante de humedad y miró a Theresa con desgana.

—Veo que te estás aplicando. Hasta puede que aún saques algo de provecho —dijo señalando al cuero tenso.

—Lo hago lo mejor que puedo —contestó ella.

—¿Y esta inmundicia es lo mejor que sabes hacer? —sonrió Korne al tiempo que desenfundaba su cuchillo y lo acercaba al cuero—. ¿Has visto estas marcas? La piel se romperá por aquí.

Theresa sabía que aquello no ocurriría. Había comprobado los desgarros y dispuesto los tensores para evitar la rotura.

—Eso no sucederá —respondió desafiante.

La rabia de Korne destilaba en su mirada. Entonces, muy despacio, comenzó a pasear la punta del cuchillo sobre el cuero tenso como quien desliza un puñal por el cuello de su víctima. El filo raspó la piel y levantó una finísima rebaba. Theresa observó aterrada cómo la punta se detenía cerca de una de las marcas y comenzaba a presionar la superficie. Los ojos de Korne destellaban al crepitar del fuego y sus labios se entreabrían dejando al aire sus encías desnudas.

—¡No! —suplicó Theresa.

En ese momento, Korne hundió el cuchillo, la piel saltó rasgada en mil pedazos y los trozos volaron sobre sus cabezas como hojarasca seca para precipitarse sobre la hoguera.

—¡Oh! —se lamentó Korne—. Parece que no calculaste bien la tensión del tambor, cosa que por desgracia te conduce de nuevo a tu triste puesto de aprendiz.

Theresa apretó los puños mientras su rostro se crispaba. Había soportado el frío y la humillación; había mimado aquella piel inservible



hasta convertirla en un cuero aceptable; se había dejado el alma preparando aquella prueba y ahora, por el sólo hecho de ser mujer, Korne la condenaba.

Aún se estaba lamentando cuando él la sujetó por el brazo y le acercó los labios al oído.

—Siempre podrás ganarte la vida masajeando la piel de algún borracho —rio.

Theresa no aguantó más. De un violento tirón se zafó de su abrazo e intentó marcharse del taller, pero *el percamenarius* se lo impidió.

—Ninguna ramera me trata así —masculló al tiempo que le propinaba un golpe en la cara.

Theresa intentó protegerse, pero Korne la empujó y ella resbaló, golpeándose contra el bastidor en que había estado trabajando. El armazón se bamboleó pesadamente, y tras unos segundos eternos se desplomó sobre la hoguera en medio de un gran estrépito. Al impacto, un enjambre de ascuas voló por el taller convirtiéndolo en una fragua. Las chispas centellaron en el aire y se extendieron hasta los bancos más cercanos. Algunos rescoldos prendieron en los códices, y en un abrir y cerrar de ojos las llamas se apoderaron de las estanterías.

Para cuando Korne quiso reaccionar, un mozo estúpido ya había abierto las ventanas. Alimentadas por el viento, las llamas comenzaron a lamer la techumbre de madera y zarzo, haciendo que prendieran los restos de hojarasca. Korne apenas tuvo tiempo de retirar unos fardos con pliegos antes de que una rama ardiente se precipitara sobre el lugar donde Theresa permanecía aturdida. Sin prestarle atención, ordenó a los mozos que agarrasen cuanto encontraran de valor y corriesen a la calle. Los muchachos obedecieron tropezándose los unos con los otros, y tras aprovisionarse de los útiles más cercanos, salieron huyendo como alma



que lleva el diablo. Uno de ellos se acercó a Theresa, y como pudo la arrastró hasta alejarla de las llamas. Sin embargo, en cuanto comprobó que la muchacha recobraba la lucidez, la abandonó a su suerte.

Cuando Theresa consiguió incorporarse se creyó en la antesala del infierno. Desesperada, miró alrededor para advertir que las llamas devoraban cuanto encontraban a su paso y amenazaban con cercarla. En ese momento un crujido sobre su cabeza le hizo dirigir la vista a la techumbre. Por un instante pensó que el techo se derrumbaría, pero al observarlo advirtió que las llamas se detenían en el zarzo, probablemente por la humedad y la nieve acumulada. Escrutó la estancia y reparó en que la única escapatoria pasaba por alcanzar el patio interior, pues la salida a la calle se le antojó infranqueable. A su izquierda descubrió un grupo de códices resguardados bajo una repisa. No lo dudó. Se embozó con su vestido, aún empapado por el agua del estanque e hizo acopio de cuantos códices pudo abarcar. Luego corrió hasta alcanzar el patio interior. Ya en el atrio, se fijó en un castaño que ascendía por la esquina más oriental hasta los tejados lindantes con los aleros de la catedral. Entonces se despojó del embozo y lo utilizó a modo de talega para transportar los códices. Sin embargo, cuando se disponía a encaramarse, un grito proveniente del interior la detuvo.

Theresa soltó los códices y corrió hacia el taller. Entró en la sala y la humareda la cegó. Avanzó a través del fuego sin respirar, con el calor abrasándole las entrañas. Entonces, acurrucada tras un muro de fuego, descubrió a la mujer de Korne gritando desesperada. El incendio debía de haberla sorprendido en los altillos y por algún motivo había quedado atrapada. Al acercarse, la mujer chilló como un marrano antes de ser sacrificado, y al punto advirtió con horror que parte de sus ropas estaban ya en llamas. Theresa avanzó hacia ella, pero a la altura del hogar central el techo crujió. Miró hacia arriba y comprobó que las ramas del



entramado comenzaban a quebrarse bajo el peso de la nieve. Escudriñó alrededor hasta localizar una larga pala caída en el suelo, la recogió y golpeó con ímpetu las ramas que habían empezado a ceder. La techumbre volvió a crujir, pero ella siguió golpeando hasta que un sonoro chasquido la detuvo. El entramado estaba a punto de desplomarse. Con el humo asfixiándola, buscó aire y sacudió con todas sus fuerzas. De repente, un aluvión de nieve irrumpió a través del hueco que acababa de abrirse en el tejado. Cuando la avalancha cesó, las llamas que se interponían entre ella y la mujer de Korne habían desaparecido.

—¡La mano! ¡Por Dios, dadme la mano! —le gritó Theresa. La mujer abrió los ojos y dejó de chillar. Entonces se levantó, besó la mano de la joven, y al paso que le permitieron sus gruesas piernas corrió con ella hacia los estanques.



Capítulo 3

Cuando Gorgias entró en el *scriptorium*, advirtió con horror que había olvidado su talega en el taller del *percamenarius*. Se lamentó por su torpeza, pero le reconfortó el haber previsto un doble fondo donde esconder el pergamino en que estaba trabajando. Se dijo que, de no haber mediado tal precaución, a estas horas su asaltante dispondría del documento más valioso que jamás hubiera imaginado. Sin embargo, le había robado un borrador en el que constaban algunos de los pasajes más comprometidos, y eso le retrasaría respecto a los plazos acordados.

Se miró el brazo y comprobó que el vendaje que le había aplicado Zenón se había convertido en una mortaja de sangre. Con su mano sana se desprendió de las vendas y apoyó la extremidad herida sobre una mesa iluminada. Luego intentó mover los dedos que a duras penas consiguió articular. Al comprobar que la herida sangraba, tensó la costura que cerraba la incisión, pero el dolor le obligó a desistir. Sentía palpar la carne abierta como si el corazón le galopara. Preocupado, avisó a un sirviente para que llamase de nuevo al físico, y mientras aguardaba, se reclinó en su asiento para meditar sobre lo sucedido.

No le cabía duda. El hombre que le había atacado conocía el incalculable valor del pergamino.

El crujido de la puerta sacó a Gorgias de sus pensamientos.



El mismo sirviente al que había enviado pidió permiso y cruzó el umbral. Le acompañaba el físico, visiblemente contrariado.

—Líbreme Dios de los letrados. Mucho presumen de sus conocimientos, pero al menor malestar se quejan como viejas en un velatorio —refunfuñó el médico mientras acercaba una lamparilla al brazo herido.

—Apenas si muevo los dedos y no dejo de sangrar —se lamentó Gorgias.

El hombre examinó el miembro con los mismos miramientos que un carnicero al descoyuntar un pollo.

—Y gracias deberéis dar si os libráis de que os lo ampute. ¡Por todos los diablos! ¿Qué habéis estado haciendo? ¿Escribir una Biblia en griego?

Gorgias no contestó. Entretanto, el físico revolvía en su bolsa de trabajo.

—¡Vaya por Dios! No me queda centinodia. ¿Tenéis aquí los polvos que os prescribí?

—¡Maldita sea! Los olvidé en el taller. Mandaré luego a recogerlos —se lamentó al advertir que se había dejado la talega en el taller del *percamenarius*.

—Como veáis, pero he de advertiros: las otras heridas no me preocupan, pero ese brazo... Si no lo cuidáis, en una semana no servirá ni de pitanza para los cerdos. Y si perdéis el brazo, tened por seguro que perderéis la vida. Ahora voy a afianzar la costura para cortar la hemorragia. Esto os dolerá.

Gorgias torció el gesto, no sólo por el dolor, sino porque intuía que el físico estaba en lo cierto.

—Pero ¿cómo una herida superficial...?



—Os guste o no, las cosas son así. La gente no muere sólo de escrófulas y pestilencias. Al contrario, los cementerios se atiborran de gente sana que la espichó por roces y heridas sin importancia: una ligera febrícula, unos extraños espasmos... y adiós a los padecimientos. Tal vez no conozca los métodos de Galeno, pero he visto tantos muertos que soy capaz de distinguirlos meses antes de que se vayan a la tumba.

Una vez concluida la cura, el hombrecillo recogió sus utensilios y los introdujo desordenadamente en su bolsa. Gorgias ordenó al sirviente que saliese del *scriptorium* y esperase fuera. El criado obedeció.

—Aguardad un momento —dijo acercándose al físico—. Necesito que me hagáis un favor.

—Si está en mi mano...

Gorgias se cercioró de la lejanía del sirviente.

—El caso es que preferiría que el conde no supiese nada de esto. Me refiero a la gravedad de la herida. Estoy trabajando en un códice, un ejemplar por el que siento un especial interés, y a buen seguro que se disgustaría si pensase que el trabajo va a retrasarse.

—Pues no veo que podáis hacer otra cosa. Esa mano no podrá empuñar una pluma en al menos tres semanas. Eso contando con que no empeore. Y siendo el conde quien paga mis honorarios, convendréis conmigo en que no debo mentirle.

—Pero no os pido que mintáis, tan sólo que calléis el pronóstico. En cuanto a vuestros honorarios...

Gorgias introdujo la mano izquierda en un bolsillo del blusón y extrajo unas monedas.

—Es más de lo que os pueda pagar el conde —apostilló.



El físico cogió las monedas y las examinó con detenimiento. Sus ojos refulgieron por la codicia. Las besó y las guardó entre sus pertenencias. Luego, sin mediar palabra, se encaminó hacia la salida.

A la altura de la puerta se detuvo y se volvió hacia Gorgias.

—Descansad y dejad que la herida madure. La salud se pierde al galope, pero regresa caminando. Si observáis la aparición de abscesos o apostemas, mandadme aviso de inmediato.

—Perded cuidado que seguiré vuestro consejo. Y ahora, si no os molesta, haced pasar al doméstico.

El físico asintió y se despidió con un guiño. Cuando el criado entró en el *scriptorium*, Gorgias lo miró detenidamente. El muchacho, un imberbe flaco y desgarrado, se veía corto de entendederas.

—Necesito que te acerques al taller del *percamenarius* y le pidas a mi hija el remedio que me recetó el físico. Ella sabrá qué hacer. Pero antes, avisa al conde y dile que le espero en el *scriptorium*.

—Pero señor... El conde aún descansa —balbuceó.

—¡Pues despiértalo! —gritó Gorgias—. Dile que lo preciso con urgencia.

El sirviente retrocedió sin dejar de asentir con la cabeza. Cuando salió, cerró la puerta y sus pasos se alejaron presurosos.

Gorgias miró en derredor para advertir que todo en la estancia era humedad. Las llamas de las lamparillas apenas si alcanzaban a iluminar los mismos bancos en que se aposentaban, otorgando al *scriptorium* un aspecto fantasmagórico. Tan sólo un estrecho ventanuco protegido por una sólida reja proporcionaba una tenue luz al enorme atril de madera



sobre el que, en el más absoluto de los desórdenes, se acumulaban códices, cuencos de tinta, plumas y estilos, entremezclados con punzones, raspadores y secantes. La sala disponía de otro atril que contrastaba con el anterior por su completa desnudez. En la pared septentrional, una recia armariada flanqueada por dos luminarias custodiaba los códices más valiosos, cuyos lomos lucían gruesas argollas por las que discurrían las cadenas que los aseguraban a la pared. En las baldas superiores, y separados del resto, se alojaban los salterios de uso común, compartiendo linde con sendas Biblias arameas. En las restantes estanterías, decenas de volúmenes sin encuadernar apilados sobre misivas, epistolarios y cartularios de distinta índole, disputaban el espacio a los polípticos y censos responsables de las cuentas y transacciones.

Aún pensaba en el asalto de la mañana cuando la puerta crujió, se abrió lentamente y una tea encendida irrumpió en la estancia cegándole. Cuando el criado se apartó, una extraña figura achaparrada se recortó bajo la luz de la antorcha. Tras unos instantes, una voz quebrada resonó desde el umbral de la puerta.

—Decidme, buen Gorgias. ¿Cuál es esa urgencia que tanto os aflige?

En ese momento se oyó un gruñido ronco y sostenido. Uno de los perros de Wilfred contrajo las mandíbulas y avanzó hacia Gorgias arrastrando al otro moloso tras de sí. Los arneses se tensaron y el extraño artilugio al que estaban unidas las bestias avanzó pesadamente, chirriando sobre sus toscas ruedas de madera. A una voz, los perros se postraron y el carretón detuvo su avance. Entonces Gorgias contempló la grotesca cabeza de Wilfred, reclinada inhumanamente sobre su hombro derecho. El hombre soltó las bridas y acercó las manos a los perros, que se apresuraron a lamerlas.



—Cada día que pasa me cuesta más manejar a estos diablos —dijo Wilfred con voz entrecortada—, pero bien sabe Dios que mi vida sin ellos sería como la de un olivo seco.

Pese a los años, a Gorgias seguía sobresaltándole la impresionante imagen del conde. Wilfred vivía atrapado sobre aquella especie de cosa rodante sobre la que dormía, comía y vaciaba los intestinos, cosa que, por lo que sabía, venía haciendo desde el día en que de mozo le amputaran las dos piernas.

Se inclinó para saludarle.

—Dejaos de cumplimientos y contadme. ¿Qué es lo que sucede?

El escriba miró hacia otro lado. Tanta prisa por hablar con el conde y ahora no sabía por dónde empezar. En ese momento un perro se movió y desplazó bruscamente el artilugio. Una de las ruedas rechinó y Gorgias se arrodilló para comprobarla mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Es uno de los roblones; con el traqueteo ha debido de perderse. Los tablones se han desalineado y corren peligro de soltarse. Haríais bien en llevar la silla al carpintero.

—No me habréis levantado para examinar el carromato.

Cuando Gorgias alzó la mano para excusarse, Wilfred vio el aparatoso vendaje que la cubría.

—¡Santo Cielo! Pero ¿qué os ha ocurrido en el brazo?

—¡Oh, nada! Un incidente sin importancia —mintió—. De camino a los talleres un pobre diablo me causó unos arañazos. Avisaron al físico y se empeñó en vendármelo, pero es que ya conocéis a los matasanos: si no cubren o emplastan algo, imaginan que no les pagarán por su trabajo.

—Tenéis razón, pero decidme, ¿podéis mover bien la mano?



—Con alguna molestia. Nada que no pueda resolver con un poco de trabajo.

—Entonces el motivo de vuestra urgencia...

—Permitid que me sienta. Es respecto al códice. No voy tan rápido como quisiera.

—Bueno. *Aliquando bonus dormitat Deum*. No se trata de ir rápido, sino de llegar a tiempo. Y decidme, ¿a qué se debe ese retraso? No me habíais comentado nada al respecto —dijo intentando disimular su contrariedad.

—Lo cierto es que no quise preocuparos. Pensé que podría arreglarme con las plumas que tenía, pero he afilado tanto los cálamos que apenas si consigo hacer fluir la tinta.

—No entiendo. Disponéis de decenas de plumas.

—Sí, pero no de ganso. Y como sabéis, no quedan gansos en Würzburg.

—Pues continuad con las que tenéis. No veo la importancia...

—El problema reside en el flujo. La tinta no desciende con la suficiente lentitud, y eso podría provocar corridos que estropearían todo el pliego. Recordad que estoy utilizando vitela de ternero nonato. La superficie es tan suave que cualquier error en el manejo de la pluma traería consecuencias irreparables.

—¿Y por qué no utilizáis otro tipo de pergamino?

—Eso no es posible. No, si pretendéis conseguir vuestros propósitos.

Wilfred se removió sobre su asiento.

—¿Entonces qué proponéis?

—He pensado en densificar la tinta. Utilizando el aglutinante adecuado podría conseguir que fluyese con mayor lentitud,



manteniendo el necesario deslizamiento. Creo que en un par de semanas podría lograrlo.

—Haced lo que debáis, pero si en algo apreciáis vuestra cabeza, procurad tener listo el código para la fecha convenida.

—Ya he comenzado los preparativos. Perded cuidado.

—Muy bien. Por cierto, y ya que estamos aquí, me gustaría echarle un vistazo al pergamino. Si sois tan amable de acercármelo...

Gorgias apretó los dientes. No quería explicarle que a consecuencia del asalto se vería retrasado.

—Me temo que no es posible.

—¿Cómo decís? ¿Qué significa que no es posible?

—Que no lo tengo aquí. Lo olvidé en el taller de Korne.

—¿Y qué infiernos hace allí, a expensas de que cualquiera pueda descubrirlo? —bramó el conde. Los perros se alteraron.

—Disculpadme, paternidad. Sé que debí consultaros, pero anoche a última hora comprobé cómo una de las páginas comenzaba a pelarse —mintió—. Desconozco la causa, pero cuando ocurre, es vital atajar el problema de inmediato. Necesitaba un ácido que Korne suele utilizar, y conociendo de su desconfianza juzgué preferible llevar allí el código antes que pedirle el ácido. De todas formas, a excepción de Theresa, en el taller nadie sabe leer, y un pergamino más entre otros cientos, en modo alguno llamaría la atención.

—No sé... Todo eso parece acertado, pero no entiendo qué hacéis aquí en lugar de estar en el taller aplicando ese ácido. Acabad lo que debáis y regresad el documento al *scriptorium*. ¡Y por lo que más queráis!, no me llaméis paternidad, que hace años que no visto los hábitos.



—Como ordenéis. Saldré tan pronto recoja el atril y me provea de mis cuchillas. No obstante, antes desearía comentaros otro asunto.

—Decidme.

—Estos días... los que necesito para preparar la nueva tinta...

—¿Sí?...

—Si vuestra dignidad lo autoriza, preferiría que me excusaseis de venir al *scriptorium*. En mi casa dispongo de los útiles necesarios, y allí podría efectuar las pruebas con mayor tranquilidad. Además, debo localizar ciertos ingredientes en el bosque, por lo que habré de pernoctar fuera de las murallas.

—¿Fuera en el bosque? En tal caso solicitaré al *praefectus* un soldado para que os escolte. Si esta mañana os han atacado al abrigo de las murallas, imaginad lo que podría oscuriros al otro lado.

—Bueno, no creo que sea necesario. Conozco bien los alrededores y Theresa puede acompañarme.

—¡Ja! —rio Wilfred—. Aún miráis a Theresa con ojos de padre primerizo, pero esa joven atrae a los hombres como si estuviera en celo. En cuanto los salteadores la olieren no dispondrías de tiempo ni para santiguaros. Vos ocupaos del código, que yo me ocuparé de vos. Por la tarde tendréis el soldado en vuestra casa.

Gorgias decidió no porfiar. Había planeado dedicar los dos días a buscar al hombre que le había asaltado, pero con un soldado lamiéndole los talones difícilmente podría conseguirlo. Sin embargo, resolvió dar por concluida la conversación para de ese modo no alertar aún más a Wilfred. Mientras ordenaba sus pertenencias, decidió cambiar de asunto.

—¿Cuánto estimáis que se demorará el rey? —preguntó Gorgias.



—¿Carlomagno? No sé. Un mes. Tal vez dos. El último correo anunciaba la partida inminente de un convoy con suministros.

—Pero los pasos están cerrados.

—En efecto. Pero tarde o temprano habrán de llegar. Las despensas no aguantarán mucho más tiempo.

Gorgias asintió. Las raciones resultaban cada vez más exiguas y pronto no quedaría nada.

—Bien. Si no deseáis más... —añadió Wilfred.

El conde empuñó las riendas y los arneses se ciñeron a los perros. Luego restalló el látigo y las bestias movieron pesadamente el artilugio hasta girarlo por completo. Se disponía a abandonar el *scriptorium* cuando un doméstico irrumpió en la sala gritando como si hubiese visto al diablo.

—¡La *factoriae*! ¡Por Dios bendito! ¡El fuego la está devorando!



Capítulo 4

Cuando Gorgias vislumbró lo que quedaba del taller, rogó a Dios que Theresa no se encontrase bajo los escombros. Las llamas habían consumido las paredes exteriores provocando el hundimiento de la techumbre, y ésta a su vez había avivado el fuego hasta convertir el lugar en una enorme pira. Los curiosos que iban llegando se agolpaban para contemplar el espectáculo mientras los más atrevidos se afanaban en atender a los heridos, rescatar algún útil o sofocar los rescoldos. Tras unos instantes de desconcierto, Gorgias reconoció la figura de Korne inclinada sobre unos maderos. Parecía un harapiento, con las ropas ennegrecidas y el rostro desencajado. Rápidamente se dirigió hacia a él.

—Gracias al cielo que os encuentro. ¿Habéis visto a Theresa?

El *percamenarius* se revolvió como si le hubiesen nombrado al diablo. De repente dio un salto y se abalanzó sobre la garganta de Gorgias.

—¡Esa maldita hija tuya! ¡Ojalá arda hasta el último de sus huesos!

Gorgias se zafó de Korne en el mismo instante en que dos vecinos acudían a separarlos. Los hombres disculparon el comportamiento de Korne, aunque Gorgias sospechó que sus palabras no obedecían a ningún tipo de arrebatos. Les agradeció su intervención y se alejó para continuar la búsqueda.

Tras recorrer el perímetro del recinto, observó que el fuego no sólo había arruinado los talleres y la vivienda de Korne, sino que además se



había propagado hacia los almacenes y las cuadras colindantes. Por fortuna, los establos no albergaban animales, y hasta donde él sabía, los almacenes se encontraban vacíos de grano, de modo que las pérdidas se limitarían al valor de los edificios. En cualquier caso, ambas construcciones ya estaban condenadas porque el incendio comenzaba a ensañarse con los tejados.

Advirtió entonces que el muro que delimitaba el patio de los talleres se había mantenido en pie, y recordó que Korne, harto de tanto robo, había ordenado sustituir la primitiva empalizada por un muro de piedra. Al parecer, gracias a aquella decisión, la zona comprendida entre la tapia y los estanques se había librado de las llamas.

En ese momento una mano temblorosa le tocó por la espalda. Era Bertharda, la esposa *del percamenarius*.

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia tan grande! —dijo con lágrimas en los ojos.

—Bertharda, ¡por el amor de Dios! ¿Habéis visto a mi hija? —le preguntó él con desesperación.

—¡Ella me salvó! ¿Me oís? ¡Fue ella quien me salvó!

—Sí, sí, os oigo. Pero ¿dónde está? ¿Está herida?

—Le dije que no entrara. Que olvidara los libros, pero no me hizo caso...

—Por lo que más queráis, Bertharda, decidme dónde está mi hija —insistió Gorgias mientras la sacudía por los hombros.

La mujer lo miró fijamente. Sus ojos enrojecidos parecían ver otro mundo.

—Salimos del taller huyendo de las llamas —acertó a explicar—. En el patio me ayudó a trepar por el muro. Me ayudó hasta que me vio a



salvo, y entonces me dijo que debía regresar por los códices. Yo le grité que no, que subiese al muro conmigo, pero ya sabéis lo testaruda que era —lloró—. Entró en el taller entre aquellas horribles llamas, y entonces de repente se oyó aquel ruido seco y un instante más tarde el techo se derrumbó. ¿Lo entendéis? Ella me salvó, y luego todo se derrumbó...

Gorgias se giró horrorizado para darse de bruces con un páramo de ruinas y desolación. Los rescoldos crujían y crepitaban mientras el humo grisáceo se extendía lentamente como el anuncio de un macabro desenlace.

De haber conservado la sensatez, habría esperado a que el incendio se extinguiese, pero fue incapaz de aguardar otro segundo. Sorteó las vigas que se interponían en su camino y se adentró en un caos de traviesas, puntales y machones sin atender a las llamas que le lamían los huesos. Los ojos le ardían de dolor y el calor le quemaba los pulmones. Apenas si lograba distinguir sus propias manos bajo el enjambre de cenizas y ascuas que flotaba en el aire, pero eso no le detuvo. Avanzó apartando montantes, repisas y bastidores, gritando una y otra vez el nombre de Theresa. De repente, mientras intentaba orientarse en el humo, oyó a sus espaldas un grito de auxilio. Se giró y corrió atravesando los rescoldos, pero al alcanzar unas tinajas advirtió que la voz procedía de Johan *Piescortos*, el hijo de Hans, el curtidor. El muchacho, de unos doce años escasos, tenía el torso abrasado e imploraba auxilio con desesperación. Gorgias maldijo su suerte, pero de inmediato se inclinó sobre el muchacho para comprobar cómo una traviesa le mantenía atrapado.

Un simple vistazo le bastó para comprender que de no atenderle pronto moriría sin remedio, así que hizo acopio de fuerzas y tiró de los tablones que lo retenían. Sin embargo, para su infortunio, la viga no se movió. Se le ocurrió arrancarse un trozo del vendaje del brazo y utilizarlo para enjuagar la cara del chico.



—Johan, escúchame. Voy a necesitar ayuda para sacarte de aquí. Tengo el brazo herido y yo solo no puedo mover estas tablas. Te diré lo que vamos a hacer. ¿Sabes contar?

El muchacho afirmó con un gesto de dolor.

—Sé hasta diez —dijo con orgullo.

—Bueno. Eso es estupendo. Ahora quiero que respires a través de este vendaje, y cada cinco bocanadas grites tu nombre tan fuerte como puedas. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

—Bien. Pues entonces iré a buscar ayuda, y cuando regrese, te traeré un pedazo de pastel y una buena manzana. ¿Te gustan las manzanas?

—No, por favor. No me deje —sollozó.

—No voy a dejarte, Johan. Regresaré con ayuda.

—¡No se vaya, señor! Se lo suplico —dijo aferrándole la mano.

Gorgias miró al crío y soltó una maldición. Sabía que aunque lograra volver con ayuda, el chico no lo soportaría. En aquel lugar ya no se podía respirar. Johan moriría quemado o asfixiado, pero de un modo u otro moriría. Y aun así, buscar auxilio era lo único que podía hacer por él.

De repente se agachó y agarró la viga con ambas manos, flexionó las piernas y tensó los brazos hasta que su espalda crujió, pero continuó tirando como si le fuese la vida en ello. Sintió cómo el brazo herido se desgarraba y los puntos saltaban segando piel y tendones, mas no cejó en su agónico esfuerzo.

—Vamos, maldita hija de puta. ¡Muévete! —gritó.



De repente se escuchó un chasquido y la viga cedió un par de dedos. Gorgias aspiró una bocanada de humo, tiró de nuevo y la viga volvió a moverse hasta un palmo por encima del muchacho.

—Ahora, Johan. ¡Sal de ahí!

El chico rodó sobre un costado, justo en el momento en que las fuerzas abandonaban a Gorgias y la viga se desplomaba contra el suelo. Luego, tras un instante de resuello se levantó, cargó a hombros al desmadejado muchacho y escapó rápido de aquel infierno.

En la explanada donde los vecinos habían congregado a la mayoría de los heridos, Gorgias distinguió a Zenón asistiendo a un hombre con las piernas cubiertas de ampollas. El médico esgrimía una lanceta con la que reventaba las vesículas con rapidez para, seguidamente, aplastarlas como si fuesen pellejos de uva. Le asistía un acólito de ojos asustados que aplicaba unturas de aceite con discutible destreza. Gorgias se encaminó hacia él con Johan a cuestas. Guando llegó a la altura de Zenón, depositó al chico en el suelo y le pidió que lo atendiera. Tras un rápido vistazo, el físico se volvió hacia Gorgias y meneó la cabeza.

—Nada que hacer —comentó con voz resuelta.

Gorgias lo sujetó por un brazo y lo alejó del chico.

—Al menos podríais evitar que lo oyera —le musitó—. De todas formas atendedle, y que sea lo que Dios quiera.

Zenón le sonrió con desdén.

—Deberíais cuidar más de vos mismo —dijo señalando su brazo ensangrentado—. Dejadme ver.

—Primero el chico.

Zenón torció el gesto y fue junto al muchacho. Se agachó, llamó a su ayudante y le arrebató el unguento que tenía entre las manos.



—Manteca de cerdo... Lo mejor para las quemaduras —anunció mientras embadurnaba las heridas de Johan—. Al conde no le gustará que la malgaste en un desahuciado.

Gorgias no contestó. Tan sólo pensaba en encontrar a Theresa.

—¿Hay más heridos? —le preguntó.

—Desde luego. A los más graves los han llevado a San Damián —contestó el cirujano sin levantar la mirada.

Gorgias se agachó junto a Johan y le pasó la mano por la cabeza. El muchacho respondió con un amago de sonrisa.

—No hagas caso a este matarife —le dijo—. Ya verás cómo te restableces. —Y sin darle tiempo a responder, se levantó y se encaminó hacia la basílica en busca de su hija.

Pese a su aspecto achaparrado, la iglesia de San Damián era un edificio sólido y seguro. En su construcción se había empleado piedra de sillería, y hasta el mismísimo Carlomagno había expresado su satisfacción al conocer que un edificio consagrado a Dios se hubiera erigido sobre cimientos tan robustos como la fe que debía sustentarlos. Antes de entrar, Gorgias se santiguó y pidió a Dios por Theresa.

Nada más franquear el pórtico, le abofeteó un insoportable hedor a carne quemada. Sin detenerse, se apoderó de una de las teas que pendían de las crujiás y continuó hacia el transepto, procurando iluminar las exiguas capillas que flanqueaban las naves laterales. Cuando alcanzó el presbiterio, observó tras el altar una hilera de sacos de paja dispuestos para acomodar a los heridos. Enseguida reconoció a Hahn, un chico vivaracho que mataba las horas en el taller a la espera de que le



asignaran cualquier tarea. Tenía las piernas abrasadas y se quejaba amargamente. A su lado yacía un hombre a quien no supo identificar porque las quemaduras habían transformado su cara en una costra negruzca. Junto al ábside central distinguió a Nicodemo, uno de los oficiales de Korne, confesándose de sus pecados. Más allá del transepto, un hombre grueso con la cabeza vendada, del que sólo se reconocían las orejas, y a sus espaldas, la figura tumbada de un joven desnudo. Gorgias comprobó que se trataba de Celías, el hijo menor *del percamenarius*. El muchacho yacía con los ojos entreabiertos y el cuello retorcido. Sin duda había muerto en una horrible agonía.

Ninguno de los presentes supo darle razón sobre el paradero de su hija.

Gorgias se arrodilló y pidió a Dios por el alma de Theresa. Cuando se disponía a continuar la búsqueda, sintió que las fuerzas le abandonaban. De repente, un escalofrío le sacudió por dentro hasta nublarle la vista. Intentó apoyarse en una columna pero la negrura se apoderó de él, y tras vacilar unos instantes se derrumbó en el suelo sin conciencia.

A media mañana, los tañidos de las campanas sacaron a Gorgias de su desvanecimiento. Lentamente, el velo que enturbiaba su mirada se fue disipando hasta que las desdibujadas figuras se aclararon como si las enjuagasen con agua limpia. Enseguida reconoció a su esposa Rutgarda; esbozaba una sonrisa que apenas disimulaba su rostro ajado por el llanto. Más atrás distinguió a Zenón, ocupado con unos frascos de tinturas. De repente sintió un dolor tan intenso que temió que le hubieran cortado el brazo, pero al alzarlo comprobó que volvía a tenerlo cuidadosamente vendado. Rutgarda lo incorporó encajándole un grueso



almohadón bajo la espalda. Entonces Gorgias advirtió que continuaba en el interior de San Damián, recostado contra la pared de una de las diminutas capillas.

—¿Y Theresa? ¿Ha aparecido? —acertó a preguntar.

Rutgarda lo miró con tristeza. Las lágrimas le resbalaron mientras escondía el rostro entre sus hombros.

—¿Qué ha sucedido? —gritó—. ¡Por Dios! ¿Dónde está mi hija? ¿Dónde está Theresa?

Gorgias miró alrededor, pero no obtuvo respuesta. Entonces, a pocos pasos de donde se encontraba, vio un cuerpo inerte cubierto por una sábana.

—La encontró Zenón en el taller, acurrucada bajo un murete —dijo Rutgarda sollozando.

—¡No! ¡No! ¡Por todos los Santos! No es cierto.

Gorgias se levantó y corrió hacia el lugar donde yacía el cuerpo. El sudario que la protegía estaba marcado con una grotesca cruz blanca, por cuyo extremo asomaba un miembro calcinado. Gorgias retiró la sábana y sus pupilas se dilataron por el horror. Las llamas habían devorado el cuerpo hasta transformarlo en una irreconocible figura de carne y piel abrasada. Sus ojos no quisieron creerlo, pero todo se le derrumbó cuando reconoció los jirones del vestido azul de su hija, el que ella tanto adoraba.

Desde primera hora de la tarde, la gente se fue agolpando a las puertas de la iglesia para la celebración de los funerales. Varios chiquillos reían y parloteaban jugando a esquivar los empujones de los mayores, mientras



los más irreverentes se burlaban de las mujeres, a quienes intentaban molestar imitándolas en sus llantos. Un grupo de ancianas envueltas en oscuras pellizas se había congregado en torno a Brunilda, una viuda acusada de regentar un negocio de mancebía, que solía estar al tanto de cualquier acontecimiento. La mujer concitó la atención de sus compañeras al sugerir que la causante del fuego había sido la hija del escriba, y que durante el incendio no sólo se habían producido víctimas, sino que además, como auténtica desgracia, había ardido un lote de provisiones que Korne mantenía oculto en sus almacenes.

Continuamente se formaban corros en los que se discutía sobre el número de heridos, se escenificaba la gravedad de las quemaduras o se especulaba sobre las causas del incendio. De vez en cuando alguna mujer corría de un lado a otro con la sonrisa en la boca, ansiosa por compartir las últimas habladurías. Sin embargo, y pese a la animación del momento, la llegada del conde Wilfred y su tiro de perros fue acogida con alivio, porque la lluvia comenzaba a arreciar y escaseaban los lugares donde protegerse.

Nada más abrirse la cancela, los asistentes se apresuraron a ocupar los mejores lugares. Como de costumbre, los hombres se acomodaron en los puestos próximos al altar, dejando para las mujeres y los niños los sitios más retrasados. La primera fila, reservada para los padres de los fallecidos, la ocupaban *el percamenarius* y su esposa. Junto a ellos descansaban sobre sendos sacos de paja los dos hijos heridos en el incendio. El cadáver del menor, Celías, yacía envuelto en un sudario de lino junto al cuerpo de Theresa. Los difuntos yacían sobre una mesa instalada para la ocasión frente al altar mayor. Gorgias y Rutgarda habían declinado la invitación de Wilfred y se habían situado más atrás para evitar cualquier confrontación con Korne.



Wilfred aguardó bajo el pórtico hasta que los últimos feligreses ocuparon sus lugares. Cuando cesaron los murmullos, chasqueó su látigo e hizo que los perros le condujesen por una nave lateral hasta el transepto. Allí, dos acólitos tonsurados le ayudaron a situarse detrás del altar, y tras cubrir las cabezas de los perros con unas capuchas de cuero, liberaron al conde de los correajes que lo aseguraban al artefacto. A continuación, el subdiácono despojó a Wilfred de la capa *pluvia* que portaba y la sustituyó por una túnica *albata* que ajustó mediante un cingulo. Encima le sobrepuso un *indumentun* bordado del que pendía por su reborde inferior una hilera de campanitas de plata, y finalmente coronó su cabeza con un imponente tocado damasquinado. Una vez ataviado, el ostiario le lavó las manos en un aguamanil y dispuso un modesto cáliz funerario junto a los crismas que custodiaban los santos óleos. Dos candelabros iluminaban tenuemente los sudarios de los fallecidos.

Un clérigo rechoncho de andares dificultosos se acercó al altar provisto de un salterio. El hombre abrió el volumen con parsimonia y, tras humedecerse el dedo índice, comenzó el oficio recitando los catorce versículos preceptuados por la regla de san Benito. Luego entonó cuatro salmos con antífona y salmodió otros ocho, para seguidamente pronunciar una letanía y la vigilia de los difuntos. Después tomó la palabra Wilfred, quien con su sola presencia zanjó de un plumazo las primeras murmuraciones. El conde escrutó a los asistentes como si buscase al culpable de la tragedia. Hacía dos años que no vestía la indumentaria de sacerdote.

—Agradeced a Dios el que hoy, con Su inefable misericordia, se haya apiadado de nosotros —explicó—. Acostumbrados a vivir en la complacencia, a abandonaros en el deleite de los apetitos, olvidáis con deleznable facilidad por qué estáis en este mundo. Vuestro piadoso



aspecto; vuestros rezos y limosnas; vuestro turbio entendimiento os lleva a imaginar que cuanto poseéis es consecuencia de vuestro esfuerzo. Os obcecáis en desear mujeres distintas de las vuestras, envidiáis la suerte de los favorecidos y hasta os dejaríais arrancar las orejas si con ello pudieseis conseguir la riqueza que tanto anheláis. Pensáis que la vida es un banquete al que estáis invitados, un convite para saborear los guisos y los licores más refinados. Pero sólo un seso egoísta, un alma débil rezumante de ignorancia, es capaz de olvidar que no es sino el Santísimo Padre el propietario de vuestras vidas. Y del mismo modo en que un padre azota a sus hijos cuando es desobedecido, de igual forma que el alguacil corta la lengua al mentiroso o cercena el miembro del cazador furtivo, Dios corrige a quienes olvidan sus preceptos con el más terrible de los castigos.

Todos murmuraron.

—El hambre llama a nuestras puertas —continuó—, se adentra en nuestros hogares y devora a nuestros hijos. Las lluvias anegan las cosechas, las enfermedades diezman al ganado. ¿Y aún os quejáis? Dios os envía señales, y vosotros os lamentáis por sus designios. ¡Rezad! Rezad hasta que vuestras almas escupan los esputos de la codicia y las flemas de la ira. Rezad para alabar al Señor. Él se ha llevado a Celías y Theresa, liberándolos del pecaminoso mundo que vosotros habéis construido. Ahora que sus almas abandonan la corrupción de la carne, vosotros lloráis como mujeres atusándoos los cabellos. Pues atended, os digo, porque ellos no serán los últimos. Dios os muestra el camino. Olvidad las penas y tan sólo temed, pues el banquete que anheláis no lo hallaréis en este mundo. ¡Orad! Suplicad perdón, y tal vez logréis sentaros a Su festín, pues aquellos que renieguen del Señor se consumirán en el abismo de la condenación, hasta el fin de los siglos.



Wilfred guardó silencio. Con el paso de los años había comprendido que, con independencia de la causa que lo motivase, el mejor discurso era el de la condenación eterna. Sin embargo, Korne frunció el ceño y se adelantó.

—Si me lo permitís —dijo elevando la voz—. Desde mi conversión siempre me he tenido por buen cristiano: rezo al levantarme, ayuno cada viernes y sigo los preceptos. —Miró a todos como esperando su aprobación—. Hoy Dios se ha llevado a mi hijo Celías: un chico sano y robusto; un buen muchacho. Acepto los designios del Señor, y ruego a Él por su alma. También ruego por la mía, por la de mi familia y la de casi todos los presentes. —Tragó saliva antes de volverse hacia Gorgias—. Pero la culpable de esta desgracia no merece recibir ni una sola plegaria que alivie su castigo. Esa muchacha nunca debió entrar en mi taller. Si Dios usa la muerte para enseñarnos, tal vez debamos emplear Sus mismas enseñanzas. Y si es Dios el que juzga a los muertos, seamos nosotros quienes juzguemos a los vivos.

Un griterío atronó la iglesia.

—*Nihil est tam volucre quam maledictum; nihil faálius emiltitur, nihil citius excipitur, nihil latius dissipatur* —intervino Wilfred gritando—. Pobres hombres *iletratti*: no hay cosa más veloz que la calumnia, nada que se nos escape más fácilmente, nada que se acepte mejor y nada que se extienda más sobre la faz de la tierra. Ya he escuchado los rumores que acusan a Theresa. Todos habláis de lo mismo, pero ninguno conocéis la realidad de lo sucedido. Guardaos de la falsedad y la ignominia porque no hay secreto que tarde o temprano no se descubra. *Nihil est opertum quod non revelavitur, et occultum quod non scietur*.

—¿Mentiras decís? —respondió Korne agitando los brazos—. Yo mismo sufrí la ira de esa hija de Caín. Su odio provocó el fuego que ha destruido mi vida. Y lo afirmo aquí, en la casa de Dios. Mi hijo Celías lo



habría atestiguado de no haber muerto por culpa de esa muchacha. Pueden dar fe cuantos estuvieron presentes, y juro ante el Altísimo que así lo harán cuando Gorgias y su familia se enfrenten a la justicia. —Y sin esperar al beneplácito de Wilfred se echó a hombros el cadáver de Celías y abandonó la iglesia seguido de su familia.

Gorgias aguardó hasta que el resto de los feligreses acabaron de desalojar el templo. Deseaba hablar con Wilfred sobre el enterramiento de Theresa y sabía que no dispondría de mejor momento. Además, las palabras de Wilfred le habían sorprendido sobremanera. Rutgarda le había comentado los rumores que apuntaban a Theresa como la causante del incendio, pero la advertencia del conde parecía sugerir algo diferente. Rutgarda esperó en el exterior mientras aprovechaba para comentar con las vecinas los preparativos del entierro. Cuando Gorgias se acercó a Wilfred, lo sorprendió acariciando el lomo de sus molosos. Se preguntó cómo un hombre sin piernas podía manejar con tal facilidad a aquellas bestias.

—Siento lo de vuestra hija —dijo Wilfred meneando la cabeza—. En verdad era una buena chica.

—Era todo lo que tenía. Toda mi vida. —Sus ojos eran una cuenca de lágrimas.

—Muchos piensan que sólo existe una muerte, pero eso no es del todo cierto. Cada vez que un hijo muere, la muerte también alcanza a sus padres, y eso a su vez origina la penosa ironía de que cuanto más vacía es la vida, más pesada se revela. Sin embargo, vuestra esposa todavía es joven. Tal vez aún podáis...



Gorgias negó con la cabeza. Lo habían intentado en numerosas ocasiones, pero Dios no había querido bendecirles con un nuevo hijo.

—Mi único deseo es que Theresa reciba sepultura como la cristiana que siempre fue. Sé que lo que voy a pedir os es difícil, pero os ruego que atendáis mi súplica.

—Si está en mi mano...

—Últimamente he visto cosas terribles: muertos desnudos por las roderas; cadáveres tirados por los estercoleros; cuerpos sacados de sus tumbas por hambrientos desesperados. No quiero que a mi hija le ocurra eso.

—Desde luego. Pero no veo de qué modo...

—El cementerio del claustro. Sé que sólo los clérigos y los prohombres descansan en ese jardín, pero os lo pido como un favor especial. Sabéis cuánto he hecho por vos...

—Y yo por vos, Gorgias, pero lo que me pedís es algo imposible. En el claustro no cabe un alma, y las tumbas de las capillas pertenecen a la iglesia.

—Lo sé, pero había pensado en la zona del pozo. Ese lugar está virgen.

—Ese lugar es casi roca viva.

—No me importa. Cavaré.

—¿Con ese brazo?

—Encontraré quien me ayude.

—En cualquier caso, no creo que fuese buena idea. La gente no comprendería que una chica acusada de homicidio descansase en un claustro rodeada de santos.



—Pero no entiendo... Hace un instante, vos mismo la habéis defendido.

—Es cierto. —Meneó la cabeza—. Nicodemo, uno de los trabajadores heridos, pidió confesión. Debió de sentir la presencia de la muerte, y entre pecado y pecado habló de lo ocurrido. Al parecer, las cosas no sucedieron tal como las describe Korne.

—¿Qué queréis decir? ¿No fue Theresa la causante del incendio?

—Digamos que no está claro que lo fuera. Sin embargo, aunque la acusación de Korne resultase falsa, sería hartó difícil demostrarlo. Nicodemo habló bajo secreto de confesión, y es de suponer que el resto de los empleados confirmarán la versión de Korne. No creo que Nicodemo sobreviva, pero además, aunque lo hiciera, seguramente se desdiría de sus palabras. Recordad que trabaja para Korne.

—Y Korne para vos.

—Mi buen Gorgias. En ocasiones menospreciáis el poder de Korne. La gente no lo respeta por su trabajo. Temen a su familia. Han sido varios los aldeanos que ya han sufrido su ira. Sus hijos desenvainan la espada con la misma facilidad con que un adolescente desenfunda su miembro.

—Pero vos sabéis que mi hija no pudo hacerlo. Conocíais a Theresa. Era una chica bondadosa y caritativa. —Las lágrimas le brotaron.

—Y terca como una muía. Mirad, Gorgias, os aprecio profundamente, pero no puedo concederos lo que me pedís. Lo siento de veras.

Gorgias se quedó pensativo. Entendía la posición de Wilfred, pero no iba a consentir que profanasen el cuerpo de su hija en cualquier estercolero.



—Veo, vuestra dignidad, que no me dejáis opción. Si no puedo enterrar a mi hija en Würzburg, deberé trasladar su cadáver hasta Aquis-Granum.

—¿A Aquis-Granum, decís? Debéis de estar bromeando. Los pasos siguen cegados y lo mismo sucede con las postas. Aunque dispusieseis de un carro con bueyes, los bandidos os despedazarían.

—Os digo que lo haré aunque me cueste la vida.

Gorgias aguantó la mirada a Wilfred. Sabía que el conde precisaba de sus servicios y no permitiría que nada le sucediera. Wilfred se demoró en contestar.

—Olvidáis que hay pendiente un manuscrito —dijo al cabo.

—Y vos que hay pendiente un entierro.

—No tentéis a vuestra suerte. Hasta ahora os he protegido como a un hijo, pero eso no os autoriza a comportaros como un muchacho insolente —repuso mientras volvía a manosear la cabeza de los perros—. Recordad que fui yo quien os acogió cuando llegasteis a Würzburg mendigando un trozo de pan. Que fui yo quien facilitó vuestra inscripción en el registro de hombres libres pese a que carecíais de los documentos o armas que os acreditaran, y que fui yo quien os ofreció el trabajo que habéis disfrutado hasta el día de hoy.

—Sería un desagradecido si lo olvidara. Pero de eso hace ya seis años, y creo que mi trabajo ha respondido con generosidad a vuestra ayuda.

Wilfred lo miró con dureza, pero luego suavizó el rostro.

—Lo siento, pero no puedo ayudaros. A estas horas Korne ya habrá acudido al corregidor para denunciaros por lo sucedido. Como comprenderéis, sería una temeridad por mi parte aceptar el cadáver de una persona que puede ser hallada culpable de homicidio. Y aún hay



más: os recomendaría que comenzaseis a preocuparos por vos mismo. No dudéis que Korne irá a por vos.

—Pero ¿por qué motivo? Durante el incendio yo estaba con vos, aquí en el *scriptorium*...

—Mmm... Veo que aún desconocéis las complejas leyes carolingias, cosa que deberíais remediar si en algo apreciáis vuestra cabeza.

Wilfred restalló el látigo y los perros se movieron como si supieran adonde dirigirse. Los animales tomaron un pasillo lateral y arrastraron el artilugio rodante hasta unos aposentos lujosamente decorados. Gorgias siguió sus pasos obedeciendo una seña del conde.

—Aquí suelen hospedarse los optimates —explicó Wilfred—. Príncipes, nobles, obispos, reyes. Y en esta pequeña sala custodiamos los capitulares que nuestro rey Carlos ha venido publicando desde su coronación. Junto a ellos archivamos códigos de la *lex Sállica* y Ripuaria, decretales y actas de los Campos de Mayo... En definitiva, las normas que gobiernan a los francos, sajones, burgundios y lombardos. Ahora dejadme ver...

Wilfred hizo rodar la silla hasta una estantería deliberadamente baja y examinó uno por uno los volúmenes ordenados y protegidos por cubiertas de madera. El clérigo se detuvo ante un tomo raído que sacó con dificultad y hojeó humedeciéndose los dedos con la punta de la lengua.

—Aja. Aquí está: *Capitular de Vilbis. Poitiers, anno domine 768. Karolus rex francorum*. Permitidme que os la lea: «Si un hombre libre infligiere daño material o de vida a otro de igual condición, y por innominada circunstancia resultase incapaz de responder de su falta, recaerá sobre la familia del ofensor el castigo que en justicia al primero correspondiera.»

Wilfred cerró el libro y lo devolvió a la estantería.



—¿Mi vida corre peligro? —preguntó Gorgias.

—No sabría qué decirlos. Conozco al *percamenarius* hace tiempo. Es un hombre egoísta. Peligroso tal vez, pero, desde luego, listo como pocos. Muerto no le servís de nada, así que imagino que buscará vuestros bienes. Otra cosa es su familia. Proceden de Sajonia, y sus costumbres no son las de los francos.

—Si lo que busca es riqueza... —sonrió con amargura.

—Precisamente ése es vuestro mayor problema. El juicio podría terminar con vuestros huesos en el mercado de esclavos.

—Eso ahora no me preocupa. Cuando entierre a mi hija ya veré el modo de resolverlo.

—Por Dios, Gorgias, recapacitad. O al menos pensad en Rutgarda. Vuestra esposa no tiene culpa de nada. Deberíais concentraros en preparar vuestra defensa. Y ni se os ocurra pensar en la huida. Los hombres de Korne os darían caza como a un conejo.

Gorgias bajó la mirada. Si Wilfred no autorizaba la inhumación, sólo le quedaría la opción de trasladar el cadáver hasta Aquis-Granum, pero eso le resultaría imposible si, tal como apuntaba el conde, los parientes de Korne estaban dispuestos a impedirselo.

—Theresa será enterrada esta noche en el claustro —dijo—. Y seréis vos quien se ocupe de ese juicio. Al fin y al cabo, vuestra dignidad necesita de mi libertad mucho más que yo.

El conde sacudió las riendas y los perros gruñeron amenazadoramente.

—Mirad, Gorgias. Desde que comenzasteis a copiar el pergamino os he proporcionado comida por la que muchos matarían, pero ciertamente con esto estáis tensando la cuerda más de lo aconsejable. A tal punto, que



tal vez debiera reconsiderar el alcance de nuestros compromisos. De algún modo vuestras habilidades me resultan imprescindibles, pero suponed que un accidente, una enfermedad, o incluso ese juicio os impidieran cumplir lo pactado. ¿Acaso creéis que mis planes se detendrían? ¿Que vuestra ausencia impediría el desarrollo de mi empeño?

Gorgias supo que pisaba un terreno resbaladizo, pero su única oportunidad pasaba por presionar a Wilfred. Si no lo conseguía, su cabeza acabaría junto a Theresa en un estercolero.

—No dudo que consiguieseis encontrar a alguien. Desde luego que podríais hacerlo. Tan sólo deberíais localizar un amanuense cuya lengua materna fuese el griego; que conociese las costumbres de la antigua corte bizantina; que dominase la diplomática con igual maestría que la caligrafía; que distinguiese una vitela nonata de un pergamino de cordero y que, obviamente, supiese mantener la boca cerrada. Decidme, su dignidad, ¿a cuántos de esos hombres conocéis? ¿Dos escribas? ¿Tal vez tres? ¿Y cuántos de ellos estarían dispuestos a embarcarse en tan incierto encargo?

Wilfred gruñó como uno de sus animales. Su cabeza ladeada, encendida por la ira, se veía más grotesca que nunca.

—Puedo encontrar a ese hombre —le retó mientras se daba la vuelta.

—¿Y qué es lo que copiaría? ¿Un trozo de papel quemado?

Gorgias se detuvo en seco.

—¿A qué os referís?

—A lo que oís, eminencia. A que la única copia existente se evaporó en el incendio, de modo que, a menos que también conozcáis a alguien capaz de leer en las cenizas, tendréis que aceptar mis condiciones.



—Pero ¿qué pretendéis? ¿Que acabemos todos en el infierno?

—No es ésa mi intención, ya que, por fortuna, recuerdo palabra por palabra el contenido del documento.

—¿Y cómo demonios pensáis que puedo ayudaros? Represento la ley en Würzburg. Debo obediencia a Carlomagno.

—Decídmelo vos. ¿O acaso el poderoso Wilfred, conde y custodio del mayor secreto de la cristiandad, no va a poder solucionar un simple entierro?

Nada más enterarse de la noticia, Reinoldo y Lotaria se personaron en San Damián para colaborar en el sepelio de Theresa. Al fin y al cabo, Lotaria era la hermana mayor de Rutgarda, y tras su matrimonio con Reinoldo la relación entre ambas familias se había estrechado. Una vez ultimados los detalles, Gorgias y Reinoldo acordaron el traslado del cadáver. Rutgarda y Lotaria decidieron marchar solas para ir adelantando trabajo, pero sus maridos les dieron alcance al poco, merced a unas parihuelas que encontraron en la hostería catedralicia.

Ya en la vivienda, Gorgias depositó el cuerpo sobre el jergón que su hija siempre ocupaba. La miró con ternura y sus ojos se enrojecieron. No podía admitir que nunca más disfrutaría de su sonrisa, que no volvería a contemplar sus ojos vivarachos ni sus mejillas encendidas. No podía aceptar que de aquellos rasgos tan dulces, tan sólo perviviera un rostro desfigurado.

La noche se adivinaba larga y el frío les atería los huesos, así que Rutgarda propuso tomar algo caliente antes de emplearse en las distintas ocupaciones. Gorgias se mostró de acuerdo y encendió el hogar. Cuando



el fuego prendió, Rutgarda puso a calentar la sopa de nabos que había preparado el día anterior, aumentándola con agua y espesándola con un trozo de manteca que había traído Lotaria, mientras ésta se dedicaba a adecentar un rincón que juzgó adecuado para amortajar a Theresa. La mujer, pese a su voluminosa figura, se desenvolvía con la agilidad de una ardilla, y en un abrir y cerrar de ojos dejó el lugar limpio de aperos y utensilios.

—¿Saben vuestros hijos que pasaréis la noche fuera?

—Lotaria los puso sobre aviso —respondió Reinoldo—. Está mal que lo diga, pero esta mujer es un tesoro. Fijaos: en cuanto se enteró de lo ocurrido, salió corriendo a pedir un frasco de esencia a casa de la partera. No está bien que yo lo diga, pero a veces creo que piensa más que algunos hombres.

—Debe de ser cosa de familia. Rutgarda también es sensata —confirmó Gorgias.

Rutgarda sonrió. Gorgias no solía decirle cosas bonitas, pero era un hombre cabal como pocos, y eso la enorgullecía.

—Dejaos de halagos y salid a cortar un poco de leña, que he de preparar la mortaja. Ya os avisaré cuando termine —refunfuñó Lotaria.

Rutgarda rellenó un cuenco con sopa y se lo acercó a Gorgias.

—Ves lo que decía. Piensan más que algunos hombres —reiteró Reinoldo.

Los dos tomaron el caldo con avidez. Antes de salir, Gorgias se fijó en el único arcón que guarnecía la estancia. Lo observó detenidamente y tras dudar un instante lo abrió y comenzó a vaciarlo.

—¿Qué estás buscando?



—Creo que podré convertirlo en un ataúd. Ahí fuera tengo unos tablones que tal vez sirvan.

—Pero es nuestro único arcón. No podemos tirar el ajuar al suelo — intervino Rutgarda.

—Dejaremos la ropa sobre la cama de Theresa, y no te preocupes, que ya te compraré otro más bueno —dijo Gorgias al tiempo que sacaba el último vestido—. Cuando terminéis con la mortaja, envolved el ajuar con una manta. Luego recoged todo lo que encontréis de valor: comida, pucheros, vestidos, herramientas... Yo me ocuparé de los libros.

—¡Dios mío! Pero ¿qué ocurre?

—No preguntéis y haced lo que os digo.

Gorgias aferró una tea y pidió ayuda a Reinoldo. Éste prendió otra, y juntos arrastraron el arcón hasta el exterior de la vivienda. Lotaria dejó a Rutgarda a cargo de la casa mientras ella desnudaba el cuerpo abrasado de Theresa. Desde luego no era la primera vez que amortajaba un cadáver, pero nunca se había enfrentado a uno cuya piel se desprendiese a trozos como la corteza de un eucalipto. La mujer retiró cuidadosamente los restos del vestido y limpió el cuerpo ennegrecido con agua caliente. Luego lo perfumó, salpicándolo con esencia de cardamomo. Para embozarla empleó una sábana de lino que aplicó desde los pies hasta los hombros. Después escogió un vestido usado que rasgó con la ayuda de un cuchillo hasta conseguir un retal parejo con el que embellecer la mortaja. Para cuando terminó, Rutgarda ya había recogido casi todos los enseres.

—Aunque no fuese hija mía, siempre la quise como tal —dijo Rutgarda con lágrimas en los ojos.



Lotaria prefirió no hablar. Ya era suficiente desgracia el que Rutgarda no hubiera podido concebir, como para añadirle la pérdida de su hijastra.

—Todos la queríamos —acertó a contestar—. Era buena chica. Distinta pero buena. En fin. Voy a avisar a los hombres.

Se secó las manos y llamó a Gorgias y Reinoldo. Ambos regresaron a la casa con el arcón convertido en un extraño ataúd.

—No es bonito, pero servirá —afirmó Gorgias. Seguidamente arrastró el ataúd hasta el lugar donde descansaba el cuerpo. Miró con tristeza a su hija y se volvió hacia Rutgarda—. Estuve hablando con Wilfred. Me advirtió que Korne nos denunciaría.

—¿A nosotros? Pero ¿qué quiere ese malnacido? ¿Que nos destierren? ¿Que reconozcamos que Theresa nunca debió entrar en el taller? ¡Por el amor de Dios! ¿Acaso no hemos tenido suficiente castigo?

—Parece que para él, no. Supongo que pretende resarcirse de las pérdidas ocasionadas por el fuego.

—Pero qué va a conseguir, si apenas nos queda para comer.

—Eso mismo le dije a Wilfred. Pero según las leyes francas, pueden arrebatarlos todo cuanto tengamos.

—¿Y qué es lo que tenemos, si cuanto poseemos está ahí, envuelto sobre la cama?

—Podrían quitarnos la casa —intervino Lotaria.

—La vivienda es arrendada —respondió Gorgias—. Y eso es lo malo.

—¿Y por qué lo malo? —preguntó Rutgarda con ansiedad.

Gorgias miró fijamente a su mujer y contuvo la respiración.

—Porque podrían vendernos en el mercado de esclavos.



Rutgarda abrió los ojos casi tanto como la boca. Luego ocultó la cabeza entre las rodillas y rompió a llorar, mientras Lotaria meneaba la cabeza y recriminaba a Gorgias sus palabras.

—He dicho que podrían hacerlo, no que fueran a conseguirlo —aclaró él—. Antes deberían demostrar la culpabilidad de Theresa. Además, Wilfred ha dicho que nos ayudará.

—¿Que nos ayudará? —dudó entre sollozos Rutgarda—. ¿Ese tullido?

—Te aseguro que lo hará. Mientras tanto quiero que traslades todos los enseres a casa de Reinoldo. De ese modo evitaremos que alguien se tome la justicia por su mano. Deja aquí algún cacharro, el que peor veas, y un par de mantas raídas. No te olvides de los jergones. Vacía la paja y aprovecha las fundas para transportar las cosas. Así no levantaremos sospechas. Luego tú y Lotaria os encerráis con los niños mientras Reinoldo y yo nos ocupamos del entierro. Al amanecer nos reuniremos con vosotras.

Ya a solas, Gorgias se sentó sobre el ataúd y esperó a que anocheciera. Había acordado con Reinoldo acudir al claustro tras la puesta de sol, de modo que sólo le restaba velar el cadáver y aguardar la aparición de las primeras estrellas. Pasado un rato, en su mente se dibujó la figura de Theresa. Recordó Constantinopla, la perla del Bósforo, la tierra que le vio nacer. Tiempos de fortuna y abundancia, de goce y felicidad. Qué distantes ahora, y qué crueles sus recuerdos. Nadie en Würzburg habría podido imaginar que Gorgias, el hombre que ejercía de humilde escriba en el *scriptorium*, había ostentado tiempo atrás el título de patricio en la urbe de urbes, la lejana Constantinopla.



Rememoró el nacimiento de su hija Theresa, aquella bolita de melocotón; aquel manojito de vida tiritando entre sus brazos. Durante semanas corrió el vino y se derramó la miel. Envió noticias a los foros del imperio, ordenó que se erigiese un altar a espaldas de la villa y exigió a sus siervos que conmemorasen con ofrendas aquella dichosa fecha. Ni siquiera su nombramiento como optimate de la provincia de Bitinia le había producido mayor satisfacción. Su esposa Otiana lamentó no haber engendrado un varón, pero él tampoco tenía prisa. Aquella chiquilla llevaba su sangre, la sangre de los Theolopoulos, la estirpe de comerciantes más renombrada de Bizancio, desde el Danubio hasta Dalmacia, desde Cartago hasta el Exarcado de Rávena, respetada y temida más allá de las defensas de Teodosio. Tiempo habría para que llegasen más niños y llenasen las salas con sus travesuras. Eran jóvenes y con la vida por delante. O al menos, así lo creía...

La segunda gestación trajo consigo la mayor de las desgracias. Los galenos atribuyeron la muerte de Otiana a la humedad y las blanduras del feto... ¡Malditos necios! Si al menos le hubieran evitado todo aquel sufrimiento...

Durante meses la desesperación se convirtió en su única compañera. En cada rincón imaginaba a su esposa, olía su perfume y escuchaba sus risas. Al final, aconsejado por sus hermanos, decidió alejarse de la melancolía que le consumía y se trasladó a la vieja Constantinopla. Allí adquirió una villa ajardinada próxima al foro de Trajano, donde se instaló con sus siervos y un ama de cría.

Transcurrieron varios años durante los cuales vio crecer a Theresa rodeada de libros y escritos, su única pasión; el remedio que los físicos no supieron recetarle. Su título de patricio y su amistad con el cubiculario del Basileus le abrieron las puertas de la Biblioteca de Santa Sofía, y de ese modo tuvo acceso al más grande almacén de sabiduría de



la cristiandad. Cada mañana acudía al paraninfo de la catedral acompañado de Theresa, y mientras ésta jugaba con los faisanes, él releía a Virgilio, copiaba pasajes de Plinio o recitaba estrofas de Luciano. Pasado su sexto cumpleaños, la pequeña comenzó a interesarse por las actividades de su padre. Se sentaba entre sus piernas e insistía hasta lograr que le dejara alguno de los códices que manejaba. Al principio, para distraerla, le ofrecía pliegos estropeados, pero pronto comprobó que mientras él escribía, Theresa imitaba con extraordinaria delicadeza cada uno de sus movimientos.

Con el tiempo, lo que parecía un pasatiempo acabó por convertirse en una preocupación. La pequeña apenas jugaba con otras niñas y cuando lo hacía, disfrutaba garabateándoles la ropa con las plumas que robaba de los gallineros. Recordó que al comentarlo, Reodrakis, el titular de la biblioteca, le persuadió para que la iniciase en los secretos de la escritura postulándose a sí mismo como preceptor de la pequeña. De ese modo Theresa aprendió a leer y, poco más tarde, a imprimir sus primeros trazos sobre tablillas de cera.

Rememoró con tristeza cómo su pasión por la lectura se interrumpió a los dieciséis años, a resultas del asesinato del emperador León IV a manos de su esposa, la emperatriz Irene. La muerte del Basileus deparó una interminable sucesión de rencillas y venganzas que acabaron con la detención y ajusticiamiento de cuantos osaron oponerse a la nueva Basilissa. Pero no sólo los críticos acabaron en los cementerios. Aquellos que en vida del Basileus habían establecido vínculos políticos o comerciales con él, sufrieron igualmente la ira de la emperatriz.

Una noche de invierno, el cubiculario se presentó en su casa embozado y con un par de caballos. De no haber sido por su aviso, al día siguiente él y su hija habrían sido ejecutados. Luego vino la huida a Salónica, la peregrinación hasta Roma y el traslado a las frías tierras germanas.



Pero ¿por qué pensaba aquello en ese preciso momento? ¿Por qué evocar unos recuerdos que alimentaban su dolor?

«Destino maldito, tormenta de crueldad. Meandro de caprichos que arrancas de mi alma la carne que era mía, dejándome vacío. Cilicio infame, senda de castigo. Llévame contigo para regalarte mi odio. Ven y abrázame.»

Cerró los ojos y se echó a llorar.

Pese a lo dificultoso del terreno, Gorgias y Reinoldo concluyeron la fosa poco después de la medianoche. A esa hora los clérigos descansaban en sus aposentos y Wilfred pudo officiar el sepelio en el más estricto secreto. Luego ordenó a Gorgias que cubrieran el féretro sin cruz o signo que pudiese delatar lo acontecido.

—En cuanto al manuscrito... —le recordó el conde.

Gorgias asintió con los ojos enrojecidos. Entonces Wilfred bajó la cabeza y lo dejó a solas con su amargura.



Capítulo 5

Aquella noche los vientos del norte sembraron de hielo hasta el último rincón de Würzburg. Los hombres se apresuraron a sellar las rendijas y avivar los fuegos de los hogares, las mujeres apretujaron a sus hijos entre los jergones, y todos rezaron por que la leña almacenada conservase el calor hasta el amanecer.

Los que durmieron al abrigo de las ascuas soportaron el frío con resignación, pero Theresa fue incapaz de conciliar el sueño. El llanto le había inflamado los párpados hasta hincharlos como odres, y sus ojos enfebrecidos apenas si lograban percibir la cochiguera en la que había encontrado refugio. Su piel aún conservaba la tez cenicienta del humo, y el olor de sus ropas le recordó una y otra vez el infierno que acababa de vivir. La muchacha rompió a llorar y pidió perdón a Dios por sus pecados.

De nuevo en su cabeza retumbaron las imágenes de lo ocurrido: las risas burlonas de los mozos del taller; la piel podrida flotando en el estanque; la prueba por la que tanto había luchado; la discusión con Korne; y por último, el pavoroso incendio. Sólo de pensar en ello se le erizaba la piel, pero dio gracias al cielo por haberle permitido escapar del fuego con vida.

Señor, ¡si al menos hubiese podido evitar la muerte de Clotilda!



En alguna ocasión había sorprendido a aquella muchacha merodeando por los almacenes del taller o rebuscando entre los restos de basura. Según creía, sus padres habían fallecido a principios del invierno, y desde entonces deambulaba sola por los alrededores de la catedral sin que nadie se apiadara de ella. Calculó que Clotilda sería de su edad o incluso algo más joven. Pasado un tiempo, la muchacha había desaparecido y no volvió a saber de ella hasta el día del incendio.

Recordó el instante en que decidió regresar al taller, justo después de asegurar a la esposa de Korne sobre el muro del patio. Cuando entró en la estancia, las llamas crepitaban en el techo convirtiendo el lugar en una enorme lengua de fuego. Buscaba sus últimos libros y entonces la vio. Clotilda, acurrucada en un rincón, manoteaba sin cesar intentando alejar las ascuas que le llovían desde la techumbre. A sus pies había varias manzanas desparramadas. Sin duda la muchacha había aprovechado la confusión para entrar en el taller y conseguir algo de comida.

Intentó sacarla, pero ella se resistió con un gesto de dolor. Entonces advirtió que su piel enrojecida ya había sufrido el envite de las llamas. Al mirar alrededor descubrió bajo una de las mesas su vestido azul, el que había utilizado cuando se sumergió en el estanque. Lo cogió, y tras comprobar que aún seguía empapado, se lo ofreció a la muchacha. Ésta se despojó de sus andrajos y se enfundó el vestido de Theresa. El agua la alivió. En ese momento el techo crujió y las vigas comenzaron a caer. Recordaba que intentó arrastrarla, pero la muchacha se asustó y corrió en la dirección opuesta. Luego todo se derrumbó y Clotilda quedó sepultada bajo los escombros.

Después ella huyó ladera abajo, corriendo, tropezando, sintiendo en su nuca el aliento del diablo. Tomó la vereda que rodeaba la muralla y tras franquearla se adentró en la maleza hasta llegar a un castañar donde los cerdos solían alimentarse. Allí se refugió en la cabaña de los porqueros.



Cerró la puerta como si quisiese negarle el paso a tanta desgracia y se dejó caer en el suelo, apoyando la espalda contra la pared de barro y zarza.

Los libros quemados; el taller arruinado y consumido; aquella pobre chica muerta. Ya nunca se atrevería a mirar a Gorgias a la cara. Le había deshonrado de la peor forma en que una hija podía deshonrar a su padre, y aunque le doliese reconocerlo, haberle decepcionado era lo que más sentía. Lloró sin consuelo hasta que las lágrimas horadaron sus mejillas. Su garganta balbuceó una y otra vez pidiendo perdón a Dios, rogándole que nada de aquello hubiese sucedido. Todo era culpa suya, de su estúpido afán por querer ser quien no era. Tenían razón quienes le decían que el sitio de una mujer estaba en su casa, con su marido, pariendo hijos y sacando adelante una familia. Y Dios ahora la castigaba por su avaricia.

Se despertó tiritando, con el cuerpo entumecido y las sienas martilleándole la cabeza. Al levantarse, las piernas le flaquearon como si hubiese caminado toda la noche. El frío le atería el pecho y su garganta era un sembrado de espinas. Cuando logró despejarse abrió la portezuela y comprobó que ya había amanecido. El lugar aparecía desierto, pero aun así lo escrutó con atención.

Una bandada de estorninos elevó el vuelo aleteando con estruendo. Theresa admiró el verdor de los abetos y la limpieza del cielo. El bosque de castaños se le antojó un jardín recién arreglado, y por un momento se dejó llevar por el perfume de la tierra húmeda y el suave susurro del viento.



El estómago le gruñó recordándole que no probaba bocado desde el día anterior. Desató la talega de piel que su padre había olvidado en el taller del *percamenarius* y extendió su contenido en el suelo. Descubrió una tablilla de cera y un estilo de bronce que utilizaba como puntero. Envuelta en un paño, una manzana madura. La cogió y la mordió con fruición. Mientras masticaba, terminó de ordenar el resto de las pertenencias: un pequeño eslabón acerado para encender fuego, un crucifijo tallado en hueso, un frasco de esencia para perfumar pergaminos, y el carrete de hilo de cáñamo que Gorgias solía utilizar en el [cosido.de](#) los cuadernillos. Lo recogió todo para guardarlo de nuevo.

Meditó un buen rato hasta tomar una decisión: huiría lejos de Würzburg, a un lugar donde nadie pudiera encontrarla. Tal vez al sur, a Aquitania; o al oeste, a Neustria, donde había oído hablar de la existencia de abadías regidas por mujeres. Incluso si encontrase la oportunidad, viajaría hasta Bizancio. Su padre siempre decía que algún día conocería a sus abuelos, los Theolopoulos. Apenas los recordaba, pero si llegaba a Constantinopla seguro que les encontraría. Allí trabajaría hasta convertirse en una mujer de provecho. Estudiaría gramática y poesía, como a Gorgias le hubiese gustado, y quizás entonces, algún día, se atreviese a regresar a Würzburg para encontrarse con su padre y pedirle perdón por sus pecados.

Asustada, recogió la talega de su padre. Luego volvió la cabeza hacia las murallas para contemplar por última vez la ciudad. Ahora, iniciado su vigésimo tercer aniversario, debía construirse una nueva vida. Le pidió fuerzas a Dios y con paso decidido tomó el sendero que se internaba entre la espesura.



A media mañana dejó caer la bolsa, exhausta. Durante cinco millas había transitado por la senda que comunicaba Würzburg con las rutas del norte, pero con las primeras estribaciones el camino desaparecía engullido por la nevada. Allá donde mirara, la nieve blanqueaba desde el más pequeño guijarro hasta la última de las colinas, ocultando cualquier vestigio que pudiera servirle de guía. Cada árbol era una repetición del anterior y cada peñasco un reflejo del siguiente.

Decidió tomarse un pequeño descanso. Se sentó sobre un tronco caído y observó el firmamento con preocupación, pues el tiempo se mostraba cambiante y amenazaba tormenta. Había imaginado que por el camino encontraría nueces y bayas, pero los hielos habían asolado los arbustos, de modo que hubo de conformarse con el corazón de manzana que había tenido la precaución de conservar. Abrió la talega y lo sacó. De repente un relámpago iluminó el horizonte. Luego el viento zarandeó las copas de los árboles y el cielo se fue apagando hasta teñirse de ceniza. Pronto comenzó a llover. Theresa buscó abrigo entre unos peñascos, pero la lluvia la alcanzó hasta empaparla.

Mientras se apretaba contra un saliente comprendió lo iluso de sus planteamientos. Por mucho que lo desease, nunca llegaría a Aquitania o Neustria, y menos aún a la lejana Bizancio. No tenía alimento, ni dinero, ni parientes a quien acudir. Ignoraba el manejo de la azada o el arado, nunca había vendimiado y ni siquiera sabía preparar un mal puchero. Tan sólo entendía de inútiles pergaminos que jamás le servirían para ganarse el sustento. ¡Qué necia había sido al no escuchar a su madrastra! Debería haberse dedicado a los fogones o a un oficio propio de mujeres. Hilandera, costurera, lavandera... cualquiera de ellos le habría permitido obtener un jornal en Aquis-Granum, e incluso ahorrar lo suficiente para pagar un pasaje en caravana hasta Neustria.



Pero aun así, lo intentaría. Se emplearía como bracera o buscaría un puesto de aprendiz de curtidora. Cualquier cosa, menos terminar en un burdel cubierta de pústulas y enfermedades.

Con la lluvia arreciando, sopesó la conveniencia de trasladarse a un lugar más seguro. Además, probablemente en Würzburg ya habrían comenzado su búsqueda, y si permanecía a orillas del camino no tardarían en encontrarla. Recordó entonces el viejo horno de cal, un edificio ubicado en una pequeña cantera a una media hora de camino. Conocía el lugar porque en varias ocasiones había acudido a recoger la cal que empleaban para curtir los cueros. La construcción pertenecía a la viuda Larsson, una mujerona de carácter rudo que explotaba la cantera con la ayuda de sus hijos. En invierno, cuando los constructores interrumpían los pedidos, cerraban el horno y trasladaban su actividad a Würzburg, de modo que podría guarecerse en uno de los cobertizos y esperar a que amainase la tormenta.

A poco para el mediodía, Theresa llegó a las inmediaciones de la pedrera. Anhelaba protegerse de la lluvia, pero en lugar de apresurarse, aguzó el oído y avanzó con cautela.

La cantera se abría en la ladera de la montaña como una enorme boca mellada, cuyos dientes yacieran desperdigados por su falda. A sus pies se alzaba el horno de cal, una especie de torreón chato y ahusado de un tamaño algo mayor que los hornos de pan. En la parte superior se abría un agujero circular que hacía las veces de chimenea, mientras que en el lateral, otros cuatro proporcionaban la ventilación necesaria. La vivienda se levantaba a orillas del río, alejada de los vapores que desprendía la cal al ser quemada, y más atrás, a su espalda, aparecían los cobertizos que usaban como almacenes.

Theresa esperó hasta cerciorarse de que ni la viuda Larsson ni sus hijos deambularan por los alrededores. Albergaba la esperanza de no



encontrarse con nadie, pero al acercarse a la casa advirtió que la puerta estaba entreabierta. En ese instante se preguntó si no habría tomado la decisión equivocada. Llamó con los nudillos pero no obtuvo respuesta. Sabía que cometía una locura, pero aun así decidió entrar. Recogió un palo del suelo y empujó la puerta con el hombro. Parecía atrancada. Al tercer intento cedió estrepitosamente dejando a la vista una estancia vacía. Theresa penetró y entornó la puerta tras de sí. Luego cerró los ojos para paladear unos instantes de paz. El olor amargo de la cal le quemó la garganta, pero incluso así lo recibió con agrado. Oyó el agua golpeando en el tejado y el viento azotando los tablones; sin embargo, el saberse a resguardo la reconfortó.

Como el resto de las construcciones de la zona, la vivienda carecía de ventanas, por lo que la única claridad procedía del hueco practicado en el tejado de zarzo destinado a evacuar los humos. Cuando sus pupilas se acostumbraron a la penumbra, observó que la sala se encontraba terriblemente desordenada, con los taburetes volcados y numerosos cacharros desperdigados por el suelo. Supuso que algún animal habría causado el revuelo, así que no le concedió importancia. Después de comprobar que no había comida ni prendas de abrigo, decidió entretenerse recogiendo los enseres. En un rincón amontonó los retales de tronco y madera que la viuda Larsson solía utilizar para confeccionar zuecos.

Al igual que otras muchas familias, los Larsson habían encontrado en la talla de la madera un oficio adicional con el que aprovechar los tiempos muertos entre hornada y hornada. Se fijó entonces en la aparatosa herramienta que descansaba sobre uno de los bancos de trabajo, una especie de machete articulado en su punta mediante una argolla remachada al propio banco. De esa forma, la cuchilla pivotaba



sobre su extremo como si de una cizalla se tratara. Theresa lo asemejó a una suerte de puente levadizo.

En alguna ocasión había visto a la viuda Larsson manejar el artefacto con suma destreza. La mujer izaba el mango fijándolo sobre un soporte, colocaba el tarugo de madera bajo la cuchilla y con precisos movimientos de subida y, bajada desbastaba lascas de madera hasta tallar el exterior del zueco.

Movida por la curiosidad, decidió probar su manejo. Buscó un trozo de madera del tamaño adecuado y lo colocó junto a la cuchilla. Luego agarró el mango de la cizalla y con las dos manos lo elevó para asegurarlo en el soporte, pero el mango resbaló y la cuchilla cayó violentamente sobre la mesa. Theresa se alegró de haber utilizado ambas manos, pues de lo contrario habría perdido una de ellas. Con más cuidado, izó de nuevo la cuchilla hasta colocarla en el soporte, y nada más asegurarla dio por concluida su experiencia como talladora de zuecos.

Luego se dedicó a colocar los taburetes mientras imaginaba su llegada a Aquis-Granum. En primer lugar iría al mercado y cambiaría el eslabón y el punzón por comida. Seguramente obtendría una libra de pan y varios huevos, incluso regateando tal vez consiguiese una loncha de carne ahumada. Luego buscaría trabajo como curtidora en el barrio de los artesanos. Nunca había estado en Aquis-Granum, pero suponía que un barrio así debía de existir en la ciudad que el rey Carlomagno había escogido para fijar su residencia.

De repente le dio un vuelco el corazón.

No le cabía duda. Las voces que escuchaba provenían del exterior y se oían cada vez más cerca.



Aterrorizada, dejó lo que estaba haciendo y corrió hacia la puerta. ¿Serían los Larsson? Pegó la cabeza a una rendija y observó cómo dos figuras desdibujadas se aproximaban a la casa. ¡Dios! Parecían hombres armados y en pocos segundos se presentarían en la vivienda. Debía encontrar un lugar donde esconderse. Recordó el montón de maderos junto a la cizalla y corrió a agazaparse tras ellos, justo en el instante en que los hombres irrumpían en la casa. Agachó la cabeza entre las piernas y rezó para que no la descubriesen. Sin embargo, en lugar de buscarla, los dos hombres se encaminaron hacia el centro de la habitación y se afanaron en encender el fuego del hogar.

Ocultada tras la leña, Theresa no alcanzaba a adivinar lo que estaba sucediendo. ¿A qué estaban esperando? ¿Por qué no la buscaban? Desde su escondrijo observó cómo los hombres se desprendían de las armas y ensartaban un par de ardillas para asarlas al fuego. Reían y gesticulaban como dos borrachos mientras se daban empujones y volteaban los espetones descuidadamente. Se fijó en el más corpulento, una montaña de grasa cubierta de pieles cuya mayor virtud parecía consistir en no caer de bruces contra el suelo. El delgado no paraba quieto, constantemente se rascaba la cara llena de pecas y alzaba la nariz como una alimaña olisqueando a su presa. Theresa imaginó que si una rata caminara sobre dos patas, seguramente se le parecería.

En un momento determinado, el más corpulento espetó algo al pecoso y éste, molesto, hizo ademán de empuñar el cuchillo. Sin embargo, se detuvo y ambos rieron ruidosamente. Cuando se calmaron, Theresa advirtió que conversaban en un dialecto ininteligible, y entonces comprendió que sólo un milagro la salvaría. Aquellos hombres no eran soldados, ni venían de Würzburg. Parecían sajones: paganos dispuestos a matar al primer infortunado que se cruzase en su camino.



En ese instante Theresa se apoyó en un madero haciéndolo caer con estrépito. La muchacha contuvo la respiración mientras el hombre corpulento miraba el tronco con ojos estúpidos, pero en vez de comprobar el origen del ruido se volvió hacia el fuego y continuó con el asado. Sin embargo, el pecoso mantuvo la mirada sin pestañear. Después cogió una rama encendida, empuñó su cuchillo y avanzó lentamente hacia los troncos. Theresa cerró los ojos y se acurrucó tanto que los huesos le dolieron. De repente sintió una mano que la aferraba por los pelos y tiraba hasta alzarla. Chilló y pataleó intentando zafarse, pero un brutal puñetazo la dejó sin aliento. Momentos después, el sabor de la sangre le hizo comprender que lo último que verían sus ojos serían los rostros de aquellos asesinos.

El pecoso acercó la tea a Theresa y la examinó como quien descubre una zorra en un cepo para conejos. Sonrió al comprobar la tez clara de su rostro, apenas estropeada por el puñetazo. Después bajó lentamente la mirada deteniéndose en sus pechos, que adivinó firmes y generosos, para continuar hasta sus caderas amplias y marcadas. Entonces enfundó el cuchillo y la arrastró por el brazo hasta el centro de la sala. Allí, ante la mirada aterrada de Theresa, el hombre se desabrochó los pantalones dejando a la vista un palpitante miembro velludo. La joven se quedó paralizada. Jamás había imaginado que una cosa tan horrible pudiera esconderse bajo unos pantalones. Estaba tan aterrorizada que no pudo evitar que la vejiga se le vaciase. Creyó morir de vergüenza. Sin embargo, los dos hombres celebraron la deyección con una sonora carcajada. Luego, el corpulento la sujetó mientras el otro hacía jirones su vestido.

El pecoso esbozó una grotesca sonrisa cuando el vientre de Theresa latió bajo el fulgor de las ascuas. Admiró la palidez de su carne, en contraste con el triángulo que adornaba el nacimiento de sus piernas, y



sintió cómo el deseo le agujoneaba con fiereza. Entonces se escupió sobre el miembro, lo frotó y lo condujo hacia Theresa. La joven gritó y se revolvió. Los maldijo una y mil veces, y sin saber cómo logró soltarse, momento que aprovechó para correr hacia la pila de maderos. Allí se apresuró a buscar el estilo que llevaba en la talega, pensando que si lo encontraba dispondría de una oportunidad. Sin embargo, sus manos hurgaron en vano.

Justo cuando el pecoso se disponía a asaltarla, sus dedos tropezaron con el punzón de su padre, y Theresa lo esgrimió con desesperación. El pecoso se detuvo, con el estilo temblando a un palmo de su cara. El corpulento miraba la escena sorprendido, aguardando como un perro el gesto de su amo, pero el pecoso, en lugar de pronunciarse, rompió a reír escandalosamente. Luego agarró una vasija de la que bebió hasta que el líquido le resbaló a borbotones y entonces, sin soltar la jarra, arreó un bofetón a Theresa haciendo que el estilo volase por los aires.

En un instante Theresa se encontró tumbada sobre un banco lleno de zuecos y con el sajón babeándole la cara. El aliento a alcohol le inundó los pulmones. Enfebrecido por el vino, el sajón buscaba su sexo mientras le sujetaba los brazos por encima de la cabeza. Theresa intentó cerrar las piernas pero el sajón las separó con violencia. En ese momento advirtió que su atacante apoyaba la mano derecha bajo la enorme cuchilla. Estaba tan borracho que ni se había dado cuenta. Ella se dijo que le bastaría con un instante de libertad. Entonces alzó la cabeza y lo besó en la boca. El sajón se sorprendió y ella aprovechó su desconcierto. Empujó el soporte que aseguraba la cizalla hasta lograr que se desplomase sobre la mano del sajón, con tal violencia que sus dedos saltaron seccionados en un interminable reguero de sangre.

Theresa aprovechó para correr hacia la puerta mientras el herido se revolcaba como un cerdo. La habría franqueado de no ser porque el



corpulento se interpuso en su camino. La joven intentó esquivarle, pero el hombre, con inusitada rapidez, la agarró por los pelos y elevó su cuchillo. Theresa cerró los ojos y gritó. Sin embargo, cuando se disponía a descargar el golpe, el hombre dejó escapar un extraño gruñido. A continuación sus ojos palidecieron y sus piernas se tambalearon. Después cayó de rodillas frente a Theresa, y finalmente se derrumbó de bruces contra el suelo. En ese instante ella advirtió un enorme puñal clavado en la espalda del bandido, y detrás de éste, la figura del joven Hóos Larsson tendiéndole la mano.

Hóos la sacó de allí. Luego el joven regresó a la casa, se oyeron unos gritos desgarradores y al poco volvió con las manos ensangrentadas. Se acercó a Theresa y la cubrió con su capa de lana.

—Ya pasó todo —dijo con voz torpe.

Ella lo miró con lágrimas en los ojos. Entonces se dio cuenta de que estaba medio desnuda y sus mejillas enrojecieron. Procuró taparse lo mejor que pudo. Hóos la ayudó.

Hóos Larsson le resultó más atractivo de lo que recordaba. Quizás algo recio, pero de mirada franca y modales contenidos. Hacía tiempo que no sabía de él, aunque eso no importaba. Le agradecía que la hubiese salvado, pese a que seguramente ahora la conduciría a Würzburg para entregarla a la justicia. Pero eso ya le daba lo mismo. Lo único que deseaba era que su padre la perdonase.

—Deberíamos entrar. Aquí vamos a congelarnos —sugirió él.

Theresa miró hacia la casa y negó con la cabeza.

—No tienes nada que temer. Están muertos.



Volvió a menear la cabeza. No entraría ni aunque se muriese de frío.

—¡Dios! —refunfuñó Hóos—. Pues vayamos al cobertizo. Allí no hay fuego, pero al menos nos protegeremos de la lluvia.

Sin darle tiempo a contestar, tomó a la joven en brazos y la llevó hasta el cobertizo. Una vez allí, dispuso con los pies un poco de paja a modo de lecho y depositó encima a Theresa.

—He de ocuparme de esos cadáveres —dijo.

—Por favor, no te vayas.

—No puedo dejarles. La sangre atraería a los lobos.

—¿Y qué harás con ellos?

—Pues enterrarlos, supongo.

—¿Enterrar a unos asesinos? Deberías arrojarlos al río —sugirió ella frunciendo el ceño.

Hóos rompió a reír. Sin embargo, al advertir el gesto de reprobación de Theresa, procuró contenerse.

—Disculpa, pero no creo que sea una buena idea. El río está tan helado que necesitaría un pico para abrir un agujero por donde echarlos.

Theresa calló avergonzada. Lo cierto era que sabía bastante de pergaminos, pero casi nada de cualquier otra cosa.

—Y aunque el agua fluyese —agregó él—, arrojarlos no resolvería el problema. Sin duda esos hombres formaban parte de alguna avanzadilla, y tarde o temprano, el río conduciría los cadáveres hasta sus compañeros.

—Pero ¿es que hay más sajones? —preguntó atemorizada.

—Son poco más que una banda, pero fieros como alimañas.



La verdad, no sé cómo se han infiltrado, pero los pasos están infestados. De hecho, he perdido tres días rodeando las montañas.

Rodeando las montañas... Eso sólo podía significar que Hóos procedía de Fulda, de modo que no podía conocer lo ocurrido en Würzburg. Suspiró aliviada.

—En cualquier caso, tu aparición ha resultado providencial —dijo mientras observaba cómo Hóos se limpiaba las manos ensangrentadas frotándolas contra la nieve.

—Bueno. Lo cierto es que desde ayer merodeaba por los alrededores —repuso él—. A última hora decidí hacer noche en el horno, pero al acercarme observé luz en la casa y comprobé que eran esos sajones. No quería problemas, así que resolví dormir en el cobertizo y esperar a que marchasen. Cuando desperté habían desaparecido. No obstante, me adentré en el bosque para asegurarme. Después de un rato decidí volver y entonces vi que te habían atrapado.

—Habrían salido a cazar. Traían unas ardillas.

—Probablemente. Pero dime... ¿qué hacías tú en la casa?

Theresa se ruborizó. No había previsto esa pregunta.

—La tormenta me sorprendió cerca del horno. —Carraspeó—. Me acordé de la vivienda y vine para guarecerme. Luego esos hombres surgieron de la nada.

Hóos torció el gesto. Seguía sin entender qué hacía una joven por aquellos andurriales.

—¿Y ahora qué haremos? —preguntó ella intentando cambiar de tema.

—Yo he de cavar un rato. En cuanto a ti —le sugirió—, convendría que te ocupases del moretón de tu cara.



Theresa contempló a Hóos mientras el joven se adentraba en la vivienda. Hacía tiempo que no le veía, y aunque su rostro se había endurecido, aún conservaba su pelo ensortijado y su semblante amable. Hóos era el único de los hijos de la viuda Larsson que había abandonado el oficio de cantero. Lo sabía porque la mujer presumía continuamente de su nombramiento como *fortior* de Carlomagno, cargo del que ella desconocía todo, a excepción de su extraña pronunciación. Calculó que Hóos rondaría la treintena. A esa edad un hombre ya solía haber engendrado un par de hijos. Sin embargo, nunca oyó a la viuda Larsson mencionar que tuviese nietos.

Al cabo de un rato, Hóos regresó al cobertizo con la pala que había usado para remover la tierra. Con gesto cansado la arrojó al suelo junto a Theresa.

—Esos hombres ya no nos causarán problemas —dijo.

—Estás empapado.

—Sí. Ahí fuera diluvia.

Ella torció el gesto, pero no supo qué decir.

—¿Tienes hambre? —preguntó Hóos.

Asintió con la cabeza. De buena gana se habría comido una vaca.

—Perdí mi montura atravesando un barranco —se lamentó él—. El caballo y los víveres se fueron al diablo, pero ahí dentro —dijo señalando la casa— he visto un par de ardillas que podrían aliviarnos, de modo que decide: o entras y nos llenamos la tripa, o nos quedamos aquí fuera hasta que el frío nos reviente.

Theresa apretó los labios. No quería volver a la cabaña, pero Hóos llevaba razón: en aquel cobertizo no aguantarían mucho más tiempo. Se levantó y lo siguió, aunque a la entrada la detuvo un escalofrío. Hóos la



miró con el rabillo del ojo; la compadecía, pero no quería que ella lo notara. De un puntapié abrió la puerta y le mostró la habitación vacía. Luego le pasó un brazo por los hombros y entraron juntos.

El calor de la leña les reconfortó igual que un caldo recién servido. Hóos había añadido una brazada de leña al fuego, que chisporroteaba con fuerza iluminando suavemente la estancia. La fragancia a castañas calientes acarició su olfato y el olor a carne aguijoneó su apetito. Theresa observó los enseres recogidos y una manta dispuesta junto al fuego. Por primera vez desde el incendio creyó sentirse segura.

Aún no se había acostumbrado al calor cuando Hóos se presentó con las ardillas y las castañas.

—Esa gente sabía dónde buscar alimento —dijo—. Espera un momento... —Salió y al poco volvió con varias prendas—. Se las pedí a los sajones antes de enterrarlos. Échales un vistazo. Tal vez encuentres algo que te sirva.

Theresa apuró un último bocado antes de ocuparse de las ropas. Las examinó detenidamente para acabar escogiendo una casaca de paño oscuro y aspecto desaliñado que usó para cubrirse las piernas. Hóos le recriminó que desechase una pelliza más gruesa porque presentaba manchas de sangre, pero en cambio celebró que conservara el cuchillo con que el sajón corpulento había intentado matarla.

Cuando terminaron de comer, se quedaron en silencio un rato escuchando el tableteo de la lluvia sobre el techo de hojarasca. Luego Hóos fue a mirar a través de una rendija. Estimó que pronto anochecería, aunque hacía rato que la oscuridad se había adueñado del firmamento.

—Si continúa arreciando, los sajones no saldrán de sus guaridas.

—Aja —asintió ella.



—¿Tú no eras la hija del escriba? Te llamabas....

—Theresa.

—Es cierto. Theresa... Venías de vez en cuando al horno en busca de cal para curtir pergaminos. Recuerdo que la última vez que te vi, tenías tantos granos en la cara que parecías una torta de arándanos. Has cambiado mucho. ¿Aún trabajas de aprendiz en el taller del *percamenarius*?

A ella le molestó la comparación con una torta.

—Sí. Pero ya no soy aprendiz —mintió—. Realicé la prueba para acceder al puesto de oficial.

—¿Una mujer oficial? ¡Dios Santo! ¿Es eso posible?

Theresa calló. Estaba acostumbrada a conversar con mozos cuya mayor sabiduría consistía en perseguir perros a pedradas, así que bajó la cabeza y se acurrucó bajo la casaca. Luego la alzó lentamente y miró a Hóos de reajo. Visto de cerca, resultaba más alto de lo que en principio le había parecido. Quizás hasta el extremo de superar en una cabeza a cualquiera de los mozos que recordaba. Parecía fuerte y nervudo; probablemente, a causa del trabajo en la cantera. Mientras Hóos atisbaba por la rendija, lo imaginó como uno de esos enormes perros lanudos que cubren de lametones a los bebés mientras soportan pacientemente sus travesuras, pero que despedazarían en un instante al primero que osase ponerles la mano encima.

—¿Y tú a qué te dedicas? —le preguntó—. Tu madre presume de que ocupas un cargo en la corte.

—Bueno —sonrió él—. Ya conoces a las madres cuando hablan de sus hijos: lo mejor es creer la mitad de lo que dicen, regalarles un gesto de admiración y olvidar rápidamente la otra mitad.



Theresa rio. Su padre hablaba tan bien de ella, que en ocasiones la hacía ruborizar.

—Hace tres años —continuó Hóos—, la fortuna me hizo destacar en una de las campañas militares emprendidas por Carlomagno. La noticia llegó a sus oídos y a mi regreso me ofreció el juramento de fidelidad. Lo que muchos conocen como encomendación.

—¿Y eso qué significa?

—Pues en pocas palabras, convertirse en vasallo del rey. Un soldado de confianza; alguien a quien acudir en cualquier momento.

—¿Un soldado? ¿Como los *del praefectus* de Würzburg?

—No exactamente —rio—. Esos hombres son unos pobres diablos que obedecen sin rechistar por un mísero jornal. Yo en cambio poseo mis propias tierras.

—Pensé que los soldados no tenían tierras —se admiró.

—A ver cómo te lo explico... Al encomendarte al rey, te obligas a servirle con lealtad, pero estableces un compromiso mutuo que el rey suele compensar con generosidad. De su mano obtuve veinte arpendes de tierra de laboreo, quince más de viñedos y otros cuarenta de campo inculto que pronto comenzaré a roturar, de modo que, en realidad, mi vida no difiere en mucho de la de un cómodo terrateniente.

—Pero aun así, tienes que ir a la guerra...

—Así es. Por lo general las levas sólo entran en combate con la llegada del verano, cuando la siega ya ha finalizado, así que en ese momento preparo mis pertrechos, recluto a los que me acompañarán a la contienda y acudo a la llamada.

—¿También dispones de siervos? —se sorprendió.



—Siervos no. Llámalos colonos, manumisos o *mancipia*. Pero no son siervos; son hombres libres. Unos veinte, entre hombres y mujeres. Como comprenderás, yo solo no podría explotar esos terrenos. Por suerte, Aquis-Granum rebosa de desheredados procedentes de todos los rincones del reino: aquitanos, neústrios, austrasios, lombardos... Acuden a la corte creyendo que harán fortuna, y acaban desesperados en busca de un mendrugo que llevarse a la boca. Entre tanta gente, sólo has de elegir con tino a quién arrendar la tierra.

—Entonces, ¿eres rico?

—No, por Dios, ya me gustaría —rio—. Los colonos son gente humilde. Como pago por su usufructo me entregan una parte de la cosecha, más ciertas corveas semanales. Ya sabes: limpiar los caminos, reparar algún cercado y tareas semejantes. En ocasiones me ayudan a arar los mansos que reservo para mi uso, pero como te decía, todo eso no es demasiado. Mis posesiones ni se aproximan a las de un *antrustion* del rey.

—Y dime, Hóos, ¿es Aquis-Granum hermoso?

—¡Oh! Desde luego, tan hermoso como pudiera serlo un enorme bazar si dispusieses de los suficientes denarios. Te diré que en una sola de sus calles se abarrota más gente que en toda la ciudad de Würzburg. Tanta que te perderías. A cada paso surgen comercios de carnes o aperos, de hebillas o guisados; justo a su lado se elevan otros repletos de telas y sederías, y apretujado entre cada dos, donde apenas si cabe una alfombra, encontrarás un tercero en el que te ofrezcan desde un tarro de miel hasta una espada aún ensangrentada.

Le contó que las calles serpenteaban como una vieja maraña tejida por manos temblorosas, entrecruzadas mil veces en una urdimbre de covachas, tabernas y lupanares. De vez en cuando surgían pequeñas



plazas de incontables esquinas que acogían a la multitud, donde rateros y lisiados competían con borrachos, transeúntes y animales, a la búsqueda del mejor lugar para sus negocios. Al final, las callejas confluían en una rambla por la que podría desfilar un regimiento a caballo, y donde ésta acababa, al flanco de la gran basílica, se alzaba majestuoso un imponente edificio de ladrillos negros. El palacio del rey Carlomagno.

Theresa escuchaba embelesada. Por un instante creyó estar viendo su lejana Constantinopla.

—¿Y hay juegos, y foro, y circo?

—No te entiendo.

—Como en Bizancio... Edificios de mármol, avenidas empedradas, jardines y fuentes, teatros, bibliotecas...

Hóos enarcó una ceja. Imaginó que Theresa bromeaba. Le dijo que lugares así sólo existían en las fábulas.

—Te equivocas —respondió contrariada.

Al punto se levantó y miró hacia otro lado. No le importaba si Aquis-Granum tenía o no jardines con fuentes, pero le dolía que Hóos dudase de su palabra.

—Deberías conocer Constantinopla —añadió—. Recuerdo Hagia Sofía, una catedral como jamás llegarías a imaginar. Tan alta y espaciosa que su interior podría acoger a una montaña. O el hipódromo de Constantino, de dos estadios de longitud, donde cada mes se celebraban juegos y competiciones de aurigas. Recuerdo los paseos por las murallas de Teodosio —sus ojos se iluminaron—, unas defensas de piedra que resistirían el envite de cualquier ejército; las fuentes iluminadas, haciendo brotar agua del suelo; los suntuosos desfiles imperiales,



interminables batallones de soldados encabezados por columnas de elefantes primorosamente engalanados... Sí. Deberías conocer Constantinopla. Así sabrías cómo es el paraíso.

Hóos se quedó boquiabierto. Aunque aquello no fuera más que fantasía, admiró la portentosa imaginación de la muchacha.

—Desde luego que me agradecería conocer el paraíso —afirmó burlón—, pero no quiero morir tan pronto. Por cierto... ¿qué son los aurigas?

—Son conductores de carros a los que uncen varios caballos. Pero no carros como los tirados por bueyes. Aquéllos son pequeños y ligeros, y, sobre todo, veloces como el viento.

—Como el viento... ya. ¿Y los elefantes?

—¡Oh! Los elefantes... Deberías verlos —rio—. Son animales enormes como casas, de piel acerada inmune a los dardos. Poseen gruesas patas que semejan troncos de árbol, y por su boca asoman dos colmillos gigantescos con los que embisten como lanzas. Bajo los ojos agitan una nariz parecida a una enorme serpiente. —Sonrió ante la incredulidad de Hóos—. Sin embargo, pese a su fiero aspecto, obedecen a sus guías, y cabalgados por seis jinetes se comportan como el más dócil de los potros.

Hóos intentó reprimirse, pero finalmente se echó a reír.

—Bueno. Ya está bien por hoy. Deberíamos descansar un poco. Mañana nos espera un buen trecho hasta Würzburg —dijo.

—¿Y cuál es el motivo de tu viaje? —se interesó Theresa desoyéndole.

—Duérmete.

—Pero es que yo no quiero regresar a Würzburg.

—Ah ¿no? ¿Y qué pretendes? ¿Esperar aquí a que aparezcan , más sajones?



—No, claro que no. —Su gesto se ensombreció.

—Pues entonces deja de pronunciar desatinos y duerme un rato. No quiero tener que tirar de ti mañana.

—Aún no me has contestado —insistió ella.

Hóos, que ya se había tumbado junto al fuego, se incorporó de mala gana.

—Dentro de poco, un par de navíos cargados de alimentos zarparán de Fráncfort en dirección a Würzburg. En ellos viajarán personas importantes. El rey desea que se les acoja conforme a su rango y por ese motivo me envió como emisario.

—¿Y vendrán ahora, con las tormentas?

—Mira, ese asunto ya no es de tu incumbencia. Ni siquiera de la mía, así que acuéstate y duerme hasta mañana.

Theresa guardó silencio pero no logró conciliar el sueño.

Aquel joven la había ayudado, sí, pero apenas difería de los otros mozos, y seguramente, el que la hubiese salvado sólo obedecía al fruto de la providencia. Además, le resultó extraño que alguien con su posición cruzara las montañas desarmado y sin compañía. Sin apenas darse cuenta, cerró el puño sobre el cuchillo que guardaba bajo sus ropas y entornó los ojos. Luego, tras un rato imaginando su ansiada Constantinopla, se fue quedando dormida.

Por la mañana despertó antes que Hóos. El joven dormía profundamente, así que se levantó con cuidado, fue hasta la puerta y acercó su cara a una rendija. El frescor matinal la saludó. Sin pensar en el peligro, abrió despacio y salió al manto de nieve nueva que tapizaba el camino. Olía a paz, y no llovía.



Hóos aún dormitaba cuando regresó. Sin saber el motivo, ella se recostó contra su hombro y la templanza de su cuerpo la reconfortó. Por un instante se sorprendió a sí misma imaginándose junto a él en una ciudad lejana, en un lugar cálido y luminoso donde nadie la importunara por su afición a la escritura; un lugar donde poder conversar con un joven de mirada franca, distante de los problemas que tan inesperadamente habían irrumpido en su vida. Pero en ese instante acudió a su mente el recuerdo de su padre, y entonces se reprendió por su egoísmo y cobardía. Se preguntó qué clase de hija se dedicaría a fantasear con un mundo de felicidad mientras su padre soportaba el oprobio de sus pecados. La respuesta no la satisfizo. Entonces se juró que algún día regresaría a Würzburg para confesar sus pecados y devolver a su padre la dignidad que nunca debió haberle arrebatado. Luego volvió la vista hacia Hóos. Por un momento pensó en despertarlo y pedirle que la acompañase a Aquis-Granum; sin embargo, se contuvo, a sabiendas de que aunque se lo suplicase, él no lo aprobaría.

Con los dedos temblando, rozó su cabello antes de susurrarle un adiós impregnado de culpa.

Se levantó con cuidado y miró alrededor. Junto a la ventana descansaban las pertenencias que Hóos había sustraído a los cadáveres; principalmente, enseres de caza y ropa sucia. Aunque el joven las había revisado, ella volvió a examinarlas.

Entre los pliegues de una capa descubrió una cajita de madera con un eslabón afilado, lasca de pedernal y algo de yesca en su interior. También halló varias cuentas de ámbar enhebradas y una porción de huevas secas de pescado que no dudó en introducir en su bolsa junto a la caja. Desechó una correa medio podrida, pero aprovechó un pequeño odre de agua y un par de botas enormes que, haciéndolas ceder, calzó sobre sus propios zapatos. Luego se dirigió hacia donde yacían las armas que



Hóos había limpiado antes de clasificarlas. Mientras las ordenaba, el joven le había explicado la habilidad de los sajones en el manejo del *scramasax*, un puñal ancho del que a veces se valían como espada corta, y de su torpeza con la francisca, el hacha ligera empleada por los ejércitos francos.

Pasó de largo ante los arcos de tejo y se detuvo frente al mortífero *scramasax*. Al empuñarlo, un temblor le sacudió el espinazo. Las armas le asustaban, pero si pretendía cruzar los pasos debería portar alguna. Finalmente se decidió por un cuchillo chato que juzgó mucho más ligero. Sin embargo, justo después de habérselo uncido, reparó en la daga que Hóos había depositado aparte.

Al contrario de los toscos puñales sajones, aquella daga lucía un minucioso labrado que ascendía por ambos lados de la hoja hasta imbricarse en un puño de plata coronado por una esmeralda. Era ligera y fría, y su filo refulgía delicadamente a la luz de las ascuas. Imaginó que poseería un valor incalculable.

Contempló a Hóos plácidamente dormido y la vergüenza le encogió el corazón. Él le había salvado la vida y ella le pagaba como una ladrona. Dudó un instante, pero al momento se deshizo del puñal y se uncó la daga a su cíngulo. Luego, al tiempo que pronunciaba una disculpa imperceptible, cargó con la talega de su padre, se embutió en las pieles nuevas y abandonó la casa para adentrarse en el terrible frío de la madrugada.

El amanecer sorprendió a Hóos con Theresa ya lejos de la cabaña. La buscó por la cantera y los lindes del bosque, e incluso ascendió el curso del río antes de darse por vencido. De regreso a la vivienda se entristeció por el destino que aguardaba a la muchacha, pero más aún le apenó el hecho de que le hubiera robado su daga de esmeraldas.





Capítulo 6

Gorgias se despertó aterrado, tiritando por el sudor que le empapaba, incapaz aún de aceptar el que días atrás hubiera sepultado a su única hija. Vio a Rutgarda a su lado y la abrazó. Luego imaginó a Theresa cuando aún vivía, sonriente, enfundada en su vestido nuevo, dispuesta a realizar la prueba que la llevaría a convertirse en oficial de *percamenarius*. Recordó el ataque sufrido y cómo ella le había salvado la vida. Después el pavoroso incendio, su búsqueda desesperada, los heridos y los muertos... Lloró al revivir el instante en que contempló el cadáver de Theresa. De su hija apenas quedaban los jirones de aquel vestido azul que ella tanto adoraba.

Acurrucado junto a Rutgarda, sollozó hasta gastar sus últimas lágrimas. Pasado un rato se preguntó cuánto más podrían permanecer en la vivienda de sus cuñados, apretados como arenques, sin paja sobre la que acomodarse y a expensas de los tablones que Reinoldo disponía cada noche sobre el suelo de tierra.

Se dijo que sus cuñados formaban una familia excepcional. Pese al trastorno que les ocasionaban con su presencia, ambos les habían acogido con cariño, y tanto uno como otro se esforzaban para que ni él ni Rutgarda echasen en falta las comodidades de su antigua vivienda. Gorgias se congratuló por la fortuna de Reinoldo. Su trabajo como carpintero no dependía de las inclemencias del tiempo, de modo que



incluso en los momentos más difíciles, el reparar un tejado podrido o recomponer las ruedas de un carro podían ayudarle a alejar el hambre de su casa.

Por un momento sintió que la envidia le asaltaba. Codició la sencillez de Reinoldo; el que su única preocupación consistiese en obtener el pan necesario para alimentar a sus retoños, o dormir junto al calor de su esposa. Reinoldo solía afirmar que la felicidad no dependía del tamaño de la hacienda, sino de quienes le esperaran a uno dentro de ella, y a juzgar por su familia, aquella frase no podía resultar más cierta.

Desde su llegada a la vivienda de Reinoldo, Rutgarda había atendido a los niños de la pareja, se había encargado de la limpieza y la costura, e incluso de la comida cuando había dispuesto de la suficiente como para utilizar la cocina. Eso había permitido a Lotaria entregarse a sus quehaceres como doméstica en la hacienda de Arno, uno de los ricos de la comarca. Él, por su parte, procuraba auxiliar a Reinoldo en la carpintería cuando el trabajo en el *scriptorium* y su maltrecho brazo se lo permitían. Sin embargo, pese a la hospitalidad de su cuñado, sabía que pronto debería encontrar otro lugar en el que alojarse, pues era posible que por su causa, Reinoldo fuera objeto de cualquier tropelía.

En aquel instante los pucheros de un pequeño hicieron que Lotaria y Rutgarda se movilizaran al ritmo de la llantina. Entre ambas adecentaron a los chiquillos, que tiritaban como si se hubieran caído al río, les frotaron los ojos con un poco de agua y los vistieron con casullas de lana limpias. Luego encendieron la lumbre y calentaron unas gachas resacas que en otro tiempo habrían ido directamente a la pocilga. Gorgias se levantó medio dormido, saludó con un gruñido y, tras rebuscar en un baúl destartalado, se cubrió con el delantal que habitualmente empleaba para su faena como escriba. Mientras lo hacía, dejó escapar un juramento como pago a los dolores con que le saludaba la herida de su brazo.



—Deberías cuidar tu lenguaje —le reprendió Rutgarda señalando a los niños.

Gorgias murmuró algo y entre bostezos se dirigió hacia el fuego procurando evitar los bártulos diseminados por toda la estancia. Se lavó la cara y se acercó al aroma de las gachas.

—Otro día de perros —se lamentó Gorgias.

—Al menos en el *scriptorium* no hace tanto frío.

—No estoy seguro de ir allí hoy.

—Ah, ¿no? ¿Y adonde irás? —preguntó extrañada.

Gorgias no respondió enseguida. Se había propuesto investigar el asalto sufrido antes del incendio, pero no deseaba inquietar a Rutgarda.

—Me quedé sin tinta en el *scriptorium*, así que pasaré por el bosque de nogales a ver si recojo unas cuantas nueces.

—¿Tan temprano?

—Si voy tarde, los chiquillos no dejarán ni una.

—Abrígate —dijo la mujer.

Gorgias miró a su esposa con cariño. Rutgarda era una buena mujer. La estrechó entre sus brazos y la besó en la boca. Luego cogió la talega con su material de escritura y se abrió camino hacia las dependencias catedralicias.

Mientras Gorgias ascendía por las callejuelas dormidas, se preguntó sobre el asaltante que días atrás le había robado el pergamino, recordando el suceso como si lo reviviera: la sombra agazapada abalanzándose contra él; unos ojos de hielo resaltando sobre el embozo



que protegía su rostro. Luego aquel dolor agudo atravesando su brazo, y por último, tan sólo tinieblas.

«Unos ojos de hielo», se dijo con amargura. Si por cada par de ojos claros que encontrase en Würzburg le regalasen un puñado de trigo, llenaría su granero en una semana.

Por un momento anheló que aquel robo hubiese obedecido a un capricho del destino; al desvarío de un muerto de hambre en busca de un mendrugo que llevarse a la boca. En tal caso, el borrador yacería abandonado en algún camino, estropeado por la lluvia o roído por las alimañas. Sin embargo, era de necios imaginar algo semejante. Con toda seguridad, el ladrón conocía de antemano su incalculable valor. Se preguntó entonces quién podría codiciar aquel pergamino.

Eran varios los clérigos y domésticos que tenían acceso al *scriptorium*, aunque difícilmente podrían haber concebido la valía del documento sin haber escuchado a Wilfred, el único conocedor del secreto. En ese momento resolvió confeccionar una lista de posibles sospechosos.

Gorgias ingresó en la basílica por la entrada lateral que comunicaba directamente con el claustro. Allí se detuvo para rezar por Theresa. Cuando se le acabaron las lágrimas, trazó la señal de la cruz sobre la tierra, luego atravesó las cocinas sin saludar al cirellero y se dirigió a toda prisa hacia el *scriptorium*.

Halló la estancia vacía, de modo que podría trabajar hasta *tercia* sin interrupciones. Cerró la puerta, entornó los postigos y encendió cuidadosamente la miriada de cirios que yacían desperdigados encima de los pupitres. Cuando las llamas doblegaron la penumbra, extrajo de una arqueta los útiles de escritura y una tablilla de cera de la que borró sus anotaciones con el extremo romo de un estilo. Luego se acomodó en un taburete, y tras desentumecerse las manos, comenzó a escribir la lista.



Durante un rato desplazó el punzón sobre la cera, apuntando y borrando nombres de sospechosos sin que ninguno le satisficiera. La herida del brazo volvió a molestarle, pero apenas le prestó atención. Lo importante era recobrar el pergamino. Una vez concluida la relación, repasó uno por uno los nombres seleccionados.

En primer lugar figuraba Genserico, el coadjutor y secretario de Wilfred, un viejo apergaminado que, de no ser por su persistente olor a orina, podría confundirse con una de las esculturas que flanqueaban los deambulatorios del claustro. Genserico hacía las veces de vicario general, lo cual significaba que junto con Wilfred se ocupaba de la administración regular y las cuentas del condado.

A continuación aparecía Bernardino, un fraile hispano de estatura ridícula que manejaba con firmeza el servicio doméstico. Su cargo le permitía entrar y salir de cualquier dependencia, de modo que no resultaría extraño que estuviese al tanto de la existencia del pergamino.

Seguidamente venía Casiano, el joven maestro de chantre, un toscano cuya voz almibarada le había recordado siempre a la de una mujerzuela. Como responsable del coro, Casiano solía acceder a la parte de la biblioteca en que se guardaban los salterios, los tetragramas y las antífonas. Además, era de los pocos que dominaban la lectura, lo cual lo convertía en un serio sospechoso.

Y por último, Theodor, un gigantón de aspecto bondadoso, pero con los ojos más claros que pudiera recordar. Trabajaba de mozo para todo, aunque debido a su fortaleza, a menudo asistía a Wilfred en sus desplazamientos por la fortaleza.

Previamente había borrado a Jeremías, su auxiliar particular, y a Emilius, el anterior escriba, haciendo también lo propio con el cubiculario Bonifatius y con Cirilo, el magistral de los novicios. Los tres



últimos sabían leer, pero Bonifatius había perdido casi por completo la vista, y tanto Cirilo como Emilius gozaban de su absoluta confianza.

El resto del servicio y de los hombres de Wilfred, o bien no sabían leer, o no tenían acceso al *scriptorium*.

Gorgias releyó la tablilla mientras se masajaba el antebrazo herido: Genserico, el viejo coadjutor; Bernardino, el enano; Casiano, el maestro de chantre; Theodor, el gigantón... Cualquiera de ellos podría haber ideado el asalto, incluido el propio Korne, a quien no había olvidado.

Intentaba resolver el dilema cuando unos golpes retumbaron en la puerta. Gorgias escondió la tablilla y se apresuró a abrir. Sin embargo, al empuñar el cerrojo comprobó que éste se había atascado en su alojamiento. Los golpes insistieron, acompañados de una voz apremiante, así que Gorgias forcejeó el picaporte hasta que la puerta cedió con un seco crujido. Al otro lado aguardaba Genserico, el viejo coadjutor. Su mirada líquida recorrió el fondo de la estancia.

—¿Se puede saber a qué tanta urgencia? —preguntó Gorgias con enojo.

—Lamento molestaros, pero Wilfred me pidió que os avisara. Me extrañó encontrar la puerta atrancada, y pensé que tal vez tuvieseis problemas.

—Por todos los santos. ¿Acaso nadie comprende que mi único problema es el trabajo que se acumula en este *scriptorium*? ¿Qué desea Wilfred ahora?

—El conde precisa veros. En sus aposentos —puntualizó.

«En sus aposentos...» Un escalofrío le sacudió el espinazo.

Por lo que él sabía, a excepción de Genserico nadie más tenía acceso a las dependencias privadas de Wilfred. De hecho, los domésticos solían



comentar que, aparte del coadjutor, nadie más conocía el camino. Frunció el ceño. No entendía el porqué, pero intuía que aquella llamada no le acarrearía nada bueno.

Se tomó el tiempo necesario para limpiar sus útiles y recoger los documentos que presumió necesitaría para el encuentro con Wilfred. Cuando terminó, el coadjutor inició la marcha con andares cansinos. Gorgias le siguió a una distancia prudencial mientras trataba de imaginar el motivo de aquella convocatoria.

Desde el *scriptorium* tomaron el pasillo que flanqueaba el refectorio, dejaron a un lado las cillas donde se almacenaba el grano, cruzaron el atrio del claustro y se adentraron en la sala capitular situada a espaldas del nártex, entre el contracoro de piedra y la capilla de los novicios. Al fondo de la capilla se abría un pasadizo que comunicaba con la sala capitular, habitualmente cerrada por una gruesa puerta. En aquel punto Genserico se detuvo.

—Antes de continuar, deberéis jurar que nada de lo que veáis saldrá de vuestros labios —advirtió.

Gorgias besó el crucifijo que colgaba de su cuello.

—Lo juro ante Cristo.

Genserico asintió con la cabeza. Luego sacó un trozo de tela de entre sus mangas y se la tendió.

—Debo pedirlos que os cubráis.

Gorgias no protestó. Agarró la capucha y se la colocó sobre la cabeza.

—Ahora sujetad este cabo y permaneced atento a mis indicaciones.

Gorgias extendió las manos hasta tropezar con la cuerda que le ofrecía Genserico. Sintió cómo el viejo la anudaba a su brazo y comprobaba la colocación de la capucha. Instantes después, el chirriar de unos goznes le



anunció el inicio del camino. De repente el cabo se estiró, obligándole a avanzar a trompicones sin más apoyo que el de sus titubeantes pasos. Siguió a ciegas los tirones de la cuerda, tanteando las paredes con el brazo herido, auxiliado de vez en cuando por las escuetas advertencias de Genserico. Durante el trayecto apreció al tacto cómo las paredes comenzaban a rezumar una humedad untuosa, impropia de aquellos edificios. Gorgias se preguntó en qué parte de la fortaleza se encontraría, pues llevaban ya un buen trecho recorrido. Hasta el momento había advertido la apertura de al menos cuatro puertas, el ascenso por una angosta escalera y un desagradable olor a excrementos que sin duda procedía de alguna letrina cercana. Le pareció descender por una rampa prolongada, que luego remontó a través de un terreno irregular y resbaladizo. Poco después la cuerda se aflojó, anunciando el fin del camino. Escuchó otro cerrojo y la voz ronca del conde resonó en sus oídos.

—Entrad, Gorgias, os lo ruego.

Gorgias, aún encapuchado, se adentró conducido por Genserico. La puerta se cerró a sus espaldas y el lugar quedó sumido en un inquietante silencio.

—Supongo, mi buen Gorgias, que os preguntaréis el porqué de mi llamada...

—Así es, vuestra dignidad. —La capucha le asfixiaba.

—Bien. Pero antes de satisfacer vuestra curiosidad debo recordaros el juramento que habéis hecho a Genserico. Nunca, bajo pena de condenación eterna, hablaréis con nadie de lo que aquí veáis o escuchéis. ¿Está claro?

—Tenéis mi palabra.



—Bien, bien... ¿Sabéis?, resulta paradójico que en ocasiones, cuanto mayor es el ahínco con que servimos a Dios, mayores son las pruebas que éste nos envía. Anoche mismo —prosiguió—, al poco de retirarme comencé a sentirme indispuerto. No es la primera vez que me ocurre, aunque en esta ocasión el dolor se tornó tan insoportable que hube de requerir la presencia de nuestro médico. Zenón opina que el mal de mis piernas se extiende por el resto del cuerpo. Por lo visto no existe cura, o si la hay, al menos él la desconoce, de modo que sólo me resta guardar reposo hasta que remitan los dolores. ¡Pero por Dios santísimo! ¡Quitaos esa capucha, que parecéis un condenado!...

Gorgias obedeció.

Nada más desprenderse de la tela, alcanzó a vislumbrar lo que en otro tiempo debía de haber sido una antigua sala de armas. Observó las descarnadas paredes de bloques de piedra dispuestos en ordenadas hileras que sólo alteraba una ventana de alabastro a través de la cual se filtraba una lánguida penumbra. En el muro principal, labrado sobre los sillares de roca, advirtió los restos de un crucifijo que parecía velar la enorme cama adovelada. Sobre ella descansaba Wilfred, recostado entre gruesos almohadones. Respiraba con dificultad, como si un peso insoportable le oprimiera el pecho transformando su rostro en una máscara abotargada. A su izquierda se veía una mesilla con las sobras del desayuno, flanqueada por un baúl sobre el que descansaban un par de casullas y un hábito de lana burda. En el extremo opuesto, una bacinilla limpia, una mesa, instrumentos de escritura y una hornacina excavada en la piedra. Ningún otro mueble adornaba la sala. Tan sólo una endeble silla aguardaba desnuda a los pies de la cama.

Le extrañó no hallar ningún códice, ni siquiera una copia de la Biblia. Sin embargo, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad,



distinguió la existencia de otra sala más pequeña en la que se adivinaba el *scriptorium* privado de Wilfred.

De repente, unos amenazadores gruñidos le hicieron retroceder.

—No os asustéis —sonrió el conde—. Los pobres perros están algo inquietos, pero no son peligrosos. Pasad y acomodaos.

Antes de aceptar, Gorgias comprobó que los animales se encontraban amarrados al artefacto rodante que Wilfred empleaba para desplazarse. También advirtió que Genserico, el coadjutor, había abandonado la sala.

—Vos diréis —dijo Gorgias sin apartar la mirada de los fierros.

—En realidad sois vos quien debe decirme. Han transcurrido seis días desde la última vez que hablamos y aún no he sabido de vuestros progresos. ¿Habéis traído el pergamino?

Gorgias tomó aire y lo exhaló lentamente. Aunque había urdido una excusa que creía convincente, no pudo evitar que la voz le temblara.

—Honorabilísimo; no sé bien cómo empezar... —Tosió—. Lo cierto es que debo confesaros un asunto que me preocupa. ¿Recordáis el problema de la tinta?

—No con exactitud. ¿Algo sobre su fluidez?

—Así es. Tal como os comenté, las plumas de que dispongo no retienen la tinta el tiempo suficiente. El exceso de flujo origina borbotones y salpicaduras, y lo que es peor: en ocasiones, verdaderos regueros. Por ese motivo intenté elaborar una nueva mixtura que corrigiese el problema.

—Sí. Algo creo recordar. ¿Y bien?

—Tras varios días de reflexión, anoche decidí verificar mis conclusiones. Calciné cascara de nuez que añadí a la tinta, y la mezclé con un suspiro de aceite para densificarla. También probé con ceniza,



algo de sebo y una pizca de alumbre. Por supuesto, antes de utilizarla me aseguré de lo acertado de la composición practicando sobre otro pergamino.

—Por supuesto —contemporizó.

—Desde el primer momento comprobé que la pluma se deslizaba sobre el pergamino como si flotase en una balsa de aceite. Las letras surgían ante mí sedosas y brillantes, tersas como la piel de una joven, negras como el azabache. Sin embargo, en el escrito original, al repasar las unciales ocurrió el accidente.

—¿Un accidente? ¿A qué os referís?

—Esas letras, las unciales, requerían de un acabado acorde con la excelencia del documento. Debía retocarlas hasta lograr unos bordes limpios y delimitados. Desgraciadamente ese proceso ha de realizarse antes de la aplicación de la última capa de talco.

—¡Por todos los santos, dejaos de sermones y explicadme qué ha ocurrido!

—Lo siento. No sé cómo disculpar mi torpeza. El hecho es que con la falta de sueño olvidé que días atrás ya había aplicado el talco. Los polvos impermeabilizaron la superficie, y al repasar las mayúsculas...

—¿Qué?

—Pues que todo se estropeó. ¡Todo el maldito trabajo se fue al infierno!

—¡Por Dios santísimo! Pero ¿no decíais que habíais resuelto el problema? —repuso Wilfred con ademán de incorporarse.

—Me sentía tan satisfecho que no reparé en el yeso —le explicó—. El secante, al cubrir los poros impidió que el material absorbiese la tinta, lo que favoreció que se extendiera hasta arruinar el pergamino.



—No puede ser —repitió incrédulo—. ¿Y un palimpsesto? ¿No habéis preparado un palimpsesto?

—Podría intentarlo, pero al raspar el cuero quedarían marcas que revelarían la naturaleza de la reparación, y eso resultaría inaceptable en esta clase de manuscrito.

—Enseñadme el documento. ¿A qué esperáis? ¡Enseñádmelo! —gritó.

Gorgias extrajo con torpeza un trozo de piel arrugado que tendió a Wilfred; sin embargo, antes de que éste pudiera alcanzarlo, retrocedió unos pasos y lo desgarró en pedazos. Wilfred se agitó como si le quemaran por dentro.

—Pero ¿habéis perdido el juicio?

—¿Es que no lo habéis entendido? —respondió Gorgias desesperado—. ¡Está arruinado!, ¿comprendéis? ¡Arruinado!

Wilfred emitió un sonido gutural mientras su cara se demudaba por la ira. Desde la cama intentó alcanzar los trozos de pergamino diseminados sobre la alfombra, pero al hacerlo perdió el equilibrio y cayó. Por fortuna, Gorgias logró sujetarle antes de que diera con sus huesos en el suelo.

—¡Soltadme! ¿Acaso creéis que no tener piernas me convierte en un inútil como vos? ¡Quitadme las zarpas, maldito manirroto! —bramó.

—Calmaos, vuestra dignidad. Ese documento estaba perdido. De hecho, ya he comenzado a trabajar en un nuevo pergamino.

—¿Un nuevo pergamino, decís? ¿Y qué haréis esta vez? ¿Echárselo a un perro para que lo guarde entre sus fauces? ¿O hervirlo y luego rajarlo con un cuchillo?

—Vuestra dignidad, os lo ruego. Tened fe. Trabajaré día y noche si fuera necesario. Os juro que en breve dispondréis del documento.



—¿Y quién os ha dicho que dispongo de ese tiempo? —replicó Wilfred mientras intentaba acomodarse—. El enviado papal podría llegar en cualquier momento, y si para entonces no dispongo de ese escrito... ¡Dios!, ¡no conocéis a ese prelado! No quiero ni pensar lo que podría sucedemos.

Gorgias se lamentó por su torpeza, pero lo cierto era que la herida del brazo le impedía progresar con la necesaria diligencia. Si la legación romana llegaba antes de tiempo, Wilfred podría excusarse argumentando que el original se había quemado durante el incendio. Gorgias tomó aire y habló de nuevo:

—¿Cuándo decís que llegará el prelado?

—No lo sé. En su última carta anunciaba que zarparía de Fráncfort a finales de año.

—Es posible que el temporal les retrase.

—¡Por supuesto! ¡Y también que aparezca ahora y me pille cagando!

Por un momento, Gorgias dudó si proponerle su idea, pero finalmente lo hizo.

—¿Cómo decís? —preguntó incrédulo el conde al escucharlo.

—Digo que, en caso de que ese enviado se presentase antes de tener listo el documento, tal vez pudierais decirle la verdad: que el original se quemó en el taller de Korne. Eso nos proporcionaría el tiempo suficiente.

—Comprendo. Y decidme, además de sugerir que le confirme vuestra ineptitud, y de paso la mía, ¿disponéis de alguna otra genial idea?

—Yo sólo pretendía...

—¡Pues por el amor de Dios, Gorgias, dejad de pretender y haced algo bien de una santísima vez!



Gorgias bajó la cabeza admitiendo su necesidad. Alzó la mirada y observó el rostro pensativo del conde. Finalmente, Wilfred barruntó algo que hubo de repetir para que lo entendiera Gorgias.

—En fin. Tal vez os haya juzgado con demasiada dureza. No sería vuestra intención echar a perder tantas horas de trabajo.

—Desde luego que no, paternidad.

—Y esa idea vuestra... la del incendio —añadió el conde—. Es justo lo que ha sucedido...

—Así es —concedió Gorgias, un poco más tranquilo.

—Bien, bien. ¿Y creéis que en tres semanas podríais tener listo el documento?

—Con plena seguridad.

—Entonces, lo mejor será dar por concluida esta conversación y que comencéis el trabajo ahora mismo. Poneos la capucha.

Gorgias asintió. Se arrodilló, besó las manos arrugadas de Wilfred y se enfundó torpemente el verdugo. Luego, mientras aguardaba la llegada de Genserico, respiró por primera vez sin que el corazón le palpitara en la garganta.

Pese a avanzar a ciegas, el camino de vuelta se le antojó más breve que el de ida. Al principio lo achacó a las prisas de Genserico. Sin embargo, conforme avanzaban, advirtió que el coadjutor había tomado un itinerario distinto. De hecho, extrañó el hedor de las letrinas y las escaleras por las que había transitado durante la ida. Por un instante imaginó que el cambio obedecía al celo de Genserico, pues a aquellas horas los domésticos pulularían por todo el edificio, pero cuando el



coadjutor le ordenó que se despojara de la capucha, advirtió con extrañeza que el lugar en que se encontraba le resultaba desconocido.

Gorgias examinó con detenimiento la pequeña sala circular, de cuyo centro emergía un altar sobre el que crepitaba una tea. La fluctuante luz amarilleaba los sillares de piedra y el techo de madera comido por la podredumbre. Entre las vigas se advertían borrosos dibujos de naturaleza litúrgica, levemente ennegrecidos por el humo de las velas. Dedujo que aquel recinto había sido una cripta cristiana, aunque a juzgar por su estado, cualquiera lo confundiría con las mazmorras de Hagia Sofía.

En un lateral apreció una segunda puerta clausurada con un cerrojo.

—¿Y este lugar? —preguntó sorprendido.

—Una antigua capilla.

—Ya lo veo. Sin duda un lugar interesante, pero comprended que me debo a otras obligaciones —replicó perdiendo la paciencia.

—Todo a su tiempo, Gorgias... Todo a su tiempo.

El coadjutor esbozó un simulacro de sonrisa. Sacó una vela de una bolsa, la encendió y la colocó en un extremo del altar de piedra. Luego se dirigió hacia la puerta que Gorgias había divisado con anterioridad y recorrió el enorme pasador que la mantenía atrancada.

—Pasad, os lo ruego. —Gorgias desconfió, así que el viejo se adelantó—. O seguidme si lo preferís —añadió.

Tras dudar un instante, Gorgias le acompañó.

—Permitid que me siente —continuó Genserico—. Es por la humedad, que me corroe los huesos. Sentaos también vos, por favor.

Gorgias accedió de mala gana. El olor a orina reseca que desprendía Genserico le provocó una arcada.



—Supongo que os preguntaréis por qué os he traído hasta aquí.

—Así es —respondió Gorgias con creciente irritación.

Genserico sonrió por tercera vez. Se tomó un tiempo para responder.

—Se trata del asunto del incendio. Un caso feo, Gorgias. Demasiados muertos... y aún peor: demasiadas pérdidas. Creo que Wilfred ya os habló sobre las intenciones de Korne, *el percamenarius*.

—¿Os referís a su empeño por responsabilizarme?

—Creed que no sólo lo pretende. Puede que el *percamenarius* sea alguien irreflexivo, un hombre primitivo y carente de templanza, pero os aseguro que su tenacidad es enfermiza. Os culpa a ciegas de lo sucedido, e intentará por cualquier medio que lo paguéis con vuestra sangre. Y olvidad una compensación. Sus ansias de venganza obedecen a razones que jamás entenderíais.

—No es eso lo que me contó el conde —respondió Gorgias mientras crecía su preocupación.

—¿Y qué os contó? ¿Que una reparación aplacaría su ira? ¿Que se conformaría con lo que obtuviese vendiéndooos como esclavo? No, amigo. No. Korne no es de esa madera. Tal vez yo no posea la refinada cultura de Wilfred, pero reconozco a una alimaña en cuanto la huelo. ¿Habéis oído hablar de las ratas del Main?

Gorgias denegó extrañado.

—Las ratas del Main se agrupan en inacabables familias. La más vieja escoge a la presa sin reparar en el tamaño o la dificultad, la acecha pacientemente, y cuando encuentra el instante propicio, dirige al clan, que cae sobre ella hasta devorarla. Korne es una rata del Main. La peor rata que podáis imaginar.



Gorgias enmudeció. Wilfred le había hablado sobre las leyes carolingias, las multas en concepto de compensación y la posibilidad de que Korne le llevara a juicio, pero no había mencionado lo que parecía insinuar Genserico.

—Tal vez Korne debiera comprender que yo también he recibido mi castigo —adujo—. Además, la ley le obliga a...

—¿Korne comprender? —le interrumpió Genserico con una carcajada—. Por el amor de Dios, Gorgias, ¡no seáis iluso! ¿Desde cuándo una ley protege al desvalido? Aunque los cimientos del código ripuario sustenten nuestra justicia y aunque las reformas emprendidas por Carlomagno abunden en la caridad cristiana, os aseguro que ninguna de ellas os libraré del odio de Korne.

Gorgias sintió cómo se le revolvían las tripas. Aquel viejo loco no paraba de vomitar absurdas historias de ratas y profecías sin sentido, mientras a él aún le esperaba un trabajo que no sabía ni cuándo finalizaría. Se levantó nervioso, dando por acabada la conversación.

—Lamento no compartir vuestros temores, pero ahora, si no os reconviene, desearía regresar al *scriptorium*.

Genserico meneó la cabeza.

—Gorgias, Gorgias... No queréis entender. Concededme un instante más y veréis cómo me lo agradecéis —dijo condescendiente—. ¿Sabíais que Korne era sajón?

—¿Sajón? Pensé que sus hijos estaban bautizados.

—Sajón convertido, pero sajón, al fin y al cabo. Cuando Carlomagno conquistó las tierras del norte, obligó a los sajones a elegir entre la cruz o el patíbulo. Desde entonces he asistido a muchos de esos conversos, y



aunque acudan a mi misa o ayunen en cuaresma, os aseguro que por sus venas aún se desliza la ponzoña del pecado.

Gorgias tableteó los nudillos contra la silla. Las palabras de Genserico comenzaban a inquietarle.

—¿Sabíais que aún practican sacrificios? —añadió—. Acuden a las encrucijadas de caminos para degollar becerros; consuman la sodomía, e incluso frecuentan a sus hermanas en el más horrible de los incestos. Korne es uno de ellos, y Wilfred lo sabe. Pero lo que el conde ignora son sus ancestrales tradiciones: costumbres como *la faide*, por la que la muerte de un hijo sólo queda satisfecha con el asesinato del culpable. Ésa es *la faide*, Gorgias. La venganza de los sajones.

—Pero ¿cuántas veces habré de repetir que el incendio se debió a un accidente? —repuso Gorgias irritado—. Wilfred puede confirmároslo.

—Calmaos, Gorgias. No es cuestión de lo que digáis, ni tan siquiera de lo que realmente ocurriera aquella mañana. Lo único que cuenta es que Korne culpa a vuestra hija. Ella ha muerto, y pronto vos la seguiréis.

Gorgias lo observó. Su mirada líquida parecía traspasarle.

—¿Para eso me habéis traído a este lugar? ¿Para anunciar mi muerte?

—Para ayudaros, Gorgias. Os he traído para ayudaros.

El viejo aguardó un momento. Luego se levantó, le indicó que aguardara y salió de la celda en dirección a la cripta.

—Esperad. He de buscar algo.

Gorgias obedeció. Desde el interior de la celda apreció cómo Genserico deambulaba de un lado para otro por la cripta. Luego regresó con un cirio encendido que depositó sobre una repisa cerca de la puerta.

—Tomad —dijo, arrojando un objeto a las manos de Gorgias.



—¿Una tablilla de cera?

Por toda respuesta, el coadjutor retrocedió unos pasos y con un fugaz movimiento cerró la puerta dejando a Gorgias dentro de la celda.

—Pero ¿qué hacéis? ¡Abrid de inmediato!

Tardó en comprender que aporreando la puerta sólo conseguiría lastimarse los nudillos. Cuando cesó en sus envites, escuchó la voz de Genserico más suave que nunca.

—Creed que es lo mejor para vos. Aquí estaréis a salvo —susurró el anciano.

—Viejo loco. No podéis retenerme aquí. El conde os despellejará en cuanto se entere.

—Pobre iluso —sonrió—. ¿Acaso no comprendéis que ha sido el propio Wilfred quien lo ha concebido todo?

Gorgias no le creyó.

—Deliráis. Él jamás...

—¡Callad y atended! Sobre la mesa encontrareis un estilo. Apuntad el material que preciséis: libros, tinta, documentos... Regresaré después de *tercia* para recoger la lista. Hasta entonces podéis hacer lo que queráis. Al fin y al cabo vais a disponer de tiempo para conseguirlo.



Capítulo 7

A poco para el mediodía, Theresa saboreó un último bocado de huevas saladas. Luego hurgó por la talega en busca de alguna migaja más y después se chupeteó los dedos hasta dejarlos relucientes. Echó un trago de agua, miró al frente y se sentó a descansar. Conocía bien el terreno, pero la nieve uniformaba los parajes convirtiéndolos en un lienzo inmaculado que parecía ocultar cualquier ruta antes trazada.

Desde que abandonara la cabaña, había procurado seguir los consejos que Hóos Larsson había mencionado durante el relato de su travesía. Recordó cómo en su descripción había tachado de indolentes a los sajones, gente despreocupada cuyos cánticos y aparatosas fogatas solían bastar para delatar su presencia. Según él, mantenerse vivo no era difícil: tan sólo necesitaba gobernarse con la astucia de un animal acosado, desplazarse con sigilo, olvidar los caminos habituales, prescindir del fuego, atender las desbandadas de pájaros y observar las pisadas en la nieve. También había afirmado que, con el suficiente cuidado, cualquiera que conociese el camino podría atravesar los pasos.

«Cualquiera que conociese el camino», se lamentó.

Normalmente, quien pretendiera alcanzar Aquis-Granum debería tomar la ruta occidental que obligaba a atravesar la cuenca del río Main en dirección a Fráncfort, seguir su curso cuatro jornadas hasta su unión con el Rin, y emplear tres días más para llegar a la capital. Pero en



palabras de Hóos, con los bandidos merodeando por ambas riberas, tal trayecto resultaría una trampa segura.

Por otra parte, en pleno invierno, y con la nieve arreciando en los caminos, dirigirse hacia el sur, hacia los Alpes Schwabische, sería una auténtica locura.

Se convenció de que su única opción era la ruta de Fulda.

Elevó la vista al cielo para contemplar una inexpugnable muralla de montañas. La cordillera del Rhön delimitaba la comarca de Würzburg por su extremo septentrional, y era el camino que Hóos había empleado desde Aquis-Granum hasta Würzburg. Una vez alcanzada Fulda, continuaría por el cauce del Lahn, un río que, según Hóos, resultaba fácil de sortear.

Aunque nunca antes hubiera viajado a Fulda, Theresa supuso que alcanzaría la ciudad abacial en el transcurso de dos jornadas, lo cual le obligaría a pernoctar en el camino. Se santiguó, aspiró una bocanada de aire y emprendió la marcha en dirección a las montañas.

Caminó a paso ligero, con la vista fija en las cumbres que a cada zancada se le antojaban más lejanas. Durante el trayecto consumió el resto del agua, que acompañó con las bayas y nueces que fue encontrando por el camino. Avanzó varias millas sin que nada la sobresaltase, pero a la tercera hora comenzó a cojear. El leve hormigueo se convirtió al poco en un dolor agudo que finalmente le impidió seguir avanzando. Con la nieve cubriéndole las rodillas, miró las montañas y suspiró. El crepúsculo prosperaba. Si pretendía alcanzar el paso del Rhön, debería apresurar el ritmo.

Iba a moverse cuando unos relinchos la dejaron sin aliento. Se giró lentamente imaginando que encontraría a un enemigo, pero para su sorpresa no distinguió nada alarmante. Sin embargo, al instante, a otro



relincho le siguieron unos ladridos. Se desembarazó de la nieve que la aprisionaba y corrió a agazaparse tras unas rocas, pero al esconderse advirtió con horror el reguero de huellas que acababa de imprimir en la nieve. Quien pasara por allí, sin duda la descubriría. Agachó la cabeza y esperó encogida, mientras los ladridos aumentaban hasta convertirse en el fragor de una jauría. Lentamente asomó la cabeza y escudriñó en derredor. Aunque el lugar continuaba desierto, advirtió que el bullicio procedía del barranco que flanqueaba el camino.

Dudó un instante, pero al final se decidió. Abandonó el escondrijo y gateó hasta el borde del cortado donde se tumbó cuan larga era. Luego se arrastró hasta asomar la nariz y se quedó ensimismada viendo cómo una manada de lobos se disputaba las entrañas de un caballo que yacía al fondo del barranco. El pobre animal resoplaba y se debatía en el suelo coceando desesperado. Se fijó en que sus tripas se esparcían por la nieve.

Sin pensarlo, comenzó a gritar y agitar los brazos como si fuera ella la atacada. Al escucharla, los lobos se detuvieron, pero de inmediato gruñeron amenazadores. Por un momento pensó que la atacarían, así que se agachó y agarró una rama seca que encontró a sus pies, la blandió sobre la cabeza y la arrojó hacia la jauría con todas sus fuerzas. El palo voló hasta impactar contra la copa de un árbol del que se desprendió la nieve acumulada entre sus ramas. Un lobo gris se asustó y huyó. Los otros titubearon, pero enseguida le siguieron.

Tras cerciorarse de que no regresaban, Theresa resolvió bajar.

Descender el barranco le resultó más complicado de lo previsto, de forma que cuando llegó al fondo, el jamelgo agonizaba. Lo encontró sembrado de heridas, algunas de aspecto distinto al de las producidas



por las dentelladas. Intentó soltarle la cincha, pero no lo consiguió. En ese instante, el cuadrúpedo retembló como si lo rajaran, relinchó un par de veces y tras varios espasmos quedó exánime sobre la nieve.

Theresa no pudo evitar que una lágrima de compasión resbalara por su mejilla. Luego, tras serenarse, desató las alforjas y comenzó a registrarlas. En la primera encontró una manta, un trozo de queso y una talega con el nombre «Hóos» garabateado en el cuero. Se detuvo un instante aturdida por el descubrimiento. Sin duda aquel caballo pertenecía a Hóos; el que mencionó haber perdido al despeñarse por un barranco. De ahí aquellas heridas distintas. Mordió el queso y siguió buscando con fruición. En la misma alforja localizó una piel curtida de jabalí, un tarro con mermelada, otro con aceite, dos cepos metálicos y un frasco con una esencia que juzgó apestosa. Se quedó con la mermelada y olvidó todo lo demás. En la otra alforja, varias pieles más que no supo identificar, un ánfora sellada, un manojo de plumas de pavo real y una cajita de afeites. Supuso que se trataba de regalos que Hóos llevaba a sus parientes, y que al perder la montura decidió mejor no cargar.

Sabía que algún objeto podría serle útil, pero también que le dificultaría la marcha. Además, si alguien se los encontraba podría acusarla de ladrona, de modo que optó por coger sólo la comida. Cerró de nuevo las alforjas y, tras un último vistazo, ascendió el barranco para continuar su camino.

Alcanzó la entrada del paso con la suficiente luz como para apreciar que el acceso resultaba impracticable, por lo que se dispuso a pernoctar en la montaña. Al día siguiente proseguiría hacia el este en busca del



camino a Fulda, del que tan sólo conocía la existencia de una peculiar formación rocosa que, según Hóos, señalaba su inicio.

Al principio pensó que soportaría el frío, pero cuando los pies comenzaron a congelársele probó a encender una fogata. Para ello reunió algo de leña que dispuso bajo un puñado de yesca. Cuando la tuvo preparada, golpeó el eslabón contra la lasca de pedernal. La yesca se iluminó, pero al igual que prendió, se consumió sin conseguir que las ramas ardieran.

Intuyó que el problema radicaba en la humedad infiltrada en la leña, y que por tanto debía disponer las ramas más secas sobre las mojadas. Apiló nuevamente la madera, colocó otro montoncito de yesca y repitió la operación, con idéntico resultado. Apesadumbrada, comprobó que apenas le restaba yesca para un par de intentos, y pensó que si la empleaba toda en lugar de racionarla, tal vez lo consiguiera.

Sacó el frasco de aceite y lo vertió sobre las ramas. Una vez empapadas, volcó la yesca sobre un trozo de cuero y pisoteó la cajita hasta destrozarla. Luego dispuso las astillas bajo la yesca y rezó para que prendieran.

Por tercera vez golpeó el pedernal, que escupió una miríada de chispas como por ensalmo. Al cuarto intento la yesca prendió. Rápidamente sopló sobre las llamas que querían lamer las astillas. Por un momento languidecieron hasta casi extinguirse; sin embargo, poco a poco cobraron fuerza hasta propagarse a las ramas aceitadas.

Aquella noche durmió tranquila. Al calor del fuego imaginó a su padre velándola. Soñó con su familia, con su trabajo *de percamenarium* y con Hóos Larsson. A él se lo figuró noble, fuerte y aguerrido. Al final del sueño creyó que la besaba.



La tormenta despertó a Theresa poco antes del amanecer, con la lluvia empapándola como si hubiera caído a un río. Recogió sus pertenencias y corrió a refugiarse bajo un roble próximo. Cuando escampó, le pareció que el frío regresaba.

Poco a poco, las nubes se desvanecieron y un sol tímido derramó sus débiles rayos sobre las crestas de las montañas. Lo interpretó como un presagio de fortuna. Antes de emprender el camino pidió a Dios por la salud de su padre, por su madrastra, y también por el desafortunado caballo de Hóos. Y le agradeció que un día más la hubiera mantenido con vida. Luego se embozó en la capa, mordió un trozo de queso y echó a andar aún mojada.

Tres millas más tarde comenzó a dudar sobre lo acertado de la ruta. Los caminos se habían angostado hasta convertirse en veredas que aparecían y desaparecían en medio de un paisaje eternamente blanco. Aun así no se arredró y siguió avanzando en dirección a ninguna parte.

A mediodía se topó con una torrentera que le cortaba el camino. Bordeó el cauce durante un trecho, buscando un lugar por donde vadearlo, hasta llegar a una vaguada en la que el agua se arremansaba formando una pequeña laguna. Se detuvo un instante a admirar el paisaje, un cristal en el que los abetos y las cumbres parecían reflejarse para duplicar su hermosura. Le fascinó la forma en que los árboles se arracimaban como un vasto ejército, su follaje aceitunado moteado por la nieve, el gorgoteo del agua, y el intenso aroma de la resina que entremezclado con el frío le despejaba los pulmones.

Notó cómo el apetito le ronroneaba en la tripa.

Pese a saber que no encontraría nada, hurgó en el bolso. Luego decidió practicar lo que en ocasiones había visto hacer a los mozos del pueblo:



buscó un recodo umbrío y levantó unas piedras hasta hallar un hervidero de lombrices. Confeccionó un anzuelo con una fíbula del pelo y una rama y ensartó un par de lombrices. Luego anudó un extremo a una hebra de lana que extrajo de su vestido y la lanzó al agua tan lejos como pudo. Con suerte almorzaría trucha asada.

De repente advirtió algo que la inquietó. Semioculta bajo la maleza, a pocos pasos de donde se encontraba, reconoció una especie de barcaza varada. Hóos no lo había mencionado, pero sin duda se trataba de uno de esos lanchones utilizados para el trasiego de mercancías. Apartó la breña y saltó a la barcaza, que crujió bajo su peso. Cerca de la proa encontró una pértiga apoyada sobre una especie de maroma que unía las dos orillas a modo de puente. Imaginó que serviría para evitar que durante los transbordos la corriente arrastrara la barcaza. Tras comprobar que el casco no presentaba brechas decidió desvararla y conducirla hasta la otra ribera.

Se dirigió al extremo encallado, ajustó su espalda contra la popa y aplicó el peso de su cuerpo hundiendo sus pies en el lodo. La barca no se movió. Lo intentó varias veces, hasta que sus piernas y brazos comenzaron a temblar. Al final, desfallecida, se derrumbó en el suelo y lloró con amargura.

No recordaba las innumerables veces que había llorado desde que huyera de Würzburg. Se enjugó las lágrimas y pensó en renunciar. Se dijo que tal vez debiese regresar y solicitar clemencia a Wilfred, a Dios, o a quien hiciera falta. Al menos estaría corí su familia, y tal vez con su ayuda lograrse demostrar que no había sido ella la causante del incendio. Sin embargo, recordó la muerte de aquella chica y comprendió lo iluso de su idea. Su vida, si es que le esperaba alguna, sin duda se encontraba al otro lado de la laguna.



Desolada, miró alrededor hasta encontrar un guijarro mediano que lanzó con fuerza hacia la orilla opuesta. La piedra sobrepasó un cuarto de lago antes de sumergirse en sus profundidades, lo que le hizo estimar unos cien pasos de distancia. Con aquel frío nunca lograría cruzar a nado. Se dijo que tal vez más adelante hubiese algún puente. Sin embargo, cuando se disponía a proseguir, pensó que si se colgaba de la soga quizá pudiera gatear hasta la otra orilla. En ambas riberas, la maroma se anudaba a sendos árboles que parecían suficientemente consistentes como para soportar el peso de un hombre. Además comprobó que, pese a que a mitad de trayecto la soga perdía altura, en ningún momento llegaba a sumergirse.

Una vez convencida se adentró en el agua. El frío le hizo dar un respingo, pero continuó. Cuando comenzó a perder pie, brincó sobre la maroma y maniobró hasta colgarse boca arriba con la cabeza hacia la orilla opuesta. Luego avanzó estirándose y encogiéndose como una oruga.

El primer tramo lo cubrió sin dificultad. Sin embargo, a un tercio del camino la soga comenzó a ceder, acercándola peligrosamente al agua. Cuando las primeras gotas le lamieron la espalda, se descolgó y continuó a nado ayudándose de la amarra. Luego, al comprobar que la soga volvía a elevarse, se encaramó de nuevo. En ese instante, la bolsa en que transportaba sus pertenencias se abrió dejando caer el eslabón. Intentó aferrar la cajita, pero la corriente la arrastró hasta desaparecer bajo las aguas. Soltó un par de improperios y prosiguió el avance hasta que por fin, tras unos momentos que se le antojaron eternos, consiguió arribar a la orilla.

Nada más llegar, se desnudó tiritando para retorcer la ropa y escurrir el agua. Mientras lo hacía, le llamó la atención un extraño destello que parecía provenir de un punto indeterminado cerca de donde se hallaba.



Se preguntó si no sería el eslabón recién perdido y, pese a lo improbable de la suposición, se vistió deprisa y se encaminó hacia el fulgor que la llamaba. No obstante al acercarse comprobó que se trataba de una maraña de cangrejos pululando sobre el cadáver de un soldado desfigurado.

Supuso que era un sajón, aunque también podría ser un franco.

Se fijó en la terrible brecha que le corría desde la oreja izquierda hasta la base del cuello. Tenía el rostro carcomido y la sangre se le había acumulado bajo la piel, tornándosela cárdena. Sus tobillos aparecían descoyuntados, y pese a los ropajes, mostraba el vientre hinchado como un odre viejo. Advirtió que en realidad el destello provenía del *scramasax* que portaba en el cinto. Pensó en apropiárselo pero desistió, porque todo el mundo sabía que las almas de los muertos permanecían tres días vigilantes junto a sus cuerpos.

Se apartó unos pasos para contemplar el espectáculo con repulsión y asombro. Mientras observaba a los cangrejos, pensó qué sabor tendrían tras pasar por la parrilla. Entonces recordó la pérdida de su eslabón y se preguntó si aquel cadáver portaría alguno. Con la ayuda de una vara apartó varios cangrejos, pero sólo encontró porquería y más bichos.

Se hallaba absorta hurgando entre los ropajes, cuando de repente la asieron por la espalda. Theresa chilló y pataleó como si la llevara el demonio, pero al instante una mano le tapó la boca. Ella respondió hundiendo sus uñas con tal fuerza que pensó que se le desprenderían. Entonces recibió un bofetón mientras la zarandeaban como a un muñeco de trapo.

—¡Diablo de muchacha! ¡Vuelve a gritar y te arranco la lengua!

Theresa lo intentó, pero no pudo.



Ante ella, un personaje salido del infierno la miraba amenazadoramente. Era un viejo de cara arratonada, devorada por la podredumbre. Su pelo raleado dejaba a la vista varias calvas salpicadas de heridas y mugre, y sus ojos grises se clavaban en ella como si quisieran atravesarla. Se fijó en los colmillos del perro que le escoltaba.

—Tranquila, chica. *Satán* sólo muerde a quien se lo busca. ¿Estás sola?

—Sí —balbuceó. Y al instante se arrepintió de su respuesta.

—¿Qué buscabas en el muerto?

—Nada. —Se mordió la lengua por una respuesta tan estúpida.

—¿De modo que nada? ¡Anda! Quítate los zapatos y échalos a un lado —le ordenó—. ¿Cómo te llamas?

—Theresa —respondió mientras obedecía.

—Bien. Acércame eso. —Señaló la talega que ella portaba al hombro—. ¿Puede saberse qué haces aquí?

Theresa no contestó. El hombre abrió la bolsa y comenzó a registrarla.

—¿Y esta daga? —Era el cuchillo sustraído a Hóos Larsson.

—Devuélvame la. —Theresa se la arrebató y se la guardó bajo el vestido.

El hombre continuó hurgando.

—¿Qué es esto? —preguntó. Ya había sacado el punzón y las tablillas.

—¿El qué?

—No te hagas la estúpida. Este pergamino que escondías en el doble fondo.

Theresa se sorprendió. Imaginó que, tal vez por algún motivo importante, su padre lo había ocultado allí.



—Un poema de Virgilio. Siempre lo protejo para que no se manche — se inventó.

—Poemas... —masculló él mientras devolvía el pergamino a la talega—. Menuda cursilería. Ahora presta atención: esto está infestado de bandidos, así que me da igual lo que hagas, de dónde vengas, si estás sola o lo que buscaras en ese muerto... Pero te lo advierto: si intentas gritar o haces cualquier despropósito, *Satán* te abrirá la garganta antes de que sepas lo que te ocurre. ¿Entendido?

Theresa asintió. Habría tratado de escapar, pero sin zapatos resultaría una estupidez. Supuso que por esa razón le había ordenado que se descalzara. Se retiró unos pasos y lo miró con detenimiento. Vestía una capa raída anudada a la cintura, que dejaba a la vista unas piernas largas y huesudas. Cuando el hombre terminó de hurgar en la talega, se agachó y cogió un bastón de cuyo extremo pendía una campanilla. Entonces Theresa se fijó en sus heridas y comprendió que tenía la lepra.

No lo pensó más. En cuanto el viejo desvió la mirada, dio media vuelta y echó a correr, pero al poco perdió pie y resbaló. Nada más caer sintió el aliento del perro en la espalda. Esperó quieta el mordisco fatal, pero el animal no se movió. Entonces el hombre se acercó y le tendió su mano cubierta de costras. Theresa se apartó cuanto pudo.

—¿Te asustan mis llagas? —rió—. También a los bandidos. Vamos, levanta. Es sólo tintura.

Theresa observó las úlceras, que vistas de cerca parecían manchas, pero aun así no se fio. Entonces el hombre se frotó las manos y las heridas desaparecieron.

—Ya ves que no miento. Venga. Siéntate ahí y quédate quieta. —Le devolvió la talega—. Con lo que llevas aquí no llegarás muy lejos.

—¿No tiene la lepra? —balbuceó.



—Claro que no —rio—. Pero es un disfraz que en más de una ocasión me ha salvado el pellejo. Fíjate bien.

El hombre cogió un puñado de arena del río y la escurrió entre las manos. Luego sacó un frasco con tintura oscura que vertió sobre la arena hasta lograr una mezcla uniforme, le añadió otra loción y se aplicó el emplasto sobre los brazos.

—Suelo mezclarlo con engrudo porque así agarra cuando se seca. Los bandidos temen más a un leproso que a un ejército. —Miró un momento el cadáver—. Todos menos éste... —señaló—. El muy cabrón pretendía robarme las pieles. Ahora que se las robe al diablo. Por cierto... ¿desde cuándo te dedicas a asaltar a los muertos?

Cuando Theresa fue a contestar, el viejo se agachó y sin apartar los cangrejos comenzó a registrar el cadáver. Encontró una bolsa atada al interior de una especie de fajín, la abrió, sonrió al ver su contenido y la guardó entre sus ropas. A continuación le arrancó unos colgantes de los que pendían unas extrañas piedras de color pardo, cogió el *scramasax*, se lo enfundó junto al suyo y, por último, giró el cuerpo del muerto. Al no hallar nada más de interés, lo dejó de nuevo entre las piedras.

—Bien —dijo—. Este hombre ya no lo necesita. Y ahora, ¿me vas a contar qué haces en este lugar?

—¿Lo matasteis vos?

—Yo no. Fue éste —dijo palpándose el cuchillo—. Supongo que llevaba un rato rondándome. Debía de ser imbécil, porque en lugar de liquidarme fue directamente por las pieles.

—¿Las pieles?

—Las que llevo ahí atrás, en el carro —señaló.



Theresa miró hacia donde indicaba el viejo y se alegró al distinguirlo: si existía un carro, debía de existir un camino.

—Se le ha roto una rueda y ando a ver si la arreglo. Tú en cambio deberías largarte. Seguro que este hombre no viajaba solo. —Le entregó los zapatos.

A continuación dio media vuelta y echó a andar hacia el bosque.

—Espere. —Se calzó y corrió tras él—. ¿Va hacia Fulda?

—No se me ha perdido nada en esa ciudad de curas.

—Pero ¿conoce el camino?

—Desde luego. Igual de bien que los salteadores.

Theresa no supo qué contestar. Le siguió hasta la carreta observando sus andares, propios de un hombre más joven. Entonces se fijó en sus dientes, que aunque grandes y torcidos, advirtió sin huecos y extraordinariamente blancos. Le calculó la edad de su padre. Él se agachó junto a la rueda partida y comenzó a trabajar en ella. Luego paró y miró a Theresa.

—No me has contestado. ¿Qué hurgabas en el cadáver? ¡Maldición! Mira cómo me has puesto el brazo —dijo mientras se limpiaba los arañazos que le había inferido Theresa—. ¿Acaso creías que el diablo venía en tu busca?

—Me dirigía hacia Fulda. —Carraspeó—. Vi a ese hombre muerto y pensé que tal vez tuviese un eslabón. Perdí el mío al cruzar el lago.

—¿Dices que cruzaste el lago? A ver... acércame esa maza. ¿Entonces venías de Erfurt?

—Así es —mintió. Le entregó la herramienta.



—Entonces conocerás a los Peterssen. Regentan un horno a pocas casas de la catedral.

—Sí, claro —volvió a mentir.

—¿Y qué tal les va? No les veo desde el verano.

—Bien... supongo. Mis padres viven lejos del pueblo.

—Ya —dijo torciendo el gesto. Golpeó con fuerza la cuña y la rueda saltó de su eje.

Theresa dio un respingo. Pensó que no la había creído.

—Ahora viene lo difícil —continuó el hombre—. ¿Ves este rayo? Está partido. Y ese otro también. ¡Maldita mierda de madera! Cambiaré el más estropeado y el otro lo repararé con un par de listones. Toma. Agarra la vara y cuando golpee haz sonar la campanilla. Si los bandidos han de oírnos, que escuchen también la música de los leprosos.

Theresa advirtió que el viejo había desenganchado el caballo y dispuesto varias piedras bajo el carro para evitar su caída. Él se dirigió a la parte trasera y sacó un palo que resultó ser un rayo de repuesto. Dijo que siempre llevaba uno porque tallar la madera de roble era muy complicado. Lo comparó con los rotos antes de repasar su extremo con una azuela.

—¿Tardará mucho?

—Espero que no. Si lo hiciese como Dios manda se me echaría la noche encima: tendría que extraer la llanta de hierro, desmontar los cuatro cercos y sustituir los rayos. No es difícil, porque los cercos son de fresno, pero luego engastar los pivotes, las lenguas y los pies de los rayos... ¡Una tarea de demonios! Serraré los extremos y los ajustaré con la maza. Ahora agita la campanilla.



Theresa balanceó la vara y la campana tintineó. El martillazo retumbó en todo el bosque. La joven trató de sofocar el eco agitándola más fuerte, pero por más que lo intentó, los golpes prevalecieron durante toda la mañana.

Después de comer hablaron un rato. Él dijo que se llamaba Althar y era trampero, que vivía en el bosque, en una cabaña de madera con su esposa y con *Satán*. En invierno cazaba y en verano vendía las pieles en Aquis-Granum. Ella le confió que había huido de un matrimonio de conveniencia. Luego le pidió ayuda para llegar hasta Fulda, pero él se negó. Cuando terminó con el carro, se despidió de Theresa.

—¿Se va? —preguntó la joven.

—Así es. Regreso a casa.

—¿Y yo?

—Tú, ¿qué?

—¿Qué haré yo?

Althar se encogió de hombros.

—Lo que deberías haber hecho desde un principio: regresar a Erfurt y casarte con ese hombre al que dices odiar. Seguro que no es tan malo.

—Antes prefiero a los sajones. —Lo dijo con tal convencimiento que se admiró de su propia mentira.

—Por mí puedes hacer lo que quieras. —Althar enganchó el caballo al arnés y comenzó a retirar las piedras que lo frenaban—. Pero espabila. Tal vez estén buscándole —dijo señalando al muerto—. Acercaré el caballo al río. En cuanto beba, marcharé soltando ascuas.



Theresa se volvió y comenzó a alejarse. Mientras caminaba, observó el bosque, denso y frío como un cementerio, y unas lágrimas asaltaron sus mejillas. A los pocos pasos se detuvo, sabedora de que si proseguía sola, moriría. Althar parecía un buen hombre, pues de lo contrario ya le habría causado daño. Además, estaba casado y conocía a los Peterssen. Tal vez le permitiera acompañarle.

Se volvió para hablarle de sus habilidades como costurera y mentirle sobre las de cocinera, pero a Althar no pareció impresionarle.

—También sé curtir pieles —añadió.

Entonces el viejo la miró de reojo, cavilando que no le vendría mal algo de ayuda. El trabajo con el cuero requería destreza, y su mujer, desde las últimas fiebres, apenas si movía las manos. Volvió a mirarla y meneó la cabeza. Seguramente aquella muchacha era una malcriada que sólo le complicaría la vida. Además, su esposa recelaría de una chica joven.

Apartó a un lado la última piedra y subió al carro.

—Mira, muchacha. Me caes bien, pero entiéndelo: serías un estorbo. Otra boca que alimentar. Lo siento. Regresa a tu pueblo y pídele perdón a ese hombre.

—No volveré.

—Pues haz lo que te plazca. —Y arreó al animal.

Theresa no supo qué decir. De repente recordó los cepos encontrados junto al caballo de Hóos.

.—Le recompensaré.

Althar enarcó una ceja y la miró de soslayo.

—No creo que pudieras. Ya estoy mayor para mover la polla.



La joven pasó por alto aquel comentario.

—Mire sus cepos... Están viejos y oxidados —observó mientras caminaba a la altura del carro.

—También yo, y aún me valgo.

—Pero yo puedo proporcionarle unos nuevos. Sé dónde encontrarlos.

Althar detuvo al animal. Desde luego le resultarían útiles otras trampas, pero en verdad lo que le apenaba era la suerte de aquella chica. Theresa le contó el episodio de los lobos y le explicó la carga que contenían las alforjas. También le describió el lugar donde sucedió.

—¿Estás segura de que fue en ese barranco?

Ella asintió, y Althar pareció pensárselo.

—¡Maldita sea! ¡Anda! Sube al carro. Conozco un sendero que nos llevará a ese cortado. ¡Ah! Y cámbiate de ropa, o morirás antes de indicarme el lugar exacto.

La joven saltó a la carreta, se acomodó en el estercolero de pieles que abarrotaba el interior, y a continuación docenas de fardos comenzaron a traquetear bailando al trote del caballo. Theresa reconoció pellejos de castor y venado, e incluso alguno de lobo en bastante mal estado. Varias pieles aparecían curtidas, pero la mayoría se encontraba sembrada de insectos que pululaban entre los pelajes resecos y los restos de sangre, como si las hubiesen despellejado aquella misma mañana. Se apartó cuanto pudo, porque despedían un hedor irrespirable, y se cubrió con una piel seca que encontró aceptable. A su espalda descubrió una especie de orza tapada con un cedazo pringoso que dejaba escapar un delicioso aroma a queso.

Theresa se apretujó la barriga tratando de calmar los lamentos de sus intestinos. Luego se echó hacia atrás y cerró los ojos. Sus recuerdos



viajaron hasta Würzburg, a las madrugadas de invierno en que Gorgias la desperezaba con un beso para que le acompañase a encender el horno que había construido detrás del aprisco. Rememoró las nevadas cubriendo los campos, y cuánto agradecía el calor de los rescoldos cuando acompañaba a su padre y le leía algún manuscrito. Se preguntó si alguna vez Althar habría visto un libro.

Miró a *Satán*. El animal seguía el carro a una pedrada de distancia, moviendo sus ojillos con más inteligencia de la que había observado en algunos mozos que conocía. De vez en cuando se acercaba hasta el caballo para atrapar al vuelo los trozos de carne que Althar le arrojaba. Theresa escuchó sus tripas de nuevo y preguntó a Althar que cuándo comerían.

—¿Crees que me regalan la comida? Ya habrá tiempo, muchacha. Ahora coge esas pieles y comienza a limpiarlas. El cepillo está ahí, junto al arco.

Theresa no rechistó. Se acercó uno de los fajos más nutridos, desató los tendones que lo mantenían anudado y se colocó una piel sobre los muslos. Comenzó a trabajar con denuedo. A la primera sacudida, un enjambre de insectos se desprendió de la piel y cayó al suelo, desperdigándose entre los tablones. Continuó cepillando sin levantar la vista de las pieles hasta que acabó con el fajo, y sin concederse un respiro, prosiguió con un segundo fardo. Cuando terminó, Althar le señaló un tercero.

—Después limpia los cepos hasta dejarlos relucientes —dijo.

Theresa agarró las trampas, escupió sobre la porquería y se empeñó con arresto en la nueva tarea. Luego, mientras frotaba los artilugios, se preguntó qué don especial poseería Althar para las artes de la caza, pues de otro modo no se explicaba tal acopio de pieles. Cuando por fin acabó



la faena se lo comunicó a Althar, quien, extrañado por su diligencia, detuvo el carro y tras comprobar los resultados sonrió y puso pie a tierra.

—De acuerdo, muchacha. Vamos a llenar la panza.

Acto seguido, se dirigió a la parte posterior del carro y, luego de revolverlo, sacó una taleguilla de tela que depositó en el suelo. Al momento, *Satán* se acercó a olisquear, pero Althar lo apartó de un puntapié. Luego se volvió hacia Theresa.

—Sube a ese altozano y abre bien los ojos. Si ves algo raro: algún fuego, relinchos, hombres, cualquier cosa extraña, avisa con unos ladridos.

—¿Ladridos? —repitió Theresa incrédula.

—Sí. Ladridos... Sabrás ladrar, ¿no?

Theresa imitó el sonido con desigual fortuna. Aunque a ella se le antojó horrible, Althar se dio por satisfecho.

—Apresúrate, anda. Y lleva contigo la campanilla.

Mientras ella ascendía el repecho, él preparó unas tajadas de queso a las que añadió unos pedazos de pan duro. Después abrió un par de cebollas. Se apropió de la ración más grande y avisó a Theresa.

—Todo tranquilo —informó la joven.

—Bien. A este paso llegaremos al barranco antes del mediodía. Comeremos ahora porque ya no nos detendremos. Ahí atrás, bajo las trampas, encontrarás algo de vino. Y si quieres, abrígate más, que debes de estar helada.

El trampero se encaramó al carro y arreó al caballo. Theresa hizo lo propio y, sin bendecir las viandas, comenzó a devorarlas acompañándolas con un trago de vino que le supo a gloria.



Poco después atravesaron una franja boscosa anegada por unos lodazales. A partir de ese momento, Althar mudó el semblante y comenzó a mostrarse más cauto. Cualquier ruido le hacía dar un respingo, volvía la cabeza continuamente, y a cada poco detenía el carro para ponerse en pie y otear los alrededores.

Por momentos, a ella le pareció que *Satán* olfateaba el peligro. El animal ya no se mantenía apartado. Con las orejas enhiestas y el rabo estirado, seguía atento los movimientos de su amo.

Habrían cubierto un centenar de pasos cuando el perro empezó a ladrar. Althar frenó en seco el carro, echó pie a tierra y se adelantó un trecho. Con gesto preocupado ordenó silencio a Theresa, y lentamente acercó la mano a su *scramasax*. A continuación", sin mediar palabra, se irguió y desapareció entre la maleza.

A Theresa empezaron a traicionarle los nervios. Intentó alzarse de puntillas para ver más allá de lo que su estatura le permitía, pero las heridas de los pies se lo impidieron. No sabía la razón, aunque presentía que algo terrible estaba a punto de suceder. Pasados unos instantes, Althar apareció con el rostro desencajado.

—Acompáñame. Rápido.

Theresa saltó del carro y lo siguió por la espesura. El trampero caminaba encorvado, como un gato al acecho de su presa, mientras la muchacha le seguía a duras penas esquivando las ramas que él apartaba a su paso. Avanzaron con dificultad debido a la hojarasca y al fango de las últimas lluvias. En algunos lugares, la maleza se cerraba tanto que lo único que Theresa alcanzaba a ver era el trasero de Althar, a un palmo de su rostro. De repente él volvió la cabeza para pedirle silencio, y luego, lentamente, se apartó a un lado dejando ante sus ojos una escena de muerte y desolación.



Eran dos cuerpos ensangrentados unidos en un macabro abrazo, ocultos bajo un manto de cieno. Unos pasos más allá, semihundido en una zanja, se distinguía el cadáver mutilado de un tercero.

—Éste no es sajón —dijo Althar dando con el pie al que yacía bajo el primero.

La muchacha no respondió. Pese al lodo, reconocía aquellas ropas. Las había visto en la cabaña de los Larsson. Con el corazón encogido, se acercó a los cuerpos grotescamente abrazados. Lentamente apartó el que estaba encima y al instante la vista se le nubló. Althar la sujetó. El cuerpo que yacía bajo aquella mortaja de sangre no era otro que el de Hóos Larsson, el joven que días atrás le había salvado la vida.

Transcurrió un rato antes de que Althar advirtiera que Hóos Larsson aún respiraba. De inmediato avisó a Theresa, y entre ambos lo trasladaron al carro para atenderlo. El viejo examinó sus heridas con preocupación. Ella le preguntó con la mirada, pero él no contestó.

—¿Y dices que él te salvó? —le preguntó mientras lo arrastraba.

Ella asintió entre lágrimas.

—Pues lo siento por él, pero tendremos que dejarlo.

—No podéis hacer eso. Si lo abandonáis, morirá.

—Morirá de todas formas. Además... fíjate en esa rueda —dijo señalando el rayo reparado—. Vosotros, yo y el cargamento... Con tanto peso no aguantaría ni una milla.

—Pues deshagámonos de las pieles.

—¿De las pieles? ¡No me hagas reír! Son mi alimento para el próximo año.



Las palabras de Althar rezumaron determinación. Theresa dudó. Comprendió que si pretendía ayudar a Hóos, debería resultar convincente.

—El hombre a quien queréis abandonar se llama Hóos Larsson y es *antrusion* del rey —mintió—. Si sobrevive, podría alimentaros a vos y vuestra familia durante el resto de vuestras vidas.

Althar se desembarazó del muerto que estaba registrando y miró el cuerpo exánime de Hóos. Luego escupió con extrañeza.

Pese a que le incomodara reconocerlo, tal vez la muchacha llevara razón. Al examinar al joven ya había apreciado lo delicado de sus ropajes, y aunque entonces los había juzgado procedentes de algún robo, quizá se había precipitado. Observó detenidamente lo entallado de la casulla y el perfecto ajuste de sus zapatos, mientras se decía que un ladrón no habría tenido tanta fortuna.

Soltó una maldición. Posiblemente aquel joven fuera quien Theresa afirmaba, si bien eso no cambiaba lo delicado de su estado. Quizá no se salvara, pero tal vez durara lo suficiente para llegar con vida a Aquis-Granum. Maldijo de nuevo y se dirigió hacia las riendas del caballo que pacía entre la capa de nieve. Lo pensó detenidamente y volvió a escupir.

—Tal vez no muera —refunfuñó.

Theresa asintió complacida.

«Al menos, no hasta que yo reciba una recompensa», rumió Althar para sus adentros.

A Theresa le tocó caminar. Althar condujo la montura manejando el látigo con la misma presteza con que escupía juramentos. Durante el camino prohibió a Theresa agarrarse a la carreta porque, según dijo, no



aguantaría la carga; sin embargo, le ordenó empujar con fuerza cuando llegaron los repechos.

La mayor parte del tiempo, Althar marchó junto a Theresa. Ella le dijo que los cepos que había mencionado antes, en realidad pertenecían a Hóos Larsson, pero eso a él no le importó. Avanzaron sin descanso, deteniéndose lo indispensable para remediar los desajustes de la rueda reparada. Cuando alcanzaron el barranco, las trampas seguían junto a la osamenta del caballo. Theresa dedujo que los lobos eran animales obstinados.

Mientras Althar recuperaba la impedimenta, ella se ocupó de Hóos. El viejo le había comentado que tenía varias costillas rotas y que tal vez le hubieran alcanzado el pulmón. Por eso lo había acomodado boca arriba sobre unos fardos.

Respiraba débilmente.

Tras humedecerle la cara, se preguntó qué habría llevado a Hóos a cambiar de itinerario. Pensó que quizá la había seguido para recuperar la daga, e instantáneamente se palpó bajo la falda, donde la llevaba escondida. Luego continuó limpiando a Hóos, hasta que Althar regresó cargado.

—Había más de lo que prometiste —anunció sonriendo—. Ahora veremos cómo lo llevamos.

—No pensaré abandonarle...

—Tranquila, muchacha. Si en verdad este hombre conducía esa carga, haré lo imposible por curarlo.

Después de comer prosiguieron en dirección a las montañas. Althar le comentó que años atrás había residido en Fulda, dedicado, como el resto de sus habitantes, al servicio de la abadía. Él y su mujer Leonora



consiguieron arrendar una parcela en la que habían construido una bonita cabaña. Por las mañanas laboreaban la tierra y por las tardes se trasladaban a las de la abadía para sufragar los gastos de las conreas. Aquella ocupación les proporcionó lo suficiente para adquirir un pequeño terreno; no mucho, unos cuarenta arpendes sin roturar en los que cultivar su propia cosecha. Le explicó que no tuvieron hijos, un castigo del Señor, señaló, tal vez en pago por la poca fe que le profesaba. Como buen campesino, aprendió varios oficios sin llegar a dominar ninguno. Era hábil con el hacha y la azuela, construía sus propios muebles y en otoño reparaba el tejado con la ayuda de su esposa. Pasaron los años y pensó que acabaría sus días en Fulda, pero cuando una noche de otoño alguien asaltó el cercado para robarle su único buey, él cogió un hacha y sin mediar palabra se la hundió en la cabeza. El ladrón resultó ser el hijo del abad, un joven alocado dominado por el vino. Después del entierro se presentaron en su casa, lo prendieron y lo juzgaron. De nada le valió su declaración, porque doce hombres juraron que el muchacho había saltado la valla buscando un poco de agua, y él no pudo demostrar que mentían. Le quitaron cuanto tenía y lo condenaron al destierro.

—A resultas de la sentencia, Leonora cayó enferma de melancolía — continuó—. Por fortuna, sus hermanas se ofrecieron a cuidarla mientras yo la esperaba en las montañas. También me ayudaron un par de vecinos que me conocían bien. Rudolph me suministró una azuela vieja, y Vicus me prestó un par de cepos a condición de que se los devolviera junto con las pieles que capturara. Encontré refugio al sur, en los montes de Rhön —señaló con el índice una montaña cercana—, en una osera abandonada, así que cerré su acceso, la acondicioné y pasé el invierno trampeando. Cuando regresé por Leonora, supe que algunos de los cabrones que me habían acusado habían confesado su falso testimonio, pero para entonces



ya habían sembrado mis tierras con sal. Aun así, el abad se negó a venderme semillas y arrendarme nuevos terrenos, e incluso amenazó con igual trato a aquellos que me auxiliaran. Entonces Leonora y yo decidimos mudarnos a la osera y vivir solos para siempre.

—¿Y desde entonces no habéis vuelto a Fulda? —se interesó Theresa.

—Por supuesto que sí. ¿De qué forma si no iba a vender mis pieles? El abad murió al poco tiempo —sonrió—. Reventó como una cucaracha. Después, el que le sucedió olvidó las amenazas, pero ya nada volvió a ser como antes. Viajo a menudo a Fulda, a cambiar miel por sal o cuando necesito grasa, que por aquí no se encuentra. Antes me acompañaba Leonora, pero ahora tiene los pies mal y parece que todo le cuesta.

Al atardecer dejaron atrás el verdor de los bosques para adentrarse en un terreno más agreste. Los árboles comenzaron a escasear y el viento se sumó a la comitiva.

Anocheceía cuando arribaron a las inmediaciones de la osera; una zona tan pedregosa que a Theresa le extrañó que las dos ruedas del carro resistieran. Althar le indicó que sujetara a Hóos con firmeza, pero a pesar de sus esfuerzos, el traqueteo provocó que por primera vez el joven se quejara.

Al pie de una enorme pared de granito, Althar detuvo el carro y echó pie a tierra. Dio un par de gritos y se puso a canturrear.

—Ya puedes salir, querida. —Y silbó una tonta melodía—. Tenemos compañía.

Una cara rechoncha apareció tras unos arbustos, soltó un gritito estúpido y entonó la misma cancioncilla. A la sonrisa contagiosa le



siguió un corpachón achaparrado moviéndose con un sugerente contoneo.

—¿Qué me ha traído mi príncipe? —preguntó la mujer mientras corría hacia los brazos de Althar—. ¿Una joya, o algún perfume de Oriente?

—Aquí tienes tu joya —bromeó, y apretó la entrepierna contra el vientre de la mujer haciéndola reír alocadamente.

—¿Y estos dos? —preguntó ella.

—Verás —murmuró Althar alzando una ceja—: a él lo confundí con un venado, y ella se enamoró de mi melena.

—Bueno —rio—. En ese caso, pasad y hablemos dentro, que aquí fuera comienza a hacer un frío del demonio.

El cargamento lo dejaron fuera. Luego trasladaron a Hóos al interior de la osera y lo acomodaron sobre un manto de pieles.

Theresa observó que en el techo habían practicado un hueco para extraer los humos, y conformado a su alrededor la zona de la cocina. El crepitar del fuego mantenía caliente la estancia. Leonora les ofreció pastel de manzanas que ellos aceptaron complacidos. Apenas había muebles, pero aun así Theresa se sintió como en un palacio. Mientras cenaban, Althar le explicó que disponían de otra cueva que empleaban como almacén y una cabaña adonde se trasladaban cuando el clima mejoraba. Cuando terminaron, Theresa ayudó a Leonora a recoger la mesa. Después volvió con Hóos para arroparle.

—Tú dormirás aquí —señaló la mujer a Theresa. Apartó una cabra y dio un manotazo a las gallinas—. Y no te preocupes por el joven: de haberlo querido, Dios ya se lo habría llevado.

Theresa asintió. Al acostarse, volvió a preguntarse si Hóos la habría seguido para recuperar su daga.



Aquella noche apenas durmió, preguntándose por la trascendencia que tendría aquel pergamino. Antes de acostarse lo había extraído de la talega para leerlo en un suspiro. Le pareció un documento legal que detallaba el legado dejado por Constantino, el emperador romano fundador de Constantinopla. Supuso que sería algo muy importante, o su padre no lo habría escondido. Luego en su mente bulló el incendio de Würzburg: las llamas en el taller de Korne, la sonrisa infame del *percamenarius* y el fuego devorando a aquella pobre muchacha. Soñó con dos horribles sajones, mitad hombres mitad monstruo, que la retenían y la violentaban. Luego fueron los lobos los que tras devorar el caballo de Hóos, intentaron despedazarla. En su delirio creyó ver al propio Hóos frente a ella, acercándose despacio a su cuello, empuñando la daga que le había robado. Varias veces no supo si dormía o imaginaba. En esos instantes, cuando acertaba a abrir los ojos, evocaba la figura protectora de su padre, y aunque eso la tranquilizaba, al poco, de entre las tinieblas de la entrada surgía un nuevo demonio que volvía a atormentarla.

En aquella osera alejada de cualquier sonido distinto al ulular de una lechuza o el crepitar de una llama, se le hacía difícil pensar. Mientras aguardaba el nuevo día, se dijo que tanto infortunio debía responder a alguna clase de designio, a algún aviso, a una señal que Dios le enviaba. Repasó cuál podría haber sido su pecado, diciéndose al final que tal vez todo procediese de sus mentiras.

Recordó haber mentido a Korne haciéndole creer que el conde revisaría la prueba de acceso; haber engañado a Hóos diciéndole que trabajaba como oficial de *percamenarii*, en lugar de aceptar que sólo era una simple aprendiz; y de igual forma había procedido con Althar al



asegurarle que escapaba de una boda impuesta, cuando tan sólo huía de sus propios actos.

Se preguntó si el *percamenarius* llevaría razón. Si resultaría cierto que la mujer era el caldo donde hervía la inmundicia de la mentira. Si en verdad sería un ser corrompido desde su nacimiento, a merced de la compasión del Todopoderoso. Cientos de veces había refutado a quienes proclamaban que las hijas de Eva eran un compendio de todos los vicios: débiles, impulsivas, mutables según sus flujos, tentadas por la lascivia... Sin embargo, en aquel instante, comenzaba a dudar de sus propias convicciones.

Se cuestionó si sus mentiras no procederían de la mano del diablo. ¿Acaso no era él quien con sus engaños había seducido a la primera hembra? Y en tal caso, ¿no habría sido esa misma mano la que guió el odio de Korne hasta transformarlo en una hoguera?

Pero ¿a quién pretendía engañar? Por mucho que le doliese, no podía negar en lo que se había convertido. ¿Y qué haría cuando Hóos despertara? ¿Decirle que se había confundido de puñal? ¿Que en la oscuridad no acertó a coger el burdo *scramasax* que él le había ofrecido?

A cada mentira le seguiría otra, y a esa última le sucedería otra aún mayor.

Lloró desconsoladamente, pero cuando se quedó sin lágrimas se prometió que nunca más volvería a decir una mentira. Lo prometió por su padre. Aunque él no pudiera verlo, esta vez no le fallaría.



Capítulo 8

Con las primeras luces filtrándose por el techo, Theresa decidió que era hora de levantarse. Le extrañó comprobar que Althar y Leonora continuaran acostados, aunque pronto comprendió que en aquel lugar las cosas funcionaban a un ritmo diferente. Recogió la capa que la había abrigado y se acercó en silencio al lecho donde Hóos descansaba. Su respiración se percibía profunda, y eso la tranquilizó. Hacía frío, así que se volvió hacia las ascuas y las atizó con cuidado. El ruido despertó a Althar, que se desperezó al tiempo que soltaba una ventosidad escandalosa. Aún con los ojos medio cerrados, achuchó cariñosamente a Leonora.

—Mmm... ¿Ya estás en pie? —le gruñó a Theresa mientras terminaba de rascarse la entrepierna—. Si necesitas agua, sendero arriba encontrarás el riachuelo.

Ella se lo agradeció. Tras abrigarse, sorteó al jamelgo que como el resto de los animales había pernoctado dentro de la osera, y salió al exterior empujando la portezuela que aseguraba la entrada. *Satán* ladró y la siguió meneando la cola. Una vez fuera, comprobó que la temperatura había descendido tal como profetizara Leonora. Se arrebujó con la capa y observó los alrededores de la osera.



Frente a la entrada permanecía el carro vacío, por lo que supuso que Althar lo habría descargado. Más allá descubrió un corral de espino con rastros de haber sido vaciado recientemente.

Por todas partes se veían restos de leña entremezclada con maderos partidos, cuñas usadas, troncos de diversos tamaños, montones de virutas y distintas mazas, en una suerte de extraño estercolero. No halló huerto o algo que se le pareciera.

Cuando fue a lavarse advirtió que su sexo le sangraba. Le molestó que *Satán* se acercase a olisquearla y lo ahuyentó con un grito. El flujo era abundante, de modo que se aseó bien antes de colocar el paño doblado que normalmente llevaba encima, en previsión de la hemorragia mensual. Luego se santiguó y volvió a la osera. Para entonces, Althar ya había sacado a los animales y Leonora atendía a Hóos.

—¿Cómo se encuentra? —se interesó.

—Respira mejor, y parece tranquilo. Estoy calentando agua para lavarle. Venga, ayúdame.

Theresa obedeció. Retiró el perol de las ascuas y acercó el jabón de grasa cocida. Se ruborizó cuando advirtió que Leonora comenzaba a desnudarle.

—No te quedes ahí pasmada y tira del pantalón —le ordenó.

Theresa estiró de las perneras hasta dejar a la vista un calzón de lana ajustado. Desvió la mirada al comprobar que Leonora también se lo bajaba.

—A ver, trae el jabón, y espabila, que se nos enfría.

La muchacha se sonrojó. Aparte de a sus primos pequeños, nunca antes había visto a un hombre tan desnudo. Le pasó el jabón a Leonora, que fregó al enfermo como quien limpia un pollo. Cuando le pidió que lo



sujetara, Theresa no pudo evitar mirar hacia la ingle de Hóos. Sorprendida, se detuvo en el vello suave que rodeaba su miembro y le avergonzó comprobar que nunca lo hubiera imaginado de aquel tamaño. Pensó que Leonora la reprendería si la sorprendía mirando, pero al enjuagar los paños, volvió a fijarse con menos disimulo.

—Esto parece una costilla rota. ¿Lo ves? —dijo Leonora señalando una protuberancia rojiza a la altura del pecho. Apoyó su oreja derecha contra el torso y escuchó—. Pero no se oyen silbidos, y al menos eso es bueno.

—¿Se pondrá bien?

—Supongo que sí. Trae más agua mientras le doy la vuelta. Hará un año, a Althar le cayó un tronco encima que casi lo parte en dos. Se cagó en el diablo, pero a las dos semanas el cabrón ya caminaba como una lagartija.

—Así es —confirmó Althar, que acababa de entrar—. ¿Cómo lo ves, reina?

—Una costilla quebrada y un fuerte golpe en la cabeza.

—Bueno. Nada que un desayuno de los tuyos no pueda solucionar —afirmó.

—Tú todo lo arreglas comiendo. —Y le dio un empujón riendo.

Terminaron de asearlo y se sentaron a la mesa.

El desayuno resultó todo un acontecimiento. Leonora preparó unas rebanadas de carne salada que cubrió con tocino, setas y cebollas. Luego añadió unas lonchas de queso de cabra que doró colocando unas ascuas sobre el puchero. Por último añadió un chorro de vino, que, según dijo, asentaba mejor las tripas.

—Y aún no has probado sus dulces —dijo Althar.



Theresa se relamió con los hojaldres de miel y almendras que Leonora sirvió a continuación. Le gustaron tanto que le pidió la receta. Luego miró a Hóos con cierta pena.

—No te preocupes por él —intervino Althar—, que Leonora ya se ocupa. Ahora acompáñame. Tenemos trabajo ahí fuera.

Luego le explicó que en invierno disminuía la caza, y que la pesca desaparecía. Disponían de un pequeño sembrado en un terreno más fértil apartado de la osera, que no requería cuidados hasta el comienzo de la primavera. Por tal motivo, sus ocupaciones se centraban en las tareas de carpintería, las reparaciones y la fabricación de herramientas.

—Y sobre todo, disecar animales —añadió con orgullo.

Caminaron ladera arriba hasta una hendidura que se abría como un hachazo en la montaña. La segunda cueva presentaba una boca más angosta y Theresa hubo de agacharse para seguir a Althar, quien provisto de una antorcha avanzaba como si conociese el camino de memoria. Pronto el túnel se ensanchó, dando paso a una sala amplia y diáfana como una nave de iglesia.

—Bonita, ¿verdad? —se jactó—. Antes la utilizábamos como vivienda, pero cuando Leonora enfermó nos mudamos a la osera. Es una lástima, pero es que con este tamaño no hay forma de calentarla. Sin embargo, el frío le viene bien a las pieles, así que he instalado aquí el almacén.

Empleó la tea para mostrarle sus trofeos. De la penumbra fueron surgiendo una jauría de zorros, un par de hurones, venados, lechuzas y castores, todos extrañamente inmóviles, atrapados en esperpénticas posturas impropias de la vida. La joven observó sus fauces desencajadas, los ojos refulgentes, las garras extendidas en una suerte de macabra danza. Althar le explicó que en su juventud había aprendido el arte de la



taxidermia, y que a muchos nobles les apetecía mostrar aquellas fieras, a las que decían haber vencido tras una cruenta cacería.

—Sólo me falta un oso —añadió—. Y a eso me ayudarás tú.

Theresa asintió, suponiendo que se refería al proceso de disección, pero cuando Althar le aclaró que antes tendrían que cazarlo, rogó a Dios que estuviera bromeando.

Pasaron la mañana ordenando la cueva.

Althar se encargó de sanear las pieles mientras Theresa hacía lo propio con los instrumentos. El viejo cepilló los animales disecados hasta dejarlos lustrosos, mientras le explicaba que en Fulda, por el hurón y el zorro conseguiría dos denarios, suficiente para comprar cinco modios de trigo. Por la lechuza le pagarían menos porque las aves eran animales más fáciles de disecar, pero aun así podría conseguir un par de cuchillos y alguna cazuela. Sin embargo, un oso era diferente. Si lograba cazar y disecar un oso, lo llevaría hasta Aquis-Granum para vendérselo al mismísimo Carlomagno.

—¿Y cómo haréis para capturarlo?

—No lo sé, pero cuando encuentre uno, seguro que lo averiguamos.

A mediodía regresaron a la osera pequeña. Llegaron hambrientos, pero Leonora les recibió con un vaso de vino y un pedazo de queso.

—Dejad hueco para el resto —les advirtió.

Comieron albóndigas con higos confitados, pastel de ave y compota caliente. A mitad del banquete Leonora les informó que Hóos se había despertado. Había tomado un caldo y se había dormido de nuevo.

—¿Dijo algo? —preguntó Theresa.

—Sólo se quejó. Tal vez a la noche se le suelte más la lengua.



Cuando terminaron, Althar salió a orinar y echar un vistazo a los animales. Theresa ayudó a quitar la mesa desmontando el tablero y apartando los caballetes. No le dio tiempo a barrer porque *Satán* limpió el suelo a lengüetazos. Cuando iba a retirar los desperdicios, Leonora se lo impidió con gesto de desaprobación.

—No sé a qué te habrás dedicado, pero desde luego no a los fogones —apuntilló.

Theresa le relató su afición por la lectura y Leonora la miró como a un bicho raro. Entonces la joven le explicó que desde pequeña había frecuentado escuelas y *scriptoria*, y ya de mayor, entrado en un taller como ayudante de *percamenarius*.

—Menuda ayuda para tu madre —le reprochó.

—Pero desde que probé sus platos, estoy deseando aprender a prepararlos —repuso ella, buscando su aprobación.

Leonora rio con ganas. Luego afirmó que, a ojos de los hombres, una muchacha que no cocinara era peor que una de pechos enanos.

—Aunque ése no sea tu caso —matizó.

Theresa se miró y luego miró a Hóos, mientras un cosquilleo le repicaba en el estómago. Se ciñó el vestido y contempló cómo la tela se abultaba sobre sus senos. Leonora pareció leerle el pensamiento.

—Desde luego es guapo —apuntó la mujer—. Y se le ve bien formado —le guiñó un ojo con sonrisa picarona.

Theresa se ruborizó y también sonrió, pero en cuanto pudo, continuó hablando de recetas.



Durante la tarde, Leonora le enumeró los platos propicios a cada temporada. En invierno, antes de que los animales más débiles murieran por el frío, se procedía a su matanza, por lo que debía aprender no sólo a cocinar los despieces, sino también a ahumar los cortes, salarlos o curarlos. No obstante, la mayor parte de la carne provenía de la caza, la cual sólo abundaba con la llegada de la primavera. Respecto a las verduras, describió las setas, las cuales era preciso conocer antes de cocinar, y elogió la coliflor, la col, el cardo y la lombarda. Por último le expuso los beneficios de las legumbres.

—Aunque provoquen aires, resulta bueno comerlas —rió, y dejó escapar un pedo que resonó en toda la estancia.

Le habló de la importancia de las sobras. Por su experiencia, una buena cocinera debía ser capaz de transformar un puñado de desperdicios en un plato delicioso, menester para el que existían numerosos recursos. Su preferido era el *garum*, un condimento capaz de convertir el guiso más insípido en todo un espectáculo.

—El mejor procede de Hispania —le explicó—, pero es tan caro que sólo los ricos pueden costárselo. Hace años, un comerciante romano me enseñó a elaborar ese aderezo con sal, aceite y tripas de pescado. Pero no creas que valen las de cualquiera. Las de atún o esturión ya dan buen resultado, pero yo uso las de *hallex*, que desprenden mucho más sabor. Después de macerarlo y secarlo, puede mezclarse con vino, vinagre o incluso con pimienta, si es que dispones para comprarla, claro.

—Y si ese *garum* es tan bueno, ¿entonces para qué mezclarlo?

—Ay, hija. Pues por variar. El *garum* es como el sexo: al principio siempre es rico, pero lo bueno es saber combinarlo. Míranos a nosotros —sonrió—. Treinta años de casados y todavía nos buscamos. Y así es con



todo: ponte tres días el mismo vestido y te huirán hasta los ciegos; añádele una flor o un peinado, y verás cómo corren tras tu trasero.

—No deseo que corran tras mi trasero —repuso ella con desdén.

—Ah, ¿no? ¿Y en qué piensa una muchacha de veinte años?

—No lo sé. En mi oficio, en mi familia... No necesito a los hombres. —
Calló el que había cumplido veintitrés.

—Ya. Y por eso mirabas el colgajo de ese joven cuando lo estaba lavando...

Theresa se ruborizó tanto que pensó que la cara se le teñiría de por vida.

—¿Me enseñaréis a hacerlo? —disimuló.

—¿El qué? ¿Cómo lavárselo?

—No, por Dios. ¡El *garum*!

—Ah, claro. Te enseñaré eso y más cosas que necesitas saber —dijo con una sonrisa.

Mientras terminaba de asar unos nabos, Leonora aprovechó para hablarle del vino. Pero no del que habitualmente se ingería para calmar la sed, siempre tierno y aguado, sino de aquel que se escanciaba en las grandes ocasiones: puro, oloroso, brillante, rubí... La llave que enardecía la elocuencia del tímido y que animaba el corazón del miedoso... Aquel cuyas gotas, cada una de ellas, eran un auténtico pecado.

—Nunca lo he probado.

—Bueno. Tenemos un ánfora a la espera de una ocasión especial. Si cazáis el oso, mañana la abriremos.

Al atardecer regresó Althar luciendo una enorme sonrisa. Había encontrado el rastro de la bestia.



—Sigue ahí el muy cabrón. Cagando en la misma osera que el año pasado —anunció con euforia. Soltó los bártulos y, riendo, azotó el culo de Leonora como si fuera un pandero.

Comieron sopa de verduras y costillar de jabalí salado, acompañado con vino rebajado. Althar bebió con ganas, y antes de terminar se sirvió otro plato; después de colocar trampas toda la tarde, se habría comido una vaca.

—Lo cocinó la muchacha —le informó Leonora.

—¡Vaya sorpresa! ¿Ves como hice bien en contratarla? —rio—. ¿Cómo sigue el enfermo? ¿Ya se ha despertado?

—Abrió los ojos un momento, pero no sé... Creo que anda mareado. El golpe en la cabeza, quizás...

—Estará confuso. Ahora iré a echarle un vistazo.

Terminaron de cenar en poco tiempo. Mientras Leonora recogía, Althar y Theresa se acercaron a Hóos, quien abrió los ojos cuando sintió el paño húmedo sobre la frente. Miró a Theresa y pareció reconocerla, pero entornó los párpados y siguió descansando. Althar se hurgó la oreja y, tras sacarse un pegote de cera, la apoyó sobre el pecho de Hóos.

—No se aprecian silbidos.

—¿Y eso es bueno?

—Claro. Si la costilla hubiera perforado el pulmón ya la habría espichado. Mañana intentaremos que se levante para que camine un rato.

Lo abrigaron con cuidado, metieron los animales dentro de la cueva y atrancaron bien la puerta. Finalmente se despidieron antes de que cada uno se acostara en su camastro.



Pasadas unas horas, Theresa sintió cómo *Satán* le lamía la cara. Aún no había amanecido, pero Leonora preparaba ya un puchero y Althar canturreaba paseándose por la estancia.

—¡Oso, osito! ¡Que te vamos a comer frito! —entonó Althar sin dejar de sonreír.

Desayunaron y se abrigaron con pieles. Althar se pertrechó con un carcaj y un arco, cargó una red al hombro y cogió tres cepos de hierro. Luego le acercó una ballesta a Theresa.

—Con esto será suficiente —afirmó—. ¡Cariño! ¡Esta tarde tendrás un abrigo nuevo!

Leonora rio y lo besó varias veces. Luego palmeó la cabeza de Theresa y les deseó buena suerte.

Cuando abandonaron la cueva comenzaba a alborear. Era un día limpio y frío, lo que Althar interpretó como buen augurio. Dejaron el caballo porque, según Althar, podría alertar al oso. Además sólo necesitaban la piel, ya que su carne no era comestible. Mientras caminaban, Theresa le confesó que estaba asustada, pero el viejo la tranquilizó.

—No tendrás que hacer nada. Tan sólo vigilar.

—¿Y este arco tan extraño?

—¿Te refieres a la ballesta? Se la gané a un soldado en Aquis-Granum. Lo cierto es que nunca había visto nada semejante, pero funciona bien. Te enseñaré cómo se maneja.

Clavó su extremo en el suelo y apoyó un pie en el arco. Luego tensó la cuerda con las dos manos hasta hacerla encajar en una muesca.



—No es un juguete, así que ten cuidado. Esto es la nuez —señaló—, y debajo está el gatillo. Introduce el dardo en la acanaladura. ¿Ves? Ahora sujétala con las dos manos y apunta firmemente.

Theresa elevó el arma pero fue incapaz de mantenerla erguida.

—Pesa demasiado —se lamentó.

—Apóyate en el suelo —refunfuñó—. Y atiende a esto: si llegado el momento hubieras de utilizarla, sólo dispondrás de una oportunidad. No podrás cargarla de nuevo, de modo que apunta bien y dispara a la barriga, ¿de acuerdo?

Theresa asintió con la cabeza. Echó cuerpo a tierra y apuntó con el arma.

—Que no te tiemble.

Althar le indicó un tronco podrido ancho como dos hombres. A su señal, Theresa apretó la palanca con decisión. La saeta silbó en el aire y se perdió entre la espesura.

—Probemos otra vez —refunfuñó Althar.

Lo intentó otras dos veces con desigual fortuna. Al cuarto intento Althar dio por terminados los ensayos.

—Sigamos o se nos echará la mañana encima.

Mientras andaban, le comentó que los osos solían hibernar desde finales de noviembre hasta la llegada del deshielo.

—La gente cree que duermen como lirones, pero en realidad tienen un sueño ligero. Por eso hay que andar con cuidado.

—¿Y si hubiera más de uno? —preguntó la muchacha.

—Bueno. Es bastante improbable. Los osos hibernan en solitario, de modo que eso no debe preocuparnos.



Siguieron caminando hasta que Althar reparó en la fijación que mostraba *Satán* por la entrepierna de Theresa. Lo observó durante un rato y comprobó que, pese a los esfuerzos de la chica, el chucho continuaba olisqueándola como si escondiese algo bajo sus faldas. Intrigado, le preguntó si había robado comida.

—No, señor —respondió azorada.

—¿Y entonces qué diablos huele el perro?

—No sé —contestó ella, ruborizándose.

—Pues ya puedes ir descubriéndolo, porque lo que huelo el perro también lo olisqueará la bestia.

Theresa no supo qué decir. No quería contarle que el día anterior le había bajado el menstruo, pero tampoco hizo falta porque Althar pareció adivinarlo.

—Maldita sea. Para un día que salimos de caza y tienes que venir sangrando.

Poco después arribaron a la zona donde el oso se guarecía. Althar señaló la posición de la osera, situada sobre una cuesta de difícil acceso. Theresa advirtió que bajo la entrada se abría un barranco que dificultaba el acercamiento.

—Colocaremos la red obstruyendo la boca de la osera. Luego prenderé fuego a unas ramas y *Satán* ladrará. Entre el humo y los ladridos, el oso despertará e intentará escapar, pero irá directo contra la red. Una vez atrapado, le abatiré con el arco. Tú esperarás donde no te huelo. Ahí arriba, sobre la boca de entrada, por si fuese necesario.

—¿Por si fuese necesario qué?

—Si me ves en apuros, dispara a la bestia. Y por todos los santos, esta vez procura atinar.



Se quedó recogiendo ramas mientras Theresa ascendía hacia la boca de la cueva. A mitad de camino, la joven dio un traspié provocando que varias piedras se precipitaran. Althar la maldijo mientras le indicaba silencio. Cuando Theresa llegó arriba se lo comunicó al viejo, quien para entonces ya había amontonado en la embocadura toda clase de matojos. Luego se apresuró a cubrir la entrada con la red. Después de asegurarla, se retiró unos pasos para encender fuego y al poco regresó con una rama ardiendo.

Theresa observó cómo se apostaba tras una roca y le hacía una señal para que despabilase. Al poco, el olor a quemado le indicó que se aproximaba el momento, así que tomó aire y se tumbó. De repente, *Satán* empezó a ladrar como un poseso, escarbó entre las piedras y dio varios giros sobre sí mismo. La muchacha pensó que se había perturbado, pero al instante, un rugido atronó el interior de la cueva.

A Theresa se le encogió el corazón. Sujetó la ballesta como pudo y apuntó hacia la salida, pero incluso tumbada, el arma le tembló. Transcurrieron unos momentos hasta que, de improviso, una gigantesca masa de pelo apareció de la nada, atravesó la entrada bufando y se precipitó contra la red. Al verse atrapada, la bestia rugió furiosa entre zarpazos y dentelladas. *Satán* aullaba enfebrecido, ladrando y acometiendo a la fiera, despreciando las dentelladas que ésta le lanzaba. Inesperadamente, el fuego prendió en la red y comenzó a propagarse por la panza del oso. El animal aulló de dolor mientras trataba de liberarse irguiéndose sobre las patas. Por un momento, Theresa creyó que el animal escalaría la pared y le daría alcance, pero la bestia resbaló y cayó de nuevo a la osera. Entonces se giró y emitió un pavoroso rugido que dejó a la vista sus gigantescas fauces. Theresa cerró los ojos, pero otro bramido la obligó a abrirlos. Justo entonces, Althar disparó. La flecha hendió el aire y se incrustó a un palmo de la paletilla del oso. El animal



rugió y se revolvió. Althar supo que debía apresurarse o el fuego arruinaría el pelaje de la bestia. Tensó de nuevo el arco y volvió a disparar. El segundo dardo se hundió hasta desaparecer en la barriga del plantígrado. El animal aulló de dolor retorciéndose, se izó torpemente y al final se desplomó como si se derrumbara una montaña.

Pasados unos segundos, Theresa se levantó. Seguía temblando, pero al menos respiraba. Observó al oso inerte, yaciendo cuan largo era. Su estampa era imponente, con el pelo brillante y las zarpas afiladas. Hizo ademán de bajar, pero Althar se lo impidió.

—Espera a que te avise —ordenó tajante—. Son peligrosos incluso después de desollados.

Se acercó al animal con un hacha en una mano y un palo largo en la otra. A unos tres pasos se detuvo. Tanteó al animal con el palo, pero el oso no se movió. Entonces izó el hacha con ambas manos y la descargó con fuerza sobre el cuello de la bestia.

Althar se quedó admirando el cadáver. Por fortuna, las llamas apenas habían dañado los cuartos traseros. Además, el corte del cuello se veía limpio y las huellas de los flechazos resultaban imperceptibles. Avisó a Theresa para que bajase y le ayudara a desollarlo. Al final, la cacería había resultado más sencilla de lo previsto.

Antes de descender, la muchacha desmontó el dardo de la ballesta y lo enfundó en un paño, tal como Althar le había indicado. Se encontraba a mitad de descenso, cuando un nuevo rugido la paralizó.

Por un instante no dio crédito a sus oídos. Había visto morir al animal y, sin embargo, un nuevo bramido atronaba la montaña. Tan rápido como pudo corrió hacia el promontorio donde había estado apostada, para comprobar horrorizada cómo un segundo oso salía de la cueva y atacaba a Althar. El viejo retrocedió unos pasos lanzando mandobles con



el hacha, pero el animal continuó su avance. En su desesperación, Althar reculó hacia el precipicio y quedó atrapado en el borde. El oso pareció adivinar su ventaja y se detuvo antes de lanzar el último ataque. Althar intentó escapar hacia un lado, pero resbaló y el hacha se le escurrió hacia el fondo del barranco.

Supo que iba a morir.

La bestia se irguió hasta doblar el tamaño de Althar, avanzó un par de pasos y rugió como si llevara dentro al diablo, pero justo antes de la acometida final, *Satán* se interpuso entre la bestia y su amo ladrando como un poseso. El oso se detuvo, hasta que de repente soltó un zarpazo y *Satán* salió despedido con el cuello destrozado. Theresa comprendió que debía actuar. Sacó el dardo y lo alojó en la acanaladura de la ballesta. Luego se tumbó cuan larga era y apuntó con cuidado a la cabeza del animal. Entonces recordó las palabras de Althar y desvió el objetivo hacia la enorme panza amarronada.

Se dijo que sólo dispondría de una oportunidad.

Cerró los ojos y disparó. La saeta blandió el aire y desapareció de su vista. Por un instante pensó que había acertado, pero pronto advirtió con horror que el dardo había alcanzado al animal en una pata trasera.

Pensó que Althar perecería sin remedio. Sin embargo, ocurrió algo extraño. Al intentar avanzar, la bestia se apoyó en la pata herida y cayó bruscamente sobre su costado izquierdo. Por un momento pareció que iba a levantarse, pero volvió a tropezar y se precipitó hasta el borde del barranco. El animal pateó desesperadamente como si intuyese lo que iba a ocurrir. De pronto, las piedras sobre las que se apoyaba se desprendieron, y a pesar de sus esfuerzos se precipitó con ellas al fondo del cortado.



Theresa tardó en reaccionar. Cuando lo logró, bajó corriendo hasta donde se encontraba Althar, que aún ofuscado parecía no terminar de comprender lo que había sucedido.

—Dos osos. Había dos malditos osos.

—Yo apunté como me dijo, pero no pude...

—No te preocupes, muchacha. Lo hiciste bien... Dos malditos cabrones... —repitió.

Se rascó la cabeza y miró a *Satán* con lástima. Se despojó de la capa y lo envolvió cuidadosamente.

—Era un buen animal. Lo disequé para que siempre esté conmigo.

Pasaron la tarde desollando el primer oso. Cuando terminaron, a Althar se le ocurrió que podrían recuperar la piel del segundo.

—Al fin y al cabo, sólo hay que bajar al barranco.

—¿No será peligroso?

—Tú aguarda aquí —dijo.

Dejó lo que tenía entre manos y comenzó a descender por un sendero lateral que parecía conducir al fondo del cortado. Al cabo de un rato regresó por donde se había marchado, cargado con algo a sus espaldas.

—La piel estaba roída por la sarna —comentó—. Pero tenía los ojos bonitos, así que me los traje, acompañados del resto de su cabeza.

Cuando llegaron a la vivienda, Leonora les recibió con una buena noticia: Hóos se había levantado y esperaba a la mesa.



Mientras cenaban, Theresa advirtió que el joven parecía más pendiente del plato de potaje que del relato de la cacería. Sin embargo, cuando engulló la última cucharada, Hóos agradeció a Althar el que le hubiera salvado la vida.

—Agradézcaselo a ella. Fue la muchacha quien insistió en que le montara en el carro.

Hóos miró a Theresa y endureció el semblante. Leonora intuyó que algo extraño sucedía.

—Se lo agradezco —contestó seco—. Aunque después de que yo la salvara a ella, era lo menos que podía esperar.

—Así es —concedió Althar—. Se nota que la muchacha es digna de confianza —rio mientras le daba un empujón a Theresa.

Hóos prefirió cambiar de tema.

—Me ha dicho su esposa que viven aquí hace tiempo.

—En efecto. Le aseguro que no añoramos la inmundicia de la ciudad: gentes chismosas, acusaciones, habladurías... ¡Bah! Aquí estamos bien. Los dos solos, haciendo y comiendo lo que nos viene en gana. —Echó un trago de vino—. Y dígame, ¿cómo se encuentra?

—Lo cierto es que regular, pero no aguantaba más tumbado.

—Pues deberá guardar reposo. Al menos, hasta que esas costillas suelden. De lo contrario, cualquier movimiento podría arruinarle los pulmones.

Hóos asintió. A cada trago notaba como si unas púas le desgarraran las entrañas. Apuró el vino, se despidió y regresó a su camastro. Althar aprovechó para extender la piel del oso y colocar las dos cabezas en unas cubetas. Cuando llevó los animales a la cueva, echó de menos los correteos de *Satán* ayudándole en la tarea.



El día siguiente amaneció sucio y ventoso. Un mal día para pasear, se dijo Althar, aunque no tan malo como para disecar trofeos. Antes de desayunar sacó a abreviar los animales, limpió la porquería que habían dejado dentro y aprovechó para aliviar la vejiga. Cuando regresó, Theresa y Leonora ya se habían levantado. Desayunaron en silencio para no despertar a Hóos. Luego Althar recogió la piel y las cabezas, y le pidió a Theresa que le acompañara.

—Aún necesito asearme —se excusó la muchacha.

Althar supuso que la joven seguiría con el menstruó, de modo que no insistió.

—Cuando termines ve a la otra cueva. Necesitaré ayuda.

Althar se echó la carga al hombro y salió andando. Pasado un rato, Theresa se acercó al riachuelo para asearse con los paños que Leonora le había suministrado. A su regreso comprobó que Hóos había despertado y la miraba con dureza. Leonora pareció advertirlo.

—He de ir a dar de comer a los animales —anunció—. Si necesitáis algo, no tenéis más que llamarme.

Ambos asintieron con la cabeza. Cuando la mujer se fue, Hóos hizo ademán de levantarse, pero notó un pinchazo en el pecho y se recostó de nuevo. Theresa se sentó a su lado.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó avergonzada. Eran las primeras palabras que le dirigía. Él tardó en responder.

—No mostraste tanto interés cuando escapaste con mi daga... —contestó.



Theresa no supo qué argumentar. Se dirigió hacia el lugar donde guardaba su talega y regresó sonrojada.

—No sé cómo pude hacerlo —dijo con lágrimas en los ojos.

Hóos no cambió el gesto. Cogió la daga y la guardó bajo la manta. Luego cerró los ojos y se dio la vuelta.

Theresa comprendió que nada de lo que dijese o hiciese le convencería. Al fin y al cabo, si hubiese ocurrido al revés, ella habría tenido la misma reacción. Se enjugó las lágrimas y con voz trémula le pidió perdón. Finalmente, ante la indiferencia del joven, abandonó la osera cabizbaja.

De camino a la segunda cueva se encontró con Leonora. La mujer se interesó por la rojez de sus ojos, pero ella siguió su camino dejándola con la palabra en la boca. Entonces Leonora regresó a la osera para preguntarle a Hóos.

—No es asunto suyo —contestó él.

A Leonora le ofendió la respuesta.

—Óyeme bien, jovenzuelo. Me da igual de dónde vengas o los títulos que tengas. Quiero que sepas que si estás vivo, es porque esa muchacha a la que acabas de hacer llorar se empeñó en que lo estuvieras, así que más vale que te comportes como un príncipe si no quieres que sea yo quien te rompa las costillas.

Hóos no contestó. Pensó que a nadie le importaba el impulso que le había guiado a buscar a la muchacha.



DICIEMBRE



Capítulo 9

Primero sintió un ligero hormigueo. Luego la herida le aguijoneó.

Gorgias arrojó al camastro la tablilla de cera que le había proporcionado Genserico y se acercó a la luz procedente del ventanuco que presidía la celda. Luego se desprendió del vendaje que le protegía el brazo, con cuidado de no arrancar la costra. Cuando lo consiguió, advirtió que la herida presentaba un inflamado color violáceo y un racimo de pústulas comenzaba a aflorar entre los puntos de sutura. De haber podido, se lo habría hecho examinar por el físico Zenón, aunque la ausencia de pestilencia le tranquilizó. Con la punta de su estilo levantó las postillas más reseca y limpió el fluido amarillento que encontró bajo las mismas. Luego se aseguró el vendaje y rezó porque el brazo cicatrizara sin secuelas.

Durante la primera hora, tan sólo esperó. Después se entretuvo mirando el pequeño ventanuco por el que ni un niño habría logrado colarse. Por más que lo intentó, no logró ver a través del alabastro. Valoró romperlo, pero se contuvo. Luego escuchó las campanas del oficio de *sexta* y se dijo que su mujer ya habría acudido al cabildo, preocupada por su tardanza.

Imaginó las mentiras que le contarían.



Quiso pensar que Genserico estuviese en lo cierto, que quizá fuese Wilfred el responsable de su encierro. Tal vez pretendiese protegerle del *percamenarius*, o quizá desease vigilar sus progresos con el documento. Pero ¿por qué en aquel sitio alejado de su control? Podría haber escogido el *scriptorium*, donde habría dispuesto de todo su material, o incluso sus aposentos, para tenerle bien vigilado. Al fin y al cabo, Wilfred desconocía el ataque del que había sido objeto, y si como decía el coadjutor, lo encerraban para evitarle problemas, en el *scriptorium* habría estado a salvo.

Al anochecer oyó el sonido de un cerrojo. Pensó en el conde, pero el hedor a orina le anunció al coadjutor. Luego escuchó su voz pausada ordenándole que se situara al fondo de la habitación. Él preguntó por su mujer, pero no recibió contestación. La orden resonó de nuevo y esta vez Gorgias obedeció. Al poco advirtió el movimiento de una portezuela en la parte inferior de la puerta. Cuando el torno se detuvo, comprobó que Genserico había depositado en su interior un trozo de pan y una jarra de agua. Al otro lado, el coadjutor le instó a que sacara los alimentos y pusiese en el torno la relación del material que precisaba.

—No hasta que me respondáis —declaró.

Transcurrieron unos instantes que se le antojaron eternos. Luego el torno volvió a girar, arrastrando con su movimiento el pan y el agua hacia fuera. Imaginó que Genserico retiraba los alimentos mientras él aguardaba. Luego oyó un portazo, y el silencio se prolongó hasta bien entrada la madrugada.



A media mañana Genserico regresó tarareando una cancioncilla. Tras comprobar que Gorgias seguía despierto, le informó que Rutgarda se encontraba bien. La había visitado en casa de su hermana.

—Le dije que pasaríais unos días trabajando en el *scriptorium* y ¿sabéis?, lo comprendió perfectamente. De paso le entregué dos panes y una ración de vino, y le aseguré que mientras permanecieseis con nosotros, cada día dispondría de otro tanto. Por cierto, me pidió que os entregase esto.

Gorgias observó cómo giraba el torno. Junto al pan y el agua del día anterior encontró un pequeño pañuelo bordado. Perteneecía a Rutgarda. Siempre lo llevaba puesto.

Lo cogió con delicadeza y lo guardó junto a su pecho. Seguidamente extrajo el pan y lo mordió con ansiedad. Al otro lado, Genserico le apremió. Pretendía la lista de lo que necesitara. Sin dejar de engullir, Gorgias anotó sobre la tablilla una relación extensa en la que obvió a propósito el polvo secante. A continuación simuló que repasaba las anotaciones. Luego la dejó en el torno e hizo girar el artefacto. Genserico se apoderó de la tablilla, la leyó cuidadosamente y se marchó sin decir palabra.

Una hora más tarde regresó cargado de pliegos, tinteros y otros útiles de escritura. El coadjutor le comunicó que cada día le visitaría para comprobar sus progresos, suministrarle alimento y retirar los excrementos. Antes de irse, le advirtió con malicia que también visitaría a Rutgarda. Luego se despidió y salió de la cripta, dejando al escriba con sus aparejos.

Cuando se supo solo, Gorgias comenzó a trabajar. Tomó uno de los códices traídos por Genserico y se volvió de espaldas a la puerta para ocultar sus movimientos. Con sumo cuidado, extrajo un pergamino en



blanco. Lo extendió sobre el pupitre y recordó como si lo estuviera leyendo:

IN-NOMINE-SANCTAE-ET-INDIVIDUAL-TRINITATIS-PATRIS-
SCILICET-ET-FILII-ET-SPIRITUS-SANCTI

— — —

IMPERATOR-CAESAR-FLAVIUS-CONSTANTINUS

Se sabía el texto de memoria. Había leído aquel encabezamiento cientos de veces, y transcrito otras tantas.

Se santiguó antes de empezar y acto seguido comprobó la piel sobre la que iba a efectuar el trabajo. Observó que, pese a su tamaño, resultaría insuficiente para conformar las veintitrés páginas en latín y las veinte en griego que precisaría. Luego deslizó los dedos sobre el sello imperial, que impreso al pie del pergamino representaba una cruz griega sobre un rostro romano. Circundando el sello se leía un nombre: «Gaius Flavius Valerius Aurelius Constantinus»; Constantino el Grande: primer emperador cristiano y fundador de Constantinopla.

La leyenda aseguraba que la conversión de Constantino había tenido lugar cuatro siglos atrás, durante la batalla de Puente Silvio. Al parecer, poco antes de la ofensiva, el emperador romano observó una cruz flotando en el cielo e, inspirado por la imagen, hizo bordar sobre sus estandartes el símbolo cristiano. La batalla concluyó con su victoria, y en agradecimiento renunció al paganismo.

Gorgias rememoró el contenido del documento.



La primera parte, o *Confessio*, relataba cómo Constantino, por entonces enfermo de lepra, acudía a los sacerdotes paganos del Capitolio, quienes le aconsejaban abrir una zanja, verter sangre de niños recién sacrificados y, aún caliente, bañarse en ella. No obstante, la noche anterior Constantino recibía una visión en la que se le aconsejaba que se dirigiera al papa Silvestre y abandonara el paganismo. Constantino obedecía, se convertía y era sanado.

La segunda parte, denominada *Donatio*, refería los honores y prebendas que, en pago por su curación, Constantino donaba a la Iglesia. De esa forma, reconocía la preeminencia del Papado romano sobre los patriarcados de Antioquia, Alejandría, Constantinopla y Jerusalén. Además, para que la dignidad pontificia no desmereciera de la terrena, le donaba también el palacio lateranense, la ciudad de Roma, toda Italia y Occidente. Por último, y a fin de no infringir los derechos otorgados, Constantino erigiría una nueva capital en Bizancio, donde él y sus descendientes se limitarían a gobernar los territorios orientales.

Sí, no cabía duda: aquella donación representaba la supremacía de Roma sobre el resto de la cristiandad.

Con sumo cuidado, dividió el pergamino en los cuarterones que debían componer los cuadernillos. Luego fraccionó los pliegos en bifolias de idéntico tamaño y comprobó que disponía del número suficiente. Mojó el cálamo en la tinta y comenzó a copiar en el pergamino sellado. No dejó de hacerlo hasta que la noche acabó con el día.



Capítulo 10

El proceso de la taxidermia, lejos de incomodar a Theresa, logró que por un momento se olvidara de la daga. La joven observó que Althar había iniciado la construcción del armazón destinado a soportar el corpachón del oso. Para ello empleó un tronco central al que adhirió otros dos de menor calibre a modo de patas. El viejo le pidió que retirase la piel para probar el equilibrio de la estructura. Luego modificó la posición de las patas y las apuntaló con clavos y cuñas.

—Al final siempre se podrá aguantar con una cuerda —comentó poco convencido.

Encomendó a Theresa que separara de la piel los restos de grasa, la despiojara bien y la lavara con jabón. A ella no le resultó difícil porque en el taller de Korne acostumbraba realizar esa misma tarea. Cuando terminó, secó la piel y la colgó de un bastidor para orearla.

—¿Las cabezas también he de limpiarlas? —preguntó.

—No. Espera un poco. —Se bajó del taburete y tiró la maza al suelo—. Esto es asunto aparte.

Se sentó sobre una piedra y colocó una cabeza entre sus piernas para examinarla. Tras comprobar que no sangraba, con un cuchillo realizó una incisión vertical desde la coronilla hasta la nuca, y añadió una segunda horizontal en la parte posterior del cuello hasta formar una T



invertida. Luego desprendió la piel tirando con fuerza de los dos vértices hasta dejar el cráneo pelado.

—Echa la calavera a la cuba —pidió.

Theresa obedeció. En cuanto añadió el agua caliente, la cal comenzó a hervir y corroer los tejidos que aún permanecían adheridos al cráneo. Mientras, Althar repitió la operación con la otra cabeza.

A media mañana habían concluido toda la estructura. Althar extrajo uno de los cráneos perfectamente limpio y lo secó. Después lo situó sobre el extremo del tronco que hacía las veces de columna. Con las maderas y la calavera, el armazón adquirió el aspecto de un horrible espantapájaros. Sin embargo, Althar se mostró satisfecho con el resultado.

—Cuando la piel esté curada podremos terminarlo —aseguró.

De regreso a la cueva pasaron frente a unos extraños arcones de madera. Theresa se interesó por su utilidad.

—Son colmenas —le informó—. Los cajones se cubren con barro porque en invierno las abejas se vuelven frágiles. Sellando la estructura, aguantan calentitas...

—¿Y las abejas?

—Dentro. Cuando acabe el invierno abriré las colmenas y en poco tiempo volveremos a tener miel.

—Me encanta la miel.

—Y a quién no... —dijo entre risas—. Esos bichos pican como cabrones, pero proporcionan lo suficiente como para endulzar los postres



de toda una temporada. Y no sólo miel. ¿Ves este panal viejo? —Levantó la tapa de un arcón que yacía abandonado—. Es cera pura. Ideal para cirios y velas.

—No vi velas en la cueva.

—Porque las vendemos casi todas. Nosotros sólo las empleamos en casos muy justificados; cuando enfermamos y cosas así. Dios creó la noche para dormir: de lo contrario, nos habría hecho lechuzas.

Theresa pensó que podría coger algo de cera para rellenar las tablillas que aún guardaba en su bolsa y así practicar la escritura. Sin embargo, cuando se lo insinuó a Althar, éste se negó en redondo.

—Pero si se la devolveré intacta... —argumentó la joven. —En ese caso, tendrás que ganártela. Cerraron la tapa y siguieron caminando.

De regreso a la osera, Leonora les recibió con un apetitoso guiso de liebre. Comieron todos juntos porque Hóos ya caminaba, y bebieron con ganas para celebrarlo. Cuando terminaron, Althar se felicitó por el resultado de los cepos nuevos, y a continuación anunció que aquella misma tarde disecaría a *Satán*, tarea que desempeñaría él solo porque requería paciencia. Antes de partir, le dijo a Theresa que le proporcionaría algo de cera si encontraba unos ojos adecuados.

—¿Unos ojos? —se extrañó ella.

—Para los osos... —le aclaró—. Los verdaderos se pudren, hay que sustituirlos por unos postizos. Si dispusiera de ámbar quedarían perfectos, pero no es el caso, así que habré de contentarme con los cantos rodados que encuentres en el río. —Sacó unas piedras de su bolso y se las mostró—. Más o menos como éstos, pero algo más lisos. Barnizados con resina parecerán auténticos.



Theresa asintió. Cuando terminó de fregar los cacharros, le comunicó a Leonora su intención de acudir al río.

—¿Por qué no te acompaña Hóos? Un poco de aire fresco no le hará ningún daño.

A él le sorprendió escuchar la sugerencia, y a Theresa comprobar que la aceptaba sin problemas.

Salieron juntos de la osera, pero al poco ella tomó la delantera y siguió así hasta el riachuelo. Una vez allí, se agachó para buscar entre las piedras.

—Tal vez te sirva ésta —dijo Hóos.

Theresa cogió el canto y lo comparó con los que ya había seleccionado. Le molestó reconocer que el guijarro de Hóos era más liso y uniforme.

—Demasiado pequeño —objetó, y se lo devolvió casi sin mirarlo.

Él se lo guardó en su talega. Mientras la contemplaba, observó la delicadeza con que Theresa examinaba la textura y el color de las piedras; se fijó en sus dedos desplazándose furtivamente por los cantos para comprobar su rugosidad, en cómo los mojaba para resaltar su color, los sopesaba delicadamente y los clasificaba ateniéndose a un patrón que sólo ella parecía conocer. En ese instante ella se giró y sus ojos resplandecieron como el ámbar.

Él se hallaba ensimismado cuando Theresa perdió pie y cayó al río. Hóos corrió en su ayuda, y al sacarla sintió que algo en el pecho le quemaba. Terminaron de recoger las piedras y emprendieron el regreso, pero esta vez ella no se adelantó. Mientras avanzaban, él se interesó por la colecta de piedras y ella se mostró medianamente satisfecha. No hablaron más hasta llegar a las colmenas.



—Durante el invierno las tapan con barro. Para que las abejas no se mueran —presumió Theresa.

—Lo ignoraba. —No le dijo que el pecho le punzaba.

—Yo también —admitió con una sonrisa—. Me lo contó Althar. Parece un buen hombre, ¿no crees?

—Estamos aquí gracias a él.

—¿Ves ese arcón de allá? Althar me dijo que podría utilizar su cera para rellenar mi tablilla. —Se acercó y levantó la tapa.

—¿Qué es una tablilla? ¿Alguna especie de candil?

—No —rio—. Una cajita del tamaño de una hogaza de pan. Bueno, también las hay más grandes y más pequeñas. La mía es de madera, y una vez rellena de cera sirve para escribir en ella.

—¡Aja! —asintió Hóos sin comprender demasiado.

—Cuando me seque iré a la cueva. ¡Ese lugar es asombroso! ¿Querrás acompañarme?

—Por hoy ya he caminado bastante —dijo quejándose—. Ve tú. Yo me tumbaré un rato y aprovecharé para cambiarme las vendas.

—Hóos...

—¿Sí?

—No sé por qué la robé... De veras que lo siento. —Bueno. No te preocupes. Simplemente, no vuelvas a hacerlo.

Después de cambiarse, Theresa se encaminó hacia la cueva, no sin antes inspeccionar las piedras y seleccionar cuatro de forma lenticular y



tamaño parejo. Se dijo que, una vez pintadas, parecerían retinas auténticas.

Cuando llegó a la osera se encontró con la portilla atrancada. Supuso que Althar se encontraría dentro, de modo que empujó la portezuela y entró. Halló al viejo trabajando en el armazón del oso, al que había añadido dos brazos de madera en posición caída.

—¡Vaya! ¡Ya estás aquí! —comentó sorprendido—. Bueno, dime... ¿qué te parece?

La muchacha miró un instante la estrafalaria estructura.

—Horrible —contestó sin pensar.

Althar se lo tomó como un halago.

—Como debe ser —aseveró—. Así se venderá más caro... ¿Qué te trae por aquí?

—Traigo las piedras para los ojos. —Y se las mostró.

Althar las examinó cuidadosamente. Luego las depositó en la caja en que guardaba los escalpelos, raspadores y punzones.

—Valdrán —afirmó.

Entre ambos colocaron la piel ya tratada sobre el tosco armazón. Cosieron las juntas y rellenaron los huecos con heno seco y trapos. Después le añadieron el cráneo, y por último lo forraron con la piel de la cabeza. Cuando terminaron, el oso se asemejaba a un enorme muñeco desmadejado.

—No parece una fiera —se lamentó Althar.

Modificaron el relleno varias veces, pero el resultado fue aún peor. Hasta entonces, Althar nunca se había enfrentado a un trabajo de tan



grandes proporciones. Finalmente, el viejo maldijo la figura y salió afuera a despejarse un rato.

Entretanto, Theresa meditó sobre el patético aspecto del oso. Comprendió que al permanecer erguido, el peso del heno hacía que éste se acumulase en la panza, ahuecando el torso y los hombros. Además, los brazos le colgaban inermes, y la cabeza, con la boca cerrada, siempre terminaba inclinada hacia abajo. Se dijo que el animal, en lugar de disecado, parecía ahorcado.

Salió en busca de Althar para comentarle sus apreciaciones, pero al no encontrarlo volvió a la osera y comenzó a trabajar sin consultárselo.

Cuando el viejo regresó, se quedó estupefacto. Theresa había modificado la postura de los brazos, que ahora lucían enhiestos y desafiantes por encima de la cabeza. En esa posición, el heno tendía a acumularse alrededor de los hombros, que era donde lo necesitaba. En las patas traseras había sustituido el heno por trapos pespunteados para mantenerlos ajustados.

—Y si introducimos heno entre la piel y la tela, no se apreciarán las protuberancias —le explicó.

Althar siguió mirando absorto. Advirtió que además había colocado un palo oscuro entre las fauces para que permaneciesen abiertas, confiriéndole a la bestia un aspecto amenazador. Le pareció imposible que aquel soberbio animal fuese el mismo espantajo que momentos antes había repudiado.

Regresaron al anochecer, cansados pero contentos. De camino se detuvieron en las colmenas para recoger la cera de Theresa. Cuando llegaron a la vivienda, Althar saludó a Leonora con un aparatoso beso y le contó los avances en el trabajo.



—Mis noticias no son tan buenas —se lamentó la mujer—. El joven ha empeorado.

Se dirigieron hacia el camastro de Hóos, el cual temblaba y respiraba con dificultad. Leonora les enseñó un paño con sangre. La había esputado.

—¿La vomitó o la tosió? —preguntó Althar.

—Yo qué sé. Fue todo junto.

—Si la tosió es mal presagio. Hóos, ¿puedes oírme? —le habló al oído. El joven asintió. Althar puso su mano sobre el picho—. ¿Te duele aquí? —Volvió a asentir.

Althar torció el gesto y sacudió la cabeza. La presencia de sangre en los esputos sólo podía significar que una costilla había atravesado el pulmón y lo estaba desgarrando. Maldijo sin miramientos cuando se enteró de que había ido al río y se había esforzado.

—Si es eso, no podremos hacer nada —dijo en un aparte a su mujer—. Como mucho, rezar por él, y esperar hasta mañana.

Hóos pasó la noche tosiendo y quejándose. Leonora y Theresa se turnaron para atenderle, pero aun así apenas mejoró. Por la mañana, la fiebre le consumía. Althar comprendió que si no lo atendía Un médico, en unos días moriría.

—Mujer, prepara algo de comer. Marchamos a Fulda —anunció.

Estuvieron listos a media mañana. Althar cargó el carro con el oso disecado, la cabeza a medio terminar y los guijarros para las cuencas de los ojos. En medio dispusieron un jergón en el que acomodaron a Hóos Larsson. Cogieron los alimentos, un fardo de pieles para vender, y se despidieron de Leonora.

—Espero volver a verla —le dijo Theresa con los ojos humedecidos.



—Se curará —respondió ella, y le dio otro beso acompañado también de lágrimas.

La primera jornada transcurrió sin incidentes, deteniéndose lo preciso para comer el pastel de venado y aliviarse las vejigas. Hóos permaneció inconsciente y la fiebre no le bajó. Pasaron la noche junto a un arroyo. Se repartieron las guardias, que Theresa aprovechó para terminar de coser la cabeza del segundo oso. Cuando le colocó los ojos adquirió un aspecto formidable; o al menos, sin luz, así se lo pareció. Por la mañana reemprendieron el viaje y pasado el mediodía divisaron las columnas de humo que señalaban la proximidad de Fulda.

Aunque aún se encontraran distantes, a Theresa le impresionó el imponente aspecto de la abadía. Sobre un amplio promontorio, decenas de abigarrados edificios se atestaban unos contra otros, disputándose hasta el último palmo en que un madero pudiera clavarse o una valla ser construida. En su centro, concéntricas a las exteriores, se erguían las murallas que custodiaban el monasterio, una lúgubre construcción del mismo tono oscuro que el de la montaña sobre la que se asentaba. Más abajo, en las faldas, decenas de casuchas, chabolas, almacenes y graneros, se apretujaban contra talleres y corrales en tal desorden que nadie apostaría por distinguir los segundos de los primeros.

Conforme avanzaban, el sendero fue perdiendo su angostura hasta trocarse en un camino amplio y transitado por el que campesinos y animales discurrían desordenadamente. Las aisladas granjas, con sus tejados de zarzo y barro, salpicaban los campos definiendo con sus vallas de espino el poder de sus propietarios. Finalmente alcanzaron la ribera



del río Fulda, frontera entre el tortuoso camino y la entrada sur de la ciudad.

Una interminable fila de campesinos aguardaban turno para atravesar el puente. Althar se cubrió el rostro con una capucha y arreó al caballo hasta situarlo al final de la hilera.

Cruzaron el viaducto después de pagar al vigilante un tarro de miel como tasa de pontazgo. Althar se lamentó porque podría habérselo ahorrado vadeando el río un par de millas más abajo, pero con el carro, los osos y Hóos malherido, había preferido evitarlo. Theresa no dijo nada. Se hallaba ensimismada con el trasiego de gente, el constante griterío, y el olor a guisos y humanidad aderezado con el que despedían las ovejas, gallinas y mulos, que parecían deambular con más libertad que sus mismos propietarios. Por un momento olvidó sus preocupaciones para distraerse con los mercaderes de telas, los vendedores de viandas, las tabernas improvisadas sobre toneles de cerveza y los grupos de pihuelos correteando entre los puestos de manzanas que festoneaban la gran puerta de entrada. Le parecía todo tan diferente, que por un instante creyó haber regresado a su antigua Constantinopla.

Althar enfiló el carro hacia un acceso lateral para evitar el bullicio de la travesía de los artesanos, dejó atrás el mercado y ascendió por un callejón despejado hasta desembocar en una plaza donde confluía una miríada de callejuelas. Allí aguardaron hasta que una comitiva procedente de la abadía terminó de desfilar y dejó espacio a los carros que esperaban para continuar hacia la colina.

Durante la espera, Althar le confió a Theresa que en la ciudad conocía a una persona que les hospedaría.

—Pero no se lo cuentes a Leonora —rio.



A Theresa le sorprendió el comentario. Althar detuvo el carro y le encargó que vigilase mientras se informaba. Luego se dirigió hacia un grupo de hombres que bromeaban en torno a una jarra de vino. Tras saludarles como si les conociera de toda la vida, regresó cariacontecido. Al parecer, la persona a la que buscaba se había mudado a la zona del arrabal. En ese instante, el boyero del carro que les precedía restalló el látigo y todos reemprendieron la marcha.

A poco para la abadía, giró por un callejón estrecho que atravesó rozando y continuó por un sendero que conducía a la parte oriental de la villa. Poco a poco, las casas se tornaron más viejas y oscuras, y los aromas de comidas y especias dieron paso a un persistente hedor a vino agrio. A la altura de una vivienda destartalada, Althar detuvo al caballo. Theresa observó que la casa tenía la puerta pintarrajeada de vivos colores. No estaba en ruinas, pero necesitaba un repaso. El viejo se apeó y entró sin llamar. Poco después regresó luciendo una flamante sonrisa.

—Baja. Nos harán de comer —dijo.

Descargaron los osos con el equipaje, y acomodaron a Hóos en la cantina.



Capítulo 11

Helga *la Negra* resultó ser una prostituta de lo más entretenida. Nada más reconocer a Althar, le sacó descaradamente la lengua, se recogió la falda mostrándole las rodillas y tras llamarle «tesoro», le plantó un sonoro beso en la mejilla. Luego le preguntó por aquella novia tan remilgada que traía, y continuó bromeando hasta el instante en que advirtió que les acompañaba un herido. Entonces olvidó las tonterías y pasó a ocuparse de Hóos como si en ello le fuera la vida.

Según le contó a Theresa, había trabajado como cantinera hasta que descubrió que chupársela a un vecino resultaba más lucrativo que al borracho de su marido, de modo que nada más enviudar vendió su casa y abrió una taberna con la que ganarse la vida. La llamaban *la Negra* porque su pelo era del color del tizón y sus uñas del mismo tono. Mientras hablaba, no paraba de reír, exhibiendo en su sonrisa unos llamativos huecos en el centro de sus encías. Theresa advirtió que el gracioso carmín que adornaba sus mejillas disimulaba algo las mellas y que, a pesar de las arrugas, aún podía considerársela una mujer atractiva. Mientras cambiaba los vendajes de Hóos, Helga preguntó a Althar por su esposa, y Theresa comprendió por qué el viejo le había pedido que le guardara el secreto.

Theresa jamás habría imaginado que una buscona pudiera albergar tan buen corazón. Nunca antes había tratado con una, ya que en



Würzburg no las conocía, y de hecho le extrañó que en Fulda las hubiese tan cerca de una abadía. Cuando la mujer terminó con los cuidados le preguntó a Althar sobre la naturaleza de las heridas. Él le trasladó sus impresiones y ella pareció meditar una respuesta.

—Aquí el único físico es un monje que vive en el monasterio —contestó—, pero sólo atiende a los benedictinos. Los demás hemos de jodernos con el barbero dentista.

—Éste no es un herido cualquiera —repuso Althar molesto—. Precisa de alguien que sepa.

—Pues ya me contarás, cariño... Yo no puedo presentarme acompañada de un hombre a la puerta de la abadía. Y tú, aún menos: en cuanto te reconociesen te soltarían los perros.

Althar se atusó la barba. Helga *la Negra* llevaba razón. En el monasterio aún abundaban quienes opinaban que la muerte del hijo del abad había sido culpa suya. La única opción pasaba por avisar al barbero.

—Se llama Maurer —dijo Helga—. Por la mañana sale a atender a los enfermos, pero a mediodía ya está en la taberna del mercado, gastando hasta el último óbolo.

Althar pareció entender. Le pidió a Theresa que amontonase sus cosas bajo el camastro de Hóos y le acompañara. Helga cuidaría al enfermo.

—Nos vamos al mercado —anunció con una sonrisa—. Olvidaba que tenemos unos osos que vender.

Al llegar a la plaza, hubieron de instalarse en un extremo apartado porque los mejores espacios ya estaban negociados. La gente abarrotaba



los puestos de comida, de cerámica, herramientas, aperos, semillas, tejidos o cestería, intercambiando unos con otros las más dispares mercancías. Era día de mercado y todo el mundo aprovechaba para mirar o charlar, a pesar de que cada semana se vendiese siempre lo mismo. Althar estacionó el carro contra una pared para evitar que los pilluelos le robaran por la espalda, levantó el oso y lo situó de pie sobre el propio carro, y justo a su lado dispuso la otra cabeza apoyándola sobre un soporte que improvisó con unos palos.

Le preguntó a Theresa si sabía bailar. Ella respondió que no, pero al viejo no pareció importarle. Le ordenó que subiera al carro y meneara el culo como le viniese en gana. Luego sacó un cuerno de caza y lo hizo sonar. Al principio acudieron unos mozalbetes desaliñados que se dedicaron a imitar los contoneos de Theresa, pero pronto se acercaron otros curiosos y enseguida formaron un corro alrededor de la carreta.

—Te cambio el oso grande por mi mujer —ofreció un campesino desdentado—. Tiene las uñas igual de largas.

—Lo siento, pero mi esposa ya es una fiera... —rio Althar.

—¿Y dices que ese bicho es un oso? —apuntó otro desde más atrás—. Si apenas se le ven los huevos. —Los congregados rieron.

—Acércate a sus fauces y verás cómo se encogen los tuyos. —Y la gente volvió a reír.

—¿Cuánto pides por la muchacha? —preguntó un tercero.

—La muchacha fue quien lo mató, así que imagina lo que haría contigo... —De nuevo carcajadas.

Un mozalbete les arrojó una col, pero Althar lo agarró por los pelos y le arreó un empujón que hizo escarmentar a los demás muchachos. Un vendedor de cerveza pensó que podría hacer negocio y trasladó su barril



cerca del carro. Algunos borrachines le siguieron por si caía una invitación.

—Este oso devoró dos sajones antes de ser cazado —anunció Althar—. Guardaba sus esqueletos en la osera. Mató a mi perro y me hirió a mí —mintió enseñando una antigua cicatriz en su pierna—. Y ahora puede ser vuestro por tan sólo una libra de plata.

Al escuchar el precio, varios asistentes se dieron la vuelta y abandonaron el puesto. Si tuviesen una libra, adquirirían seis vacas, tres yeguas, o incluso un par de esclavos, antes que la piel remendada de un oso muerto. Los demás permanecieron atentos a los bailoteos de Theresa.

Una mujer ataviada con un abrigo de pieles finas pareció admirar el animal. La acompañaba un hombrecillo de aspecto elegante que, al advertir su curiosidad, envió a un siervo para interesarse por el precio.

—Dile a tu amo lo que ya sabe. Una libra el animal completo —dijo el viejo, e hizo sonar otra vez el cuerno.

El siervo palideció, pero su dueño no se inmutó al conocer la cifra. Envío de nuevo al sirviente para que ofreciera la mitad.

—Dile que por ese dinero no le vendo ni una raposa —repuso Althar—. Si quiere impresionar a su dama, que se rasque la bolsa, o que vaya él a cazarlo y se juegue las pelotas.

Cuando la pareja conoció la respuesta, se giró y desapareció entre el bullicio. Sin embargo, Althar observó que tras alejarse unos pasos, la mujer volvía la cabeza. El viejo sonrió y comenzó a recoger los bártulos.

—Ha llegado la hora de echar un trago —anunció a Theresa.

Antes de marchar, logró cerrar un par de negocios: vendió una piel de castor a un comerciante de sedas por un sueldo de oro, y cambió otra a un panadero por tres modios de trigo. Luego contrató a dos muchachos



para que vigilaran el oso, no sin antes advertirles que él mismo les despellejaría si al volver faltaba algo. Fueron a la cantina y se sentaron junto a la ventana para vigilar el carro. Althar pidió dos vasos de vino y pan con salchichas, que les sirvieron de inmediato. Mientras bebían, Theresa le preguntó por qué había rehusado negociar el precio del oso.

—Deberías aprender el lenguaje de los negocios —respondió mientras engullía su ración de un solo bocado—. Y la primera lección es conocer a tu futuro cliente, cosa que, por suerte, a mí me ha sucedido. El hombre que se ha interesado es uno de los más ricos de Fulda: podría comprar cien osos y aún le sobraría dinero para adquirir mil esclavos. Y en cuanto a ella... ahí donde la ves no sé qué tendrá entre las piernas, pero siempre ha conseguido lo que se le ha antojado.

—Pues puede que desconozca ese lenguaje, pero el oso sigue ahí fuera, y si hubieseis rebajado el precio, tal vez ahora lo estaríamos celebrando.

—Y eso es lo que vamos a hacer —rio Althar, y le guiñó un ojo al tiempo que le señalaba la puerta: en ese instante entraba el hombre del que habían estado hablando.

El recién llegado se aproximó y cogió un taburete mientras la mujer que le acompañaba permanecía fuera admirando la figura del animal disecado.

—¿Le importa? —preguntó.

Althar concedió casi sin mirar y el hombre se sentó con parsimonia. Enseguida se acercó el tabernero. Mientras le servían queso y vino, Theresa examinó el aspecto del invitado. Lucía anillos en todos los dedos y bajo su nariz colgaba un lacio bigote recién engrasado. Observó que sus vestidos, aunque ostentosos, aparecían salpicados de restos de comida. El hombre agarró la jarra de vino, y tras servirse un vaso, añadió al de Althar hasta rebosarlo.



—¿Acaso no te gusta mi dinero? —preguntó directamente.

—Tanto como a ti mi oso —respondió Althar sin levantar la mirada del vaso.

El hombre sacó una bolsa que depositó encima de la mesa. Althar la cogió y la sopesó un instante. Al advertir su peso la dejó de nuevo frente a su propietario.

—Media libra es lo que gana al año uno de mis jornaleros —arguyó el hombre.

—Por eso no trabajo como jornalero —contestó Althar sin conceder importancia al comentario.

El hombre recogió la bolsa y se levantó irritado, salió un momento y habló con la mujer. Después volvió y de una patada hizo saltar la mesa en la que aún comían Theresa y Althar. Luego sacó dos bolsas y las arrojó sobre el estropicio.

—Una libra de plata. Que tú y tu puta sepáis disfrutarlo —dijo refiriéndose a Theresa.

—Eso haremos, señor. ¡Gracias! —Y apuró sin inmutarse el último trago.

Fuera, la mujer besó a su hombre y rio con zalamería mientras un par de siervos descargaban el oso para trasladarlo a su nuevo carro. Uno de los rapaces contratados por Althar intentó impedirlo, pero sólo consiguió que le dieran un sopapo. Cuando Althar salió de la taberna, llamó al chico y le regaló un óbolo por su valentía.

—Oye, mozuelo. ¿Tú sabes dónde puedo encontrar a Maurer, el barbero?

El zagal mordió el óbolo hasta que le crujieron los dientes y lo guardó entusiasmado. Subieron todos al carro y los condujo por unas callejuelas



hasta una taberna situada a un par de manzanas de distancia. Una vez allí, el muchacho entró en el local, y al poco salió un hombre panzudo con el rostro picado de viruela. Althar bajó del carro y después de informar al barbero, acordaron el precio de la consulta. El hombre entró de nuevo a la taberna y salió de ella portando una talega. Después ambos subieron al pescante y todos se encaminaron hacia la cantina de Helga la Negra.

Pese a despedir olor a vino, el barbero se desempeñó con manifiesta destreza. Nada más llegar, afeitó el torso de Hóos y lo limpió con aceites. Luego examinó la induración de su pecho a la altura de las tetillas, controló su rubor, calor e hinchazón. Su aspecto cárdeno le hizo denegar con la cabeza. Luego escuchó su respiración con la ayuda de una trompetilla de hueso que aplicó sobre la herida, y después aspiró su aliento, que encontró agrio y espeso. Le prescribió una cataplasma porque juzgó innecesaria la sangría.

—La fiebre es lo que me preocupa —aclaró. Recogió las navajas y las piedras de colores con que las había afilado—. Tiene tres costillas rotas. Dos parecen estar soldando, pero la tercera alcanzó el pulmón. Por suerte entró y salió. La herida cicatriza bien, los soplos son débiles. Pero la fiebre... mal asunto.

—¿Morirá? —preguntó Althar, y la Negra le propinó un pescozón en la coronilla—. Quiero decir... ¿vivirá? —se corrigió.

—El problema es la hinchazón. Si persiste, la fiebre aumentará. Existen plantas... Pócimas capaces de atajar el avance del mal, pero por desgracia yo no las poseo.

—Si es por dinero...



—Desafortunadamente, no. Me habéis pagado bien y yo he hecho cuanto podía —dijo mientras daba el último bocado al habitual tentempié con que las familias obsequiaban a los médicos.

—Y esas plantas de las que hablabais... —se interesó la Negra.

—No debí mencionarlas. Aparte del hinojo contra el estreñimiento, y el perifollo para las hemorragias, apenas las conozco.

—¿Y entonces quién las conoce? —intervino Theresa—. ¿El físico del monasterio? Pues acompañadnos y hablemos con él. Tal vez vos consigáis que nos atienda.

El barbero se rascó la calva y miró a Theresa con pena.

—No creo que os sea de ayuda. El físico del que habláis murió el mes pasado.

A Helga se le cayeron los cacharros al suelo. La noticia también sorprendió a Althar, y golpeó aún más a Theresa. Sin llegar a expresarlo, los tres habían confiado en que el físico de la abadía auxiliaría a Hóos Larsson.

—Aunque tal vez podríais hablar con el boticario —apuntó Maurer—. A ese que llaman fray Herbolario. Es terco como una muía, pero a menudo se apiada de quienes acompañan sus ruegos con algún tipo de vianda. Decidle que vais de mi parte. Hago tratos con él y me tiene en estima.

—¿Y vos no podríais...? —insistió Theresa.

—Tampoco es buen momento. A principios de mes se presentó en Fulda una legación eclesial enviada por Carlomagno. La encabeza un fraile britano al que el rey le ha confiado las reformas de la Iglesia, y por lo que cuentan, ha venido con el látigo en la mano. —Eché un trago de vino—. Bastaría que alguien le fuese con que en ocasiones me saco unas



monedas ahuyentando a los malos espíritus para que me acusara de hereje y me colgase de un pino bien alto. Ese britano ha puesto patas arribas el monasterio, de modo que andad con cuidado.

Maurer terminó de extender la cataplasma y cubrió a Hóos con una manta. Antes de despedirse les indicó el modo de llegar hasta el boticario y le explicó a Helga cómo repetir las friegas sin apretar demasiado. Luego estrechó la mano a Althar y se marchó con gesto circunspecto.

Una vez solos, hasta las paredes enmudecieron.

La Negra se empolvó la cara y comenzó a ordenar la estancia en la que pronto empezaría a desempeñar su trabajo. Por su parte, Althar decidió que era buen momento para ir a la herrería a reparar el buje del carro.

Theresa se quedó junto a Hóos para enjugarle el sudor con un paño. Deslizó el lienzo sobre su rostro con la suavidad de un susurro, recorriendo sus cejas, sus párpados dormidos, rogando que el temblor que la dominaba no le enturbiase el sueño. Luego percibió cómo una humedad similar a la que le enjugaba añoraba a sus propios ojos, como si de algún modo ambos compartiesen el mismo sufrimiento. En ese instante se juró que mientras de ella dependiese, Hóos Larsson jamás moriría. Lo arrastraría hasta el monasterio si fuese necesario, y lograría que el boticario lo sanara con sus hierbas.

Cuando Theresa vio de nuevo a Helga, le pareció hallarse frente a una extraña. Su cabello suelto adornado con cintas de colores parecía menos cano, se había pintado los labios de color sangre y lucía unos coloretos exagerados que subrayaban sus regordetas mejillas. El pronunciado escote dejaba adivinar unos pechos abundantes que, aunque caídos, ella



había levantado apretándolos con un refajo. Vestía una falda amplia rematada con un vistoso cinturón, y de su cuello colgaba un collar de cuentas que a cada paso bailaba sobre sus senos en un llamativo tintineo. La mujer tomó asiento y se sirvió un vaso de vino bien colmado.

—Bueno. Habrá que esperar —dijo mirando a Hóos. Al advertir que le rebosaba una lorza por la cintura, se la remetiÓ descuidadamente bajo la falda.

—No creo que esta cataplasma le ayude. Deberíamos llevarle al boticario.

—Ahora debe descansar. Mañana, cuando veamos cómo amanece, ya veremos lo que hacemos. Althar me comentó que pretendías quedarte en Fulda.

—Así es.

—Y mencionó que no tenías familia. ¿Ya has pensado cómo vas a ganarte la vida?

Theresa se ruborizó. Lo cierto era que aún no se lo había planteado.

—Ya veo... —continuó la Negra—. Dime una cosa. ¿Aún eres doncella?

—Sí —respondió azorada.

—Desde luego se te nota en la cara. —Meneó la cabeza—. Si hubieses sido puta habría sido más fácil, aunque, bueno, para eso siempre se está a tiempo. ¿Qué pasa? ¿No te gustan los hombres?

—Me dan igual. —Miró a Hóos y se dio cuenta de que no decía la verdad.

—¿Y las mujeres?

—¡Por supuesto que no! —Se levantó ofendida.

Helga rio con descaro.



—No te asustes, princesa, que aquí no viene Dios a escucharnos. — Echó otro trago de vino. La miró y se limpió los labios con la mano, desdibujándose la pintura—. Pues tendrás que pensar en algo. La comida cuesta denarios, el vestido cuesta denarios, y la cama en que ahora duerme ese joven, cuando no se utiliza para follar, también cuesta denarios.

Theresa se sintió ofuscada. Por un instante no supo qué contestar.

—Mañana buscaré trabajo. Iré al mercado y preguntaré en los puestos y en el campo. Seguro que encuentro algo.

—¿Qué oficios conoces? Lo mismo puedo ayudarte.

Le explicó que en Würzburg trabajaba en un taller de curtidos. También que conocía algo de cocina, recordando lo que había aprendido con Leonora. Sin embargo, evitó mencionar su habilidad con la escritura. Cuando la Negra se interesó por los detalles, le respondió que preparaba pergaminos, cosía cuadernillos y encuadernaba códices.

—Aquí no hay talleres de pieles. Cada uno se las arregla como puede. Tal vez en la abadía las trabajen, pero no puedo asegurártelo. ¿Y ganabas mucho con ese oficio?

—Me entregaban un pan cada día. A los aprendices no se les paga.

—¡Aja!, que aún estás aprendiendo. ¿Y qué cobraba un jornalero?

—Pues uno o dos denarios al día, aunque por lo general también percibían comida. —No quiso explicarle que se consideraba una experta.

Helga asintió. En todas partes, el pago con alimentos o mercancías era la forma habitual de salario. Sin embargo, cuando Theresa le informó que les entregaban un modio de trigo, equivalente a un denario, la mujer rompió a reír.



—Se ve que nunca has acudido al mercado. Veamos. —Apartó las jarras a un lado de la mesa y comenzó a formar bolitas de pan con las migajas sobrantes—. Una libra de plata son veinte sueldos. —Terminó de hacer las bolitas y dejó dos filas de diez a un lado—. Y un sueldo se corresponde con doce denarios. —Elaboró unas cuantas más, pero se equivocó al contar y las envió todas al suelo de un manotazo—. En fin. Los sueldos son de oro, y los denarios de plata, ¿de acuerdo?

Theresa miró hacia arriba, como si buscase algo en el techo. De pronto respondió:

—Si doce denarios hacen un sueldo, y veinte sueldos hacen una libra... —Manejó los dedos un instante—. Entonces una libra equivale a ¡doscientos cuarenta denarios!

La Negra la miró asombrada. Imaginó que había acertado porque conocía la respuesta de antemano.

—Así es —concedió—. Doscientos cuarenta denarios. Con un denario se puede adquirir un cuarto de modio de trigo, o un tercio de modio de centeno. Incluso medio de cebada, o uno de avena. El problema es que para molerlos necesitarías de una muela de piedra, y las condenadas son caras como diablos, así que si encuentras trabajo, sería preferible que te pagasen en pan en lugar de en grano. A un denario le corresponderían doce barras de dos libras, pero tal cantidad, para una persona sola, sería demasiado.

—¿Y entonces?

—En realidad sólo precisas una barra para tu consumo, de modo que te tocaría ir al mercado a cambiar las nueve barras restantes. Y digo nueve, porque si te quedas aquí, otras dos deberías entregármelas como pago por tu alojamiento. Una libra de carne o pescado cuesta aproximadamente medio denario, es decir, el equivalente a seis barras de



pan de trigo. Después de eso, aún te restarían otras tres para canjearlas por sal, que al no pudrirse, siempre podrías volver a trocar en cualquier momento. Si no te gusta este lugar, puedo preguntar por el vecindario. Tal vez encontremos alguna habitación por ese precio.

—Pero necesitareé otras cosas. No sé... ropa, o zapatos...

—A ver, deja que te mire... Por ahora puedo prestarte algo. De todas formas, aunque un tejido de lana cueste a un sueldo la yarda, si la buscas usada puedes encontrarla por tres denarios. Despiojada y remendada te dará el mismo servicio que un abrigo nuevo. De hecho, ayer compré una librea de lana vieja. Eso son unas cuatro o cinco yardas, suficiente para dos o tres prendas. Te cederé un retal con el que podrás confeccionarte un precioso vestido nuevo.

Theresa no supo qué decir porque hacía rato que se había despistado. Mordisqueó un mendrugo de pan y se la quedó mirando. Se dijo que pese a su lenguaje brusco y sus modos groseros, Helga *la Negra* poseía un gran corazón.

—En cuanto a Hóos —añadió la mujer—, puede quedarse el tiempo que precise, pero necesito la cama porque a veces los clientes quieren divertirse un rato. Atrás, en el pajar, encontraréis sitio donde acomodaros.

Theresa la besó en la mejilla y la mujer se emocionó por el gesto.

—I Sabes? Tiempo atrás yo también fui bonita —sonrió Helga con amargura—. Hace mucho, mucho tiempo...

Durante la cena, Althar maldijo al gremio de los herreros, a sus miembros y, en especial, al usurero que le había reparado la rueda del carromato.



—El maldito cabrón me pidió un sueldo —volvió a quejarse—. Un poco más y se queda con el carro.

Luego anunció que al día siguiente regresaría a las montañas.

La Negra apenas habló. Theresa advirtió que, con el paso de las horas, los churretes de pintura habían transformado su cara en la de un espantajo. A duras penas mantenía los ojos abiertos. Había bebido más de la cuenta, pero aun así continuaba agarrada al vaso.

Después de limpiar la mesa, Theresa se retiró al pajar para atender a Hóos. Volvió a aplicarle una friega y comprobó que la fiebre le devoraba. Aquella noche no durmió porque el enfermo vomitó tres veces.

Durante la vela recordó a su padre y a Rutgarda. A cada poco los añoraba, y no había noche en que no les extrañase. Los imaginaba tristes y abatidos, y se culpaba por haberles decepcionado. Algunas veces se planteaba regresar, pero el miedo y la vergüenza la atenazaban. A menudo se consolaba imaginando que estarían bien, y fantaseaba sobre la forma de hacerles saber dónde se encontraba. Se prometió que encontraría el modo de hablarles, de explicarles lo sucedido para que algún día pudieran perdonarla.

Por la mañana la despertaron los bufidos de Althar, que intentaba enganchar el caballo al carro. Theresa incorporó a Hóos, aún confundido, y le ayudó a llegar a las letrinas del establo. Mientras él se aliviaba, ella apartó una ración del pastel que había preparado Helga para el boticario. Le pidió a Althar que antes de partir les condujese hasta la abadía y el viejo aceptó de buen grado.

No se despidió de la Negra porque estaba tan borracha que ni siquiera logró levantarse. En el establo, Theresa advirtió que el carro de Althar lucía como nuevo, pues el herrero, además de reparar el buje, también lo había lijado. Se situó junto a Hóos y lo abrigó para protegerle del rocío.



Luego Althar hizo restallar el látigo y el animal emprendió parsimoniosamente el camino.

Las callejuelas se sucedieron mientras las primeras almas abandonaban sus casas para desplazarse a los campos. Siguiendo las indicaciones del barbero, se dirigieron hacia el flanco meridional de la abadía, donde, según sus palabras, encontrarían al boticario trabajando en el huerto. Debía de ser temprano, porque a través de la alambrada de zarzo no se divisaba ningún jornalero. Althar se apeó del carro y ayudó a acomodar a Hóos sobre un tocón cercano.

—Hemos llegado —anunció el viejo.

Un escalofrío sacudió a Theresa, que no supo si obedecía a la helada o al hecho de quedarse sola de nuevo. Miró agradecida a Althar y se abrazó a él cuando éste le extendió los brazos. Luego se apartó con los ojos brillando.

—Nunca le olvidaré, cazador de osos. Ni a Leonora. Dígaselo.

Él se frotó los párpados. Luego hurgó entre sus ropajes y sacó una bolsa de monedas que ofreció a Theresa.

—Es todo lo que conseguí. —Ella se quedó boquiabierta—. Por tu cabeza de oso —añadió él.

Althar se despidió de Hóos con un gesto. Luego arreó al caballo y lentamente desapareció entre las callejuelas anegadas por el barro.

Transcurrió un rato antes de que las campanadas de *prima* anunciaran el inicio de la actividad en el monasterio. Al poco se abrió una portezuela, y de la misma salieron varios monjes que comenzaron a merodear por las veredas del huerto. Los más jóvenes se dedicaron a



limpiar y desbrozar perezosamente la maleza, mientras el más viejo, un fraile alto y desgarbado, se entretenía en examinar los arbustos agachándose de vez en cuando para acariciarlos. Theresa se dijo que el alto debía de ser el boticario, no sólo por su edad, sino también porque lucía la sarga de monje en lugar de la más tosca de novicio. El fraile alto continuó mata por mata en parsimoniosa inspección, hasta alcanzar el lugar donde aguardaba Theresa. En ese momento, ella aprovechó para chistarle.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el monje, e intentó vislumbrar a través del seto de zarzo.

Theresa se encogió como un conejo asustado.

—¿Fray Herbolario? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Quién le busca?

—Me envía Maurer, el barbero. Por el amor de Dios. Ayúdenos.

Al apartar las zarzas, el fraile divisó a Hóos con el espinazo encorvado, doblado sobre sí mismo a punto de caer del tocón. De inmediato ordenó a dos novicios que lo trasladaran al interior del cercado. Theresa les siguió sin preguntar, cruzando por los corrales hasta un edificio achaparrado protegido por una puerta con un tosco candado. El fraile sacó de entre sus mangas una llave y tras un par de intentos empujó la puerta, que cedió con un crujido. Luego los novicios acomodaron a Hóos sobre una mesa tras apartar varios cuencos y, siguiendo las indicaciones del fraile, regresaron al huerto para continuar escardando y reparando las cercas. Theresa aguardó en el umbral de la puerta.

—No te quedes ahí fuera —dijo el fraile mientras componía los botes, tarros, frasquillas y redomas que trastabillados y desordenados se



amontonaban a ambos lados de la mesa—. De modo que te envía el barbero, ¿eh? ¿Y dijo él que yo te ayudaría?

Theresa pareció comprender.

—Traje esto para vos. —Y le ofreció el pastel de carne preparado por Helga *la Negra*.

El fraile le echó un vistazo y lo apartó a un lado sin prestarle atención. Luego se volvió hacia la mesa y continuó ordenando los tarros mientras interrogaba a Theresa sobre el origen de la fiebre. Se mordió el labio al oír lo del pulmón.

Desplazó a un lado un alambique de desecado y sorteó una prensa de madera que aparecía ligeramente inclinada. Luego cogió una balanza de mano y un frasco que llenó de agua de un pozo interior, midió la cantidad y se dirigió hacia un enorme aparador donde descansaban decenas de recipientes de cerámica, entre los que comenzó a buscar algo. Theresa observó que le costaba distinguir los nombres escritos por la forma en que guiñaba los ojos.

—Veamos: *Salix Alba... Salix Alba...*—dijo acercando la nariz hasta rozar los tarros—. ¿Sabes? La salud es la integridad del cuerpo, el equilibrio de la naturaleza a partir de lo cálido y lo húmedo. Eso es la sangre. De ahí que se diga *sanitas*, como si se dijera *sanguinis status*. —Sacó un tarro, lo miró y volvió a dejarlo en su sitio—. Todas las enfermedades tienen su origen en los cuatro humores: la sangre, la bilis, la melancolía y la flema. Cuando aumentan por encima de lo natural, se producen las enfermedades. La sangre y la bilis originan las dolencias agudas, mientras que la flema y la melancolía producen las crónicas. ¿Dónde habrán puesto la corteza de sauce?

—*Salix Alba*. Aquí está —indicó Theresa.



El monje la miró con extrañeza. Luego se dirigió al tarro que señalaba la muchacha y comprobó que así era.

—¿Sabes leer? —preguntó incrédulo.

—Y también escribir —respondió ella sin pudor.

El fraile enarcó una ceja, pero no comentó nada al respecto.

—Tiene flema en el pulmón —explicó—, para lo que no existe un único tratamiento. Disponemos de tal cantidad de tinturas, ensalmos y pociones, que dar con el adecuado nos llevará algún tiempo. Fíjate en este remedio. —Sacó una brizna de corteza del tarro—. Cierto es que el sauce infundido en leche disminuye la fiebre, pero igualmente lo consigue la harina de cebada disuelta en agua tibia, o el azafrán con miel. Cada remedio se comporta de distinta forma conforme a las distintas mezclas de sus proporciones, y cada paciente se revela distinto, como distintas son las naturalezas de los órganos que lo componen. Pulmones débiles o malheridos a veces sanan como por ensalmo, mientras que otros, en apariencia vigorosos y saludables, se inflaman sin motivo con la llegada de la primavera. Por cierto... ¿a qué se dedica este joven?

—Posee tierras en Aquis-Granum —aclaró, y aprovechó para contarle que ella se hospedaba con Helga *la Negra* hasta que encontrase algún trabajo.

—Interesante —comentó él. Dejó el tarro de sauce y cruzó la sala hasta una hornera que encendió con un candil—. Dios nos envía las enfermedades, pero igualmente nos ofrece los remedios para mejorarnos. Y del mismo modo que para alcanzar el paraíso estudiamos Sus palabras, debemos estudiar las de Empédocles, Galeno, Hipócrates o incluso Plinio, para encontrar la curación, ya sea bajo el polvo de un mineral de alumbre, ya sea entre las glándulas del prepucio del castor. Sujeta esta tintura —ordenó.



La muchacha aferró el recipiente en que el fraile había vertido un hervor oscuro. Le preocupaba que hablase tanto porque temía que de repente apareciese el enviado eclesial mencionado por Maurer, y les expulsase del monasterio antes de que el boticario aplicara el tratamiento.

—Y si hay varios remedios, ¿por qué no utilizarlos todos? —preguntó.

—*Alibi tu medicamentum obligas*. Déjame eso. —El fraile añadió un polvo claro y batió el suero que se enturbió hasta convertirse en blanquecino—. «Medicina» proviene de «medida», es decir, de la moderación, que es la premisa que debe guiar todos nuestros actos. Griegos fueron los padres de este arte iniciado por Apolo y continuado por su hijo Esculapio. Más tarde fue Hipócrates quien retomó su saber y lo elevó con sus conocimientos cautos y sabios. A él debemos su forma de entender la curación, basada en el razonamiento, la experimentación y la observación.

Theresa se impacientaba.

—Pero ¿cómo lo curaréis?

—La pregunta no es tanto «cómo», sino «cuándo». En cuanto a la respuesta, no depende de mí, sino de él. Así pues, deberá permanecer aquí hasta que eso suceda... si es que llega a suceder.

—La verdad, no creo que sea buena idea. El barbero nos comentó que la semana pasada llegó a la abadía un monje extranjero enviado por Carlomagno, y si es tan severo como dicen, me asusta que pudiera reprocharos algo.

—¿Pues qué habría de decirme?

—No sé. Según parece, la abadía sólo se ocupa de sus propios enfermos, y si ese hombre se entera de que auxiliáis a un desconocido...



—¿Cómo se llama?

—No sé. Sólo recuerdo que era un fraile extranjero.

—Me refiero al herido.

—Perdón —respondió azorada—. Larsson. Hóos Larsson.

—Pues bien, señor Larsson, un placer conocerle. Y una vez hechas las presentaciones, asunto solucionado.

Theresa esbozó una sonrisa, pero insistió.

—Si por cualquier causa ese hombre expulsa a Hóos antes de su curación, no podría perdonármelo.

—¿Y qué te hace pensar así? Por lo que sé, ese «recién llegado» no es ningún demonio. Tan sólo pretende imponer orden en la abadía.

—Pero el barbero dijo...

—Por Dios, olvida al barbero. Además, para tu tranquilidad te aseguro que ese enviado de Carlomagno no se enterará de que Hóos se hospeda en la botica.

—Intentad comprenderme. Estoy muy preocupada. ¿Me aseguráis que, si Hóos se queda aquí, se recuperará?

—*Ægroto dum anima est, spes est.* Mientras hay vida, hay esperanza.

Theresa imaginó que tanta amabilidad no sería gratuita, de modo que sacó la bolsa con monedas que le había entregado Althar y se la ofreció. El fraile le prestó la misma atención que al pastel de carne.

—Guárdalo. Ya me lo compensarás de otro modo. O hagamos una cosa: vuelve mañana después de *tercia* y pregunta por el cirellero. Dile que fray Alcuino te está esperando. Tal vez pueda encontrarte un trabajo.



Cuando se lo contó a la Negra, ésta no dio crédito. —Seguro que ese boticario busca algo malo —afirmó. —¿A qué te refieres?

—Espabila, muchacha. Algo malo contigo.

—A mí me pareció honesto. En vez de comerse el pastel, se lo entregó a los novicios.

—A saber si no estaba ya empachado.

—¡Si es flaco como un palillo! Oye —rio nerviosa—. ¿De qué clase de trabajo crees que se tratará?

—Pues si el boticario se comporta como Dios manda, quizá te emplee de doméstica, que los frailes mucho rezar y luego ensucian como puercos. O a lo mejor tienes suerte y necesita una cocinera, que tampoco te vendría mal para coger unas libras de peso. Pero si quieres que te sea sincera, hay decenas de muchachas dispuestas a limpiar letrinas, así que no entiendo su interés en contratar a una joven tan fina. En fin. Ándate con tiento y cuida bien de tu trasero.

Pasaron la mañana cocinando y ordenando la taberna. En la estancia principal había varios toneles que hacían las veces de mesas, algunos taburetes, una banca corrida y una tela colgante que separaba la zona de los clientes de la de la cocina. Junto al hogar, un anafre de hierro, dos trébedes, diversas pailas, un enjambre de sartenes, una caldereta, paletas de madera, cántaros y orzas desportillados, y un sinfín de jarras y platos amontonados a la espera de que llegase el agua del pozo para limpiarlos. Helga le explicó que había trasladado la bodega al altillo porque cuando guardaba el vino en la cocina, a la que se descuidaba, se lo sisaban. Detrás se ubicaba el almacén, mitad corral mitad gallinero, en que cada noche ejercía su oficio.



A mediodía comieron de las raciones que habían preparado para servir en la taberna, y volvieron a comentar el episodio del monasterio. Cuando terminaron, Helga propuso ir a la plaza mayor para ver al Marrano, un reo a quien acusaban de un terrible delito. Dijo que se arreglarían el cabello y se entretendrían contemplando cómo los muchachos le arrojaban berzas y nabos, y de paso comprarían algún afeite para perfumarse el cuerpo. Theresa acabó aceptando y salieron canturreando hacia la plaza del mercado.



Capítulo 12

Aunque los golpes propinados por los guardias habían convertido el cuerpo del Marrano en un pegote de carne magullada, aún se le apreciaba el rostro arrugado y lampiño del que provenía su apodo. El hombre permanecía acurrucado de rodillas, atado a un madero y vigilado por dos hombres armados con espadas. Theresa supuso que era un retrasado porque sus ojillos temblaban asustados, como si intentase comprender lo que le estaba ocurriendo. Decenas de personas lo rodeaban, amenazándolo y maldiciéndolo. Un muchacho azuzó a un perro para que le mordiera, pero el animal se revolvió y salió huyendo. Helga compró dos cervezas a un vendedor ambulante y buscó un lugar desde donde contemplar el espectáculo, pero varias mujeres la señalaron con el dedo, así que finalmente decidió retirarse a un sitio más discreto.

—Nació tonto, pero en treinta años nadie imaginó que fuera peligroso
—le contó a Theresa mientras acomodaba su culo contra un murete.

—¿Peligroso? ¿Qué ocurrió?

—Antes nunca había dado problemas, pero la semana pasada encontraron desnuda y despatarrada en la ribera del río a una muchacha a la que solía importunar. Le había cortado el cuello.

Theresa no pudo evitar rememorar el incidente con aquellos sajones que habían intentado violentarla. Entonces apuró su cerveza y pidió a la Negra que volvieran a la casa. La mujer accedió de mala gana, porque



hacía tiempo que en Fulda no escarmentaban a un asesino, aunque se conformó diciéndose que ya disfrutaría el día del ajusticiamiento. De regreso se detuvieron a comprar los afeites que Helga utilizaba para ejercer su oficio. Eligió un frasco con aroma a resina de pino y otro más profundo, parecido al incienso. Theresa no comprendió por qué en lugar de cobrarle por los afeites, el comerciante le guiñaba un ojo y quedaba con ella para luego.

Por la tarde acudieron a la taberna dos borrachos que bebieron vino barato hasta que se les acabó el dinero. Cuando marcharon, Theresa propuso a Helga acercarse al monasterio para saber del estado de Hóos, pero Helga le recomendó que esperase a la cita concertada con el boticario. Por la noche se presentaron en la taberna tres jovenzuelos que cenaron, rieron y se fueron. Al poco llegaron cinco jornaleros que apestaban a sudor, en busca de alimento. Tomaron asiento cerca del fuego, pidieron cerveza en abundancia y bromearon sobre cuál de las dos mujeres acabaría antes con las enaguas por los suelos. Después de atenderles, la Negra dejó a Theresa a cargo de la cocina y salió en busca de unas amigas, ya que pronto las necesitaría. Regresó del brazo de dos mujeres pintarrajeadas, vestidas con ropas coloridas, que nada más llegar se sentaron en los regazos de los jornaleros para chillar y reír al compás de sus caricias. Uno de ellos deslizó la mano bajo la falda de la que tenía encima y la mujer fingió un grito. Otro ya bebido ofreció un trago a la suya y derramó el vino por su escote, pero la joven, en lugar de reprochárselo, le respondió enseñándole un pecho. En aquel instante, Theresa comprendió que lo más apropiado sería retirarse, pero uno de los jornaleros lo advirtió y se interpuso en su camino. Por fortuna, la Negra lo tranquilizó prometiéndole al oído una noche de desenfreno. Luego dijo a la joven que fuera al almacén y se encerrara en la bodega.



Theresa pronto descubrió que la bodega de un prostíbulo no era lugar para pasar una noche tranquila. Desde su altillo se dominaba el rincón que uno de los jornaleros había elegido para arrodillar a una mujer y que ésta le devolviera su miembro a la vida. Cuando la mujerzuela lo logró, el hombre le apartó la cabeza, se encajó entre sus piernas y movió el trasero como si tiritara con fuerza. Luego dio un par de respingos, maldijo a la prostituta y se dejó caer sobre su cuerpo blancuzco. Al rato apareció Helga acompañada del comerciante de afeites. Los dos rieron al ver a la otra pareja dormida. El comerciante hizo ademán de despertarlos, pero Helga se lo impidió. Después comenzaron a toquetearse en un camastro cercano, pero al menos ellos se cubrieron con una capa que ocultó sus cuerpos.

Cuando Theresa logró dormirse, soñó con Hóos. Sin pretenderlo lo imaginó desnudo, al igual que ella misma, él acariciando su cabello, su cuello, sus senos; acariciándola entera. Sintió algo extraño que la despertó asustada. Luego, cuando se tranquilizó, pidió perdón a Dios por pecar de aquella manera.

Por la mañana, Theresa ordenó la taberna, que parecía un campo de batalla. Después preparó un desayuno que tomó sola, ya que la Negra continuaba con resaca. Cuando por fin se levantó, la mujer se lavó la entrepierna en una palangana mugrienta, habló *del* frío que hacía y le ofreció a Theresa varios consejos antes de que marchara.

—Y sobre todo, no les digas que me conoces —recalcó con los párpados hinchados.



Theresa se despidió con un beso, recordando que ya le había comentado al boticario dónde se alojaba. Luego corrió hacia la abadía porque comenzaban a tañer las campanas que anunciaban el oficio de *tercia*. Cuando llegó a la puerta principal, la atendió un monje grueso de aspecto retraído que se sorprendió al escuchar sus pretensiones.

—En efecto, soy el cirellero, pero aclárame una cosa, ¿con quién dices que has de encontrarte? ¿Con el boticario, o con fray Alcuino?

Theresa se sorprendió, pues daba por hecho que el boticario y fray Alcuino eran la misma persona, pero el cirellero, al advertir sus dudas, cerró la portezuela dejándola fuera. Ella repicó con los nudillos, pero el religioso no abrió hasta que tuvo que vaciar fuera un cubo de desperdicios.

—Si continúas molestando te azotaré con una vara —la amenazó.

Theresa buscó una respuesta que no encontró. Por un instante pensó en empujar al fraile y correr hacia el huerto, pero se dijo que, si le ofrecía la carne que traía para el boticario, tal vez lograra convencerle. Cuando el cirellero vio el aspecto de las chuletas, los ojos se le agrandaron.

—Decídate, muchacha. ¿A quién quieres ver? —preguntó, apoderándose de las viandas.

—A fray Alcuino. —Supuso que el portero era corto de entendederas.

El hombre mordió una chuleta mientras guardaba la otra en una manga de la sotana. Luego le franqueó el paso y, tras cerrar, le dijo que lo acompañara.

Para asombro de Theresa, en lugar de encaminarse hacia el huerto, el cirellero atravesó los corrales pateando gallos y gallinas, dejó atrás las cuadras, pasó por delante de la cocina y, tras sortear los graneros, se



dirigió hacia un edificio de piedra que destacaba entre los demás por su apariencia mayestática. El hombre llamó a la puerta y esperó.

—La residencia de los optimates. Aquí se alojan los huéspedes importantes —explicó.

Abrió un acólito cuya toga oscura contrastaba con la palidez de su cara. El hombre miró al ciruelero y asintió como si los estuviera esperando. Luego pidió a Theresa que le siguiera.

Evitando las estancias comunes, tomaron una escalera que les condujo a una sala de paredes lujosamente revestidas con tapices de lana. Los muebles estaban labrados y sobre la mesa principal descansaban varios volúmenes dispuestos en círculo, sobre los que se derramaba el hilo de luz que se filtraba por los ventanales de alabastro. El acólito le indicó que esperase y acto seguido abandonó la estancia. Instantes después entró la figura alargada del boticario; lucía una *exquisita pénula* blanca afianzada mediante un cinturón adornado con recamos y chapas de plata. Theresa se avergonzó de su vestimenta porque era la misma que llevaba desde el día del incendio en Würzburg.

—Disculpa mi atuendo de ayer, aunque no sé bien si debería excusarme por el atuendo de hoy. —Sonrió el boticario—. Por favor, toma asiento.

El religioso se acomodó en un sillón de madera y Theresa hizo lo propio sobre un taburete dispuesto a su lado. El fraile la observó. Ella se fijó en su cara huesuda de añejada piel blanca, fina como capa de cebolla.

—¿Por qué nos encontramos en este lugar? ¿Y qué hacéis vestido como un obispo? —preguntó finalmente Theresa.

—Bueno, no exactamente como un obispo. —Volvió a regalarle una sonrisa—. Mi nombre es Alcuino. Alcuino de York, y en realidad sólo soy un fraile. Peor aún: ni siquiera me he ordenado como sacerdote,



aunque en ocasiones, por el cargo que ostento, me vea obligado a cubrirme con estos pretenciosos trapos. En cuanto a este lugar, temporalmente resido aquí, acompañado por mis acólitos. Bueno, en verdad me alojo en el cabildo catedralicio, que se encuentra ubicado en la otra parte de la ciudad, aunque ciertamente ese detalle no es demasiado importante.

—No entiendo.

—Lo cierto es que te debo una disculpa. Ayer debí explicarte que no soy el boticario.

—¿No? ¿Entonces quién sois?

—Pues me temo que ese «recién llegado» del que tan mal te han hablado.

Theresa dio un respingo. Por un instante imaginó que el destino de Hóos pendía de un hilo, pero Alcuino la tranquilizó.

—No has de preocuparte. Si, tal como imaginabas, hubiese querido echarle, ¿no crees que ni siquiera le habría atendido? En cuanto a mi identidad, lo cierto es que no pretendía confundirte. El boticario murió anteayer, de repente. Es un asunto del que ya te hablaré. Casualmente entiendo bastante de hierbas y emplastos, de modo que cuando me sorprendiste en el huerto no pensé en otra cosa que en auxiliar a tu amigo.

—Pero después...

—Después no quise preocuparte. Pensé que dados tus recelos, saber la verdad tan sólo te hubiera intranquilizado.

Theresa guardó silencio y luego preguntó:

—¿Cómo se encuentra?



—Gracias a Dios, mucho mejor. Más tarde iremos a visitarlo. Pero ahora hablemos de lo que te ha traído aquí. Hablemos de tu trabajo. — Cogió uno de los volúmenes de la mesa y lo ojeó con sumo cuidado—. *Phaeladias Xhyncorum*, de Juan Aeropagita. Una auténtica maravilla. Que yo sepa, sólo existe otra copia en Alejandría y un facsímil en Northumbria. Dijiste que sabías escribir, ¿no es así?

Theresa asintió.

El fraile dio unas palmadas y al poco apareció la figura del acólito portando unos utensilios. Alcuino los depositó frente a la joven con cuidado.

—Me gustaría que transcribieses este párrafo.

Theresa se mordió el labio. Si bien era cierto que sabía escribir, últimamente lo había hecho sobre tablillas de cera, dado que el pergamino resultaba demasiado oneroso para ser desperdiciado. Recordó que, en palabras de su padre, el secreto de la escritura residía en la elección de una pluma adecuada: ni demasiado ligera, para evitar un trazo suelto, ni en exceso pesada, porque impediría la obligada fluidez y gracia. Dudó entre varias, pero al final se decidió por una de ganso rosa que sopesó un par de veces antes de alisar el vexilo y las bábulas. Luego comprobó el tajo del ombligo por donde fluiría la tinta. Lo juzgó romo y demasiado inclinado, así que seccionó una nueva punta con la ayuda de un escalpelo. Después examinó el pergamino.

Escogió la cara más suave. Con la ayuda de un punzón y una tableta, trazó varios renglones invisibles para usarlos como guía. Seguidamente colocó el texto en un atril y mojó el cálamo en la tinta hasta que la pluma goteó. Respiró hondo, y comenzó a escribir.

Las primeras letras, aunque temblorosas, fueron surgiendo encadenadas. Después la tinta fluyó brillante y sedosa mientras la pluma



se deslizaba con la delicadeza de un cisne sobre el agua. Desafortunadamente, al inicio de la octava uncial apareció un borrón que estropeó la hoja.

Por un instante pensó en abandonar, pero apretó los dientes y siguió con decisión. Cuando terminó el texto, raspó y sopló el error, limpió los restos de secante y finalmente se lo entregó a Alcuino, quien no había dejado de observarla. El fraile examinó el pergamino y luego miró a Theresa con gesto adusto.

—No es perfecto —concluyó—. Pero servirá.

Theresa observó cómo los ojos del fraile volvían de nuevo al texto. Eran de un azul pálido, apagado, de ese color vacío que nubla los ojos de los más ancianos. No se correspondían con la edad que aparentaba, que calculó en los cincuenta y cinco.

—¿Necesitáis un escriba? —se atrevió a preguntar.

—Así es. Para ayudarme en mis trabajos contaba con Romualdo, un monje benedictino que siempre me ha acompañado. Desgraciadamente, enfermó al poco de llegar a Fulda. Murió un día antes que el boticario.

—Lo siento. —No supo decir más.

—Yo también. Romualdo era mis ojos, y a veces incluso mis manos. Últimamente mi vista ha ido mermando, y aunque recién levantado aún aprecio una brizna de azafrán o una grafía enrevesada, conforme avanza la tarde, la vista comienza a nublarse y me cuesta más trabajo. Era a esas horas cuando Romualdo leía por mí, o transcribía mis comentarios.

—¿Acaso no podéis escribir?

Alcuino alzó la mano derecha y mostró su dorso a Theresa. Temblaba como si estuviese tiritando.



—Apareció hace cuatro años. A veces el temblor se extiende por el codo, impidiéndome incluso beber. Por eso necesito a alguien que escriba mis notas. Acostumbro tomarlas de los sucesos que voy observando, de forma que pueda luego reflexionar sin olvidar ningún detalle. Además, deseaba transcribir unos textos de la biblioteca del obispo.

—¿Y no hay más escribas en la abadía?

—Ciertamente. Están Teobaldo de Pisa, Baldassare el viejo y también Venancio; los tres demasiado mayores para tenerlos tras de mí todo el día. También Nicolás y Mauricio, pero éstos, aunque pueden escribir, no saben leer.

—¿Cómo es posible?

—La lectura es un proceso complejo, exigente, que requiere de un afán y una capacidad que no todos los frailes poseen. Sin embargo, y por extraño que parezca, existen copistas que pueden imitar con absoluta maestría los signos sin necesidad de entender su significado, aunque éstos, claro está, son incapaces de escribir al dictado. Así pues, los hay que pueden escribir, o mejor dicho, transcribir, pero no son capaces de leer, y quienes sabiendo medianamente leer, resulta que no han aprendido a escribir; a éstos habríamos de añadir los que, pese a saber leer y escribir, sólo dominan el latín. Si además excluimos a los que confunden la ele con la efe, a quienes escriben exasperantemente despacio, a los que cometen errores a propósito, o a los que se aburren con el oficio y se quejan de dolor de manos, apenas nos quedan unos pocos. Y por desgracia, ni todos pueden, ni quieren dejar de lado sus tareas para ayudar a un recién llegado.

—Pero vos podríais obligarles...



—Bueno. Por mi cargo, sí, pero digamos que no me interesa la ayuda de ningún desganado.

—¿Y qué cargo es ése? —Se mordió la lengua por su curiosidad.

—Podría compararse a un maestro de maestros. Carlomagno ama la cultura, y el reino franco adolece de ella. Por eso el rey me ha confiado la responsabilidad de que la educación y la palabra de Dios alcancen hasta el último rincón del reino. Al principio lo tomé como un honor, pero he de admitir que esa tarea se ha tornado una ardua responsabilidad.

Theresa se encogió de hombros. Seguía sin comprender qué pretendía Alcuino, pero supuso que si deseaba ayudar a Hóos debería aceptar el trabajo. En ese instante el fraile le indicó que había llegado el momento de visitar al enfermo. Antes de salir, cubrió a Theresa con una toga para resguardarla de miradas indiscretas.

—Lo que me extraña es que creáis que pueda ayudaros. No sabéis nada de mí.

—Yo no me atrevería a afirmar tanto... Por ejemplo, sé que te llamas Theresa, y que sabes leer y escribir griego.

—Eso no es demasiado.

—Bueno. También podría añadir que procedes de Bizancio, sin lugar a dudas de una familia acaudalada, aunque venida a menos; que hasta hace unas semanas vivías en Würzburg, donde trabajabas en el taller del *percamenarius*; que hubiste de escapar por culpa de un inesperado incendio; y que eres obstinada y decidida hasta el punto de sobornar al cirellero con dos chuletas de carne para que te franqueara el paso.

Theresa balbuceó. Era imposible que Alcuino conociera aquellos hechos; ella ni siquiera se los había contado a Hóos. Por un instante pensó que se encontraba frente al mismísimo diablo.



—Y por si lo estás pensando, no. No ha sido Hóos quien me lo ha contado.

Theresa se asustó aún más.

—Entonces quién.

—Sigue caminando —sonrió—. La pregunta adecuada no es «quién», sino «cómo».

—¿A qué os referís? —Y continuó avanzando.

—A que cualquiera, con la adecuada experiencia y el suficiente grado de observación, podría haberlo adivinado. —Se detuvo un instante para explicarse—. Por ejemplo: tu procedencia bizantina es fácil de argumentar si se repara en la naturaleza de tu nombre, Theresa, originario de Grecia e impropio de estos pagos. Si a eso añadimos tu acento, una infrecuente mezcla de romance y griego, no sólo confirmaríamos esta teoría, sino que además entroncaría con la afirmación de que llevas en la región varios años. Incluso si todo ello fuera insuficiente, tan sólo habría que recordar tu capacidad para leer los tarros de las medicinas, unos tarros cuyos contenidos, por motivos de seguridad, están inscritos en griego.

—¿Y lo de la familia acaudalada venida a menos? —Volvió a detenerse, pero Alcuino continuó andando.

—Bueno. Es lógico suponer que sabiendo leer y escribir, no procedas de una familia de esclavos. Además, tus manos no presentan las típicas cicatrices provocadas por el trabajo. Al contrario, sólo se aprecia cierta corrosión en las uñas y algunos débiles cortes entre el índice y el pulgar izquierdos, ambas marcas, propias del oficio *de percamenarius*. —Se detuvo un momento para que cruzara una procesión de novicios—. Todo ello nos conduce a que tus padres poseían suficiente riqueza para que su hija, exquisitamente educada, no se viese obligada a trabajar en el



campo. Sin embargo, las ropas que vistes son pobres y raídas, y tampoco gastas buenos zapatos, lo cual significa que, por alguna causa, la otrora abundancia de tu familia parece haberse desvanecido.

—Pero ¿qué os hace suponer que residía en Würzburg? —La procesión terminó y reanudaron el paso.

—El que no vivías en Fulda era obvio, pues ni siquiera conocías el aspecto del boticario. Así pues, sólo cabía considerar una villa de los alrededores, ya que con este temporal sería impensable que procedieses de un lugar más lejano. Las tres ciudades más próximas son Aquis-Granum, Erfurt y Würzburg. Si hubieses vivido en Aquis-Granum, sin duda yo lo habría sabido, puesto que resido allí. En Erfurt no existe taller *de percamenarius*, luego por simple eliminación, fue fácil elegir Würzburg.

—¿Y lo del incendio?

—He de admitir que en eso fui más atrevido. Al menos, al señalarlo como la causa de tu huida. —Se dio la vuelta y continuó caminando sin concederse importancia—. Tus ropajes y tus brazos aparecen salpicados de pequeñas quemaduras, que pese a lo dispersas, se aprecian de igual aspecto: exiguas y puntuales, señal de que se produjeron en un único suceso. De su naturaleza y extensión se desprende que se originaron durante un incendio, o al menos durante un gran fuego, ya que las marcas se encuentran diseminadas tanto por delante como por detrás del vestido. Además, las quemaduras de los brazos aún no han cicatrizado, de modo que el suceso hubo de tener lugar hará poco más de cuatro semanas.

Theresa lo miró sin dar crédito. Aunque sus explicaciones sonaran razonables, seguía sin creer que alguien pudiera inducir tanta información con un simple vistazo. Apresuró el paso rodeando un jardincillo que conducía a un edificio achaparrado.



—Pero ¿y lo de las chuletas cómo pudisteis averiguarlo? Cuando se las di, me encontraba a solas con el cirellero.

—Eso fue lo más fácil —dijo entre risas—. Cuando ese glotón te acompañó hasta la residencia de los optimates, no esperó a que entrases para sacar la segunda chuleta y comérsela de tres bocados. Lo vi desde la ventana en que aguardaba tu llegada.

—Sin embargo, eso no significa que fuera yo quien se las entregara. Y menos aún, a cambio de que me franqueara la entrada...

—También eso tiene una explicación: los benedictinos no podemos comer carne porque así lo prohíbe la regla de san Benito. Sólo en determinados casos se autoriza a los enfermos, y desde luego, ése no es el caso del cirellero. Así pues, alguien ajeno a la abadía tuvo que proporcionarle las chuletas. Cuando él llegó al edificio ya venía masticando, cosa extraña porque era la hora *tercia* y en el monasterio sólo se realizan dos comidas al día, la primera antes de maitines, y la segunda, la cena, antes de *tercia*. De ahí lo de la primera chuleta, que supe que era tal, al ver cómo escupía un trozo de hueso. Por lo demás, ayer me trajiste un pastel de carne como regalo, luego era lógico especular que hoy repetirías el mismo acto. —Se agachó para enderezar una lechuga que nacía torcida—. Por si ello no fuera suficiente, antes de comenzar a escribir el texto te limpiaste las manos en un paño y dejaste un rastro de grasa al que pronto acudieron un par de moscas. Y no creo que una muchacha con tan buena educación se presentase así de sucia ante un presunto boticario.

Theresa guardó silencio aturdida. Seguía costándole aceptar que Alcuino no se sirviera de las artes de la brujería para aquellas adivinaciones, pero no tuvo ocasión de replicar porque un olor azufrado le avisó que estaban llegando al hospital de la abadía.



Antes de entrar, Alcuino le solicitó brevedad en la visita.

El hospital constaba de una sala amplia y oscura, con dos hileras de camas, en su mayoría ocupadas por frailes demasiado decrepitos para servirse por sí mismos. También disponía de una habitación pequeña donde descansaban los cuidadores y una estancia anexa destinada a los enfermos externos al monasterio. Alcuino le explicó que, pese a lo que hubiera oído, seguían atendiendo a los lugareños. Al instante se personó un fraile grueso que les informó que Hóos se había levantado para evacuar y caminar un poco, pero que se había cansado y acostado de nuevo. También les dijo que había desayunado pan de trigo con un poco de vino. Alcuino respondió con mala cara, indicándole que en adelante cuidaran de suministrar tan sólo pan de centeno. No obstante, se alegró al conocer que no había escupido sangre desde su última visita. Mientras Alcuino se interesaba por los otros pacientes, Theresa se acercó al camastro de Hóos, donde permanecía cubierto por una gruesa piel y un velo de sudor en el rostro. Le rozó el cabello con la mano y el joven abrió los ojos. La muchacha le sonrió, aunque él tardó en reconocerla.

—Dicen que pronto te recuperarás —lo animó.

—También dicen que este vino es bueno —respondió Hóos con otra sonrisa—. ¿Qué haces vestida con una toga de novicio?

—Tuve que ponérmela. ¿Necesitas alguna cosa? No puedo quedarme mucho tiempo.

—Curarme es lo que necesito. ¿Sabes cuántos días me tendrán aquí? Odio a los curas casi más que a los matasanos.

—Supongo que hasta que te recuperes. Por lo que he oído, al menos una semana, pero vendré a verte a menudo. A partir de hoy trabajo aquí.

—¿Aquí, en el monasterio?



—Así es —sonrió—. No sé bien de qué, pero creo que como escriba.

Hóos asintió con la cabeza. Parecía muy cansado. En ese momento Alcuino se acercó para interesarse por su estado.

—Me alegro de tu mejoría. Si sigues así, en una semana estarás cazando gatos, que es lo único que encontrarás por los alrededores de esta abadía —le informó.

Hóos volvió a sonreír.

—Ahora hemos de marcharnos —agregó Alcuino.

A Theresa le habría gustado besarle, pero se despidió con una mirada rebotante de ternura. Antes de partir, Alcuino instruyó al enfermero sobre el tratamiento que debía aplicar al joven durante el resto del día. Luego le indicó a Theresa el camino hasta la salida de la abadía. Mientras la acompañaba le informó de que los fundamentos de una ciencia, o *theorica*, suministraban los elementos necesarios para llevar a cabo *su practica*, y que el conocimiento de ambos componentes —*theorica* y *practica*— mejoraba la *operado*, o práctica cotidiana.

—Al menos, así debería suceder en el arte de la medicina. Y del mismo modo —añadió—, también en la escritura.

A ella le extrañó que un mismo fraile conociese de dos artes tan dispares, escritura y medicina, pero después de lo visto con su capacidad adivinatoria, no quiso hacerse demasiadas preguntas.

Una vez en la puerta, Alcuino se despidió de ella y la emplazó para el día siguiente, a primera hora de la mañana.

Cuando llegó a casa de Helga, la encontró llorando tendida sobre la cama. La estancia aparecía revuelta, las sillas volcadas y restos de vasos



y jarras de loza esparcidos por todas partes. Trató de consolarla, pero Helga ocultó la cabeza entre los brazos como si su mayor interés fuese que Theresa no le viera la cara. La joven la abrazó sin saber cómo reconfortarla.

—Debería haber matado a ese cabrón cuando me dio la primera paliza —dijo por fin entre sollozos la Negra.

Theresa humedeció un trapo en agua para limpiarle la sangre reseca. Tenía un párpado abierto y los labios reventados, pero más que por el dolor parecía llorar de rabia.

—Deja al menos que te lave —le pidió.

—¡Maldito sea mil veces! ¡Maldito sea!

—Pero ¿qué ha ocurrido? ¿Quién te ha pegado?

La Negra rompió a llorar desconsoladamente.

—Estoy encinta —sollozó—. De un cabronazo que casi me mata.

Le contó que, pese a tomar precauciones, no era la primera vez que la dejaban preñada. Al principio había seguido los consejos de las parteras: desnudarse, embadurnarse en miel y revolcarse sobre un montón de trigo; luego recoger con cuidado los granos adheridos al cuerpo y molerlos manualmente al contrario que de la forma habitual, de izquierda a derecha. Con el pan resultante se alimentaba al varón con el que se iba a copular, a quien de esa forma se le castraban los fluidos germinales, pero ella era más fértil que una familia de conejas, y a pesar de los remedios, a poco que se descuidara volvía a quedarse preñada.

A sus dos primeros hijos los había dejado morir nada más nacer, porque eso era lo que solían hacer las madres solteras. Los otros embarazos terminaron antes de parto, merced a una vieja que consiguió hacerla abortar introduciéndole una pluma de pato entre las piernas. Sin



embargo, el último año había conocido a Widukindo, un leñador casado a quien no pareció importarle su oficio de prostituta. Él le decía que la quería, y disfrutaban como muchachos cuando se metían en la cama. En cierta ocasión, él le había dicho que repudiaría a su mujer para casarse con ella.

—Por eso, al faltarme el segundo menstruó, pensé que se animaría. Y, sin embargo, ya ves: cuando se lo conté, se enfureció como si le hubiese robado el alma y la emprendió a golpes llamándome puta y artera. El muy embustero... ¡Ojalá se le pudra cuanto le cuelga, y si un día quiere tener hijos, que sea luciendo una cornamenta!

Theresa siguió a su lado hasta que dejó de llorar. Más tarde se enteró de que Widukindo le había pegado otras veces, pero nunca tan brutalmente como aquel día. También supo que muchas madres sin recursos mataban a sus recién nacidos antes de tener que ofrecerlos como esclavos.

—Pero a éste me gustaría tenerlo —le confió la Negra mientras se acariciaba el vientre—. Desde que perdí a mi marido, lo único que he parido han sido problemas.

Entre las dos arreglaron la taberna. Theresa le contó que Hóos había mejorado de sus heridas aunque todavía debería permanecer en el monasterio. Añadió que Alcuino de York le había referido su extrañeza por la plaga que azotaba la villa.

—Tiene razón. Pero es una enfermedad extraña que al parecer sólo afecta a los acaudalados —apuntó Helga.

A mediodía comieron puré de legumbres hervidas con agua y harina de centeno. El resto de la tarde lo pasaron hablando de partos, niños y embarazos. Ya a última hora, Helga le confesó que se había prostituido para ganarse la vida. En realidad, una noche, al poco de enviudar, un



desconocido entró en su casa y la violó hasta dejarla hecha un despojo. Cuando los vecinos se enteraron, le volvieron la espalda negándole el pan y la palabra. Nadie le ofreció trabajo, así que hubo de ganarse la vida de aquel modo tan humillante.

Se acostaron pronto porque a la Negra le dolía la cabeza.

Aún no había amanecido cuando Theresa abandonó la taberna, provista de sus tablillas colmadas con cera nueva. Escarchaba. En la primera esquina se arrebujó la toga que Alcuino le había proporcionado porque el viento arreciaba. Luego corrió por las callejas temiendo extraviarse y llegar tarde a su primer día de trabajo. Cuando alcanzó el monasterio, el cirellero le abrió nada más reconocerla. Luego la acompañó hasta el edificio de los optimates, donde Alcuino la esperaba junto a la entrada.

—¿Hoy no traes chuletas? —sonrió.

La acompañó a la misma sala del día anterior, que Theresa encontró más iluminada merced a unos velones dispuestos alrededor de la mesa. Enseguida advirtió que habían añadido al mobiliario un *scriptorium* recién aceitado, sobre el cual descansaban un códice, un tintero, un cuchillo y varias plumas afiladas.

—Tu lugar de trabajo —anunció Alcuino señalando el pupitre con la palma de la mano—. De momento permanecerás aquí practicando la copia de textos. No podrás abandonar la sala a menos que yo lo autorice, y desde luego, cuando lo hagas, será siempre acompañada. Más adelante, cuando le comunique al obispo Lotario que te he acogido como ayudante, nos trasladaremos al cabildo. —Se retiró un momento y regresó con dos vasos de leche—. A mediodía visitaremos brevemente a



Hóos. Podrás comer en las cocinas siempre y cuando me avises con tiempo. Si en mi ausencia necesitas cualquier cosa, comunícaselo a alguno de mis auxiliares. Bien. Ahora he de atender otros asuntos, de modo que antes de empezar con las notas, quisiera que copiaras unas páginas de este códice.

Theresa hojeó el ejemplar con curiosidad. Se trataba de un volumen grueso de reciente manufactura, con cubierta de cuero repujada en oro y miniaturas bellamente iluminadas. En palabras de Alcuino, un valioso ejemplar del *Hypotyposeis* de Clemente de Alejandría, una copia de un códice italiano traducido del griego por Theodoro de Pisa, que como tantos otros códices circulaba de abadía en abadía para su reproducción por los diferentes copistas. Observó que la letra era diferente de la habitual, más pequeña y fácil de leer. Alcuino la catalogó como un nuevo tipo de caligrafía sobre la que llevaba tiempo trabajando.

Mientras examinaba el texto, cayó en la cuenta de que Alcuino no había acordado ninguna clase de compensación por el desempeño de su nuevo empleo. Sabía que él se estaba ocupando de Hóos, y no pretendía resultar desagradecida, pero en cuanto se le acabase el dinero obtenido con la cabeza del oso, precisaría lo necesario para pagarse el alojamiento y la comida. No sabía cómo plantearlo, pero Alcuino pareció leerle el pensamiento.

—En cuanto a tu remuneración —le informó—, me comprometo a suministrarte dos libras de pan diarias más las hortalizas que necesites. Además, también puedes quedarte con la toga que llevas, y te proporcionaré un par de zapatos nuevos para que no te resfríes.

A Theresa le pareció suficiente, pues según sus cuentas, sólo estaría ocupada hasta la hora de la cena. En el caso del monasterio, ésta tenía lugar después del oficio de *nona*, unas seis horas después del mediodía,



lo cual significaba que aún dispondría de varias horas para ayudar a Helga en la taberna.

Se sentó en el pupitre y comenzó a escribir. Alcuino la observó mientras se arropaba con un abrigo de lana.

—Si en mi ausencia necesitaras visitar a Hóos, pregunta por mi acólito y enséñale este anillo. —Le entregó un arete de bronce de aspecto deslucido—. Él te escoltará. Yo regresaré en un par de horas para comprobar tus adelantos. ¿Te gusta la sopa?

—Sí, claro.

—Diré que te preparen un plato en la cocina. —Y se marchó, dejándola a solas con el texto.

Le había explicado que su horario se ajustaría a las cadencias de los sagrados oficios, los cuales tenían lugar cada tres horas. La actividad en el monasterio comenzaba al amanecer, tras el oficio *deprima*. Entonces se desayunaba, y después cada monje se dedicaba a sus tareas. Sobre las nueve venía el oficio de *tercia*, coincidiendo con la misa capitular, momento en que ella empezaría su tarea. Tres horas más tarde, a las doce, tenía lugar el oficio de *sexta*, justo después de la comida de mediodía. A las tres de la tarde se celebraba el de *nona*, y luego a las seis, el de *vísperas*. Se cenaba y a las nueve se volvía a la iglesia para *completas*. Le dijo que terminaría la jornada según las hojas que avanzara cada día.

Mojó la pluma, se santiguó y comenzó a escribir dejándose el alma en cada letra. Las dibujó imitando su trazo, la inclinación, el movimiento, su tamaño... Y mientras de la página afloraban símbolos perfectos, mientras las palabras se enlazaban hasta formar párrafos armoniosos plenos de



sentido, a su mente acudió la imagen de su padre animándola a lograr sus objetivos. Se entristeció al pensar en él y añoró estar a su lado. Luego continuó escribiendo con todo su empeño.



Capítulo 13

—*Haec studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant, adversis solatium et perfugium praebent, delectant domi, non impediunt foris, pernoctant tnobiscum, peregrinantur, rusticantur.*

—¡No, no y no! —repitió Alcuino malhumorado, dirigiéndose al joven que le había asignado el obispo como auxiliar—. ¡Ya han pasado tres días y sigues sin aprender! ¿Cuántas veces he de decirte que si no mantienes la pluma perpendicular al pergamino, arruinarás el escrito?

El novicio bajó la cara mientras farfullaba una disculpa. Era la segunda ocasión en que se equivocaba aquella tarde.

—Además, mira esto. No es *haec*, sino *hæc*. Y tampoco se escribe *praebent*. ¡*Prabent*, muchacho! ¡*Prabent*! ¿Cómo pretendes que alguien entienda esta especie de... jerigonza? Está bien —determinó—. Lo dejaremos aquí por hoy. De todas formas, ya es casi la hora de cenar y ambos estamos cansados. Continuaremos con más tranquilidad el lunes.

El muchacho se levantó con la cabeza gacha. A él tampoco le agradaba aquel trabajo, pero el obispo le había ordenado que auxiliase a Alcuino en lo que le pidiera. Espolvoreó un poco de yeso sobre el borrón que acababa de echar, pero lo único que consiguió fue estropearlo aún más. Cuando se dio por vencido, comenzó a recoger sus utensilios limpiándolos descuidadamente antes de depositarlos en un cofre de madera. Sopló los restos de yeso y con la ayuda de una diminuta brocha



barrió los montículos formados alrededor del borrón. Por último, afiló el cálamo de la pluma, lo enjuagó un poco y lo dejó sobre el atril que soportaba el código original. Luego corrió tras Alcuino, quien ya desaparecía por el pasillo que conducía al antiguo *peristylium* del cabildo catedralicio.

—¡Maestro, maestro! —le llamó el joven acólito—. Ahora que lo recuerdo, el lunes es el día de la ejecución.

—¿La ejecución? ¡Por Dios Santísimo!, lo había olvidado —dijo rascándose la tonsura—. Bueno. Aun sin saber de qué se acusa al criminal, nuestra obligación es asistirle en un trance tan comprometido. Por cierto, ¿acudirá el obispo?

—Con todo el cabildo catedralicio —respondió el auxiliar.

—Pues bien, muchacho. Hasta el martes, entonces, a la hora del desayuno.

—¿Hoy no viene a la cena?

—No, no. Por la noche, el alimento, además de atiborrarme el estómago, me embota los sentidos. Y aún tengo que terminar este *De Oratione* —dijo elevando el rollo que portaba bajo el brazo—. Que Dios sea contigo.

—Igualmente, padre. Buenas noches.

—A propósito... —añadió Alcuino—. ¿No crees que deberías guardar el código en su estantería?

—¡Oh! ¡Claro! ¡Desde luego! —dijo el novicio, volando sobre sus pasos—. Buenas noches, padre. Enseguida lo guardo.

El fraile se encaminó hacia la hospedería del complejo catedralicio con gesto contrariado. Llevaba enfrascado con aquel código varios días y apenas había logrado transcribir cuatro páginas completas. A tal paso



nunca lograría una copia en condiciones. Decidió que en cuanto viese al obispo le anunciaría su intención de contratar a Theresa, porque el novicio que le había asignado, obviamente, no era la persona adecuada.

Mientras atravesaba el *peristylum* se detuvo un momento para mirar alrededor.

Por lo que pudo comprobar, el cabildo de Fulda se había sumado a las últimas reformas emprendidas por Carlomagno, quien en su *Institutio Canonicorum*, con el fin de promover la vida comunitaria entre los clérigos de los cabildos, regulaba la agrupación de edificios clericales en torno a la catedral y el palacio del obispo.

Le resultaba curiosa aquella disposición de construcciones de diferentes estilos y funciones, arrebujados en torno a la pequeña catedral, y aún le sorprendía más el hecho de que el obispo de Fulda hubiese escogido una antigua *domus* romana para establecer la sede episcopal. El palacio consistía en un edificio de dos alturas construido en piedra. El piso superior disponía de once pequeñas habitaciones calefactadas, orientadas a una galería común con vistas al atrio. En el piso inferior se ubicaba la bodega, dos pórticos, otras tantas habitaciones con suelo de madera, un establo, las cocinas, una panadería, la despensa, el almacén de grano y una pequeña enfermería. Quizás él no fuera el más adecuado para juzgar aquella elección, pero le daba la impresión de que aquel palacio sobrepasaba en mucho la necesaria humildad que debía caracterizar a un prelado de la Iglesia. No obstante, comprendió que no debía ejercer mayor crítica sobre quien tan calurosamente le había acogido. Al fin y al cabo, el obispo de Fulda se había sentido muy halagado por su presencia, y más aún al saber que se mostraba interesado por los delicados tesoros de su biblioteca.

Ya era noche cerrada cuando llegó a su celda. Habría podido pernoctar en la residencia de los optimates en la misma abadía, pero prefería una



celda pequeña y con intimidad a una estancia amplia pero compartida. Dio gracias al cielo, se descalzó, y se dispuso a aprovechar aquel rato de recogimiento para meditar sobre los acontecimientos de la jornada.

Aquél había sido un día especialmente duro, pero no tanto como los que estaba acostumbrado a soportar en su lejana Northumbria. Ni en Fulda ni en Aquis-Granum había de levantarse para maitines, y tras el oficio de *prima* siempre le esperaba un desayuno reconfortante a base de tortas con miel, queso curado y sidra de manzana. Sin embargo, su tarea diaria en nada se parecía a la que antaño había desempeñado con plena dedicación en la escuela episcopal de York. Allí impartía clases de retórica y gramática, dirigía la biblioteca, ordenaba el *scriptorium*, recopilaba códices, acometía traducciones, organizaba los préstamos de los libros que trasegaban desde los lejanos monasterios de Hybernia, supervisaba el ingreso de los novicios, organizaba debates, y se encargaba de juzgar los progresos de los alumnos.

¡Qué lejanos aquellos días en York!

Como si lo reviviese, a su mente acudieron las imágenes de su infancia en Britania.

Había nacido en el seno de una familia cristiana en Whitby, Northumbria, una diminuta villa costera donde sus escasos habitantes subsistían de lo que arrancaban al mar, y de los exiguos huertos desperdigados a los pies de un antiguo fuerte.

Recordó la tierra lluviosa; un lugar eternamente húmedo y fresco, donde el olor a rocío y sal y el rumor de las olas en continua batalla solían despertarle cada mañana.



Sus padres descubrieron en él a un niño asustadizo que prefería emplear su tiempo examinando semillas o estudiando caracoles, antes que jugar a apedrearse con el resto de los chiquillos. Un niño raro, pensaron, y más aún cuando éste comenzó a adivinar la cantidad de pescado que capturaría una determinada barca, o la siguiente casa que se derrumbaría tras el paso de una tormenta.

De nada le valió explicarles que se fijaba en el estado de las redes utilizadas por los pescadores o en la podredumbre que amenazaba a pilares y vigas. Para el resto del pueblo, aquel pequeño larguirucho estaba tocado por el demonio, de modo que sus padres decidieron enviarlo a las escuelas catedralicias de York para que allí le enderezaran el alma.

Le asignaron como maestro a Aelberto de York, un fraile patizambo por entonces director y discípulo del anterior, el conde Egberto, que era pariente de la familia. Tal vez por ese motivo, Aelberto lo acogió como a un hijo y se dedicó en cuerpo y alma a encauzar su extraño talento. Allí, Alcuino aprendió que Inglaterra era una heptarquía formada por los reinos sajones de Kent, Wessex, Essex y Sussex, al sur de la isla, y los norteños estados anglos de Mercia, East Anglia y Northumbria, donde ellos residían.

Disfrutaba instruyéndose en las materias típicas del *trivium*, que incluía la gramática, la retórica y la dialéctica, y las del *cuadrivium*, conformadas por la aritmética, la geometría, la astronomía y la música, pero agregando a estas últimas, conforme a la tradición anglosajona, la astrología, la mecánica y la medicina.

«*Saeculare quoque et forasticae philosophorum disciplinae*», insistía una y otra vez Aelberto, intentando convencerle de que las artes seculares no eran sino obras del diablo cedidas a los cristianos para que olvidasen el Verbo de Dios.



—Pero el mismo san Gregorio Magno, en su *Comentario al Libro de los Reyes*, legitima estos estudios —replicaba Alcuino con sólo dieciséis años.

—Eso no te da derecho a pasarte todo el día leyendo ese compendio de mentiras que es la *Historiae Naturalis*.

—¿Acaso os contrariaría menos si estudiara las *Etymologiae* u *Originum sive etymologicarum libri vigintii* Porque si comparáis ambas obras, advertiréis que el santo hispano se basó en la enciclopedia de Plinio para la estructura de alguno de sus libros. Y no sólo en Plinio, sino también en Casiodoro y Boecio, o en las traducciones de Celio Aureliano sobre Asclepiades de Bitinia y Sorano de Éfeso, o en Lactancio y Solino, y hasta en las *Prata* de Suetonio.

—Desde la óptica cristiana, no de la pagana.

—También los paganos son hijos de Dios.

—¡Pero al servicio del diablo, muchacho! Y no me contradigas o arrojaré uno tras otro los treinta y siete volúmenes por la ventana.

Realmente a Aelberto no le importaba demasiado en qué tipo de lecturas se enfrascara Alcuino, porque el muchacho nunca descuidaba sus deberes como cristiano. Al contrario, se había mostrado como un estudiante diestro y aplicado, capaz de superar en sus discusiones teológicas a los frailes más veteranos, y de demostrar que sus escarceos con los textos paganos, aunque rechazables, no habían supuesto meandro alguno en su trayecto hacia la sabiduría.

Con los años, Alcuino se reveló como un artesano de las letras. Examinaba textos, volúmenes y códices de los que, como un virtuoso constructor, extraía fragmentos y pasajes para luego elaborar extraordinarios mosaicos de conocimiento y elocuencia. Así, se atrevió con poemas como el *De sanctus Euboriensis ecclesiae*, en el que a lo largo de sus mil seiscientos cincuenta y siete versos no sólo desgranaba la



historia de York, de sus obispos y los reyes de Northumbria, sino que también compendia a los autores que como Ambrosio, Atanasio, Agustín, Casiodoro, Juan Crisóstomo, Cipriano, Gregorio Magno, Jerónimo, Isidoro, Lactancio, Sedulio, Arator, Juvenco, Venancio, Prudencio o Virgilio, contribuían con sus obras a la biblioteca que dirigía fray Eanvaldo.

Escribía sin parar.

Con el paso del tiempo, las obras didácticas redactadas como alumno pasaron a emplearse como textos pedagógicos por su claridad y retórica. De ese modo, se atrevió con las *Categorías* de Aristóteles adaptadas en el *Categoriae decem* de san Agustín, o *el Disputatio de vera philo Tberesa*, el canon que luego utilizaría como libro de cabecera el mismísimo Carlomagno. Todo ello sin olvidar los textos litúrgicos, las obras teológicas, los escritos exegéticos, los dogmáticos, las obras poéticas y las hagiografías.

Y escribiendo se deleitaba.

El día que Aelberto sucedió a Egberto en el arzobispado de York, quedó vacante la dirección de la escuela catedralicia. Varios candidatos se postularon al puesto, pero para entonces Alcuino ya era el favorito al cargo. Contaba treinta y cinco años y acababa de ordenarse diácono.

Luego fue el mismo rey sajón Efuldo quien lo envió a Roma a fin de buscar el palio para el nuevo conde y obtener para York la dignidad metropolitana. En Parma, durante el viaje de regreso, conoció a Carlomagno, y ya nunca más volvió a ocuparse de las escuelas catedralicias.

Pero, sin embargo, siguió complaciéndole el adivinar las cosas, empleando su particular astucia.



En aquel momento le volvió a la memoria el asunto del Marrano. Era viernes y lo ajusticiarían el lunes, antes del anochecer.

En el cabildo le habían informado que las ejecuciones públicas tenían lugar en la plaza mayor a la caída de la tarde, ya que de esa manera podían ser presenciadas por un mayor número de asistentes. Mientras caminaba, imaginó que el condenado habría sido hallado culpable de algún acto horrendo, como robar en la hacienda de un noble o incendiar alguna propiedad. Según las leyes, el robo o el estrago eran los únicos delitos castigados con la pena de muerte, aunque desde luego existían excepciones que por lo general dependían de la posición social del reo, o incluso de la de las víctimas.

Él entendía que crímenes de tal calibre debían contestarse con un castigo severo, pero no compartía el afán de algunos jueces por ofrecer escarmientos ejemplares. De hecho, durante su mandato en la escuela de York había participado en numerosos juicios, y aunque por desgracia algunos habían concluido con el reo en el patíbulo, él nunca había asistido a las ejecuciones. Sin embargo, en esta ocasión había prometido al obispo que le acompañaría, así que concluyó que lo mejor sería apartar aquella cuestión de su cabeza y dedicar algunas horas a la lectura de Virgilio.

El sábado amaneció muy frío. Tras asistir al oficio *deprima*, Alcuino se encontró con el obispo en el pequeño refectorio habilitado junto a la hospedería. El lugar estaba templado y olía a pan recién hecho.

—Buen día os depare el Señor —saludó Lotario—. Por favor, sentaos aquí a mi lado. Hoy tenemos un pastel de calabaza exquisito.



—Buen día, su paternidad. —Le agradeció el ofrecimiento y se sirvió un trozo pequeño—. Quisiera hablaros del auxiliar que me adjudicasteis para las tareas de escritura, el novicio sobrino del bibliotecario.

—Sí. ¿Qué ocurre con él? ¿Acaso os desobedece?

—No, eminencia, al contrario. El muchacho es trabajador, y también muy aseado. Tal vez algo melindroso, pero aplicado desde luego.

—¿Entonces?

—Simplemente, no es adecuado. Y creed que no digo esto en razón de su juventud. He de reconocer que cuando su paternidad lo propuso como ayudante, lo juzgué acertado. Sin embargo, los hechos se han obstinado en demostrarme lo contrario.

—Bueno. Decidme en qué os ha disgustado y veremos de solucionarlo.

—Pues en mil cosas, su paternidad. Para empezar, desconoce las minúsculas. Emplea ese antiguo alfabeto latino, todo en burdas versales, sin signos de puntuación ni espacios entre las palabras. Además, estropea pergaminos como quien se suena la nariz. Ayer, sin ir más lejos, emborronó la misma página dos veces. ¡Ah! Y, por supuesto, no sabe griego. Sí, pone entusiasmo; pero lo que yo necesito es un escriba, no un aprendiz.

—Podéis dar gracias de contar con ese muchacho. Es dócil y tiene una bonita letra. Además, vos sabéis griego. ¿Para qué necesitáis a otra persona?

—Ya se lo he explicado, su paternidad. La vista no me responde. A distancia soy capaz de distinguir un milano de un vencejo, pero de cerca, según pasan las horas, a duras penas diferencio una vocal de una consonante.

El obispo se rascó la barba y soltó un eructo.



—De todas formas, no sé cómo podría ayudaros. En el cabildo no conozco a nadie que sepa griego. Tal vez en el monasterio...

—También lo he preguntado —dijo Alcuino negando con la cabeza.

—Entonces habréis de conformaros.

—Quizá no. —Enarcó las cejas—. Hará un par de días conocí casualmente a una muchacha que necesitaba ayuda. Por fortuna, no sólo sabe leer, sino que también escribe con una letra inmaculada.

—¿Una muchacha? Seguro que estáis al corriente de la incapacidad de la mujer para asuntos del conocimiento. ¿No os habrá atraído por motivos más mundanos? —le guiñó el ojo con picardía.

El fraile endureció el semblante.

—Os aseguro que no, paternidad. Necesito una escriba, y su presencia más bien obedece a un regalo de la providencia.

—Si ése es vuestro capricho, haced lo que creáis. Pero que no ande de noche por el cabildo, no vaya a soliviantar al resto del clero.

Alcuino quedó satisfecho. Bebió un poco de vino y se sirvió otro trozo de pastel. En ese momento recordó el tema del Marrano y le preguntó a Lotario por la causa que lo llevaría al patíbulo.

—Parecéis angustiado por el asunto —aventuró el obispo tras engullir un bocado de pastel más grande que su propia boca—. De hecho, cuando os invité al acto, no mostrasteis demasiado interés, y debo reconocer, fray Alcuino, que eso me ha inquietado.

—Os ruego me disculpéis si no comparto vuestro entusiasmo —se sirvió un exiguo trozo de queso—, pero nunca fue de mi agrado tratar la muerte como un acontecimiento. Tal vez si conociese los detalles de lo sucedido, comprendería mejor vuestra postura, aunque en cualquier



caso, no os preocupéis más allá de lo necesario: os acompañaré a la ejecución y rezaré por el alma del reo.

Lotario apartó el pan de un manotazo.

—*Actio personalis moritur cum persona*. Aquí en Fulda, el clero es respetuoso con la ley, del mismo modo que supongo lo será en vuestro país britano. Nuestra humilde presencia no sólo reconforta al reo en su última vicisitud terrena, sino que además infunde el necesario respeto en la muchedumbre, que, como sabréis, por naturaleza está tentada de seguir ejemplos contrarios a la doctrina de Nuestro Salvador.

—Y yo admiro tan loables intenciones —respondió Alcuino—. Sin embargo, considero que ciertos espectáculos no consiguen más que provocar la distracción de la plebe y acentuar los bajos instintos. ¿Acaso vos mismo no habéis comprobado cómo tuercen sus caras en grotescas muecas cuando aplauden la agonía del ajusticiado, no habéis oído las soeces blasfemias que pronuncian mientras el reo se retuerce bajo la horca, o no habéis percibido sus miradas lujuriosas, empañadas aún por los efectos del vino?

El obispo dejó de engullir y retó a Alcuino con la mirada.

—¡Escuchadme atentamente! Ese bastardo asesinó a una muchacha que estaba en la flor de la vida. La degolló con una hoz y profanó su cuerpo inocente.

Alcuino se atragantó y echó fuera el bocado. No había imaginado que el suceso alcanzara tal gravedad.

—Un crimen verdaderamente horrendo —dijo—. Del que nada sabía. Pero aun así, ese castigo...

—Querido hermano. La ley no la dictamos nosotros, humildes siervos de Dios. Son los capitulares de Carlomagno los que hablan al respecto.



Además, no entiendo qué justificación podéis esgrimir ante la aplicación de un escarmiento tan íntegro.

—No, no. Por favor. No me malinterpretéis. Opino como vos que el crimen ha de ser castigado, y que el castigo, para que obre justicia, debe estar en consonancia con la perversidad del delito cometido. Lo que ocurre es que esta mañana, después del oficio de *tercia*, escuché a unos capellanes un comentario desconcertante.

—Decidme, pues, de qué hablaban.

—Dijeron que ese pobre retrasado, aludiendo al condenado, no debería haber nacido. ¿Sabéis vos a qué podían referirse?

—Vos mismo lo habéis dicho. Hablaban de ese cretino. No veo en esas palabras nada que os hubiera de intrigar —repuso Lotario mientras se servía otro trozo de calabaza.

—El caso es que les pregunté sobre el Marrano, creo que fue así como le llamaron. Me contaron que es retrasado de nacimiento, y que hasta el día del asesinato no había causado problemas serios. Añadieron que en alguna ocasión había asustado a alguien, pero más a causa de su aspecto desaliñado que por su propio comportamiento, y que nadie habría imaginado que fuera capaz de cometer un acto tan cruel y abominable.

—Y cierto es todo lo que os han dicho. Por lo visto, querido Alcuino, sabéis del caso bastante más de lo que parece.

—Sólo los detalles que os acabo de relatar. Sin embargo, ignoro cómo se determinó su culpabilidad. Por favor, decidme, ¿acaso fue sorprendido mientras atacaba a la joven? ¿Le vio un testigo por los alrededores? ¿O tal vez alguien halló sus ropas ensangrentadas?

El obispo se levantó y apartó el plato bruscamente.



—*Habet aliquid ex inicuo omne magnum exemplum, quod cautra ángulos, utilitate publica rependitur.* El monstruo es culpable. Fue juzgado y condenado. Y como cualquier cristiano de bien, espero que aplaudáis cuando lo enviemos al infierno.

A Alcuino le sorprendió aquella reacción. No había pretendido enjuiciar su forma de obrar, sino tan sólo hacer un comentario, pero al punto comprendió que había conducido la conversación de un modo irreverente. En realidad no tenía ningún motivo para cuestionar la opinión de Lotario.

—Querido padre, le ruego sepa perdonarme —se disculpó—. Si aún lo considera oportuno, cuente el lunes con mi presencia.

Lotario le miró de arriba abajo.

—Eso espero, fray Alcuino. Y le sugiero que piense más en las víctimas y se despreocupe de los asesinos. Ni para ellos, ni para los que les comprenden, hay lugar en el Reino de los Cielos —dijo Lotario mientras se retiraba sin despedirse.

Alcuino advirtió tarde lo necio de su comportamiento. Ahora Lotario le tomaría por un britano presuntuoso con más ganas de querer demostrar su superioridad que de ocuparse de sus propios asuntos. Y lo peor de todo era que estaba seguro de que, tarde o temprano, aquel enfrentamiento le granjearía algún disgusto.

Terminado el desayuno, se encaminó hacia las cocinas para aprovisionarse de un par de manzanas con las que alimentarse a mediodía. Las escogió maduras y amarillas, muy perfumadas, como le gustaban. Luego se dirigió a la antigua biblioteca ubicada en la parte



opuesta del palacio. Le dijeron que el obispo había mandado construirla en el extremo sur del edificio, orientada hacia el interior del atrio, a fin de preservarla del viento y las humedades.

Cuando abrió la puerta, le extrañó encontrar a Theresa sentada en el único banco que escoltaba el *scriptorium*. La joven manejaba la pluma en el aire como si escribiera sobre un pergamino imaginario, pero la movía con tal delicadeza que en lugar de escribir daba la sensación de estar interpretando una suerte de danza. Alcuino imaginó que intentaba ejercitarse, pero lo cierto era que, sin duda, ya disponía de las aptitudes necesarias para el delicado arte de la copia.

—Buenos días —la interrumpió—. No recordaba que hoy vinieras al cabildo.

La joven dio un respingo y dejó la pluma sobre el *scriptorium*. Se quedó mirando boquiabierta a Alcuino y de repente se levantó como si la hubieran pinchado en el culo.

—Estaba... estaba practicando —se excusó—. Mi padre dice que si se practica lo suficiente, uno puede llegar hasta donde quiera.

—Eso casi siempre es cierto, con mucha práctica... y yo diría también que con mucha fe. Para progresar hay que creer en lo que se hace. Por cierto, ¿te gusta tu oficio? Quiero decir... ¿Te gusta trabajar como *percamenarius*?

La muchacha no respondió enseguida y sus mejillas se encendieron.

—No quisiera parecer desagradecida, pero tan sólo lo hago para estar cerca de los libros —dijo al cabo.

—Aprecio un sentimiento de culpa, cuando debería ser lo contrario —repuso él—. La Divina Providencia cuida de que cada cual desempeñe el



puesto que Ella haya proveído. Y el tuyo no tiene por qué ser el de una perfecta encuadernadora.

La muchacha permaneció cabizbaja un momento. De repente se le iluminó el rostro.

—¡Leer! ¡Eso me encanta! Siempre que puedo aprovecho para leer, y cuando lo hago, creo viajar a otros países, conocer otras lenguas o vivir otras vidas. —Sus ojos se movían de un lado a otro como intentando escenificarlo—. No creo que exista nada igual. En ocasiones incluso imagino que escribo. Pero no me refiero a copiar como un amanuense, sino a redactar mis propios pensamientos. —Se detuvo como si hubiese dicho una tontería—. No sé... Mi madrastra siempre decía que tengo la cabeza llena de pájaros, que bastante mal hago con tener un oficio de hombres y que debería casarme y parir hijos.

—Nunca se sabe. Tal vez sea ése el camino que el Señor te haya deparado. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintidós?... ¿Veinticuatro?... Fíjate en mí. Ya he cumplido los sesenta y soy un simple maestro. Tal vez no sea demasiado, pero me siento feliz desempeñando las tareas que Dios tuvo a bien encomendarme.

—Entonces, ¿no depende de mí? Quiero decir... ¿Dios ya ha decidido mi futuro?

—Veo que aún no has leído *La Ciudad de Dios*, pues de lo contrario sabrías lo que el santo de Hipona ilustró con meridiana claridad en sus legajos: los astros, como ciertamente se ha demostrado, tienen en su disposición y movimientos las llaves de nuestro destino.

—¿Y vos podéis averiguarlo?

—No resulta tan fácil. Sería necesario elaborar tu pliego astral, conocer el momento exacto de tu alumbramiento, determinar la posición que



ocupaba el sol en el firmamento y desde luego, muchos, muchos días de trabajo.

Theresa se quedó desconcertada. De repente torció el gesto y volvió a sentarse.

—Pero si lo que decís es cierto, ¿no significaría eso que los astros son más poderosos que la Divina Providencia?

—Pues no exactamente. Y no soy yo quien lo afirma, sino el mismísimo san Agustín, quien en sus textos se pregunta qué otra cosa son los astros sino simples instrumentos de Dios, obra Suya, y espejo de Sus celestiales propósitos. El Hacedor no nos dio el alma para ser esclavos de un destino. Nos otorgó el libre albedrío para distinguirnos de los cuadrúpedos, de las bestias salvajes que pueblan este mundo. Y ese albedrío es el que en tu interior te dice que debes perseverar en la escritura. Que servirás mejor a Sus propósitos leyendo y escribiendo, en lugar de malgastar tu vida cosiendo páginas y escaldando cueros.

—Mi padre siempre me decía lo mismo. Con otras palabras, desde luego, pero más o menos lo mismo... —Entonces se le ocurrió algo—. ¿Vos podríais enseñarme?

—¿Enseñarte? ¿A qué?

—Habéis dicho que sois maestro. Podría aprender lo que enseñáis a vuestros alumnos.

Al principio el fraile dudó, pero finalmente se mostró conforme. Establecieron que tras la jornada de escritura dedicarían un par de horas al estudio del *trivium* y el *cuadrivium*, ya que la lectura y la escritura las dominaba con soltura. Una vez superadas las materias básicas, profundizarían en el estudio de las Sagradas Escrituras. De repente, Alcuino se levantó como si recordara algo.



—¿Te apetece caminar un rato? —le propuso.

—¿Y la escritura?

—Lleva contigo un par de tablillas. Ya verás como las utilizamos.



Capítulo 14

Antes de salir, Alcuino ordenó a Theresa que aguardase mientras le comentaba un asunto al obispo. Luego el fraile se dirigió a las dependencias del eparca, donde fue recibido por su secretario particular. Tras explicarle su propósito, el secretario, un viejo contrahecho al que parecía dolerle hasta el hábito, se incorporó y desapareció tras unos cortinajes rojos, de los cuales regresó al poco con andares parsimoniosos.

—Su paternidad os recibirá por la noche. Ahora se encuentra atareado con un emisario llegado de Aquis-Granum.

—Pero es preciso que le vea.

—Os repito que está ocupado. Además, no es buen momento. Al parecer, se ve obligado a retrasar la ejecución del Marrano, y eso le ha soliviantado.

—¿Un retraso? No entiendo.

—Carlomagno se acerca a Fulda con una legación romana, y sabiendo de su venida, resultaría desconsiderado privar al rey del espectáculo.

—Perfecto —asintió, sin ocultar su satisfacción—. A propósito, ayer estropeé mi estilo y necesitaría fabricarme otro. ¿Sabríais indicarme dónde conseguir plumas de ganso?

—¿Plumas de ganso? No sé. De esos asuntos se ocupa el chambelán, que ahora se encuentra en la plaza, ultimando los detalles de la



ejecución. Pero si va a la Taberna del Gato, allí encontrará quien le diga. Hay varias granjas con patos y pollos por los alrededores.

«Patos y pollos.» ¡Patos y pollos ya tenían en los corrales de las cocinas! ¿Es que nadie en el cabildo sabía que las plumas de ganso eran las únicas apropiadas para la escritura? Recordó entonces que aquella no era la primera vez que oía hablar de la Taberna del Gato. De hecho, aquel lugar debía de ser bastante popular, pues hasta el mismo obispo no había dudado en referirle el delicioso hidromiel que se dispensaba en aquella fonda. Alcuino le dio las gracias y se encaminó hacia el lugar donde aguardaba Theresa.

Nada más dejar el palacio, una suave llovizna les salió al encuentro. El fraile se protegió la cabeza antes de bajar la escalinata, para seguidamente mezclarse con el gentío que desde primeras horas bullía en la plaza de la catedral. Theresa le siguió a corta distancia, admirando la pléyade de callejuelas en que se encajonaba un hervidero de gente cargada de fardos, tratantes de ganado vareando animales, comerciantes desesperados por hacerse un sitio entre la muchedumbre, y pilludos huyendo de los vendedores a los que acababan de hurtar, sazonado todo por multitud de tenderetes en los que se ofrecían las más variopintas mercancías. Alcuino aprovechó para comprar una docena de nueces, de cuyas cascaras, le explicó a Theresa, obtendría una excelente tinta tras quemarlas y mezclarlas con un cuartillo de aceite. Abrió una, se echó el fruto a la boca y a continuación se encaminó hacia la calle de la herrería, donde debería encontrar la famosa taberna.

Un agradable olor a pitanza acompañado de una animada algarabía terminaron por confirmarle que había encontrado la cantina. El lugar se ubicaba en un caserón de madera rojiza, con dos ventanucos enanos y una puerta protegida por una manta de colores vivos. Cuando se disponían a entrar, la manta se apartó y apareció una mujer con los



pechos fuera dando traspies y apestando a vino. Al ver a Alcuino se remeti6 los pezones en el jub6n y esboz6 una sonrisa estúpida. Luego se disculp6 y corri6 calle abajo diciendo majaderías. Alcuino se santigu6, le dijo a Theresa que se cubriera, y entr6 con decisi6n en la taberna.

Una vez en el interior, Theresa se sonroj6 al encontrarse un espectáculo similar al de una sala del Averno. Allí, hombres y mujeres en obscena mezcolanza se daban por igual a la gula y la lujuria entre guisos y bebida, y el soniquete de una dulzaina. Al fondo, el ciego que la tocaba mostraba sin pudor sus encías desnudas, parapetado tras un par de toneles que hacían las veces de mostrador. El fraile baj6 la vista y encamin6 sus pasos hacia un hombre de barba poblada y brazos grasientos que parecía el tabernero. Theresa le sigui6, aunque manteniéndose a distancia.

—Dígame, fraile, ¿qué le sirvo? —pregunt6 el tabernero mientras despachaba a otros clientes una tanda de cervezas.

—Vengo del cabildo. Me envía el secretario del obispo.

—Lo siento, pero el hidromiel se nos ha terminado. Si lo desea vuelva a última hora, que tendremos suministro.

Alcuino supuso que los clérigos acudían a aquel lugar para aprovisionarse de bebida. Cuando le explic6 que no necesitaba hidromiel, sino gansos, el hombre solt6 una carcajada.

—En las granjas del río encontraréis los que necesitéis. ¿Van a preparar un festín en el cabildo?

En ese momento un vocerío se adueñ6 de la taberna. Alcuino y el tabernero se giraron sorprendidos, para comprobar cómo la gente se arremolinaba alrededor de una mesa mientras los denarios comenzaban a correr de mano en mano.



—¡Pelea a primera sangre! —gritó el tabernero mientras corría hacia el gentío.

Alcuino se dirigió al lugar donde Theresa observaba absorta. Una pelea a primera sangre. Había oído hablar de ellas, incluso había visto a los mozos simular alguna, pero nunca había presenciado una. Por lo que sabía, se trataba de un combate de habilidad que concluía cuando uno de los luchadores hería al otro con un objeto punzante. Alcuino le sugirió que tomase nota de cuanto viera.

Para entonces los parroquianos ya hacían sitio a los contendientes: el primero, una bola de sebo con troncos por antebrazos, y su oponente, un pelirrojo que parecía haberse bebido todo el vino de la taberna. Ambos giraban uno en torno al otro como lobos acechando su presa. La clientela comenzó a rugir y vitorear con la misma saña con que los contrincantes lanzaban las primeras cuchilladas.

Pese a su corpulencia, el grueso esgrimía el *scramasax* con brío, obligando al pelirrojo a retroceder mientras se cambiaba el cuchillo de mano. Theresa garabateó algo sobre la tablilla creyendo que el reto acabaría pronto, pero ninguno de los hombres se decidía a la acometida definitiva. Finalmente el hombre grueso se abalanzó sobre el pelirrojo en una nube de cuchilladas, obligándole a recular hasta una esquina. Parecía que en cualquier momento lo atravesaría, pero el pelirrojo se mantenía tranquilo, como si en lugar de pelear por su vida jugase con una niña. Simplemente se limitaba a retroceder y fintar mientras las apuestas seguían engordando.

El hombre grueso comenzó a sudar y a moverse más despacio. Debía de pensar que si acorralaba a su oponente, cobraría ventaja, así que empujó una mesa tratando de cortarle el paso, pero el pelirrojo saltó esquivando el impacto. En ese instante, el gordo logró aferrar al pelirrojo por la muñeca con que empuñaba el cuchillo, pero éste se defendió



sujetando al gordo por el brazo contrario. El pelirrojo resistió unos segundos, con las venas de los brazos hinchándosele como lombrices. La gente no cesaba de vitorear y jalear, pero de repente la mano del gordo crujió y los parroquianos callaron como si hubiera aparecido el diablo. Entonces, el pelirrojo gritó algo incomprensible, hizo una finta y el cuchillo relampagueó entre sus manos. En un pestañeo acometió al gordo y retrocedió como si no hubiera sucedido nada. Luego se irguió bajando la guardia.

El gordo se mantenía en pie, quieto, mirando al pelirrojo con sorpresa, como si quisiera decir algo y no le saliesen las palabras. De repente un chorro de sangre brotó de su vientre y el hombre se derrumbó como una marioneta a la que hubieran cortado las cuerdas. El pelirrojo lanzó un alarido de triunfo y escupió sobre el cuerpo caído, al tiempo que los parroquianos corrían a atender al herido. Algunos hombres se maldijeron por su mala suerte, mientras los más afortunados se aprestaron a dilapidar las ganancias con las rameras. Luego el pelirrojo se sentó a una mesa alejada de la muchedumbre, se peinó tranquilamente y rio con desdén mientras contemplaba cómo retiraban al gordo hacia la trastienda. Cogió una jarra y bebió hasta vaciarla. Después se sirvió un trozo de pan con salchichas e invitó a la clientela a una ronda de cerveza.

Alcuino le ordenó a Theresa que esperara. Seguidamente se acercó al ganador con otra jarra de vino que encontró suelta en una mesa.

—Un combate impresionante. ¿Me permite que le invite a un trago? — dijo Alcuino, sentándose sin esperar respuesta.

El pelirrojo lo miró de arriba abajo antes de enganchar la jarra y apurar hasta la última gota.



— Ahórrese los sermones, fraile. Si lo que busca es limosna, salga ahí al centro, empuñe un cuchillo y que Dios le proteja. — El hombre volvió la vista hacia la mesa y comenzó a contar las monedas que un conocido acababa de traerle como parte de las apuestas.

— La verdad, pensé que el gordo le liquidaría, pero su manejo del *scramasax* ha resultado proverbial — contemporizó Alcuino.

— Oiga, ya le he dicho que no doy limosnas, así que láruese antes de que me canse.

Alcuino comprendió que debía ser más directo.

— En realidad no deseaba hablar de la pelea. Más bien me interesa otro asunto: me refiero al molino...

— ¿Al molino? ¿Qué sucede con el molino?

— Trabaja allí, ¿no es así?

— ¿Y qué si lo hago? No es algo nuevo.

— Verá, el cabildo desea adquirir una partida de grano. Un buen negocio para quien sepa llevarlo. ¿Con quién debería hablar para discutir este asunto?

— ¿Viene del cabildo y no sabe a quién dirigirse? No me agradan los mentirosos — dijo echando mano a la empuñadura de su cuchillo. .

— Tranquilo — se apresuró a decir el religioso—. No conozco a los responsables porque soy recién llegado. El trigo iría al cabildo, pero se trata de un asunto privado. En realidad pretendo cubrir unas partidas antes de que los *missi dominio*, inspeccionen los graneros. Nadie está al tanto, y así quiero que siga siendo.

El pelirrojo soltó el mango del *scramasax*. Los *missi dominici* eran los jueces que periódicamente enviaba Carlomagno por sus territorios para



resolver los pleitos judiciales de mayor rango. La última visita la habían hecho en otoño, así que era posible que el fraile estuviese en lo cierto.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? Hable con el dueño, a ver qué le dice.

—¿El dueño del molino?

—Del molino, del arroyo, de esta taberna y de medio pueblo. Pregunte por Kohl. Lo encontrará en el puesto de grano que posee en el mercado.

—Eh, Rothaart, ¿ahora te vas a meter a fraile? —interrumpió el mismo hombre que antes le había traído las monedas. Alcuino supo que Rothaart era el nombre del pelirrojo, pues eso precisamente significaba en la lengua de los germanos.

—Tú, Gus, sigue bromeando. Un día de éstos te machacaré el cráneo, pondré en su lugar una calabaza, y hasta tu mujer se alegrará por el cambio —contestó Rothaart a su amigo—. Y en cuanto a vos —dijo a Alcuino—, si no vais a traer más vino, ya podéis dejar el sitio a una de esas mujerzuelas que están esperando.

Alcuino le agradeció su atención, hizo una seña a Theresa y ambos salieron de la taberna. Se dirigieron hacia la plaza del mercado.

—¿Y ahora adónde vamos? —preguntó ella.

—A hablar con un tipo que es dueño de un molino.

—¿El molino de la abadía? —Theresa corría detrás de Alcuino, que cada vez andaba más rápido.

—No, no. En Fulda existen tres molinos: dos pertenecen al cabildo, aunque uno esté situado en la abadía. El tercero es propiedad de un tal Kohl, que según parece es el rico del condado.

—Pensé que queríais conseguir unas plumas.



—Eso fue antes de conocer al molinero.

—Pero ¿no le conocíais? Oí cómo os dirigíais a él afirmando que trabajaba en el oficio. ¿Y para qué queréis comprar grano?

Alcuino la miró como si le irritase la pregunta.

—¿Quién te ha dicho que quiero comprarlo? Y tampoco conocía al molinero. Lo cierto es que lo deduje por la harina que no sólo impregnaba su vestimenta, sino también lo más recóndito de sus uñas.

—¿Y qué tiene de particular ese molino?

—Si lo supiera, no iríamos a visitarlo —dijo sin aminorar el paso—. Lo único que puedo decir es que nunca había visto a un molinero que comiera pan de centeno. Por cierto, ¿qué apuntaste en tus tablillas?

Theresa se detuvo para buscar en la talega. Iba a leer, pero al comprobar que Alcuino no la esperaba, corrió detrás de él mientras repasaba lo anotado.

—El hombre grueso resultó herido en el vientre. El pelirrojo esperó a que se desequilibrara para atacarle. Las ganancias del vencedor ascendieron a unos noventa denarios. ¡Ah! Y esto no lo anoté, pero la herida del gordo no debió de ser grave porque salió de la taberna por su propio pie —dijo ufana, a la espera de un reconocimiento.

—¿Y en eso has malgastado tu tiempo? —Alcuino la miró un instante y continuó andando—. Muchacha, te pedí que apuntases cuanto vieses, pero no aquello tan evidente que hasta un necio pudiera contarlo. Debes aprender a fijarte en los pormenores, en los acontecimientos más sutiles, en los detalles que pasando casi desapercibidos, pareciendo insustanciales o vacíos, proporcionan la información más interesante.

—No os entiendo.



—¿Te fijaste en el detalle de la harina? ¿Acaso lo hiciste con sus zapatos? ¿Determinaste con qué mano lanzó la cuchillada?

—No —reconoció Theresa, sintiéndose estúpida.

—En primer lugar, el pelirrojo: cuando entramos a la taberna parecía borracho, pero en realidad elegía a su víctima, porque a la hora de apostar contó hasta el último denario.

—Aja.

—Escogió a un hombre fuerte pero poco diestro. Antes lo había tanteado Gus, que resultó ser su compinche, con un torpe juego de manos. De hecho, Rothaart no empezó a pelear hasta que Gus le indicó que las apuestas ya se habían elevado.

—Vi algo raro en ese Gus, pero no le presté importancia.

—Respecto al dinero que anotaste; veinte denarios... es mucho.

—Lo suficiente para comprar un cerdo —dijo Theresa recordando sus charlas con Helga.

—Pero no tanto si al final debes pagar una ronda de consumiciones y a las dos rameritas que te están esperando. Sin embargo, sus zapatos eran de cuero fino, distintos para cada pie, lo que significa que fueron hechos por encargo. También lucía una cadena de oro, y un anillo engarzado en la mano. Demasiada riqueza para un molinero que se juega la vida apostando.

—Tal vez pelee todos los días.

—Si así fuera, y siempre ganase, la fama le precedería y no encontraría ni contendientes dispuestos a morir, ni apostantes que tiraran su dinero. Y si fuese el caso contrario, en alguna de esas apuestas ya lo habrían matado. No. La explicación a sus zapatos caros debe de ser otra. Quizá la misma por la que, en lugar de trigo, coma pan de centeno.



—Pero entonces...

—Entonces sabemos que trabaja como molinero. Que es zurdo, astuto, hábil con el cuchillo, y también adinerado.

—¿También os fijasteis con qué mano acometió al gordo?

—No me hizo falta mirarlo. Agarraba la jarra con la izquierda, contó sus ganancias con la izquierda y fue ésa la que empleó cuando intentó amenazarme.

—¿Y todo esto qué importancia tiene?

—Quizá ninguna. Pero tal vez esté relacionado con la enfermedad que asola la villa.

De camino al mercado, Alcuino le confió que las muertes de su ayudante y el boticario no parecían accidentales. Eran varias las personas fallecidas entre terribles dolores, y dado que ahora disponía de ayudante, se había propuesto averiguar lo que estaba sucediendo.

El encargado del puesto de grano, un hombre tuerto y demacrado, les informó que Hansser Kohl se había marchado hacía rato. Dijo que si se apresuraban lo encontrarían en el molino, pues debía almacenar allí un cargamento de cebada recién recibido. Les indicó cómo encontrar el lugar, un terreno escarpado al que se llegaba saliendo por la puerta sur de las murallas para seguir el curso del río un par de millas en dirección a las montañas.

Alcuino le agradeció la aclaración y reanudó la marcha. Atravesaron la ciudad, que abandonaron por la puerta meridional para, a continuación, tomar el margen del cauce, el cual remontaron a buen paso. De haber conservado el resuello, Theresa le habría preguntado cómo era posible



que no se cansara, pero el fraile no le dio oportunidad. Cuando por fin alcanzaron las inmediaciones del molino, ella apenas podía con su alma.

Se detuvieron un instante para observar el paisaje, con la figura del molino destacando imponente sobre el risco que el torrente había excavado entre las rocas.

A Theresa le sorprendió el crujir continuo y pesado de la noria, semiahogado por el propio rumor del agua. Al acercarse, advirtió que las aspas no las impulsaba el río, sino la corriente de una acequia lateral, que mediante una rudimentaria esclusa regulaba el caudal de entrada.

Alcuino admiró la estructura del edificio, construido como casi todos los de aquel tipo en torno a tres alturas. En la planta baja se ubicaban las poleas y los engranajes encargados de trasladar el movimiento de la noria hasta el enorme eje vertical que atravesaba el molino. La planta principal, o de molido, acogía ensartadas sobre el eje las dos ruedas de piedra ranuradas, una fija y otra móvil, que al girar opuestamente molían el grano. Por último, en el tercer nivel se hallaba el almacén del cereal junto al embudo de carga. Por éste se vertía el grano, que a través de un conducto hueco discurría hasta el agujero horadado en la rueda superior, para acabar triturado entre las muelas.

Observó que lindante con el molino se levantaba una pequeña vivienda fortificada. También distinguió un establo y un almacén vallado en el que imaginó custodiarían el grano.

—Lo que me extraña es su situación, tan alejada del pueblo —dijo Alcuino señalando el edificio—. Tal vez por eso la casa sea de piedra: para proteger al molinero y su familia.

—¿Y qué venimos a hacer aquí? No quisiera decir ninguna inconveniencia.



—Lo cierto es que no quise explicártelo porque aún son conjeturas, pero sospecho que el origen de la enfermedad reside en el trigo. —Sacó unos granos de un bolsillo y se los cedió a Theresa—. Para confirmarlo, necesito examinar el cereal, así que simularé mi interés por una transacción para intentar que el dueño me ceda una muestra.

—¿Creéis que están envenenando el trigo?

—No exactamente. Pero tú, por si acaso, mantén la boca cerrada.

En ese instante, unos perros que merodeaban por los establos comenzaron a ladrar como si los hubieran apaleado. Simultáneamente, dos hombres pertrechados con arcos aparecieron por la puerta.

—¿Qué les trae por aquí? —preguntó el mejor vestido sin dejar de apuntarles.

Theresa presumió que sería Kohl, pero Alcuino no lo dudó.

—Buenos días —les saludó para que vieses que no portaban armas—. Venía a proponerle un negocio. ¿Podríamos pasar? Aquí hace un frío del demonio.

Los dos hombres bajaron los arcos.

En lugar de al molino, ingresaron en la vivienda porque, según dijo el peor vestido, en el molino no encendían fuego para evitar los incendios. Una vez en la casa, Kohl apremió al siervo para que sacase alguna vianda. El hombre llamó a su mujer y ésta corrió por las estancias como si la persiguiera el diablo. Primero trajo pan y queso y luego una jarra de vino con la que sirvió a los cuatro.

—Sin gota de agua —presumió Kohl después de paladearlo—. Bien. Hablad, ¿de qué negocio se trata?

—Por mi atuendo ya habréis adivinado que vengo de la abadía. —Se tomó un instante para brindar por los presentes—. Sin embargo, he de



confesaros que no represento al abad, sino al monarca Carlomagno. Veréis: el rey visitará Fulda próximamente, en dos semanas o menos, y me gustaría atenderle con el mayor de los merecimientos. Por desgracia, nuestras reservas de grano han disminuido considerablemente, y el que nos queda ya está algo pasado. En el cabildo tampoco disponen de acopios, así que me dije que tal vez pudiera adquiriros a vos una partida. De digamos... ¿cuatrocientos modios?

Kohl se atragantó al escuchar la cifra, tosió y se sirvió de nuevo. Cuatrocientos modios era cantidad suficiente para alimentar un ejército. Sin duda era un trato excelente.

—Eso es mucho dinero. Supongo que conocéis la tarifa del grano: tres denarios el modio de centeno, dos denarios el modio de cebada y un denario el de avena. Si lo que queréis es harina...

—Obviamente, lo prefiero en grano.

Kohl asintió. Era lógico que si la abadía poseía dos molinos, quisiera ahorrarse el coste sobreañadido.

—¿Y para cuándo lo precisáis?

—Cuanto antes. Necesitamos tiempo para moler el trigo.

—¿Trigo? —Kohl se levantó sorprendido—. Que yo sepa aquí nadie ha hablado de ese cereal. Puedo suministraros centeno, cebada y avena; e incluso si queréis, espelta, pero el cultivo de trigo lo maneja la abadía. Y vos deberíais saberlo.

Efectivamente lo sabía. Pensó en una respuesta.

—También sé que en la abadía a veces se extravían partidas que luego acaban en el mercado —respondió—. Cuatrocientos modios son dieciséis mil denarios...



Kohl caminó de un lado a otro sin apartar la vista de Alcuino. Sabía que era un riesgo, pero precisamente aceptándolos era como se había enriquecido.

—Volved mañana y hablaremos. Esta tarde tengo trabajo y no podré resolver nada.

—¿Podríamos visitar el molino?

—Ahora se encuentran trabajando. Tal vez en otro momento.

—Perdonad que insista, pero me gustaría... —Un molino es un molino. Os he dicho que están trabajando.

—Bien. Entonces, mañana nos veremos.

Cuando salieron de la vivienda, Theresa preguntó qué había averiguado, pero Alcuino sólo rumió sobre su mala fortuna. Al pasar junto a los establos le comentó que precisaba examinar el interior del molino, pero no había insistido para no despertar sospechas.

—¿Te has fijado en los caballos? —añadió—. Seis, sin contar a los que tiran del carro.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que como mínimo, en el molino hay seis personas vigilando.

—¿Demasiadas?

—Demasiadas.

De repente se detuvo como si hubiera recordado algo. Luego retrocedió. Tras comprobar que nadie les observaba, saltó la valla y se introdujo en el establo. Rebuscó en las alforjas de los caballos, entre las maderas de un carro y en la paja del suelo. Estaba arrodillado cuando



llamó a Theresa. La muchacha acudió corriendo y sacó una tablilla de cera, suponiendo que deseaba que escribiese algo, pero Alcuino negó con la cabeza.

—Busca en el suelo. Como los granos que te di.

Escudriñaron entre el estiércol hasta que oyeron ruidos procedentes del molino. Entonces se levantaron y huyeron a toda prisa.

Llegaron a la abadía con las manos y los pies congelados, pero en las cocinas encontraron una sopa caliente que les reconfortó. Comieron rápido porque Alcuino pretendía volver al trabajo, pero Theresa le sugirió visitar antes a Hóos. El fraile accedió, y tras recoger sus platos se encaminaron hacia el hospital.

En la enfermería les recibió el mismo fraile de anteriores ocasiones. Sin embargo, su usual cara risueña mostraba ahora un velo de preocupación.

—Me alegro de veros. ¿Os han dado el recado?

—No. ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido? —preguntó Alcuino.

—Pasad, por Dios, pasad. Dos nuevos enfermos y con los mismos síntomas.

—¿Gangrena en las piernas?

—Uno de ellos ya ha empezado con las convulsiones.

Ambos frailes se apresuraron hacia la estancia donde agonizaban los contagiados. Eran padre e hijo y trabajaban en el aserradero. Alcuino advirtió que el padre ya mostraba negras la nariz y las orejas. Probó a interrogarles, pero sólo consiguió que respondieran incoherencias. Al instante les prescribió unas purgas.



—Y que beban leche mezclada con carbón. Toda la que les quepa.

Dejaron al enfermero preparando los remedios mientras ellos se trasladaban a la estancia donde Hóos se recuperaba. Sin embargo, al llegar a su cama la encontraron vacía. Interrogaron a los presentes, pero ninguno supo dar cuenta de su paradero. Miraron en las letrinas, en el comedor anexo y en el pequeño claustro donde los heridos más dispuestos se iban recuperando, todo en vano. Después de buscar por todas partes hubieron de aceptar que había desaparecido.

—Pero no puede ser —se quejó Theresa.

—Le encontraremos —fue lo único que acertó a decir Alcuino.

Aconsejó a la joven que volviera a casa y permaneciera tranquila. Él debía regresar a la biblioteca, pero daría orden de que tan pronto apareciese, acudieran a avisarla. Acordaron verse a la mañana siguiente en la puerta del cabildo. Theresa le agradeció su preocupación, pero cuando se dio la vuelta no pudo evitar que le afloraran unas lágrimas.

Theresa pasó el resto de la tarde encerrada en el pajar, para que Helga no le preguntara. Sin embargo, poco antes del anochecer decidió dar un paseo por las callejuelas cercanas. Mientras deambulaba por las callejas se preguntó qué significaría aquella opresión en su pecho, aquel escalofrío que la sacudía cuando recordaba a Hóos. Cada mañana se moría por que llegase el momento de encontrarle, de hablar con él, de sentir sobre ella su mirada. Las lágrimas volvieron a sus ojos. ¿Por qué su vida era un castigo? ¿Qué mal había causado para que todo lo que amaba terminara desapareciendo?



Avanzó sin rumbo conjeturando sobre el paradero de Hóos, intentando imaginar qué le habría sucedido. Recordó que durante su última visita, el joven apenas si había logrado encadenar varios pasos por el claustro, y eso había ocurrido el día anterior. Aún seguía enfermo, así que resultaba imposible que hubiese huido.

Siguió caminando sin advertir que paulatinamente se alejaba de las calles más concurridas. Hacía frío y escondía la cabeza entre los bordes de su capa, intentando guarecer la nariz. Para cuando quiso darse cuenta, se encontró en un callejón estrecho y oscuro.

Olía a podrido. Un ladrido la asustó.

Miró alrededor y comprobó que la mayoría de las casas aparentaban estar abandonadas, como si sus dueños se hubieran arrepentido de vivir en un lugar tan tenebroso y hubieran huido sin siquiera cerrar las ventanas.

Se asustó y decidió retroceder.

Había emprendido el regreso cuando en el exterior del callejón se perfiló una figura encapuchada. Theresa esperó a que se fuera, pero la figura no se movió.

Intentó no alarmarse. Se dijo que no sería nadie y que no le sucedería nada.

Continuó avanzando. Sin embargo, a medida que se aproximaba, su corazón se aceleró. La figura permanecía callada, vigilante, inmóvil como una estatua. Theresa apretó el paso bajando la mirada, pero al llegar a su altura, el encapuchado se abalanzó sobre ella y trató de inmovilizarla. Quiso gritar pero una mano se lo impidió. Entonces gimió aterrada. En un intento desesperado, mordió la mano que la amordazaba, el hombre gritó y entonces su voz la paralizó.



—¡Diablo de mujer! Pero ¿qué pretendes? ¿Amputarme las manos? — dijo chupándose el mordisco.

Theresa no dio crédito. Su acento, su entonación...

—¿Hóos? ¿Eres tú?

Al mirarlo lo reconoció. Sin pretenderlo se echó en sus brazos, que la recibieron con ternura. Hóos se despojó de la capucha dejando a la vista su sonrisa franca. Él acarició su cabello mientras aspiraba su perfume. Luego le sugirió caminar hacia otro lado porque allí no estaban seguros.

—Pero ¿dónde estabas? —sollozó la muchacha—. Creí que no volvería a verte nunca.

Él le contó que la había seguido. Había huido de la abadía porque debía regresar inmediatamente a Würzburg. Si continuaba en el hospital, nunca lo conseguiría.

—Pero si apenas te mantienes en pie.

—Por eso necesito un caballo.

—Es una locura. Los bandidos te matarán. ¿Ya no recuerdas lo que te hicieron?

—Olvida eso. Tienes que ayudarme.

—Pero yo no sé...

—Escúchame —la interrumpió—. Es vital que alcance Würzburg en la próxima semana. Arriesgué mi vida por salvar la tuya, y ahora soy yo el que te necesita. Tienes que conseguirme una montura.

Theresa comprobó que su mirada rezumaba desesperación.

—De acuerdo, pero no entiendo de caballos. Tendré que preguntarle a la Negra.

—¿La Negra? ¿Quién es ésa?



—¿No lo recuerdas? La mujer que nos atendió cuando llegamos a Fulda. Ahora vivo con ella.

—No creo que sea buena idea. ¿No tienes dinero? Althar te dejó una bolsa con monedas.

—Pero ese mismo día se la entregué a la Negra como adelanto por el hospedaje y la manutención. Apenas si conservo un par de denarios.

—Maldita sea —apretó los dientes.

—Podría preguntarle a Alcuino. Tal vez él pueda ayudarnos.

Hóos se revolvió al oír el nombre del fraile.

—¿Acaso has perdido el juicio? ¿Por qué crees que escapé de la abadía? No te fíes de ese hombre, Theresa. No es lo que parece.

—¿Por qué lo dices? Se ha portado bien con nosotros.

—No puedo explicártelo, pero debes confiar en mí. Aléjate de ese fraile.

Theresa no supo qué decir. Creía a Hóos, pero Alcuino le parecía un buen hombre.

—¿Entonces qué haremos? ¡Tu daga! —recordó ella—. Podríamos intentar venderla. Seguro que te alcanza para comprar un caballo.

—Ojalá la conservara. Esos malditos frailes debieron de robármela —se quejó—. ¿No sabes de nadie que negocie con caballos? ¿Alguien que pudiera proporcionarte una montura?

Theresa negó con la cabeza. Y añadió que aún era pronto para cabalgar porque se le abriría la herida. Hóos se detuvo para respirar. Jadeaba como un viejo mientras se apretaba el pecho por la zona herida.

—¿Te encuentras bien?



—Eso no importa. ¡Maldición! Necesito una cabalgadura —gritó a la vez que tosía. Se sentó abatido sobre un tronco para leña.

Por un instante, Theresa pensó que se le abriría la herida.

—Ahora que recuerdo... —dijo—. Esta mañana estuve en un lugar donde guardaban caballos. —No supo bien por qué decía eso.

Hóos se levantó y la miró con ternura. Acogió su cara entre sus manos y luego, lentamente, acercó sus labios hasta besarla. Theresa creyó morir. El cuerpo le tembló con el calor de su boca, cerró los ojos y se abandonó a aquella miel que la inundaba. Sus labios se entreabrieron tímidos, permitiendo que la lengua de él la rozara. Luego se separó despacio, mirándolo a los ojos y con las mejillas ruborizadas. Pensó que sus pupilas resplandecían más bellas que nunca.

—¿Y qué será de mí cuando te vayas? —le dijo. Hóos la besó de nuevo y ella olvidó sus preocupaciones como por ensalmo.

Se encaminaron hacia la taberna de Helga deteniéndose en cada esquina, besándose con el miedo de los ladronzuelos, como si fuera a regañarles el primero que les sorprendiera. Tras cada arrumaco reían y apretaban el paso. Al llegar a la taberna ingresaron por la parte de atrás para que Helga no les sorprendiera. Subieron al pajar donde Theresa dormía y volvieron a besarse. Hóos acarició sus senos, pero ella se apartó. Luego le trajo algo de comer, lo acomodó con una manta y le dijo que esperara. Si todo salía bien, en unas horas regresaría con una montura.

Sabía que era una locura, pero salió de la casa provista de una vela, un eslabón y yesca seca. También se aprovisionó con un poco de carne



cruda y un cuchillo de cocina. Luego se dirigió hacia las murallas sin saber si las encontraría cerradas. Por fortuna, las obras de mantenimiento seguían en la puerta meridional, así que no necesitó identificarse cuando un guarda medio dormido la saludó a su paso.

Mientras caminaba hacia el molino, recordó los labios de Hóos. Sintió el calor de sus susurros y el aliento sobre sus mejillas, y el estómago se le encogió. Se apresuró guiándose por la claridad de la luna, con la esperanza de que los perros no la descubrieran. No estaba segura, pero confiaba en que la carne picada les mantuviese ocupados mientras ella iba a los establos. Cuando llegó a las inmediaciones del molino, comprobó que se vislumbraba lo suficiente como para prescindir de la yesca. Buscó a los perros, pero no los divisó. Sin embargo, por precaución, depositó la mitad de la carne en el camino principal y desperdigó el resto por el sendero de la cuadra.

En el establo contó sólo cuatro caballos que le parecieron dormidos. Los examinó con cuidado, intentando adivinar cuál sería el más adecuado, pero no se decidió por ninguno. De repente oyó unos ladridos y el corazón se le aceleró. Al instante corrió a un rincón, donde se agazapó cubriéndose con paja y esperó atemorizada. Pasados unos segundos, los ladridos cesaron. Entonces se dio cuenta del error que estaba a punto de cometer.

Se preguntó qué hacía allí y cómo podía haber considerado cometer un robo, y se respondió que, aunque desease ayudar a Hóos, aquella no era la manera. No podía traicionarse a sí misma; no era la educación que su padre le había procurado.

Se sintió sucia e indecente. De hecho, ni siquiera entendía cómo había llegado hasta el molino. Cabía la posibilidad de que la capturaran y la condenaran por robo, un delito que en ocasiones se castigaba con la muerte. Sentía defraudar a Hóos, pero no podía seguir adelante. Lloró



por lo necio de su comportamiento. Luego pidió perdón a Dios y le rogó que la ayudara.

Estaba asustada. Cualquier ruido, desde el resoplar de un caballo hasta el crujido de una madera le hacía imaginar que la descubrirían. Se arrastró despacio entre las patas de los caballos, reptando hacia la salida. Sin embargo, cuando se disponía a abandonar el establo, advirtió con horror que cuatro hombres se dirigían hacia las cuadras.

Supuso que los perros les habrían alertado.

Volvió sobre sus pasos y se enterró entre la paja. Uno de los hombres entró en el establo y comenzó a golpear los lomos de los animales, que relincharon despavoridos. Theresa vio los cascos de un caballo desfilar frente a su cara y a punto estuvo de gritar, pero logró contenerse. El hombre embridó un ejemplar, montó sobre él y emprendió el galope hacia la maleza. Luego observó cómo los otros tres descargaban un carro y transportaban su contenido hasta el molino. A Theresa le extrañó que se empleasen a una hora tan intempestiva sin siquiera la ayuda de teas, y se le ocurrió que tal vez aquellos sacos tuviesen alguna relación con el grano que Alcuino andaba buscando.

Sin pensar en las consecuencias, aprovechó la ausencia de los hombres para inspeccionar el cargamento. Aún les quedaba un par. de fardos por descargar, así que extrajo el cuchillo y practicó un corte en la esquina del que tenía más cerca, hundió la mano lo justo para obtener un puñado de cereal, y volvió corriendo al establo.

Los hombres regresaron pronto. El primero en llegar descubrió el saco roto y culpó al segundo del destrozo. Éste lo acusó a su vez y comenzaron a discutir, hasta que el que parecía ser el jefe los separó a puñetazos. El primero se marchó, pero regresó poco después con una tea encendida que el jefe empuñó iluminando su cabello pelirrojo. Cargaron



los sacos restantes y abandonaron el lugar sin preocuparse más del establo.

En cuanto se supo a solas, Theresa corrió sendero abajo imaginando el aliento del pelirrojo a su espalda. Lo recordó apuñalando al gordo de la taberna y pensó que en cualquier momento aparecería tras un árbol para segarle el cuello. Ni cuando alcanzó la muralla se consideró a salvo.

Llegó a casa de Helga con el corazón en la garganta. Entró al edificio por la parte trasera, comprobó que la Negra seguía en la taberna y, con sigilo, se dirigió al pajar donde permanecía Hóos medio dormido. Al verla el joven se alegró, pero torció el gesto tras conocer que no había conseguido el jamelgo.

—Lo intenté, te lo juro —se lamentó ella.

Hóos maldijo entre dientes, pero aun así le dijo que no se preocupara. A la mañana siguiente ya encontraría él la manera de escapar.

Theresa lo besó en los labios y él le correspondió.

—¡Aguarda un momento! —se interrumpió ella. Se incorporó con un respingo y bajó a la taberna.

Al cabo de un rato regresó tarareando una tonta cancioncilla. Se acercó a él con disimulo y volvió a besarle. Luego lució una hermosa sonrisa.

—Ya tienes caballo —anunció.

Le dijo que, pese a que él no lo aprobara, le había preguntado a Helga por el pago que en su día le satisfizo como adelanto por el hospedaje. Necesitaba el dinero, y si le reintegraba una parte, se lo devolvería con creces antes de febrero.

—Al principio se negó, pero le recordé que disponía de trabajo fijo, y le prometí que además de recobrar lo prestado, percibiría una quinta



parte en concepto de intereses. No obstante, quiso saber para qué demonios quería el dinero.

Hóos la miró con ansiedad, pero ella lo tranquilizó. Le había contado que precisaba un potranco para acompañar al fraile en sus recorridos campestres, y Helga no sólo la había creído, sino que incluso le había recomendado un tratante que le dejaría uno barato. En total le había devuelto cincuenta denarios, la mitad de lo entregado a cuenta. Con ese dinero podría adquirir una montura vieja y comida suficiente para aguantar el camino.

—¿Y no te preguntó por qué no ibas andando?

—Le dije que me dolían los tobillos. Escucha, Hóos. Antes de que te vayas, me gustaría pedirte algo.

—Por supuesto. Si está en mi mano...

—Dentro de unos días... cuando llegues a Würzburg...

—¿Sí...?

—¿Sabes? Cuando me encontraste en la cabaña... te mentí. No estaba allí de paseo.

—Bueno. No te preocupes. Si no quisiste contármelo, no tienes por qué hacerlo ahora.

—Estaba asustada, pero ahora... ahora quiero decírtelo. En Würzburg hubo un incendio.

—¿Un incendio? ¿Dónde?

—Yo no tuve la culpa, te lo aseguro. Fue ese maldito Korne, que me empujó. Las ascuas prendieron, se quemó todo y... —Las lágrimas la interrumpieron. Hóos la abrazó—. Prométeme que buscarás a mi padre y le dirás que estoy bien. Prométemelo.



—Sí, claro. Te lo prometo.

—Que les quiero. A él y a Rutgarda. Promételo.

Hóos acarició su rostro y ella se calmó. De repente Theresa recordó el pergamino que había encontrado oculto en la talega de su padre. Por un momento pensó en encomendarle a Hóos que se lo entregara, pero al instante se contuvo. Quizá fuera un documento privado y por eso lo había escondido.

—Llévame contigo —le pidió.

Él le sonrió con dulzura.

—Encontraré a tu padre y le diré que no se aflija, pero no puedes acompañarme. Acuérdate de los bandidos. —Pero...

Él selló su boca con un beso.

Cuando sopló la última vela, Hóos le pidió que se acercara. Ella aceptó sin saber bien por qué. El joven la abrazó con gentileza para protegerla del frío, pero aunque pronto entraron en calor, ya no quisieron separarse.

Hóos fue el hombre atento que ella siempre anheló. Sus brazos la estrecharon mientras sus besos la cobijaban. Recorrió su cuerpo dibujando senderos inexplorados, acariciándola despacio mientras la envolvía con su aliento, y ella se dejó embriagar, apreciando cómo en su interior anidaba un apetito vergonzoso.

Nunca antes se había sentido así. No acertaba a interpretar aquel cúmulo de sensaciones, aquel combate entre el pudor y la ansiedad, entre el temor y el deseo.

—Aún no —le suplicó.



Hóos siguió besándola sin escucharla, recorriéndola con sus labios, acariciando su pubis, su vientre, sus pezones erectos. Ella codició la firmeza de sus brazos mientras él arrullaba la tersura de sus senos. Tembló cuando él separó sus piernas. Luego, al sentirle entrar, su cuerpo se arqueó por el dolor. Sin embargo, el deseo le hizo apretarse contra él como si quisiera poseerlo para siempre. Después se abandonó a sus movimientos y al fuego que la consumía.

Él se movió sobre ella sin dejar de besarla. La embistió despacio, entreteniéndose entre sus ingles, para luego ir más rápido, y finalmente con tal ansia que el delirio sacudió el vientre de ella haciéndole creer que el diablo la poseía. Cuando Hóos se vació, ella deseó que se quedara.

—Te quiero —le susurró él, y la apretó entre sus brazos.

Ella cerró los ojos y anheló que se lo repitiera mil veces.

Por la mañana, cuando Hóos se despidió, ella sólo oyó que la amaba.



Capítulo 15

Los domingos no acudía al *scriptorium*, de modo que Theresa aprovechó la mañana para ordenar el pajar y fregar los cacharros acumulados en la cocina. Aun así, se dijo que después de almorzar iría a la abadía para simular interés por el paradero de Hóos y de ese modo evitar sospechas. Mientras limpiaba la taberna recordó cada beso de la noche anterior. El aroma de Hóos la impregnaba como si la hubieran frotado con un paño empapado en esencia.

Hóos Larsson...

Antes de partir, él le había prometido que a su regreso viajarían juntos a Aquis-Granum para instalarse en sus tierras.

Imaginó cómo sería su vida en la hacienda de Hóos, atendiendo la casa durante el día, y apretándose contra su cuerpo cada noche. Por un instante olvidó los problemas de Helga y Alcuino para embelesarse con su imagen. No pensó en otra cosa durante toda la mañana.

Para cuando Helga se levantó, Theresa ya había limpiado cuatro veces la misma estancia. La mujer se quejó de un ardor en el vientre que decidió atemperar con un trago de vino y varias arcadas. Su cuerpo aún olía a hombre, pero ella no pareció darle importancia. Una vez en la cocina, le sorprendió encontrarse a Theresa porque ni siquiera recordaba que fuera domingo, así que fue dando tumbos hasta una jofaina en la que se mojó los ojos lo justo para desprenderse las legañas.



—¿Hoy no vas con los frailes? —dijo mientras se servía otro trago.

—Los domingos los reservan para rezar.

—Será porque no tienen más que hacer —se lamentó Helga con envidia—. A ver qué demonios preparo yo para comer hoy.

Comenzó a hurgar entre los cacharros hasta dejarlos tan revueltos como antes de que Theresa los ordenara. Luego agarró una perola en la que fue introduciendo todas las verduras que encontró, añadió un pedazo de tocino salado y cubrió todo con agua limpia de una tinaja. Cuando la puso al fuego, aprovechó para agregarle la lengua de una vaca.

—Bien fresca. Me la trajo ayer un cliente —presumió.

—Si me sigues cebando así, al final tendré que robarte la ropa —le advirtió Theresa con una sonrisa.

—¡Pero hija! Si, con lo que comes, lo extraño es que se te noten las tetas.

La mujer removió el puchero mientras Theresa se ocupaba nuevamente de la cocina.

—Además, recuerda que en mi estado he de cuidarme —agregó la Negra acariciándose su incipiente barriga.

Theresa sonrió. No obstante, se preguntó si continuaría ejerciendo de meretriz cuando la tripa se le pusiera como una sandía.

—¿Cómo se preña una mujer? —preguntó de repente.

—¿Qué clase de pregunta estúpida es ésa?

—No. En fin. Lo que quería decir es... ya sabes... bueno... si al hacerlo la primera vez...

Helga la miró sorprendida, y de repente echó a reír.



—Depende de lo bien que te hayan jodido, so granuja. —Y le plantó un sonoro beso en la cara.

Theresa intentó disimular su rubor frotando con fuerza la herrumbre de la cocina. Mientras lo hacía, rogó a Dios que aquello no sucediera. Afortunadamente Helga le dijo que era una broma, y que los embarazos dependían de otros factores además de la puntería. Como eso tampoco la tranquilizó, siguió frotando hasta que el ejercicio ocultó los coloretos de sus mejillas.

Hablaron largo rato sobre Hóos. Cuando Helga le preguntó si de verdad le quería, Theresa la reprendió por el hecho de que lo dudara. Sin embargo, la mujer continuó sin inmutarse, interrogándola sobre la familia del muchacho, la riqueza de que disponía y su habilidad como amante. Llegado a ese punto Theresa dejó de contestar, aunque la delató una sonrisa.

—Seguro que estás embarazada —bromeó Helga, y volvió a reír antes de que Theresa le arrojara una lechuga a la cabeza.

Mientras se dirigía hacia el monasterio, Theresa recapitó sobre la preñez de la Negra. Por un momento se imaginó a sí misma rolliza como un tonel, portando en su vientre a una indefensa criatura y sin recursos con los que afrontar el parto. Pasó las manos sobre su barriga lisa y un escalofrió la sacudió. En ese instante se prometió que, por mucho que lo deseara, no volvería a yacer con Hóos hasta después de casada.

Cuando llegó a la abadía, el cirellero le franqueó el paso, escarmentado tras el episodio de las chuletas. Theresa vestía la toga que Alcuino le había proporcionado, de modo que con la capucha echada, su aspecto no difería del de cualquier novicio que merodeara por el exterior de los



edificios. El encargado de la enfermería se sorprendió al reconocerla, pero tras cerciorarse de que disponía del permiso de Alcuino, accedió a informarle sobre el paradero de Hóos.

—Te lo vuelvo a repetir: la única explicación es que se marchara por su propia voluntad.

—¿Y entonces por qué no me avisó? —fingió indignación.

—¡Y yo qué sé! ¿Crees que aquí nos quedamos con algún lisiado?

A Theresa le desagradó el comentario. Pensó que tal vez aquel fraile fuese el mismo que le había robado la daga a Hóos mientras éste yacía en cama. El enfermero advirtió el gesto de desconfianza de la muchacha, pero no se inmutó.

—Si no te gusta lo que oyes, vete a protestar a Alcuino —dijo señalando el camino del *scriptorium*, y sin dedicarle más tiempo se volvió para amasar una cataplasma.

Theresa dudó en visitar al monje. Aunque Hóos le hubiera advertido contra él, lo cierto era que hasta ese momento Alcuino había cumplido con todas sus promesas. Además, necesitaba devolverle a Helga el dinero prestado para la compra del caballo. Recordó entonces la muestra de grano que había recogido durante su incursión en el molino. Aún la llevaba en el bolsillo, así que decidió enseñársela y aprovechar la excusa para hablarle de dineros. Lo encontró a la puerta del *scriptorium*, justo cuando ya salía. El religioso no esperaba verla, pero aun así la saludó con amabilidad.

—Lamento decirte que tu amigo...

—Lo sé. Vengo de la enfermería.

—No entiendo qué puede haberle ocurrido. Si dispusiera de tiempo... pero he de solucionar varios asuntos de vital importancia.



—¿Y acaso Hóos no lo es? —replicó ella con hipocresía.

—Por supuesto que sí. Te prometo que esta noche dedicaré un rato a estudiar el caso.

Theresa asintió, simulándose satisfecha. Luego se hurgó los bolsillos y sacó el puñado de grano que había hurtado en el molino. Cuando Alcuino lo vio, los ojos se le abrieron casi tanto como la boca.

—¿De dónde lo has sacado? —dijo, acercándose a la semilla.

Ella le contó la historia obviando el episodio de los caballos. El fraile observó el grano un instante antes de recoger un palito del suelo que utilizó para remover el cereal. Luego le dijo que lo guardara otra vez en sus bolsillos y se lavara bien las manos. Seguidamente se encaminaron hacia la botica. Tras comprobar que se encontraba desierta, Alcuino encendió varias velas y clausuró puertas y ventanas para que nadie pudiera observarles. Seguidamente le pidió a Theresa que depositara hasta el último grano sobre un platillo metálico. Cuando finalizó, la obligó a sacudirse el interior del bolsillo sobre el mismo platillo, conminándola a que se lavara de nuevo.

—¿Has sentido molestias en el estómago? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza. Tenía molestias, pero de haber pasado la noche con Hóos.

El fraile dispuso todas las velas junto al platillo, que refulgió como el sol. Los granos dorados resplandecían bajo las llamas, al igual que su cara, tan cerca del cuenco como la de un animal que husmeara en su pitanza. Le pidió a Theresa que le acercara dos escudillas de cerámica blancas y unas pinzas de un anaquel cercano. Luego trasladó de uno en uno los granos desde el platillo metálico hasta una escudilla.



Continuó la tarea despacio, tomándose tiempo para examinar cada grano, oliéndolos y tocándolos en un extraño ritual. Avanzado el trasiego, con las tres cuartas partes del grano en uno de los recipientes blancos, Alcuino se levantó de un salto, enarbolando las pinzas de cuyo extremo pendía un grano negro. Se lo mostró ufano a Theresa y rio, pero ante la inexpresividad de la muchacha volvió a sentarse y depositó el grano sobre la escudilla que permanecía vacía.

—Acércate —le dijo—. Y presta atención a la forma y el color.

Ella observó con detenimiento la especie de cuernecillo que descansaba en el centro de la escudilla. Era un cuerpo negruzco, retorcido, de tamaño similar al recorte de una uña.

—¿Qué es? —Le pareció una simple semilla.

—«Cuando el cereal ondula con el viento, Körnmutter vaga por los campos esparciendo a sus hijos, los lobos del centeno.»

Theresa lo miró sin entender nada.

—*Körnmutter*: la Diosa Madre de los granos —explicó—. O al menos, eso creen los paganos del norte. Lo sospeché desde el primer momento, pero lo extraño es que suceda en el trigo.

—No comprendo...

—Míralo bien —dijo, volviendo a asir la brizna con la pinza—. No se trata de ninguna semilla. Es cornezuelo: un hongo alucinógeno. Esto que ves es el *esclerocio*, la estructura en que resiste tras abandonar su presa. —Extrajo un cuchillo de su cintura con el que sajó la cápsula, dejando a la vista un interior blanquecino—. El hongo anida en las espigas húmedas, a las que consume cual parásito, y lo mismo hace con quienes tienen la desgracia de comerlo. Los síntomas siempre son idénticos: mareos, visiones infernales, gangrena en las extremidades y finalmente una



muerte terrible. Examiné el centeno mil y una veces sin hallar rastro de cornezuelo y, sin embargo, no se me ocurrió pensar en el trigo. No hasta después de la muerte de Romualdo, mi pobre acólito.

—¿Y por qué no se os ocurrió?

—Quizá porque no soy Dios, o tal vez porque el cornezuelo no suele crecer en el trigo —respondió con tono molesto—. Fíjate en su tamaño. Es mucho más pequeño que el del centeno. No fue hasta hace poco, tras recordar que la enfermedad sólo afectaba a los más acaudalados, cuando concluí que debería buscar en el trigo.

Theresa tomó el cuchillo y con la punta examinó los restos de la cápsula como si se tratara de un bicho muerto.

—Entonces, si ésta es la causa de los fallecimientos... —aventuró ella.

—Que sin duda lo es...

—Se evitarían las muertes advirtiendo a los molineros.

—Podría parecer así, aunque por desgracia no sería suficiente. Quien lo esté vendiendo ya sabe que el trigo provoca los fallecimientos, de modo que un simple aviso sólo serviría para advertir al criminal que le hemos descubierto.

—Pero al menos la gente dejaría de comer el pan de trigo.

—Se ve que desconoces lo que puede hacer un hambriento. La gente come basura, alimentos podridos, animales enfermos. Y no pienses que los ricos son los únicos afectados, porque hoy han fallecido dos pordioseros. Además, no sólo arruinaríamos a los comerciantes, a los molineros, a los panaderos y los cientos de familias que viven de ese cereal, sino que el criminal, al saberse buscado, molería el grano contaminado diseminando el veneno de forma irremediable. No. —Miró a Theresa con severidad—. Sólo cabe el descubrir al causante antes de



que continúe matando. Y para ello, necesito que me jures el más absoluto secreto.

La muchacha sujetó entre sus manos el crucifijo que Alcuino le tendía, lo pegó a su pecho y juró ante él, sabiendo que, si quebrantaba su promesa, su alma quedaría irremisiblemente condenada.

Después de limpiar los recipientes salieron de la botica en dirección a la catedral, buscando refugio de soportal en soportal como si temiesen que alguien les siguiera. Alguna vez se detenían para coger resuello, momento en el que Theresa aprovechaba para interesarse por lo que Alcuino sabía sobre el cornezuelo. El monje le informó que durante su estancia en la escuela de York habían sufrido la plaga en más de una ocasión.

—Pero siempre en el centeno —insistió.

Le contó que, coincidiendo con su nombramiento como bibliotecario, varios monjes cayeron enfermos. Fue una época de hambruna, le explicó. Cuando el trigo se acabó, trajeron unas partidas de centeno de los campos de Edimburgo que daban un pan oscuro y amargo, no tan malo como el de la espelta, pero resistente a los fríos. Además, no se endurecía tan rápido, por lo que podía almacenarse incluso después de horneado. Pero luego la gente empezó a morir. Él se ocupaba de los fondos de la biblioteca, pero también contabilizaba los impuestos por portazgos, mercados y demás corveas. Gracias a esto advirtió la coincidencia de la llegada del centeno con los primeros indicios de la enfermedad y, sin embargo, sólo tras la muerte del cuarto novicio solicitaron su ayuda.

—Para entonces, la mitad del monasterio ya estaba contaminado —se lamentó—. Le llamábamos *Ignis Sacer*, o fuego sagrado, por el ardor que provocaba en las extremidades. Descubrí la presencia de esos cuernecillos entre los granos del centeno, y comprobé sus mortíferos



efectos tras alimentar con ellos a algunos perros. Con los años, la plaga volvió a visitarnos, pero para entonces ya sabíamos cómo protegernos.

—¿Encontrasteis el remedio?

—Por desgracia, no como tal. Una vez que la ponzoña penetra en el organismo, se difunde como el agua en la arena. A partir de ese momento, el destino del enfermo depende de la voluntad de Dios y la cantidad de cornezuelo que haya ingerido. Sin embargo, aprendimos a examinar el grano antes de consumirlo.

Continuaron andando en dirección al cabildo porque Alcuino deseaba consultar el libro de aprovisionamiento de su molino. Anteriormente lo había hecho con el de la abadía, y pretendía hacer lo propio con el que pertenecía a Kohl.

—Lo que no entiendo es por qué hemos de mirar en el obispado, si donde hallé el cornezuelo fue en el molino de Kohl —apuntó Theresa, inmiscuyéndose en la investigación.

—La cápsula... La vaina del cornezuelo estaba seca. Muerta —respondió el fraile mientras ascendían por las escaleras de la catedral—. Pero aun así, conserva su poder asesino. Sin embargo, tal circunstancia nos indica que el grano fue recolectado hace más de un año, pues ése es el período que el cornezuelo aguanta vivo.

—Pero ese hecho no altera el que lo encontrase en el molino de Kohl.

—Es innegable que una partida acabó en ese lugar. Sin embargo, tal como afirma Kohl, en sus fincas no se planta trigo, cosa que obviamente comprobé tras consultar los diferentes polípticos.

—Entonces, ¿por qué cuando os ofrecisteis a comprarle trigo, no dudó en considerar vuestra oferta?



—Una observación interesante —sonrió—, y desde luego un punto para la reflexión, siempre y cuando no olvidemos que el propósito de esta pesquisa es evitar más fallecimientos. Y ahora aguarda hasta mi regreso. Vuelvo en cuanto dialogue con el obispo.

Theresa se sentó en la escalinata de la catedral, alejada de los harapientos que se disputaban los sitios más próximos al pórtico. Mientras esperaba, observó a un grupo de soldados que dismantelaban unos tenderetes en medio de la plaza.

—¿Qué hacen esos hombres? —le preguntó a un pordiosero que la contemplaba ensimismado. El mendigo tardó en abrir la boca.

—Preparan el tormento. Vinieron hace un rato y se pusieron a cavar en el centro. —Y señaló un agujero de medianas proporciones.

—¿El hoyo es para el patíbulo?

—¡No va a ser para un estanque! —rió mostrando un único diente—. ¿Una limosna, por caridad?

Theresa sacó un par de nueces de su bolsa, pero al verlas, el pordiosero escupió al suelo y se dio media vuelta. Ella se encogió de hombros, las guardó de nuevo y dirigió sus pasos hacia el lugar donde se encontraban los soldados. Junto a ellos, dos peones se afanaban en agrandar un socavón tan amplio que en él podría enterrarse a un caballo. Los trabajadores se mostraron dicharacheros, pero cuando les preguntó por el propósito del agujero, un soldado la conminó a que se marchara.

Alcuino encontró a Lotario camino del refectorio. Tras los saludos de rigor, el obispo se interesó por sus progresos caligráficos.



—No he avanzado lo que quisiera —se lamentó—, pero lo cierto es que la escritura ahora es lo que menos me preocupa.

—¿Y eso?

—Como ya sabéis, mi presencia en la abadía obedece al expreso deseo de Carlomagno. —Alcuino observó en Lotario un gesto de hastío—. Nuestro monarca ostenta un inusual equilibrio entre la devoción por lo divino y su rectitud en lo mundano, y quizá por ello me ha encargado que vigile la especial observancia de la regla de san Benito. He comprobado, muy a mi pesar, que en el monasterio los frailes salen y entran, frecuentan los mercados, hablan durante los oficios, duermen en lugar de acudir a nocturnas, e incluso comen carne de vez en cuando.

Lotario asintió. Conocía sobradamente las cualidades del monarca, pues gracias a él ocupaba el obispado, pero aun así permitió que Alcuino prosiguiera con su alocución.

—Y aunque seamos indulgentes ante pecados como la laxitud o la complacencia, al fin y al cabo limitaciones propias de la condición humana, no podemos aprobar, ni menos aún consentir, la depravación y la impureza de quienes deben velar y dar ejemplo ante sus gobernados.

—Perdonad, mi buen Alcuino, pero ¿adónde queréis llegar? Sabéis que el monasterio nada tiene que ver con el cabildo.

—En Fulda habita el diablo. —Se santiguó—. Pero no Satanás, ni Azazel, ni Asmodeo o Belial. Lucifer no necesita de príncipes para alcanzar sus infames propósitos. Y no creáis que hablo de rituales o sacrificios. Me refiero a malnacidos. Sujetos indignos de llamarse ministros de Dios, que se sirven de su posición para alcanzar sus ominosos propósitos.

—Sigo sin entender, pero por la capa de san Martín que empezáis a preocuparme.



—Disculpadme, paternidad. En ocasiones reflexiono, sin advertir que quien me escucha no puede escudriñar mis pensamientos. Intentaré ser preciso.

—Por caridad.

—Hará un par de meses llegaron a Carlomagno noticias de ciertas irregularidades habidas en el monasterio. Ya sabéis que cada abadía se comporta como un pequeño condado: dispone de tierras de las que el abad obtiene una renta mensual, generalmente en especies. Unos inquilinos le entregan cebada para elaborar cerveza, otros espelta, otros trigo, otros carneros, o patos, o cerdos, algunos lana para confeccionar los hábitos; otros más, herramientas o aperos; y la mayoría, su propio esfuerzo.

—Así es. Nuestro cabildo funciona de manera semejante.

—Como también conocéis, aquí, en Fulda, la mayor parte de los arrendados se dedica al cultivo del trigo. Pero al no disponer de molino propio, se ven obligados a moler la cosecha en la abadía. Se les devuelve en forma de harina, a cambio de una parte que se queda el monasterio en concepto de pago.

—Continuad.

—El caso es que, de un tiempo a esta parte, decenas de lugareños han enfermado o muerto sin que se conozcan las causas.

—Y creéis que la enfermedad está relacionada con la abadía.

—Es lo que pretendo averiguar. En un principio especulé con algún tipo de pestilencia, pero ahora comienzo a inclinarme por un origen diferente.

—Pues vos diréis en qué puedo ayudaros.



—Gracias, paternidad. Lo cierto es que necesitaría comprobar los polípticos de los últimos tres años.

—¿Los del cabildo?

—En realidad, los de los tres molinos. Los de la abadía ya los tengo en mi celda. Además, precisaría vuestra autorización para que mi auxiliar accediera al *scriptorium*.

—Los polípticos podéis pedirselos a mi secretario Ludovico, pero los de Kohl dudo que los consigáis. Ese hombre no refleja sus cuentas en libros. Lo lleva todo en su cabeza.

Alcuino torció el gesto porque suponía una contrariedad con la que no había contado.

—En cuanto a lo de mi ayudante... —Obvió decirle que se trataba de una mujer.

—¡Oh! ¡Sí! Por supuesto que puede acompañaros. Y ahora, si me perdonáis.

—Una última cosa —se detuvo un instante para pensárselo.

—Decidme. Llevo prisa.

—Esta enfermedad... ¿Recordáis si con anterioridad ya se dio una situación semejante? Quiero decir, hace años...

—Pues no, que yo recuerde. Tal vez en alguna ocasión alguien haya fallecido por gangrena, pero ya sabéis que eso, por desgracia, es algo común.

Alcuino reiteró las gracias algo decepcionado. Luego se dirigió a la salida, donde aguardaba Theresa con la mirada fija en el agujero excavado en el centro de la plaza. Alcuino le indicó que cenarían en el cabildo porque continuarían trabajando durante el resto de la noche. A Theresa le sorprendió la noticia, pero no la discutió. Pidió permiso para



regresar a casa de Helga, con el fin de proveerse de ropa de abrigo, y acordaron reencontrarse en el mismo lugar tras las campanadas de *nona*.

Cuando Theresa llegó a la taberna de Helga, se dio de bruces con la puerta atrancada. Sorprendida, comprobó la entrada trasera así como los postigos de las ventanas que encontró también cerrados. El lugar se encontraba desierto, así que permaneció unos instantes frente a la vivienda mirando por las rendijas, hasta que de repente un chiquillo desdentado le tironeó de los bajos de su toga.

—Mi abuela te llama —le espetó.

Theresa miró en la dirección que el mozuelo le indicaba y tras una portezuela atisbo unas manos que le hacían señas para que se acercara. C cogió al mozalbete en brazos y corrió hacia la casa. La puerta se abrió dejando a la vista el rostro asustado de una anciana que gesticulaba para que se apresurara. Nada más entrar, la vieja aseguró la puerta con un madero.

—Está ahí —le indicó.

Pese a la oscuridad, Theresa advirtió tirada en el suelo la figura de la Negra. Tenía los ojos cerrados y la cara ensangrentada.

—Ahora duerme —explicó la anciana—. Fui a pedirle un poco de sal y la encontré así. Ha sido el cabrón de siempre. Acabará por matarla.

Theresa se acercó consternada a su amiga. Un tremendo tajo le recorría el rostro desde la sien hasta la barbilla. Después de acariciarle el cabello se dijo que aquello debía terminar. Le pidió a la anciana que la cuidase y le entregó un denario que la mujer aceptó. Cuando comprendió que no



podría hacer más por ella, regresó a la taberna, forzó la ventana más endeble y entró a por sus pertenencias.

A la hora *nona* se presentó a la puerta del cabildo cargada como una muía. A cuestas portaba su ropa, algo de comida, las tablillas de cera y el jergón que le había regalado Althar antes de regresar a las montañas. Cuando le contó a Alcuino que no tenía adonde ir, éste intentó consolarla.

—Pero aquí no puedes quedarte —le aclaró.

Establecieron que dormiría en las cuadras del cabildo hasta que encontrara un lugar donde acomodarla. Luego Theresa le pidió que se ocupase de Helga *la Negra*.

—Es una meretriz. A ella no puedo ayudarla.

Intentó convencerle de que era una buena mujer; que estaba herida y embarazada, y que necesitaba ayuda urgente, pero Alcuino se mantuvo firme. Entonces Theresa se reveló.

—Si vos no la auxiliáis, entonces lo haré yo —dijo, y cogió de nuevo sus cosas.

Alcuino apretó la mandíbula. No podía disponer de otro ayudante sin arriesgarse a que sus hallazgos se esparcieran por el cabildo. Renegó y sujetó por el brazo a Theresa.

—Hablaré con la encargada del servicio, pero no te prometo nada. Y ahora, anda, cúbrete con la capucha.

Tras dejar sus pertenencias en las cuadras, Theresa se dirigió al *scriptorium* episcopal, una estancia de inferior tamaño a la del monasterio y amueblada con pupitres acolchados. Allí Alcuino liberó cuatro



volúmenes que permanecían encadenados por su lomo a los laterales de la biblioteca, los depositó sobre la mesa central y examinó los respectivos índices. Luego le entregó uno a Theresa, indicándole que vigilara cualquier asiento en que se detallasen transacciones de grano.

—En realidad no sé lo que busco: un detalle que revele si en algún momento la abadía, el cabildo, o Kohl, adquirieron alguna partida emponzoñada.

—¿Y eso se reflejaría aquí?

—Al menos aparecería la compra. Por lo que he averiguado, las cosechas habidas en Fulda nunca han ocasionado epidemias, de modo que la enfermedad hubo de originarse a partir de algún lote importado de otras haciendas.

Theresa observó que el políptico no sólo señalaba transacciones alimentarias, sino que igualmente se ocupaba del control de las rentas, las compraventas de terreno, los impuestos, los nombramientos de los cargos en el cabildo...

—Esta letra no hay quien la entienda —se quejó.

Cenaron sopa de cebolla mientras repasaban hoja a hoja los volúmenes. Theresa localizó varios asientos referentes a compras de cebada y espelta, pero ninguno de trigo.

—No lo entiendo —repuso Alcuino—. Deberíamos encontrar algo.

—Aún faltan por comprobar los polípticos de Kohl.

—Eso es lo malo. Sus transacciones no figuran en ningún políptico.

—¿Entonces?

—Tiene que haber algo. Ha de haberlo —repitió, abriendo otra vez los códigos.



Volvieron a repasarlos con el mismo resultado. Finalmente, Alcuino se dio por vencido.

—¿Puedo quedarme un poco más? —solicitó ella. En la cuadra sólo le esperaba el olor a estiércol.

Alcuino la miró extrañado.

—¿Seguro que deseas proseguir? —Ella se lo confirmó—. En tal caso dormiré aquí al lado —dijo señalando un banco.

El hombre se amoldó a la rigidez del mueble, que crujió bajo su peso. Luego entornó los ojos lacrimosos y comenzó unos rezos que poco a poco se fueron transformando en ronquidos. A Theresa le complació contemplarle, pero enseguida se volvió hacia el primer volumen que empezó a leer con los cinco sentidos. Apuntó los nombramientos y ceses de los almaceneros, las reparaciones de los molinos y los beneficios que en cada estación reportaba la venta de trigo. Sin embargo, transcurrida la primera hora, comenzó a ver las letras como un desordenado reguero de insectos.

Dejó el volumen y se puso a pensar en Hóos. Seguramente él estaría durmiendo, o tal vez permaneciese en vela, como ella, acordándose de la noche anterior y deseando regresar a su lado para viajar juntos hasta Aquis-Granum. ¿Tendría frío? Ojalá estuviese a su lado para abrazarle. Después recordó a su padre y el corazón se le encogió. Cada día que pasaba, más lo echaba de menos.

Un crujido la alertó de sus divagaciones. Se giró y vio a Alcuino intentando acomodar su cuerpo espigado a la dureza del banco. El religioso siguió roncando.

Continuó la tarea, intercalando la lectura con algún intento vano de rebañar la sopa que había quedado en el plato. Avanzó con lentitud repitiendo cada una de sus anotaciones, hasta que de repente algo



extraño le llamó la atención. No era el texto. Acercó la luz a uno de los pliegos y pasó la yema de los dedos por una superficie de un color diferente de las demás. De nuevo lo acarició, comprobando la distinta rugosidad de los pliegos restantes. Acercó otra vela para observarlo con detalle. Su aspecto era más claro, más limpio y suave.

Reconocía aquel tacto. Rápidamente buscó la hoja que complementaba el pliego. No estaba rasgada, lo cual significaba que no había sido añadida ni cortada. Los pliegos estaban cosidos en cuadernillos de hojas dobles que permanecían unidas por el plisado donde se respunteaban. Encontró la segunda hoja del pliego. Era igual a las demás, rugosa y oscura. Igual de avejentada.

Sólo cabía una explicación, y ella la conocía porque la había practicado decenas de veces. Cuando un pergamino se emborronaba, podía recuperarse raspándolo hasta eliminar la piel manchada. Si se trabajaba no sólo la mancha, sino todo el pliego, volvía a lucir como nuevo, quedando en disposición de ser reutilizado. Sin embargo, su grosor disminuía y su color se alteraba. Los escribas lo denominaban palimpsesto.

Miró de nuevo el pliego suave. La letra también lucía distinta a la de las hojas contiguas. Sin duda había sido escrita con bastante posterioridad.

Se preguntó por qué razón habrían raspado toda una página.

Por un momento pensó en despertar a Alcuino, pero decidió esperar. Recordó entonces que en el taller de Korne, jugando a adivinar cuál había sido el texto borrado, empleaban ceniza húmeda para revelar las marcas dejadas por la pluma sobre la hoja posterior. A veces no lo conseguían porque las marcas del nuevo texto se entremezclaban con las anteriores. Sin embargo, todos los amanuenses sabían que antes de



escribir sobre una hoja ya enmendada, debían colocar una tablilla para evitar que quedaran marcas en el pliego de abajo.

Extrajo un puñado de ceniza del hogar y se santiguó. Luego aplicó la ceniza en círculos sobre la hoja de abajo y la friccionó suavemente, hasta convertirla en un polvo gris que desapareció al primer soplo. Levantó el códice, lo puso al trasluz y ante sus ojos apareció un pequeño texto en blanco.

Anotó en su tablilla de cera:

En las calendas de febrero del año 796 de Nuestro Señor Jesucristo.

Bajo el auspicio de Beocio de Nantes, abad de Fulda, siendo garante Carlos el llamado Magno, rey de los francos y patricio de los romanos.

Hecha transacción y venta depreciada se refleja la misma de seiscientos modios de centeno, doscientos de cebada y cincuenta de espelta enviados al condado de Magdeburg.

Pagados en dinero a esta abadía con cuarenta sueldos de oro, por ley de Dios.

Que el Todopoderoso proteja a Magdeburg de la plaga.

El resto del párrafo hacía referencia a la apertura de un camino vecinal, que coincidía con lo reescrito sobre el pliego raspado.

Un sentimiento de alegría la sacudió desde el estómago hasta las orejas. De inmediato avisó a Alcuino y le puso al corriente del descubrimiento.

—Por Dios, despertarás al cabildo entero —dijo éste aún medio dormido.

Mientras ella le ampliaba los detalles, Alcuino examinó el códice con avidez. Después miró asombrado a Theresa.



—No es una compra, sino una venta. Además este precio... Cuarenta sueldos es demasiado barato.

—Pero hace referencia a una plaga, y si no fuera importante, no lo habrían ocultado —argumentó ella.

—También podría ocurrir que, aun siendo trascendente, no guarde relación con la epidemia. Sin embargo, déjame pensar: Magdeburg... Magdeburg... Hace dos años... ¡Por todos los santos! ¡Eso es!

Corrió a la biblioteca y sacó el archivo que recopilaba los últimos capitulares publicados por Carlomagno. Luego examinó las páginas como si supiera exactamente lo que buscaba.

—Aquí está: decreto de ayuda fechado en enero del mismo año. —Lo leyó entre dientes rápidamente—. Regula el envío y el precio de alimentos al condado de Magdeburg. No especifica los motivos, pero recuerdo que en esa fecha una plaga asoló la frontera de Ostfalia, a orillas del Elba.

—¿Y eso qué significa?

—Magdeburg fue sitiado por los sajones durante uno de los inviernos más duros que se recuerdan. Los insurrectos quemaron las reservas de grano, provocando una hambruna que continuó tras la llegada de las tropas de Carlomagno. Para paliarlo, el propio rey ordenó el envío de cereal desde los condados cercanos a un precio inferior al estipulado. Nunca se supo el origen de la epidemia.

—Pero ¿por qué alguien eliminaría ese dato del políptico y, sin embargo, dejaría el capitular intacto?

—Porque son cosas diferentes. Al fin y al cabo, el capitular sólo recoge un decreto de ayuda sin especificar el motivo que la originó. Sin



embargo, la página del políptico establecía una relación entre la plaga y la abadía.

- Una relación limitada a la venta de cereal —observó ella.
- A algún cabo hemos de agarrarnos.
- Pues estiremos del cabo, y agarremos al diablo.



Capítulo 16

En un rincón de la cuadra, Theresa soñó con Hóos, confortada por el olor dulzón del estiércol. Por la mañana despertó con el trasiego de los animales que relinchaban y ventoseaban como si se encontraran solos. Se desperezó con el pelo enmarañado por la paja, separó las mantas que Alcuino había preparado a modo de cortinas y se encaminó hacia los abrevaderos. El agua estaba helada, pero su cara se lo agradeció. Cuando terminó de asearse advirtió que Alcuino la miraba desesperado.

—No entiendo a qué tanta limpieza. ¡Vamos, mujer! Tenemos trabajo.

Le contó que después de que ella se retirara, él había acudido a la abadía para interrogar a un par de frailes que podían saber algo. Según le contaron recién despertados, Boecio, el anterior abad, había sufrido un ataque de locura que le condujo a una muerte prematura.

—Eso ocurrió poco después de la transacción del cereal. Por lo visto, se desató una disputa por la sucesión de la abadía en la que se vieron involucrados Racionero, por entonces tesorero y responsable de los suministros, y Juan Cristosomo, prior de la abadía, que a la postre fue el elegido. No me contaron mucho más, pero logré averiguar quién fue el boyero que realizó el transporte del grano. Te parecerá extraño, pero resulta que el Marrano no es tan tonto como pensábamos.

De regreso a la biblioteca se detuvieron en las cocinas para proveerse de gachas y leche. Theresa depositó los alimentos en una bandeja que



encontró entre las decenas de cacharros. Le extrañó que las dependencias se viesan tan descuidadas.

—También me lo parece a mí —concedió Alcuino—. Es obvio que sobra faena, o faltan manos.

Theresa aprovechó para insistir sobre Helga *la Negra*.

—Tal vez pudierais emplearla aquí. Maneja bien los fogones, y es limpia como pocas.

—¿Limpia, una *prostibulae*? ¿Una perdida que se amanceba por dinero?

—Es limpia con la comida. Si hicierais por admitirla, la ayudaríais a que abandonara ese comportamiento tan obsceno. Además, está lo de su preñez. ¿Acaso un niño debe arrastrar la culpa de sus progenitores?

Alcuino guardó silencio. Era opinión común que los retoños de las prostitutas nacían ya marcados por el diablo, pero él no compartía tamaño despropósito. Tosió un par de veces antes de anunciar que se lo plantearía al obispo.

—Aunque no te prometo nada —añadió—. Y ahora, volvamos al trabajo.

Una vez en el *scriptorium*, Alcuino descubrió un enorme pliego inmaculado que extendió sobre la mesa. Luego comenzó a escribir sobre él sin cuidado, como si se lo hubieran regalado.

—Repasemos detenidamente la situación: por una parte nos encontramos ante unas muertes que, según sabemos, obedecen a la ingesta de cereal contaminado. Un grano que, al parecer, se muele, o al menos transita por el molino de Kohl. —Theresa asintió—. Y por otra, asistimos a la venta, hace dos años, de una abundante partida de cereal a un condado en el que, con anterioridad o posterioridad a la transacción,



se desató una extraña plaga. Por desgracia, las únicas personas que podrían habernos aclarado algo, o bien han muerto, cual es el caso de Boecio, el antiguo abad, o bien están detenidas y acusadas de asesinato, cual sería el caso del Marrano.

—Una venta que, no olvidemos, alguien trató de ocultar no hará demasiado tiempo.

—Así es. Bien observado. —Se detuvo un instante para reflexionar—. Mi teoría es que la plaga de Magdeburg, sin duda atribuida por sus habitantes al asedio, en realidad obedeció al consumo de trigo contaminado por las duras condiciones invernales. Tal corrupción sería notoria para los molineros del condado, quienes obviamente prefirieron consumir el grano a morir de inanición. Con la llegada de las tropas de Carlomagno y el restablecimiento de los suministros, es de suponer que el grano contaminado fue destruido.

—Os sigo.

—Pero ¿qué ocurriría si aquel cereal arruinado, en lugar de arder en la hoguera, hubiese acabado de vuelta en los mismos carros que enviaron el centeno desde Fulda? Sin duda habría sido un negocio redondo para el vendedor de Magdeburg, que habría obtenido un rédito de un cereal inservible, y mayor aún para el comprador de Fulda, que a precio de saldo dispondría de un cereal que luego vendería bien caro.

—¿Aun a sabiendas de su malignidad?

—Eso es algo que tal vez nunca averigüemos. Podría haberse comprado desconociendo la ponzoña que albergaba, o pese a conocer tal extremo, haberlo adquirido pensando en extremar la limpieza del grano.

—Pero entonces no se habrían sucedido las muertes.



—A menos, claro está, que la partida de grano hubiera cambiado de manos.

Theresa miró a Alcuino ilusionada, sintiéndose protagonista de cada descubrimiento. Sin embargo, él continuó ceñudo, rumiando el siguiente paso.

Le pidió a Theresa que guardara los códices en la biblioteca mientras meditaba un rato. Luego, bebió un último sorbo de leche y miró a través de la ventana como si observara el tiempo.

—¿Sabes? Creo que ha llegado la hora de que hablemos con el Marrano.

Camino del matadero, Alcuino informó a Theresa de que en Fulda no existían calabozos. A los reos se les encadenaba a la intemperie hasta el día que recibían su castigo. Sin embargo, pese a tenerlo vigilado, un desconocido había apedreado al Marrano hasta medio descalabrarlo, de modo que el prefecto había ordenado su encierro en el matadero para evitar que un desgraciado malograra el espectáculo.

A la entrada del matadero se toparon con un vigilante aterido y cabeceando de sueño. Cuando le tocaron el hombro, exhaló una bocanada de alcohol y se recompuso lo suficiente como para, tras conocer las pretensiones de Alcuino, impedirles el acceso. Sin embargo, en cuanto oyó que su alma corría peligro de abrasarse en el infierno, abrió la puerta y les franqueó el paso.

Theresa siguió la antorcha de Alcuino mientras éste avanzaba por la oscuridad. El hedor a carne pútrida y humedad era tan denso que le revolvió las gachas recién desayunadas. Alcuino abrió una ventana que comunicaba con un patio interior. Por todas partes se veían restos de huesos, plumas y pieles, a la luz que se filtraba por las rendijas de las tablas mal clausuradas.



Conforme avanzaban, la tea fue iluminando el estrecho corredor por donde los animales eran conducidos al sacrificio. Al fondo de la estancia distinguieron una figura acurrucada, oscura y deforme, cargada de cadenas como un animal atrapado. Cuando se acercaron, Theresa advirtió que el desgraciado se había hecho sus necesidades encima. A Alcuino no pareció importarle. El fraile se aproximó aún más y lo saludó con voz queda. El Marrano no contestó.

—No tienes nada que temer. —Le ofreció una manzana que había traído de las cocinas.

El Marrano continuó en silencio. Sus ojos temblaban al fulgor de la llama. Alcuino apreció un par de brechas en su cabeza, sin duda fruto de las pedradas.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas alguna cosa? —insistió.

El idiota se acurrucó aún más. Parecía aterrorizado.

Alcuino acercó la antorcha para comprobar sus heridas, pero de repente el Marrano saltó hacia él e intentó golpearlo; por fortuna, Alcuino retrocedió lo suficiente para que las cadenas lo retuvieran antes de que pudiera alcanzarlo.

—Deberíamos marcharnos —sugirió Theresa.

Alcuino, sin prestarle atención, aproximó de nuevo la tea. En esta ocasión el Marrano retrocedió. Parecía más asustado.

—Tranquilízate. Nadie desea causarte daño. ¿Quién te ha hecho eso?

Siguió mudo.

—¿Tienes hambre? —Limpió la manzana y la dejó en el suelo, cerca de él. El Marrano dudó un instante. Luego, con cierta dificultad, se apoderó de ella y la guardó con avidez.

—¿Te da miedo contestar? ¿No quieres hablar?



—No creo que le hable —le interrumpió el vigilante a sus espaldas.

Theresa y Alcuino se volvieron sorprendidos.

—¿No? ¿Y por qué está tan seguro? —preguntó Alcuino desafiante.

—Porque le cortaron la lengua el domingo pasado.

De regreso al cabildo, Alcuino anduvo con la cabeza gacha pateando cuantos guijarros le fueron saliendo al paso. Era la primera vez que Theresa le oía maldecir. A la entrada del palacio episcopal vio a Lotario, que discutía con una mujer ricamente ataviada. Alcuino intentó acercarse, pero el obispo le hizo ademán de que aguardara. Al poco, se despidió de la mujer y se acercó a Alcuino.

—¿Qué os trae por aquí? ¿Acaso no habéis visto con quién estaba hablando?

Alcuino le besó el anillo.

—Disculpad mi desconocimiento. No pensé que interrumpiera un asunto de importancia.

—Pues la próxima vez esperad lo que haga falta. Me habéis dejado en mal lugar con esa dama —rezongó.

—Lo siento, pero me urgía hablar con vuestra paternidad, y aquí no es el lugar más conveniente —se excusó—. Por cierto, quizá vos podáis sacarme de mi ignorancia. ¿Para qué es el agujero que están cavando en la plaza?

—Ya tendréis ocasión de comprobarlo —sonrió—. ¿Cómo andáis de hambre? Acompañadme a comer y charlemos de eso que teníais que comentarme.



Alcuino despidió a Theresa, quedando en encontrarla después en las cocinas. Cuando el fraile llegó al refectorio, se sorprendió ante el abrumador dispendio de alimentos que atiborraba la mesa.

—Por caridad, pasad y acomodaos —le indicó. Alcuino tomó asiento a su lado y saludó a los demás comensales—. Espero que tengáis más apetito que el de costumbre, porque como veis, estamos de suerte. Esta cabeza de cordero tiene un aspecto succulento, y fijaos en las mollejas: se deshacen sólo con mirarlas.

—Ya sabe su paternidad que soy parco en cuestiones de comida.

—Y por Dios que se os nota. ¡Si estáis hecho una lombriz! Miradme a mí: saludable y rollizo, que si alguna dolencia ha de cogerme, no lo haga por falta de alimento.

El obispo se levantó, bendijo la mesa y recitó una plegaria a coro junto con los demás invitados. Cuando concluyeron, agarró la cabeza de cordero y con las manos la descuartizó en varios pedazos que repartió con jolgorio entre sus más allegados.

—Esto está delicioso, Alcuino. ¿De veras conocéis el placer del que os estáis privando? Ricos hojaldres bizcochados, pastelones de venado, quesadillas con avellanas, garbanzos dulces con membrillo. Seguro que en vuestra Northumbria no habéis tenido la oportunidad de saborear tales guisos.

—Seguro que sabéis que la regla de san Benito se opone a tales atracones.

—¡Oh, sí! ¡La regla de san Benito! Orar y morirse de hambre... Pero por suerte, aquí no estamos en vuestro monasterio —rio Lotario mientras se añadía otro trozo de cordero.



Alcuino enarcó las cejas. Se sirvió una escudilla de garbanzos, y mientras se empleaba con las legumbres echó una ojeada a los demás asistentes. Frente a él, el capellán Ambrosio sorbía unas cabezas de pichones con su habitual cara de perro. A su derecha, medio oculto por una fuente de alimentos, advirtió al *lectorero*, haciendo más ruido masticando que los demás departiendo. Más allá, dos ancianos de ojos pálidos y dientes escasos se disputaban la última ración de hojaldre.

El obispo arrojó los restos de su fuente al perro que le escoltaba y continuó sirviéndose.

—Decidme —se interrumpió—. ¿En qué consistía ese asunto tan urgente?

—Pues se trata del Marrano.

—¡Vaya! ¿Otra vez ese tema? ¿Qué ocurre con él ahora?

—Preferiría comentároslo en privado.

Miró al obispo con detenimiento. Su cara pulcramente rasurada, sin apenas arrugas, gruesa y blanda al tiempo, revelaba la misma emoción que un cochino sonrosado. Calculó que rondaría los treinta y cinco, una edad inopinada para un cargo de tamaña responsabilidad, aunque no un impedimento tratándose de un familiar de Carlomagno.

A una señal de Lotario, todos se levantaron. Alcuino esperó a que la sala se vaciara.

—Sed breve, Alcuino. Debo vestirme para la ejecución.

—¿La ejecución? Pero ¿no la habíais pospuesto? —preguntó aturdido.

—Y ahora la he adelantado —respondió el obispo sin siquiera mirarlo.

—Os ruego me excuséis, pero precisamente de eso quería hablaros... ¿Estabais al tanto de que alguien le ha cortado la lengua al Marrano?



Lotario lo miró de arriba abajo.

—Por supuesto. Todo el pueblo se ha enterado.

—¿Y qué opináis?

—Pues lo mismo que vos, supongo. Que algún indeseable nos ha privado del placer de oírle chillar.

—Y también de hablar —apuntó sin disimulo.

—Ya, pero ¿a quién le interesan las mentiras de un asesino?

—Tal vez ahí radique la cuestión. —Se lo pensó antes de decirlo—: Quizás haya alguien que no desea que ese hombre hable. Y aún más...

—¿Aún más?

—No creo que el Marrano sea ningún criminal —sentenció Alcuino.

Lotario lo miró con irritación. Luego se dio la vuelta y echó a andar, dejándole con la palabra en la boca.

—Os aseguro que él no la mató —le siguió.

—¡Dejad de decir sandeces! —Se volvió y le hizo frente—. ¿Cómo habré de repetiros que lo encontraron junto a la víctima, empuñando la hoz con que la degolló? ¡Bañado en la sangre de esa joven!

—Eso no prueba que la asesinara —respondió con calma Alcuino.

—¿Seríais capaz de explicarle eso a la madre? —le retó Lotario.

—Si supiera quién es, no tendría inconveniente.

—Pues podríais haberlo hecho antes. Era la mujer con la que hablaba cuando me interrumpisteis. La mujer de Kohl, el dueño del molino.

Alcuino enmudeció. Aun resultando prematuro establecer conclusiones, aquella revelación trastocaba la mayoría de sus



planteamientos. No obstante, el nuevo dato no alteraba el hecho de que un inocente iba a ser ejecutado.

—¡Queréis escucharme, por el amor de Dios! Vos sois el único que puede detener esta insensatez. Ese hombre sería incapaz de empuñar una hoz. ¿Os habéis fijado en sus manos? Tiene los dedos deformados. Deformes de nacimiento. Yo mismo lo he comprobado.

—¿Cómo que lo habéis comprobado? ¿Acaso lo habéis visto? ¿Quién os ha autorizado?

—Intenté solicitaros permiso, pero vuestro secretario me comunicó que andabais ocupado. Y ahora respondedme a esto: si el Marrano es incapaz de sujetar una manzana con las dos manos, ¿cómo podría haber empuñado la hoz con que se cometió el asesinato?

—Mirad, Alcuino, puede que seáis ministro de educación, que sepáis de letras, de teología y de mil cosas más, pero debo recordaros que sólo sois un diácono. Aquí en Fulda, os guste o no, quien establece lo que ha de hacerse o no, soy yo, así que os sugiero que dejéis de lado vuestras necias teorías y os ocupéis de ese códice que tanto os interesa.

—Lo único que me interesa es evitar una tropelía. Os aseguro que el Marrano no...

—¡Y yo os aseguro que la mató! Y si vuestro único argumento es que sus dedos no son hábiles, ya podéis empezar a rezar, porque eso será lo único que consigáis antes de que sus piernas desfilen hacia el patíbulo.

—Pero su santidad...

—Esta conversación ha terminado. —Y de un portazo lo dejó con la cara a un palmo de la puerta de sus aposentos.



Alcuino regresó a su celda cabizbajo. Tenía la certeza de que el Marrano no había asesinado a aquella joven, pero lo cierto era que tal «certeza» tan sólo se apoyaba en una triste manzana.

Se lamentó por su estupidez. Si en lugar de pretender convencer a Lotario, hubiese intentado posponer la ejecución, tal vez hubiera encontrado el tiempo suficiente para conseguir pruebas de mayor calado. Quizá debería haber insistido en la conveniencia de esperar a la llegada de Carlomagno, o haber sugerido que las heridas que le habían infligido al Marrano impedirían a la gente disfrutar del espectáculo. Pero ahora ya no había remedio. Tan sólo disponía de un par de horas para impedir lo inevitable.

Entonces se le ocurrió.

Se abrigó de nuevo y abandonó la celda a toda prisa. Luego, en compañía de Theresa, se dirigió hacia la abadía.

Una vez en la botica, pidió a Theresa que lavase un cuenco mientras él examinaba los distintos frascos que poblaban los estantes. Destapó varios para olerlos, hasta detenerse en uno en cuyo exterior rezaba «*lactuca virosa*». Lo abrió y extrajo una pasta blancuzca que depositó sobre un plato de barro. Hacía tiempo que no utilizaba el compuesto extraído de la variedad silvestre de la lechuga, de cuya savia se obtenía un hipnótico de contrastada eficacia. Cortó una porción del tamaño de una nuez, la machacó hasta convertirla en polvo, manipuló su anillo abriendo una especie de tapita y vertió el preparado en el minúsculo depósito que albergaba la joya. Luego la cerró, ordenaron los frascos, dejaron todo como estaba y salieron a toda prisa en dirección al cabildo. Sin embargo, cuando llegaron al palacio episcopal se encontraron con las puertas ya cerradas. Theresa se despidió porque le había prometido a Helga que la acompañaría a la ejecución del Marrano, y Alcuino emprendió carrera en dirección al patíbulo.



Cuando Theresa llegó a la taberna encontró a Helga preparada, con la cara pintada y el pelo recogido. El tajo de su rostro había desaparecido bajo una capa de harina aguada teñida con tierra, lo que le hizo suponer que no era tan profundo. Parecía animada. Además, la mujer había elaborado unos dulces para no tener que comprarlos a los vendedores ambulantes, y aunque no ofrecían buen aspecto, olían a miel y canela. Antes de acudir a la plaza se abrigaron con sendas capas de piel para protegerse del frío. Luego cerraron bien las puertas y cargaron con los alimentos, a los que añadieron un poco de vino. Mientras caminaban, Theresa le relató el episodio del matadero, pero para su sorpresa, Helga celebró que al Marrano le hubieran sajado la lengua.

—Lástima que no le arrancaran también los cojones —sentenció.

—Alcuino dijo que era inocente. Y que con matarlo no se arreglaría nada.

—¿Y qué sabrá ese cura? A ver si al final nos va a aguar la fiesta. —Y se apresuraron del brazo en dirección a la plaza.

A poco para la puesta de sol, las campanas de la catedral comenzaron a tañer su lúgubre cadencia. Los soldados habían dispuesto en el centro de la plaza un recinto circular de una treintena de pasos, acordonado en su perímetro exterior por una hilera de estacas. En su interior aparecía un hoyo semejante a una fosa, y dispuestas frente a éste, tres mesas de madera junto a otras tantas silletas. Una decena de hombres provistos con varas vigilaban al gentío que comenzaba a agolparse sobre la valla, donde los comerciantes habían dispuesto sus tenderetes para realizar sus últimas transacciones. Poco a poco, la muchedumbre se fue



amontonando, y en cuestión de minutos la empalizada quedó oculta bajo una masa que clamaba histérica por el comienzo del espectáculo.

Cuando las campanas enmudecieron, hizo entrada en el lugar una extensa comitiva.

Abría el paso un jinete enlutado acompañado de una cohorte de civiles. La mayoría lucían vistosos trajes, que contrastaban con los harapos y las tripas de embutido que colgaban de los brazos de los siervos que les escoltaban. Les seguían varios esclavos atronando el paso con el retumbar de sus tambores. A continuación venía el carromato en que viajaba el prisionero, y tras él, un atribulado verdugo entretenido en recoger la basura que la gente les lanzaba y restregársela al reo por el rostro. Cerraba la procesión un tropel de chiquillos divertidos.

Instantes después apareció un grupo de clérigos encabezado por el obispo Lotario. En su mano derecha enarbolaba un báculo dorado y en la izquierda un crucifijo ornado en plata. Lucía un *siglatón* de seda roja cubierto por una túnica de *bocarán*, coronando su cabeza una *ínfula* de lino de dudoso gusto. El resto de los clérigos vestían *pénulas* de lana, todas cubiertas por el alba sacerdotal. El obispo tomó asiento junto al hombre de negro, quien se levantó para besarle el anillo. Un auxiliar les sirvió vino en unas copas. La tercera silla fue ocupada por el corregidor de la ciudad.

Un griterío se apoderó de la plaza cuando los bueyes que transportaban al Marrano franquearon la cerca y se dirigieron hacia la fosa. Nada más detenerlos, el verdugo agarró al condenado y lo arrojó de bruces contra el suelo, momento en el que los vítores arreciaron y una lluvia de objetos cayó sobre la carreta, obligando al verdugo y al boyero a refugiarse bajo el carro. Cuando la gente se apaciguó, el verdugo arrastró al prisionero hasta una estaca cercana a la fosa y lo ató con una soga que le pasó por el cuello. Luego comprobó la firmeza de las



ataduras y tras hacer un gesto, el caballero enlutado afirmó con la cabeza mientras miraba complacido la patética figura del reo.

Alcuino fue el último en acceder al recinto. Atravesó la plaza haciéndose hueco a empujones, y saltó la cerca tras amenazar con la excomunión al vigilante que intentaba impedirle el paso. Mientras se aproximaba al lugar donde permanecían los prebostes, advirtió que el hombre de negro era Kohl, el dueño del molino y padre de la joven asesinada. Una vez allí, se situó a la espalda de Lotario, justo enfrente del verdugo. Observó que Kohl aparecía desmejorado en relación a cuando había hablado con él en el molino. Su esposa, acompañada por otras mujeres, ocupaba un lugar más discreto, con la pesadumbre enquistada en sus profundas ojeras. Se dijo que para aquella familia, ni siquiera el suplicio del culpable les proporcionaría suficiente alivio.

Se preguntaba cómo verter la droga sobre la bebida de Lotario cuando los tambores resonaron. Los tres hombres que permanecían sentados se levantaron, y el obispo Lotario tomó la palabra.

—En el nombre del sapientísimo y noble Carlomagno, rey de los francos, monarca de Aquitania, Austrasia y Lombardía, patricio de los romanos y conquistador de Sajonia. Hallado culpable de abominable asesinato y otros espantosos crímenes Fredegario, más conocido como el Marrano, hombre sin luz, enviado y discípulo de Lucifer; yo, Lotario de Reims, obispo de Fulda, señor de estas tierras y representante del rey, de su poder y su justicia, ordeno y mando con la venia de Dios que el reo sea ajusticiado con el mayor de los tormentos, y que sus restos sean esparcidos por los campos de la ciudad para ejemplo y escarmiento de los que osan ofender a Dios y sus criaturas cristianas.

La muchedumbre gritó enardecida. A una señal de Lotario, el verdugo desató al condenado y, tras anudarle las manos a la espalda, lo llevó a golpes hasta el borde de la fosa.



El Marrano parecía aturdido, como si no entendiera lo que estaba a punto de suceder. Cuando se vio al lado del agujero intentó zafarse de su captor, pero éste lo arrojó al suelo y le pateó la cabeza. Para entonces, el Marrano ya era una masa de carne temblorosa. La multitud agolpada contra la valla chilló como una enorme piara de cerdos. Dos muchachos armados con piedras burlaron a los guardias y se introdujeron en el recinto, pero enseguida fueron atrapados y devueltos a su sitio. Cuando la gente se calmó, el verdugo levantó al Marrano y lo mantuvo en pie unos instantes. Acto seguido, Lotario se adelantó unos pasos, hizo la señal de la cruz con gesto de desdén y ordenó al verdugo que comenzara el tormento.

La gente chilló enloquecida. Daba la impresión de que en cualquier momento derribarían la cerca y lincharían al condenado.

Alcuino aprovechó el tumulto para abrir el anillo y verter la droga en la jarra de vino del obispo. Nadie lo advirtió, pero Lotario le sorprendió cuando aún tenía la mano sobre su jarra. Alcuino, sin tiempo de reaccionar, la elevó y se la ofreció en un brindis.

—¡Por la justicia! —gritó, y le entregó la jarra. Él cogió otra.

Lotario quedó desconcertado, pero finalmente agarró su jarra y apuró el contenido.

—Por la justicia —repitió.

El verdugo aferró al reo y de un violento puñetazo lo arrojó al fondo de la fosa. Entonces el griterío se tornó ensordecedor. El Marrano se incorporó babeando, con la mirada perdida y los ojos cubiertos de lágrimas. La gente alzaba los puños y gritaba pidiendo sangre. Entonces



el verdugo agarró una pala cercana y la estrelló contra la espalda del prisionero. Los huesos le crujieron como leña seca y cayó doblado de rodillas. En ese momento, dos hombres más se acercaron a la fosa portando grandes palas de madera, lo que provocó el delirio de la multitud. Se apostaron junto a un montón de arena y sin mediar palabra comenzaron a arrojar paletadas sobre el reo. El Marrano intentó revolverse para huir de la fosa, pero los hombres se lo impidieron a fuerza de golpes. Uno de ellos lo inmovilizó con el extremo de su pala y los otros continuaron enterrándole en vida. La muchedumbre, cercana al paroxismo, jaleaba maldiciones y juramentos a cada paletada, mientras el Marrano intentaba zafarse del palo que le aprisionaba. Sin embargo, el peso de la tierra ya vertida le impedía mover las piernas y el hombre sólo alcanzaba a agitarse como un conejo atrapado.

Pronto la tierra le alcanzó la cara. El hombre escupió y comenzó a moverse con auténtica desesperación, con los ojos a punto de salirse de las órbitas. Escupía tierra una y otra vez, pero la arena siguió cayendo deprisa hasta que, poco a poco, le cubrió por completo.

Por un momento el lugar quedó en silencio. Sin embargo, pasados unos instantes, la arena se agitó y de repente surgió la cabeza del reo vomitando un asqueroso puré de tierra. El Marrano respiró hondo, como si aquella fuera su última bocanada de aire, y la gente gritó estupefacta.

Al punto, el obispo se levantó. Hizo un gesto a Kohl, pero éste no se enteró. Alcuino supo que la droga comenzaba a obrar efecto.

Lotario sintió cómo la vista se le nublabá. Las piernas le flaquearon y un calor seco le invadió la garganta. Intentó agarrarse a Kohl, pero no lo consiguió. Trató de hablar pero tampoco pudo, y apenas se santiguó, cayó cuan largo era llevándose por delante silla y mesa.



La muchedumbre enmudeció. Incluso el verdugo volvió la cabeza, olvidándose por un momento del Marrano. Al advertirlo, Kohl intervino.

—Acaba con él, maldito estúpido.

El verdugo no se movió. Entonces Kohl saltó hacia la fosa y de un empujón le arrebató la pala.

Iba a asestar el golpe final cuando Alcuino se interpuso entre él y el prisionero.

—¿Osáis contravenir una señal del cielo? ¡Dios desea prolongar el sufrimiento de ese criminal! —gritó el fraile tan alto como pudo, mientras hacía como que examinaba al obispo.

La gente aulló enardecida.

—¡Y cuando Lotario se recupere, volveremos a disfrutar con el ajusticiamiento! —añadió.

El gentío volvió a rugir.

—¿Vos? —exclamó Kohl—. ¡Vos sois el fraile del molino!

—El homicida pagará su crimen, pero por ley, la autoridad ejecutora ha de sancionar el ajusticiamiento —arguyó.

Kohl intentó golpear al Marrano, pero Alcuino lo impidió.

—Dios no lo quiere —repitió, sujetando la pala con firmeza.

El populacho bramó entusiasmado. Finalmente, Kohl escupió sobre el prisionero, agarró a su esposa por el brazo y abandonó el lugar escoltado por su séquito. Le siguió la corporación del cabildo, aún desconcertada por el episodio de Lotario, pero algo más serena merced al buen pronóstico emitido por Alcuino. Por último, entre insultos y amenazas, el Marrano y sus vigilantes abandonaron la plaza en dirección a las mazmorras habilitadas en el matadero.



Helga *la Negra* se mostró desolada. No sólo no había contemplado la ejecución, sino que en un pequeño descuido, un mozalbete le había robado la bolsa con los pastelillos. Theresa le propuso comprar una torta caliente en un tenderete próximo, sugerencia que Helga aceptó de inmediato. Mientras Theresa se revisaba los bolsillos, la prostituta se acercó al puesto de dulces y comenzó a regatear por el precio de las tortas. Al final escogió una redonda como un pan, acordando con el pastelero que saldaría la deuda cuando éste pasara por la taberna. Regresó feliz con el dulce y lo engulleron en un santiamén. Lo encontraron tan delicioso que Helga no dudó en adquirir otro más grande, cargado de miel y castañas confitadas.

Cuando terminaron, Theresa se fijó en los restos de harina que exhibía Helga alrededor de la boca. Parte del polvo le había cubierto la cicatriz, ocultando lo que no lograba el maquillaje, mientras otro pegote le colgaba de la nariz como una extraña verruga blanca. Cuando se lo dijo, la mujer rompió a reír. A Theresa le sorprendió que con las risas no le sangrara la herida y se interesó por cómo se la había causado.

—Aún no me había levantado cuando llamaron a la puerta —le contó—. No me dio tiempo ni a preguntar. En cuanto abrí, recibí una patada en el vientre y una lluvia de puñetazos. ¡Maldito animal! Me dijo que, si me atrevía a tener el hijo, en vez de la cara me rajaría la barriga.

—Pero ¿por qué se comporta así? ¿Qué más le da que lo tengas?

—Temerá que lo denuncie.

Le explicó que a los acusados de adulterio los condenaban a siete años de penitencia, un castigo que consistía en un ayuno diario mientras durase la pena, aunque podía canjearse por una composición monetaria.



—Con lo que le gusta comer —se lamentó—. Yo creo que lo que le asusta es que su esposa lo repudie, porque la carpintería pertenece a su suegro. Pero ¿sabes?, lo voy a hacer. Le denunciaré aunque no sirva para nada. Con esta cicatriz ya nadie pagará por mis servicios. ¿Quién va a querer acostarse con una puta marcada?

—No seas exagerada —la animó—. Si apenas se te aprecia. Cuando te vi esta mañana, realmente parecía otra cosa.

—Sólo es profunda aquí —se señaló junto a la oreja—, pero me rechazarán de todas formas. Además ya tengo mis años.

Theresa se detuvo a observarla. Era cierto. Se la veía ajada, con las canas ganando terreno y las carnes blandas y desfondadas. Pensó que a algunos hombres les daría igual que tuviese la cara cosida a puñaladas.

—De todas formas, no pensarás seguir adelante con ese trabajo. Así; estando preñada.

—¡Ah! ¿No? —rio con desgana—. ¿Y cómo haré para comer todos los días? Yo no tengo detrás un cura encaprichado que me pague por garabatear unas letras.

—Podrías buscarte otro oficio —contestó Theresa obviando su comentario—. Cocinas mejor que ese pastelero de tres al cuarto.

Helga le agradeció la intención. Sin embargo, denegó con la cabeza. Sabía que nadie contrataría a una prostituta, y menos estando embarazada.

—Vayamos al cabildo —le propuso.

—Pero ¿estás loca? Nos echarán a patadas.

Por toda respuesta, Theresa la cogió de la mano y le pidió que confiara. De camino al obispado, le contó la conversación que había mantenido con Alcuino referente a un trabajo para ella.



A la entrada de la catedral preguntaron por Alcuino, quien no tardó en presentarse. El fraile se sorprendió al encontrarse con Helga *la Negra*, pero pasado el primer estupor, se interesó por la herida de su cara. Helga respondió haciendo hincapié en los detalles más escabrosos. Cuando terminó de hablar, el fraile dio media vuelta y les pidió que lo acompañaran.

En las cocinas les presentó a Favila, una mujer tan gorda que parecía que en vez de un vestido llevase puestos treinta. Alcuino les explicó que regentaba los fogones, y que todo lo que tenía de gruesa, lo tenía de bondadosa. La mujer sonrió haciéndose la avergonzada, pero cuando supo de las intenciones de Alcuino, cambió el gesto por una tajante negativa.

—Aquí en Fulda todos conocen a la Negra —argumentó—. Puta una vez, puta siempre, de modo que fuera de mi cocina.

Helga se giró, pero Theresa la detuvo.

—Nadie te ha pedido que te acuestes con ella —le espetó la muchacha.

Alcuino sacó un par de monedas y las dejó encima de la mesa. Luego miró a la cocinera a los ojos.

—¿Has olvidado la palabra perdón? ¿Acaso Jesucristo no asistió a los leprosos; no perdonó a sus verdugos; no acogió a María Magdalena?

—Yo no soy santa como Jesús —refunfuñó. Sin embargo, se guardó las dos monedas.

—Mientras el obispo continúe indispuerto, que esta mujer permanezca a tu cargo. ¡Ah! Está embarazada —le aclaró—, de modo que no la



fatigues más de la cuenta. Si alguien te reprocha algo, hazles saber que ha sido decisión mía.

—Y encima remilgada. Yo he parido ocho hijos, y el último casi lo suelto aquí encima —dijo golpeando la mesa donde Alcuino había depositado las monedas—. Anda, quítate toda esa pintura de encima y ponte a pelar cebollas. ¿Y la moza? ¿También se queda en la cocina?

—Ella trabaja conmigo —le aclaró Alcuino.

—Pero puedo ayudar si es necesario —apuntó Theresa.

Alcuino se despidió dejando a las mujeres enzarzadas con la cena. Disponía de un par de días antes de que Lotario se recuperara, y quería aprovechar hasta el último instante para avanzar en sus pesquisas.



ENERO



Capítulo 17

Favila resultó ser de la clase de mujeres que arreglaban sus problemas rezongando y deglutiendo. Protestaba por la limpieza de los fogones, por la diligencia en las tareas o por cualquier cuestión por ridícula que pareciera, y aderezaba cada regañina con la ingestión de un bollo, un pincho o una hogaza de pan untada en escabeche, lo que terminaba por devolverle la alegría a la cocina. Le encantaban los niños, y pronto comenzó a hablar del futuro bebé de la Negra con tal entusiasmo, que a Theresa le pareció que la preñada fuera la cocinera.

—Aunque por más que lo piense, nunca entenderé cómo algo del tamaño de un lechón puede salir por un conducto del grosor de una ciruela —le dijo Favila a Helga, y al contemplar su reacción le ofreció un pastelillo para que el color le volviese a la cara.

Por su parte, Helga demostró sus habilidades culinarias preparando un delicioso estofado de apios y zanahorias con las sobras de la comida de mediodía. Favila disfrutó del guiso, y antes de que terminara, las dos mujeres ya celebraban el resultado como si se conocieran de toda la vida.

Aquella noche, mientras Theresa se acomodaba entre la paja, se felicitó por haber ayudado a Helga. Luego se acordó de Hóos, y entonces un agradable escalofrío le sacudió la espalda, el cuello y las piernas. Imaginó el vigor de su cuerpo fuerte y duro, el sabor de sus labios cálidos. Se sintió culpable al desear tenerle dentro, y anheló que el



tiempo corriese para no volver a pecar con su ausencia. Lo echó tanto de menos que pensó que si no regresaba, iría a buscarle a donde estuviera. Entonces se dio cuenta de que no había pensado en otra cosa desde el día de su partida.

Aunque Helga *la Negra* no acostumbrara madrugar, tampoco solía irse temprano a la cama, así que en cuanto se despertó, se enjuagó bien la cara y cambió el llamativo vestido de la noche anterior por una sarga oscura que no le marcara la figura. Después salió del almacén donde le habían permitido dormir y fue a las cocinas que aún permanecían desiertas, se echó un trozo de queso a la boca y comenzó a limpiar mientras canturreaba y meneaba la tripa. Al llegar, Favila se encontró a una Helga tan pulcra, con el pelo recogido y sin el habitual perfume dulzón de las prostitutas, que pensó que se hallaba ante otra mujer. Lo único que conservaba era la cicatriz que le cruzaba la mejilla.

Theresa apareció en el momento de servir el desayuno. Aún tenía paja sobre el cabello, pero se la quitó antes de que Favila y Helga pudieran burlarse de ella.

—Si vas a ayudar, aprende de Helga, que ya estaba cocinando antes de que amaneciera —le reprochó Favila.

A Theresa le agradó que la cocinera comenzara a descubrir las virtudes de su amiga.

Antes de acudir a los aposentos de Lotario, Alcuino demandó perdón a Dios por su actuación con el obispo. Se arrepentía de haberlo



emponzoñado, pero no había hallado otro modo de evitar la ejecución de un Marrano que, a su juicio, sólo era culpable de su poca inteligencia. Sin embargo, ahora, para aliviar a Lotario, debía contrarrestar el efecto del tóxico con jarabe de agrimonia. Agitó con fuerza el frasco para que la tintura se mezclara con el diluyente y se encaminó hacia las dependencias del obispo, a quien encontró tumbado en su cama adoselada. El hombre respiraba quejoso, con unas bolsas bajo los ojos del tamaño de dos habichuelas. Cuando Lotario le pidió su parecer, Alcuino fingió desconocer la causa del desvanecimiento. Sin embargo, le ofreció el remedio y el enfermo lo aceptó sin reservas.

Al poco de beberlo sintió cierta mejoría.

—Supongo que os habrá alegrado el contratiempo —insinuó mientras se incorporaba en la cama—. Pero os aseguro que el Marrano morirá igualmente.

—Lo que esté en la mano de Dios —concedió Alcuino sin otorgarle la razón—. Decidme, ¿cómo os encontráis?

—Ahora bastante mejor. Es una suerte que entendáis de medicina, y más ahora que carecemos de médico. ¿Seguro que no sabéis a qué pudo obedecer mi indisposición?

—Tal vez a algo que comisteis.

—Hablaré con la cocinera. Es la única que toca mis alimentos —respondió molesto.

—O tal vez algo que bebisteis —intentó exonerar a Favila.

En ese instante entró la cocinera bamboleándose, acompañada por un mozo cargado con una bandeja repleta de viandas. Lotario miró a la mujer con cierto respeto, que cambió de inmediato al contemplar lo variado del menú. Antes de comenzar solicitó el beneplácito de Alcuino,



pero a pesar de su objeción, se empleó a fondo con la cazuela de pichones mientras Favila aguardaba el veredicto. Alcuino aprovechó que Lotario se entretenía con los huesecillos para informarle sobre la situación de Helga *la Negra*.

—¿Una prostituta? ¿Aquí, en el cabildo? ¿Cómo os atrevéis? —Tosió sobre sí mismo.

—Se encontraba desesperada. Un hombre la atacó...

—Pues que la empleen en otro sitio. ¡Por Dios!, aquí tenemos que dar ejemplo. —Y se metió otro pichón en la boca.

—Esa mujer puede cambiar —terció la cocinera—. No todas las rameras son iguales.

Al oírla, Lotario se atragantó. Se sacó un hueso de la boca y escupió el resto encima de la bandeja.

—¡Claro que no son iguales! Tenemos a las *prostibulae*, que ejercen donde pueden; a las *ambulatorae*, que trabajan en la calle; a las *lupae*, que se ofrecen en los bosques; y hasta a las *bustuariae*, que fornican en los cementerios. Todas diferentes, pero a todas el dinero les entra por el mismo sitio —dijo agarrándose la entrepierna.

—No tiene por qué trabajar en la cocina de los clérigos. Podría hacerlo aquí, en el palacio —sugirió Alcuino.

—Con los pichones tan deliciosos que prepara Favila, ¿para qué necesito más domésticas?

—No los he cocinado yo. Los ha guisado ella —aclaró la mujer.

Lotario miró el plato de pichones y luego el del pastel de manzana. También debía de ser obra de esa Helga, porque Favila nunca se lo había preparado antes. Lo probó, encontrándolo sublime. Vaciló antes de contestar.



—Está bien, pero que no salga de la cocina —masculló.

Favila se volvió con una sonrisa entre dientes, dejando a Lotario con los pastelillos de manzana. Cuando la mujer desapareció, el obispo se levantó para vaciar la vejiga, cosa que hizo delante de Alcuino mientras hablaba sin cesar sobre el perdón y la indulgencia. Al término de la perorata, Alcuino se interesó por los polípticos de la abadía, pero entonces Lotario perdió toda su elocuencia. Le informó que en aquel tiempo aún no había sido nombrado obispo, y que por tanto desconocía los detalles relacionados con las transacciones de alimentos. No obstante, le remitió a su oficial tesorero para que le informara de cuanto precisase.

Alcuino empleó el resto de la mañana en organizar sus datos. Iba a repasarlos una vez más cuando apareció Theresa, minutos antes de la hora convenida.

—Quería agradecerle lo de Helga —dijo—. De corazón.

Alcuino no respondió. En su lugar, le pidió que se acercara para compartir sus cavilaciones. La joven prestó atención.

—Entonces —apuntó ella—, si no he entendido mal, entre estos hombres se encuentra el responsable de las muertes.

—De las provocadas por la enfermedad. No olvides que también anda suelto el asesino de una muchacha.

Theresa repasó la lista: en primer lugar figuraba Kohl. El grano contaminado estaba en su molino, lo cual le convertía en el principal sospechoso. Seguidamente aparecía Rothaart, el molinero pelirrojo a sueldo de Kohl, quien disponía de objetos demasiado caros como para haberlos obtenido con su oficio. Y por último figuraba el Marrano, pues el hecho de que no hubiese matado a la chica, no le eximía de estar involucrado.



—¿No olvidáis a nadie? —preguntó Theresa.

—Por supuesto. Pero el abad que en los tiempos de la plaga regentaba la abadía, murió hace un par de años. Así pues, sólo nos queda el autor de la corrección del políptico, de quien lo único que sabemos es que domina el oficio de la pluma.

—En total, cuatro.

—Puede que incluso más, pese a que aún lo ignoremos. Ahora analicemos a nuestros cuatro sospechosos. —Acercó las velas al escritorio—. Si bien es cierto que Kohl o Rothart, o ambos a la vez, están involucrados, no lo es menos que alguien, en el obispado o la abadía, ha intervenido en la manipulación del políptico. Mi teoría es que la misma persona que adquirió el grano en Magdeburg con el compromiso de quemarlo, o para aprovecharlo a pesar de su estado, es la misma que está detrás de las muertes que ahora se vienen sucediendo. El Marrano conocía este detalle, aunque obviamente, por su grado de cretinismo, nunca lo valoró. Sin embargo, pasado el tiempo, y por algún motivo que aún se nos escapa, los implicados debieron de temer que se fuera de la lengua, razón por la que decidieron cortársela en trozos. Es más: me atrevería a decir que esos mismos individuos asesinaron a esa muchacha con la única intención de inculpar al pobre Marrano.

—En ese caso, habría que descartar a Kohl. No iba a matar a su propia hija.

—Así es. Pero he dicho «tal vez». Ten en cuenta que cabe preguntarse si no habría sido más fácil eliminar a ese pobre idiota, antes que intentar responsabilizarlo.

—Es cierto.

—Y, sin embargo, sabemos que el autor no fue el Marrano.



—Luego habría que encontrar otro motivo.

—En efecto. Otra razón por la que alguien quisiera acabar con esa chica. —Se levantó y comenzó a andar de un lado para otro.

—¿Y el políptico? Hubo de ser uno de los monjes que saben escribir, y que además tengan acceso al *scriptorium*.

—Bueno, no exactamente. El políptico lo custodia el administrador de la abadía, que es también el prior de la misma. En el obispado, tal menester le corresponde al subdiácono. Pero al mismo también podrían acceder desde el cabildo, pues son quienes fiscalizan las cuentas del molino.

—Nunca he entendido la organización de un monasterio. —Se retrepó en su asiento con desinterés.

—Por lo general, a cargo de un monasterio o una abadía siempre está un abad, excepto cuando éste se ausenta, que lo hace el prior. Si un monasterio no tiene abad, entonces el prior ejerce esa labor, y a la abadía se le denomina priorato. Después están los deanes de la orden, que se ocupan de que los monjes asistan a los oficios y cumplan con sus deberes. A continuación aparecerían el vicario del coro, a cargo de la biblioteca y la secretaría, y el sacristán, que se ocuparía de la iglesia.

—Ninguno de ellos tendrían relación con los suministros.

—Tan sólo el abad y los priores. De entre éstos, cualquiera podría haber organizado la transacción sin levantar sospechas. Los que manejan el comercio son el tesorero, encargado del dinero y los suministros, y el bodeguero, responsable de la comida y el avituallamiento. Luego están el campero y el hostelero, que se ocupan de las fincas y de la residencia de los optimates. El chambelán tan sólo está a cargo de las ropas de los monjes, y en cuanto al refectolero y el racionero, no creo que estén involucrados.



—¿Y el enfermero y el boticario?

—Ya sabes que el boticario murió envenenado. En cuanto al resto de los monjes, pondría por ellos la mano en el fuego.

—Podríamos apuntar sus nombres —propuso Theresa.

—Lo cierto es que únicamente conozco el del abad, Beocio, y los de los dos priores, Ludovico y Agripino. A los demás sólo los distingo por su cargo.

—Entonces, ¿qué sugerís?

—Disponemos de un par de días antes de que organicen de nuevo la ejecución. Tenemos los nombres de Kohl, el dueño del molino; Rothart, su empleado pelirrojo; Lotario, el obispo; Beodo, Ludovico y Agripino, a quienes antes he nombrado; y el Marrano, en quien sin duda reside la clave de este laberinto.

—Si pudiéramos hablar con él...

—Después de lo sucedido, no creo que nos lo permitan. Pero no sería mala idea conversar con la mujer de Kohl para que nos detalle las circunstancias en que descubrió al Marrano sobre el cadáver de su hija.

Acordaron que Alcuino hablaría con la mujer de Kohl mientras Theresa se quedaba repasando los polípticos. A ella no le agradó la idea pero tampoco protestó, porque no le apetecía volver al molino. Sin embargo, tras un rato de hojear los códices, decidió que sería más útil si le hacía una visita al Marrano.

Theresa alcanzó las inmediaciones del matadero con el sol derramándose sobre el laberinto de callejuelas. A su alrededor deambulaban los lugareños que conducían el ganado hacia los pastos



cercanos, mientras las mujeres aprovechaban para pasear a sus retoños, blanquitos como si los hubieran empolvado con harina. Una vecina la saludó, acostumbrada a verla pasar todos los días. La mujer le habló del tiempo, y ella la cumplimentó alegre, sintiéndose una pequeña parte de aquella fascinante villa.

Ya frente al matadero reconoció al mismo guardia que el sábado por la mañana les había puesto impedimentos. Permanecía sentado junto a la puerta, bastón en una mano y trozo de tocino en la otra, con los dientes que conservaba flojeándole en cada mordida. Cuando se acercó a él, comprobó que seguía apestando a vino. El hombre en cambio no pareció reconocerla, porque le echó un vistazo y continuó royendo el tocino como si en ello le fuera la vida. Tras dudar unos instantes, Theresa sacó un trozo de pastel de manzana y se lo ofreció.

—Os lo daré si me dejáis ver al Marrano —le propuso.

El vigilante miró el pastel con codicia. Luego se apoderó de él y lo mordió con ganas. Después siguió masticando como si la joven fuera transparente, y cuando lo acabó, le ordenó que se retirara. Theresa se enfureció.

—Aparta o te muelo a palos —la amenazó el hombre.

Ella comprendió que jamás le abriría. Decidió esperar por los alrededores hasta que alguien viniera a relevarle, pero mientras caminaba, recordó el ventanuco que Alcuino había abierto en su anterior visita. Si continuaba expedito, tal vez pudiera alcanzarlo.

Rodeó el edificio a la búsqueda de la ventana.

En la parte trasera se apiñaban una docena de minúsculas construcciones, apretadas unas contra otras como si estuvieran prensadas. Eran las antiguas casuchas de los carniceros, ahora en su mayoría ocupadas por talleres de carpintería, tonelería y reparaciones de



carromatos. Entró a preguntar en una medio derruida, cuya entrada parecía prolongarse hasta el interior del matadero. La atendió un hombre tuerto ataviado con un mandilón de cuero, que resultó ser el dueño de la herrería. Theresa le pidió que afilase su *scramasax* mientras simulaba interesarse por los objetos que había en el patio interior. Le solicitó permiso para echar un vistazo, y se dirigió hacia el interior de la herrería con la mirada fija en las paredes de madera cubiertas de mazos, cuñas, martillos y cortafríos, colgados de asideros como si fueran longanizas. Olía a metal caliente, lo que con el frío se agradecía. En un lateral, un portalón comunicaba el almacén con un recinto que Theresa supuso pertenecía al matadero. De repente sintió un brazo sobre su hombro.

—¿Qué es? —preguntó ella al verse sorprendida por el herrero.

—¿Eso de ahí? El corral donde encerraban a los animales antes de abrirles el gañote —dijo riendo—. Ten. Tu *scramasax*.

No le cobró nada por el afilado, aunque le advirtió que la próxima vez acudiese con dinero.

Cuando salió de la herrería, dio un salto de alegría. Había encontrado el ventanuco de entrada al matadero, y lo mejor era que aún permanecía abierto. Ahora sólo debía encontrar el modo de distraer al herrero.

Se disponía a mordisquear el trozo de pastel de manzana que había reservado cuando un mozalbete con cara de viejo se le plantó a un palmo. Aparte del flequillo, el chaval era un manojo de huesos.

—¿Quieres un pedazo? —le propuso.

Al muchachuelo le encantó poder auxiliar a una gran dama que viajaba disfrazada. Cogió un trozo de pastel con cara de bobo y corrió con el encargo hacia el taller del herrero. Luego salió acompañado por el tuerto en dirección al lugar donde Theresa le había indicado que habían quedado atascados su carruaje y sus lacayos. Cuando desaparecieron,



Theresa voló hacia el interior del patio, pero al llegar al ventanuco se detuvo preguntándose si haría bien en penetrar en el matadero.

No estaba segura de hacer lo correcto. Podría ocurrir que el Marrano anduviese suelto y la atacara, e incluso existía la posibilidad de que Alcuino hubiera errado y realmente fuera un asesino. Sin embargo, algo la impulsaba a continuar. Deseaba sentirse útil, averiguar quién era el culpable. Volvió la cabeza, temerosa de que el herrero regresara.

Escrutó a su alrededor hasta detenerse en las herramientas que colgaban de la pared. Se fijó en una maza pesada, pero la desechó tras comprobar que ni siquiera podía descolgarla, así que se apropió de un atizador ligero que ató a su cinturón. Luego amontonó varios maderos bajo la ventana y se subió a lo alto, justo hasta alcanzar el borde del ventanuco. En ese instante oyó que alguien volvía, de modo que se izó hasta el hueco provocando que la pila de maderos se derrumbara. Como pudo, gateó sobre la pared, introdujo el resto del cuerpo y cayó al otro lado del matadero en medio de una oscuridad pavorosa. Al levantarse, sintió el mismo dolor de huesos que si hubiese dormido sobre un lecho de piedra. Debía de haberse lastimado el codo izquierdo, porque apenas si podía moverlo. En ese momento oyó cómo manipulaban el ventanuco que acababa de franquear. Cuando miró, descubrió la cara del herrero, por lo que rápidamente se acurrucó en la parte más oscura y esperó aterrorizada. El hombre escudriñó el interior, pero no la vio. Luego enarcó una ceja y se retiró de la ventana. Theresa supuso que el tuerto regresaba a la herrería, pero unos golpes le indicaron que lo que en realidad pretendía era clausurar el ventanuco. Cuando cesaron los martillazos, se extendió un silencio sombrío del que sólo despuntó el palpitar de su corazón. Nunca había estado en un lugar tan oscuro. Era tal la negrura que pensó que se había quedado ciega.



Se lamentó diciéndose que ni el más necio de los bufones habría incurrido en semejante sinsentido. Se encontraba sola; a oscuras. Encerrada con un retrasado que tal vez fuera un homicida. ¿Cómo podía haber sido tan insensata? Ni siquiera disponía de yesca ni eslabón con los que prender una tea.

Permaneció en silencio, escuchando su propia respiración. La percibió pesada, entrecortada, como la de un anciano al que le raspaba su garganta ajada. Pasado un rato comprendió que el herrero se había marchado. Entonces se incorporó deslizando las manos sobre el tabique, intentando palpar algo para orientarse. Notó la untuosidad de la pared y una arcada la sacudió. Tras varios intentos localizó el ventanuco claveteado con unas tablas.

Estaba presa; atrapada.

Aferró el atizador y lo esgrimió en el vacío frente a ella. Luego caminó a ciegas, blandiendo el aire con la herramienta mientras su otro brazo palpaba las argollas y cadenas que festoneaban los muretes del pasillo. Conforme avanzaba, comenzó a apreciar cierta claridad al fondo del corredor. Primero fue una sombra, luego se recortó contra la penumbra una figura achaparrada, encogida sobre sí misma, y finalmente lo distinguió. La escasa luz que se filtraba por el techado mostraba al Marrano enroscado en el suelo, abrazado a sus deformes piernas como un gigantesco feto.

Parecía dormido, pero Theresa no apreció cadenas que le retuvieran, y eso la atemorizó. Mientras lo miraba, pensó que aún se encontraba a tiempo de retroceder, llamar al guardián y explicarle lo sucedido. Se llevaría una reprimenda y hasta un par de bastonazos, pero al menos escaparía con vida. De repente, el Marrano se movió en un brusco estertor. Theresa estuvo a punto de chillar, pero logró contenerse.



Seguía durmiendo.

Lo miró de nuevo y comprobó que, tras moverse, había dejado a la vista un fulgor en sus tobillos. Dio gracias al cielo al comprobar que se trataba del reflejo de unas cadenas.

Tomó aire antes de proseguir. Luego avanzó hasta situarse a un paso de una escudilla rota con restos de comida. Imaginó que si continuaba, el Marrano la alcanzaría. Entonces se agachó para contemplarlo más de cerca. Distinguió su pelo enmarañado cubierto de porquería, la ropa hecha jirones y la piel cubierta de sangre reseca. Pese a estar dormido, sus párpados se entreabrían dejando a la vista unos ojillos inexpresivos, como los de un cerdo al que hubieran segado la vida. Resoplaba fatigosamente, y de vez en cuando tosía, asustándola.

Al fin se decidió. Con la ayuda del atizador tanteó un pie del Marrano, que éste encogió como si le hubiera picado una abeja. Theresa dio un respingo, pero volvió a tantearle hasta que el hombre se despejó. Parecía aturdido, como si no entendiese qué sucedía, aunque al poco reparó en ella. Al verla se extrañó y retrocedió cuanto le permitieron las cadenas. Theresa se alegró de su temor, pero aun así continuó enarbolando el atizador con decisión. Si intentaba atacarla, se lo hundiría en la cabeza.

Tras contemplarla un rato, el Marrano se acercó a ella. Cojeaba como un guiñapo arrastrando un pie sin vida. En su mirada, Theresa adivinó la ausencia de malicia.

Permanecieron un instante observándose. Finalmente, ella se hurgó los bolsillos.

—Es todo lo que tengo —dijo. Y le ofreció los restos de pastel de manzana.

El Marrano acercó sus manos temblorosas, pero Theresa prefirió dejar los fragmentos sobre la escudilla y retirarse unos pasos. Observó cómo el



hombre intentaba recogerlos de forma infructuosa, pero no consiguiéndolo, hundió la cara en el plato y los lamió como un animal. Cuando terminó, dijo algo ininteligible que Theresa interpretó como alguna clase de agradecimiento.

—Te sacaremos de aquí —dijo, sin saber de qué forma cumpliría tal promesa—. Pero antes necesito tu ayuda. ¿Me entiendes?

El hombre asintió con un sonido gutural.

Theresa se hartó de repetir preguntas hasta convencerse de que el pobre era realmente retrasado. Respondía con aspavientos sin sentido, hurgaba la escudilla con sus manos deformes o simplemente miraba hacia otro lado. Sin embargo, cuando escuchó el nombre del pelirrojo, comenzó a golpearse en la cabeza como si se hubiera vuelto loco. Cuando Theresa le repitió el nombre de Rothaart, el Marrano le enseñó los restos sin cicatrizar de su lengua sajada. En ese instante oyó el chirriar de un cerrojo al otro lado del pasillo. Como pudo, se resguardó en un cubil, justo a tiempo para evitar la mirada del guardia que avanzaba enarbolando una tea. Theresa le hizo un gesto al Marrano para que guardase silencio y aguardó escondida a que el vigilante pasara. Después corrió con toda su alma en dirección a la salida.

No paró hasta llegar a la abadía.

Cuando se encontró con Alcuino, hubo de esperar a recuperar el resuello antes de trasladarle sus averiguaciones. Luego intentó contarle todo a la vez, gesticulando con los brazos y atropellándose en cada palabra mientras él se esforzaba en ordenar aquel cúmulo de sinsentidos. Theresa aspiró.

—Sé quién es el culpable —anunció con una sonrisa triunfal.



Le contó el episodio del matadero recreándose en los detalles más escabrosos, pero dejó para el final la gran sorpresa. Alcuino la escuchó con atención.

—No debiste acudir sola —le reprochó.

—Y fue entonces —agregó ella sin hacerle caso—, al oír el nombre del pelirrojo, cuando comenzó a golpearse con tal fuerza que pensé que se abriría la cabeza. Me enseñó lo que ese hombre le hizo en la lengua. Fue horrible.

—¿Te dijo que fue Rothaart quien se lo hizo?

—Bueno. No exactamente, pero estoy segura.

—Yo no apostaría un pelo.

—No os entiendo. ¿Qué queréis decir?

—Rothaart ha aparecido muerto esta mañana. En el molino. Envenenado por cornezuelo.

Theresa se dejó caer abatida. No era posible. Había arriesgado su vida para encontrarse ahora con que su supuesto descubrimiento sólo era vino acorchado. Iba a replicarle cuando el fraile continuó.

—Y no sólo eso. Por lo visto, nuestro hombre se está dando prisa en vender toda la harina. Desde esta mañana hay enfermos por todos lados. La iglesia de San Juan se halla atestada y en el hospital no dan abasto.

—Pero en ese caso será fácil detenerlo.

—¿Y de qué forma? Seguramente es listo, de modo que venderá los lotes de harina pútrida mezclados con otros en buen estado. Además: recuerda que la gente desconoce el origen del mal.

—Aun así podemos interrogar a los enfermos. O a sus familiares, si fuera necesario.



—¿Acaso crees que no lo he hecho? Pero la gente no sólo compra harina en los molinos. También lo hacen en el mercado, en las casas, en las granjas; comen en las tabernas, los hornos o los puestos ambulantes; comparten el pan durante el trabajo, usan la harina como pago en sus compras, o la intercambian por carne o por vino. Incluso a veces la mezclan con la de centeno para que el pan aguante más tras el horneado. —Se detuvo para reflexionar—. Cada enfermo me ha contado una historia diferente. Es como si todo el pueblo estuviese infectado.

—Todo eso es muy extraño. Si ese hombre es tan listo como decís...

—Lo es. Estoy seguro.

—Tendrá acceso y contacto con los distintos vendedores de harina. Y éstos confiarán en él.

—Es de suponer.

—Entonces, tal vez haya distribuido algunas partidas contaminadas para extender el abanico de sospechosos.

—¿Te refieres a más cómplices?

—No necesariamente. —Theresa se sintió importante—. Podría haber depositado los lotes en distintos almacenes sin el conocimiento de sus propietarios. Eso explicaría el nuevo número de enfermos y los distintos puntos de venta.

—Podría ser —reconoció Alcuino asombrado.

—Y además, está lo del Marrano...

—¿Qué pasa con el Marrano?

—Que el pelirrojo fue quien le segó la lengua.



«El pelirrojo fue quien le segó la lengua.»

Mientras caminaban hacia el hospital, Alcuino rumió aquella idea. ¿Y si se hubiese precipitado en sus conclusiones? En realidad sólo vio de lejos el cadáver de Rothaart, y aunque en sus extremidades le pareció advertir la huella de la gangrena, tal vez su muerte no obedeciese al efecto del cornezuelo. De hecho, resultaba difícil de creer que a un hombre sano y bien alimentado se le corrompieran los miembros tan rápidamente.

—He de regresar al molino — anunció—. Tú continúa hasta el hospital. Apunta los nombres de los últimos enfermos, entérate de dónde viven, qué han comido, cuándo comenzaron a sentirse mal. Lo que se te ocurra que pueda ayudarnos. Luego regresa al cabildo. Nos encontraremos en la catedral, después del oficio de *sexta*. —Y sin darle tiempo a responder, se dio la vuelta y salió corriendo por las callejuelas.

Cuando Theresa alcanzó el monasterio, se encontró con una riada de gente que accedía a él a través de sus puertas abiertas. Al parecer, la afluencia de enfermos estaba siendo tal, que el cirujano y otros frailes habían sido enviados al hospital para ayudar en lo que pudieran. Theresa empleó su anillo para evitarse las colas de familiares que aguardaban noticias. Ya en el hospital la recibió el enfermero, quien, tras reconocerla, sólo le objetó que no estorbara a los desesperados frailes que pululaban de un lado a otro como abejas en una colmena.

Theresa no supo por dónde comenzar. Los enfermos que atestaban la sala yacían desperdigados sobre improvisados lechos, mientras fuera, en el patio, los menos aquejados esperaban cualquier remedio que pudiera aliviarles. Algunos se veían graves, con dolores en los miembros o afectados de alucinaciones, pero la mayoría sólo estaban aterrados. Preguntando, averiguó que el obispo y el abad se habían reunido para discutir la quema de casas y el cierre de las murallas. Eso le extrañó. En



otras ocasiones había oído hablar de componendas semejantes, pero en ésta, la pestilencia se limitaba a la harina emponzoñada por los hongos del cornezuelo. Se dijo que debía convencer a Alcuino para que, pese a su desacuerdo, revelara la causa de la enfermedad.

Pasadas dos horas, Theresa había reunido la suficiente información como para determinar que al menos once enfermos nunca habían ingerido pan de trigo. Cuando concluyó la tarea, recogió sus cosas y regresó a las cocinas del cabildo. Allí encontró a Helga, afanada en sacar brillo a unas perolas que parecía las hubiesen utilizado como macetas en vez de como ollas. Al verla, la Negra dejó los cacharros y corrió a su encuentro. Le dijo que toda la ciudad estaba angustiada por lo de la plaga.

—No se te ocurra comer pan de trigo —la advirtió Theresa, y al instante recordó que a Alcuino le enojaría que se lo hubiera dicho. Luego se dio cuenta de que en realidad no deberían consumir ninguna clase de pan.

Helga le contó que precisamente Alcuino había depositado en el almacén un saco de trigo del molino de Kohl, señalándole que nadie lo tocara. Nada más oírlo, Theresa desobedeció. Fue al saco y extrajo un puñado con un paño de algodón. Luego examinó uno a uno los granos. Hasta el cuarto puñado no halló el primer cornezuelo mezclado con algo de harina. Supuso que el fraile había averiguado algo.

Poco antes del oficio de *sexta* Alcuino regresó cargado de noticias. Se había personado en el molino de Kohl, pero al parecer habían trasladado el cadáver del pelirrojo lejos de la ciudad, a la hondonada donde quemaban a los que morían de lepra. Por fortuna, había localizado el cuerpo antes de que lo echaran a la hoguera.



—No murió por el cornezuelo. Le habían pintado las piernas —dijo victorioso—. Debieron de envenenarle. Los testigos describieron su muerte como una horrible agonía. Eso fue lo que me confundió.

«Piernas pintadas.» Theresa recordó la treta de Althar para simular la lepra.

—¿Y quién pudo hacerlo?

—Aún no lo sé. Lo único evidente es que su asesino pretendía que su muerte pasara desapercibida. Sin embargo, averigüé un par de cosas: en primer lugar, la mujer de Kohl no sorprendió al Marrano asesinando a su hija. Fue otra mujer, Lorena, una sierva de la familia. Hablé con ella y me confirmó que vio al retrasado sobre la muerta, pero no que fuera él quien la matara. Además, aportó un detalle crucial: el tajo que segó el cuello de la joven fue en el lado izquierdo, desde la oreja hasta la nuez. Lo recordaba porque hubo de cerrarle la herida para amortajarla.

—¿Y eso qué significa?

—Pues sencillamente, que la cuchillada fue asestada por un zurdo.

—Como Rothaart, el pelirrojo.

Alcuino afirmó con la cabeza. La otra noticia era que Kohl le había proporcionado un saco de trigo de prueba, aunque sin dar! cuenta de su procedencia.

—Después de disculparme por mi comportamiento el día de la ejecución, le urgí a que me vendiese algo de trigo, cosa a la que accedió sin demasiadas objeciones. Para mi sorpresa, me dijo que tardaría en proporcionármelo un par de días, si bien me entregó un saco a cuenta por si deseaba comprobar sus bondades.

—Lo he visto. Rebosa cornezuelo —confirmó Theresa.

—No debiste tocarlo —protestó él.



Ella sacó el paño y le mostró las pequeñas cápsulas negras. Alcuino meneó la cabeza.

—En cualquier caso, nuestro abanico de sospechosos continúa reduciéndose —añadió—. Ya sólo quedan Kohl, el abad Beocio, y los priores Ludovico y Agripino.

—¿Y Lotario?

—Al obispo hace tiempo que le descarté. Recuerda que el políptico fue modificado en la abadía, y que Lotario no puso inconveniente en que comprobásemos los del cabildo. No. Su inocencia está fuera de toda duda. En cuanto a Agripino, debería borrarlo: también ha enfermado, y no creo que sobreviva.

—A este paso morirán todos los sospechosos.

—Sería una solución —ironizó.

Theresa se atusó el cabello. En la lista de culpables ya sólo aparecían Kohl, el abad Beocio, y el prior Ludovico. No entendía por qué Alcuino no actuaba de una vez. Se preguntó si no sería cierta la advertencia de Hóos.

—Deberíais revelar el origen de la enfermedad —le dijo—. Hay decenas de enfermos. Mujeres y niños que pronto llenarán los cementerios.

—Ya hemos hablado de eso —contestó él con gesto severo—. En cuanto se supiese que la causa es el cornezuelo, el culpable molería el grano, lo escondería y lo perderíamos para siempre.

—Pero avisándolos, los salvaríamos.

—¿Salvarlos de qué? ¿De que se mueran de hambre? ¿O de qué crees que se alimentarán si no pueden comer trigo ni centeno?

—Al menos podrían decidir la forma de su muerte —replicó irritada.



Alcuino respiró hondo mientras apretaba los dientes. Aquella muchacha era el ser más testarudo que se hubiera echado nunca a la cara. No entendía que ni siquiera clausurando los molinos impedirían que el asesino triturara el grano en un molino manual, que lo vendiese a cualquier desaprensivo, o que lo llevase a otra ciudad para continuar con su negocio. Intentó explicárselo, pero no sirvió de nada.

—Es ahora cuando está muriendo la gente. No mañana, ni dentro de un mes. ¿No lo veis? Es ahora —insistió ella.

—Los muertos son iguales a los ojos de Dios. ¿O acaso piensas que las vidas de los que mueran ahora valen más que las de los que mueran dentro de unos meses?

—Lo único que sé es que la abadía está llena de enfermos que no entienden cuál ha sido su pecado. —Theresa sollozó de rabia—. Porque eso es lo que creen. Que han pecado y Dios les está castigando.

—Es obvio que aún eres joven para comprender ciertos asuntos. Si quieres ayudar, vuelve al *scriptorium* y continúa copiando los textos del *Hypotyposesis* que aún tienes pendientes.

—Pero paternidad...

—Regresa al *scriptorium*.

—Pero...

—A menos que prefieras volver a la taberna.

Theresa se mordió la lengua. Se dijo que de no haber mediado la preñez de Helga *la Negra*, habría mandado a Alcuino y sus textos a dormir junto al estiércol de las cuadras. Finalmente dio media vuelta y se marchó sin decir palabra.



Después de reproducir varios párrafos, Theresa arrugó el pergamino. ¿Por qué no pedir ayuda? Si el obispo no tenía nada que ver, ¿por qué no contarle lo que estaba sucediendo? Estaba segura de que Lotario podría contribuir a solventar el problema. Él conocía a los sospechosos, estaba al tanto de los movimientos de la abadía y sabía cómo funcionaba un molino. Desde luego no entendía el comportamiento de Alcuino y, sin embargo, no le quedaba más remedio que acatar sus decisiones.

Utilizó un nuevo pergamino hasta que la pluma cedió bajo la presión. Cuando fue a buscar otra, encontró que en la arqueta donde Alcuino guardaba el material de escritura no quedaba ninguna, de modo que se encaminó hacia la cocina para conseguir otra nueva. Al llegar, halló a Favila hecha un manojo de nervios. Le preguntó por Helga *la Negra* pero la mujer no pareció oírla. Tan sólo se rascaba las piernas y los brazos.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó.

—Es esa maldita plaga. No sé si tu amiga me la ha contagiado — contestó sin dejar de rascarse.

—¿Helga? —Theresa se echó las manos a la boca.

—No se te ocurra acercarte a ella.

Favila le señaló una habitación contigua mientras sumergía los brazos en un barreño de agua fría. Theresa desoyó a Favila y corrió hacia allí. Encontró a la Negra postrada en el suelo. Temblaba como un cervatillo y sus piernas comenzaban a verse amoratadas.

—¡Dios Santo! ¡Helga! ¿Qué te ha pasado?

La mujer no respondió. Sólo siguió sollozando.

—¡Levántate! Has de acudir a la abadía. Allí te atenderán. —Tiró de ella pero no consiguió izarla.

—Me dijo que no lo intentara. Que no admitirían a una prostituta.



—¿Quién te dijo eso?

—Tu amigo el fraile. Ese maldito Alcuino. Me ordenó que me quedara aquí hasta que encontrara un lugar en el que alojarme.

Theresa volvió a la cocina y pidió ayuda a Favila, pero la mujer se negó y continuó mojándose los brazos con agua fría. Entonces Theresa agarró el barreño y lo lanzó contra la pared, haciéndolo saltar en pedazos.

—Alcuino dijo...

—Me da igual lo que dijera Alcuino. Estoy harta de ese hombre — lloró. Luego dio media vuelta y abandonó la cocina.

Mientras caminaba en dirección a las dependencias palaciegas, no cesó de maldecir al fraile britano. Ahora entendía por qué Hóos la había prevenido en su contra. Alcuino era un ser insensible, con ojos para sus libros y para nada más. Recordó que de no haberse negado a continuar escribiendo, ni siquiera habría acogido a su amiga Helga. Pero todo eso se iba a acabar. Había llegado el momento de que Lotario supiese qué clase de canalla era fray Alcuino.

Al verla aparecer, el viejo secretario intentó detenerla, pero no pudo impedir que forzara la puerta y se adentrara en la estancia del obispo.

Al ingresar, Theresa sorprendió a Lotario orinando medio de espaldas. Se giró para no verle pero aguardó en la habitación. Cuando escuchó que el chorro menguaba, contó hasta tres y se volvió. Lotario la miró con una mezcla de asombro e irritación.

—¿Se puede saber qué clase de atropello es éste?

—Disculpadme, eminencia, pero necesitaba veros.

—Pero ¿quién...? ¿Acaso no eres la muchacha que acompaña a Alcuino a todas partes? ¡Sal de aquí inmediatamente!



—Paternidad. Debéis escucharme. —El auxiliar trató de expulsarla, pero Theresa se desembarazó de él con un empujón—. Debo hablaros de la plaga.

Al oír la palabra «plaga», Lotario se apaciguó. Enarcó una ceja y se ajustó los calzones. Luego se abrigó con una toga y la miró escéptico.

—¿A qué plaga te refieres?

—A la que azota la ciudad. Alcuino ha averiguado su origen y el modo de detenerla.

—El pecado es el origen de la plaga, y éste es nuestro único remedio —dijo señalando la imagen de un crucifijo.

—Os equivocáis. Es el trigo.

—¿El trigo? —Hizo un ademán al secretario para que se retirara—. ¿Cómo que el trigo?

—Según los polípticos, unas partidas de trigo contaminado fueron adquiridas y transportadas a Fulda hace dos años, durante la peste de Magdeburg. Hasta hace poco se fueron vendiendo espaciadas para que nadie relacionase la enfermedad con el trigo, pero en los últimos días el criminal ha desbordado los mercados. Los enfermos y los muertos aumentan sin descanso, y nadie hace nada para evitarlo.

—Pero eso que cuentas... ¿Estás segura?

—Encontramos algo en el molino de Kohl. Un veneno que emponzoña el cereal.

—¿Y Kohl es el responsable?

—No lo sé. Alcuino sospecha de tres individuos: Beocio el abad, el prior Ludovico, y el propio Kohl.

—¡Santo Cielo! ¿Y por qué no ha acudido a mí?



—Eso mismo le dije yo. Si hasta de vos desconfiaba. Está obsesionado con atrapar al culpable, pero lo único que hace es esperar mientras la gente sigue muriendo —rompió a llorar—. Hasta mi amiga Helga *la Negra* ha caído enferma.

—Hablaré con él inmediatamente —dijo mientras se calzaba.

—No, por favor. Si se entera de que os lo he confesado no sé lo que me haría.

—Pero habrá que hacer algo. ¿Has dicho Beocio, Kohl y Ludovico? ¿Por qué esos tres y no otros?

Theresa le contó cuanto sabía. Tras responder a las dudas de Lotario, se sintió más aliviada porque el obispo se mostró dispuesto a acabar con el problema.

—Daré orden para que detengan a los sospechosos. En cuanto a tu amiga... ¿cómo has dicho que se llama?

—Helga *la Negra*.

—Eso, Helga. Mandaré que la trasladen a la enfermería del cabildo. Allí la atenderán en todo cuanto puedan.

Acordaron que Theresa regresaría al *scriptorium*, pero permanecería en el palacio episcopal por si Lotario la necesitaba. Cuando salió de sus aposentos, el secretario la miró con ganas de azotarla.

Antes de volver al *scriptorium*, Theresa decidió comprobar la situación de Helga. No sabía si encontrarían algún remedio para la enfermedad, pero supuso que al menos la noticia la consolaría. Sin embargo, cuando llegó a la cocina ya no estaba en la estancia.

Por más que preguntó, nadie supo informarle del paradero de su amiga.



Pasó el día sin saber de Lotario ni de Alcuino. No ver al fraile la alivió; sin embargo, la desaparición de Helga le preocupaba doblemente. Antes de cenar decidió salir del palacio para vagabundear un rato. No había comido y seguramente tampoco cenaría, aunque lo cierto era que, a causa de los remordimientos, tampoco tenía apetito. Desconocía si había obrado bien, pero al menos esperaba que Lotario determinase el cierre de los molinos y que la plaga desapareciera para siempre.

Durante el trayecto no dejó de pensar en su amiga Helga. La había buscado en las cocinas, los almacenes y la enfermería; se había acercado a su taberna y a la casa de la vecina que la había acogido el día que Widukindo le cortó la mejilla. Incluso había preguntado en las calles por las que deambulaban las prostitutas más desmejoradas sin hallar rastro de ella. Era igual que si se la hubiera tragado la tierra. Luego recordó la figura de Alcuino y el estómago se le encogió. No entendía por qué si ella había obrado en conciencia, le asaltaba aquel desasosiego.

En ese instante anheló a Hóos Larsson. Extrañaba su sonrisa, sus ojos del color del cielo, sus pequeñas bromas sobre el tamaño de sus caderas o sus divertidas historias sobre Aquis-Granum. Él era la única persona que la hacía sentirse bien, y el único en quien podía confiar. Lo añoraba tanto, que lo hubiera dado todo por revivir por un instante sus caricias.

Su paseo terminó frente a la puerta grande de la ciudad, una impresionante celosía de maderos, espino y traviesas de metal que protegía el acceso principal a Fulda. En su parte superior, la hilera de colmillos formada por los extremos afilados de los troncos contrastaba con el rojizo fulgor de las antorchas. Theresa advirtió los numerosos remiendos que apuntalaban el portón, confiriéndole el aspecto de una construcción moribunda.



Existían otras entradas, pero más desguarnecidas. A ambos lados del portalón se extendía el muro de piedra que defendía el recinto de la antigua ciudad. Sobre éste, por su parte interna, se asentaban numerosas viviendas construidas contra la muralla para ahorrarse la cuarta pared, lo cual dificultaba el tránsito de la guarnición. La defensa circundaba sólo una parte de la villa, pues databa de la fundación de la abadía, y en su origen únicamente albergaba al monasterio y sus huertas. Luego la ciudad creció, con los campos sucumbiendo bajo el impulso de los edificios. La nueva ampliación protegería el arrabal de extramuros de cualquier posible ataque.

Cada noche se atrancaban las puertas secundarias dejando abierta únicamente la principal. No obstante, en aquella ocasión el portalón también se hallaba cerrado, transformando la ciudad en un bastión inexpugnable. Se dijo que tal vez lo hubiera ordenado el obispo para impedir la huida del criminal; sin embargo, uno de los vigías le informó de que a última hora varios campesinos habían avistado extraños armados, y que aunque probablemente sólo fueran salteadores, habían optado por tomar precauciones.

Mientras, en el exterior, una turba de asustados golpeaba las puertas demandando entrar en la villa. Tras deliberar con su superior, uno de los vigías abandonó la torreta y bajó a abrir el portón. Theresa observó cómo otro guardia derramaba cubos de agua sobre los que intentaban colarse, mientras dos más se apostaban a ambos lados de la puerta provistos de varas de avellano. El vigía amenazó con no abrir y la gente pareció sosegar. Sin embargo, nada más liberar los pasadores, la turba se abalanzó sobre las hojas haciendo retroceder a los centinelas.

Theresa se apartó mientras una riada humana se abría paso entre unos vigilantes incapaces de contenerla. Hombres, mujeres y niños cargados de enseres y animales, penetraron en el recinto como si les persiguiera el



diablo. Cuando pasó el último, los guardias atrancaron las puertas y subieron de nuevo a las torretas. Uno de los lugareños se acercó a Theresa con ganas de conversación.

—Muchos se han quedado fuera porque piensan que no atacarán, pero a mí no me cogerán otra vez desprevenido —le contó mientras le mostraba una antigua cicatriz en el vientre.

Theresa no supo qué pensar. Los que acababan de acceder parecía que escaparan del fin del mundo y, sin embargo, toda esa gente no representaban ni la décima parte de los que permanecían fuera. Cuando se lo comentó al hombre, éste le respondió que no todos confiaban en un ataque inminente.

El miedo hizo que Theresa decidiera regresar. Pasó de nuevo por la taberna de Helga *la Negra* por si hubiese regresado a su antigua casa, pero ésta continuaba abandonada, de modo que se dirigió al obispado. Antes de acostarse decidió echar un nuevo vistazo a las cocinas, pero sólo encontró a Favila, quien le recriminó el que hubiese traído una prostituta al cabildo.

—Sabía que a la primera nos la jugaría —sentenció sin darle oportunidad de abrir la boca.

La muchacha se despidió sin replicar. Ya en la cuadra, pensó sobre lo sucedido: una joven asesinada, decenas de aldeanos envenenados, un fraile en quien no sabía si confiar, y su única amiga desvanecida como por ensalmo. Rezó sus oraciones en las que recordó a su familia, a Hóos y Helga. Después se acomodó entre las balas de paja y esperó a que amaneciera.

A media noche la despertó una inesperada algarabía. Por todos los rincones se escuchaban gritos, pasos apresurados y carreras. Varios clérigos entraron en la cuadra portando antorchas para ensillar un par de



animales. Theresa se levantó asustada y corrió hacia las estancias de Favila, donde encontró a la mujer deambulando de un lado para otro, con las carnes bailoteándole debajo de una simple sarga. Iba a preguntarle qué ocurría, cuando el repicar de unos tambores la dejó sin palabras. Entonces las dos corrieron escaleras arriba hasta la azotea desde la que se dominaba la ciudad, para encontrarse de bruces con un hecho sorprendente: por la calle principal, entre vítores y aplausos, avanzaba una comitiva de jinetes encabezada por un hombre enguantado en acero y escoltado por un grupo de tamborileros. Pese a lo entrado de la noche, decenas de personas saludaban a los caballeros como si se tratara del mismísimo Dios y sus cohortes. Favila se santiguó y corrió escaleras abajo gritando de alegría. Theresa la siguió sin comprender nada.

Ya en la cocina, mientras encendía los fogones, Favila se lo dijo.

—Pero ¿aún no lo conoces? Ha llegado el más grande. Nuestro rey Carlomagno.



Capítulo 18

Theresa nunca habría imaginado que la presencia de un monarca ocasionara tanto revuelo. Aquella misma noche hubo de abandonar las caballerizas porque los clérigos las emplearon para alojar a la servidumbre. Ella se trasladó a la estancia que ocupaba Favila en los almacenes del palacio. Sin embargo, al poco de acostarse, los guisanderos reales invadieron las cocinas llenándolas de ánades, faisanes y patos enjaulados que graznaron como demonios durante el resto de la noche.

A la mañana siguiente, el cabildo despertó hecho un auténtico hervidero. Los clérigos corrían de un lado para otro cargados de plantas con las que adornar la catedral para los santos oficios, en las cocinas bullían las fuentes con asados, verduras y dulces primorosamente elaborados, las domésticas limpiaban hasta el último rincón y los acólitos de Lotario se afanaban en ubicar las pertenencias del obispo en una habitación contigua, ya que la suya sería ocupada por Carlomagno.

De nada le sirvió a Theresa alegar ante Favila que sólo recibiría órdenes de Alcuino. La cocinera hizo oídos sordos y de un empujón la envió con las demás sirvientas a ayudar al refectorio. Cuando Theresa entró en el comedor lo encontró engalanado con tapices religiosos en los que el púrpura y el azul prevalecían sobre el resto. La mesa central había sido sustituida por tres tableros largos instalados sobre caballetes en



forma de U, alineados con las tres paredes opuestas a la entrada. Theresa depositó una hilera de manzanas verdes sobre los vistosos manteles de lino, adornados previamente con centros de ciclámenes, macasares y violetas, las flores de invierno que se cultivaban en el huerto. Varias filas de taburetes flanqueaban ambos lados de las mesas, a excepción de la zona central, despejada para albergar el trono y los sillones en los que se acomodarían el rey y sus favoritos.

Los cocineros habían preparado un festín para una legión de hambrientos, en el que no faltaban capones y patos aún emplumados, huevos de faisán revueltos, carne de buey braseada, paletillas de cordero, costillas y filetes de cerdo, riñonadas, asaduras, acompañamientos de coles, nabos y rábanos aliñados con ajo y pimiento, alcachofas guisadas, toda clase de longanizas y embutidos, ensalada de legumbres, asados de conejo, codornices escabechadas, tortas de hojaldre y una miríada de postres elaborados con miel y harina de centeno.

De regreso a la cocina, Theresa escuchó cómo el jefe de los cocineros preguntaba a Favila si disponía de *garum* y ésta negaba con la cabeza. Por lo visto, al monarca le encantaba el condimento, pero la expedición lo había olvidado en Aquis-Granum.

—¿Y por qué no lo elaboran de nuevo? —sugirió Theresa.

El jefe de los cocineros les comentó que la única persona que sabía hacerlo no había viajado con la expedición. Theresa recordó que durante su estancia en las cuevas, la mujer de Althar le había enseñado a elaborarlo y se ofreció para ello.

—Si me lo autoriza, claro.

Antes de que el hombre pudiera rechistar, Theresa corrió a la despensa y regresó cargada con los ingredientes necesarios. Dejó el aceite, la sal y



las tripas secas de pescado sobre uno de los bancos, y sacó un frasco del que vertió un líquido en un cucharón que ofreció al cocinero.

—Lo preparé hace un par de días. —Miró a Favila avergonzada porque le había asegurado que lo había hecho Helga *la Negra*. El hombre lo probó y la observó con asombro.

—¡Por todos los diablos! ¡El rey estará contento! A ver, vosotros —se dirigió a un par de domésticos—. Dejad esos aliños y ayudad a la muchacha a preparar más *garum*. Desde luego, como guises igual que aderezos, seguro que encuentras un marido acaudalado.

Theresa confió en que ese marido fuese Hóos Larsson. No sabía si dispondría de dinero, pero no conocía a otro tan apuesto.

Cuando el cocinero le comunicó a Favila que Carlomagno deseaba felicitar a la autora del condimento, la cocinera se echó a temblar como si fuera a ella a quien hubiera llamado. La mujer atusó el pelo a Theresa, le pellizcó las mejillas hasta encendérselas como a un recién nacido y le colocó un delantal limpio. Luego la despidió llamándola bribona. Sin embargo, Theresa la agarró de la mano para que la acompañara.

En las inmediaciones del refectorio se quedaron sorprendidas por el número de camareros, domésticos, siervos y mozos que deambulaban junto a la entrada. El cocinero que les abría paso apartó a unos mirones y les hizo hueco hasta el acceso al comedor. Luego les indicó que esperasen a que el *lectorero* recitara los salmos.

Mientras el clérigo leía, Theresa se fijó en la colosal estatura de Carlomagno. El monarca se hallaba de pie en el centro de la estancia, escoltado por una joven que a su lado parecía enana. Vestía una capa



corta que sobre su enorme cuerpo se asemejaba a una servilleta, un sobretodo de lana y pantalones bombachos rematados por botas de cuero. Su cara, rapada al estilo de los francos, lucía un grueso bigote que contrastaba con su cabello recogido en una larga coleta. Detrás de él, Alcuino y Lotario aguardaban pacientes por delante de su séquito, en el que destacaba una cohorte de prelados elegantemente ataviados. Cuando el *lectorero* terminó, todos se sentaron y comenzaron a desayunar, instante que el cocinero aprovechó para rogarle a Theresa que le siguiera. Atravesaron la sala y le presentó al rey, a quien la muchacha reverenció con un ridículo encogimiento. Carlomagno la miró como si no entendiese lo que sucedía.

—La autora del *garum* —le informó.

Carlomagno abrió los ojos, sorprendido por su juventud. Luego la felicitó y siguió comiendo como si tal cosa.

Theresa se quedó callada hasta que el cocinero la agarró por un brazo y tiró de ella hacia la salida.

Se disponía a regresar a las cocinas cuando Favila le propuso aguardar y aprovechar para ayudar en el traslado de la loza sucia. Las dos mujeres se apartaron a un extremo de la sala y se dedicaron a observar a los comensales, que devoraban las viandas como si fueran las primeras que comieran en su vida. Mientras los invitados desayunaban, decenas de vasallos, terratenientes y artesanos desfilaron por el refectorio para reverenciar al monarca.

Entonces Theresa advirtió la entrada de un hombrecillo refinado a quien reconoció como el comprador del oso de Althar. Le seguía un siervo rubicundo que, como si de un plato de pitanza se tratara, portaba sobre una bandeja la cabeza de la bestia que ella misma había cazado durante su estancia en las oseras. El hombrecillo atravesó la sala y se



inclinó ante el rey. Después de una presuntuosa explicación, se apartó para que su siervo depositara la cabeza del animal entre las fuentes de comida. Carlomagno se levantó para admirar la belleza de la testa. Comentó algo sobre los ojos del animal, a lo que el hombrecillo respondió con nuevas inclinaciones. El rey le agradeció el agasajo, que hizo situar en un extremo de la mesa, y despidió al hombre, que se retiró de espaldas doblando una y otra vez el espinazo.

Comoquiera que la cabeza del oso quedara cerca de Theresa, ésta decidió examinarla para averiguar qué había llamado la atención de Carlomagno. Al aproximarse, comprobó que uno de los ojos había cedido en su alojamiento, restándole fiereza a su aspecto. Pensó que no le costaría mucho repararlo, de modo que se apropió de un cuchillo, y sin esperar a que la autorizaran comenzó a cortar la costura que enfilaba hacia la cuenca del ojo estropeado. Prácticamente la había abierto cuando alguien le aferró el brazo.

—¿Se puede saber qué demonios pretendes? —Era el hombrecillo acaudalado, gritando para que lo oyeran.

Theresa le aclaró que intentaba arreglar el ojo, pero el hombre le sacudió una bofetada que la hizo caer al suelo. Uno de los cocineros corrió hacia ella para sacarla a rastras, pero cuando se disponía a emprenderla a golpes con la muchacha, el rey se alzó y pidió que la levantaran.

—Acércate —le ordenó.

Theresa obedeció temblando.

—Yo sólo pretendía... —dijo, y calló avergonzada.

—Pretendía joder mi cabeza —intervino el hombrecillo.



—Querréis decir, mi cabeza —le corrigió Carlomagno—. ¿Es cierto eso? ¿Querías joderla? —preguntó a Theresa con voz calma.

Cuando la joven intentó responder, tan sólo le brotó un hilo de voz.

—Sólo intentaba colocar el ojo en su sitio.

—¿Y para eso le rajabas el rostro? —se extrañó el rey.

—No lo rajaba, mi señor. Liberaba la costura.

—¡Y además, embustera! —terció el hombrecillo. En ese instante, Alcuino susurró algo al rey, y éste asintió con la cabeza.

—Liberar la costura. —Carlomagno examinó la cabeza con detenimiento—. ¿Cómo podrías liberarla, si ni siquiera se aprecia?

—Sé dónde se esconden porque fui yo quien las cosió —aseguró ella.

Al oír su respuesta, todos menos Alcuino prorrumpieron en carcajadas.

—Veo que al final habré de darte la razón —dijo el rey al hombrecillo que la había tachado de embustera.

—Os aseguro que no miento. Primero cacé al oso y luego lo cosí —insistió Theresa.

Las risas desaparecieron para tornarse en estupor. Ni siquiera un cercano al rey se atrevería a proseguir con semejante burla. El propio Carlomagno mudó su semblante condescendiente.

—Y puedo demostrarlo —añadió.

El monarca enarcó una ceja. Hasta entonces la joven le había resultado simpática, pero su atrevimiento comenzaba a rayar la insensatez. Dudó entre mandar que la azotaran o simplemente despedirla, pero algo en su mirada le detuvo.



—En ese caso, veámoslo —dijo, y ordenó silencio. En la sala sólo se oyó el masticar de los alimentos.

Theresa miró a Carlomagno con determinación. Luego, ante los rostros atónitos de los presentes, narró los pormenores de la cacería en que había ayudado a Althar a abatir el animal. Cuando terminó la historia, en la sala no se oyó ni un regüeldo.

—¿De modo que lo mataste disparando una ballesta? Debo reconocer que tu fábula es realmente fantástica, pero lo único que demuestra es que mientes como una bellaca —sentenció Carlomagno.

Theresa comprendió que si no lo convencía pronto, la sacarían a empellones. Al instante cogió la cabeza del animal y la sostuvo entre los brazos.

—De ser falso lo que afirmo, ¿cómo podría saber lo que contiene?

—¿Dentro? —preguntó Carlomagno intrigado.

—En el interior de la cabeza. Está rellena con una piel de castor.

Sin esperar a que lo autorizara, rompió el cosido y extrajo una maraña de pelo que dejó caer sobre la mesa. A continuación extendió la pelota hasta convertirla en una piel de castor estropeada. Carlomagno la miró con seriedad.

—De ahí a que fueses tú quien lo matara...

Theresa se mordió el labio. Miró alrededor hasta descubrir el lugar donde los oficiales habían depositado sus armas. Sin mediar palabra, atravesó la sala y se apoderó de una ballesta que descansaba sobre un arcón. Un soldado desenvainó su espada, pero Carlomagno lo detuvo con un gesto. Theresa supo que sólo dispondría de esa oportunidad. Recordó cómo tras la caza de los osos, había practicado con Althar hasta adquirir cierta destreza en su manejo. Sin embargo, nunca había logrado



cargarla sola. Apoyó el extremo contra el suelo y pisó el arco con decisión. Luego apalancó la cuerda y la tensó con todas sus fuerzas. Faltaba un suspiro para asegurarla cuando la cuerda le resbaló. La gente exclamó, pero ella no esperó a que reaccionaran. Volvió a engancharla y tiró sintiendo cómo las fibras se clavaban en sus falanges. Pensó en el incendio del taller; en Gorgias, su padre; en Althar; en Helga *la Negra* y en Hóos Larsson. Demasiados fallos en su vida. Apretó los dientes y estiró aún más. Entonces la cuerda se soltó en un estallido quedando prendida del seguro.

Al comprobarlo sonrió con satisfacción. Finalmente cargó una saeta y miró al rey esperando su aprobación. Cuando la obtuvo, elevó el arma, apuntó con cuidado y apretó el gatillo. La saeta segó el aire de la habitación y fue a incrustarse en el suelo entre las mismísimas botas del hombrecillo acaudalado. Un murmullo de asombro recorrió el refectorio. Carlomagno se levantó y llamó a la muchacha.

—Impresionante. Veo que Alcuino acertó al aconsejarme que te creyera. —Miró a la mujer que se sentaba a su derecha—. Después del desayuno pasa por mis aposentos: será un placer presentarte a mi hija.

En ese instante, Lotario se levantó pidiendo silencio. Se colocó la mitra, y elevó su copa con gesto solemne.

—Creo que ha llegado el momento de un brindis —propuso. El resto de los comensales izaron sus bebidas—. Siempre es un honor contar con la presencia de nuestro amado monarca Carlomagno, a quien como todos sabéis, me unen lazos de sangre y amistad. Y también nos honra la legación romana encabezada por su eminencia Flavio Diácono, el santo prelado del Papa. Por tal motivo, creo oportuno anunciar que, como ejemplo de respeto y lealtad a la fortaleza humana —se inclinó ante Carlomagno—, y sometimiento incondicional a la justicia divina —hizo



lo propio ante la curia romana—, esta tarde, por fin tendrá lugar la ejecución del Marrano.

A la conclusión del parlamento, los presentes brindaron sin entrecuchar las copas, detalle que intrigó a Theresa. Favila le explicó que la costumbre del golpeo procedía de una antigua tradición germana que tenía su origen en la desconfianza mutua.

—Antaño, cuando un rey pretendía dominar nuevos territorios, casaba a su hijo con la princesa del reino codiciado, e invitaba al padre de la novia a una fiesta en la que le ofrecía un vaso de vino envenenado. Para evitarlo, el rey agasajado entrecuchaba su copa con la del anfitrión, con la intención de que los vinos se mezclaran, de forma que si él hubiera de morir, no lo hiciera en solitario. Por eso, aquí en Fulda, como señal de confianza siempre evitan el golpeteo —añadió.

Theresa miró hacia donde permanecía Alcuino. Se sentía avergonzada, sabedora de que le había traicionado. En ese momento, el fraile se disculpó ante Lotario y a continuación se dirigió hacia ella. Cuando llegó a su altura la saludó con naturalidad.

—Ignoraba tu pericia con los aliños. ¿Hay algo más de ti que deba saber y aún no me hayas contado?

Theresa se quedó helada al comprobar que Alcuino le leía el pensamiento. El fraile la conminó a conversar en privado.

—No parece que sea un buen día para acudir al *scriptorium* —contemporizó Theresa mientras avanzaban por el pasillo—. Lo digo por lo de la ejecución.

Alcuino concedió sin contestar. Theresa advirtió que el fraile dejaba atrás el *scriptorium* en dirección a la catedral, atravesaba el crucero y se dirigía a la sacristía. Una vez allí, extrajo una llave de una hornacina con la que abrió la reja que daba acceso a una estancia presidida por un



enorme crucifijo. Dentro hedía a humedad. Alcuino tomó asiento sobre el único banco e invitó a la joven a hacer lo mismo. Luego esperó a que Theresa se calmara.

—¿Cuándo te confesaste por última vez? —preguntó el fraile con voz queda—. ¿Hace un mes? ¿Más de dos meses? Demasiado tiempo, si casualmente te sucediera algo.

Theresa se asustó. Miró hacia la puerta, pero imaginó que si intentaba huir, Alcuino se lo impediría.

—Naturalmente, supongo que habrás mantenido tu promesa —continuó el fraile—. Me refiero a los secretos que te he estado confiando. ¿Conoces lo que les ocurre a quienes quebrantan sus juramentos?

Theresa negó con la cabeza y rompió a llorar. El fraile le ofreció un pañuelo, pero ella lo rechazó.

—Tal vez desees confesarte...

Theresa aceptó entonces el paño, que frotó contra sus parpados hasta dejarlos encarnados. Cuando halló el ánimo suficiente comenzó a hablar. La joven omitió los incidentes del incendio en Würzburg. Sin embargo, le habló del pecaminoso ayuntamiento mantenido con Hóos. El fraile lo reprobó, pero cuando ella le confesó que había acudido al obispo, Alcuino llegó a enfurecerse.

—Os ruego me perdonéis. Eran tantos los enfermos, tantos los muertos... —lloró de nuevo—. Y luego lo de Helga *la Negra*. Sé que era una prostituta, pero ella me quería. Cuando enfermó y desapareció... Yo no deseaba engañaros, pero no podía seguir impasible.

—Y por eso acudiste a Lotario con lo que yo había averiguado.

La joven lagrimeó. A Alcuino no pareció afectarle.



—Theresa, atiéndeme. Es preciso que me contestes con la mayor exactitud. ¿Le dijiste a Lotario de quiénes sospechaba?

—Sí. De Beocio, el abad, del prior Ludovico, y de Kohl, el molinero.

Alcuino apretó los dientes.

—¿Y la causa del envenenamiento? ¿Le hablaste del cornezuelo?

Theresa negó con la cabeza. Le explicó que le había informado sobre la existencia de un veneno, pero en aquel momento no había logrado recordar el nombre del hongo.

—¿Estás segura?

Lo afirmó con rotundidad.

—De acuerdo. Ahora cierra los ojos mientras te absuelvo.

Cuando Theresa los abrió, tan sólo tuvo tiempo de ver cómo Alcuino salía por la puerta y la encerraba en la sacristía.

Pronto se convenció de que nadie la liberaría. Intentó manipular la cerradura empleando su eslabón de acero, pero sólo consiguió despuntar el útil y lastimarse los dedos. Tras guardarse la herramienta, volvió al banco y miró alrededor. La sacristía ocupaba un pequeño ábside lateral que comunicaba con el deambulatorio del transepto a través de un pasillo clausurado por una segunda puerta. Observó que disponía de una ventana circular tabicada en alabastro, que por su peculiar aspecto debía de dar al exterior, ya que había advertido una forma similar desde la plaza. En su parte inferior, el alabastro parecía roto por el impacto de una piedra, así que aproximó el banco y se encaramó para mirar a través del hueco. Desde allí comprobó que, en efecto, el muro lindaba con la



plaza principal, otorgándole el papel de espectadora privilegiada. Luego se bajó y volvió a sentarse a esperar a que la soltaran.

Mientras aguardaba, se dedicó a especular sobre el comportamiento de Alcuino. Hóos ya le había advertido sobre él, y actos como el de encerrarla, o negarse a informar a Lotario sobre la causa de la enfermedad, no hacían más que corroborar sus sospechas.

No sabía qué pensar.

El fraile la había ayudado, y aunque de mala gana, también se había encargado de que Helga consiguiera una ocupación en las cocinas. Pero ¿de qué le había servido? La última vez que vio a Helga, ésta ya presentaba los signos de la enfermedad, y en aquel momento ni siquiera sabía dónde se encontraba.

¿Por qué la habría encerrado?

En ese instante las campanas comenzaron a repicar anunciando la proximidad de la ejecución. Por el hueco de la ventana observó cómo decenas de personas empezaban a congregarse en torno al mismo agujero donde la semana anterior habían tratado de enterrar vivo al Marrano. La mayoría eran ancianos que acudían cargados de alimentos para asegurarse los mejores sitios, pero también abundaban mozuelos con poco trabajo y los que solían pordiosear en la plaza y sus alrededores. A pocos pasos del muro, casi debajo de ella, habían dispuesto sillas y taburetes que sin duda acogerían a los altos dignatarios, entre los que supuso se encontrarían Carlomagno y la delegación romana.

Era temprano. Estimó en unas tres horas el tiempo para la ejecución.

Bajó del banco y husmeó entre el mobiliario. En unos arcones descubrió un almacén de indumentaria litúrgica: paños de altar recamados, velos para la entrada del presbiterio, tapetes, mucetas y cobertores, sudarios, capas, túnicas, hábitos de Pascua y Pentecostés, y



un sinfín de prendas menores con las que podría engalanarse toda la congregación catedralicia.

Ordenó la indumentaria y esperó el regreso de Alcuino, pero como el tiempo transcurría, volvió a los arcones y se probó un hábito púrpura con ribetes dorados. Le agradó el olor a incienso, pero se lo quitó porque pesaba como si lo hubieran empapado en agua. Dejó la sotana sobre el arcón y se tumbó sobre el banco.

Pensó en su padre y en qué estaría haciendo. Tal vez debería regresar a Würzburg. Luego cerró los ojos y se dejó llevar.

No reparó en que se había dormido hasta que el repicar de los tambores la avisó de que el espectáculo estaba por comenzar.

Corrió a la ventana. Entre el gentío que atestaba la plaza divisó la silueta del Marrano aguardando el suplicio al borde del agujero. Abajo, a tiro de piedra, Carlomagno y su séquito ocupaban sus asientos. Distinguió a Alcuino y Lotario, pero no al molinero Kohl.

Iba a retirarse cuando observó cómo Alcuino se levantaba y andaba un trecho en dirección a una mujer con la cabeza gacha. Habló un instante con ella y luego regresó. Cuando la mujer alzó la cabeza, Theresa reconoció a Helga *la Negra*, caminando como si nunca hubiese estado enferma.

No se había recuperado de la sorpresa cuando oyó unas voces. De inmediato corrió a la reja y observó cómo dos clérigos limpiaban en el transepto. Al retroceder tropezó con el banco y el estruendo resonó en toda la iglesia. Se asomó de nuevo y comprobó que los novicios se acercaban extrañados.

Pensó en esconderse, pero no encontró dónde. De repente tomó la sotana púrpura que se había probado, se la enfundó de prisa y se arrojó al suelo boca abajo con la capucha echada sobre su nuca. Cuando los



clérigos se asomaron a la reja, tan sólo distinguieron la figura de un sacerdote desmayado. Alarmados, intentaron despertarle, pero Theresa no se movió. Entonces sucedió lo que ella esperaba: al ver que no respondía, uno de los clérigos acudió a la hornacina y metió la llave en la cerradura. Theresa esperó a que el hombre abriera la puerta y se inclinara sobre ella. Entonces se incorporó de un salto, empujó al primer clérigo y se escabulló del segundo con tal rapidez que los dos hombres pensaron que habían visto al diablo.

Alcanzó pronto la salida, porque a excepción de aquellos dos clérigos, todo el mundo estaba en la plaza. Una vez entre la muchedumbre, se abrió paso ayudada por lo llamativo de su vestimenta; sin embargo, al aproximarse al patíbulo, un soldado le dio el alto. La joven se quedó petrificada. Si la prendían vestida de cura, la acusarían de herejía. Sin pensarlo, se despojó del hábito y lo dejó caer al suelo, provocando que varias mujeres se abalanzaran sobre la prenda para disputársela como fieras. Theresa aprovechó el tumulto para ocultarse tras un campesino que abultaba dos veces lo que ella. Para cuando el soldado consiguió apartar a las mujeres, de la joven hereje no quedaba ni huella.

Poco después, Theresa alcanzaba el estrado de los dignatarios, pero para su sorpresa, estaba abandonado.

—De repente se levantaron y se marcharon zumbando —le informó un vendedor de salchichas que parecía muy al tanto.

Theresa le compró media salchicha, y el comerciante añadió que Lotario y un fraile delgado se habían enzarzado en una discusión que había terminado con la paciencia del rey.



—El monarca se levantó indignado y les ordenó que solventaran sus diferencias en otro lugar. Luego abandonó el estrado y todos le siguieron como borregos.

—¿Y adonde han ido?

—A la catedral, creo. ¡Malditos sean! Como no vuelvan pronto no sé a quién voy a vender las condenadas salchichas. —Y se dio media vuelta para continuar voceando la mercancía.

Theresa miró hacia la catedral, donde de nuevo identificó a Helga. En esta ocasión el reconocimiento fue mutuo. Al advertirlo, Theresa intentó avisarla, pero Helga bajó la cabeza y se escabulló por una entrada que daba acceso al palacio catedralicio. Aunque Theresa corrió tras ella, sólo llegó a tiempo de comprobar que había echado el cerrojo a la puerta.

Tal vez hubiera debido esperar fuera, pero algo la impulsó a saltar por una ventana. Una vez dentro, oyó los pasos de Helga perderse por el fondo. Pensó que la alcanzaría si atajaba a través del coro, de modo que abrió la portezuela que daba acceso al mirador y ojeó el interior. Desde el balcón se vislumbraba el altar, ocupado por una tropa de clérigos que discutía acaloradamente. Distinguió a Lotario y Alcuino de pie frente a los frailes. A la izquierda de ambos, la figura de Kohl amordazado y detenido, con signos de haber sido torturado.

Aquello la impresionó tanto que olvidó a Helga y gateó hasta un rincón para escucharles. Creyó apreciar que Alcuino defendía al molinero, cuando de repente Lotario se levantó y le interrumpió con vehemencia.

—Ya basta de monsergas: con la venia del rey, con la del vicario de la Santa Sede, con el beneplácito de Dios. —Se adelantó un paso más hasta situarse por delante de Alcuino—. Lo único que en verdad sabemos, es que decenas de personas han fallecido a causa de un mal para el que ni



nuestros físicos ni nuestros rezos han encontrado remedio. Y lo relevante del suceso no es que el causante de esa plaga, que cualquiera en su sano juicio habría atribuido al mismísimo diablo, sea en realidad un abominable ser de carne y hueso. —Se detuvo y señaló a Kohl con el dedo—. No. Lo realmente trascendente es que esta escoria humana sea defendida por un fraile, Alcuino de York, sobre cuyas espaldas recae la salvaguardia de nuestra Iglesia.

Un murmullo de asombro recorrió el templo. El obispo continuó.

—Como ya he anunciado antes, esta mañana un ministerial encontró escondida en las propiedades de Kohl una partida de cereal que, según parece, es la causa del emponzoñamiento. Un grano del que Kohl no ha sabido dar explicaciones hasta que el sabor de la tortura ha saciado su abominable espíritu. Pero ahora, una vez confesado el nefando crimen, yo me pregunto: ¿hasta dónde llega la culpabilidad de un molinero? Un hombre simple, acostumbrado a la suntuosidad y la riqueza, sin mayor instrucción que la aprendida en el trabajo del campo. Porque podríamos comprender que la avaricia se apodere de un espíritu ignorante como el de Kohl. Incluso admitirlo y exonerarle en atención a las numerosas donaciones que con asiduidad ha efectuado a esta congregación, y que con toda seguridad continuará haciendo. Pero ¿cómo aceptar que un hombre instruido, un fraile como Alcuino de York, prevaliéndose de su influencia, de su conocimiento y su cargo, pretenda contrariar lo que las pruebas y la razón avalan como evidente?

A Theresa le extrañó que Lotario atacase más a Alcuino que al propio Kohl, pero se alegró de que, al menos, alguien revelara la identidad del culpable.

—Como oís, venerables hermanos —prosiguió—: Kohl, un asesino, y Alcuino, su protector. Y siendo cierto que Kohl ha comerciado, se ha enriquecido y ha envenenado con la venta de su trigo, no lo es menos



que Alcuino ha manipulado, entorpecido y tergiversado cuanto de verdad conocía sobre todas esas muertes para, ahora, no sé si en un desesperado intento por encubrir su propia participación, erigirse en adalid de este criminal confeso.

Alcuino resopló de indignación.

—Muy bien. Si habéis terminado con vuestras barbaridades...

—¿Barbaridades, decís? Varios miembros de esta congregación han escuchado cómo el acusado confesaba su culpa. —Dos clérigos cercanos lo confirmaron con la cabeza—. ¿También ellos deliran?

—Una confesión arrancada bajo tortura, según me ha parecido escuchar —puntualizó Alcuino.

—¿Qué habríais sugerido vos? ¿Ofrecerle pastelillos?

Alcuino torció el gesto.

—No sería la primera vez que un inocente confiesa su culpabilidad para evitar los instrumentos del verdugo —refutó.

—¿Y presumís que sea éste el caso? —Lotario pareció meditar—. Muy bien. Supongamos que alguien resultara convicto de las fechorías más horribles. Supongamos que no las hubiera cometido, pero que para evitar el suplicio, difamándose a sí mismo, admitiera haberlas hecho. Aun si tal confesión se produjera sin prestar juramento, sin duda estaría cometiendo una gran infamia, de modo que siendo pecado mortal el difamar al prójimo, lo sería con más motivo el difamarse a sí mismo. ¿Y acaso de ahí no se infiere que quien renuncia a la virtud para solazarse en el pecado, vivirá siempre en el desliz si de él extrae un beneficio?

Alcuino denegó con la cabeza. En ese instante Carlomagno se levantó, empobreciendo con su estatura a la de los oponentes.



—Estimado Lotario, no cuestiono la culpabilidad del molinero, sin duda una noticia importante que anuncia el final de esas horribles muertes. Pero no olvidéis a quién estáis acusando: las imputaciones que vertéis sobre Alcuino son de tal magnitud, que o bien las demostráis, o deberéis disculparos conforme a lo que su rango y posición merecen.

—Querido primo —reverenció Lotario con exageración—. De todos es sabida vuestra predilección por este britano, a quien habéis nombrado responsable de la educación de vuestros hijos. Pero precisamente por ello os exhorto a que prestéis atención. Que mis pruebas iluminen vuestros ojos que ahora parecen cegados.

Carlomagno tomó asiento y cedió la palabra a Lotario.

—Alcuino de York... Alcuino de York... Hasta hace poco yo mismo me inclinaba cuando escuchaba este nombre, precedido siempre de sapiencia y honorabilidad. Sin embargo, miradle: tras ese rostro circunspecto, impasible, imperturbable, se esconde un espíritu egoísta, un alma corrompida por la vanidad y la envidia. Me pregunto a cuántos más habrá engañado y qué otros crímenes habrá cometido. — Carlomagno tosió impaciente y Lotario asintió—. ¿Queréis pruebas? Yo os las proporcionaré. Tantas que os preguntaréis cómo habéis confiado en este instrumento del diablo. Pero antes permitid que mis hombres escolten a Kohl a un lugar apartado.

Lotario palmeó una vez y de inmediato tres domésticos se personaron para conducir al molinero fuera de la iglesia. Al poco regresaron acompañados por una mujer enlutada, que resultó ser la esposa de Kohl. La mujer se mostró alarmada, pero Lotario la tranquilizó.

—Si colaboráis, nada malo os sucederá. Ahora jurad sobre esta Biblia.

Ella obedeció. Cuando terminó, Lotario le cedió un taburete que la mujer ocupó tras reverenciar brevemente al monarca. Desde su



escondrijo, Theresa observó cómo la recién llegada temblaba desconcertada. Recordó haberla visto en el molino el día que acompañó a Alcuino.

—Habéis jurado sobre la Sagrada Biblia, de modo que aguzad vuestra memoria. ¿Reconocéis a este hombre? —le preguntó Lotario señalando a Alcuino.

La mujer elevó la mirada con temor. Luego afirmó con la cabeza.

—¿Es cierto que estuvo en el molino hará una semana?

—Sí, eminencia, así es. —Y rompió a llorar desconsolada.

—¿Recordáis el asunto que le llevó allí?

La mujer se enjugó las lágrimas.

—No muy bien. Mi marido me pidió que preparara algo de comer mientras ellos hablaban de negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—No lo recuerdo. De la compra de cereal, supongo. Os lo suplico, santidad. Mi marido es un hombre bueno. Siempre se ha portado bien conmigo, cualquiera puede decíroslo, y nunca me ha pegado. Bastante castigo tenemos con la muerte de nuestra hija. Dejad que nos vayamos.

—Por lo que más quieras, límitate a contestar. Di la verdad, y tal vez el Todopoderoso se apiade de vosotros.

La mujer asintió temblorosa. Tragó saliva y continuó.

—El fraile le solicitó a mi marido una partida de trigo, pero mi marido le respondió que sólo comerciaba con centeno. De eso me enteré porque cuando oí que hablaban de dinero, puse más atención.

—De modo que Alcuino le propuso a Kohl un trato.



—Sí, eminencia. Dijo que necesitaba comprar mucho trigo, que se lo habían encargado en la abadía. Pero os juro, señor, que mi marido nunca habría hecho nada malo.

—Está bien. Ahora retiraos.

La mujer besó el anillo del obispo y se inclinó ante Carlomagno. Luego miró de reojo a Alcuino, antes de seguir a los mismos domésticos que la habían acompañado. Cuando la mujer abandonó la iglesia, Lotario se volvió hacia Carlomagno.

—Ahora resulta que vuestro fraile se dedica a los negocios del trigo. ¿Estabais al tanto de esa actividad?

El rey miró a Alcuino con dureza.

—Majestad —se adelantó éste—, ya sé que lo juzgaréis extraño, pero sólo intentaba descubrir el origen de la enfermedad.

—Y de camino hacer negocio —observó Lotario.

—¡Por Dios! ¡Claro que no! Necesitaba ganarme la confianza de Kohl para llegar hasta el trigo.

—¡Oh! ¡Para llegar al trigo! ¿En qué quedamos entonces? ¿Kohl es culpable o inocente? ¿Le perseguís o le defendéis? ¿Le mentisteis a él en el molino, o nos mentís ahora a nosotros? —Se volvió hacia Carlomagno—. ¿Éste es el hombre en quien confiáis? ¿El que hace de la falsedad su modo de vida?

Alcuino apretó los dientes.

—*Conscientia mille testes*. A los ojos de Dios, mi conciencia vale tanto como mil testimonios. El que no me creáis, sinceramente, no me preocupa.

—Pues debería preocuparos, porque ni vuestra elocuencia ni vuestro desdén os librarán del deshonor al que os ha conducido vuestro



comportamiento. Decidme, Alcuino, ¿reconocéis este escrito? —Le mostró una *folia* entintada, visiblemente arrugada.

—Dejadme ver —lo examinó—. ¡Pero por todos los diablos...! ¿De dónde la habéis sacado?

—De vuestra celda, naturalmente —dijo volviendo a arrebatársela—. ¿Lo habéis escrito vos?

—¿Quién os ha dado permiso?

—En mi congregación no lo necesito. ¡Contestad! ¿Sois vos el autor de esta carta?

Alcuino asintió de mala gana.

—¿Y recordáis su contenido? —insistió Lotario.

—No. No muy bien —se corrigió.

—Entonces prestad atención. —Se la solicitó también a Carlomagno—. «Con la ayuda de Dios. Tercer día de las calendas de enero, y decimocuarto desde nuestra llegada a la abadía —leyó—. Todos los indicios apuntan hacia el molino. Anoche Theresa descubrió varias cápsulas entre el cereal que Kohl custodia en sus almacenes. Sin duda el molinero es el culpable. Temo que la pestilencia se extienda por Fulda y, sin embargo, aún no ha llegado la hora de evitarlo.» —Lotario guardó el pergamino entre sus ropajes con una mueca de satisfacción—. Bien. Desde luego no parecen éstas las oraciones de un benedictino. ¿Qué opina su majestad? —preguntó al rey—. ¿Acaso no revelan un nítido afán de encubrimiento?

—Eso parece —se lamentó Carlomagno—. ¿Tenéis algo que alegar, Alcuino?

El fraile dudó antes de responder. Adujo que solía transcribir sus pensamientos para luego reflexionar sobre ellos, añadió que nadie tenía



el derecho a hurgar entre sus pertenencias, y que jamás habría hecho algo que pudiera perjudicar a un cristiano. Sin embargo, no aclaró nada respecto al significado del texto.

—Y si recelabais de Kohl, ¿qué os mueve ahora a defenderlo? —le preguntó Carlomagno.

—Es algo que determiné con posterioridad. En realidad sospecho que fue su ayudante pelirrojo quien...

—¿Os referís a Rothaart, el difunto? —intervino Lotario—. ¡Qué casualidad! ¿Y no os parece extraño que el responsable de envenenar a todo el pueblo muriera a su vez envenenado?

—Quizá no fuera tan casual. —Miró a Lotario desafiante.

Mientras tanto, agazapada tras el coro, Theresa se debatía entre confiar en Alcuino o creer a Lotario. Recordó que Hóos le había prevenido contra el fraile, y ahora Lotario le acusaba con absoluto convencimiento, e incluso el propio rey comenzaba a dudar de su ministro. Ella deseaba su inocencia, pero entonces, ¿por qué la había encerrado en aquella sala?

—¿Conocéis a una tal Theresa? —escuchó de nuevo a Lotario.

—¿A qué viene esa pregunta? —respondió Alcuino—. Vos la conocéis tan bien como yo.

—Ya. ¿Y no es cierto que habéis compartido con ella muchas horas de trabajo?

—Sigo sin entender.

—Si vos no lo comprendéis, imaginad, pues, nosotros. Porque admitiréis nuestra extrañeza ante el hecho de que una chica joven y atractiva, según creo recordar, ayude a un fraile por las noches en asuntos para los que por su femenina naturaleza no está capacitada. Por



favor, Alcuino, sinceraos. ¿Además de los negocios, perseguís también a las hijas de Eva?

—Contened vuestra lengua. No os permito...

—Y ahora me ordenáis callar —rio artificialmente—. Confesad, por el amor de Dios. ¿No es cierto que la obligasteis a jurar? ¿No la conminasteis a que callase cuanto le contabais? ¿Acaso de esa forma, prevaliándoos de vuestra posición, abusando de vuestro conocimiento, aprovechándoos de las carencias propias del intelecto femenino, pretendisteis mantener ocultos vuestros abominables planes?

Alcuino apretó los dientes y se encaró a Lotario.

—Pero ¿de qué planes habláis? Dios sabe que es cierto cuanto digo.

—Indudablemente. Y supongo que Dios también estará al tanto de vuestro intento de envenenamiento, ¿verdad? —insinuó Lotario.

—Por todos los santos, no seáis ridículo.

— ¡Ja! ¡Y además soy yo el grotesco! Muy bien. Veamos qué opina de esto nuestro rey Carlomagno. ¡Ludovico! Adelantaos.

El coadjutor obedeció cansinamente mientras desdeñaba a Alcuino con la mirada.

—Querido Ludovico, ¿tendríais la amabilidad de relatarnos lo que observasteis la semana pasada, durante la ceremonia del ajusticiamiento del Marrano? —le solicitó Lotario.

El coadjutor se inclinó al pasar ante Carlomagno. Luego se estiró como si se hubiera tragado un palo y habló orgulloso, como si de su testimonio dependiese la resolución del enigma.

—Vivimos aquel día con gran expectación —comenzó—. Con todos los frailes pendientes del cadalso. Por desgracia, yo no veo bien de lejos, así que me entretuve con las viandas y observando a los invitados.



Entonces lo sorprendí —dijo señalando a Alcuino—. Me extrañó que izara una copa, porque este britano rehúsa la bebida, pero mayor fue mi sorpresa cuando comprobé que, en lugar de la suya, sostenía la de Lotario. En ese instante advertí cómo manipulaba su anillo y vaciaba una ponzoña en la copa. Luego Lotario bebió de ella, y al momento cayó fulminado. Afortunadamente pudimos atenderle antes de que el veneno surtiera su mortal efecto.

—¿Es verdad eso? —preguntó Carlomagno a Alcuino.

—Por supuesto que no —contestó tajante.

En ese instante Lotario agarró la mano de Alcuino y tiró del anillo que lucía en su extremidad derecha. Alcuino se resistió, pero en el forcejeo la tapa se abrió y una nube de polvo blanco se esparció sobre la capa de Carlomagno.

—¿Y esto? —El soberano se levantó.

Alcuino tartamudeó y retrocedió. No había previsto aquella situación, pero Lotario respondió por él.

—Esto es lo que esconde el alma de un hombre oscuro. Un hombre que enarbola la palabra de Dios mientras su lengua escupe el veneno del maligno. Abbadón, Asmodeo, Belial o Leviatán. Cualquiera de ellos se enorgullecería de tenerlo como amigo. Alcuino de York... un hombre capaz de mentir para lucrarse; capaz de callar; de dejar morir para protegerse; capaz de matar —sacudió el polvo que cubría la capa de Carlomagno— para impedir que lo desenmascaren. Pero yo os revelaré su semblante, el verdadero rostro de la bestia. Porque él fue el primero en descubrir a Kohl, pero en lugar de detenerlo, lo chantajeó para usurparle sus beneficios. Le mintió para ganarse su confianza, y miente ahora, defendiéndolo para defenderse a sí mismo. Fue Theresa, su propia ayudante, quien avergonzada por la carga del pecado, y



negándose a participar en el intento de asesinato que Alcuino ansiaba repetir, acudió en confesión a mí. —Se dirigió a Alcuino desafiante—. Y ahora ya podéis escudaros en cuantas mendacidades se os ocurran, porque ningún nacido bajo el manto de Dios se atreverá a atender el fragor de vuestros ladridos.

Alcuino permaneció en silencio mientras escrutaba los rostros que ya le condenaban. Finalmente tomó la Biblia y depositó sobre ella su mano derecha.

—Juro ante Dios Todopoderoso por la salvación de mi alma, que soy inocente de cuanto se me acusa. Si me otorgáis tiempo...

—¿Tiempo para continuar matando? —terció Lotario.

—He jurado sobre la Biblia. Jurad también vos —le desafió.

—Vuestro juramento vale tanto como el de la mujer que os ha ayudado. Ni siquiera eso. Cátulo afirmaba que los juramentos de las mujeres quedaban grabados en el aliento del aire y en la superficie de las ondas, pero los vuestros se evaporan incluso en vuestro pensamiento.

—¡Dejaos de patrañas y jurad! —exigió Alcuino—. ¿O acaso teméis que Carlomagno os despoje de vuestro cargo?

—¡Qué pronto olvidáis nuestras leyes! —sonrió paternalmente—. Nosotros, los obispos, no somos de esa categoría de gente que como vulgares súbditos deban encomendarse a vasallaje; ni de esa clase de gente que deba prestar de cualquier manera un juramento. Sabed que la autoridad evangélica y canónica nos lo veda. Sabed que las iglesias que se nos han confiado por Dios no son como los beneficios y la propiedad del rey, cuya naturaleza hace que éste pueda darlas o quitarlas de acuerdo a su voluntad inconsulta. Todo lo que se vincula a la Iglesia está consagrado a Dios. Pero incluso aunque pudiera jurar... ¿cómo os atrevéis a exigirme juramento? Porque si supieseis que juro con verdad,



de nada os serviría que lo hiciera, y si por el contrario creyeseis que juro en falso, entonces exigiéndome juramento me estaríais induciendo a pecar, y con ello alentando la comisión del pecado.

Alcuino intentó replicar, pero para su desdicha, el enviado papal coincidió con la argumentación de Lotario.

—Bien. Parece obvio que el molinero es culpable —concluyó el monarca—. Le ha sido encontrada una partida de cereal con la simiente que al parecer produce el veneno, y eso es algo irrefutable, de modo que no veo razón para que vos, Alcuino, le sigáis protegiendo. A menos, claro está, que como insinúa Lotario, también estéis involucrado.

Alcuino lo miró con severidad.

—¿Desde cuándo el peso de la defensa recae sobre el inocente? ¿Dónde se encuentran los doce hombres necesarios para que su acusación se valide? Lo que ha dicho Lotario no son más que simplezas, sandeces y majaderías. Si me otorgáis unas horas os demostraré...

En ese instante, el impacto de un candelabro provocó que los presentes se giraran sorprendidos.

Theresa se agazapó tras la balaustrada. En su afán por enterarse de lo que ocurría, se había apoyado en una lámpara que había cedido desplomándose contra el suelo. Uno de los clérigos advirtió su escondrijo y, a su voz, dos auxiliares corrieron hacia el coro. Cuando comprobaron que se trataba de una mujer, la condujeron a empellones ante Lotario, quien la obligó a arrodillarse para pedir perdón por su conducta.

—Pero si es la cazadora de osos —se extrañó el monarca—. ¿Se puede saber qué hacías ahí arriba escondida?



Theresa besó el anillo real antes de implorar misericordia. Tartamudeando, explicó que buscaba a una amiga desaparecida; que pensaba que había muerto, pero que en realidad estaba viva; que no había escuchado de lo que discutían, y que lo único que pretendía era saber por qué Helga *la Negra* huía de ella.

Cuando la joven terminó de parlotear, Carlomagno la miró de arriba abajo. Por un momento pensó que había perdido el juicio, aunque por lo atropellado de su explicación, se dijo que tal vez no fuese una embustera.

—¿Y pensabas encontrar a tu amiga en el coro, ahí arriba?

Theresa se sonrojó.

—Es la ayudante de Alcuino, mi señor —intervino Lotario—. Quizá deseéis interrogarla.

—Mejor no. Ahora prefiero hacer una pausa. Tal vez orando encuentre una respuesta.

—Pero, majestad, no podéis... Este fraile precisa de un castigo inmediato —insistió.

—Después de rezar —zanjó el monarca—. Mientras tanto, que permanezca custodiado en su celda. —Hizo un gesto para que escoltaran a Alcuino, y se retiró por un lateral dejando a Lotario con la palabra en la boca. Al punto, el obispo olvidó a Theresa, y se dirigió hacia el centinela que debía conducir a Alcuino a su celda y asegurarse de que no saliera de ella.

—Si quiere evacuar, que lo haga por la ventana —le espetó.

Alcuino emprendió la marcha flanqueado por dos guardias, y Theresa siguiéndole a pocos pasos. Durante el trayecto la joven trató de disculparse, pero a cada intento el fraile respondió apresurando la marcha.



—No pretendía inculparos —alcanzó a decir.

—Pues según Lotario, parece que sí. —Alcuino caminaba sin devolverle la mirada.

Llegaron a la celda, con Theresa culpándose por su conducta y a la vez preguntándose el porqué de sus remordimientos, si al fin y al cabo el fraile la había utilizado para sus propósitos. Recordó que la había encerrado en una sala, y que de haber sido por él, aún no se sabría que el trigo era el causante de todos los fallecimientos. Además estaba aquella *folia* en la que de su puño y letra acusaba a Kohl, cosa que él nunca le había argumentado. Mientras luchaba por aclarar sus ideas, Alcuino entró en su celda. Antes de que el guarda lo encerrara, le dijo a Theresa en griego:

—Vuelve al *scriptorium* y revisa los polípticos.

Le tendió las manos, que la muchacha acogió entre las suyas, pero no supo qué decir. Cuando Alcuino las retiró, el guardián cerró la puerta y miró a Theresa con arrogancia. Entonces ella se dio la vuelta y corrió hacia las cocinas, apretando contra su pecho la llave que Alcuino acababa de pasarle sin que el guardia lo advirtiera.



Capítulo 19

Cuando llegó a los fogones, Theresa encontró a Favila peleando con un pollo.

—¿Tú también te has enterado? La verdad, no sé a qué esperan para ajusticiar a ese asesino —le dijo a Theresa sin dejar de arrancar plumas.

Ésta afirmó contempORIZANDO, pero le molestó que Favila diera por sentado que el Marrano había matado a la hija del molinero.

—¿Has visto a Helga? —le preguntó con desgana. La mujer negó con la cabeza mientras despedazaba el ave—. Lo suponía —suspiró. Cogió un mendrugo y se despidió de la cocinera.

Hubo de esperar a que la congregación se reuniera en el refectorio para acceder al *scriptorium* sin que la vieran. Aunque había entrado en aquella sala docenas de veces, el miedo le atenazó la garganta. Introdujo la llave en la cerradura y la giró hasta que el cerrojo saltó de su alojamiento. Luego entró rápidamente y cerró a continuación. Le reconfortó el calor de la chimenea que aún ardía, alegrándose de que el obispo hubiese instalado aquel artefacto en una sala tan fría.

Sobre la mesa encontró desplegados varios documentos en los que parecían haber trabajado recientemente. Pasó un dedo por la tinta y comprobó que seguía húmeda. Unos diez minutos, calculó. Echó una ojeada pero no encontró nada importante, sólo varias *epistolae* firmadas



por Lotario en las que exhortaba a otros obispos a seguir los preceptos de la regla de san Benito.

Dejó los documentos y se dirigió a las estanterías, donde localizó el políptico que tantas veces había repasado. Sin embargo comprobó que se hallaba encadenado a la repisa, de modo que lo extrajo como pudo y abrió las guardas para examinar su contenido. Apenas si podía pasar las hojas por la cercanía de los volúmenes contiguos, pero aun así localizó las reseñas de las transacciones de trigo satisfechas tres años atrás con el vecino poblado de Magdeburg.

Allí seguía el texto. Las mismas letras, las frases de siempre... Las leyó una y otra vez sin hallar nada nuevo, tan sólo los párrafos que alguien había suplantado para hacerlos pasar por los verdaderos. Ni siquiera podía examinar el texto oculto que había descubierto tras frotar el anverso con ceniza.

Mientras miraba repetidamente las páginas, se preguntó qué hacía en el *scriptorium* intentando ayudar a Alcuino. Ni siquiera sabía si el fraile era culpable o inocente. Si la descubrían, pensarían que estaba de acuerdo con él, que era cómplice de asesinato, y probablemente también acabaría en la hoguera. Decidió marcharse y olvidar cuanto antes el asunto.

Se disponía a cerrar el libro cuando inesperadamente lo vio como un fogonazo: «*ira nomine Pater.*» Repasó las letras con la mayor atención. Las leyó despacio, una y otra vez.

«*In nomine Pater.*» ¿Por qué le llamaban la atención? No era más que la fórmula vulgar del encabezamiento de una carta.

De repente lo comprendió. ¡Dios santo! ¡Era eso! Dio un grito de alegría y corrió hacia los documentos extendidos sobre la mesa. A toda



prisa buscó las epístolas firmadas por Lotario, las desplegó temblando y entonces lo comprobó.

«*In nomine Pater.*»

La misma inclinación... el mismo trazo... ¡la misma letra!

Las enmiendas trazadas sobre el políptico en que se reflejaban las ventas de trigo habían partido de la mano de Lotario. Se santiguó al averiguarlo, al tiempo que un escalofrío la hacía retroceder.

Y si Lotario era el autor de las correcciones... tal vez fuera también el autor de los asesinatos.

Se dijo entonces que debía llevar ante el rey la prueba que lo demostraba.

Ordenó rápidamente los documentos de la mesa y regresó al políptico de la estantería, pero por más empeño que puso, no logró liberarlo.

Estudiaba cómo soltarlo cuando oyó el chirrido de la puerta. Aterrada, se agachó entre los libros con el tiempo justo para divisar la gruesa figura de Lotario entrando en el *scriptorium*. Theresa dejó el políptico y gateó hasta el fondo de la biblioteca. Allí se ocultó tras un sillón. Lotario pasó frente a la mesa y miró los documentos. Luego se dirigió hacia el políptico y lo liberó de la cadena. Después se acercó a la chimenea, donde vaciló un instante. Miró a ambos lados como si temiera que le vieran, hojeó el códice y finalmente lo arrojó al fuego. Ardió en un suspiro como una bala de paja.

Theresa salió de la estancia momentos después de que Lotario la abandonara. Necesitaba ver a Alcuino para contarle lo sucedido, pero cuando llegó a su celda averiguó que ya lo habían conducido a la iglesia. De camino al templo pasó por las cocinas, donde para su sorpresa se encontró con Helga *la Negra*.



Cuando salió de su estupor, Helga le solicitó silencio y la condujo a un almacén donde hablar con garantías.

—Pensé que habías muerto —le recriminó Theresa. Luego la abrazó con fuerza.

—De verdad lo siento. No deseaba preocuparte, pero Alcuino me obligó.

—¿Te obligó? ¿A qué? ¿Y tus piernas? ¿Cómo están? —Recordó haberlas visto amoratadas por la enfermedad.

—Era mentira —se avergonzó Helga—. Alcuino me obligó a untármelas con una tintura para que pareciesen enfermas. Me dijo que si no lo hacía, me arrebataría al niño en cuanto naciera.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé. Él quería que me vieras así y después que desapareciera. Ese hombre es el diablo. Te lo avisé.

Theresa se dejó caer abatida. ¿Por qué Alcuino habría exigido algo tan anómalo a Helga? Sin duda pretendía que ella la creyera enferma, pero ¿para qué? Alcuino no era la clase de persona que hiciera las cosas al azar, de modo que trató de imaginar una razón más o menos sensata. Recordó que, tras pensar que Helga había enfermado, su indignación la llevó a confesarse ante Lotario. ¿Habría sido ésa la intención de Alcuino? Y de ser así, ¿por qué habría querido el fraile que Lotario conociese sus planes?

Se levantó aún confundida, pero decidida a averiguar la verdad. Besó a Helga, y le pidió que se cuidara. Luego salió en dirección hacia la iglesia, donde suponía habrían conducido a Alcuino. A la entrada, un centinela le confirmó que se hallaban reunidos pero que no podía acceder a la iglesia. Theresa intentó convencerle, pero el guardia se



mostró inflexible. En ese instante sintió una mano en su hombro. Al girarse se dio de bruces con Lotario, quien al parecer llegaba al cónclave en ese momento. Le atemorizó pensar que la hubiera descubierto, pero, por fortuna, el obispo esbozó una amable sonrisa.

—Tal vez desees acompañarnos —le sugirió.

Theresa intuyó cierta oscuridad en sus palabras, pero consideró que le brindaba una oportunidad para informar a Alcuino de la implicación de Lotario en la falsificación del políptico. Tras aceptar, el obispo le indicó que se acomodara. Los congregados ocupaban los mismos asientos que antes del receso, como en una pintura ya vista. Cuchicheaban sobre la responsabilidad de Alcuino, mientras éste, apartado, caminaba de un lado a otro como un animal acosado. Cuando el fraile la vio, pareció incomodarse. La saludó levemente y continuó paseándose mientras revisaba su tablilla de cera. Instantes después apareció Carlomagno, ataviado con la imponente coraza que solía lucir en las celebraciones de juicios sumarísimos. Todos se levantaron hasta que el monarca ocupó su asiento. Luego de autorizar a los demás a que hicieran lo propio, Carlomagno indicó a Alcuino que reanudara su testimonio. Sin embargo, éste continuó revisando su tablilla hasta que los carraspeos del monarca le señalaron su demora.

—Disculpad, alteza. Releía mis notas.

Carlomagno concedió con un gesto mientras el silencio se apoderaba de la iglesia. Luego Alcuino comenzó.

—Bien, ha llegado el momento de revelar la verdad. Una verdad difícil, incestuosa y malvada. Una verdad que en ocasiones me ha conducido por el sendero de la mentira, por los desfiladeros del pecado, de los que he debido apartarme para alcanzar la cumbre del discernimiento. —Hizo una pausa para escrutar los ojos de los



congregados—. Como todos sabéis, extraños acontecimientos han golpeado la ciudad de Fulda. Cualquiera de los aquí presentes ha perdido un hermano, un padre o un amigo. Mi propio ayudante, Romualdo, un muchacho sano y fuerte, falleció sin que pudiera hacer nada por evitarlo, y tal vez por esa egoísta razón me juré averiguar qué estaba pasando. Analicé cada óbito; pregunté a cada enfermo; indagué sus hábitos, sus conductas y comportamientos. Todo en vano. Nada que relacionara unas muertes tan injustas como repentinas. Entonces recordé una antigua epidemia que asoló York en mis años de docencia. En aquella ocasión la causa fue el centeno, aunque aquí, en Fulda, los muertos no consumían ese cereal. En cualquier caso encaminé mis pesquisas hacia el trigo, imaginando que si los síntomas eran parecidos, tal vez las causas estuviesen vinculadas. —Hizo una pausa que aprovechó para releer sus anotaciones—. De todos es conocido que en Fulda existen tres molinos: el de la abadía, el del obispado y el que pertenece a Kohl. Revisé sin éxito los dos primeros, de modo que acudí a este último con la intención de proveerme de una muestra del trigo. Cierto es que propuse un trato a Kohl, pero sólo para averiguar si disponía del cereal contaminado.

—Todo eso está muy bien —comentó el monarca—, pero en nada altera la versión de Lotario.

—Si me permitís continuar...

—Adelante.

—Para mi sorpresa, en una muestra que me proporcionó mi ayudante, Theresa, descubrí los corpúsculos causantes de la enfermedad. He de admitir que culpé a Kohl de inmediato; sin embargo, aunque el trigo encontrado en su molino le señalaba como implicado, en realidad tales corpúsculos no identificaban al culpable.



—Perdonadme —intervino Lotario—, pero ¿qué tiene que ver todo esto con vuestras mentiras? ¿Con vuestro intento de envenenarme? ¿Con vuestra confesión escrita en la que reconocíais la culpabilidad de Kohl, y vuestra negativa a detener los envenenamientos?

—¡Por el amor de Dios... permitidme avanzar! —Alcuino buscó la aprobación de Carlomagno, que concedió con gesto impaciente—. Sabíamos que el trigo emponzoñado había transitado por el molino de Kohl...

—¡Estaba en el molino de Kohl! —precisó hábilmente Lotario—. ¿Acaso pretendéis obviar que un ministerial encontró todas las partidas escondidas en sus dominios?

—¡Oh, sí! ¡El ministerial! Lo había olvidado... Es este hombre que tenemos aquí enfrente, ¿verdad? —dijo Alcuino señalando a un hombrecillo apocado—. ¿Vuestro nombre, por favor?

—Ma... Maar... tén —tartamudeó.

—Martín. Insigne nombre... ¿Os importa acercaros? —El hombrecillo apenas dio un paso al frente—. Decidme, Martín, ¿lleváis mucho tiempo de ministerial?

—No mu... mucho, señor.

—¿Cuánto tiempo? ¿Un año? ¿Dos? ¿Tres, tal vez?

—No taaanto, se... señor.

—¿Menos? ¿Entonces cuánto?

—Doo... os... meses, se... se... ñor.

—Ya. No mucho, por cierto...

—Su hermano murió por la enfermedad, y él ocupó el cargo —aclaró Lotario.



— ¡Ah! Obviamente, ése es un buen motivo. Y claro está, le nombrasteis vos...

—Siempre los he nombrado yo.

—Bien, bien. Permitidme proseguir. Martín, decidme... —Se metió la mano en un bolsillo de la sotana y sacó un puñado de granos de trigo que repartió entre cada mano, cerró los puños y se los mostró a Martín— . ¿En qué mano está el trigo?

El ministerial sonrió, dejando a la vista un rosario de dientes desportillados.

—En és... ta. —Señaló.

Alcuino abrió la mano, mostrándola vacía.

—En és... és... ta. —Señaló la otra.

La enseñó también, mostrándola igualmente desnuda. Martín abrió la boca casi tanto como los ojos. Su cara era la de un niño al que le hubieran robado una manzana.

—So... sois... un... diablo.

Alcuino bajó los brazos y de sus mangas cayeron los puñados de trigo escondidos. Martín se sonrió.

—¿Se puede saber a qué esta bufonada? —intervino Lotario indignado.

—Perdonad —se disculpó Alcuino—. Perdonad, majestad... Era tan sólo una broma. Permitidme continuar.

Carlomagno asintió de mala gana. Alcuino le reverenció y se dirigió de nuevo al hombrecillo.

—Martín, decidme... ¿es cierto que vos encontrasteis ese trigo?

—A... Así es... señor.



—¡Ya! Pero según creo recordar, Lotario anunció que estaba muy, muy escondido... Tan bien escondido que, en sus palabras, jamás nadie lo habría encontrado.

—Así es... se... ñor. Mu... muy escooon... dido. Estu... tuve to... da la mañana... na buuus... cando.

—Pero al final lo descubristeis.

—Sí... señor. —Sonrió como un muchacho que hubiera capturado un gato escurridizo.

—Y decidme, Martín, si tan escondido estaba el trigo, ¿cómo es posible que lo encontrarais, si ni siquiera sois capaz de encontrar un puñado entre mis manos?

Menos Lotario, todos, incluido el propio Martín, se carcajearon. Sin embargo, al hombrecillo se le heló la sonrisa cuando advirtió el gesto frío de Lotario.

—Él. Él me a... a... ayudó —dijo señalando al obispo.

—¡Vaya por Dios! Esta parte de la historia no la había escuchado. —Se volvió hacia Lotario. ¿De modo que el obispo os indicó dónde buscar el trigo?

—¿Y qué pretendíais? —replicó el obispo—. ¿No habéis visto que es medio lerdo? Lo trascendente no es si le ayudé o no, sino el hecho de que fue encontrado.

—Ya veo, ya... —Se paseó de un lado a otro—. Y decidme, mi buen Lotario, ¿cómo sabíais que el trigo estaba contaminado?

El obispo dudó un instante, pero enseguida contestó:

—Por las semillas de que me habló Theresa.



—¿Por estas semillas? —Alcuino hundió la mano en el bolsillo y le mostró otro puñado de trigo en el que se apreciaban diminutas bolitas oscuras. Lotario lo miró con desgana. Luego sus ojos vidriosos se alzaron hacia Alcuino.

—Como esas mismas —afirmó.

Alcuino enarcó las cejas.

—Qué extraño, porque es pimienta. —Cerró el puño y guardó el cereal limpio, al que había añadido ralladuras de pimienta.

—No tan rápido —le espetó el obispo—. Aún falta que expliquéis por qué intentasteis envenenarme y por qué, aun sabiendo cuanto sabíais, decidisteis guardar silencio.

—¿De verdad queréis saberlo? —sonrió con ironía—. En primer lugar, y como cualquiera de los presentes sabrá comprender, nunca estuvo en mi intención envenenaros. Ciertamente es que añadí este polvo a vuestra bebida —abrió su anillo y aglutinó los restos que aún quedaban en el pequeño recipiente interior—, pero no es ningún veneno. Tan sólo un purgante inofensivo. —Vertió el contenido sobre su mano. Luego, en presencia del rey, se lo echó a la boca y tragó con un gesto de asco—. *Lactuca virosa*: desagradable, pero poco más. Si hubiera deseado envenenaros, tened por seguro que lo habría conseguido. No, querido Lotario, no. Si os narcoticé fue para evitar otro terrible asesinato. El de un pobre desgraciado cuyo único crimen consistió en nacer retrasado.

—¿Os referís al Marrano? ¿Al degenerado que degolló a la hija del molinero?

—Me refiero al Marrano. El hombre a quien tratasteis de ajusticiar a sabiendas de su inocencia. El disminuido a quien elegisteis para que cargara con la culpa de un asesinato cometido por otra persona: por Rothaart, el pelirrojo, ayudante de Kohl pero cómplice vuestro.



—¡Por Dios! Habéis perdido el juicio —bramó Lotario.

—Precisamente él me ha conducido hasta vos —dijo alzando aún más la voz. Respiró hondo para tranquilizarse—. La joven murió acuchillada. Y he de reconocer que en un primer momento yo también culpé al idiota: su cara grotesca, su frente huidiza, sus ojillos de cochino... Pero luego me fijé en sus manos contrahechas, informes de nacimiento, y enseguida comprendí que no habría podido ni empuñar una cuchara.

—¡Qué sabréis vos!

—Sé que la hija de Kohl murió de una cuchillada en el cuello. Concretamente, en su lado izquierdo y lanzado de abajo arriba. Un tajo obra de un zurdo, sin género de duda. La criada que encontró el cadáver lo describió con minuciosidad, y a la joven le faltaba un pequeño trozo de la oreja.

—Pero de ahí a acusar a Rothaart... —se interesó Carlomagno.

—Rothaart era de sangre ligera; zurdo y hábil con el cuchillo que cada noche esgrimía en la taberna. Manejaba dinero. Mucho. El día que le conocí fanfarroneaba como un matón delante de un amigo, quien días después de su muerte no tuvo reparos en reconocer que al día siguiente del asesinato, Rothaart mostraba arañazos en la cara.

—Lo cual no establece que fuera él quien la matara —señaló el monarca.

—Os lo repito: zurdo y hábil con el cuchillo. Conocía bien a la víctima. De hecho, la noche que apareció muerta, el pelirrojo pernoctó en el molino. Según comentó la mujer de Kohl, esa misma noche su hija se despertó con molestias, abandonó la vivienda para evacuar el vientre y ya nunca regresó. Sabemos que no fue el Marrano porque era incapaz de empuñar ningún utensilio, y sabemos que Rothaart, el zurdo, estaba allí con su cuchillo...



—Pero ¿qué razón podría haber conducido al pelirrojo a matarla?

—Obviamente, el miedo a Lotario —afirmó sin pestañear.

—Explicaos —ordenó Carlomagno.

—Rothaart bebía a menudo. Se agarraba a la barrica como un recién nacido a una teta. Aquella noche, pese a que debía trasladar el trigo contaminado desde el granero al molino, subió al molino borracho. Pero en medio de la faena, se topó de bruces con la hija de Kohl, quien probablemente se extrañó de encontrarle trabajando a aquellas horas. Rothaart podría haberle dado mil razones, pero el *aqua ardens* le enturbió el sentido y reaccionó como solía hacer en las tabernas: sacó su cuchillo y la mató de un tajo.

—Desconocía que poseyeseis el don de la fabulación —apuntó el obispo con sarcasmo—. ¿O es que acaso estabais allí presente?

Alcuino declinó responder, pero formuló otra pregunta:

—Decidme, Lotario, ¿es cierto que Rothaart acudía a vuestros aposentos con frecuencia? Para tratar asuntos del molino, supongo...

—Veo a tanta gente que si tuviera que recordarla, no tendría otra cosa en la cabeza. —Carraspeó.

—Pero vuestro acólito sí que lo recuerda. De hecho, me contó que pasabais largos ratos hablando de dinero.

Lotario miró a su acólito con severidad. Luego se volvió hacia Alcuino.

—¿Y qué si hablaba con él? El obispado posee un molino, y Rothaart trabajaba en otro. A veces nos molía grano, y en otras ocasiones, nosotros a ellos.

—Pero lo sensato hubiera sido tratar esos negocios con el dueño del molino, no con su subalterno.



—¿Y de ahí inferís lo del asesinato...? Mirad, Alcuino, dejaos de necedades y aceptad lo evidente: hiciera lo que hiciera Rothaart, Kohl era quien vendía el trigo.

—Si no os importa, continuaré con mis necedades... —Eché un nuevo vistazo a sus notas—. Como he señalado antes, Rothaart el pelirrojo manejaba mucho dinero: vestía jubones lujosos, calzaba botines de cuero fino, y adornaba sus brazos con oro suficiente como para comprar un alodio con sus correspondientes labriegos. Algo inexplicable para un ayudante de molinero. Parece obvio pensar que disponía de otros recursos, cosa que concuerda con la actividad que, junto con su colega Gus, desempeñaba los domingos.

—¿A qué actividad os referís? —preguntó el monarca.

—Hablé con Gus tras la muerte de Rothaart. Un par de jarras de cerveza, y enseguida se avino a contarme lo mucho que iba a lamentar su pérdida. Por lo visto, Rothaart conseguía trigo de no sabía dónde, el cual molía los domingos en el molino de Kohl cuando éste se ausentaba para asistir a la misa mayor. Una vez molido, trasladaban el cereal a un almacén clandestino donde aguardaba el momento para ser vendido, mezclado con el centeno.

—¿Y os contó todo esto, sin más? —se interesó Carlomagno.

—Bueno. No fue problema convencerle de que ya sabía de sus confabulaciones. Si a ello añadimos la inesperada muerte de Rothaart, que obviamente atribuí a un castigo divino, y la cantidad de cerveza que le di a ingerir, no es de extrañar que confesara lo que en cualquier caso tampoco consideraba un pecado. Pensad que a Gus le tenían engañado, haciéndole trabajar por poco más que algo de vino y cuatro cuartos mal contados.



—Gus, un borracho, y Rothaart, un asesino. Pues bien, ¡tal vez lo fueran! Pero ¿qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó Lotario indignado.

—Ya termino. Paciencia... ya termino. Como he explicado antes, deduje que el mal procedía del grano por la semejanza entre los síntomas de los enfermos y los presentados durante la hambruna en mi natal York. Por eso solicité a Lotario los polípticos del obispado: para buscar algún dato referente a centeno contaminado. Sorprendentemente, ni Theresa ni yo encontramos nada que hiciese referencia al centeno, pero sí una hoja raspada y rectificada en cuyo interior residía el secreto de este asunto. En ella, como por ensalmo, se revelaba que un cargamento de trigo viajó desde Magdeburg hasta Fulda. Un cargamento mortal, con un trigo comprado a bajo precio por el antiguo abad.

—¿Entonces de qué habláis? Id al cementerio y acusad al abad difunto.

—Eso habría hecho, de no ser porque siempre sospeché de los vivos. Sobre todo desde que descubrí que vos estabais roturando un terreno inculto, preparándolo para la siembra en pleno mes de enero. Decidme, Lotario, ¿desde cuándo se siembra trigo en invierno?

—¡Pero qué estupidez! Ese terreno me pertenece, y puedo hacer con él lo que me venga en gana. Y os digo más. Estoy harto de vuestras acusaciones infundadas y vuestro afán de sabiduría. No habláis más que de necesidades sin aportar prueba alguna: invocáis a Rothaart, pero éste ha muerto; habláis del Marrano, pero a su demencia se une su mudez; os referís al antiguo abad de Fulda, pero su cuerpo hace años que descansa en el camposanto; y por último, denunciáis un políptico que revela secretos desconocidos mediante no sé qué arte de brujería, en una hoja que nadie ha visto, y mucho menos comprobado. Muy bien. ¿Tenéis ese políptico? Pues mostradlo de una vez, o tragaos vuestras palabras.



Alcuino apretó los dientes. Había supuesto que Lotario se derrumbaría con el peso de sus argumentos, pero había ocurrido lo contrario. Ahora, sin verdaderas pruebas, difícilmente conseguiría que Carlomagno le respaldara. Miró al monarca y éste denegó con la cabeza.

Se disponía a replicar cuando Theresa se levantó y avanzó hasta Carlomagno.

—Yo poseo esas pruebas —anunció con voz firme.

Todos callaron.

De su bolsa sacó una hoja arrugada que desplegó frente al rey. Alcuino la miró asombrado. Era la hoja del políptico. El pliego que Theresa había logrado arrancar justo antes de que Lotario arrojara el volumen a la hoguera. El rey tomó la hoja y la miró con atención. Luego se la mostró a Lotario, quien no daba crédito a sus ojos.

—¡Maldita diabla! ¿De dónde la has sacado?

El rey apartó el pliego de Lotario antes de que éste se lo arrebatara. Luego se lo dio a Alcuino, quien ante todos los presentes repitió el proceso de frotamiento del anverso. Cuando el texto oculto tomó forma, el propio rey lo leyó en voz alta.

Lotario se rebeló.

—¿Y quién dice que yo he intervenido en eso? Ese texto fue escrito hace dos años por el antiguo abad, quien entonces manejaba todos los polípticos. Preguntad a cualquiera.

Varios frailes confirmaron la versión de Lotario.

—Así es. El texto original, el texto que la ceniza revela, fue escrito por el abad, pero el raspado posterior y el nuevo texto que lo encubre fue escrito por vos, de vuestro puño y letra, pensando que de tal forma



ocultabais la única prueba que relacionaba el trigo con la enfermedad — aseguró Theresa.

—¡Yo jamás escribí ese texto! —gritó furibundo.

—Sí que lo hicisteis —insistió la muchacha—. Yo misma lo comprobé comparándolo con vuestras cartas. «*In nomine Pater.*»

—¡Ja! ¿Qué cartas, maldita embustera? —Y le soltó un guantazo que resonó en toda la iglesia—. No hay cartas. No hay documentos.

Theresa miró impotente a Alcuino, comprendiendo que Lotario tendría tiempo de destruir cualquier documento que pudiera imputarle. Sin embargo, Carlomagno se levantó.

—Comprobémoslo —dijo. De su pecho sacó un rollo lacrado que abrió y extendió con cuidado—. ¿Recordáis esta epístola, Lotario? Es la misiva que me hicisteis llegar ayer, copia de las que teníais previsto enviar al resto de los obispos. Me la entregasteis para que admirara vuestro recto proceder cristiano, y supongo que también como paso previo a una demanda de mejor posición.

Carlomagno se fijó en la frase que acababa de pronunciar Theresa: «*In nomine Pater.*» En ambos escritos, los trazos coincidían hasta en el más mínimo detalle.

—¿Tenéis algo que decir? —exigió el rey a Lotario.

El obispo permaneció mudo de ira. De repente se giró hacia Theresa e intentó golpearla, pero Alcuino se interpuso. Lotario volvió a intentarlo, pero el fraile se lo impidió derribándolo de un puñetazo.

—Llevaba tiempo deseando hacer esto... —murmuró mientras se masajeaba el puño con que acababa de golpear al obispo.



Cuatro días después, Alcuino le contó a Theresa que Lotario había sido apresado y conducido a una celda donde permanecería bajo custodia hasta el momento del juicio. No llegó a dilucidarse en qué momento el obispo descubrió que el trigo era el causante de la epidemia, pero sí que, pese a advertirlo, continuó comerciando con él como si nada hubiera ocurrido. A Kohl lo liberaron tras descartar su participación en la conjura, y lo mismo ocurrió con el Marrano, aunque por desgracia, su espíritu quedó reducido al de un perrillo asustadizo al que hubieran apaleado.

—¿Y no ajusticiarán al obispo? —preguntó ella mientras ordenaba unos manuscritos.

—Sinceramente, no lo creo. Considerando que Lotario es pariente del rey, y que continúa ostentando el cargo de obispo, me temo que tarde o temprano eluda su castigo.

Theresa siguió apilando los códices que había utilizado durante toda la mañana. Desde que Lotario fuera descubierto, aquélla era la primera ocasión en que volvía al *scriptorium*.

—No lo veo justo —dijo.

—Si en ocasiones es complicado entender la justicia divina, imagina comprender la mundana.

—Pero ha fallecido mucha gente...

—La muerte no se paga con la muerte. En este mundo en que la vida se balancea al antojo de las enfermedades, al capricho del hambre, de las guerras y las inclemencias de la naturaleza, de nada serviría ejecutar a un criminal. La vida de un asesinado se corresponde con el valor de su fortuna, y según ese valor, así será entonces la multa.

—Y como muchos de los que han muerto no son potentados...



—Veo que despabilas pronto. Por ejemplo, el asesinato de una mujer joven, en edad de procrear, se castiga con seiscientos sueldos, lo mismo que si el muerto fuera un varón menor de doce años. Sin embargo, si la fallecida fuese una niña de igual edad, tan sólo se le impondrían doscientos.

—¿Y pretendéis que entienda esto?

—Ante los ojos de Dios, varón y hembra son iguales, pero a los ojos de los hombres, evidentemente, no: un hombre genera dinero y fortuna; una mujer, hijos y problemas.

—Hijos que traerán riqueza y trabajo. Además, si Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, ¿por qué el hombre no imita la mirada de Dios?

Alcuino enarcó una ceja, sorprendido por lo cabal de la contestación.

—Bueno, como te iba diciendo, a veces el homicidio se repara con una multa y, sin embargo, delitos que conllevan pérdidas graves, como el incendio o el estrago, acaban resolviéndose con la ejecución del culpable.

—De modo que a quien mata se le multa, y a quien roba se le mata.

—Más o menos, así es la ley.

Theresa continuó con el evangelio en que llevaba enfrascada desde primeras horas de la mañana. Tras mojar la pluma, acometió un nuevo versículo para acabar cuanto antes con la página diaria que Alcuino le exigía. Cada página constaba de unas treinta y seis líneas, las cuales solía completar en unas seis horas de trabajo, la mitad de lo que tardaría un amanuense aventajado. Alcuino llevaba tiempo trabajando en una clase de caligrafía que permitiese una escritura más rápida y sencilla, fácil de entender y simple de transcribir. Para ello empleaba un nuevo tipo de letra uncial, de inferior tamaño al de las mayúsculas, con la que facilitar



la copia de Vulgatas. Theresa se valía de ella, y de ahí su velocidad, que llenaba de orgullo al fraile.

Después de la copia, Alcuino se dedicó a ampliar los conocimientos de Theresa, insistiendo en el *Ars Dictaminis*, el arte de escribir epístolas.

—No sólo habrás de copiar. También tendrás que pensar lo que quieres escribir.

En alguna ocasión, cuando Alcuino se ausentaba del *scriptorium*, Theresa extraía de la talega de su padre el pergamino que éste había escondido, y lo estudiaba con intención de descifrarlo. A veces consultaba códices griegos que encontraba en los anaqueles del *scriptorium*, pero ni en ellos, ni en ningún otro texto latino, halló referencias sobre la Donación de Constantino. Le extrañó que ningún códice la mencionara, pero no se atrevió a preguntar a Alcuino.

Además de analizar el pergamino, Theresa empleaba su tiempo en un libro apasionante: el *Liber glossarum*, un códice único, compendio de un universo de conocimientos. Según Alcuino, aquel facsímile había sido duplicado en la abadía de Corbie a partir de un original visigótico inspirado en las *Etymologias* de san Isidoro. En más de una ocasión la había prevenido contra los párrafos en que se adivinaban las palabras paganas de Virgilio, Erosio, Cicerón o Etropio, pero Theresa se apoyaba en las vertidas por Jerónimo, Ambrosio, Agustín y Gregorio Magno para que Alcuino le permitiera seguir leyendo. Aquel libro era una ventana a un mundo desconocido, un saber más allá de la religión.

—Hay cosas que aún no comprendo —dijo cerrándolo por un momento.



—Si en lugar de ese volumen te esforzaras con la Biblia...

—No hablaba del *Liber glossarum*. Me refería al suceso del trigo envenenado. He estado pensando, y aún no entiendo por qué me encerrasteis en aquella habitación.

—Ah, ¿aquello...? Bueno. El caso es que estaba preocupado por tu integridad física... y también, debo reconocerlo, por lo que pudieras contarle de más a Lotario. De hecho, fui yo quien te forzó a que acudieses a él por primera vez, pero luego la situación se tornó más peligrosa.

—¿Vos? Ahora sí que no entiendo...

—Tras tu descubrimiento del texto oculto, mis sospechas se centraron en Lotario. Él era el único que tenía acceso al políptico, y la corrección se veía moderna. Por desgracia, Lotario empezó a recelar de nosotros, de modo que creí provechoso hacerle pensar que sospechábamos de otro. Por eso le dije a Helga *la Negra* que se tiñera las piernas y simulara la enfermedad: para que tú te ofuscases y acudieses a Lotario. Sabía que le contarías que sospechaba de Kohl, y de esa forma me garantizaba libertad en la continuación de mis investigaciones. Incluso la carta que encontró en mi celda la escribí a propósito, a sabiendas de que me estaba vigilando.

—Pero ¿por qué no me contasteis vuestro plan?

—Para evitar que con cualquier detalle pudieras alertar a Lotario. Necesitaba que él confiase en ti, en tu versión de lo que estaba pasando. De hecho, la idea de teñir las piernas de Helga la saqué del mismo Lotario.

—¿Qué queréis decir?



—Que fue él quien antes la utilizó con Rothaart, el pelirrojo. Lo supe cuando examiné su cadáver. No murió por la enfermedad, sino que fue asesinado por el propio Lotario. Rothaart era el único que podía delatarle, y muerto el pelirrojo, dejaba a Kohl como único sospechoso.

—¿Y por qué no le contasteis todo eso a Carlomagno? Hasta yo dudé de vuestra inocencia.

—Lo cierto es que necesitaba tiempo. Como dije en el juicio, descubrí que el obispo roturaba un terreno fuera de los lindes del obispado. Supongo que Lotario, sembrando el trigo, imaginaba que se libraría de la prueba que le condenaba, sin por ello perder el grano. El problema residía en que el cornezuelo podría pasar de una cosecha a otra y contaminar todo el poblado. Yo no sabía dónde escondía el cereal, ni si las partidas encontradas en el molino de Kohl, colocadas obviamente por Lotario, eran todas las que poseía el obispo, de modo que encomendé a dos acólitos que vigilaran esos campos. Hasta que no obtuve la certeza de que aún no había sembrado, no quise desenmascararlo.

Lo que realmente me preocupa, es que hay una partida de grano que aún no he encontrado.

Theresa se sintió estúpida por haber desconfiado de Alcuino. Dejó el libro, recogió los útiles de escritura y le pidió permiso para retirarse; hacía rato que había anochecido.



Capítulo 20

Cuando Gorgias despertó, rezó por que todo fuera un sueño, pero a su alrededor continuaban las mismas paredes en las que llevaba un mes preso. Cada mañana Genserico acudía a la cripta para examinar la evolución del documento que estaba transcribiendo, le entregaba un puchero con la ración diaria y le retiraba el cubo de desperdicios a través del torno de la puerta. Él intentaba escribir tan cuidadosamente como sus facultades le permitían. Sin embargo, pronto advirtió que el coadjutor tan sólo reparaba en la extensión de lo escrito, obviando la exactitud de las expresiones o el preciosismo de la caligrafía. En un primer momento lo atribuyó a su vista maltrecha, pero luego recordó que Genserico nunca había sabido griego, y le extrañó que Wilfred, conociendo tal extremo, no exigiera comprobar personalmente todo el texto. El detalle le hizo recapacitar.

Cuando el coadjutor se retiró, sustituyó los pergaminos por el puchero, lo destapó y comió de él con la cuchara. Mientras lo hacía, no dejó de pensar en Genserico y sus pálidos ojos azules. Después de un buen rato se levantó.

«Sus pálidos ojos azules...» ¿Y si hubiese sido él? ¿Y si el hombre que le apuñaló el día del incendio hubiese sido el propio Genserico? El coadjutor no aparentaba ser la clase de individuo que se enfrenta a un hombre más joven, pero en aquella ocasión era de noche y el ataque fue



sorpresivo. Recordó haberlo incluido en su lista de sospechosos junto al fraile enano y el maestro de chantre, si bien, por cuestión de edad, siempre situado el último. Probablemente cuando le atacó ya supiera del pergamino. Genserico controlaba los documentos del castillo, y por lo visto, también sus pasadizos.

Se levantó y anduvo en círculos. Wilfred siempre le había asegurado que se trataba de un texto secreto, pero de ser cierto, ¿por qué confiaba ahora en Genserico? El brazo le molestó pero no le prestó atención. Además, ¿por qué el conde habría querido encerrarle? Y si tanto precisaba el documento, ¿por qué no comprobaba sus progresos?

No. Aquello no tenía sentido. La única explicación pasaba por que Genserico hubiera obrado por cuenta propia. El coadjutor le atacó y le robó el pergamino que contenía las anotaciones en latín, y ahora pretendía hacer lo propio con la transcripción del griego.

Durante el resto del día siguió rumiando hasta resolver que Genserico debía conocer el inmenso poder que encerraba el pergamino; un poder del que Wilfred había hablado con temor, pese a no explicarle la razón de su recelo. De alguna forma, Genserico ambicionaba ese poder, y sin duda mataría por conseguirlo.

Examinó el texto que había estado traduciendo. Comparó la extensión transcrita con el original latino y calculó que, a igual ritmo, concluiría el trabajo en unos diez días. Se dio ese plazo para intentar salvar su vida.

En las jornadas siguientes trazó un plan para escapar de la mazmorra.

Genserico solía aparecer tras el oficio de *tercia*, permanecía un rato en la antesala y abría la portezuela del torno para suministrarle la comida. En ocasiones dejaba el dispositivo abierto a la espera del texto, lo cual podía convertirse en una oportunidad. El torno, una especie de pequeño tonel vertical, disponía de un par de mamparas situadas entre su tapa



superior e inferior, conformando otros tantos receptáculos. Estimó que en cualquiera de ellos apenas entraría un lechón, de modo que, aun logrando desmontar las mamparas, nunca podría colarse por el agujero. Sin embargo, pensó que si distraía a Genserico, tal vez podría retener su brazo con la fuerza suficiente para obligarle a abrir el cerrojo.

Era miércoles. Proyectó aplicar su ardid el siguiente domingo, intervalo que consideró suficiente para limar el engaste de las mamparas y sus cuatro entalladuras.

El jueves por la tarde consiguió liberar la primera. Una vez limada, disimuló el daño con un cordón de miga de pan humedecida en tinta negra. El viernes desalojó la segunda y la tercera, pero el sábado no pudo con la última. Había trabajado sin descanso y la herida del brazo le impedía continuar. Aquella noche no durmió tranquilo.

Cuando el domingo escuchó la llegada de Genserico, la última mampara aún resistía. Por un instante pensó en renunciar, pero se dijo que forzándola tal vez lograra partirla. Por el ruido del cerrojo supo que el coadjutor iba a acceder a la capilla. Desesperado, apoyó el pie contra la mampara y empujó con todas sus fuerzas. La tabla no cedió. Finalmente la pateó hasta hacerla saltar, justo en el instante en que el coadjutor abría la puerta. Le dio tiempo a colocar la tapa y asegurarla torpemente con la masilla que tenía preparada. Cuando Genserico se interesó por el crujido, Gorgias adujo haber tropezado con una silla.

Rogó que no advirtiera los desperfectos. Al cabo de un rato escuchó cómo liberaba el torno y giraba la portezuela.

El plato de guisantes le confirmó que era domingo. Lo retiró sin prestarle atención e introdujo el borrador de un pergamino antiguo, para ver si Genserico era capaz de distinguirlo. El coadjutor giró el torno y



recogió el borrador. Tal como esperaba Gorgias, no aseguró el mecanismo.

Rápidamente se agazapó tras el dispositivo. Ahora sólo cabía esperar a que el torno girase de nuevo para golpear la mampara y atrapar el brazo de Genserico. Su respiración se volvió tan profunda que creyó que alertaría a Genserico. Sin embargo, el viejo no se inmutó. Creyó escuchar cómo deslizaba sus arrugados dedos por el pergamino. De repente advirtió que echaba el cerrojo al torno.

—Debo repasar el texto —le informó.

Gorgias se lamentó por su suerte. Sabía que si transcurría demasiado tiempo, Genserico descubriría la manipulación del torno. De repente, tras la puerta, un instrumento rascó las entalladuras. Luego oyó una maldición al tiempo que un golpe en el torno casi le partía la dentadura. Gorgias se retiró mientras al otro lado las maldiciones se sucedían. Temió que Genserico hiciera una locura. Sin embargo, los juramentos se fueron espaciando hasta desaparecer como una tormenta en la lejanía. Luego escuchó cómo la puerta se cerraba con violencia.

Al anoecer, un desconocido acompañó a Genserico. Les oyó discutir acaloradamente con las voces elevándose hasta convertirse en gritos. El recién llegado parecía alterado, y pronto a las voces les siguieron golpes. Momentos después, el torno se abrió. Unos brazos poderosos extrajeron las compuertas manipuladas y la luz entró en el cubículo, dejando a la vista el tatuaje de una serpiente. Gorgias retrocedió creyendo que iba a morir. Sin embargo, no ocurrió nada. El brazo tatuado introdujo en la celda el borrador que le había entregado a Genserico y luego desapareció. Después escuchó cómo volvían a colocar las mamparas en su sitio. No supo de Genserico hasta pasados otros tres días.



—¡Levántate! —ordenó el coadjutor desde el otro lado de la puerta.

Gorgias obedeció sin saber bien lo que hacía. Miró hacia el ventanuco con los ojos hinchados y comprobó que aún no había amanecido. Se incorporó dando tumbos hasta apoyar la cabeza contra la puerta. Rogó que Genserico hubiese olvidado el incidente del torno, aunque habría resultado más fácil rogar que se derrumbaran las paredes y le aplastaran la crisma. El torno giró dejando pasar un hilo de luz y se cerró con brusquedad. Gorgias tanteó a oscuras el puchero de comida. Lo cogió y comió de él con avidez. No saboreó las gachas porque hacía tres días que no comía.

Apuraba la última cucharada cuando Genserico le ordenó que preparara el pergamino. Gorgias tosió. Apenas si podía pensar.

—Me... me ha sido imposible avanzar —se excusó—. El brazo... Estoy enfermo.

Genserico lo maldijo y amenazó con torturar a Rutgarda.

—Os juro que no miento. Por favor, vedlo vos mismo.

Sin darle tiempo a contestar, Gorgias desmontó una de las mamparas del torno. Cuando lo logró, escuchó cómo del otro lado Genserico liberaba el cerrojo. A través del hueco apreció la luz de un cirio y entornó los ojos. Luego introdujo lentamente su brazo enfermo. De repente sintió cómo algo lo aplastaba hasta hacerle gritar de dolor.

—Si intentáis algo, os lo quiebro aquí mismo —sentenció Genserico.

Gorgias asintió y Genserico levantó el pie. Luego Gorgias apreció el calor del cirio aproximándose a sus dedos mientras el coadjutor le examinaba el brazo. El hombre se asombró. De no ser porque se movía, Genserico habría jurado que aquella extremidad pertenecía a un cadáver.



El coadjutor regresó al anochecer para anunciarle que Zenón, el físico, se había mostrado dispuesto a atenderle, pero Gorgias no le entendió porque la fiebre le devoraba. Cuando se despejó, oyó cómo en el exterior Genserico golpeaba el torno hasta extraer las dos trampillas. El halo de luz se expandió. Luego Genserico le ordenó que apoyase la espalda contra la puerta e introdujese ambos brazos por el torno. Gorgias obedeció casi sin darse cuenta. Ni se quejó cuando unas cadenas le atenazaron las muñecas. Después notó cómo Genserico introducía un palo entre sus antebrazos para aprisionarle contra la puerta. Transcurrieron unos momentos antes de que el coadjutor abriera, obligándolo a arrastrarse siguiendo el giro de la puerta.

Apenas tuvo tiempo a alzar la vista, pues Genserico le enfundó un capuchón que aseguró por la nuca. Antes de retirar el palo que le mantenía prendido a la puerta, le advirtió que si intentaba escapar le mataría. Gorgias asintió y el coadjutor lo soltó. A duras penas logró mantenerse en pie cuando Genserico lo izó tirando de las cadenas.

No supo cuánto tiempo anduvieron; sólo que el camino se le antojó eterno. Finalmente se detuvieron en algún lugar al cobijo del viento. Al poco llegó alguien que saludó a Genserico. Por el tono, Gorgias supuso que se trataba de Zenón, pero igual podría haber sido el hombre del tatuaje. El coadjutor insistió en que lo atendiera con la capucha enfundada, pero Zenón se negó.

—Podría morir y no me enteraría.

Cuando le sacó la capucha, a Gorgias le pareció encontrarse en una cuadra abandonada. Dos antorchas iluminaban el cubículo en el que, por



algún motivo, habían dispuesto una mesa. Zenón pidió a Genserico que le quitara las cadenas.

—¿Es que no veis cómo está? No va a ir a ninguna parte —alegó el físico.

Genserico se negó. Liberó el brazo enfermo, pero encadenó el sano a una argolla de la mesa.

Zenón aproximó una antorcha a la herida. Al verla, no pudo reprimir un gesto de horror. Acercó la nariz y se retiró con un respingo. Con una madera presionó sobre la herida, pero Gorgias no respondió. Zenón meneó la cabeza.

—Ese brazo es carne muerta —le susurró a Genserico—. Si la podredumbre ha alcanzado la linfa, ya podéis ir buscando una tumba.

—Haced lo que debáis, pero que no pierda el brazo.

—Ese despojo ya está perdido. Ni siquiera sé si podré salvarle la vida.

—¿Queréis cobrar o no? Me da igual si el resto revienta. Sólo necesito que ese brazo escriba.

Zenón renegó. Le entregó la antorcha a Genserico y pidió que le alumbrara. Luego extendió la bolsa de instrumental sobre la mesa, tomó un cuchillo delgado y lo aproximó a la herida.

—Puede que esto os duela —advirtió a Gorgias—. He de abriros el brazo.

Iba a comenzar cuando Genserico se tambaleó. El físico lo advirtió a tiempo para sujetarle.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó.

—Sí, sí. No ha sido nada. Continúa.



Zenón lo miró extrañado antes de volver a aplicarse. Vertió un poco de licor sobre la herida y luego abrió un tajo paralelo a la cicatriz. La piel se separó como la tripa de un sapo, dejando escapar un reguero de supuración. El hedor hizo que Genserico se apartara. Zenón buscó una aguja e intentó enhebrarla.

—¡Mierda! —exclamó Zenón cuando se le escapó entre los dedos. Se agachó para recogerla, pero por más que la buscó le fue imposible localizarla.

—Dejadla y coged otra —dijo Genserico.

—No tengo más aquí. Tendréis que ir a mi casa.

—¿Yo? Id vos.

—Alguien ha de contener la hemorragia. —Soltó el codo de Gorgias y un chorro de sangre regó la mesa hasta inundarla. Zenón volvió a presionar la arteria.

Genserico asintió.

Pese a que Gorgias yacía inerte, el coadjutor advirtió a Zenón que no dejara de vigilarlo. Antes de partir se aseguró de que las cadenas siguieran firmes y confirmó con Zenón el lugar donde guardaba las agujas. Iba a salir cuando volvió a marearse.

—¿Seguro que os encontráis bien? —insistió Zenón.

—¡Arreglad ese brazo para cuando vuelva! —Y se marchó de la cuadra guiñando los ojos como si no viera.

Zenón apretó el torniquete bajo el hombro de Gorgias hasta contener la hemorragia. Al examinar de nuevo la herida, observó su color pardo violáceo y meneó la cabeza. Aquel brazo estaba perdido por mucho que Genserico renegara. En ese instante, Gorgias despertó. Al distinguir al



médico intentó incorporarse, pero las cadenas y el torniquete se lo impidieron. Zenón lo tranquilizó.

—¿Dónde os habíais metido? Rutgarda ya os daba por muerto —le comentó el físico. Se agachó al distinguir el brillo de la aguja extraviada.

Gorgias intentó hablar, pero la fiebre se lo impidió. Zenón le informó que debía amputarle el brazo, o moriría sin remedio. Gorgias lo miró con miedo.

—Incluso cortando, puede que muráis —le espetó el físico como quien fuera a sacrificar a un cerdo.

Gorgias comprendió. Hacía días que los dedos no le respondían. Había pretendido ignorarlo, pero bajo el codo ya sólo quedaba un apéndice sin vida. Pensó en las palabras del físico. Si perdía el brazo, perdería su sustento, pero al menos aún podría luchar por Rutgarda. Miró con pesar el brazo cubierto de pústulas. Latía, pero no le dolía. El físico estaba en lo cierto. Cuando Zenón le explicó que Genserico se oponía, Gorgias no le comprendió.

—Lo siento, pero es él quien paga.

Gorgias intentó sacarse algo del cuello, pero Zenón lo detuvo.

—Cogedlo vos —logró articular Gorgias—. Es de rubíes. Nunca habréis ganado tanto.

Zenón examinó el collar que pendía del cuello del enfermo. Lo cogió con fuerza y se lo arrancó. Luego se lo pensó mientras miraba hacia la puerta.

—Genserico me matará.

Escupió al suelo y le dijo que mordiera una rama seca. Luego empuñó la sierra y comenzó a cortar el brazo igual que un carnicero descuartizando una pieza.



Cuando Genserico regresó, encontró a Gorgias desmayado sobre un enorme charco de sangre. Buscó a Zenón, pero no lo encontró. En el suelo yacía un miembro amputado, y donde antes pendía un brazo, ahora sólo asomaba un muñón cosido con destreza.

Al poco apareció Zenón subiéndose los pantalones. Cuando vio a Genserico, trató de explicarle que había resuelto lo inevitable, pero el coadjutor no atendió a razones. Le maldijo mil veces, lo condenó al infierno, le insultó e intentó golpearle. Sin embargo, de repente se calmó, como embargado por un extraño fatalismo, y tras un instante se tambaleó. Parecía confuso. Su mirada vagaba de un lugar a otro. Zenón logró sujetarle antes de que se desplomara. Genserico tosió varias veces. Su rostro había palidecido hasta convertirse en una máscara de mármol. El físico le suministró un sorbo de licor que aparentó reanimarle.

—Parecéis enfermo. ¿Deseáis que os acompañe?

Genserico asintió sin convicción.

Zenón había traído su carro, de modo que acompañó al coadjutor y luego cargó a Gorgias como si fuese un saco de trigo. Finalmente subió él, restalló el látigo y condujo la montura a través del bosque siguiendo las confusas indicaciones de Genserico. Durante el trayecto, Zenón observó cómo el coadjutor se rascaba insistentemente la palma izquierda. Parecía irritada, como si se hubiera rozado con ortigas. Se lo comentó, pero Genserico no se enteró.

Se detuvieron en el robledal cercano a la muralla de la fortaleza. Genserico bajó del carro y echó a andar arrastrando los pies como un espectro. Zenón le seguía de cerca, con Gorgias cargado auestas. En la oscuridad, el coadjutor llegó al muro, tanteó entre las enredaderas hasta dar con una pequeña portezuela, sacó una llave de su sotana y la introdujo con dificultad en la cerradura. Luego se apoyó contra el marco



para descansar. Abrió y entró como un sonámbulo. Finalmente se derrumbó.

Cuando Gorgias despertó al día siguiente, encontró a su lado el cadáver de Genserico.

Transcurrió un tiempo hasta que Gorgias logró incorporarse. Con la vista aún nublada miró el muñón que Zenón le había vendado con un harapo de su propia casulla. Le dolía terriblemente, pero al menos no sangraba. Luego contempló a Genserico. El fraile yacía con el gesto contraído, sus manos aferradas al estómago, la izquierda de un extraño color púrpura. Deseó patearlo, pero se contuvo. Miró alrededor y comprobó que se hallaba en la cripta circular donde le habían retenido aquellos días. Se giró hacia la celda y empujó la portezuela hasta abrirla con un chirrido. Por un instante se amedrentó, pero finalmente entró para rebuscar entre sus documentos. Por fortuna, los verdaderamente valiosos permanecían donde los había escondido, de modo que se guardó el original y la transcripción del griego antes de romper cuantos encontró a mano. Luego cogió unas hogazas de pan olvidadas y abandonó la cripta en dirección a la antigua mina.

A media mañana divisó el extenso panal corroído en que se había convertido el yacimiento de hierro. Avanzó por las viejas sendas mineras entre túmulos de arenisca, restos de arcones desperdigados, lucernas rotas y arneses de cuero roídos que, tras el agotamiento de las minas, nadie se había molestado en retirar. Poco después alcanzó los antiguos barracones de esclavos.

Se detuvo para observar aquellas construcciones medio derruidas, a menudo ocupadas por bandidos y alimañas, y rogó que en aquel



momento se encontraran abandonadas. La lluvia arreciaba, así que entró en el único barracón que conservaba parte de la techumbre y buscó refugio entre las poleas, ánforas de cáustico, aparejos y tornos desmantelados. Al final encontró un hueco junto a unos toneles repletos de agua estancada. Se dejó caer contra ellos apoyándose en su espalda, y cerró los ojos para sobreponerse al dolor que le acuchillaba. Por un instante deseó desprenderse del vendaje que le oprimía el muñón, pero comprendió que resultaría una locura.

Pensó en su esposa Rutgarda.

Necesitaba comprobar que nada malo le hubiera sucedido, así que decidió visitarla aquella noche. Esperaría a que el sol se ocultase y accedería a Würzburg por el reguero de los desagües, una entrada que solía utilizarse para franquear las murallas cuando se encontraban cerradas.

Intentó conciliar el sueño, pero no lo consiguió. Recordó entonces a su hija Theresa. ¡Cuánto, cuánto la añoraba!

Comió un poco del pan que había cogido de la cripta.

Mató el tiempo imaginando qué le habría sucedido a Genserico. A lo largo de su existencia había presenciado numerosos fallecimientos, pero nunca antes había contemplado un rostro tan desencajado como el del coadjutor, ahogado en su propio vómito. Se dijo que tal vez lo hubieran envenenado. Quizás el hombre de la serpiente tatuada.

De repente lo vio como en una aparición: la noche en que fue asaltado; aquellos ojos claros; un brazo apuñalándole y él intentando sujetarle. En su mente se iluminó el dibujo de aquella serpiente empuñando la daga que le hería. Sí, no le cabía duda. El hombre que le había atacado era el mismo que una vez discutió con Genserico en la cripta. Era el hombre de la serpiente tatuada.



A la caída de la noche emprendió el regreso a Würzburg, adonde llegó protegido por la penumbra. Encontró su casa vacía, e imaginó que Rutgarda seguiría compartiendo techo con su hermana, así que decidió acercarse hasta el domicilio de sus cuñados, situado en la ladera de una colina. Ya en los aledaños, escuchó a su mujer tarareando la cancioncilla que a menudo entonaba. Por un momento el dolor del hombro desapareció. Se disponía a entrar cuando advirtió la presencia de unos hombres apostados tras una esquina.

—¡Mierda de trabajo! —espetó uno de ellos—. No sé qué diablos hacemos aquí, porque seguro que a ese escriba se lo han comido los lobos. —Y se protegió como pudo del aguacero.

Gorgias maldijo su suerte. Aquellos hombres eran fieles de Wilfred, y el hecho de que le esperaran parecía indicar que el conde estaba implicado. No podía arriesgarse, así que apretó los dientes y emprendió el regreso, apesadumbrado por no ver a Rutgarda.

De camino a la mina se fijó en las exiguas ventanas iluminadas sobre los muros de la fortaleza. La lluvia parecía jugar con las bujías, ocultándolas y encendiéndolas como si se tratara de una especie de acertijo. Mientras especulaba sobre la ubicación de los aposentos de Wilfred, oyó un cacareo. El hedor le confirmó que al otro lado de la muralla se ubicaban los corrales, lo que le llevó a plantearse robar una gallina. Al fin y al cabo necesitaba alimentarse, y un ave que apenas comía podría proporcionarle un delicioso huevo al día.

Miró en derredor en busca de algún resquicio por donde trepar, aunque se dijo que con un sólo brazo jamás lo lograría. Entonces se dirigió hacia el portalón de las bestias, aun a sabiendas de que allí habría un vigía. Al aproximarse, sus presagios se confirmaron, ya que tras la empalizada distinguió la estampa de Bernardino, el fraile hispano del tamaño de una barrica.



Aguardó bajo un árbol sin tomar una decisión. Por un instante pensó en hablarle, pero enseguida concluyó que resultaría una majadería. Un nuevo cacareo le hizo esperar un poco más. Pasado un rato oyó un carro acercándose por el camino. Cuando llegó a su altura, observó que se trataba de los mismos centinelas que había visto momentos antes frente a la casa de Rutgarda. Al alcanzar el portalón, los hombres llamaron a Bernardino, quien de inmediato les abrió y se acercó al carro con una tea para identificar a sus ocupantes.

—¡Maldita lluvia! ¿Ya de relevo? —preguntó el enano mientras trataba de protegerse.

Los hombres asintieron con desgana, limitándose a arrear al caballo.

Gorgias aprovechó la oportunidad. Al paso del carro se agazapó tras su lateral y avanzó al tiempo protegido por la negrura. Una vez franqueada la puerta, se ocultó tras unos arbustos hasta que los soldados desaparecieron. Respiró cuando el enano cerró el portalón y se refugió bajo el chamizo sin percatarse de su presencia.

Al poco, cuando los ronquidos le confirmaron que el frailecillo dormitaba, se arrastró entre la hojarasca en dirección a los corrales, donde permaneció un rato observando la gallina que le pareció más rolliza. Esperó a que estuviesen tranquilas y abrió la puerta despacio, con el sigilo de un zorro que entrase de cacería. Cuando se acercó lo suficiente, enganchó por el pescuezo a su presa, pero el ave comenzó a cacarear como si la estuviesen desplumando. De repente todas las gallinas despabilaron, armando tal alboroto que Gorgias pensó que hasta los muertos se despertarían.

Al instante les dio de patadas, obligándolas a desperdigarse. Luego se escondió fuera del corral y esperó a que Bernardino apareciera. El enano no tardó en presentarse, sin comprender bien lo que sucedía, y Gorgias



aprovechó la confusión para correr hacia el portalón y escapar con la gallina.

Cuando llegó a la mina aún era noche cerrada. Volvió a guarecerse en el barracón de los esclavos, junto a los toneles, uno de los cuales empleó como jaula para recluir a *Blanca*, la nueva inquilina. Pese al dolor de su hombro, concilio pronto el sueño, que se prolongó hasta bien entrada la mañana. Al despertar y mirar a *Blanca*, advirtió que la gallina le saludaba con un huevo bajo las patas.

Gorgias la correspondió con un par de lombrices que encontró por las inmediaciones. Guardó otras pocas en un cuenco de madera que tapó con una piedra, y bebió un poco del agua fresca recién caída. Después, pese al temor que le inspiraba, se despojó de la venda para comprobar el estado del muñón. Zenón había serrado el hueso por encima del codo, y cosido un colgajo que, no sabía de qué modo, también había cauterizado. Aún se apreciaban las ampollas de las quemaduras, que aceptó como mal menor, a sabiendas de que era la única forma de evitar que la podredumbre regresara. Con cuidado volvió a vendarse y se sentó a meditar sobre la situación en que se encontraba.

En su cabeza ordenó los acontecimientos desde la mañana en que un desconocido de ojos claros le atacó para robarle el pergamino. Después vino el incendio y la pérdida de su hija. Lloró. Tras el entierro, Wilfred le había conminado a que le entregara la Donación de Constantino, pero el documento había ardidido en el taller del *percamenarius*. Luego intervino Genserico, quien al parecer, y en connivencia con el propio Wilfred, le encerró en una cripta para asegurarse de que cumplía con su cometido. Tras un mes de cautiverio, y sin noticias de la delegación papal, intentó la huida, cosa que logró merced a la extraña muerte de Genserico. Entre medias quedaba la presencia de un hombre con una serpiente tatuada, y la amputación de su brazo maltrecho.



Meditó sobre el cometido que habría desempeñado Genserico. En un principio había supuesto que actuaba por su cuenta, incluso que había sido él quien le atacó para robarle el pergamino, pero las insólitas circunstancias de su muerte y el hecho de que Wilfred vigilara a Rutgarda le llevaban ahora a la duda. ¿Y quién sería el hombre de la serpiente? Desde luego alguien al tanto de lo que estaba sucediendo. Además, por la forma en la que amenazó a Genserico, sin duda parecía por encima de este último.

Apoyado contra los barriles, advirtió que la gallina miraba con estúpido interés las vendas de su hombro y sonrió con amargura. Había perdido su brazo derecho, el que empleaba para escribir, por culpa de un vil documento. Sacó el pergamino de su talega y lo observó con detenimiento. Por un instante se vio tentado de romperlo y ofrecérselo a *Blanca* como pienso. Sin embargo se contuvo diciéndose que al fin y al cabo, si tanto valor tenía, tal vez le pagaran por recuperarlo.

Había dejado de llover, así que se levantó para pasear por los alrededores y bosquejar una lista de prioridades. En primer lugar debía garantizarse el sustento, tema aún sin solucionar pese a la buena voluntad de la gallina. De camino a la mina había pasado por un bosque de nogales. Las nueces y bayas podrían complementar los huevos, pero aun así necesitaría más comida. Pensó en capturar algún animal utilizando como cebo a *Blanca*, aunque pronto concluyó que lo más probable sería que se quedara sin gallina.

Cazar le resultaría difícil. Con un solo brazo y sin las trampas adecuadas, hasta un pato se le escaparía; sin embargo, pescar tal vez le fuera posible. En la mina disponía de cordeles y cabos, puntas arqueadas para confeccionar anzuelos y suficientes lombrices para ofrecer un banquete. El río quedaba cerca y mientras los peces picaban podría confeccionar más anzuelos.



Se alegró de solucionar el tema del alimento. Luego recordó a su mujer Rutgarda.

Aunque desconocía cuánto tiempo la mantendrían vigilada, anhelaba volver a verla. Pensó en alguien que pudiera ayudarle; alguien que le transmitiera lo que hacía y cómo se encontraba. Se daría por satisfecho con sólo hacerle saber que se acordaba de ella, y, sin embargo, el temor de que le descubrieran era mayor que sus ansias, así que decidió esperar hasta encontrar la oportunidad. Rutgarda estaba bien, y eso era lo que importaba.

Transcurrido un rato, sacó el documento y lo examinó con mimo. Allí estaba la transcripción perfectamente terminada, que leyó una y otra vez deteniéndose en los extremos que durante la copia le habían sorprendido. Había algo oscuro en aquel pergamino. Algo que tal vez ni el mismo Wilfred hubiera advertido. Lo guardó de nuevo en su talega y buscó un lugar donde esconderlo. Así, si le capturaban, siempre podría negociar su entrega. Inspeccionó los alrededores hasta encontrar una viga que consideró adecuada, se encaramó sobre unas barricas y ocultó allí el documento. Luego trasladó las barricas haciéndolas rodar, para que nadie sospechara. Miró a las vigas y se mostró satisfecho. Después desató a *Blanca* y la llevó a comer lombrices mientras él preparaba los anzuelos.

Pasó una semana con terribles dolores. La fiebre le subió impidiéndole levantarse, pero igual que vino, desapareció. Esos días se entretuvo con *Blanca*, dándole cuerda para que buscara gusanos de día, y recogióla por la noche para tener cerca los huevos. Por los alrededores descubrió unas viejas mantas que utilizó para acomodarse. En ocasiones ascendía



hasta lo alto de la cima para observar la ciudad, o admirar a lo lejos las montañas que ya comenzaban el deshielo. Se dijo que cuando los pasos quedaran libres, podría huir a otra ciudad en compañía de Rutgarda.

Conforme se sucedían los días, su brazo fue mejorando. Poco a poco comenzó a mover el hombro sin que la herida se resintiese, los puntos se cayeron y la cicatriz adquirió un tono rosado similar al resto del hombro. Una mañana, el muñón dejó de dolerle y ya no le molestó más.

Al comienzo de la tercera semana decidió explorar las galerías que se adentraban en la mina. En la más cercana encontró un eslabón, así como yesca suficiente para prender las teas que aparecían esparcidas a lo largo de los túneles. Más al interior rescató unos flejes de hierro que podría emplear como utensilios de cocina. Durante sus excursiones catalogó los túneles en cuevas, pasillos y pozos. Los dos primeros, que consideró entradas preparadas para el trasiego de animales y materiales, los juzgó útiles como refugio. Los últimos eran tan resbaladizos que sólo los utilizaría en caso de peligro.

Con el tiempo maduró el volver a Würzburg. Cada día se veía más delgado, y si permanecía en la mina, tarde o temprano le descubrirían. Se convenció diciéndose que podría parlamentar con Wilfred y alcanzar algún acuerdo. Al fin y al cabo, el conde era un impedido, y si lograba encontrarle a solas podría abordarle sin riesgo. Quizás aceptase canjear el documento a cambio de un salvoconducto para él y su familia. Sólo debía repasar los recorridos del conde para establecer el momento más adecuado.

La mañana en que se cumplía el tercer mes de la muerte de su hija decidió regresar a Würzburg. El día anterior lo había dedicado a preparar una suerte de indumentaria de mendigo, algo que logró con facilidad debido al aspecto que habían adquirido las únicas ropas que poseía. A ello había añadido un gorro que encontró en los túneles y una



capa de lana raída. Se disponía a encasquetarse el atuendo cuando percibió en la lejanía el tañido de unas campanas que reconoció como de aviso a rebato. Era la primera vez que sonaban así desde que el incendio asolara los talleres del *percamenarius*, y dando por hecho que encontraría la ciudad revuelta, decidió esperar a la noche para no despertar sospechas.

Durante el descenso temió que las campanadas obedeciesen a algún ataque sajón, pero aun así continuó la marcha. Sin embargo, al llegar a la ciudad se encontró con las puertas cerradas. Habló con un centinela a quien se presentó como un vagabundo recién llegado, pero el soldado le sugirió que regresara a su lugar de procedencia. Desanimado, se perdió entre las callejas del arrabal, inusualmente desiertas. Escondido en una choza, descubrió a un viejo que miraba por una rendija. Cuando le preguntó qué sucedía, éste atrancó la ventana, pero ante su insistencia, finalmente le informó de la muerte a cuchilladas de varios muchachos.

—Por lo visto ha sido un tal Gorgias. El mismo que hace poco asesinó a Genserico.

Gorgias enmudeció. Se caló aún más el gorro y, sin dar siquiera las gracias, escapó hacia las montañas.



FEBRERO



Capítulo 21

Los días pasaron, con la tripa de Helga *la Negra* engordando al mismo ritmo que las calabazas que jalonaban el huerto del obispado. Theresa nunca había visto un vientre semejante, y al tocarlo se sorprendió deseando que Hóos Larsson la llenara con un hijo. Sin embargo, los problemas que solían acarrear los embarazos le llevaron a desterrar la idea, contentándose con admirar la forma en que Helga devoraba cuanto alimento quedaba a su alcance.

Pero a la Negra no sólo le había cambiado la barriga. Al parecer, la preñez había transformado a la abandonada mujer en una laboriosa hormiga, pues días atrás había trocado su taberna por una casa más grande próxima al obispado, ya no se pintarrajeaba los labios y sus atuendos comenzaban a asemejarse a los de cualquier mujer decente. No obstante, lo que más asombraba a Theresa era la facilidad con que Helga se desempeñaba entre los pucheros y los fogones. Favila decía que sus manos parecían santas para los guisos, y hasta tal punto lo creía que comenzó a desentenderse de las ollas para dejar esa responsabilidad a la nueva cocinera. Theresa se dijo que, finalmente, lo único que quedaría de la antigua Helga sería la infame puñalada que su amante le había asestado en la cara.

A Helga, sin embargo, tan sólo parecía importarle el futuro de su hijo. Se mecía su gordo vientre como si fuera una cuna, hablaba con su



barriga canturreándole melodías inventadas, le explicaba los secretos de un buen pavo asado, tejía diminutos gorros que abrigan su cabecita, rezaba por ella porque pensaba que sería niña, y visitaba a Nicolás, el viejo carpintero que en su tiempo libre, y a cambio de unos dulces, le estaba construyendo una preciosa cuna.

Pese a todo, ni Helga ni su barriga descuidaban sus deberes con la cocina del obispado. Precisamente aquella noche estaba prevista la celebración de una cena de desagravio a favor de Alcuino de York a la que asistirían el rey y su séquito. Para atender bien la misma, había cocinado capones y pichones, faisán a la parrilla y venado recién cazado, lo que unido al estofado de buey y la tarta de queso elaborado por Favila, haría las delicias de los invitados. Por lo general, la cena se servía en el refectorio después del oficio de *sexta*, pero en esta ocasión Ludovico, el secretario de Lotario, había habilitado un aposento menor situado sobre el calefactorio porque no asistirían demasiados comensales.

Para Theresa, aquel convite habría supuesto una cena más, de no ser porque ella misma también había sido invitada.

—El rey insiste —le había informado Alcuino.

Desde ese momento, Theresa anduvo nerviosa intentando memorizar el *Appendix Vergiliana*, los poemas épicos de Virgilio que Alcuino le había encomendado recitara durante el ágape.

—No es que necesites aprendértelos —le había aclarado el fraile—, pero sí repetirlos varias veces para encontrar la entonación adecuada.

Sin embargo, la mayor preocupación de Theresa consistía en saber si le ajustaría el vestido usado que Helga le había comprado aquella tarde en el callejón de los telares.



Cuando acabó en el *scriptorium*, se dirigió a casa de la Negra temblando como un pollo, y no dejó de hacerlo hasta que se enfundó en el traje y comprobó que le sentaba como a una dama fina. Se moría por enseñarlo, pero Helga la obligó a esperar los últimos retoques. Finalmente, ésta se retiró para comprobar la silueta de Theresa. Ciñó un poco más el vestido y la abrazó con cariño.

—Demasiado entallado, ¿no? —se avergonzó Theresa. —Estás preciosa —le dijo la Negra, y la urgió a que corriera a la cena.

Cuando llegó al comedor, advirtió que los invitados ya se habían acomodado. La recibió Alcuino, quien se encargó de disculparla por su tardanza. Theresa reverenció al monarca y corrió a pasitos hasta el sitio que le habían reservado, justo al lado de una muchacha elegantemente vestida. La joven la saludó con una sonrisa que dejó al descubierto unos diminutos dientes blancos. Aparentaba veinte años, aunque luego supo que rondaba la quincena. Un sirviente le informó que se trataba de Desideria, la hija mayor de Carlomagno, y que no era la primera vez que visitaba Fulda porque, a excepción de a los campos de batalla, acompañaba a su padre allá donde éste fuera. Theresa contabilizó a otras veinte personas, la mayoría hombres del monarca, además de cinco o seis tonsurados que supuso pertenecían a la diócesis. Carlomagno presidía la larga mesa rectangular, vestida con impecables manteles de lino y adornada con flores de invierno. Varias fuentes colmadas de caza competían en abundancia con las de queso, embutido y frutas, mientras que, apiñadas entre los platos, decenas de jarras de vino anunciaban una celebración digna de reyes. A una voz del monarca, brindaron sin entrechocar las copas y empezaron a comer como una piara hambrienta.



A medida que prosperaba la cena, Theresa observó que algunos comensales, hastiados de viandas, desplazaban su apetito hacia las curvas de su vestido. Azorada, se aflojó el cinturón para que no la ciñera e interpuso un centro de flores entre los mirones y ella. Desideria se percató y añadió otro par de ramos que ocultaron aún más a Theresa.

—No te preocupes —sonrió la jovencita—: todos los hombres son iguales, menos cuando beben, que entonces son peores.

Llegados los postres, Alcuino se acercó a Theresa y la conminó a que se levantara, hecho que algunos hombres aprobaron ruidosamente. Un clérigo demasiado borracho para aplaudir se levantó de la silla e intentó decir unas palabras, pero sólo logró eructar antes de perder pie y desplomarse sobre la mesa. Cuando lo retiraron, Carlomagno se incorporó y pidió a Theresa que leyera. Ella se preparó.

Antes de comenzar bebió un sorbo de vino. El trago le infundió valor. Sorteó los desperdicios que salpicaban el suelo y se dirigió hacia el atril que Alcuino le había preparado, abrió el códice y respiró profundamente. Nada más pronunciar la primera palabra, todos enmudecieron. Leyó despacio, tranquila, susurrando a veces, enardecida otras. Cuando concluyó, todos seguían callados. Carlomagno continuaba de pie, absorto, mirándola con extrañeza. Por un instante Theresa pensó que la reprendería, pero para su sorpresa, el monarca llenó su copa y se la ofreció admirado. Ella aceptó. Sin embargo, cuando escuchó que deseaba verla en sus aposentos privados, la copa se le escurrió entre las manos, manchándole su vestido nuevo.

Tras la cena, Theresa se lo contó a Helga.

—Considérate follada —le dijo la Negra.



Theresa se arrepintió de haber estrenado aquel vestido. Estaba asustada, pero no creía que un rey pudiera forzarla de aquella manera. Decidió hablar con Alcuino antes de acudir al encuentro del monarca; sin embargo, por más que lo buscó no lo encontró por ningún lado.

Cuando la condujeron al aposento de Carlomagno, Theresa rezó por que el rey durmiera. Por fortuna, quien le abrió la puerta fue el propio Alcuino. El fraile la invitó a pasar y se mantuvo junto a ella a la espera de que Carlomagno terminara de lavarse.

—¡Ah! ¡Ya estás aquí! Adelante —le ofreció el rey.

Mientras se secaba el torso, Theresa lo admiró. Aunque se le veía maduro, era el hombre más grande que jamás hubiera visto. Mayor aún que el mayor de los sajones.

—Bien. ¿Te ha anunciado ya Alcuino mis intenciones?

—No, majestad —balbuceó.

—Me ha contado que eres muy lista. Que fuiste tú quien descubrió el grano contaminado.

Theresa miró a Alcuino sonrojada, pero éste concedió con la cabeza.

—Lo cierto es que ocurrió por casualidad —se excusó.

—¿Y también que encontraras el texto oculto en el políptico?

La muchacha miró de nuevo a Alcuino. Por un instante imaginó que Carlomagno pretendía involucrarla, pero Alcuino la tranquilizó.

—Bueno. Repasé varias veces el políptico, pero el mérito pertenece a fray Alcuino. Fue él quien insistió.



—Y además de modesta, también atrevida. No olvidemos tu protagonismo en la consecución de la última prueba.

Ella se ruborizó. Era cierto que se había arriesgado al arrancar la hoja del políptico, pero no esperaba que el rey la llamara para reconocérselo. Por un instante dudó sobre el propósito de sus alabanzas.

—Gracias, majestad —acertó a contestar.

Carlomagno gruñó, terminó de secarse y se cubrió con un manto de lana.

—Desearía que tu comportamiento fuese un ejemplo para mis súbditos. Lo he hablado con Alcuino y se ha mostrado de acuerdo, así que he pensado en recompensarte de alguna forma. Tal vez con esas tierras que pertenecían al obispo...

Theresa se quedó boquiabierta. Pensó que bromeaba.

—Al fin y al cabo —continuó el rey—, son terrenos a medio roturar, y si no se desbrozan volverán a perderse.

—Pero yo... yo no sé nada de cultivos ni de tierras...

—Eso me ha dicho Alcuino, así que ordenaré a mi ingeniero que les eche un vistazo. Él te ayudará bien. Además —añadió—, sólo los versos que recitaste ya habrían merecido ese premio.

Theresa abandonó la estancia como si le hubieran zarandeado la cabeza. No podía creer que de la noche a la mañana pasara de ser una pobre forastera asustada, a propietaria de haciendas. Y no sólo eso: Carlomagno le había asegurado que dispondría del grano necesario para comenzar la siembra de forma inmediata. Cuando se lo contó a Helga, ésta no la creyó.

—¿Sabes? Yo tampoco —repuso Theresa, y ambas rieron alocadamente.



Hablaron acurrucadas frente al fuego, fantaseando sobre la extensión y situación del terreno y sobre las riquezas que le reportaría. Helga le advirtió que, en realidad, las tierras por sí mismas no valían nada. Para que proporcionasen rentas era necesario mano de obra dispuesta, bueyes, semillas, aperos y agua, y aun así, pocas veces suministraban algo más que el propio sostén de la familia que las cultivaba. Pero Theresa prefirió cerrar los ojos e imaginarse junto a Hóos, como una poderosa terrateniente. Luego se acostaron juntas, acurrucadas la una contra la otra para combatir el frío. Helga se durmió pronto, pero Theresa pasó la noche en vela, figurándose lo que sucedería si las palabras del rey llegaran a ser ciertas.

A la mañana siguiente acudió al *scriptorium*, donde encontró a fray Alcuino ensimismado con sus escritos. El fraile la saludó sin levantar la cabeza, pero luego se volvió para felicitarla por su fortuna.

—No creo que lo dijera en serio —aventuró ella.

—Pues créelo. El monarca no es hombre que hable en vano.

—Pero si yo no entiendo de tierras. ¿Qué podría hacer con ellas? — Esperó a que él se lo dijera.

—No lo sé. Cultivarlas, supongo. La lectura o la escritura no son oficios que mantengan a una familia. Deberías estar contenta.

—Y lo estoy. Pero es que no sé...

—Pues si no sabes, aprende. —Y se giró de nuevo hacia su maraña de escritos para no seguir hablando del tema.

A media mañana se presentó en el *scriptorium* un doméstico preguntando por Theresa. Según les informó, un hombre de Carlomagno la esperaba en la plaza grande para acompañarla hasta sus tierras. Theresa solicitó a Alcuino que la acompañara, pero éste rehusó alegando



trabajo de sobra. Con el permiso del fraile, la joven se abrigó y acompañó al siervo hasta el lugar donde aguardaba un joven jinete.

El ingeniero del rey resultó un joven de piel bronceada y cabello ondulado. Sus ojos verdes destacaban sobre su tez curtida, en un atractivo e inusual contraste. Pese a lo distinto en su apariencia, le recordó en algo a Hóos Larsson. Dijo llamarse Izam de Padua.

—¿Sabes cabalgar? —le preguntó. A su lado pastaba una montura sin dueño.

Theresa sujetó las bridas y de un salto montó sobre la caballería. El joven sonrió. Volvió grupas, espoleó su caballo y comenzó a trotar despacio por las callejuelas de Fulda.

Cabalaron hacia el norte siguiendo el cauce del río a través de un frondoso bosque de hayedos. La tierra olía a mojado, con los rayos de sol evaporando tibiamente la humedad que se fundía con el dulzón aroma de la mañana. Tras un rato avanzando en silencio, Theresa se interesó por el significado de la palabra «ingeniero».

—Reconozco que es un término poco usado —contestó él, riendo—. Se emplea para denominar a quienes, como yo, nos dedicamos a construir ingenios para la guerra.

El joven continuó hablando como si lo hiciera ante un colega, explicándole con vehemencia la importancia de las catapultas o la diferencia entre los onagros y los mangoneles, sin apreciar que a la joven se le abría interminablemente la boca. Cuando por fin lo advirtió, ya le había contado casi todo cuanto sabía.

—Disculpa. Te estoy aburriendo.



—No es eso —disimuló Theresa—. Simplemente no comparto tu pasión por las armas. Además, no entiendo qué relación tiene tu profesión con que me acompañes a mis tierras.

Izam pensó en replicar, pero prefirió no malgastar saliva con una joven que menospreciaba su destreza. Un par de millas más adelante alcanzaron un claro delimitado con espino de zarzo que se prolongaba hasta perderse en un bosque lejano. Una fracción de terreno aparecía roturada, con árboles cortados y maleza desbrozada, pero la mayor parte aún se veía inculta. El joven descabalgó de un salto, apartó lo que parecía una portezuela rudimentaria y penetró en el recinto.

—Parece que este obispo sabía lo que se hacía. Espera aquí un momento.

Mientras Theresa desmontaba, Izam echó a andar con pasos exageradamente largos. A medio camino dio la vuelta con gesto asombrado. Montó de nuevo y le dijo a Theresa que aguardara. Al cabo de un rato regresó entusiasmado.

—Muchacha, no imaginas lo que ha caído en tus manos. El manso tendrá unos diez *bonniers* de tierra de cultivo, de los cuales la mitad ya están abiertos por el arado. Más allá, tras la colina, se extienden unos seis arpendes de viñedos y tres o cuatro de prado. Pero ahí no acaba todo: el río que dejamos atrás abre una brecha en aquella zona con la entrada de un arroyo.

Theresa lo miró con cara de no entender nada.

—A ver cómo te lo explico. ¿Sabes lo que es un manso?

—Claro. Son las tierras que posee una familia —respondió ella con aire de ofendida por que él hubiera supuesto que no lo sabía.



—Pero su extensión no depende de la cantidad de terreno disponible, sino de lo que esa familia sea capaz de cultivar.

—Ya —siguió sin entender, y dio por sentado que jamás aprendería a cultivar aquella tierra.

Deambularon por la propiedad charlando sobre terrenos, mansos, arpendes y pérticas, mientras se admiraban del trabajo que el obispo había adelantado. Hallaron cercos para animales, una cabaña de pastor recientemente construida y los cimientos de madera de lo que podría llegar a ser una estupenda vivienda. A Theresa le extrañó que Izam supiera de tierras, pero el joven le aclaró que su oficio no se limitaba a construir artefactos. En realidad, le dijo, las batallas entre ejércitos solían acabar en eternos asedios que requerían de un exhaustivo conocimiento de los terrenos circundantes, pues había que impedir el trasiego de suministros, desviar los cursos de agua, estudiar la situación de las defensas, elegir el lugar apropiado donde levantar los campamentos, y en ocasiones, zapar túneles o minar las murallas. De igual modo, cuando se trataba de edificar un nuevo asentamiento había que valorar los mismos condicionantes.

—Y no sólo eso. En ocasiones los asedios se prolongan durante años, por lo que hemos de saber qué campos serán los adecuados, tanto para el cereal de los soldados como para el forraje de las bestias. —Se agachó para coger un guijarro—. Por ejemplo, ¿ves aquella loma? —Lanzó la piedra, que voló hasta perderse tras las copas de unos abetos—. Está al norte. Protegerá los sembrados del viento de septentrión. Y mira esta tierra. —Aplastó un terruño con el pie—. Ligera y húmeda como pan negro mojado en agua.

Theresa se agachó y cogió otro guijarro.



—¿Y aquello de allí? —dijo señalando un montículo. Tomó impulso e intentó atinarle con la piedra.

Izam se apartó instintivamente para que el guijarro desviado no le impactara en la cabeza. Tras la sorpresa, se echó a reír como un chiquillo.

—No te burles —se quejó ella.

—¡Ah! Pero ¿lo hiciste a propósito? —Y volvió a reír con ganas.

Se sentaron a almorzar sobre los pilotes de madera que delimitaban la planta de la vivienda. Izam había preparado una talega con queso y pan recién horneado, que saborearon al ritmo del gorgojeo del riachuelo. Habían transcurrido un par de horas, pero Izam le confió que en realidad se encontraban cerca del poblado.

—A media hora a caballo —señaló.

—¿Y entonces por qué hemos tardado tanto?

—Quería examinar el sendero del río. Como imaginaba, es navegable, de modo que si consigues una barcaza podrás utilizarla para transportar el grano. Por cierto, hay algo que me preocupa. —Se dirigió a la cabalgadura y extrajo de una alforja una ballesta—. ¿La reconoces?

—Pues no —respondió sin prestarle atención.

—Es la que usaste el otro día durante la cena.

—¡Ah! No sé. No sabría distinguirlas.

—Precisamente eso es lo que me intriga. No creo que haya otra igual en toda la Franconia.

Le explicó que la ballesta era un arma poco difundida. De hecho, él nunca había visto otra.

—Ésta la construí siguiendo las descripciones reseñadas por Vegetius en su obra *De re militari*, un manuscrito sobre el arte de la guerra del



siglo cuarto que me mostró Carlomagno. Por eso me extrañó no sólo que la empuñases, sino que, además, supieses manejarla.

Ella le contó que el hombre que la había ayudado en las montañas poseía un arma parecida. Cuando le dijo que se la había comprado a un soldado, Izam meneó la cabeza.

—Me robaron la primera que construí. Tal vez fuera el soldado que mencionas, o el mismo hombre del que me hablas.

Charlaron un rato más antes de que ella sugiriera el regreso. Izam se mostró de acuerdo. Echó un último vistazo al terreno y condujo los caballos al riachuelo para que abrevaran. Una vez en marcha, Theresa espoleó su montura porque ansiaba contarle a Helga todo lo que había visto.

Ya en la villa, Theresa reiteró al ingeniero su agradecimiento. Izam sonrió, aunque trasladó el mérito a Carlomagno. Él sólo había cumplido las órdenes encomendadas. Cuando por fin se separaron, ella creyó que él la seguía con la mirada.

De vuelta en las cocinas, Theresa halló a la Negra desplumando un pavo. La mujer parecía atareada, pero en cuanto la vio, dejó el ave y corrió a su encuentro. Theresa le propuso salir al pozo a por agua y de camino hacer una pausa, cosa que Helga aceptó, sentándose en un poyete y reclamando hasta el último detalle. Escuchaba a Theresa con tal entusiasmo, que parecía que las tierras le pertenecieran a ella.

—¿Y todo eso es tuyo? —preguntó incrédula.



Theresa lo corroboró. Le habló de la enorme extensión de las zonas de cultivo, de los viñedos, del prado para el heno, del río y la vivienda. Finalmente, también del joven Izam.

—Fue muy amable —le dijo.

—Además de guapo —apostilló Helga guiñándole un ojo. Lo había visto a través de una ventana.

Theresa sonrió. Efectivamente, el ingeniero era atractivo, aunque desde luego, no tanto como Hóos. Continuaron hablando de las tierras hasta que la cocinera, harta de cháchara, salió a buscarlas con un atizador. Las dos mujeres rieron y corrieron hacia la cocina para proseguir la charla durante los momentos en que Favila desapareciera. Theresa le comentó su preocupación por la falta de medios, pero Helga la tranquilizó.

—¡Es que no imaginas todo lo que hay que hacer! Las tierras están a medio roturar. Necesitaría un arado y un buey, y alguien que me ayudara. ¡Son tantas cosas!

—¡Y dale! Si en vez de tierras tuvieses deudas, seguro que estabas menos inquieta.

Theresa guardó silencio mientras se decía que tal vez algún vecino pudiera aconsejarla, pero lo cierto era que la única persona a quien podía acudir ya la tenía delante. Al observar su abatimiento, la Negra la rodeó con un brazo.

—¡Eh! ¡Anímate! Aún conservo parte del dinero que me adelantaste cuando vendiste la cabeza del oso. Podrías emplearlo en comprar un buey joven.

—Pero ese dinero es para pagar mi alojamiento.



—No digas tonterías, nena. Tú me conseguiste este trabajo, de modo que no te preocupes. Además, una oportunidad así sólo se presenta una vez en la vida: cuando esa tierra reviente a dar frutos, ya me lo devolverás con intereses. —Le pellizcó la mejilla.

Le explicó que un buey de un año costaba doce denarios, mientras que uno adulto oscilaba entre los cuarenta y ocho y los setenta y dos, o lo que era lo mismo, el jornal de unos tres meses. A Theresa le pareció una cantidad al alcance de cualquiera, pero Helga le explicó que nadie aguantaba tres meses sin comer.

Cuando terminaron de cocinar, Theresa continuó.

—Izam me dijo que mañana regresaríamos al terreno. ¿Tú crees que debería ponerle nombre?

—¿A quién? ¿Al ingeniero?

—No, tonta... A las tierras.

—Bueno, pues podrías llamarlas... déjame pensar... ¡las maravillosas tierras de Theresa! —rio.

La muchacha le propinó un coscorrón, pero Helga se lo devolvió y rieron juntas como mozuelas.

Por la tarde, Theresa volvió al *scriptorium*, donde encontró a Alcuino enfrascado con sus escritos. Tenía cientos de preguntas para hacerle, pero justo cuando iba a planteárselas, el fraile se levantó.

—He visto a ese tal Izam. Me ha comentado que tus terrenos son fantásticos.



—Ya... No sé qué tendrán de fantástico, si no puedo cultivarlos —se lamentó ella.

—Yo te veo dos buenas manos.

—Y poco más. Sin herramientas, ni bestias, ¿de qué me sirven esas tierras?

—En ese caso, podrías arrendarlas y obtener una renta.

—Eso mismo sugirió Izam, pero ¿a quién, si los que pueden pagarla ya poseen tierras de sobra?

—Buscando a alguien que trabaje a cambio de una parte de la cosecha.

—Izam también me lo propuso, pero me aclaró que esas gentes no poseen arado ni bueyes, así que no podrían laborear ni obtener beneficios.

—De acuerdo. Te diré lo que haremos: mañana es jueves. Después de *tercia* acudiremos al mercado, buscaremos algún esclavo que trabaje duro y lo compraremos para tus tierras.

Los hay a puñados, así que tal vez consigamos alguno a buen precio.

Theresa no dio crédito a lo que oía. Parecía que a cada instante su vida se complicara más y más sin que ella lo pretendiera. Si no tenía ni para sí misma, ¿cómo iba a poseer un esclavo?

Alcuino le confió que Carlomagno le había sugerido esa posibilidad, y le aseguró que, al fin y al cabo, mantener a un esclavo no tenía por qué ser caro.

Por la mañana, salieron temprano en dirección al campamento que los hombres del rey habían levantado en las afueras de la ciudad. Según



Alcuino, los traficantes de esclavos aprovechaban los desplazamientos del monarca para acudir a su encuentro y realizar nuevas transacciones, bien comprando esclavos entre los enemigos capturados, bien vendiendo alguno de sus mejores ejemplares. Sin embargo, pasados unos días, rebajaban los precios a fin de deshacerse de los individuos menos preparados.

—¿Doce sueldos? —Theresa se llevó las manos a la boca—. ¡Pero si eso es lo que valen tres bueyes adultos!

Alcuino le explicó que ése era el precio común de un esclavo joven y entrenado, pero que buscando encontrarían uno más barato. Cuando Theresa le informó del dinero del que disponía, Alcuino le mostró una bolsa bien repleta.

—Podré prestarte algo.

Mientras caminaban hacia las murallas, Alcuino le habló sobre la responsabilidad de poseer esclavos.

—Porque no es sólo mandarles y que obedezcan —le explicó—. Aunque no lo creas, los siervos también son criaturas de Dios, y como tales hemos de velar por su bienestar. Y eso incluye alimentarlos, vestirlos y educarlos como buenos cristianos.

Theresa lo miró sorprendida. En Constantinopla había crecido rodeada de esclavos a los que siempre había visto como criaturas de Dios, pero nunca imaginó que el convertirse en dueña de uno acarrearía tantos problemas. Cuando Alcuino le explicó que los propietarios también eran responsables de los delitos cometidos por sus siervos, aún se asustó más.

—Por eso es mejor no adquirirlos jóvenes. A esas edades son ágiles y fuertes, pero también rebeldes e irresponsables. A menos que estés dispuesta a tratarlos con látigo, es preferible elegirlos casados, con mujer



e hijos a los que atender para que no intenten huir, ni cometan tropelías. Sí. Lo mejor será buscar una familia que trabaje duro y te proporcione beneficios.

Añadió que aunque se hiciera con un buen trabajador, sería necesario vigilarle de cerca porque, de natural, los esclavos eran gente de cortas entendederas.

—No sé si necesito un esclavo —admitió finalmente Theresa—. Ni siquiera estoy segura de que debiera haberlos.

—¿A qué te refieres?

—No entiendo por qué un hombre ha de decidir sobre la vida de otro. ¿Acaso esos infelices no han sido bautizados?

—Pues supongo que la mayoría no, pero aunque lo estuvieran, y pese a que el pecado original desaparece con el bautismo, es justo que Dios discierna sobre la vida de los hombres convirtiendo a unos en siervos y a otros en señores. Por naturaleza, el esclavo tiende a obrar el mal, que es reprimido por el poder de quien le domina. Si el esclavo no conociese el miedo, ¿qué le impediría actuar con perfidia?

Theresa pensó en replicar, pero prefirió dar por concluida una conversación para la que no tenía argumentos ni ideas.

Al poco de atravesar las murallas, un olor a sudor rancio les anunció la proximidad del mercado de seres humanos. Los puestos se alineaban a lo largo del río en una sucesión de tiendas y carpas destartaladas en las que los esclavos pululaban cual ganado. Los más jóvenes permanecían encadenados a gruesas estacas clavadas en el suelo, mientras los mayores trabajaban sumisos en las tareas de limpieza y mantenimiento del campamento. Al paso del fraile, varios comerciantes se apresuraron a ofrecerle su género.



—Mire éste —le abordó un traficante comido por las ronchas—. Fuerte como un toro. Acarreará sus bultos y le defenderá en sus viajes. ¿O prefiere un mozuelo? —le susurró ante su indiferencia—. Dulce como la miel y solícito como un perrillo.

Alcuino le dirigió una mirada que el traficante comprendió, retirándose con el rabo entre las piernas. Siguieron deambulando entre los tenderetes, donde además de esclavos se ofrecía toda clase de mercancías.

—¡Armas afiladas! —gritó uno, mostrando un arsenal de puñales y espadas—. Salvoconductos al infierno de un solo tajo.

—¡Ungüentos para las pústulas, emplastos para las mataduras de las bestias! —anunció otro que por su aspecto bien parecía necesitarlos.

Dejaron atrás los primeros puestos y se adentraron en el recinto donde se ofrecían animales. Allí, las cabalgaduras, las reses y las cabras paseaban con más libertad que los esclavos que antes habían contemplado. Alcuino se interesó por un buey grande como una montaña. El animal pastaba tras un cercado sobre el que descansaba una remesa de quesos. Un tratante se acercó para convencerle.

—¡Tiene buen ojo!, ¿eh, fraile? En menudo animal se ha fijado.

Alcuino lo miró de soslayo. Aunque no le gustara tratar con charlatanes, lo cierto era que la bestia parecía de hierro. Preguntó por el precio y el hombre se lo pensó.

—Por ser para el clero... cincuenta sueldos.

La mirada de Alcuino fue de tal indignación, que el hombre rebajó de inmediato a cuarenta y cinco.

—Aun así es mucho dinero. —El animal se veía imponente.



—Si quiere una cabra con cuernos, puedo vendérsela por treinta y cinco —soltó el tratante con desgana.

Alcuino acordó con el hombre que se lo pensaría. Luego él y Theresa regresaron al pasillo de los esclavos. A la entrada, Alcuino le pidió que le dejase a solas para ir más rápido. La joven accedió y acordaron reencontrarse en el mismo punto cuando el sol alcanzara lo más alto.

Mientras Alcuino se dedicaba a regatear con los mercaderes, Theresa decidió volver a donde el ganado. De camino, un traficante le ofreció unas monedas por su cuerpo y ella apretó el paso. Cuando llegó al recinto del buey que había interesado a Alcuino, un hombrecillo se le acercó cojeando.

—Yo no pagaría más de diez sueldos —le comentó de soslayo.

Theresa se volvió sorprendida para encontrarse, apoyado contra el cerco de maderos, a un hombre de mediana edad y aspecto desaliñado que la miraba con descaro. Su cabello rubio entonaba con sus ojos de color hielo. Sin embargo, lo más llamativo era la única pierna que le sostenía. Él, al advertir la sorpresa de Theresa, se adelantó.

—Perdí la otra trabajando, pero aún puedo ser útil —le aclaró.

—¿Y qué sabes tú de bueyes? —le espetó ella con altanería. Era obvio que aquel hombre era un esclavo, y si algún día poseía uno, debería saber tratarlos.

—Nací en Frisia, donde hay más vacas que prados. Hasta un ciego distinguiría a un buey enfermo.

El cojo aprovechó que el ganadero se hallaba despistado para arrearle un varetazo al animal. La bestia apenas se inmutó.

—¿Ha visto? Y lo mismo hará cuando le unzáis el arado. No se moverá.



Theresa miró al cojo sorprendida. Luego siguió con la vista las indicaciones que el esclavo le hacía con la vara, comprobando que entre las pezuñas del buey afloraba sangre reseca.

—Si queréis un buen animal, acudid a mi amo Fior. Él no os engañará.

En ese momento regresó el dueño del buey, y el esclavo se retiró con disimulo. Theresa vio que se servía de una muleta para suplir la pierna ausente. Corrió tras él y le preguntó dónde podría encontrar al tal Fior. El esclavo le indicó que lo siguiera.

Mientras caminaban, le contó que Fior sólo vendía bueyes pequeños.

—Tienen menos fuerza, aunque suficiente para tirar de un arado ligero. Sin embargo, resisten como piedras, comen poco y cuestan menos. Para estas tierras os vendrán como anillo al dedo.

Anduvieron entre las carretas sorteando las rieras de detritus que bajaban zigzagueando desde el campamento hacia el riachuelo, hasta que de uno de los puestos salieron a su encuentro una mujer y dos chiquillos. La mujer abrazó al cojo y los chiquillos se colaron entre sus piernas. Theresa observó la extrema delgadez de la mujer y los niños. Sus ojos eran enormes platos en pequeñas calaveras.

—¿Has conseguido algo? —le urgió la mujer.

El esclavo sacó un bulto de la pernera vacía del pantalón y se lo entregó. Ella lo olió y lloró de alegría. Luego cogió a los niños y se los llevó detrás de una tienda para darles un trozo del queso que acababa de recibir. El esclavo cojeó hasta donde se encontraba Fior para explicarle lo que podía necesitar la joven, momento en el que apareció Alcuino con cara de pocos amigos. Le acompañaba el dueño del buey gigante.

—Este tratante dice que un esclavo cojo le ha robado un queso. Y dice que el esclavo estaba contigo. ¿Es cierto eso? —preguntó a Theresa.



La joven comprendió lo ocurrido. Detrás de la tienda, los dos hijos del cojo aún devoraban el queso. Su castigo sería sin duda tremendo.

—No exactamente —mintió—. Fui yo quien le ordenó que lo cogiera. No llevaba dinero y vine a buscar a su paternidad para que pagara el importe.

—¡Eso es robar! —gritó el tratante.

—Robar es intentar vendernos un buey enfermo —replicó Theresa sin miedo—. Tened. —Cogió la bolsa de la sotana de Alcuino y le entregó un par de monedas ante la extrañeza del fraile—. Y desapareced de mi vista antes de que acuda al corregidor.

El tratante cogió el metal y se retiró mascullando maldiciones. Alcuino miró a Theresa con severidad.

—Quería engañarnos —explicó ella, refiriéndose al ganadero.

Alcuino insistió en su mirada.

—Este esclavo cogió el queso para sus hijos. ¡Miradlos! ¡Se están muriendo!

—Es un ladrón. Y tú has cometido una estupidez al intentar protegerle.

—Muy bien. Pues volved con ese santo vendedor de bueyes y gastad el dinero en una bestia inútil. Sólo sé que el esclavo me advirtió contra ese timador, y que sus hijos quizá no hayan comido en la última semana.

Alcuino meneó la cabeza ante los argumentos de Theresa. Luego la acompañó a hablar con Fior, el ganadero que el esclavo les había recomendado.



Fior resultó ser un normando rechoncho que sólo hacía negocios con un vaso de vino en la mano. Nada más conocerles, les invitó a un trago y les presentó varios animales rebosantes de salud y energía. Finalmente les ofreció un buey manchado de mediano tamaño, del que aseguró trabajaría como un condenado desde el primer día.

Acordaron un precio de veinte denarios, una cifra ventajosa teniendo en cuenta que el animal sobrepasaba los tres años.

—Yo tampoco soy corpulento y arrimo el hombro desde que me levanto —sonrió Fior, dejando a la vista una dentadura ocupada por varios dientes de madera.

Luego les mostró algunos arros de cuero y varios aperos de labranza. Algunos necesitaban ser reparados, pero les eran necesarios y se los ofreció baratos, de modo que Theresa y Alcuino juzgaron conveniente adquirirlos. Después de asegurar los bártulos sobre el buey preguntaron a Fior sobre esclavos baratos, pero cuando el tratante se enteró del dinero de que disponían, meneó la cabeza y les aseguró que por esa cifra no encontrarían ni un cerdo domesticado.

—Por ese precio os podría vender a Olaf. Es un trabajador duro, pero desde que perdió la pierna sólo me causa problemas. Si os place, podéis llevároslo.

Alcuino hizo un aparte con Theresa al ver que ésta parecía interesarse.

—Sólo sería una boca que alimentar. ¡Y por Dios santo, está cojo! ¿Por qué lo regalaría si tuviese alguna utilidad? —le espetó.

Sin embargo, la muchacha sacó a relucir su tozudez. Si iba a poseer esclavos, sería ella quien decidiese cuántas piernas debía tener cada uno.

—Su mujer y sus hijos también pueden trabajar —argumentó.



—A ellos no los venderá. O pedirá más dinero. Más del que podemos pagar. Además, tú necesitas un esclavo, no una familia completa.

—Fuisteis vos quien me advirtió que eran preferibles los casados, con vínculos que les impidieran huir.

—¡Pero por todos los diablos! ¿Cómo va a huir si es cojo?

Theresa se dio la vuelta y se acercó a Fior, quien aguardaba divertido con un vaso de vino en la mano.

—De acuerdo, nos los llevamos —dijo señalando a los chiquillos y la mujer que permanecían tras una carreta escuchando.

—¡Ah! No. La mujer y los hijos no van incluidos. Si los quieres tendrás que pagar otros cincuenta denarios.

—¿Cincuenta denarios por una familia de esqueletos? —replicó indignada.

—No, no. ¡Cincuenta por cada uno! En total, ciento cincuenta denarios.

Theresa lo miró a los ojos. Si se creía un buen negociante, aún no sabía con quién estaba tratando. Sacó su *scramasax* y de un tajo segó la cinta que sujetaba los bártulos del buey, haciéndolos caer estrepitosamente. El hombre la miró sorprendido.

—Cuarenta denarios por toda la familia. Lo tomáis, o aquí os quedáis con vuestro cojo, vuestro buey enano y vuestros aperos estropeados.

El hombre apretó los dientes, miró los cacharros y rompió a reír hasta mostrar las encías.

—¡Maldita negociante! A todas las mujeres os debería llevar el diablo.

Volvió a reír y cogió la bolsa que la joven le tendía. Luego brindaron por el trato y poco después Theresa y Alcuino emprendían el regreso,



con Olaf cojeando, su mujer tirando del buey y los dos chiquillos jaleando al animal, sentados sobre su grupa.

De camino a la catedral, Olaf se reveló como mal caminante pero hábil conversador. Su vida había sido difícil, aunque no más que la de cualquier nacido esclavo. Sus padres ya lo eran, y para él, ése era su estado de vida natural. No echaba de menos la libertad pues no la había conocido, y la mayoría de sus amos le habían tratado bien porque siempre había trabajado duro.

En realidad, lo único que añoraba Olaf era la pierna que le faltaba. Ocurrió dos años atrás, mientras talaba un enorme abeto. El árbol cayó antes de lo esperado y le aplastó la rodilla, rompiéndole los huesos. Por fortuna, un carnicero logró amputarle el miembro machacado antes de que la podredumbre lo mandara a la tumba. Desde entonces, su vida y la de los suyos se había ido deteriorando hasta transformarse en un infierno.

Al principio, su amo Fior lo había atendido con la esperanza de mantenerle trabajando igual que antes del accidente; sin embargo, pronto comprobó que la falta de una pierna había convertido a Olaf en una carga difícil de justificar. Durante la convalecencia, el conocimiento de los campos y su destreza con las manos le permitieron suplir su invalidez, pero en cuanto Fior instruyó al nuevo capataz, relegó a Olaf a tareas propias de mujeres, y de esa forma pasó de gobernar al resto de los esclavos a arrastrarse por los almacenes en busca de desperdicios con que alimentar a sus pequeños y a su esposa Lucilla.

—Pero aún puedo trabajar —insistió Olaf mientras aceleraba el paso con la muleta—. Sé montar a caballo, y conozco el campo como la palma de mi mano.



—Pues no compres caballos, o se largará encima del primero que tengamos —le susurró Alcuino a Theresa.

Una vez en Fulda, Alcuino propuso que Olaf y su familia se alojaran en la abadía hasta que la cabaña del bosque estuviese acondicionada. Encerraron al buey en las cuadras y acudieron a la cocina del monasterio, donde unos monjes les suministraron sopa de cebolla y unas manzanas que los niños celebraron como si fueran pastelillos. Después de cenar les permitieron acostarse cerca del fuego, cosa que todos agradecieron. Los niños y la madre cayeron pronto rendidos, pero Olaf apenas durmió porque nunca antes lo había hecho sobre un jergón de lana.

A la mañana siguiente, Theresa acudió al monasterio para conducirles hasta sus nuevas tierras. En el establo les cedieron un carro para transportar el grano, algo de comida y unos aperos viejos que habrían de devolver en el plazo de una semana. Theresa agradeció a Alcuino que aquel día la excusara de sus tareas, así como su mediación en el préstamo de las herramientas. Aunque utilizaron la senda más corta, emplearon casi media mañana porque los niños se detuvieron varias veces a orinar, y Olaf se empeñó en hacer el camino a pie para demostrarle a Theresa su suficiencia.

Cuando llegaron a la cabaña, los zagales se mostraron encantados. Subieron al tejado como si fueran ardillas y corrieron por los surcos hasta caer rendidos. Olaf les llamaba por apodos como «enanos», «gritones» o «pihuelos», pero a su mujer siempre la llamaba «querida Lucilla».

Entre Lucilla y Olaf edificaron un cercado rudimentario alrededor de la cabaña, limpiaron los aledaños y acumularon piedras en forma de túmulo, donde poder cocinar sin que el viento apagara la fogata. Luego



prepararon un guiso de tocino y nabos que los críos devoraron antes de llegar al plato. Después, Olaf construyó unas trampas simples que dispuso repartidas por los alrededores. Así atraparía conejos y ratones que añadir a las legumbres con las que él y su familia deberían subsistir hasta la primavera.

A media tarde, los chiquillos anunciaron al unísono la presencia de un hombre a caballo. Se trataba de Izam de Padua, el ingeniero de Carlomagno.

Olaf acudió a atender la cabalgadura, pero el hombre no desmontó. Se acercó a Theresa y le ordenó que subiera al caballo. La joven obedeció extrañada. Luego Izam espoleó el animal hasta separarse un trecho de la cabaña.

—Alcuino me habló de esta insensatez —dijo entonces—, pero veo que es peor de lo que había imaginado. ¿Cómo se te ocurre comprar a un tullido? Menuda manera de arruinar tu campo.

—Pues no parece que lo haga tan mal —respondió Theresa señalando al esclavo. En ese instante, Olaf regresaba con un conejo en la mano.

—Éste es un terreno para dejarse la piel, las manos y las dos piernas, no una obra de caridad. Aquí llueve, graniza, nieva; hay que abrir surcos, talar árboles, manejar una yunta, construir una vivienda, segar, limpiar, y mil cosas más. ¿Quién va a hacer todo eso? ¿Un cojo y tres esqueletos?

Theresa desmontó del caballo y emprendió el regreso a pie a la cabaña. Izam giró la cabalgadura y la siguió al paso.

—¡Serás testaruda! Por mucho que te des la vuelta no solucionarás nada. Tendrás que venderlos de nuevo.

La muchacha se revolvió.



—Pero ¿quién os habéis creído...? Las tierras son mías, y haré con ellas lo que me plazca.

—¿Seguro? Pues entonces dime cómo harás para devolver el dinero que te han prestado.

La joven se detuvo en seco. Por un momento había imaginado que aquellas tierras le pertenecían por derecho propio, pero en realidad no era así. Además estaba su responsabilidad con respecto a los esclavos: como ya le adelantara Alcuino, debía velar por ellos, y si no trabajaban lo suficiente, tal vez aquella tierra acabara convirtiéndose en la tumba que los acogiera.

Cuando preguntó a Izam de qué opciones disponía, éste aseguró que, de las pocas que él contemplaba, todas pasaban por revenderlos.

—No digo que no sirvan para nada, pero no para este campo. Regresemos al mercado; tal vez aún podamos devolverlos sin perder demasiado.

Theresa reconoció que Izam llevaba razón. Sin embargo, cuando contempló a los dos pequeñuelos jugando en la cabaña fue incapaz de aceptarlo.

—Esperemos una semana —propuso—. Si en ese tiempo no han rendido lo necesario, yo misma los conduciré al mercado.

Izam rezongó entre dientes. Era perder una semana, pero al menos aquella loca vería por sí misma cuan equivocada estaba. Bajó del caballo y entró en la cabaña a calentarse. En el interior, se sorprendió por el aspecto que había adquirido la estancia. Se veía pulcra y ordenada, como si llevara tiempo habitada.

—¿Quién ha reparado las paredes? —preguntó incrédulo.



—El inútil del tullido —respondió Theresa, y lo apartó de un empujón para enderezar una tabla que había quedado mal asentada. Olaf la vio y se aprestó a ayudarla.

—Toma, utiliza esto —dijo Izam de mala gana.

Olaf cogió el cuchillo que le tendía y lo empleó para asegurar la tabla.

—Gracias. —Se lo devolvió e Izam se enfundó el arma.

—Ahí fuera hace frío. Dile a tu mujer que entre. ¿Disponéis de herramientas? —preguntó el ingeniero.

Olaf le mostró las que les habían prestado en la abadía: un hacha corta, una piqueta y una azuela. Le dijo que por la tarde haría un buen mazo de madera, y tal vez un rastrillo. No mucho más, porque tenía que reparar el arado que habían adquirido.

—Es de madera —le informó—. La reja habrá que cambiarla.

Izam comentó que sin una reja de hierro ni una buena vertedera, no lograrían abrir los surcos. Luego miró la muleta de Olaf.

—¿Me la prestas?

Examinó el palo con detenimiento. Era una vara de cerezo toscamente tallada con un soporte de madera forrado de cuero en su extremo superior. Comprobó su flexibilidad y se la devolvió.

—Bien. He de irme —anunció.

Se levantó y salió de la cabaña seguido por Theresa. Ya fuera, ella le agradeció su comprensión.

—Sigo pensando que es una locura... Pero en fin. Si encuentro tiempo, miraré de fabricarle una pierna de madera.

El joven montó a caballo y se despidió de ella. Antes de desaparecer, Theresa advirtió que él volvía la cabeza.



Capítulo 22

Durante toda la semana, Theresa alternó su trabajo en el obispado con la supervisión de sus nuevas tierras. Así, comprobó que Olaf había excavado una pequeña acequia que desviaba el agua del arroyo hasta las inmediaciones de la cabaña para evitar el continuo trasiego al río, había construido una puerta con la que asegurar el cercado, y cuatro taburetes en los que sentar a la familia. Pero no sólo se había ocupado de los campos: entre él y su esposa habían transformado la vieja cabaña en una auténtica vivienda. Helga *la Negra* les había cedido un arcón y una mesa pequeña, además de unas telas que Lucilla había empleado para evitar que el viento se colara por las rendijas. Olaf había excavado un hogar en el centro de la cabaña, y dispuesto a ambos lados sendos sacos de paja donde descansar por las noches. Respecto al arado, aunque lo había reparado, le había resultado imposible manejarlo. Lucilla también lo había intentado, pero al tercer día las ampollas le habían cubierto las manos. Olaf se lamentó ante Theresa.

—Es por culpa de esta maldita pierna —se la golpeó—. Antes habría abierto los surcos en dos días, pero Dios sabe que esto no es trabajo de mujeres.

Theresa respiró hondo al tiempo que torcía el gesto. Miró a los dos chiquillos que correteaban entre las patas del buey, riendo y disfrutando, sucios como el tizón, aunque con algo más de carne sobre los huesos. Le



apenaba aquella situación, pero si Olaf no conseguía arar todo el suelo, se vería obligada a revenderlos.

Lo miró con disimulo mientras se esforzaba en limpiar la collera del buey. Iba a comentarle algo, cuando él pareció adivinar sus pensamientos.

—Estoy modificando la collera para que tenga el tiro más bajo. Así el buey bajará el testuz y apretará el arado contra la tierra.

Theresa denegó con la cabeza ante lo inútil de sus esfuerzos. Olaf no lo comprendió.

Iban a levantarse cuando oyeron ruido de cascos. Nada más salir se encontraron a Izam de Padua montado en su caballo, y tras él, un borrico cargado de maderos. El ingeniero desmontó y entró en la cabaña sin dar los buenos días, con una cuerda midió el muñón de Olaf y volvió a salir con la misma determinación con que había entrado. Al poco regresó cargado hasta la barbilla.

—Un hombre cojo es como una mujer sin pechos —anunció.

A Theresa le molestó la comparación; sin embargo, siguió atenta la diligencia con que Izam rasgaba la pernera vacía de Olaf y dejaba a la vista un muñón terriblemente cosido.

—En Poitiers tuve ocasión de examinar una pierna de madera de extraordinaria valía. Nada que ver con esos palos atados al muñón que utilizan los tullidos para caminar como caracoles. —De nuevo midió el diámetro del muñón y trasladó la medida a una pieza de madera—. La pierna de la que os hablo era un prodigio del ingenio, una pieza articulada que, según decían, perteneció a un general árabe muerto en la terrible batalla. Afortunadamente un fraile se la arrancó al cadáver y la guardó en la abadía. —Midió la pierna buena y volvió a trasladar las medidas. Luego sacó un extraño mecanismo que a Theresa le pareció una



especie de rodilla—. Me ha llevado dos días fabricarlo, así que espero que sirva.

Olaf se dejó hacer. Mientras, Lucilla apartó a los niños, que se peleaban por ensamblar cuantas piezas caían en sus manos. Theresa continuó mirando ensimismada.

Izam escogió un madero cilíndrico, lo ajustó por un extremo a la articulación de madera y lo situó al lado de la pierna buena. Luego cortó el otro extremo hasta enrasarlo con el talón de Olaf.

—Ahora la parte del muslo.

Tomó una especie de cazuela de madera y la encasquetó sobre el muñón. Nada más soltarla cayó al suelo, pero la recogió como si nada hubiera sucedido y la horadó hasta ajustaría al miembro. Luego la extrajo para vaciarla un poco y forrar el interior con un trozo de paño y cuero.

—Bueno, creo que ya está. —Engastó la caperuza en el muñón y la aseguró a la cadera con los correajes que portaba. Después calculó el tramo de madera que debía cortar para ocupar el espacio entre la caperuza y el mecanismo de la rodilla.

—¿Cómo funciona? —preguntó Olaf.

—No sé si lo hará.

Levantó al esclavo, que se tambaleó al verse sobre el extremo de la madera.

—Aún falta el pie, pero antes he de ver si el fleje aguanta. Ahora prueba a andar.

Olaf avanzó titubeante sin soltarse de la mano de Izam, pero para su sorpresa, la pierna de madera se dobló por la rodilla y al dar el paso inmediatamente recuperó la rigidez como por arte de magia.



—Incorpora una lama de tejo, la misma madera con que se fabrican los arcos buenos. Cuando recibe el peso, flecta, permitiendo la articulación; luego hace tope y retorna a su posición para iniciar el siguiente paso. Observa estos orificios. —Señaló cuatro agujeros taladrados en la rodilla—. Con este pasador podrás seleccionar el grado de dureza. Y si lo quitas —se lo demostró—, el mecanismo quedará loco. Así podrás cabalgar con la pierna flexionada.

Olaf le miró incrédulo. No se atrevía a andar sin la muleta, pero Izam le animó. Tras un par de intentos logró atravesar la estancia. Cuando llegó a los brazos de Lucilla, la mujer rompió a llorar como si realmente le hubiera crecido una pierna nueva.

Pasaron el tiempo ajustando los mecanismos y comentando la simplicidad de la articulación. Izam le explicó que usando lamas de distinto grosor, lograría graduar la flexibilidad y la dureza. Después salieron fuera para comprobar su funcionamiento. Mientras pisó en piedra, Olaf caminó sin dificultad, pero al intentarlo entre los surcos, advirtió que la madera se hundía en los terruños.

—Le acoplaremos un pie que solucione el problema —aseguró Izam.

De vuelta a la cabaña, Lucilla le ofreció a Izam el conejo que había guisado para Olaf y sus hijos. Era el único alimento del que disponían, así que Izam lo rechazó. Mientras tallaba la extremidad, el joven ingeniero admitió para sí que las molestias que se estaba tomando en realidad obedecían a su interés por Theresa. Le intrigaba que una muchacha tan joven y bonita fuera capaz de afrontar una tarea de tal envergadura, y lo cierto era que, ahora que lo pensaba, desde el primer instante se había esforzado en agradarle y estar cerca de ella.

Probó una vez más el pie de madera antes de ensamblarlo en la extremidad de la pierna. Una vez insertado, lo giró adelante y atrás para



comprobar que no se atascaba. Explicó a Olaf que el pie disponía de juego, pero que podría quitarlo si veía que le molestaba.

Luego hablaron del arado.

Izam comentó las ventajas de la reja de hierro y el uso de la vertedera. Los arados de madera como el de Olaf se rompían con facilidad y apenas si penetraban en la tierra. En cuanto a la vertedera, ésta permitía apartar la tierra removida, mantenía el surco abierto y aireaba el terreno para que la simiente agarrara con fuerza. Con la primavera llegaría el período de la siembra, de modo que debían darse prisa para arar las parcelas ya roturadas. Olaf le indicó que en cuanto terminara, comenzaría a desbrozar el terreno que aún permanecía salvaje.

Después de alabar la limpieza de la vivienda y la sorprendente zanja que conducía el agua hasta la cabaña, Izam se despidió. No dijo si regresaría, pero Theresa deseó que lo hiciera.

La segunda semana sirvió para confirmarle a Olaf que su nueva pierna supliría con creces la vieja muleta. De hecho se encontró tan a gusto que, pese a las rozaduras que le produjo en el muñón, pasó varios días sin desprendérsela. Había aprendido a hundir el arado apoyándose en la pierna auténtica y aprovechar la rigidez de la postiza para equilibrar el empuje. A veces, cuando debía realizar labores pesadas, introducía el pasador que atrancaba la rodilla para emplear mejor su fuerza.

Lucilla y los niños estaban felices. Y él, más todavía.

Al amanecer se levantaban para arar los campos. Olaf abría la tierra y a continuación Lucilla sembraba el centeno, mientras los chiquillos corrían detrás de ellos espantando los pájaros que intentaban comerse las semillas. Luego, tras el sembrado, cubrían los surcos con tierra previamente machacada con una maza. Por las tardes, después de terminar sus faenas, Theresa y Helga subían desde el poblado para



traerles algún apero, comida, o telas viejas con que confeccionar ropa para los chavales.

Lucilla y Helga pronto hicieron buenas migas. Hablaban de críos, del embarazo, de los guisos, y de los comadreos que sucedían en la villa sin que las lenguas les desfallecieran. A veces Helga se sentía importante ordenándole a Lucilla que arreglara la vivienda.

Aunque le dedicara menos tiempo, Theresa continuaba auxiliando a Alcuino en la copia y traducción de documentos. Acudía temprano al *scriptorium* y permanecía allí hasta el mediodía, transcribiendo los textos que le encomendaba el fraile. Sin embargo, éste había trocado el trabajo caligráfico por otro de tipo teológico en que ella apenas si participaba, lo que le hizo imaginar que llegaría el día en que Alcuino prescindiría de su ayuda.

De vez en cuando se presentaban en el *scriptorium* varios sacerdotes de mirada altiva que entraban sin avisar y se sentaban junto a Alcuino. Eran romanos, y formaban parte de la delegación papal que permanentemente acompañaba a Carlomagno.

Theresa los bautizó como «los escarabajos» porque siempre vestían de negro. Cuando los escarabajos venían al *scriptorium*, ella debía abandonar la estancia.

—Esos religiosos que acuden al *scriptorium*, ¿también son monjes? —se interesó un día ella.

—No —sonrió—. Quizá lo fueron hace tiempo, pero ahora son clérigos pertenecientes al cabildo romano.

—Monasterios... cabildos... ¿Acaso no es todo lo mismo?



—Pues obviamente no. Un monasterio o abadía es un recinto donde los frailes se recluyen para orar y pedir por la salvación de los hombres. Generalmente son lugares cerrados, a veces apartados de las ciudades, con leyes y tierras propias, gobernados por un prior o un abad conforme a su mejor criterio. En cambio un cabildo es una congregación abierta, compuesta por un conjunto de sacerdotes guiados por un obispo que administra una diócesis. —Vio la expresión de Theresa y continuó—. Para que lo entiendas, en Fulda conviven, de un lado, la abadía; con su abad, sus frailes, sus órdenes y sus muros. Y de otro, el cabildo; con su obispo, sus clérigos y sus responsabilidades eclesiásticas. Los frailes rezan sin abandonar el monasterio, mientras que los clérigos del cabildo atienden a los lugareños en las iglesias.

—Siempre me he confundido con los clérigos, los frailes, los obispos, los diáconos... ¿Es que no son todos curas?

—Por supuesto que no —rio—. Por ejemplo, yo mismo me he ordenado diácono y, sin embargo, no soy sacerdote.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Quizá parezca un tanto equívoco, pero si prestas atención te será fácil entenderlo. —Cogió la tablilla de cera de Theresa y trazó una cruz en la parte superior del cuadrilátero—. Como ya sabes, la Iglesia está gobernada por el Santo Pontífice Romano, el llamado Papa o Patriarca.

—En Bizancio también hay un papa —repuso ella, ufana. Era una de las pocas cosas que sabía.

—Efectivamente. —Y añadió otras cuatro cruces a la primera—. El Papa de Roma gobierna el Patriarcado de Occidente.

Ahora bien, a éste hemos de sumarle los cuatro de Oriente: el de Constantinopla, el de Antioquia, el de Alejandría y el de Jerusalén. Cada Patriarcado tutela los distintos reinos o naciones sometidos a su



jurisdicción a través de las Archidiócesis Principales o Primacías, que están encabezadas por el arzobispo más antiguo del reino de que se trate.

—Que serían como los gobernadores espirituales de cada nación —aventuró la muchacha.

—Mejor que gobernadores, convendría llamarlos guías. —Y dibujó debajo de la primera cruz un círculo correspondiente a la Primacía—. Bien. De esa Archidiócesis Principal depende un conjunto de arzobispados. —Y trazó pequeños cuadrados correspondientes a las archidiócesis.

—Papado, archidiócesis más antigua, archidiócesis...

—Veo que vas comprendiendo —sonrió—. Cada archidiócesis, con su obispo a la cabeza, gobierna en una provincia eclesiástica, que a su vez abarca varias diócesis de las que se hace cargo un obispo, también llamado mitra.

—Papado, archidiócesis más antigua, archidiócesis y diócesis.

—Correspondiéndose con Papa, arzobispo más antiguo, arzobispo y obispo.

—No es tan complicado —admitió ella—. Y estos clérigos romanos pertenecen al Papado...

—Así es, aunque no significa que hayan sido antes obispos. En realidad, las más de las veces son las relaciones de parentesco y amistad las que otorgan los cargos. —Miró a Theresa con cierta suspicacia—. Dime una cosa, ¿a qué este repentino interés por los curas?

Ella apartó la mirada, ruborizada. Estaba preocupada por la falta de tareas de escritura y pensó que cuanto más supiera de asuntos religiosos, más fácil le resultaría conservar su trabajo.



En cierta ocasión Alcuino le indicó a Theresa que la embajada papal se había desplazado hasta Fulda, como etapa intermedia en su viaje hacia Würzburg. La embajada transportaba unas reliquias con las que Carlomagno pretendía frenar las continuas insurrecciones al norte del Elba, y en breve partiría hacia la ciudadela para depositar los santos despojos en su catedral. Cuando le comunicó que él formaría parte de la expedición, Theresa echó un borrón sobre el pergamino en que trabajaba.

Por la tarde se encontró con Izam de camino a las caballerizas. El joven se interesó por la marcha de los terrenos, pero Theresa apenas le prestó atención porque en su cabeza sólo cabía Würzburg. Cuando Izam se despidió, ella se lamentó por haberse mostrado grosera.

Aquella noche apenas pudo conciliar el sueño.

Imaginó a su padre humillado y deshonorado. Cada noche desde su huida había pedido a Dios que pudiera perdonarla. Los echaba de menos; a él y a su madrastra. Añoraba sus abrazos, sus risas, sus regañinas... Anhelaba escuchar las historias que Gorgias le contaba sobre Constantinopla, su pasión por la lectura, las noches de escritura en vela... ¡Tantas veces se había preguntado qué sería de ellos, y tantas otras había evitado la respuesta!

En ocasiones se sentía tentada de regresar y demostrar a todos que no había sido ella la culpable. Con el paso de los meses había reflexionado sobre el papel que el *percamenarius* había desempeñado en el incendio, recordando cada uno de sus actos: sus provocaciones; el golpe que propinó al bastidor, y cómo éste cayó en el fuego ocasionando la hoguera.

Volver y combatir a Korne: según lo pensaba, lloraba por su cobardía. Temía perder lo que milagrosamente había obtenido en Fulda: el amor



de Hóos Larsson, la amistad de Helga *la Negra*, la sabiduría de Alcuino, la fortuna de sus tierras. Si en Würzburg la condenaban, perdería su nueva vida.

Estimó en unos tres meses el tiempo desde su huida. Finalmente se durmió, pensando que nunca regresaría.

A la mañana siguiente, Alcuino la reprendió después de que se equivocara al elegir una tinta fluida.

—Lo siento —se disculpó ella—. Anoche descansé mal.

—¿Problemas con tus tierras?

—No exactamente. —Dudó si planteárselo—. ¿Recordáis lo que me comentasteis ayer? ¿Lo de vuestro viaje a Würzburg?

—Sí, claro. ¿Qué sucede?

—Pues veréis... Estuve pensando sobre ello, y me gustaría acompañaros.

—¿Acompañarme? —Se detuvo—. ¿Qué clase de idea necia es ésa? Se trata de una expedición muy peligrosa. Además, no viajan mujeres, y no veo qué interés...

—Desearía acompañaros —insistió ella. A Alcuino le sorprendió la brusquedad de la interrupción.

—¿Y los esclavos? ¿Y tus tierras? ¿Por eso has dormido tan mal?

—Helga se ocupará. Y también de Olaf y de Lucilla. Os lo suplico... Vos mismo me dijisteis que precisabais de un ayudante.

—Sí, pero aquí en Fulda, no a bordo de un barco.

Theresa decidió arriesgar. No podía confesarle su participación en el incendio, pero debía volver a Würzburg y afrontar sus responsabilidades.



—Iré aunque no queráis —afirmó tajante. Alcuino no dio crédito a sus oídos.

—Pero ¿se puede saber qué brebaje has tomado?

—Si no queréis ayudarme, iré yo sola andando.

Al fraile le extrañó la insolencia de la muchacha. Pensó en darle una bofetada, pero finalmente se compadeció.

—¡Escúchame, testaruda...! Te quedarás en Fulda, quieras o no. Y ahora, olvida tanto pájaro y aplícate a tu trabajo. —Y salió del *scriptorium* dando un violento portazo.

Al día siguiente, un acólito comunicó a Alcuino que la delegación papal había decidido adelantar la partida al domingo por la mañana. Al parecer, un recién llegado de Würzburg había traído malas noticias. Cuando el acólito salió, Alcuino cerró la puerta y se dirigió a Theresa.

—Adivina de quién se trata.

—No sé. ¿Algún soldado? —Temió que la anduviesen buscando.

—Es tu amigo: Hóos Larsson.

Hasta bien entrada la tarde, Theresa no localizó a su amado. Por boca de Alcuino se enteró de que lo habían conducido a la residencia de los optimates para que informara a la embajada papal de la situación en Würzburg, y desde entonces se hallaba reunido con los soldados de Carlomagno. Poco antes de *nona*, el joven abandonaba la estancia con gesto contrariado. Ella le esperaba fuera, entumecida por el frío. Nada



más verlo, se levantó. Lo encontró flaco y demacrado, pero su cabello enmarañado y sus profundos ojos azules lo hacían sumamente atractivo. Cuando el joven la reconoció, corrió hasta ella y se fundió en un beso interminable.

Pasaron la noche en la vivienda de Helga *la Negra*, quien no dudó en cederles su casa y mudarse ella a las cocinas. Theresa intentó preparar algo de carne, pero el guisado se le quemó. Cenaron frugalmente y hablaron poco; sólo deseaban comerse a besos. Cuando se fueron a la cama, a Theresa le pareció que ningún libro podría llenarla tanto como lo hacía Hóos con su cuerpo.

Por la mañana, el joven le informó de la terrible noticia.

—Ojalá no tuviera que decírtelo, pero Gorgias, tu padre... ha desaparecido.

Ella lo miró incrédula. Luego se apartó.

Le preguntó cien veces a qué se refería, y le odió por no habérselo contado la noche anterior. Él no supo darle una justificación.

Le comentó que en Würzburg, el conde Wilfred le había informado sobre el incendio. Deducir que la chica a quien todos creían muerta era la joven de quien estaba enamorado, fue cuestión de atar dos cabos.

—Cuando te conocí, tú misma me dijiste que trabajabas como oficial *de percamenarius*, que habías huido de Würzburg y que naciste en Bizancio. Todo concordaba...

—¿Y se lo contaste a ellos?



—Por supuesto que no. Pero Wilfred me dijo que el padre de la chica, o sea, tu padre, había desaparecido. Wilfred no hablaba de otra cosa; como si ansiara encontrarlo.

—Pero ¿qué significa que ha desaparecido? —Las lágrimas se le desbordaron—. ¿Cómo ocurrió? ¿Le han buscado?

—Theresa, no lo sé. Me gustaría poder decirte otra cosa, pero nadie sabe nada. No lo han visto, y desde luego que lo han buscado. Wilfred ordenó que registraran casa por casa, publicó un bando y hasta organizó una batida por los alrededores. La verdad, creo que deberías regresar a Würzburg. Tal vez tu presencia ayude a encontrarlo.

Theresa asintió. Se alegró de haber presionado a Alcuino para que le permitiera acompañarle y recordó entonces el ataque sufrido por su padre el día que la acompañó al taller *del percamenarius*. En aquella ocasión sólo le habían herido en un brazo, pero tal vez el agresor lo hubiera intentado de nuevo. El llanto le impidió continuar. Hóos trató de consolarla, y aunque no lo consiguió, ella apreció el calor de sus abrazos.

A media mañana, Theresa se dirigió hacia el cabildo, donde encontró a Helga perdida entre sacas de alimentos. Antes de prestarle atención, la mujer terminó de organizar una última hilera y luego paró un momento. Al principio Theresa le habló de nimiedades, pero sus ojos enrojecidos le hicieron confesar el martirio que estaba viviendo: el terrible incendio, la muerte de una muchacha, la desaparición de su padre, y su intención de regresar a Würzburg. Cuando terminó, Helga no podía creer que se encontrara ante una fugitiva.

Le calentó un vaso de leche y Theresa lo bebió a pequeños sorbos. Helga le preguntó qué tenía resuelto hacer.



—Y cómo quieres que lo sepa —sollozó.

—Acepta mi consejo y olvida a tu familia. —Le enjugó las lágrimas con delicadeza—. Ahora disfrutas de una nueva vida, te has echado un pretendiente y tienes más de lo que yo, o cualquiera de mis amigas hubiéramos podido soñar. Si regresas a Würzburg, seguro que te prenden. Ese Korne del que me has hablado parece un maldito bastardo.

Theresa asintió. En realidad lloraba por el temor a que su padre hubiera muerto, lo cual, en palabras de Hóos, resultaba bastante probable.

Se abrazó a Helga y la besó. Cuando se calmó, acordaron que su amiga la acompañaría a la muralla de la ciudad, donde Theresa había quedado con Olaf para trasladar unos aperos. Hicieron tiempo amasando harina de espelta para hornear unas tortas que regalarían a los chiquillos de Lucilla. Después de comer, recogieron los cacharros y pidieron permiso a Favila para ausentarse un rato.

De camino al arrabal, observaron a un extraño que parecía llevar un trecho siguiéndolas. Al principio no le prestaron atención, pero al girar una callejuela, el hombre corrió tras ellas hasta interrumpirles el paso. Resultó ser Widukindo, el individuo que había apuñalado a Helga después de dejarla preñada.

Al verlo más de cerca, advirtieron que estaba bebido. El hombre parecía no saber lo que quería. Las miraba con cara de imbécil y sonreía todo el rato. De repente trató de agarrar la barriga de Helga, pero ella retrocedió. Theresa se interpuso entre el borracho y su amiga.

—¡Aléjate, puta! —la amenazó él.

Intentó apartarla pero trastabilló, momento que Theresa aprovechó para sacar su *scramasax* y plantárselo en el cuello. Pudo aspirar el tufo a vino que desprendía.



—Si no te vas, juro por Dios que te atravieso como a un cerdo.

Lo habría hecho sin dudarle y el hombre lo intuyó. Escupió al suelo y volvió a sonreír. Luego se marchó dando tumbos y diciendo majaderías. Cuando desapareció, la Negra rompió a llorar desesperada.

—Hacía días que no lo veía. El muy cabrón no parará hasta matarme.

Theresa intentó consolarla pero resultó en vano. La acompañó hasta el cabildo y regresó sola a las murallas, de modo que para cuando llegó al lugar acordado, Olaf ya se había esfumado. Esperó por si volvía, pero finalmente decidió ponerse en marcha porque atardecía, y deseaba entregarles las tortas calientes a los niños.

Mientras caminaba, pensó en contarle a Hóos lo sucedido diciéndose que tal vez él pudiera asustar a Widukindo. Hóos era fuerte y diestro con las armas. Si hablaba con Widukindo, quizá lograra apaciguarle. Continuó por el sendero, recordando la noche anterior, y se dijo que además de fuerte, Hóos sería el mejor marido que nunca podría encontrar.

Era sábado. Mientras caminaba, recordó que Hóos había anunciado la partida de la comitiva para la mañana del domingo y por un instante dudó. De una parte anhelaba permanecer en Fulda, cuidar de sus tierras y formar una familia, pero más aún deseaba regresar a Würzburg para saber de su padre.

Avanzó admirando el riachuelo, que por tramos comenzaba a deshelarse. La cuenca era amplia y tranquila. Se dijo que en primavera compraría clavos y encargaría a Olaf que construyese un esquife con el que surcar su cauce.

Poco después alcanzó el bosque de hayedos que lindaba con sus terrenos. De él sacaría la madera para edificar una bonita vivienda



mientras Olaf y sus hijos cazaban venados para cocinar guisados nutritivos.

Se encontraba admirando las copas nevadas cuando un ruido la sobresaltó. Escuchó atenta pero no distinguió nada. Iba a reanudar la marcha cuando otro crujido la detuvo. Pensó en un animal al acecho y empuñó el *scramasax*. De repente, una figura surgió de entre los árboles. Gritó al reconocer a Widukindo, con el semblante dominado por un gesto furibundo. Theresa advirtió un puñal en su mano derecha. De la otra pendía medio vacío un odre de vino. Tuvo miedo pero se lo tragó. Furtivamente miró alrededor. A su izquierda discurría el río; al otro lado se abría el bosque. Se dijo que en el estado de Widukindo, probablemente correría más que él.

Sin esperar a que la atacara, se lanzó hacia el bosque por la zona que juzgó más despejada. A sus espaldas, Widukindo emprendió la persecución. El terreno estaba helado. Pensó que en cualquier momento resbalaría.

Según avanzaba, el sendero se tornaba más cerrado y dificultoso. Tarde o temprano él la alcanzaría. Miró hacia atrás y no lo vio, así que aprovechó para agazaparse tras unos arbustos, justo a tiempo para distinguir a Widukindo gritando como un perturbado. Se encogió aún más mientras el hombre asestaba puñaladas a cuanto encontraba a su paso. Parecía poseído por el demonio.

Se detuvo para beber del odre, apurando su contenido hasta que el vino le rebosó por sus encías. Luego gritó otra vez y volvió a lanzar puñaladas a la maleza.

A cada paso se acercaba más. Theresa se dijo que si permanecía escondida, sin duda la descubriría, de modo que empuñó el *scramasax* y se aprestó para luchar. Widukindo ya estaba casi encima. En cualquier



instante escucharía su respiración. De pronto el hombre se giró en dirección opuesta y Theresa aprovechó para reanudar la huida. Widukindo la maldijo y saltó en su persecución. Parecía casi sereno; sus pasos eran más rápidos y avanzaba con determinación. Theresa corría arañándose contra las zarzas. A ambos lados del sendero se sucedían filas de árboles en un estrecho pasillo por el que escapar. Cuanto más corría, más creía sentir su aliento en la nuca. Saltó sobre un tocón que le impedía el paso pero resbaló. Notó el aliento de Widukindo. El hombre sorteó el tocón pero también tropezó, momento que Theresa empleó para levantarse y continuar la huida. A su derecha advirtió un pequeño terraplén y se dejó caer con la esperanza de acceder al río. Su trasero se raspó con las zarzas. Widukindo la imitó. Apenas le llevaba unos pasos de ventaja. Ella nadaba bien. Si alcanzaba el río, tal vez pudiera vadearlo. Corrió con toda su alma, rogando a Dios que le permitiera llegar al agua.

Había avanzado un trecho cuando inesperadamente otra figura surgió delante de ella, chocaron y ambos rodaron por el suelo. Widukindo los contempló sorprendido. Cuando Theresa se recuperó, vio que el desconocido era Olaf, ahora tumbado y con la pierna de madera desencajada. Intentó ayudarlo, pero Widukindo se lo impidió apartándola de un empujón. Olaf intuyó el peligro y desde el suelo ordenó a Theresa que se situara a sus espaldas. Widukindo sonrió, permitiendo que la joven se parapetara tras el tullido.

—Un lisiado y una puta... Disfrutaré arrancándote la pierna que te queda, y a ti follándote hasta las entrañas.

—¡Theresa! ¡El *scramasax*! —gritó Olaf.

Ella no le entendió.

—¡El *scramasax*! —insistió él con desesperación.

La joven se lo tendió.



Widukindo rio ante lo absurdo de la situación, pero Olaf agarró el *scramasax* y lo lanzó con puntería. De repente Widukindo sintió un golpe en la garganta. Luego notó la tibieza de la sangre derramándose por su cuello, y después ya no sintió nada.

En cuanto se ajustó la pierna postiza, Olaf se cercioró de que Widukindo no respiraba. Después convenció a Theresa de que, para evitar problemas, lo mejor sería mantener la boca cerrada. Ella se mostró de acuerdo. Al fin y al cabo, había sido una suerte el que Olaf hubiera escuchado los alaridos de Widukindo y hubiera acudido a ayudarla. Ahora Helga no tendría de qué preocuparse. Pariría a su hijo sin que aquel malnacido volviera a molestarla.

Olaf lo desnudó para luego quemar sus ropas.

—Si lo enterrásemos y descubrieran su cuerpo, sin duda sabrían que fue un asesinato. En cambio, sin vestimenta, cuando los lobos lo devoren no quedará rastro.

Arrojó el cadáver por un barranco después de asestarle un par más de cuchilladas para que la sangre atrajese a las alimañas. Luego cargó con los zapatos y la ropa del muerto. De camino a las tierras de Theresa, apenas hablaron. Sin embargo, antes de llegar, la joven le dio las gracias.

—Cualquier esclavo habría hecho lo mismo por su ama —se justificó.

Una vez en la cabaña, Olaf registró la ropa antes de echarla al fuego. Conservó el cuchillo y los zapatos, que le servirían bien en cuanto los tintara. En cambio, le entregó el puñal a Theresa porque un esclavo no podía poseer armas. Ella lo rechazó.

—Límale la punta y podrás usarlo sin que nadie te incrimine.



Olaf le agradeció el gesto mientras admiraba el puñal. Era un instrumento tosco, pero de buen acero. Lo modificaría y quedaría irreconocible. Se inclinó ante Theresa y Lucilla lo imitó. Luego prepararon algo de cenar porque en breve anochecería.

Para cuando terminaron con la pierna del corzo, la luna ya alumbraba, de modo que Theresa decidió pernoctar en la cabaña. Lucilla le hizo un hueco entre los dos niños. Ella durmió en el suelo a su derecha y Olaf lo hizo fuera, abrigado por una capa.

Aquella noche Theresa volvió a purgar sus penas. Recordó a su padre Gorgias y especuló sobre su paradero. Quizás estuviera muerto, pero por probable que fuera, ella no lo aceptaba. Evocó a Alcuino añorando los días de aprendizaje, sus palabras amables, su extraordinaria sabiduría. Después repasó a cuantos habían fallecido por su causa: la joven del incendio, los dos sajones en la vivienda de Hóos, ahora Widukindo... Por un instante se preguntó si merecía la pena la fortuna de sus tierras.

Los aullidos de los lobos le hicieron imaginar el cadáver de Widukindo. Luego pensó en su padre y lloró al figurárselo devorado por las alimañas.

De repente se incorporó como impulsada por un resorte. Lucilla se despertó, pero Theresa la tranquilizó. La joven se arropó y salió de la cabaña. Olaf se sorprendió porque aún era noche cerrada. El esclavo se apartó del buey que le servía de cobijo y la miró con extrañeza mientras se frotaba las legañas. Theresa admiró la luna en silencio. En unas horas amanecería y entonces Alcuino partiría hacia Würzburg. Tomó aire y miró a Olaf. Luego le ordenó que se preparara.

—Acompáñame a Fulda. Antes de partir, quiero dejar ciertas cosas arregladas.



En las cuadras de la abadía todo era bullicio aquella madrugada. Decenas de frailes corrían de un lado para otro trasegando con alimentos, animales, armas y equipajes bajo la atenta mirada de los hombres de Carlomagno. Los boyeros terminaban de uncir a las bestias que renegaban con mugidos y derrotes, las domésticas transportaban las últimas raciones de tocino salado, y los soldados atendían a las instrucciones de sus mandos.

Theresa localizó a Alcuino en el instante en que éste cargaba un carro con sus pertenencias. Ella sólo había cogido una muda de ropa y sus tablillas de cera. Lo demás se lo había dejado a Helga *la Negra*, a quien minutos antes había despertado para comunicarle que se marchaba. Helga cuidaría de sus tierras hasta su regreso, cosa que le prometió sucedería aunque sólo fuera para recoger el arriendo con que la Negra se había empeñado en compensarla. Cuando Alcuino vio a Theresa, fue hacia ella contrariado.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Nada que os importe —respondió sin mirarle. Cogió su talega y la echó encima de un carro.

—¡Baja eso de ahí! ¿Qué pretendes? ¿Que llame a los soldados?

—¿Y qué pretendéis vos? ¿Que vaya sola caminando? Porque eso es lo que haré.

—¿Aunque acabes en un barranco?

—Aunque acabe en un barranco.

Alcuino aspiró fuerte y apretó los dientes. Nunca en toda su vida se había topado con una criatura tan obstinada. Finalmente murmuró algo y le dio la espalda.

—Maldita sea. ¡Sube al carro!



—¿Cómo?

—¿Es que no me has oído? ¡Que subas al carro!

Theresa le besó la mano, sin saber cómo darle las gracias.

Al amanecer apareció Izam de Padua luciendo una llamativa sarga roja sobre la que refulgía una cota de malla. Le seguía un nutrido grupo de soldados escoltando a la comitiva romana.

Cuando el ingeniero vio a Theresa, hizo ademán de ir a saludarla, pero se detuvo al comprobar que un hombre joven se le adelantaba. Ella se dejó abrazar por Hóos Larsson, quien celebró su presencia besándola en la boca. Izam observó perplejo la escena y Hóos lo advirtió.

—¿De qué le conoces? —preguntó Hóos cuando vio que Izam se retiraba.

—¿A quién? ¿Al de la cota de malla? —disimuló ella—. Es un empleado de Carlomagno. Me ayudó con el esclavo del que te hablé. El de la pierna de madera.

—Parecía muy pendiente de ti. —Sonrió, y volvió a besarla, cerciorándose de que Izam los contemplara.

A Theresa le extrañó que Hóos no se hubiera sorprendido al verla, ya que en ningún momento le había manifestado su intención de viajar a Würzburg. Al contrario, imaginaba que ambos habrían permanecido en Fulda para continuar con su relación tranquilamente y, sin embargo, allí se encontraban: hacia un destino desconocido sin haberlo planeado. Hóos le contó que su amigo el ingeniero le había contratado como guía.

—Tendrías que haberles visto. Cuando les dije que la nieve aún cegaba los pasos, berrearon como locos. Fue entonces cuando les propuse



retroceder hasta Fráncfort y desde allí remontar el río en algún navío. A estas alturas, el deshielo ha comenzado, así que a poco que nos acompañe la fortuna podremos alcanzar Würzburg navegando.

—¿Y pensabas marchar sin avisarme?

—Estaba seguro de que vendrías. —Sonrió—. Además...

Theresa lo miró desconfiada.

—Además ¿qué?

—Que de haber sido necesario te habría traído a rastras. —Rio y la izó en volandas.

Theresa sonrió feliz entre los sólidos brazos de Hóos. Se dijo que mientras él estuviese cerca, nada malo le sucedería.

Entre los reunidos, Theresa contabilizó unas setenta personas. Diez o doce pertenecían a la delegación papal, unos veinte parecían soldados u hombres de armas, y el resto se dividían entre boyeros, mozos y gentes de la zona. Advirtió que, en efecto, era la única mujer, pero no le preocupó. Además de los hombres, ocho carros tirados por bueyes, y otros tantos más ligeros uncidos a muías completaban la comitiva.

A una voz de Izam, los látigos restallaron sobre las bestias, que mugieron de dolor y tiraron penosamente en dirección a las murallas. Alcuino avanzaba tras el primer carro acompañado por la delegación papal. Theresa se bamboleaba sobre el segundo, pendiente de Hóos, que abría la marcha. Izam cerraba el convoy con el grueso de la soldadesca.

Dejaron atrás Fulda en dirección a Fráncfort.

Durante el trayecto, Hóos conversó varias veces con Theresa. Le comentó que en Würzburg la gente se moría de hambre, y por ese motivo doce carros transportaban grano. En Fráncfort añadirían las



provisiones que pudieran cargar en los navíos. Ella le habló sobre Alcuino y sobre cómo había resuelto el caso del trigo envenenado.

—Te repito que no te fíes de él. Ese fraile es listo como el hambre, pero oscuro como el diablo.

—No sé... Se ha portado bien con Helga. Y a mí me ha proporcionado un empleo.

—Me da lo mismo. Cuando esto acabe y me paguen, ya no necesitarás ningún trabajo.

Theresa concedió sin entusiasmo, y le confió que su único interés consistía en encontrar a su padre vivo. Cuando Hóos le señaló las dificultades de tal anhelo, ella se negó a escucharle y se acurrucó bajo una manta.

La comitiva avanzó cansinamente toda la mañana. Dos jinetes provistos de antorchas abrían el paso, cuidando que los carros superaran las dificultades del camino. A poca distancia, cuatro mozos con guantes se ocupaban de retirar las piedras que obstaculizaban el avance de las carretas, mientras los boyeros, a fuerza de rebenque y juramentos, se afanaban por mantener a los bueyes apartados de los barrancos. Atentos a cualquier peligro, otra pareja bien pertrechada vigilaba la retaguardia.

Tras superar un trecho embarrado en el que los hombres hubieron de tirar tanto como las bestias, Izam ordenó el alto. A su juicio, el camino se abría lo suficiente como para proporcionar una acampada segura, de modo que los hombres dispusieron los carromatos en hilera junto al arroyo, ataron los caballos al primer carro y descargaron el forraje para los animales. Un mozo encendió una fogata sobre la que dispuso varias piezas de venado, mientras Izam congregaba al resto para organizar las guardias. Una vez cumplimentadas, se acomodaron junto a la hoguera y comenzaron a beber hasta que la carne quedó asada. Theresa ayudó a los



mozos de cocina, quienes celebraron la presencia de una mujer con habilidad para los pucheros. Un par de oteadores regresaron con unos conejos que hicieron las delicias de los miembros de la delegación papal. Los menos afortunados hubieron de conformarse con gachas de avena y pata de cerdo salada; sin embargo, el vino pasó de mano en mano y los hombres comenzaron a parlotear y reír a medida que se vaciaban las jarras.

Theresa recogía unos cuencos cuando Izam se le acercó por la espalda.

—¿No bebes vino? —le ofreció.

Ella se volvió sorprendida.

—No, gracias. Prefiero agua. —Y dio un sorbo a su vaso.

A Izam le extrañó. Por lo general, durante los viajes la gente ingería vino aguado, o en su defecto cerveza, porque provocaban menos enfermedades que el agua contaminada. De nuevo insistió.

—Este arroyo no es de confianza. Su lecho no es pedregoso, y fluye de oeste a este. Además, un par de millas atrás dejamos un asentamiento de colonos, así que seguramente todos sus desperdicios discurren por el cauce.

Theresa escupió el agua y aceptó la copa de Izam. Era un vino fuerte y caliente.

—Antes intenté saludarte, pero andabas ocupada.

Ella le respondió con una sonrisa de circunstancia. Vio a Hóos comiendo venado y se avergonzó de que pudiera sorprenderla.

—¿Es tu prometido? —preguntó él.



—Aún no. —Se ruborizó sin comprender bien el motivo.

—Es una lástima que yo lo esté —mintió él.

Sin saber por qué, a ella le disgustó.

Hablaron un rato más sobre las dificultades de la ruta. Finalmente, ella cedió a la curiosidad.

—¿Sabes? No creo que realmente estés comprometido —dijo ella sonriendo, y al instante se avergonzó de su descaro.

Izam se echó a reír. En ese momento llegó Alcuino para felicitarles.

—A ti por tu cocina, y a ti por tu destreza dirigiendo la comitiva —dijo.

Izam agradeció el cumplido, y se despidió porque un par de soldados reclamaban su presencia. Theresa interrogó a Alcuino sobre Izam de Padua.

—Pues realmente no sé si tiene doncella —respondió el fraile sorprendido por una cuestión como aquella.

Arribaron a Fráncfort al día siguiente de madrugada. Hóos e Izam emplearon la mañana en deambular por el puerto en busca de los navíos más apropiados. En el embarcadero encontraron sólidos veleros francos, navíos daneses de amplio calaje y naves frisonas de panza ancha. Izam apostó por la fortaleza y capacidad de los cascos, mientras que Hóos apostaba por la ligereza.

—Si encontramos hielo, tal vez tengamos que remolcarlas —observó el amante de Theresa.



Finalmente se decidieron por dos barcos pesados, bien pertrechados de remos, y un navío liviano capaz de remontar el río a rastras.

A mediodía comenzaron las labores de estiba. Comieron todos juntos en un almacén cercano, y un par de horas después, las tres embarcaciones surcaban el Main repletas de animales, soldados y curas.



Capítulo 23

Alcuino de York jamás imaginó que de la boca de un prelado pudiera salir tal sarta de blasfemias; sin embargo, cuando Flavio Diácono escuchó crujir el casco, no paró de maldecir hasta que el navío quedó encallado en el hielo.

—¡Jamás debimos emprender esta travesía! —espetó Flavio mientras descendía del barco con los brazos llenos de bártulos—. Pero ¿qué pretende este condenado? ¿Matarnos?

Izam de Padua lo miró con desdén mientras escupía el trozo de carne que llevaba rato mascando. Bastante tenía él con tratar de liberar el casco, como para, además, preocuparse de las quejas de un par de curas remilgados. Miró al frente y se maldijo. Ante él se abría un río totalmente congelado.

Desde que zarparan de Fráncfort, la travesía había transcurrido sin incidentes, a excepción de los carámbanos de hielo que les habían ido avisando. Por fortuna, las naves que les secundaban habían logrado evitar el choque y flotaban mansamente a sus espaldas. Enseguida dispuso un par de vigías sobre el frente helado, ordenó a la tripulación que desalojase la bodega y se aseguró de que víveres y animales fueran ubicados sobre la zona más sólida del témpano. Hóos encabezó un grupo que a través del hielo se encaminó hacia la orilla.



—¡Que me corten las manos si adivino lo que está pasando! ¿Y ahora qué hace ese hombre? —preguntó Flavio.

—No lo sé. Supongo que sacarnos de aquí, que para eso le pagamos —respondió Alcuino sin dejar de ordenar sus libros—. Por favor, sujetadme esta Biblia con cuidado. Es un ejemplar muy valioso.

Flavio agarró la Biblia y la soltó descuidadamente sobre una pila de fardos. Le irritaba la presencia de Theresa y la tranquilidad con que Alcuino afrontaba la situación.

—Tal vez estén organizando el regreso —aventuró Theresa.

—No lo creo. Es más, aseguraría que pretende elevar el barco del agua y arrastrarlo sobre el hielo.

—¿Os habéis vuelto loco? ¿Cómo va alguien a arrastrar un barco hasta Würzburg? —terció de nuevo el romano.

—Querido Flavio, fijaos a vuestro alrededor —dijo sin alzar la vista—. Si quisiese retroceder, emplearía otro navío para remolcarnos. Sin embargo, ha enganchado las sogas en el tajamar de proa, no en la popa, y a continuación ha uncido los bueyes, lo cual sólo puede significar que pretende elevarlo.

—Pero eso es demencial. ¿Cómo van a tirar treinta hombres de un barco?

—Treinta y uno, paternidad —dijo Theresa, que los había contado.

—¿Y vos participaréis de esa insensatez?

—Si pretendemos llegar a Würzburg, desde luego que sí —dijo Alcuino mientras protegía unos frascos—. Y ya que vos no pensáis empujar, al menos ayudadme con estas plumas. Aseguradlas ahí, junto a los tinteros.



—Pero si es que es imposible —insistió mientras sujetaba los instrumentos—. Treinta hombres arrastrando un barco... o treinta y uno, si es que os place morir empujando... Fijaos en el tamaño del casco: supera los veinte pasos. ¿Y los víveres?... ¿Qué pasará con los víveres?

—Quizá deberíais preguntárselo al comandante.

—¿A Izam de Padua? Tal vez ese presuntuoso haya hablado con vos, pero desde que zarpamos de Fráncfort no me ha dirigido la palabra. —Dejó de acarrear bártulos y se plantó mirando a Alcuino—. ¿Sabéis lo que pienso? Que deliráis. Majaderías de un viejo fraile que cree saber más que un prelado. Lo que deberíamos hacer es continuar a pie, siguiendo el curso del río. Tenemos bueyes, y hombres bien armados.

—Pues lo que yo creo es que, si hablaseis menos y ayudaseis más, ya habría terminado de bajar estos trastos.

—¡Alcuino! Recordad el respeto que merezco.

—Y vos que yo merezco un descanso. Que como bien decís, no soy ya ningún muchacho. Si pretendo empujar el navío, necesitaré reposo.

—Pero ¿aún seguís con eso? Treinta y un hombres no...

—Tal vez más: Mientras vos hablabais, diez tripulantes del segundo barco han tendido una escala para trasladarse a este lado —señaló Theresa.

Flavio ni la miró.

—Pues permitid que os diga que no sois el único que sabe conjeturar. Si no desencallamos el barco, lo que ocurrirá será que trasladaremos nuestro equipaje al otro navío y regresaremos a Fráncfort a esperar que termine el deshielo. Esos hombres que están cruzando habrán venido para ayudar al traslado.



—¿Armados con sus pertrechos? Desde luego que ayudarán, pero del modo que os he explicado. Por cierto, que si tan mala idea os parece, deberíais subir al otro barco.

—Sabéis tan bien como yo que necesitamos llegar a Würzburg.

—Pues entonces, dejad de protestar y bajad vuestro equipaje. Theresa, ayúdame con este volumen. Mirad. —Señaló a los tripulantes—. De los hombres que se dirigieron a la orilla, dos han marchado río arriba, sin duda para comprobar la magnitud de la helada; los restantes han comenzado a cortar troncos y aparejarlos.

—¿Madera para reparar la nave? —sugirió la joven.

—Más bien parece que estén fabricando palancas para el traslado del barco. Si observas el terreno, comprobarás que en esta zona el río se arremansa, y esa circunstancia, unida a la sombra de esa gran montaña —la señaló—, apuntan a la causa de esta inesperada helada. Sin embargo, allá arriba, donde la sombra desaparece y la pendiente se pronuncia, seguro que el agua fluye tranquila.

En ese instante regresó Hóos con cara de buenas noticias. Dejó las armas sobre el hielo y se dirigió a Izam.

—Tal como sospechaba, tendremos que remontar un par de millas. Más allá, el hielo comienza a quebrarse y podremos continuar la travesía.

—¿Y la ribera? —preguntó el comandante.

—Hay dos o tres lugares donde se estrecha, pero el resto no presenta dificultades.

—De acuerdo. ¿El vigía?

—Arriba apostado, como ordenasteis.

—Pues entonces sólo nos queda desencallar a este bastardo y arrastrarlo sobre el hielo hasta que navegue río arriba.



Envueltos en cordajes, los tripulantes apretaron los dientes y tiraron al unísono. Al primer intento el barco sólo crujió. Luego el crujido se transformó en un lamento y finalmente, tras un último esfuerzo, la quilla se elevó en el aire hasta desplomarse sobre la superficie helada. Poco a poco, el navío comenzó a arrastrarse por la capa de hielo como un animal agonizante. Encabezados por los bueyes, doce remeros tiraban de las maromas de proa auxiliados por otros ocho que, situados a ambos lados del casco, se esforzaban en guiarlo. Los cuatro hombres restantes habían recibido orden de permanecer junto a la tripulación del segundo barco, custodiando los víveres y el equipaje.

A cada voz, un trallazo sacudía la nave haciendo que avanzase en un estertor casi inapreciable. Poco a poco, conforme el casco progresaba, los tirones se fueron uniformando y finalmente el navío comenzó a deslizarse dejando tras de sí una profunda cicatriz helada.

A media tarde, tras un rosario de maldiciones, se oyó con nitidez el hielo quebrándose bajo el casco.

—¡Parad! ¡Parad, malditos bastardos, o el hielo cederá y moriremos ahogados!

Los hombres soltaron rápidamente las maromas y retrocedieron unos pasos. A partir de aquel punto la capa de hielo se adelgazaba, y algo más lejos comenzaba a disgregarse en un laberinto de carámbanos.

—Recoged las sogas y los animales. Haced un agujero en el hielo y dadles de beber un poco. Vosotros dos, en cuanto los bueyes se recuperen regresad a por los víveres —ordenó Izam.



Flavio, que no había participado en el remolque, se apartó unos pasos del barco. Al poco aparecieron Theresa y Alcuino con el rostro congestionado. El fraile intentó decir algo, pero sólo pudo emitir un gemido. Luego se dejó caer y cerró los ojos mientras intentaba recuperar el resuello.

—Hicisteis mal en ayudar —le recriminó Flavio—. Me miran como a un bicho raro.

—Un poco de ejercicio físico alivia al espíritu —adujo Alcuino jadeando.

—Ahí os equivocáis. Dejad el trabajo para quienes tienen la obligación de hacerlo. Los *oratores* nos debemos al rezo, que es lo que Dios nos ha encomendado. —Y le ayudó a mover el bulto más ligero.

—Ah, sí... las reglas que rigen el mundo: los *oratores* rezan por la salvación de los hombres, los *bellatores* luchan por la iglesia, y los *laboratores* se encargan de trabajar por todos los demás. Perdonad, lo había olvidado —sonrió Alcuino con ironía.

—Pues no deberíais —alzó la voz Flavio.

—Sin embargo, acordaréis conmigo que los campesinos también han de rezar de vez en cuando. Pasadme un poco de agua, por caridad.

—Desde luego. Y no tan de vez en cuando.

—Y de igual modo aceptaréis que los *bellatores*, además de ejercitarse para la contienda, no deben olvidar sus obligaciones espirituales. —Bebió un trago.

—Por supuesto... —admitió Flavio.

—Pues entonces no veo impedimento para que en alguna ocasión nosotros trabajemos un rato —dijo, algo más recuperado.



—Olvidáis que no soy monje como vos. Soy canciller papal. Primicerio de Letrán.

—Con dos piernas y dos brazos —le recordó Alcuino levantándose—. Y ahora, si me disculpáis, esto aún no ha terminado.

El fraile dirigió una mirada hacia la orilla. Luego, furtivamente, observó a Izam apoyado en el pretil de la nave.

—Seguro que ese vigía le preocupa —observó Theresa, refiriéndose a Izam—. Hace tiempo que marchó, y aún no ha regresado.

—Por Dios, muchacha, no dramatices. Estará vaciando los intestinos o explorando el terreno —dijo Flavio.

—Pero fijaos en Izam: no aparta la mirada del bosque y se le ve preocupado.

Flavio advirtió lo acertado de aquel juicio. El ingeniero se movía de un lado a otro como un animal acosado, daba órdenes sin parar, y no apartaba la mano de su arco. Alcuino dejó a Flavio y se acercó a Izam.

—Estimo que aún nos queda día y medio de travesía. ¿Me equivoco? —tanteó.

Izam lo miró de soslayo.

—Perdonad, pero no estoy para confesiones —dijo apartándose de su lado.

—Lo comprendo. No sois el único que echa de menos a ese vigía. Yo también estaría alarmado.

Izam lo miró sorprendido. Aún no había compartido lo que pensaba con la tripulación, pero aquel cura parecía haberlo adivinado. Clavó la mirada en los árboles y se tocó la barbilla.



—No sé a qué esperan para atacarnos. Tal vez a que llegue la noche — observó, dando por sentado que ambos sabían de lo que estaban hablando.

—Lo mismo opino yo —terció Hóos uniéndose a la conversación—. No deben de ser muchos, o ya nos habrían asaltado.

Alcuino y el comandante miraron al recién llegado.

—Cuando necesite una opinión ya os la pediré. Ahora limitaos a vuestro trabajo —replicó Izam.

—Desde luego —dijo Hóos retirándose.

—¿Le conocéis? —preguntó Alcuino.

—De Aquis-Granum, aunque no demasiado. Lo único que sé es que conoce más estos parajes que todos esos soldados. Y ahora, si no os importa, he de preparar a mis hombres.

Alcuino asintió con la cabeza para, acto seguido, encaminarse hacia el lugar donde descansaban los bueyes. En ese momento sólo pensaba en proteger su equipaje, y cerca de los animales disfrutaría de más oportunidades. Advirtió que Izam dividía a la tripulación en dos grupos. Al parecer, había reconsiderado el número de hombres que deberían portear los víveres. Hóos y Theresa se encontraban entre los presentes.

—Escuchad con atención —pidió el ingeniero—. Es posible que algunos bandidos estén apostados tras esos árboles, y si es así, deberemos apresurarnos. Los que retrocedáis por los bagajes, abrid los ojos y caminad sobre el hielo por el centro del cauce. Vosotros tres ocupaos de los equipajes. Los demás de los víveres. Si en una hora no habéis regresado, partiremos sin vosotros.

Los elegidos se agruparon y emprendieron la marcha. Alcuino y Flavio les acompañaron. Los demás intentaron devolver la nave al agua,



pero tras varios empujones apenas la movieron un palmo. Izam estableció la defensa del lugar disponiendo toneles con flechas a ambos lados del casco. Luego se situó a proa, cuidando de que Theresa permaneciera a bordo parapetada tras una pila de sacos.

Meditaba sobre la situación cuando de repente, río arriba, divisó un objeto oscuro flotando entre los carámbanos. No llegó a identificarlo porque la corriente lo sumergió rápidamente, pero poco a poco la mancha se fue deslizado hacia la proa del barco. Entonces Izam agarró un arpón, saltó por la borda y se situó junto a un hueco donde se abría el hielo. Cuando la mancha alcanzó el agujero, hundió el arpón hasta sentir que enganchaba. Entonces tiró con fuerza del mango y gritó con horror al advertir que se trataba de la cabeza del vigía, horriblemente mutilado.

Casi había transcurrido el plazo otorgado, cuando a lo lejos aparecieron los primeros marineros. Avanzaban pesadamente cuando de repente uno de los bueyes lanzó un mugido y cayó al suelo fulminado. Izam comprendió que el ataque había comenzado. De inmediato ordenó a sus hombres que cargasen los arcos. El grupo que regresaba se resguardó tras los trineos. Los arqueros de Izam dispararon una andanada que se cruzó con la que desde la orilla lanzaban los salteadores. Un par de hombres abandonaron los bueyes y echaron a correr en dirección al barco, pero ambos fueron abatidos a los pocos pasos. Alcuino y Flavio se mantuvieron agachados tras el último trineo. Hóos se les acercó.

—Permanezcan aquí hasta que yo diga lo contrario —les ordenó.

Alcuino y Flavio asintieron. Hóos se agazapó tras el buey herido y cortó las ligaduras que lo unían al sano. Luego llamó a los clérigos.

—Vamos. Colóquense detrás. Ahora, cuando golpee al animal, corran tras él utilizándolo como parapeto.



—Flavio no podrá —objetó Alcuino.

Hóos miró a Flavio y advirtió que una flecha le había atravesado el muslo.

—Está bien. Yo me ocuparé de él —dijo, entregándole a Alcuino la cuerda que sujetaba el buey—. Vamos. Aprisa.

—¿Y los equipajes? —preguntó Alcuino al advertir que Hóos había cortado el tiro.

Hóos se agazapó tras los sacos mientras las flechas llovían de un lado a otro.

—Conseguiré arrastrarlos. Ahora corra —dijo, y golpeó el lomo de la bestia.

El animal arrancó despavorido con Alcuino agarrado a su rabo. Hóos le gritó que se parapetara y el fraile obedeció. Uno de los remeros intentó unirse al animal, pero cuando iba a conseguirlo cayó fulminado por un dardo. Hóos llamó a otro hombre para que le ayudara. Entre ambos recostaron a Flavio sobre el trineo y lo protegieron con unas tablas. Luego, agachados, comenzaron a empujarlo en dirección al barco.

—¡Esos malditos nos están acribillando! —bramó Hóos ya cerca del casco.

—Ya lo veo. ¿Está bien Flavio? —preguntó Izam desde el navío.

1

—Un rasguño en un muslo.

—¿Y los víveres?

—En los carros —dijo señalando a otro grupo de hombres que llegaban tras sendos carromatos.

—Bien. ¡Rápido!, izad las provisiones y empujemos el barco.



Pese a encontrarse exhausto, Alcuino se unió a los que desde el lado izquierdo trataban de deslizar la nave. Poco después, Hóos y los demás hombres les echaban una mano.

—¡Subid a Flavio! ¡Está malherido! —gritó Izam. Las flechas seguían diezmándolos.

Varios remeros izaron a bordo los bagajes y acomodaron a Flavio en la cubierta, mientras abajo continuaban empujando.

—¡Por todos los demonios! ¡Empujad, malditos bastardos!

Los hombres obedecieron a Izam. Al segundo intento la nave se movió.

—¡Otra vez! ¡Más fuerte! ¡Empujad!

De repente el hielo comenzó a crujir con un estruendo ensordecedor. Los hombres se apartaron aterrados y el barco empezó a hundirse como si se lo estuviese tragando el diablo.

—¡Atrás, rápido! ¡Alejaos!

En ese instante, el suelo se abrió y el barco se precipitó en el río hasta la escotadura. Varios remeros cayeron al agua enredados en las cuerdas.

—¡Subid al barco! ¡Arriba, condenados, arriba! —ordenó Izam entre una lluvia de dardos.

Hóos logró encaramarse el primero. Los otros supervivientes se desprendieron de sus arcos y se aferraron a la borda. Alcuino se debatía entre ellos con medio cuerpo sumergido en el río.

—Hay hombres atrapados —avisó Alcuino sujetando a un herido.

—No hay tiempo. Subid. —Hóos le tendió el brazo desde el brocal.

—No podemos abandonarlos —insistió sin soltar al que mantenía agarrado.



—¡Subid, maldita sea, o juro que yo mismo bajaré a izaros!

Alcuino se negó.

Hóos saltó por la borda y cayó al hielo junto a Alcuino. Luego desenfundó su espada y atravesó al hombre que el fraile estaba ayudando. Acto seguido se levantó y remató a otro que luchaba por escapar de las aguas heladas.

—Ya no hay que esperar más. ¡Nos vamos! —anunció Hóos.

Alcuino miró a Hóos con estupor. Extendió el brazo como un sonámbulo y un par de remeros le ayudaron a trepar por la borda.

La nave avanzó río arriba hasta que el sol se ocultó tras las montañas. Poco después detenía su marcha en un pequeño remanso.

—Fondearemos aquí —declaró Izam.

Alcuino aprovechó para atender a los heridos, pero como carecía de ungüentos se limitó a limpiar flechazos y vendar las contusiones. Una voz débil le distrajo a sus espaldas.

—¿Puedo ayudaros?

Alcuino miró a Theresa con gesto de preocupación. Asintió con gesto serio y la joven se agachó para auxiliarle. Cuando terminaron con los heridos, Theresa se retiró a un rincón para rezar por los muertos. Hóos se acercó a Alcuino con un trozo de pan en la mano.

—Tomad, comed un poco —le ofreció.

—No tengo hambre. Gracias.

—Alcuino, por el amor de Dios. Vos mismo lo visteis. El barco ya navegaba y esos infelices estaban atrapados. No se podía hacer otra cosa.



—Tal vez no hubierais opinado lo mismo de haber sido vos el atrapado —respondió con ira.

—No os obcequéis. Puede que yo no sea la clase de persona con quien compartir una tarde de poesía, pero os he salvado la vida.

Alcuino asintió con la cabeza y se retiró irritado.

Nada más amanecer, uno de los remeros se descolgó por la proa para evaluar los daños. Al cabo de un rato subió mal encarado.

—El casco está destrozado —informó mientras le secaban—. Dudo que aquí podamos repararlo.

Izam meneó la cabeza. Podría atracar en la orilla para abastecerse de madera, pero era un riesgo innecesario.

—Proseguiremos mientras el barco aguante.

Alcuino se despabiló con el chapotear de los remos. A su lado dormitaban Flavio, medio cubierto con una manta, y Theresa, acurrucada junto a la talega de su padre. Alcuino decidió despertarlos para evitar que se congelaran. Mientras Flavio se despejaba, la muchacha preparó un poco de vino y una rebanada de pan de centeno.

—Han racionado los víveres —informó la joven—. Parece que durante el ataque se perdieron los alimentos.

—Me duele la pierna —se lamentó Flavio.

Alcuino le levantó la sotana. Por fortuna, el romano era un hombre grueso y la flecha se había alojado casi por entero en la grasa.

—Haríamos bien en arrancarla.

—¿La pierna? —preguntó asustado.

—No, por Dios; la flecha.

—Mejor aguardemos a llegar a Würzburg.



—De acuerdo, pues. Probad mientras este queso.

Flavio mordió la porción. De repente Alcuino agarró la flecha y la extrajo de un tirón. El grito de Flavio resonó en las montañas. Alcuino vertió un poco de vino sobre la herida y la cubrió con unas vendas que tenía preparadas.

—Maldito aprendiz de cirujano...

—Esa herida podría haberse complicado —alegó con serenidad—. Ahora incorporaos e intentad caminar un poco.

Flavio obedeció a regañadientes, pero al poco deambulaba torpemente entre su equipaje, arrastrando los pies como si se los hubiesen encadenado. Observó que una vía de agua humedecía la cubierta junto a un arcón de su propiedad que ya se veía empapado. Gritó como una mujerzuela y, con la ayuda de Alcuino, trasladaron el arcón a un lugar más elevado.

—A juzgar por vuestro rostro, debe de contener algo importante —observó Alcuino palmeando el arcón.

—*Lignum crucis*... una reliquia que viaja conmigo —explicó Flavio angustiado.

—¿*Lignum crucis*? ¿La madera de la Cruz del Gólgota? ¿La reliquia conservada en la basílica Sessoriana?

—Veo que sabéis de lo que hablo.

—Pues sí, aunque lo cierto es que soy bastante escéptico.

—¿Cómo? Acaso insinuáis...

—No, por Dios. Disculpadme —atajó—. Por supuesto que creo en la autenticidad del *lignum crucis*, del mismo modo que defiendo la naturaleza de los cuerpos de Gervasio y Protasio, o la capa de san Martín de Tours. Pero acordaréis conmigo que han sido muchas las abadías u



obispados en que casualmente se han encontrado todo tipo de huesecillos.

—*Breve confinium veratis et falsi*. No seré yo quien entre a disputar la autenticidad de unas reliquias que contribuyan a atraer almas al Reino de los Cielos.

—No sé. Tratándose de asuntos de Dios, tal vez deberíamos confiar más en sus mandamientos.

—Observo en vos el don de la polémica. —Secó el arcón con un paño húmedo—. El hábil don de quien gasta saliva sin entender el porqué de su discutir. ¿Acaso conocéis el verdadero poder de una reliquia? ¿Seríais tal vez capaz de discernir entre la Lanza de Longinus, el Santo Sudario, o la sangre de un mártir?

—Conozco esa clasificación, pero en cualquier caso os reitero mis disculpas. No pretendía cuestionar...

—Pues si no lo pretendíais, entonces no lo hagáis —respondió Flavio a viva voz.

—Lo siento, paternidad —se excusó Alcuino azorado—. Pero antes, y si no os incomoda, permitidme una última pregunta.

Flavio lo miró con hastío, como si dudase en contestar.

—Decidme —consintió.

—¿Para qué lleváis la reliquia a Würzburg?

El prelado pareció pensárselo, aunque finalmente respondió.

—Como sabréis, Carlomagno lleva años intentado someter a los paganos de Abodria, Panoia y Baviera. Sin embargo, ni las continuas campañas, ni sus castigos ejemplares han conseguido que Dios anide en sus recónditas almas. Los paganos son gentes rudas, ancladas en el



politeísmo, en la herejía, en el concubinato... Con esa gente, la fuerza de las armas es necesaria, aunque a veces no suficiente.

—Continuad. —Alcuino no estaba seguro de pensar lo mismo.

—Maldita herida. —Se interrumpió para arreglarse el vendaje—. Pues bien, hace ocho años, Carlomagno y sus huestes acudieron a Italia en respuesta a la súplica del Santo Pontífice. Como tal vez sepáis, los lombardos, no conformes con señorear en los antiguos ducados bizantinos, habían invadido las ciudades de Faenza y Comacchio, sitiado Rávena y sometido Urbino, Montefeltro y Sinigaglia.

—Habláis de Desiderio, el rey de los lombardos.

—¿Ese hombre, rey? No me hagáis reír, por el amor de Dios. Aunque así se hiciera llamar, Desiderio sólo era una serpiente con forma humana. El rey de la perfidia. Ése debería haber sido su verdadero título.

—Pero ¿antes no había contraído matrimonio una hija de Desiderio con el propio Carlomagno?

—En efecto. ¿Y acaso es posible concebir mayor felonía? El lombardo se encargó de emparentar a Carlomagno con su cachorra para a continuación, creyéndose ya impune, atacar las posesiones vaticanas. Sin embargo, el papa Adriano convenció a Carlomagno de la necesidad de su concurso, y éste, tras atravesar con sus tropas el paso del Gran San Bernardino, cercó al traidor en su guarida de Pavía.

—Sin duda, un gesto de buen cristiano.

—En parte sí, aunque no os dejéis engañar. A Carlomagno le interesaba contener las ansias expansionistas del rey lombardo tanto como al propio pontífice. Al fin y al cabo, tras una presumible victoria, Carlomagno procedería no sólo a la restitución papal de los territorios usurpados conforme al *liber pontificalis*, sino que él también se



beneficiaría al apropiarse de los ducados lombardos de Spoleto y Benevento.

—Ciertamente interesante. Seguid, os lo ruego.

Theresa escuchaba con atención.

—El resto os será conocido. Desiderio se encerró en Pavía, obligando a Carlomagno a emprender el asedio. Sin embargo, tras nueve meses de sitio, las huestes de Carlomagno comenzaron a impacientarse. Al parecer temían por sus cosechas, y a esa circunstancia se unió la noticia de una nueva revuelta en tierras sajonas. Mientras tanto, Desiderio se mantenía enquistado a la espera de acontecimientos, de modo que Carlomagno comenzó a plantearse el levantar el sitio.

—Pero Carlomagno logró la victoria —intervino Theresa, orgullosa de conocer la historia.

—Así es, aunque no merced a sus tropas. Nada más conocer la situación, el papa Adriano ordenó trasladar el *lignum crucis*, custodiado hasta entonces en la basílica romana de la Santa Croce de Jerusalén, hasta el campamento de Carlomagno, y a la semana de su advenimiento, una repentina epidemia comenzó a diezmar a los lombardos. Desiderio claudicó, y Carlomagno tomó la plaza sin derramar una gota de sangre.

—Y ahora, Carlomagno pretende utilizar los beneficios del *lignum crucis* en su disputa contra los sajones.

—En efecto. El monarca solicitó ayuda al Papa, y éste no dudó en enviarle la reliquia. Y ahora que la tiene, pretende depositarla en una ciudad segura.

—Es curioso —dijo Alcuino—. Os ruego disculpéis mi indiscreción, pero siendo custodio de tan relevante reliquia, ¿por qué habéis emprendido un viaje tan peligroso como innecesario? Podríais haber



aguardado en Aquis-Granum hasta que Carlomagno iniciara la próxima campaña.

—¿Y dejar a los habitantes de Würzburg a merced de la calamidad? No sé vos, pero yo no lo consideraría ni caritativo ni cristiano.

—Visto así, tenéis razón. Y a propósito, ¿no deberíais abrir el arcón para comprobar su estado? —observó Alcuino, empezando a levantar la tapa.

Flavio se abalanzó sobre el arcón y lo cerró con violencia.

—No creo que sea necesario —se apresuró a decir—. El arcón está forrado con cuero engrasado. Además, el *lignum crucis* viaja protegido por un cofre de plomo que le sirve de relicario.

—¡Ah! Bien. Entonces no debemos preocuparnos. Sobre todo, si el cofre al que os referís es grande y de recias paredes.

—Así es, y ahora, si me lo permitís, desearía descansar un rato.

Alcuino observó cómo Flavio acomodaba su cuerpo contra el arcón. Se preguntó entonces si su abrupto comportamiento no obedecería a la falta de sueño, pero tal circunstancia no aclaraba el que aquel arcón tan liviano realmente contuviese un cofre de plomo pesado.

A media tarde, el agua anegaba la bodega con más rapidez de la que los remeros podían desalojarla, así que Izam ordenó el ataque inmediato. Tras disponer a los vigías, organizó en un grupo a los hombres que aguardarían en el navío, y en otro a los que desembarcarían. Después acudió al lugar donde se encontraban Flavio y Alcuino para interesarse por la salud del prelado romano.



—Permaneceremos fondeados cuatro horas. Lo suficiente para poner la nave a flote —les informó—. ¿Cómo sigue su herida?

—Aún duele —respondió Flavio.

—Si lo desean, pueden esperar a bordo. Nosotros tenemos trabajo en tierra.

—Yo descenderé —anunció Alcuino—. Y vos deberíais hacer lo propio —se dirigió a Flavio—. A esa pierna le conviene moverse.

—Prefiero aguardar —dijo éste con tono lastimero.

Theresa se unió al grupo porque precisaba unos instantes de la intimidad de la que carecía en el barco. Ya en tierra, Izam dividió a los hombres entre los encargados de las reparaciones y los que desempeñarían las guardias. Los primeros parchearon el casco con tablones desmontados de la propia cubierta y lo calafatearon con brea que llevaban a bordo. Los demás establecieron un perímetro de seguridad en prevención de un nuevo ataque. Theresa aprovechó para alejarse y asearse con tranquilidad, cosa que no hacía desde el día que zarparon. Aún estaba en cuclillas cuando Hóos la interrumpió. Ella se levantó avergonzada, pero él intentó abrazarla. Theresa se lo reprochó. Sin embargo, Hóos insistió mientras reía estúpidamente. Cuando ella le separó, él la empujó sin miramientos. En ese instante apareció Izam.

—Te necesitan los vigías —ordenó seco a Hóos.

Éste lo miró de reojo y obedeció de mala gana, aunque antes le robó un beso a Theresa al tiempo que le palmeaba el culo. Cuando se fue, ella terminó de arreglarse la falda con visible enojo. Izam la ayudó a recoger un broche del suelo y ella se lo agradeció. Luego disculpó a Hóos, como si fuera ella la responsable de su comportamiento. Anduvieron un rato en silencio, hasta que Theresa advirtió que Izam parecía azorado.



—Nunca lo hemos comentado, pero no eres de estas tierras —le dijo ella.

—No. No lo soy. Nací en Padua. Soy italiano.

Ella se alegró de que por fin dijera algo.

—¿Me creerás si te digo que lo sospechaba? —bromeó—. Conocí a unas monjas romanas en peregrinación a Constantinopla. Su latín se asemejaba al tuyo, aunque su acento era más descuidado. Yo nací allí, ¿lo sabías?

—¿En Constantinopla? ¡Vaya! ¡Bella urbe, por san Genaro!

—No puedo creerlo. ¿La conoces? —preguntó ella con asombro.

—Pues sí; pasé allí unos años. Mis padres me enviaron para instruirme en el arte de la guerra. Una ciudad magnífica para comprar, vender y amar, aunque no tanto para el recogimiento. Nunca conocí a gente tan parlanchina.

—Es cierto —rio—. Dicen que un bizantino es capaz de hablar varias horas incluso después de muerto. ¿A ti no te agrada una buena conversación?

—No sabría qué decirte. Podría contar con los dedos de la mano las ocasiones en que un coloquio me ha resultado edificante.

—Perdona. No pretendía molestarte. —Se sonrojó.

—No. No me refería a ti —se apresuró a disculparse él—. Y tú, ¿qué haces aquí? Quiero decir, en Franconia, y ahora aquí, con nosotros en el barco.

Ella lo observó. Llevaba el cabello recogido bajo un gorro de piel de castor que contrastaba con sus ojos verdes. Se sorprendió a sí misma callada, mirándolo en lugar de contestarle, así que le respondió un poco atropelladamente. Obvió a propósito los episodios de Würzburg y el



barco, pero le habló de su infancia y su huida de Constantinopla. Sin embargo, Izam no le prestó demasiada atención. Miraba de un lado a otro como un animal al acecho.

—Una vida ajetreada —contemporizó finalmente él.

De repente se abalanzó sobre ella y la echó al suelo con violencia. A Theresa no le dio tiempo a gritar. Sólo sintió un enjambre de flechas silbando a su alrededor y un golpe en la sien. Izam dio la alarma mientras varios de sus hombres caían fulminados. El joven se irguió como pudo y cargó su arco, pero una nueva andanada de flechas le obligó a protegerse. Observó que al caer, Theresa se había golpeado en la cabeza y se había desmayado. A su alrededor atronaban gritos de dolor.

Pidió a sus hombres que le cubrieran. A su señal, todos dispararon. Cogió a Theresa en brazos y corrió como un loco hacia el barco. Entre Flavio y Alcuino izaron a la joven. Los demás saltaron como pudieron. Luego todos se abalanzaron sobre los remos y el barco comenzó a moverse como un gigante acribillado. Finalmente cogió impulso, y poco a poco ganó el río al abrigo de las flechas.



Capítulo 24

A envite de remo, el maltrecho navío avanzó hacia el espigón del puerto de Würzburg, giró con torpeza de costado y, tras cabecear un par de veces, encalló abruptamente en el lecho del embarcadero. De inmediato, una caterva de campesinos se arrojó al agua con la intención de ayudar en las tareas de desembarco.

Izam se situó a proa para dirigir el atraque mientras el resto de la tripulación saltaba al agua y empujaba desde popa para desencallar el casco. Cuando finalmente la nave alcanzó el embarcadero, los gritos de júbilo sofocaron las campanadas con que las iglesias de Würzburg saludaban a los recién llegados.

Poco a poco, el reguero de personas que se acercaban al amarradero se convirtió en una riada de desesperados dispuestos a matar por un pedazo de pan. La gente se agolpaba en la orilla disputándose los promontorios, los chiquillos escalaban los árboles, y los viejos se conformaban con maldecir a quienes les apartaban de sus sitios. Algunos cantaban de alegría y la mayoría daban gracias al cielo. Parecía como si de repente, los días de hambre y penurias se hubieran evaporado sin dejar rastro.

Un muchacho se acercó demasiado a los víveres y se llevó el empellón de un tripulante. Otro más joven se rio y recibió una pedrada del primero. Pronto llegaron los soldados de Wilfred. Un campesino les



increpó y hubo de correr al verse descubierto. El resto de los habitantes se apartó para permitir el paso de los soldados.

Los hombres de Wilfred se emplearon con rudeza hasta despejar el paso de los carros. Una vez en el embarcadero, establecieron un pasillo custodiado por arqueros entre el navío y las carretas de transporte. Luego apareció Wilfred en su silla, precedido por sus perros.

—¡Atended bien, hatajo de hambrientos! —gritó a los presentes—. El primero que toque un grano será ajusticiado. Los víveres se trasladarán a los graneros reales, se inspeccionarán, y una vez inventariados se procederá a su reparto, de modo que apartaos y dejad que estos hombres hagan su trabajo.

Las palabras del conde encendieron algunos ánimos que pronto se apaciguaron con el desembarco del primer fardo.

Wilfred fustigó a los perros para que tiraran del carruaje. El artefacto se desplazó, y el gentío se apartó aún más, como si aquel medio hombre con su sola mirada pudiera decidir sobre la vida de los presentes.

A la altura de la pasarela, Wilfred ordenó a dos de sus hombres que le trasladaran a bordo, cosa que cumplieron izándole en volandas hasta la cubierta del barco. Allí saludó a Alcuino y Flavio, se hizo informar sobre lo acontecido durante la travesía, echó un vistazo al estado de las provisiones y miró de soslayo a los heridos, a quienes hizo atender por sus criados. Izam tardó en acercársele. No sabía que el conde de Würzburg fuera un lisiado.

—Würzburg, al fin. *Deum gratia* —dijo Alcuino, y pasó la mano por la frente de Theresa. La joven aún no había recobrado el conocimiento.



—¿Sigue igual? —le preguntó Flavio Diácono.

—Me temo que sí. Bajémosla. Espero que su familia la esté esperando.

—¿Ella es de Würzburg?

—Es la hija de Gorgias, un escriba de Bizancio.

En ese momento, uno de los campesinos que ayudaba en la descarga se les quedó mirando embobado y se echó a temblar. Se le escurrió el fardo que portaba, con tan mala fortuna que cayó por la borda y acabó bajo el agua.

—¡Maldito inútil! —bramó Wilfred—. Ese grano vale más que tu vida.

Entonces el campesino cayó de rodillas y se santiguó. Luego, con el rostro desencajado señaló hacia donde se encontraban los frailes.

—¡Que Dios nos ampare! ¡La hija del escriba! ¡La muerta ha resucitado!

Ni siquiera el año en que la vaca de la señora Volz parió un ternero de dos cabezas vivió Würzburg semejante revuelo. En aquella ocasión la gente había hablado de la intervención del diablo, e incluso hubo quien intentó quemar a la granjera junto a su engendro bicéfalo. Sin embargo, una resurrección era algo que ni el más fervoroso creyente habría nunca imaginado.

La noticia del milagro corrió como la peste. Los cuchicheos se transformaron en un murmullo, y a éste siguió un griterío que transmitió la crónica hasta el último rincón de la ciudad. Los más audaces se arremolinaron frente al barco para comprobar lo que se decía, mientras mujeres y hombres se disputaban a empujones un lugar junto a la pasarela.



El rumor dejó helado a Alcuino.

Aún se preguntaba a qué se debería aquel revuelo cuando la muchedumbre enfebrecida, ansiosa por ver a la resucitada, olvidó los suministros y comenzó a subir al barco. Wilfred desplegó a sus hombres, pero la gente ignoró a los soldados. Parecía como si una locura colectiva hubiese transformado a aquellos campesinos en una jauría de poseídos. A una orden del conde, un arquero disparó. El campesino más adelantado se tambaleó un momento y cayó por la borda atravesado por una flecha. Los demás retrocedieron. Al segundo flechazo, todos abandonaron el barco.

Wilfred se hallaba igualmente desconcertado, así que ordenó que le condujeran hasta la muchacha para comprobar su identidad. Al principio no la reconoció, pero al acercarse, sus ojos se agrandaron como si hubiera visto al diablo. No le cabía duda. Aquella joven era Theresa, la hija del escriba.

Intentó santiguarse pero los nervios se lo impidieron. Cuando finalmente se tranquilizó, Alcuino le sugirió trasladar a Theresa a tierra firme y Wilfred se mostró de acuerdo. Entre Hóos y Alcuino improvisaron unas parihuelas en las que colocaron a la muchacha. Luego Wilfred se hizo llevar a su carruaje, ordenó que se ampliara el pasillo y emprendieron el regreso. Conforme avanzaban, la gente comenzó a arrodillarse implorando clemencia por el milagro. Algunos intentaban tocar a la revivida mientras otros rezaban por que la aparición no fuera obra del demonio. La procesión se desplazó por las callejuelas de la villa en dirección a la fortaleza de Wilfred. Una vez allí, la muchedumbre se apostó en las murallas.

Un grupo de incrédulos encabezados por Korne, *el percamenarius*, se dirigió al camposanto para exhumar el cadáver de Theresa. Desconocían el lugar exacto donde la habían enterrado, así que excavaron en las



tumbas más recientes, pero no la encontraron. Cuando comprobaron que ni siquiera existía sepultura, regresaron a la fortaleza exigiendo unirse a las deliberaciones que Izam, Flavio, Alcuino y el propio conde habían comenzado. Para entonces, Wilfred ya había informado a Alcuino de los detalles del incendio. También le habló de la obsesión de Korne por vengar la accidental muerte de su hijo. Sin comentarlo con nadie, Alcuino urdió un plan para proteger a Theresa.

Al cabo de un rato, Wilfred aceptó la presencia de Korne para evitar que en el exterior se produjera una algarada. El *percamenarius* solicitó ver a la resucitada, pero Alcuino se opuso. El fraile alegó que Theresa se encontraba inconsciente y que él respondería a cuantas cuestiones se le plantearan. Les explicó su relación con la joven y les adelantó que, gracias a Dios, poseía la respuesta a aquel prodigio.

Wilfred tableteó sus dedos con nerviosismo. Luego hizo restallar la fusta y los dos perros tiraron del artilugio móvil hacia una de las ventanas. Se asomó y contempló a la turba. Alcuino le miró. Le desconcertaba que un lisiado pudiera manejarse sin más ayuda que la de aquellos animales. Luego se fijó en que todos le miraban, pendientes de su explicación.

—Lo primero es comprobar si esa joven es realmente quien parece ser —dijo—. Ya sé que los aquí presentes la han reconocido, pero ¿la han visto sus familiares? ¿O ella misma lo ha confirmado?

—¡Por el amor de Dios! Intentad ser consecuente —terció de repente Korne—. ¿Qué va a refrendar la joven si continúa desmayada? Habrá que esperar a que su madrastra se calme y ver si nos aclara algo.

—¿Y su padre, el escriba? —se interesó Alcuino.

—Desapareció hará un par de meses. Aún no le hemos encontrado.

Se hizo el silencio un rato. De repente entró Zenón en la sala.



—¿Cómo se encuentra? —preguntó Izam al médico.

—Helada como un carámbano, pero el calor de la chimenea la reanimará pronto.

Izam dirigió la mirada a la fogata. Por lo general, las casas francas sólo disponían de un hogar excavado en el suelo. Sin embargo, aquel edificio acomodaba una especie de horno adosado a la pared de una de las estancias.

Korne carraspeó. Nadie se decidía a afrontar el asunto de la resucitación.

—Bueno —anunció *el percamenarius*—, parece obvio que la muchacha no murió en el incendio.

Alcuino se levantó. Su sombra alargada se deslizó hacia el *percamenarius*.

—No os confundáis, os lo ruego. Lo único innegable es que la joven está viva. Si murió o no en el incendio es lo que queremos averiguar. Recordad que tras el desastre, sus padres reconocieron el cadáver.

—Un cadáver irreconocible. Zenón puede confirmarlo.

Alcuino miró a Zenón, pero el físico bebió un sorbo de vino y miró hacia otro lado. Entonces Alcuino extrajo una Vulgata de entre sus bártulos, sus dedos escuálidos abrieron lentamente las tapas y recorrieron el ejemplar como si leyera algo. Luego cerró el libro, alzó la vista y clavó sus ojos en Korne.

—Antes de comentar esta discusión, acudí a la capilla de la fortaleza para rogarle a Dios que me iluminara. Oré tras tocar las reliquias de la *Santa Croce* y de repente tuve una visión. Ante mí apareció un ángel de entre las tinieblas. De su cuello nacía una corona refulgente que orlaba su cabello largo e inmaculado. Flotaba suave, como un cisne en un lago, y



de sus ojos emanaba la Paz eterna del Todopoderoso. Aquel heraldo me mostró el cuerpo de Theresa consumido por las llamas, y a su lado otro cuerpo perfecto formado por un torbellino de luz cegadora que se hinchaba y resplandecía hasta conformar una Theresa nueva, viva, y sin pecado.

—¿Otra Theresa? ¿Insinuáis que no es la misma? —preguntó Wilfred asustado.

—Sí y no. Imaginad por un momento una pequeña oruga. Imaginad la oruga de la imperfección que abandona el envoltorio del pecado para transformarse en mariposa de virtud. Oruga y mariposa son el mismo ser, pero el cuerpo de la primera yace consumido, mientras el segundo, nuevo pero renacido del primero, se eleva hacia los cielos. Ciertamente es que Theresa murió. Tal vez hizo mal, y su cuerpo ardió por ello. Pero en ocasiones, Dios, en su infinita sabiduría, nos muestra el camino de la redención brindándonos la libación de un milagro. Un prodigio de bondad para enseñarnos la senda del arrepentimiento. —Miró a Wilfred con gravedad—. El Hacedor podría haberse girado, dejar que el alma de Theresa penase en el Acheron, el Phelgeton y el Coccyto de los griegos, que purgase sus culpas en el lugar donde el Señor lava las inmundicias de las hijas de Sión. Pero ¿de qué habría servido si ninguno de nosotros aprendiéramos de su tormento?

Wilfred y Flavio escuchaban embelesados, sin apenas respirar, y así siguieron unos segundos hasta advertir que Alcuino había terminado. Sin embargo, los ojos de Korne parpadearon con estupidez. Aunque no entendiera las palabras de Alcuino, mediara o no la mano de Dios, no iba a admitir la existencia de un milagro.

—¿Y eso qué prueba? Podría haberla resucitado el diablo —masculló.



Alcuino respiró triunfal. Por fin había logrado que Korne cayese en la herejía. Ahora le resultaría fácil desviar su atención, acusándole de blasfemo.

—¿Negáis acaso una intervención divina? —alzó la voz—. ¿Os atrevéis a renegar de Dios? ¿A comparar Su poder infinito con el ignominioso del diablo? ¡Arrodillaos, blasfemo! Atestiguad vuestro arrepentimiento y aceptad los designios del Señor, o preparaos para acudir al tormento de inmediato.

Alcuino le arrebató la espada a Izam y la apoyó contra el cuello de Korne.

—¡Jurad ante Dios! —le exigió tendiéndole la Biblia—. ¡Jurad ante Dios que renunciáis al diablo!

El sudor acudió a la frente de Korne cuando pronunció el juramento. Luego se levantó y abandonó la estancia mordiéndose los labios.

Tras quedarse a solas, Flavio reconvino a Alcuino. Él era el enviado papal y, por tanto, el único autorizado para juzgar una intervención divina.

—Me molesta tener que decíroslo, pero tal vez os hayáis precipitado. En ocasiones, hechos asombrosos tienen su origen en las circunstancias más fútiles. Zenón afirma que la muerta estaba irreconocible.

—Mirad, Flavio: Zenón no reconocería ni a la madre que le parió —repuso Alcuino señalando el sexto vaso de vino que había vaciado.

—Pero ¡maldición! Al menos podríais haber esperado a que Theresa despertara y nos contase lo sucedido. Os aseguro que si el milagro fuera tal, yo sería el primero en celebrarlo.



—Ya oísteis cómo Wilfred afirmaba que el tal Korne era un mal tipo; alguien dispuesto a acabar con Theresa. La muchacha se encontraba en peligro, de modo que si un milagro me ayudaba a salvarla, ¿por qué no darle la bienvenida?

—¿Qué decís? ¿Lo habéis concebido vos? ¿No tuvisteis esa visión?

—Pues no. No la tuve.

—¡Por Dios santísimo! ¿Y no se os ha ocurrido otra cosa que inventaros un milagro?

—Mirad, Flavio, después de lo ocurrido durante el incendio, tan milagro es que esa joven esté viva, como el que hubiera resucitado. Además, Dios nos ayuda de formas muy diferentes. A vos con vuestras reliquias, y a mí con mis visiones —sentenció.

En ese instante una doméstica desaliñada entró asustada en la sala.

—La muchacha se está despertando —anunció.

Se apresuraron hacia el lugar donde Theresa descansaba. Alcuino observó el rostro de la joven perlado por el sudor. Retiró las mantas que la cubrían y pidió que le acercaran una vela. Luego empapó un paño con agua tibia y limpió con cuidado la cara de la muchacha. Seguidamente, tal como solía hacer con los alumnos que en invierno se quedaban dormidos a la intemperie, le aplicó unas friegas en ambos brazos insistiendo sobre las coyunturas. Poco a poco el color retornó a las mejillas, los párpados se agitaron y tras unos momentos de incertidumbre comenzaron a abrirse hasta dejar entrever unos ojos enrojecidos. Luego sus iris se iluminaron de un bello color almíbar. Alcuino sonrió y saludó a la muchacha antes de marcarle en la frente la señal de la cruz. Después la ayudó a incorporarse introduciendo un almohadón bajo su cabeza.



—Theresa... —susurró Alcuino.

La joven asintió en un hálito. Frente a ella advirtió la figura huesuda de un hombre tranquilo.

—Bienvenida a casa —dijo el fraile.

Aunque Alcuino intentó explicárselo, Theresa no le entendió. Le dolía la cabeza como si se la hubiera pateado un caballo, y aquella historia de un milagro era tan confusa que parecía sacada del sueño de un demente. Se incorporó y pidió un poco de agua. Luego, cuando escuchó de nuevo el relato, miró a Alcuino como si fuera un extraño. En ese instante entró Wilfred. Alcuino susurró a Theresa que le siguiera el juego.

—Theresa, ¿me reconoces? —preguntó el conde, complacido de hallarla despierta.

La muchacha miró los perros y asintió con la cabeza.

—Dios se alegra por tu regreso, y nosotros con Él, por supuesto. Han sido días de tristeza, pero ya no debes preocuparte. Pronto todo volverá a ser como antes.

La joven sonrió tímidamente. Wilfred le devolvió una sonrisa forzada.

—Me gustaría que hicieras memoria. ¿Recuerdas realmente lo que ocurrió en el incendio?

Theresa miró a Alcuino como pidiendo su aprobación. El fraile disimuló, así que ella concedió con un ligero tartamudeo.

—Entonces supongo que querrás contárnoslo —acercó su rostro al de la muchacha—. ¿Contemplaste al Redentor? ¿Percibiste Su apariencia? No te aflijas por responder. Ha sido Él quien te ha devuelto con nosotros.



Theresa se extrañó por la pregunta. Alcuino se adelantó.

—Quizá deba descansar. Ahora está confusa. Se dio un golpe en la cabeza y apenas recuerda nada —declaró.

—Bien, bien... Es normal. Pero en cuanto se recupere, llámame. Recordad que fui yo quien enterró su cuerpo abrasado.

Wilfred se despidió con tibieza antes de retirarse de la sala. Mientras lo hacía, Alcuino admiró el artefacto rodante que le transportaba. El hombre manejaba la silla de perros como un boyero consumado, sorteando con facilidad los trancos y baldosas sueltas que le salían al paso. Observó que el artefacto, en su parte inferior, alojaba una bacinilla para auxiliarle en el momento de sus evacuaciones. Por la destreza con que manejaba los sabuesos, dedujo que llevaría en aquella situación bastantes años.

Alcuino se volvió hacia Theresa. La joven le miraba con cara extrañada.

—Verás. —Se sentó a su lado—. Los designios del Señor trazan extraños vericuetos: caminos tortuosos que en ocasiones confunden a los necios, pero no a quien ha dedicado su vida a persistir en Su doctrina. Es obvio que aún no te llegó la hora. Tal vez porque todavía no te has hecho merecedora del Reino de los Cielos, si bien eso no significa que no puedas conseguirlo.

Theresa se encontraba cada vez más confusa. No entendía qué ocurría, ni por qué insistían en que ella hubiera resucitado.

—¿Y mis padres? —preguntó.

—Tu madrastra espera en la antesala. Pronto la verás.

Theresa se incorporó lentamente. La cabeza le martilleó.



Reconoció la estancia de Wilfred. En alguna ocasión había acudido a aquella sala para encontrarse con su padre, pero nunca le había parecido tan fría y desolada. Alcuino la ayudó.

Una vez sentada, se tocó la cabeza. Notó un bulto doloroso. Alcuino le explicó que se había golpeado con una roca durante una escaramuza con los bandidos. Al recordarlo, Theresa se interesó por Izam y Hóos, y él le informó que se encontraban ocupados en las tareas de desembarco.

—Quiero ver a mis padres —insistió.

Alcuino le demandó paciencia. Le dijo que Rutgarda parecía trastornada, y a Gorgias aún no le habían localizado. Theresa se inquietó, pero él la tranquilizó diciéndole que hablaría con Wilfred para saber qué había ocurrido. Con respecto al milagro, le confesó que se había visto obligado a inventarlo.

—Korne no habría aceptado otra explicación. Sé que cometí reniego, pero en aquel momento no discurrí nada más apropiado.

—Pero ¿por qué un milagro?

—Porque, en palabras de Wilfred, habían encontrado tu cuerpo abrasado.

—¿Mi cuerpo?

—Uno que confundieron con el tuyo, y que por lo visto aún conservaba los restos de un vestido azul que Gorgias reconoció como el que tú lucías aquel día.

—¡Dios mío! Aquella muchacha desarrapada. —Recordó no haber podido hacer nada por salvarla—. Intenté protegerla con mi vestido húmedo... —explicó, y añadió los detalles de lo acaecido durante el incendio.



—Algo así imaginé. Como hubiera hecho cualquiera con dos dedos de frente, pero no las eminencias que habitan en este poblado. Por eso juzgué ventajoso que esas mismas «eminencias» contemplaran la mano de Dios en tu regreso. Y también pensé en Korne, el *percamenarius*, quien ansia vengar la muerte de su hijo. De momento ha jurado respetarte, pero no creo que eso le detenga.

Le comunicó que avisaría a su madrastra para que entrara a verla.

—Una última cosa. —Miró con severidad a Theresa—. Si quieres vivir, no hables con nadie del milagro.



Capítulo 25

Alojaron a Alcuino en una celda del ala sur de la fortaleza, próxima a la de Izam y lindante con la habitación de Flavio. Desde su ventana distinguió el valle del Main, con las estribaciones de los picos del Rhön al fondo. En los prados la nieve comenzaba a escasear, pero en las cumbres aún relucía como si les hubiesen dado una mano de pintura. Se fijó en las extrañas formaciones que salpicaban el paisaje allá donde los bosques perdían su espesura. Al observarlos, apreció una miríada de orificios que horadaban unos túmulos pardos similares a los túneles de una mina, y mientras se vestía, se preguntó si aún las explotarían.

Bajó a cenar después de *nona* para encontrarse con Wilfred, a quien halló en la sala de armas, acompañado de Theodor, el gigantón que empleaba como animal de tiro cuando encerraba a los perros. El conde se alegró de verle. Parecía impaciente por conocer más detalles del milagro, pero a Alcuino sólo le interesaba el pergamino que Wilfred debía haber confeccionado, de modo que contemporizó esperando a que el gigante se retirara a sus aposentos. Sin embargo, Theodor permaneció impávido tras la silla hasta que Wilfred le conminó a ello.

—¡Menuda montaña con calzones! Nunca he visto a nadie tan grande.

—Y leal como un perro. Sólo le falta menear el rabo. En fin, decidme, ¿habéis encontrado cómodos vuestros aposentos?

—Desde luego. Las vistas son excelentes.



—¿Una copa de vino?

Alcuino rehusó y se sentó frente a él, a la espera del mejor momento.

—¿Guardáis los perros por la noche? —le preguntó.

Wilfred le explicó que únicamente los empleaba por las mañanas, en determinadas rutas exentas de escaleras. También le agradaba pasear con ellos por las callejuelas de Würzburg, sobre todo por aquellas mejor conservadas.

—Incluso alguna vez me atrevo por algún sendero cercano —sonrió—. Deberíais ver cómo entienden mis miradas. ¿Sabéis? Un pestañeo y mis perros se abalanzarían sobre el primero que les señalara.

—¿Con el carro amarrado a sus lomos?

—Os confiaré un secreto —sonrió.

Wilfred accionó un dispositivo ubicado en el extremo de uno de los reposaderos y un resorte liberó las argollas que retenían a los sabuesos.

—Muy astuto.

—Así es —aceptó ufano—. Yo mismo ordené que lo instalasen. Lo más complicado fue acerar el fleje, para que actuara como un resorte, pero nuestro herrero podría construir un arpa y hacer que tocara sola — introdujo las argollas en sus alojamientos y tensó el fleje de nuevo—. Pero dejémonos de perros, y hablemos de Theresa. No creo que exista ahora otro asunto más trascendente.

Hablaron de la aparición celestial, que Alcuino repitió de cabo a rabo aderezada con algún detalle inventado. Cuando terminó, Wilfred asintió perplejo. Sin detenerse a reflexionar, el conde le otorgó la razón e insistió en que probara el vino. En esta ocasión, Alcuino aceptó. Cuando acabó la copa, se interesó de nuevo por el pergamino.

—Está casi terminado. Pronto podréis verlo —se excusó Wilfred.



—Si no os importa, lo preferiría ahora.

Wilfred carraspeó y sacudió la cabeza.

—Ayudadme, por favor.

Alcuino se ubicó tras la silla rodante y empujó a Wilfred en la dirección que le señalaba. Al llegar a la altura de una cómoda, el conde le pidió que le acercase un cofre que el fraile estimó de un codo de largo por medio de ancho. Wilfred lo abrió dejando a la vista su interior, levantó un falso fondo y extrajo de él un documento que le tendió con nervios. Alcuino lo tomó y lo acercó a la luz de un cirio.

—Pero esto es sólo un borrador.

—Ya os lo avisé. Aún no está concluido.

—Sé lo que dijisteis, pero Carlomagno no aceptará esta respuesta. Han transcurrido varios meses. ¿Por qué sigue incompleto?

—Sólo quedaba pergamino suficiente para dos pruebas. Se trata de un pergamino especial. Vitela nonata, ya sabéis, la que se confecciona con la piel de un ternero no nacido.

—Todo el mundo sabe lo que es la vitela —murmuró.

—Ésta es diferente; traída de Bizancio. En fin. La única copia se perdió en el incendio, de modo que Gorgias inició otra. Pero hace unas semanas, el escriba desapareció del *scriptorium* junto con el documento.

—No entiendo. ¿A qué os referís?

—Hará unos dos meses me reuní con él en mis aposentos, y allí me aseguró que en unos días lo concluiría. Sin embargo, esa misma mañana se esfumó como por encanto.

—¿Y desde entonces?



—Nadie le ha visto —se lamentó—. Que yo sepa, Genserico fue el último. Le acompañó hasta el *scriptorium* para que recogiese unas cosas y luego ya no volvió a verlo.

Cuando Alcuino propuso que fuesen a hablar con Genserico, Wilfred calló un momento. Luego apuró su vino y miró al fraile con ojos vidriosos.

—Me temo que eso no será posible. Genserico murió la semana pasada. Lo encontraron en medio del bosque, atravesado por un estilo.

Alcuino tosió al oírlo, pero su asombro se transformó en estupor al conocer que, según Wilfred, Gorgias era su asesino.

A la mañana siguiente, Alcuino se personó temprano en las cocinas. Como en otras fortalezas, los fogones se ubicaban en un edificio independiente para evitar que, en caso de incendio, las llamas se propagaran al resto de los edificios. De hecho, nada más entrar advirtió la negrura de sus paredes, señal inequívoca de repetidos fuegos. Preguntó a una sirvienta por el encargado de la cocina, que resultó ser Bernardino, un fraile grueso del tamaño de un tonel de vino. El hombrecillo le saludó casi sin mirarle, mientras se multiplicaba con la agilidad de una ardilla para ordenar de un lado a otro los últimos suministros. Cuando por fin se detuvo, atendió a Alcuino con agrado.

—Disculpad el ajetreo, pero necesitábamos los víveres como agua de mayo. —Le acercó un vaso de leche caliente—. Es un honor conoceros. Todo el mundo habla de vos.

Alcuino lo aceptó gustoso. Desde que saliera de Fulda no había ingerido más que vino aguado. Le preguntó por Genserico. Wilfred le había comentado que él había encontrado el cadáver del coadjutor.

—Así es —se encaramó a una silla con dificultad—. Descubrí al viejo en medio del bosque, tumbado boca arriba y perdido de espumarajos.



No debía de llevar mucho difunto porque las alimañas le habían respetado.

Le habló del punzón hundido en las tripas. Era de los que usaban los escribas para apuntar en las tablillas de cera, explicó. Lo tenía bien clavado.

—¿Y pensáis que fue Gorgias?

El enano se encogió de hombros.

—El punzón pertenecía a Gorgias, pero yo nunca le habría acusado. Todos le teníamos por un buen hombre —añadió—, aunque últimamente han ocurrido sucesos extraños. —Y le explicó que, además de Genserico, varios muchachos habían aparecido muertos, y que se rumoreaba que el escriba estaba tras los asesinatos.

Cuando Alcuino le preguntó por el cadáver del coadjutor, Bernardino le informó del lugar donde lo habían sepultado. Al enano le extrañó que el fraile se interesara por el paradero de la ropa que vestía Genserico, ya que habitualmente lavaban las prendas de los muertos y volvían a utilizarlas si se encontraban en buen estado.

—Pero las suyas apestaban a orines, así que decidimos enterrarlo con su hábito.

Alcuino apuró el vaso de leche. Cuando acabó, le preguntó si también habían sido apuñalados los muchachos.

—Así es. Extraño suceso...

Alcuino asintió desconcertado. Le agradeció la información y se limpió los labios. Indagó sobre el momento en que podrían examinar el lugar donde se encontró a Genserico, y acordaron que lo harían aquella misma tarde después del oficio de *sexta*. Luego se despidió y regresó a sus aposentos. Durante el trayecto decidió solicitar a Wilfred la exhumación



del cadáver del coadjutor, pues algo en aquel relato le resultaba sospechoso.

En el pasillo que conducía a su habitación, se dio de bruces contra un Flavio Diácono de ojos legañosos y pelo alborotado. Aunque era tarde para levantarse, el prelado se comportaba como si con él no fuera el trabajo. De carnes flojas y ropajes perfumados, a Alcuino le daba la impresión de que Flavio Diácono era de la clase de sacerdote menos pendiente del cumplimiento de los preceptos que del cuidado de sus propias apetencias. En un momento de embriaguez, incluso le había confesado que en Roma disfrutaba de la compañía de jovencuelas, aconsejándole a él que se atreviera a probarlo. Alcuino, obviamente, elegía la castidad. De hecho, la Iglesia reprobaba el concubinato, pero aun así resultaba corriente que algunos religiosos se entregasen al goce de la cohabitación, amancebándose con mujeres a las que compraban o doblegaban bajo la coacción de la condena eterna.

Devolvió el saludo a Flavio y le acompañó al comedor. No le correspondía a él juzgar su comportamiento, pero como proclamara san Agustín en su *Civitas Dei*, aunque los hombres nacieran con la libertad de elegir, no cabía duda de que para algunos, tal facultad sólo les alcanzaba para escoger entre una vida mala y otra aún peor.

Durante el desayuno, los comensales rememoraron el milagro de Theresa.



Izam no opinó, pero varios clérigos propusieron erigir un altar sobre las cenizas del antiguo taller, e incluso uno sugirió edificar una capilla. Wilfred se mostró de acuerdo, pero acabó aceptando la objeción de Alcuino cuando éste propugnó aguardar a que un Concilio ecuménico se pronunciara sobre el asunto.

Cuando se interesaron por el paradero de la joven, "Wilfred respondió que Theresa había pernoctado en el almacén de la fortaleza, después de que la noche anterior Zenón le suministrara una infusión de sauce y melisa. Rutgarda permanecía junto a ella aguardando a que despertara. Por lo visto, la mujer apenas había dormido, entre los rezos, los sollozos y las atenciones a Theresa, e imploraba que la milagrosa aparición de su hijastra fuese el presagio del regreso de su marido.

En ese instante irrumpieron en la sala las hijas pequeñas de Wilfred. Las dos chiquillas rieron pícaramente, hicieron un quiebro al ama de cría y, desoyendo sus advertencias, correataron entre las piernas de los invitados. Finalmente, la abnegada sirvienta se dejó caer al suelo y rezongando amenazó a las crías con un par de azotes, pero las pequeñas sacaron sus lengüecitas y con gesto travieso se escondieron tras las sotanas de Flavio y Alcuino.

Wilfred celebró la pillería de sus dos gemelas con unas palmadas a las que las crías respondieron abalanzándosele encima. Él las cogió entre sus brazos y les besó el cabello hasta desmadejárselo. Las chiquillas volvieron a reír con los ojillos bailándoles, y se retorcieron cuando él galopó con sus dedos sobre sus rechonchas barriguitas. Wilfred también rio. Aquellos dos querubines de pelo ensortijado y mejillas encendidas le habían devuelto la alegría. Volvió a besarlas y, tras pedirles que se comportaran como muchachitas educadas, se las entregó a la sofocada ama de cría.



—Menudos diablillos. Le salieron a la madre —sonrió. Cogió la muñeca de trapo que habían olvidado sobre su regazo y la depositó sobre la mesa.

La mayoría de los presentes sabía que la esposa de Wilfred había fallecido el año anterior de unas fiebres malignas. Ya entonces hubo quien le aconsejó que se casara, pero él no era hombre de faldas, salvo alguna que otra juerga.

—Refrescadme la memoria —intervino Flavio Diácono—. ¿Decíais que Theresa pereció en un incendio?

—Así es —respondió Wilfred—. Al parecer, la joven montó en cólera, no sé por qué problema, y le pegó fuego al taller donde trabajaba. Murieron varias personas.

—Y, sin embargo, ayer mismo opinabais que Theresa era incapaz de cualquier mal.

—Eso decía —confirmó—. Uno de los afectados me confesó que fue Korne quien al empujar a la joven provocó realmente el incendio. Pero también suponía que su padre Gorgias era un hombre íntegro. Y miradlo ahora: buscado por asesinato.

Después de comer, Alcuino acudió a las cuadras de la fortaleza, donde le esperaba Bernardino a grupas de un borrico. El enano lo saludó y le invitó a que montara en el pollino, pero el fraile prefirió acompañarle andando. Mientras avanzaban, Alcuino se interesó por el detalle de los espumarajos en el rostro de Genserico. Bernardino le confirmó que el muerto yacía boca arriba, con los ojos abiertos y un hervor sobre el rostro.



—¿Un hervor? ¿Queréis decir espuma en los labios?

—¡Yo qué sé! El hombre estaba tieso como todos los muertos.

Llegaron al lugar siguiendo un sendero despejado que caracoleaba por un robledal próximo a la fortaleza. El sol lucía con tibieza y los rodales de nieve comenzaban a escasear. Alcuino se fijó en las huellas del sendero.

—Aquí mismo —declaró Bernardino deteniendo el jumento.

El enano bajó de un salto y corrió como un muchachuelo. Se detuvo tras unas rocas, donde señaló triunfal el sitio.

—¿Recordáis el día exacto?

—Claro que sí. Yo había salido a buscar nueces para preparar una tarta a las hijas de Wilfred. Allí abajo hay unos nogales. Pasaba por aquí, el borrico se detuvo y...

—¿Y eso fue...?

—Disculpad, sí... Eso fue el viernes pasado. Justo el día de San Benedicto.

Alcuino se agachó en el punto indicado. Advirtió unas rodadas de hierba aplastada en el sitio donde había yacido el cadáver. Luego examinó los alrededores.

—¿Cómo hicisteis para trasladar al muerto? Quiero decir... ¿lo arrastrasteis, o lo subisteis al borrico?

—Ya sé lo que estáis pensando —rio—. Creéis que como soy enano, no podría haberlo subido.

—Pues sí, eso barruntaba.

Bernardino se acercó al animal y le arreó un garrotazo, haciendo que se tumbara con un relincho. Entonces aprovechó para montarse con



agilidad y, tras agarrarse fuerte a las crines, le propinó otro varetazo que el jumento transformó en un respingo. Cuando el borrico se izó, Bernardino rio orgulloso enseñando sus dientes amarillentos.

A su regreso, Alcuino acudió a los almacenes para comprobar la evolución de Theresa. Allí encontró a Rutgarda, quien se deshizo en reverencias en pago a lo bien que se había comportado con ella. Alcuino le restó importancia y solicitó hablar con la joven.

—A solas, si es posible.

Rutgarda y Hóos, quien también se hallaba presente, salieron del almacén. Después Alcuino se acercó al camastro.

—Hace frío aquí. ¿Cómo te encuentras?

—Mal. Nadie sabe dónde está mi padre. —Tenía lágrimas en los ojos.

Alcuino frunció los labios. Cualquier cosa que dijera, difícilmente la aliviaría.

Se preguntó si sabría que acusaban a su padre de asesinato.

—¿Hablaste con alguien sobre el milagro?

Ella negó con la cabeza. Luego le dijo que su padre nunca habría hecho algo como lo que una sirvienta le había contado. Alcuino le otorgó la razón.

—Son todo mentiras —insistió Theresa—. Él nunca... —El llanto le impidió continuar.

—Estoy convencido de ello, así que ahora lo importante es encontrarle. Aún desconocemos el porqué de su desaparición, pero te prometo que revelaré el misterio.



Esperó a que Theresa se secara las mejillas. Luego la ayudó a abrigarse, avisó a Rutgarda y acompañó a ambas por una puerta trasera al interior de la fortaleza. Allí consiguió que Wilfred las alojase en el edificio principal, más cálido y seguro. Le pidió a Theresa que durante unos días no abandonara la estancia.

A media tarde, Alcuino localizó a Wilfred en el *scriptorium*. Sus perros gruñeron nada más verle, pero el conde les tranquilizó. Sacudió las riendas y dirigió los animales hacia donde se encontraba Alcuino, quien aprovechó para ofrecerles dos trozos de carne que había hurtado de las cocinas. Los canes devoraron los filetes como si llevaran meses sin comer.

Observó que Wilfred aún conservaba la muñeca que se habían olvidado sus hijas. El monigote lucía unos curiosos ojos blancos confeccionados con guijarros a los que alguien había pintado un descuidado iris azul.

—¿Cómo hacéis para abrir las puertas? —se interesó el fraile.

—O bien utilizo este gancho —le enseñó una especie de arpón unido a una vara de avellano—, o los animales me acercan. ¿Qué os trae por aquí?

—Un asunto delicado. Comentasteis que Genserico murió apuñalado.

—Así es. Atravesado con un estilo. —Azuzó los perros, que giraron sobre sí mismos para trasladarle junto a una hornacina. Abrió un cajón, sacó un punzón de los utilizados por los escribas y se lo mostró—. Exactamente con éste.

El fraile lo miró con detenimiento.



—Bonito —observó—. ¿Pertenece a Gorgias?

Wilfred asintió y volvió a guardarlo en el mismo sitio.

Alcuino examinó la mesa que hacía las veces de *scriptoria*. Preguntó si era allí donde escribía Gorgias, y el conde se lo confirmó. Advirtió la presencia de otros estilos perfectamente alineados junto a unos tinteros y un botecito de secante. Una gruesa capa de polvo descansaba sobre los instrumentos, a excepción de dos cercos finos y alargados que lucían algo más limpios. Se calló sus sospechas y continuó el examen con disimulo. Le extrañó no encontrar los textos en griego que sin duda Gorgias habría necesitado para la confección del manuscrito. Cuando planteó el asunto de la exhumación del cadáver de Genserico, Wilfred enarcó una ceja.

—¿Desenterrarle? ¿Y esa ocurrencia?

—Me complacería otorgarle el favor de las santas reliquias —mintió el fraile—. Flavio es custodio del *lignum crucis*, la madera de la cruz de Cristo.

—Sí, ya sé, pero no comprendo...

—Genserico murió inesperadamente, tal vez con algún pecado en su conciencia. Disponiendo de estas reliquias, sería una falta de caridad no emplearlas para santificar su cuerpo.

—¿Y para eso hay que sacarlo de su tumba?

Alcuino le aseguró que era preciso.

Tras unos instantes de indecisión, Wilfred accedió. No obstante, le remitió al gigantón de Theodor para que le condujese hasta el sepulcro de Genserico.



Además de aparentar medio cuerpo más grande que el de cualquier persona, Theodor resultó ser también medio mudo. Mientras extraía paletadas de tierra sin parar, lo único que barruntó fue que la tumbaapestaba a estercolero. Alcuino pensó que mentiría si afirmara que Theodor olía mejor. Tras un rato de jadeos, la pala de Theodor chocó contra el ataúd. A Alcuino le alegró comprobar que habían empleado un sarcófago de madera, pues de lo contrario la tierra habría estropeado las posibles huellas dejadas por el asesino. Con la ayuda de otra pala, apartó los últimos restos de tierra y pidió a Theodor que le auxiliara a extraer el ataúd, pero cuando le dijo que abriese la tapa, el gigante de ojos azules respondió que aquello ya no era asunto suyo y se retiró unos pasos, dejando a Alcuino a solas con la sepultura. Al tercer intento, la tapa saltó.

Nada más abrirla, el hedor les hizo vomitar. Theodor se alejó aún más mientras Alcuino se las entendía con el enjambre de bichos que cubría el cadáver de Genserico. El fraile se protegió la nariz con un trapo, al tiempo que apartaba los gusanos que pululaban sobre el rostro medio podrido. Cuando lo logró, buscó sobre el hábito del muerto el sitio donde le habían clavado el estilo. Encontró la abertura de la punzada a la altura del vientre: una hendidura pequeña y limpia. Se fijó en el cerco de sangre reseca a su alrededor. Estimó que la mancha rondaría el diámetro de un cirio. Después observó el rostro carcomido, sin rastro de los espumarajos mencionados por Bernardino. No obstante, sí halló restos en la collera del hábito, de modo que empuñó un cuchillo, cortó un trozo de tela, de la que apartó las larvas, y la guardó en un bolsito. Luego le examinó con cuidado las palmas. La derecha aparecía amoratada, con dos extraños orificios. Después, para disimular, sacó un trozo de madera que anunció como *lignum crucis* y lo depositó en el ataúd mientras rezaba una plegaria. Finalmente cubrió la tapa y pidió ayuda al gigante para enterrar el sarcófago.



Por la noche, en el refectorio les sirvieron unos platos de pescado que parecieron ofender a Flavio Diácono. Wilfred se disculpó por las viandas, pero los víveres suministrados no alcanzaban para celebraciones, y sus propias reservas estaban casi agotadas.

—Es una lástima que parte de las provisiones se hundieran bajo el hielo —se lamentó Wilfred—. La gente anhelaba esa comida.

—¿No son suficientes los víveres desembarcados? —preguntó Flavio.

—¡Ja! —rio Wilfred con desgana—. ¿A un buey medio muerto, seis celemines de trigo y tres sacos de avena lo llamáis provisiones? Con eso no llegaría ni para ensuciar los platos.

—Dos navíos aguardan aún río abajo. En caso necesario, podríamos reparar nuestro barco y navegar hasta ellos —sugirió Izam.

—¿Y hasta ahora cómo habéis hecho para alimentaros? —se interesó Alcuino—. Quiero decir... Según comentan, habéis padecido hambruna.

Wilfred confesó que aguantaron hasta agotar sus propias reservas, pero cuando los muertos comenzaron a amontonarse, hubieron de recurrir a los graneros reales.

—Los avituallamientos no llegaban, y la gente seguía muriendo —se justificó—. Como sabéis, el grano real se custodia para alimentar a las tropas en caso de combate, pero la situación se tornó insostenible, así que decidí proceder a su racionamiento.

—En cualquier caso, no parece que vos os encontréis en la indigencia —señaló Flavio—. Hasta un sordo se atronaría con el mugido de vuestras vacas y el cacarear de vuestras gallinas —dijo señalando la zona del patio donde se ubicaban los corrales.

Wilfred retrocedió en su carromato.



—¿Así es como agradece un invitado mi largueza? ¿Desde cuándo los romanos se ocupan de las cuitas de los campesinos? —clamó ofendido—. Encerrados como vivís en vuestras catedrales, ignoráis la escasez de vuestros feligreses. Disponéis de huertos de los que obtener el sustento; de ganado y aves; de tierras que rentáis; de siervos que a cambio de alimento desbrozan los campos y reparan los muros. Obtenéis el diezmo de cuantos os rodean; cobráis impuestos por el uso de vuestros caminos, pero, sin embargo, estáis exentos de pagarlos. ¿Y aún venís a decirme a mí...? Claro que dispongo de comida, no soy ningún necio. Soy clérigo, pero también gobierno. ¿Qué sucederá cuando los ciudadanos no aguanten más; cuando la desesperación y el hambre les dominen, se armen con lo que encuentren y asalten nuestras despensas?

Alcuino se apresuró a intervenir.

—Por favor, aceptad nuestras disculpas. Esta situación nos ha cogido por sorpresa, pero os aseguro que agradecemos vuestra hospitalidad al igual que vuestra largueza. Decidme, ¿en verdad opináis que los suministros transportados en el barco resultan insuficientes?

Flavio se molestó por lo que consideró una intromisión de Alcuino. Sin embargo, admitió que su intervención había resultado de lo más oportuna.

—Echad vos la cuenta —rumió Wilfred—. Sin contar curas y frailes, en Würzburg habitan unas trescientas familias. Pero a este paso, tal vez el mes que viene no quede ninguna.

—¿Y los huertos? —preguntó Alcuino—. Dispondréis de ajo, chalotas, puerros, coles, rábanos, nabos...

—El hielo acabó hasta con los cardos. ¿No habéis visto a esos desesperados? —respondió señalando la turba a los pies de la villa—. Ya no distinguen una cebolla de una manzana.



—Y vuestras reservas...

—En los graneros aún conservamos unos cien modios de trigo. Aparte disponemos de otros treinta de espelta, pero ese grano es pura ponzoña que utilizamos como pienso para los animales que nos quedan. Aun así, hubo insensatos que en su desesperación se atrevieron a asaltar los almacenes y robar un par de talegas. Al día siguiente encontramos a los ladrones delante de la casa de Zenón con las tripas saliéndoles por la boca. Por desgracia, la muerte les sorprendió antes de que pudiéramos ahorcarlos.

Alcuino meneó la cabeza. De ser ciertas las estimaciones de Wilfred, se enfrentaban a un problema.

—¿Y esas reliquias? ¿No nos ayudarían a conseguir alimentos? — preguntó el conde a Alcuino.

—Sin duda, Wilfred. Sin duda.



MARZO



Capítulo 26

Desde su llegada a Würzburg, Hóos Larsson no había gozado de un instante de descanso. Wilfred le había asignado al escuadrón de Izam, quien, en previsión de nuevos ataques, batía cada día los alrededores. A tal efecto, por las mañanas revisaban el perímetro amurallado y al crepúsculo partían expediciones que rodeaban la villa *desde* su extremo oriental hasta el occidental, coronando el peñón sobre el que se asentaba la fortaleza. Hombres, mujeres y niños debían vigilar arroyos y caminos, apuntalar las defensas y reparar los cercados.

En la segunda semana, Hóos encabezó una marcha a las antiguas minas. Al parecer, un pastor con poco trabajo había advertido la presencia de una fogata y Wilfred había resuelto rastrear el lugar hasta convertir las galerías en un auténtico cebo.

Doce hombres partieron temprano, pertrechados con colete de cuero, escudos y arcos. Izam lucía la cota de malla que había traído en el barco. Hóos nunca las había empleado, pero Izam insistió en su utilidad.

—De acuerdo que en el agua son un peligro, porque si caes te arrastran al fondo. Pero en tierra es como vestir una campana de hierro.

Hóos miró a Izam con desdén. Luego comprobó la distancia que aún quedaba para llegar a la mina. Se dijo que si aparecían bandidos, Izam no tendría tiempo ni de contar los flechazos.



—Tal vez nos tropecemos con Gorgias —aventuró Izam—. La mina no sería un mal refugio.

—En tal caso, ya oísteis a Wilfred: «si lo encontráis, acribilladlo». No sólo mató a Genserico, sino que también asesinó a unos muchachos con un estilo.

—Parece que al conde le afectó bastante la muerte de su coadjutor, pero Alcuino no piensa igual. No sé... Creo que si le viésemos, deberíamos capturarlo vivo.

Hóos siguió cabalgando. Pensó que llegado el caso, no le temblaría la mano.

Arribaron a la mina a media mañana. Los vigías que se habían adelantado comunicaron que el lugar parecía desierto, pero por precaución, Izam distribuyó a sus hombres en dos grupos. El primero se dirigió a los barracones de los esclavos y el segundo a las galerías. Durante el registro, Hóos descubrió en una barraca raspas de pescado fresco y cascaras de huevos. Los desechos se veían recientes, pero en lugar de comunicárselo a Izam los dispersó con el pie para ocultarlos. Escrutaron cada rincón sin hallar nada relevante, de modo que tras un último vistazo, Izam y sus hombres se unieron a los que exploraban la mina.

En la primera galería la oscuridad era auténtica brea. Conforme avanzaban, los túneles se angostaban más y más obligándoles a caminar encorvados. En uno de los túneles, un hombre tropezó y se lo tragó la tierra. Sus compañeros sólo lograron escuchar los tumbos de su cuerpo golpeando durante la caída. Dudaban entre continuar o abandonar aquella ratonera cuando un ensordecedor desprendimiento estuvo a punto de sepultarles. El polvo amenazó con embozarles los pulmones. Uno de los hombres corrió hacia la salida y los demás le siguieron medio



asfixiados. Ya fuera, con los cuerpos magullados y el ánimo vencido, decidieron cancelar la búsqueda y regresar a la ciudadela.

Cuando se hizo el silencio en la galería, Gorgias retiró las vagonetas desvencijadas tras las que había permanecido oculto, y entre toses y esputos dio gracias al cielo por haberle ayudado.

Luego, con dificultad, salió de su escondrijo y apartó las maderas del desprendimiento que él mismo había provocado.

Se alegró de haber previsto aquella situación.

Días atrás, durante una de sus exploraciones había descubierto en aquella misma galería una viga mal apuntalada. Al principio le preocupó, pero pronto ideó cómo sacarle provecho derribando el pilar que la sustentaba. Para ello socavó la base del pilote y sustituyó la tierra por pequeñas piedras. La última, la que finalmente sostendría el pilar, la escogió larga y delgada. Con mucho cuidado logró situarla en posición vertical, entre la base de la viga y el hueco resultante. Luego retiró las piedrecitas que hasta el momento habían sujetado el pilar, y todo su peso recayó sobre la piedra alargada. Después ató una cuerda a aquella piedra, cubrió su rastro con arena y retrocedió hasta una oquedad cercana. Desde allí comprobó que si estiraba de la cuerda, la piedra se desplazaría provocando la caída de la viga y el techo de la galería.

Recordó los momentos previos a la llegada de los soldados.

Aquella mañana se encontraba en los barracones cuando oyó el relincho de un caballo. Apuró el pescado y salió fuera. Nada más asomarse, comprobó que un grupo de hombres se acercaban a la mina. A toda prisa cogió a *Blanca* y corrió hacia la galería, donde permaneció



agazapado rogando a Dios que no entraran. Sin embargo, cuando distinguió la primera tea, huyó a la oquedad cercana a la trampa, movió una vagoneta para ocultarse y esperó a que los hombres se encontraran lo suficientemente cerca. Pronto les vio avanzar. Si continuaban un poco más acabarían descubriéndole. Uno de los hombres *se acercó* hacia la vagoneta. Gorgias asió la cuerda y se preparó. Debía intentarlo ya. Se enrolló la cuerda al brazo y tiró con todas sus fuerzas. La piedra se desplazó y el pilar cayó al suelo ocasionando el derrumbamiento.

Tras el desplome examinó el túnel en busca de heridos, deseando que entre los escombros se encontrase el hombre de la serpiente tatuada.

No tuvo suerte.

Cuando alcanzó la salida, no quedaba rastro de los hombres que le buscaban. Se alegró por su fortuna, pero se lamentó por *Blanca*, a la que hubo de estrangular para que no cacareara.

De regreso a Würzburg, una doméstica informó a Hóos de que Theresa había salido en compañía de su madrastra; esta última a recoger algo de ropa, y la joven, a vagabundear por los jardines de la fortaleza. Hóos dejó las armas, se lavó la cara y salió al encuentro de Theresa.

La descubrió sentada sobre un tocón en uno de los huertos. Se acercó por la espalda y rozó suavemente su cabello. Ella se volvió sorprendida, mostrando en su semblante una triste sonrisa. Cuando le confesó que necesitaba encontrar a su padre, él le prometió ayudarla.

Cruzaron el claustro bajo las arcadas para protegerse del viento. Hóos cogió unas flores con las que elaboró un torpe adorno para su cabello. Theresa olía a limpio y a hierba mojada. Mientras caminaban, ella se



arrimó a él, que le deslizó una mano por la cintura y susurró que la quería. Theresa cerró los ojos para no olvidar nunca aquellas palabras.

Corrieron a la habitación que le habían asignado deseando que nadie les interrumpiera. No encontraron ni un alma. Ella entró primero y él cerró la puerta a sus espaldas.

Hóos la besó apasionadamente y a ella le gustó. Él recorrió su cuello, su nuca, su barbilla. La estrechó entre sus brazos como si quisiera retenerla para siempre. Theresa percibió el calor de su cuerpo, su respiración agitada, sus labios atrevido descubriendo a cada instante un nuevo rincón tembloroso. Hóos trazó en ella caricias impúdicas, notando cómo la piel de la muchacha se erizaba, cómo a cada beso su ansia se expandía. Sintió la turgencia de sus pezones palpitando bajo sus ropas. Deslizó la boca hasta sentir su suavidad casi vergonzosa. Ella permitió que la desnudara, que su lengua la envolviera, que la calentara con sus susurros. A cada instante le deseaba más, a cada caricia anhelaba otra más prohibida.

Vibró cuando el sexo de él rozó su intimidad.

Se avergonzó al pedirle entre gemidos que la penetrara. Él entró en ella despacio, abriéndose paso con lujuria. Ella le apretó. Sus piernas le rodearon sintiendo su enervación, sus movimientos, cada poro de su piel. Se acompasó a él siguiendo sus caderas. Lo quería dentro de ella, cada vez más rápido, más fuerte. Le susurró que siguiera, que no parase nunca, mientras sus mejillas encendidas transformaban su cara en la de una cualquiera. Luego, poco a poco, una marea sacudió su vientre una y otra vez hasta hacerla enloquecer.

Él la amaba y ella le correspondía. Cuando Hóos se retiró, ella acarició sus hombros, sus brazos fuertes, y la extraña serpiente que lucía tatuada sobre su muñeca.



Cuando Theresa despertó, encontró a Hóos ya arreglado y regalándole una sonrisa. Se dijo que el jubón de cuero y los pantalones de lana teñida le sentaban como a un príncipe. El joven le informó que debía acudir a los almacenes reales para colaborar en el reparto del racionado, pero en cuanto terminase, regresaría para seguir besándola. Ella se desperezó y le pidió que la abrazara. Hóos endulzó sus labios con un beso. Luego acarició sus mejillas y después abandonó la estancia.

Al poco llamaron a la puerta. Theresa supuso que sería Hóos de nuevo y corrió medio desnuda, pero al abrir se dio de bruces con el rostro grave de Alcuino. El fraile pidió entrar y ella accedió mientras se cubría. El hombre paseó su espigada figura por la habitación antes de detenerse y propinarle una bofetada.

—¿Se puede saber qué pretendes? —le espetó indignado—. ¿Piensas que alguien creerá lo del milagro si andas refocilándote con el primero que se cruce ante tus piernas?

Theresa enrojeció de vergüenza mientras le miraba atemorizada. Nunca le había visto tan alterado.

—¿Y si te hubiese visto alguien? ¿Y si ese Hóos va por ahí contándolo?

—Yo... yo no...

—¡Por Dios santísimo, Theresa! Tu madre acaba de confesarme que le ha visto salir de tus aposentos, así que no vengas ahora haciéndote la remilgada.

—Lo siento... —Rompió a llorar—. Yo le quiero.

—¡Oh! ¿De modo que le quieres? ¡Pues cástate con él y ponte a parir hijos! Y ya puestos, vete antes al mercado y proclama a los cuatro vientos



que te ayuntas con Hóos; que la recién resucitada ha encontrado un ángel más placentero, y que la capilla que quieren erigirte se la dediquen a la santa puta.

Alcuino se sentó consumido por los nervios. Ella no supo qué decir. Él tableteaba los dedos contra la silla mientras la escrutaba de arriba abajo. Finalmente se levantó.

—Debes dejar de verle. Al menos durante un tiempo. Hasta que se aplaquen los ánimos y nadie se acuerde del incendio.

Theresa asintió azorada.

Alcuino asintió varias veces con la cabeza. Luego la bendijo y salió de la habitación sin decir nada.

Instantes después se presentó su madrastra. Rutgarda, que había pernoctado en casa de su hermana, aguardaba fuera a que Alcuino se retirara. Entró sin saludar a su hijastra pero clavándole la mirada. Aunque Rutgarda era mucho más baja, cogió por los hombros a Theresa y la sacudió con fuerza. Le dijo que era una mujerzuela sin cabeza. Con su comportamiento no sólo se ponía en peligro ella, sino que daba alas a quienes acusaban a Gorgias de ser un asesino. Le espetó tantas cosas horribles que Theresa ansió quedarse sorda. Ella amaba a su padre, pero la situación comenzaba a sobrepasarla. Deseaba que Würzburg se desvaneciera, que hasta el último de sus habitantes desapareciera y la dejasen a solas con Hóos. No le importaba lo que dijese, lo que pensasen o lo que les ocurriera. Sólo quería estar junto a él. Saldría de la fortaleza y le pediría a Hóos que abandonaran aquel terrible lugar, que la acompañara a Fulda, donde sus tierras y sus esclavos les proporcionarían una nueva vida. Allí envejecerían tranquilos, sin más miedos ni mentiras.



Sin detenerse a reflexionar, dejó a Rutgarda plantada y corrió hacia el exterior de la fortaleza. Antes de salir se cubrió con un hábito viejo, y aprovechando la salida de un grupo de domésticos se confundió con ellos y traspuso los muros para encaminarse hacia los graneros.

Los almacenes reales se afianzaban sobre un picacho en el extremo norte de la ciudad, defendidos por un grueso murallón y conectados a la fortaleza mediante un pasaje subterráneo. El acceso habitual se realizaba a través del túnel, y sólo en caso de necesidad, se abrían los portalones que comunicaban con las calles de la ciudadela. Para cuando Theresa llegó a sus inmediaciones, una multitud abarrotaba el portalón de entrada, a la espera de que comenzara el reparto del racionado. Sin embargo, ya era tarde para echarse atrás. Hóos estaría en el interior del almacén, y la única forma de acceder pasaba por esperar a que se abriera la puerta. Sin darse cuenta se vio arrastrada por el enjambre de personas que empujaban hacia la entrada. La gente, provista de bolsas y talegas, chillaba y se peleaba en un vaivén humano que amenazaba con echar abajo las puertas. De vez en cuando, los empujones de los más violentos abrían claros que enseguida eran ocupados por la turba. Llegado un punto, la joven se convirtió en un pelele a merced de los empujones. Theresa pensó que moriría aplastada. En un envite perdió la capucha y alguien la reconoció.

Como por ensalmo, se abrió un hueco en torno a ella. Los lugareños dejaron de empujar y miraron absortos la figura de Theresa. Ella no supo qué hacer, hasta que de repente, de entre la multitud surgió una voz amenazadora.



A fuerza de gritos, el *percamenarius* logró que la gente se apartara. Luego se acercó a Theresa, que permanecía inmóvil, hipnotizada como un ratón ante una culebra. Al llegar donde se encontraba, Korne se agachó como si fuera a reverenciarla, pero en lugar de eso agarró una piedra y la golpeó en la cabeza. Por fortuna, un grupo de lugareños impidió que lo repitiera, mientras otro de mujeres trasladaba a Theresa hasta las puertas del almacén. Allí, dos soldados se hicieron cargo de ella.

Al poco apareció Hóos acompañado de Zenón, a quien habían avisado porque a Theresa no dejaba de sangrarle la cabeza. El físico extrajo de su talega unas tijeras mugrientas con las que intentó cortarle el pelo, pero Theresa no se dejó, de modo que hubo de emplear un peine tallado para separar el cabello y dejar a la vista la pequeña brecha. Zenón comprobó que no revestía gravedad, pero le aplicó un licor que la hizo gritar de escozor. Luego tapó la lesión con una compresa de agua fría.

Mientras el físico apretujaba el paño contra su cabeza, ante ella relampagueó un collar de gemas que le resultó familiar. Esperó a que Zenón se alejara para cerciorarse, pero el hombre se mantuvo incorporado ocultando el adorno con sus meneos. Finalmente, al agacharse para recoger su instrumental, volvió a mostrar el collar de rubíes. A Theresa se le encogió el corazón: era el colgante de su padre.

Esperó a que Hóos se despistara para correr tras Zenón, a quien dio alcance en el corredor que comunicaba el almacén con la fortaleza. En el pasadizo, la luz aparecía y desaparecía de antorcha en antorcha. El físico caminaba despistado, con su habitual parsimonia mezcla de embriaguez y apatía. Cuando Theresa le abordó, Zenón se giró sorprendido, pero su extrañeza alcanzó el estupor cuando Theresa le agarró por la pechera.

—¿De dónde lo has sacado? —le espetó.



—Pero ¿qué demonios te pasa? —Y la apartó de un empujón que la hizo caer al suelo.

La joven se levantó y volvió a amenazarle.

—¡Maldita loca! ¿Te ha trastornado la pedrada?

—¿De dónde has sacado ese collar? —repitió.

—Es mío. Y ahora quita de en medio o tendrás que recoger tus dientes del suelo.

Theresa clavó en él sus ojos.

—Conoces a Hóos Larsson, ¿verdad? Está ahí, en el extremo del túnel. —Se rasgó con violencia el vestido hasta dejar al aire uno de sus pechos—. Contesta ahora mismo o gritaré hasta que te mate.

—¡Por Dios! Cúbrete. Conseguirás que nos quemem en la hoguera.

Theresa intentó gritar pero Zenón le tapó la boca. Sin embargo, el físico temblaba como un perro apaleado y miró a los ojos de la joven suplicándole que callara. No la soltó hasta que ella aceptó con la mirada.

—Me lo dio tu padre —confesó—. Y ahora déjame en paz, condenada.

Antes Theresa le obligó a que le aclarara las circunstancias del encuentro con su padre. A regañadientes, Zenón le dijo que, a instancias de Genserico, había atendido a Gorgias en un granero abandonado. Añadió que él sólo intentaba ayudar, asegurándole que su padre le entregó el collar como pago por sus servicios. No obstante, evitó mencionar que le había amputado el brazo. Cuando Theresa se interesó por su paradero, él no supo contestarle, así que ella le exigió que la condujera al lugar donde lo había auxiliado.

Zenón intentó zafarse, pero la muchacha se lo impidió. De pronto el físico cambió el semblante.



—Bonitas tetas —dijo con una risita bobalicona.

Theresa retrocedió cubriéndose el pecho. De haber podido, lo habría abofeteado.

—¡Escúchame bien, boñiga *concagatus!* Me llevarás a ese lugar ahora, y si se te ocurre rozarme, juro por Dios que haré que ardas en la hoguera.

Theresa dudó del efecto de sus amenazas, pero cuando agregó que le acusaría de haber robado a su padre, el físico se enderezó como si le hubieran metido un palo por el trasero. Entonces borró su sonrisa estúpida y accedió a escoltarla.

Después de arreglarse el hábito, la joven le arrebató la talega para hacerse pasar por su ayudante. Siguió al físico, y abandonaron la fortaleza por una puerta lateral sin que nadie les importunara.

Caminó tras un Zenón más nervioso que nunca, como si ansiara llegar al almacén y acabar de una vez con aquella pantomima. Cuando alcanzaron las inmediaciones de la cabaña, el físico se detuvo. Se la señaló con el brazo e hizo ademán de volverse, pero Theresa le exigió que aguardara. Zenón obedeció de mala gana.

La joven se acercó a una construcción medio devorada por la maleza que parecía que se derrumbaría con tan sólo rozarla. Al empujar la puerta, un enjambre de moscas acompañó el hedor que provenía del interior. Entró despacio, sacudiéndose la nube de bichos que zumbaba a su alrededor mientras las arcadas le revolvían el estómago. Sintió náuseas y vomitó. Pese a ello, avanzó en la oscuridad en busca de un indicio que le condujera a su padre. De repente tropezó con algo. Bajó la vista y el corazón se le aceleró. Entre la hojarasca caída, un brazo putrefacto sembrado de insectos descansaba enhiesto como si clamara venganza.



Theresa salió aterrada y volvió a vomitar. El odio y el dolor la dominaban.

—¿Lo mataste, canalla? —Le golpeó el pecho con los puños—. ¿Lo mataste para robarle? —lloró desconsolada.

Zenón intentó calmarla. No recordaba que había abandonado en el suelo el brazo amputado, así que se vio obligado a contarle la verdad. Theresa lo escuchó y le miró desconcertada.

—No sé qué sucedería después —se disculpó él—, pero Gorgias seguía vivo. Genserico me pidió que les trasladara a otro lugar, yo le obedecí y regresé al pueblo.

—¿Adonde le llevaste?

Zenón escupió antes de mirar fijamente a Theresa.

—Te acerco y me largo.

Avanzaron bordeando las murallas hasta un punto donde las defensas se intrincaban siguiendo los caprichos de un risco. Zenón le indicó el lugar donde la frondosidad de la hiedra ocultaba un acceso. Al otro lado del muro se adivinaba el perfil de un edificio que Theresa juzgó parte de la fortaleza. En ese instante, el físico se dio la vuelta y la dejó sola, plantada frente a la puerta.

Le costó forzar la entrada porque la humedad había hinchado la madera hasta aprisionarla contra el quicio de piedra. Sin embargo, al tercer empujón la puerta cedió, dando acceso a una capilla en la que *parecía*, haber acontecido una pelea. La luz de la entrada se derramaba sobre los muebles, que yacían caídos por el suelo, mientras el aire elevaba en pequeños remolinos restos de pergamino como si fueran



hojarasca. Examinó cada rincón sin hallar nada que pudiera ayudarla, hasta que de repente advirtió la portezuela que comunicaba con la celda donde su padre había permanecido encerrado. Entró con cautela. Allí encontró, desordenado, abundante material de escritorio que enseguida reconoció como perteneciente a Gorgias.

Con el alma en vilo, voló hacia el códice de cubiertas esmeralda en que su padre solía guardar los documentos de importancia. «Si alguna vez me sucede algo, busca en su interior», le había dicho a menudo.

Lo guardó sin examinarlo. Luego recogió cuantos pedazos de pergamino encontró por la estancia. También se apoderó de un estilo, las plumas y una tablilla de cera. Echó un último vistazo y después salió corriendo como si el diablo quisiera arrebatarse el alma.

Al llegar a la fortaleza hubo de avisar a Alcuino para que le franquease el acceso. Cuando el fraile le preguntó de dónde venía, ella bajó la cabeza e intentó escabullirse, pero él la condujo del brazo hasta un rincón apartado.

—¡De buscar a mi padre! ¡De ahí vengo! —respondió la muchacha, retirándole la mano.

Alcuino la creyó. Comprendió que no podría retenerla indefinidamente.

—¿Y qué has averiguado?

Ella negó con la cabeza. Alcuino advirtió entonces la herida de la pedrada que le había propinado Korne. Theresa le informó del episodio, y él le pidió que lo siguiera.

Ya en el *scriptorium*, esperó a que se sentara. Luego se paseó en silencio, como si dudara en contarle lo que estaba sucediendo.



—Está bien —se decidió el fraile—. En cierta ocasión te hice prometer una cosa y faltaste a tu palabra. Ahora preciso saber si estás dispuesta a guardar un extraordinario secreto.

—¿Otro milagro? Perdonad, pero estoy harta de vuestras mentiras.

—Escúchame. —Se sentó—. Hay ciertas cosas que aún no comprendes. El amor ni es puro, como tú lo imaginas, ni viciado porque yo lo diga; los hombres no son protervos y pecaminosos, ni inmaculados y compasivos. Sus acciones dependen de sus ambiciones, de sus deseos y anhelos, y en ocasiones, en más de las que puedas imaginar, de la presencia del maligno. —Se levantó de nuevo y deambuló por el *scriptorium*—. Existen tantos matices como variaciones en el cielo; a veces tibio y soleado, proveedor de cosechas y calidez; otras gélido y tormentoso, como el más mortal enemigo. ¿Qué es verdad y qué es mentira? ¿Las acusaciones que Korne vierte contra ti, confirmadas por sus parientes y amigos, o tu verdad, la que crees absoluta y exenta de culpa alguna? Dime, Theresa, ¿no habita en ti un punto de rencor? ¿No alberga tu alma la sombra del resentimiento?...

Theresa sabía perfectamente quién era el culpable, pero prefirió mantenerse callada.

—Respecto a los milagros —prosiguió Alcuino—, podría afirmar que aún no he visto ninguno. O al menos, no de esa clase que imaginan los necios. Pero piensa sobre esto: ¿cómo asegurar que realmente no resucitaste? ¿Cómo ignorar que un manto protector te sacó de aquel infierno y te guió por las montañas? Que te envió a Hóos, y a aquel trampero para que te salvaran, o a la prostituta que te acogió, e incluso a mí mismo cuando buscabas un médico. ¿De veras crees que Dios no anduvo de por medio? —La miró fijamente—. Al fin y al cabo, yo no he hecho más que protegerte. Con la mentira de un milagro, sí, pero te aseguro que guiado por el Altísimo. Él ha previsto para ti un destino que



desconocías y que ahora te será revelado. Un destino en el que Gorgias, tu padre, siempre estuvo involucrado.

Theresa escuchaba ensimismada. Había cosas que no comprendía, pero el discurso parecía sincero. Alcuino se acercó a la mesa que su padre empleaba y apoyó ambas manos sobre ella, Al retirarlas, sus huellas quedaron marcadas sobre el polvo.

—Tu padre trabajaba aquí, en este mismo puesto. Aquí pasó sus últimas semanas elaborando un documento de incalculable valor para la cristiandad. Ahora responde: ¿estás dispuesta a prestar un juramento?

Theresa, aunque asustada, asintió. Repitió con Alcuino que jamás, bajo pena de castigo eterno, referiría nada de cuanto supiese sobre aquel documento. Lo juró sobre una Vulgata que luego besó con devoción. Prometió que Hóos nunca sabría nada de ello. Alcuino tomó la Biblia y la dejó sobre el lugar en que había impreso sus huellas. Luego miró las dejadas por los estilos de Gorgias y le pidió a Theresa que las observara.

—Según Wilfred, tu padre desapareció hará un mes, y Genserico apareció muerto hace dos semanas. Ahora bien, mira estas marcas. ¿Qué ves?

Theresa las examinó con detenimiento. Aparecían las manos de Alcuino impresas sobre la mesa, una fila de punzones y dos marcas pequeñas y alargadas.

—No sé... huellas en el polvo.

—Así es, pero observa con detenimiento: las de las manos que acabo de dejar aparecen impolutas. Sin embargo estas otras dos —señaló las alargadas—, que sin duda por su forma corresponden a dos punzones, ya comienzan a cubrirse de una ligera capa de polvo. Y aun así...

—¿Sí?



—Entre ellas son diferentes. No por su forma, que es algo obvio, sino por la cantidad de polvo que acumulan. La de la izquierda, algo más grande, muestra más que la derecha. —Se dirigió al cajón donde Wilfred conservaba el estilo que habían encontrado clavado en Genserico, lo cogió y lo hizo coincidir sobre la huella pequeña—. Como ves, este velo de polvo es más fino, lo cual nos conduce a que el estilo que sostengo en mi mano, el que acabó con la vida de Genserico, fue tomado de la mesa con posterioridad al punzón mayor que descansaba sobre esta otra. —Fue hasta una mesa cercana en la que había varios libros y retiró uno—. En cambio, estas marcas de libros muestran una cantidad de polvo similar a la del punzón más grande. Wilfred me aseguró que el día que desapareció tu padre, también lo hicieron los códigos y los punzones. Sin embargo, la menor cantidad de polvo depositada sobre el punzón pequeño, el que apareció clavado en Genserico, indica que en realidad fue sacado del *scriptorium* bastantes días después.

—Y eso significa...

—Fíjate bien: en el *scriptorium* no sólo faltan libros. También tinteros, secante, plumas... Justo lo que necesitaría tu padre para elaborar el documento. Y curiosamente, todas las huellas muestran una capa de polvo similar a la del punzón grande, lo que nos permite deducir que material y punzón fueron retirados en el mismo momento. En ese caso, no tendría sentido que luego desapareciera el estilo pequeño, máxime, considerando que tras la desaparición de tu padre, Wilfred clausuró el *scriptorium*. Así pues, alguien distinto de Gorgias tomó ese punzón para atravesar a Genserico.

—Pero ¿por qué?

—Obviamente, para incriminar a tu padre. Es más. Tengo la certeza de que Genserico no murió apuñalado, sino que su asesino le clavó el estilo después de haberlo matado.



—Pero ¿cómo podéis asegurarlo? —preguntó extrañada.

—Verás: con la insólita excusa de aplicar unas reliquias al cadáver del coadjutor, extraje su ataúd y examiné su hábito. He de reconocer que si Genserico no hubiese sido un meón, le habrían enterrado con otras ropas, pero en fin, el caso es que fui afortunado... Durante el examen, hallé el orificio de entrada del punzón: traspasaba sus ropas a la altura del vientre. Una herida así le habría hecho morir desangrado, pero curiosamente el hábito apenas mostraba un pequeño cerco de sangre.

—No entiendo...

—Pues resulta bastante obvio. Un corazón vivo impulsa la sangre a través de la herida provocando la muerte por desangramiento, cosa que nunca ocurre en un cuerpo ya muerto.

—¿Queréis decir que Genserico falleció de otro modo y luego intentaron simular un asesinato?

—No murió de otro modo. ¡Lo mataron de otro modo! —puntualizó.

Le relató cómo había examinado los restos de vómito hallados sobre la pechera, sin lograr discernir la naturaleza de la ponzoña.

—Porque eso es lo que seguro acabó con él. Alguna especie de veneno.

Theresa respiró aliviada. Pensó en contarle lo que había averiguado tras la excursión con Zenón, pero sin saber bien por qué, decidió esperar un rato. Mientras tanto, Alcuino, que recopilaba códigos y ordenaba el *scriptorium*, continuó rumiando detalles sobre sus teorías.

—De tal forma que quien accedió al *scriptorium*, con toda probabilidad fue quien asesinó a Genserico —dijo de repente.

—¿Os referís a Wilfred?

—El pobre Wilfred es un impedido. Además, *no es* el único que dispone de llaves. De hecho también las tenía Genserico.



—¿Entonces?

—Eso es lo que pretendo averiguar...

Le explicó que antes de desaparecer, Gorgias trabajaba en un documento de vital importancia para los intereses de Carlomagno y el Papado. Un testamento del siglo IV en el que el emperador Constantino cedía a la Iglesia romana los Estados Pontificios, reconociéndole la capacidad de gobernar el mundo cristiano.

—Gorgias no concluyó el documento, una réplica del original que se encuentra deteriorado. Lo cierto es que necesitamos concluirlo, y para ello preciso a tu padre.

—¿A qué os referís? —le interrumpió ella.

—A que es el único que puede acabarlo. De ahí que quiera proponerte un trato: tú permaneces en el *scriptorium*, trabajando en este borrador, y mientras yo me encargo de buscarlo.

—¿Y qué tendría que hacer?

—Repasar el borrador... adecentarlo. Tal vez podamos emplearlo, en caso necesario. La verdad es que nadie más debería conocer de este asunto, y en estas circunstancias, dar con un amanuense que domine el griego, lo escriba con corrección, y en quien pueda confiar, resultaría complicado.

Alcuino le explicó en qué consistiría su trabajo y le reiteró la importancia de que no hablara del mismo.

—¿Ni siquiera con Wilfred?

—Ni con él, ni con nadie. Trabajarás sola en este *scriptorium*, y si te preguntan, contestarás que estás transcribiendo un salterio. Continuarás alojada en la fortaleza, vendrás por las mañanas y terminarás al



anochecer. Mientras tú avanzas, yo buscaré a tu padre. No puede haber desaparecido.

Theresa se mostró de acuerdo. Finalmente comprendió que debía hablarle de Zenón. Aunque dudando, le contó el descubrimiento del brazo amputado y de la cripta en la muralla.

—¿Amputado, dices? ¡Dios mío, Theresa! ¿Por qué no me lo has contado enseguida? —gritó desesperado.

Theresa intentó excusarse, pero Alcuino parecía haber oído al diablo. Maldecía y juramentaba mientras lanzaba pergaminos de un lado para otro. Finalmente se dejó caer sobre un sillón como un pelele desmadejado. Theresa no supo qué decir. Pasado un rato, el fraile se levantó con la mirada perdida.

—Entonces tenemos un problema. Un maldito problema —dijo con voz tranquila.

—¿Qué problema? —preguntó asustada.

—¡Pues que aunque encontremos a tu padre, no podrá concluir el trabajo! —gritó de nuevo como un poseso.

A Theresa se le escurrió la pluma entre las manos.

—¿Y sabes por qué? —agregó él bramando—. Porque ahora es un inválido. Un manco inútil, incapaz de escribir un legajo.

En ese momento ella lo vio claro. Aquel fraile nunca había pretendido ayudar a su padre. Tan sólo perseguía ayudarse a sí mismo, y ahora que su padre ya no le servía, dejaría de buscarlo y se centraría en el documento. Lo odió con todas sus fuerzas y tuvo que contenerse para no clavarle el estilo. Pensaba que se lo hundiría, cuando de repente recordó el pergamino escondido en la talega de su padre. Tras un instante se dijo que aún vencería a aquel diablo.



Reunió el valor suficiente para proponerle un trato.

—Encontrad a mi padre y tendréis vuestro pergamino.

Alcuino la miró de soslayo y se volvió para seguir rumiando.

—¿Es que no me oís? —Lo aferró por el hábito—. Os digo que yo puedo terminarlo.

El fraile sonrió con ironía, pero entonces Theresa agarró una pluma y comenzó a escribir rápido.

IN-NOMINE-SANCTAE-ET-INDIVIDUAL-TRINITATIS-PATRIS-
SCILICET-ET-FILII-ET-SPIRITUS-SANCTI

— — —

IMPERATOR-CAESAR-FLAVIUS-CONSTANTINUS

Alcuino palideció.

—Pero ¿cómo diablos...? —La letra era limpia como la de su padre, y el texto copiado, un calco.

—Me lo sé de memoria —mintió—. Encontrad a mi padre y me ocuparé de completarlo.

Aún incrédulo, Alcuino aceptó. Le pidió que preparase una lista de lo que necesitara y luego le ordenó que regresara a sus aposentos.



Alcuino encontró a Zenón en la taberna de la plaza mayor, tumbado sobre el pecho de una mujerzuela y atiborrado de vino. Al verle llegar, la prostituta hurgó entre los bolsillos del físico y tras apoderarse de una moneda, abandonó la mesa sin despedirse. No era el lugar adecuado, así que Alcuino convenció a Zenón para que saliera del tugurio. Nada más pisar la calle, Alcuino le arrojó un cubo de agua que le despejó lo suficiente como para confirmar lo que Theresa le había contado.

—Os juro que no tengo nada que ver con Genserico. Le cercené el brazo a Gorgias, y listo —se defendió.

Alcuino apretó los dientes. Deseaba que Theresa se hubiera confundido, pero si realmente Zenón había intervenido a Gorgias, éste moriría sin remedio. El físico le confirmó que había sido Genserico quien le encargó que atendiera al escriba.

—Un Genserico a quien por cierto encontraron muerto al día siguiente —apuntó Alcuino.

Zenón lo admitió, aunque dudaba que Gorgias fuera el asesino.

—Perdió mucha sangre cuando le corté el brazo —meneó la cabeza.

Alcuino comprendió.

—¿Notasteis algo extraño en el coadjutor? Quiero decir... ¿Percibisteis algún malestar; algún vahído? —El fraile deseó que el vino le aflojara la lengua.

—Ahora que lo mencionáis, parecía borracho, cosa extraña porque nunca bebía. Recuerdo que mencionó algo de que le escocía una mano. La tenía enrojecida, como llena de picaduras.

Zenón no le ofreció muchos más detalles. Tan sólo le confirmó la ubicación de la cabaña donde había intervenido a Gorgias y la entrada a la cripta. Luego, con paso vacilante, regresó a la taberna.



A Alcuino no le resultó difícil encontrar ambos lugares. En la cabaña no halló nada de interés, pero en la cripta recopiló numerosos indicios que le ayudaron a comprender lo que estaba sucediendo. De regreso a la fortaleza, observó junto a la puerta de entrada un enorme revuelo. Cuando preguntó qué sucedía, una mujer le informó que los guardias habían cerrado las puertas, impidiéndoles el acceso.

—Soy Alcuino de York —se identificó ante un centinela. El guarda le hizo el mismo caso que a un chamarilero.

—Por más que chille, no le abrirán —le aseguró un mozo que empujaba como un diablo.

—Ni entrar ni salir. No dejan transitar ni a sus propios soldados —afirmó otro que parecía más enterado.

Alcuino trepó hacia el montículo donde se apostaba el centinela, pero éste le propinó un varetazo. Mientras descendía, Alcuino se sorprendió maldiciendo al hombre que acababa de lastimarle. Varios campesinos se rieron de su enfado.

Pese a los rumores, nadie sabía realmente qué estaba sucediendo. Algunos decían que se había desatado la peste. Otros, que los sajones estaban atacando. E incluso alguno afirmó que seguían apareciendo muchachos muertos. Alcuino ya pensaba en acudir a la iglesia más cercana cuando sobre la muralla advirtió la presencia de Izam. Sin pensarlo se encaramó sobre un tonel y agitó los brazos. Izam lo reconoció y ordenó a sus hombres que le franquearan el paso.

—¿Se puede saber qué ocurre? —protestó Alcuino una vez dentro—. Ese necio me ha golpeado —dijo señalando al de la puerta.



Izam lo cogió del brazo y le pidió que le acompañara. De camino a la sala de armas le confesó que el diablo se había adueñado de la fortaleza.

—No entiendo. ¿Las hijas pequeñas de Wilfred? ¿A qué os referís?

—Desde esta mañana nadie sabe de ellas.

—¡Dios! ¿Y por eso todo este alboroto? Estarán en cualquier rincón, jugando con sus muñecas. ¿Habéis preguntado al ama de cría?

—Tampoco la encuentran —respondió apesadumbrado el joven.

Cuando llegaron a la sala, se toparon con un hervidero de sirvientes, soldados y frailes. La mayoría murmuraba en corrillos, a la caza del último comentario, mientras otros aguardaban desconcertados. Izam y Alcuino se dirigieron a la sala de armas, donde esperaba Wilfred. El hombre se debatía sobre sus muñones en su sillón con ruedas.

—¿Alguna novedad? —le preguntó a Izam.

El joven apretó los dientes. Le informó que sus hombres controlaban todos los accesos y que había organizado batidas por las cuadras, los almacenes, los huertos y las letrinas... Si las niñas estaban en la fortaleza, sin duda las hallarían. Wilfred asintió de mala gana. Luego miró a Alcuino a la espera de alguna noticia.

—Acabo de enterarme —se disculpó éste—. ¿Ya habéis registrado sus habitaciones?

—Hasta detrás de las paredes. ¡Dios todopoderoso! Anoche parecían tan confiadas, tan tranquilas... Comento que las chiquillas dormían siempre con el ama de cría, una solterona que jamás había ocasionado problemas.

—Hasta ahora —añadió, y estrelló el vaso contra la chimenea.

Izam decidió que interrogarían a cuantos se encontraran en la fortaleza, en especial a los sirvientes y los allegados al ama de cría.



Alcuino solicitó permiso para registrar las habitaciones y Wilfred ordenó a un doméstico que le acompañara.

Cuando Alcuino entró en la celda la halló completamente revuelta. Le preguntó al doméstico si tal desorden obedecía a la búsqueda de los hombres de Wilfred, hecho que éste confirmó, puntualizándole que el ama de cría era una mujer muy cuidadosa.

—¿Estabas presente cuando registraron la habitación?

—En esta misma puerta.

—¿Y cómo se encontraba antes de que entraran?

—Limpia y pulcra, como cada mañana.

Alcuino pidió al doméstico que le ayudara a recoger algunas de las prendas que yacían desperdigadas, la mayoría procedentes de dos baúles que los hombres de Wilfred habían vaciado buscando a saber qué cosa. El más grande pertenecía a las niñas, y el otro, al ama de cría. Emparejaron calcetines, zapatos y vestidos teniendo en cuenta los que pertenecían a las dos gemelas y los que eran del ama. Luego Alcuino se detuvo en el instrumental que descansaba sobre un aparador basto. Enumeró un plato de metal pulido que hacía las veces de espejo, un peine de hueso, varios cordeles, un par de fíbulas, dos frasquitos que parecían contener afeites, otro más diminuto con perfume de rosas, una pieza de jabón y una pequeña jofaina. Todos lucían perfectamente dispuestos, lo que coincidía con el carácter ordenado de la cuidadora. En la sala se ubicaban dos camas cuadradas de generoso tamaño; la perteneciente a la mujer, situada junto a la ventana, y la de las dos niñas al otro lado de la estancia. Alcuino se entretuvo en la primera, que olió y examinó como si fuera un perro de caza.



—¿Sabes si el ama de cría se relacionaba con alguien? Quiero decir, ¿había algún hombre? —aclaró mientras extraía unos cabellos de entre las mantas.

—No, que yo sepa —contestó el doméstico, extrañado.

—De acuerdo —agradeció—. Ya puedes cerrar la estancia.

De camino al *scriptorium* se dio de bruces con una Theresa tan asustada que ni siquiera lo reconoció. Por lo visto, unos soldados habían entrado en su cuarto y lo habían revuelto todo. Alcuino le informó que las gemelas habían desaparecido y que por ese motivo habían clausurado la fortaleza.

—Pero mi madrastra está fuera.

—Supongo que restablecerán el tráfico en cuanto las niñas aparezcan. Ahora vayamos al *scriptorium*. Necesito que me ayudes en una cosa.

Descubrieron que el *scriptorium* también había sido registrado.

Alcuino ordenó los códices revueltos mientras Theresa trasladaba los muebles a su sitio. Cuando terminaron, el fraile se sentó y pidió a Theresa que le acercara una vela. Le informó de las novedades relativas a su padre.

—No es mucho, pero continúo en ello —se disculpó—. Y tú, ¿has avanzado?

Ella le enseñó el texto con dos párrafos nuevos. Cada noche, antes de dormir, leía el pergamino escondido en la talega de su padre y lo memorizaba.

—No es mucho, pero continúo en ello.



Alcuino refunfuñó. Luego extrajo un paño de su bolso y lo depositó sobre la mesa.

—¿Pelos? —preguntó la muchacha.

—Así es. Con esta luz, mi vista no alcanza a distinguirlos. —Carraspeó como si le apurara reconocerlo—. Pero parecen distintos.

Theresa acercó tanto la vela que una gota de cera cayó sobre los cabellos. Alcuino le exigió cuidado y ella se excusó, atolondrada.

La joven diferenció tres tipos de pelos: unos morenos y finos; otros ligeramente rizados, más cortos y oscuros, y por último otros similares a los segundos, pero de un tono más cano.

—Los cortos son de... —se ruborizó.

—Sí, eso creo —confirmó Alcuino.

Cuando Theresa regresó de lavarse, aún conservaba el asco en su cara. Mientras se secaba las manos, el fraile le trasladó sus conclusiones.

Según parecía, el ama de cría era una mujer ordenada y meticulosa, sin amoríos conocidos y sólo preocupada por las niñas de Wilfred. Esta impresión se vería refrendada por su atuendo austero, su cara lavada y el interés con que atendía a las pequeñas. Sin embargo, en la habitación que compartía con las gemelas, Alcuino había encontrado adornos, afeites y perfumes, además de un vestido caro; algo más propio de muchachas con recursos y en edad casadera. El ama de cría ya era madura y su jornal no le permitiría adquirir aquellos artículos, de modo que tal vez para comprarlos hubiera recurrido a actividades ilícitas.

—Eso, o que fueran regalos —señaló.

En cualquier caso, agregó, se encontrarían ante una mujer no tan entregada a las niñas, máxime considerando que no le importaba



compartir habitación y lecho con un hombre cano, seguramente calvo, no muy viejo y miembro de la clerecía.

—Pero ¿cómo podéis asegurarlo?

—Por los cabellos, desde luego. Los oscuros pertenecían al ama de cría, los largos a su cabeza y los rizados puedes imaginarlo. Los blanquecinos los supongo de varón, que sin duda era calvo, puesto que no se hallaron otros más largos. En cuanto a la edad, es obvio que no debe de ser muy viejo para revolcarse con tanta energía.

—¿Y lo de pertenecer al clero?

—Por el olor a incienso de las mantas. Seguramente lo llevaba impregnado en su hábito.

Theresa asintió, sorprendida. Sin embargo, Alcuino no le concedió importancia. Luego continuó hablando de su encuentro con Zenón. Le comentó que, de algún modo, la cripta donde habían trasladado a Gorgias debía de comunicarse con el interior de la fortaleza. También se mostró convencido de que la habían utilizado para retener a su padre, por los platos hallados y los restos de comida.

En aquel instante alguien aporreó la puerta. Cuando Alcuino abrió, se encontró con un soldado que le informó que requerían su presencia.

—¿Qué sucede?

—Han encontrado al ama de cría. Ahogada en el pozo del claustro.

Cuando Alcuino llegó al pozo, varios hombres izaban el cadáver con la ayuda de unas picas. Finalmente, el cuerpo hinchado de la mujer asomó por el pretil para desplomarse como un saco de tocino sobre el empedrado del claustro. Las ropas se le habían desabrochado dejando a



la vista unos inmensos senos, flácidos de dar el pecho a las niñas. Nada más apartarla, Izam se descolgó para inspeccionar el fondo del pozo. Cuando subió, confirmó a Wilfred que allí no estaban sus hijas. Luego trasladaron el cadáver a las cocinas, donde después de un somero examen Alcuino determinó que había muerto estrangulada antes de caer al pozo. Encontró sus uñas desportilladas, pero sin rastros de piel incrustada, lo cual significaba que podía habérselas estropeado durante el traslado. Examinó su sexo, comprobando que el vello coincidía con el encontrado en su jergón. Entre sus ropas no halló nada relevante. Portaba el atuendo propio de sus labores, un hábito oscuro protegido por un delantalón. Su rostro, aunque abotargado, se veía limpio; sin cremas ni afeites. Cuando terminó, autorizó a que la amortajaran. Después solicitó hablar con Wilfred a solas.

Ya en privado, informó al conde de sus hallazgos, los cuales sugerían que un miembro del clero habría seducido a la mujer para poder secuestrar a las niñas. Sin embargo, señaló que en su opinión, el ama de cría desconocía las intenciones de su amante.

—¿Cómo podéis estar seguro?

—Porque de lo contrario ella habría preparado la huida y, sin embargo, sus pertenencias permanecían en su celda.

—Tal vez la atacaron. No sé, por Dios santísimo. ¿Y ese hombre del que habláis? ¿Tenéis alguna pista?

Le contó que era de mediana edad, padecía calvicie y tenía acceso a las capillas.

—Las mantas apestaban a incienso —le explicó.

—Mandaré detener a todos los curas. Como las haya tocado, ahorcaré a ese cabrón con sus propias tripas.



—Tranquilizaos, dignidad. Pensad que de haberlo pretendido, ya las habrían matado. No, vuestras hijas se encuentran a salvo. Y en cuanto a un deseo morboso, también lo descartaría. ¿Acaso no le habría resultado más fácil coger a cualquier otra chiquilla? Las hay a decenas, descarriadas por cualquier esquina.

—¿Que me tranquilice? ¿Con mis hijas a merced de un desalmado?

—Os repito que si desearan causarles daño, ya habríamos tenido noticias.

—¿Desearan? ¿Y por qué habláis en plural?

Alcuino le indicó que un solo hombre difícilmente habría podido cargar y esconder a las dos chiquillas. En cuanto al motivo, excluido el sexo ominoso y descartada la venganza, tan sólo restaría un objeto.

—¿Queréis dejaros de adivinanzas?

—El chantaje, estimado "Wilfred. A cambio de sus vidas, pretenden conseguir algo que vos poseéis: poder... dinero... tierras.

—Voy a hacer que esos malnacidos se traguen sus propios cascabeles —bramó el conde tocándose los testículos. Los dos perros se agitaron y zarandearon la silla.

—De todas formas —reflexionó Alcuino—, bien podría ser que el clérigo del que hablamos tan sólo refocilara con el ama y no participara en el rapto.

—Y entonces qué aconsejáis. ¿Que me quede cruzado de brazos?

—Que aguardéis y os esmeréis en la búsqueda. Poned vigilancia a los sacerdotes y tomadles juramento; impedid el trasiego de personas y mercancías; elaborad una relación con aquellos que gozan de vuestra absoluta confianza y apuntad a quienes consideréis capaces de extorsionaros. Pero sobre todo, esperad a que los captores os



comuniquen sus pretensiones, pues una vez que lo hagan, el tiempo correrá deprisa.

Wilfred asintió con la cabeza.

Acordaron comunicarse cualquier novedad en cuanto la conocieran. Luego el conde fustigó los perros y abandonó las cocinas. Solo en la sala de fogones, Alcuino miró a la pobre mujer desnuda. La cubrió con un saco y le hizo la señal de la cruz. Lamentó que sus apetitos carnales le hubieran arrebatado la vida.



Capítulo 27

El día transcurrió lento para Wilfred.

Izam y sus subordinados registraron graneros, pajares, almacenes, torres, pozos, túneles, fosos, pasadizos, altillos, bodegas, carros, fardos, toneles, baúles y armarios. Ningún lugar quedó a salvo. Todos los hombres fueron interrogados y registrados de pies a cabeza. Wilfred ofreció cincuenta arpendes de viñedos a quien le proporcionase algún dato sobre el paradero de sus hijas, y treinta más por las cabezas de sus captores. Se encerró en la sala de armas, desde donde exigió que a cada hora se le suministrasen informes con los resultados de las pesquisas. Mientras, con ayuda de Theodor, elaboró un listado de fieles y otro de adversarios. En el primero inscribió a cuatro, que paulatinamente fue eliminando. En el segundo anotó a tantos que desistió de contárselo a Alcuino.

A la caída del sol, Wilfred envió a sus hombres de batida. Durante la noche se escucharon peleas y gritos. Varios sacerdotes fueron torturados, pero al alba los soldados regresaron con las manos vacías.

El día siguiente resultó un calco del anterior.

A primera hora, Wilfred decretó la interrupción del reparto de grano hasta la resolución del secuestro. Igualmente ordenó el cierre de las murallas exteriores para impedir que ningún habitante abandonara la ciudad sin su conocimiento. Alcuino le desaconsejó las represalias



indiscriminadas, pero el conde le aseguró que en cuanto el hambre acuciara al populacho, los captores serían delatados.

Desde el comienzo del secuestro Hóos se había implicado en las labores de rastreo. Había auxiliado a Izam, e incluso, aprovechando la confianza de Wilfred, se había postulado para registrar los graneros reales y los túneles anexos. Wilfred había excluido de entre los sospechosos a todos los recién llegados, pues consideraba que el secuestro de sus hijas llevaba tiempo planificado. De hecho, había aceptado la sugerencia de Alcuino de duplicar la búsqueda mediante grupos distintos, uno formado por sus hombres y el otro por los tripulantes del barco. Hóos encabezaba a los segundos.

Theresa añoraba las caricias de Hóos. Aún conservaba la intensidad de sus besos y el sabor de su piel. De vez en cuando se sorprendía apretándose las piernas, como si de aquella forma pudiera retenerlo. Sin embargo, desde su último encuentro apenas le veía. Él siempre andaba ocupado, y ella se levantaba temprano para acudir al *scriptorium*, del que no salía más que para comer en las cocinas.

Llegó a pensar que tal vez anduviera con otra mujer, y cuando le vio así se lo hizo saber. Él parecía atareado, pero aun así, a ella le molestó que se despidiera sin siquiera besarla.

Mientras Theresa progresaba en el *scriptorium*, Alcuino analizaba las denuncias que llegaban a la fortaleza. De entre todas, no faltaban las que referían haber visto a la difunta ama de cría practicar la hechicería, ni las



que responsabilizaban a los lobos de la desaparición de las chiquillas. Algunas parecían bienintencionadas, pero la mayoría procedía de lugareños sin escrúpulos atraídos por la recompensa. Varios hombres habían sido apaleados por inventarse mentiras; sin embargo, una de ellas hacía referencia a la sustracción de unos patucos de la lavandería.

Alcuino interrogó al fraile enano, quien, efectivamente, le confirmó la pérdida.

—A veces se extravían prendas, pero con la ropa de las crías teníamos bastante cuidado.

Le aseguró que habían sido cuatro piezas, además de un par de paños de los utilizados en la cocina. Alcuino le dio las gracias y regresó al *scriptorium* convencido de que las gemelas continuaban en la fortaleza. En una reunión con Izam, Alcuino propuso que se vigilaran los almacenes y las cocinas.

—Si como sospecho, aún siguen aquí, tal vez sus captores necesiten comida.

—Eso es imposible. Hemos revisado hasta la última piedra.

—Y no os lo discuto, pero en este lugar hay más piedras que en una cantera.

Le pidió que apostase un guardia día y noche a la puerta del *scriptorium*, cosa a la que Izam accedió sin problemas. Asimismo, acordaron vigilar las cocinas y comunicarle las novedades a Wilfred por la mañana.

Aquella noche, aprovechando la ausencia de luna, varios lugareños hambrientos treparon por el murallón que protegía los graneros reales. Los asaltantes fueron rechazados, pero quedó patente que las medidas restrictivas de Wilfred pronto traerían consecuencias.



Al día siguiente, durante el desayuno, Wilfred apenas comió. Obvió los descubrimientos de Alcuino y ni siquiera prestó atención cuando le refirieron el incidente del asalto. Parecía ausente, como si alguna pócima le hubiera nublado la vista; sin embargo resolvió con lucidez reanudar el suministro de víveres y autorizar el trasiego de mercancías. Izam aplaudió una decisión que evitaría nuevos incidentes, si bien, como muchos otros, se preguntó a qué obedecía su cambio de actitud. Cuando Alcuino interrogó a Wilfred, éste rehusó contestar a sus preguntas. El fraile insistió, pero el conde le sugirió que continuara con el pergamino y se apartara de las pesquisas. En adelante, él mismo se encargaría de encontrar a sus hijas.

A lo largo de la tarde, la normalidad retornó a la fortaleza.

Poco a poco, los domésticos volvieron a sus quehaceres, se procedió al reparto de grano y comenzaron los preparativos para la primera partida de caza, la cual tendría lugar con la llegada de la primavera. Izam y sus hombres continuaron con las reparaciones del barco que habían dejado a medias, y los soldados de Wilfred abandonaron sus posiciones para regresar a las defensas.

Los celebrantes que acudían al oficio de *sexta* entraron en la iglesia de San Juan Cristosomo con la parsimonia de un ejército de ovejas. Encabezaba la procesión Flavio Diácono, tocado con un llamativo bonete cárdeno semejante al de un papa. Le seguía un séquito de clérigos ataviados como pavos reales, y a continuación las órdenes menores y los muchachos del coro. Cerraba la procesión una caterva de curiosos, fieles y muertos de hambre dispuestos a asistir a una eucaristía en la que se imploraría por la aparición de las gemelas.



Pronto el templo se llenó como un redil abarrotado. Cuando se cerraron los portalones, Casiano, el maestro de chantre, apremió a los muchachuelos para que afinaran sus gargantas. Luego solicitó autorización a Flavio y, una vez obtenida, abrió los brazos como un ángel para dar inicio al milagro del canto gregoriano. Los asistentes, en su mayoría clérigos, agacharon las cabezas cuando la primera antífona desembocó en una sinfonía de notas celestiales que hicieron vibrar los sillares de piedra. Casiano mecía sus brazos mientras las voces se arremolinaban y ascendían por las bóvedas, envolvían las columnas y reverberaban hasta erizar los cabellos. La música siguió danzando, fluyendo de aquellos querubines que convertían sus plegarias en arrullos de jilgueros.

De repente, una de las voces se quebró hasta convertirse en un aullido de terror. Los demás niños enmudecieron y toda la iglesia se volvió hacia el coro, donde los cantores retrocedían como si huyesen de unapestado. Delante de ellos, tendido en el suelo, Korne, el *percamenarius*, vomitaba entre estertores lo poco que le restaba de vida. Para cuando Alcuino quiso atenderle, el viejo ya había fallecido.

Trasladaron el cuerpo a la sacristía, donde Flavio le aplicó los óleos sagrados en un último intento por resucitarle. Pese a sus esfuerzos, el cadáver no se movió. Alcuino observó que lucía la cabeza rapada, canas en el pubis yapestaba a incienso. Sus ojos aparecían desencajados y de su boca aún emanaba una espuma blanquecina. Al examinar sus manos encontró dos pinchazos en la palma derecha.

Cuando informó a Wilfred, éste continuó apurando el muslo de pollo que sostenía con las manos. Tras arrojar el hueso a los perros, miró a Alcuino con indiferencia mientras se limpiaba la boca con la manga. El fraile le informó del hallazgo de una mordedura de serpiente en la mano derecha de Korne.



—Que lo entierren fuera del claustro — fue lo único que comentó.

—No lo entendéis —insistió—. En esta época no hay reptiles.

—Würzburg está lleno de serpientes. —Y miró hacia otro lado.

Alcuino no comprendió. No sólo acababa de señalarle las coincidencias entre la muerte de Genserico y la del *percamenarius*, sino que además le había relatado los detalles de los cabellos canos, el hecho de que estuviera rapado y, más importante, que cada mañana, después de desayunar en las cocinas, Korne acompañaba a las gemelas a las clases de canto. Cualquier otro en su lugar habría dado saltos de alegría incluso estando lisiado y, sin embargo, Wilfred permanecía impasible, como si su destino estuviese de alguna forma ya trazado. De nada le sirvió a Alcuino afirmar que, con toda probabilidad, Korne era el secuestrador de las gemelas. Wilfred le despidió sin levantar la cabeza.

Al marcharse, el fraile advirtió lágrimas en la mirada del conde.

De camino a sus aposentos, Alcuino se preguntó sobre la extraña reacción de Wilfred. A su juicio, tal melancolía sólo podía obedecer a una demencia temporal ocasionada por la pérdida de sus hijas, si bien, curiosamente, el delirio no parecía afectar al resto de sus facultades. En consecuencia, resultaría sensato considerar que su comportamiento no era causal, sino premeditado, y que en ese caso provendría del conocimiento previo de un vínculo entre ambas defunciones: la de Genserico y la *del percamenarius*.



Poco después acudía a la habitación de Korne, quien desde que ardieran los talleres había residido en la fortaleza. La estancia no difería mucho de aquella en que él mismo se alojaba: disponía de un camastro, una mesa burda pegada a un poyete bajo la ventana, unas baldas sobre las que descansaba un hábito de trabajo, unos cuantos cueros, y el habitual cubo para las evacuaciones. Miró dentro del recipiente y se apartó con asco. Luego se agachó para rastrear el suelo, donde tanteó hasta toparse con lo que le pareció una cuenta de collar. Sin embargo, a la luz apreció que el pequeño guijarro blanco con un círculo azul pintado era en realidad un ojo de una muñeca de las gemelas. Le mortificó reconocer que el olor a incienso le había hecho seguir una pista equivocada.

De inmediato se dirigió al *scriptorium*, donde encontró a una Theresa inusualmente torpe con la pluma. Generalmente la joven practicaba el texto a copiar en un pergamino viejo antes de emprender la escritura definitiva, pero aquella tarde sus trazos chorreaban como si los pintase con brocha. Aunque Alcuino la amonestó, intuyó que sus errores provenían no de su impericia, sino de algo que le preocupaba.

—Es por Hóos —acabó por confesar—. No sé si es que le habéis reprendido, pero desde la última noche... —Se sonrojó—. En fin, que parece cambiado.

—Pues no; no he hablado con él. ¿A qué te refieres con que ha cambiado?

La joven derramó unas lágrimas y le contó que Hóos la rehuía. Aquella misma mañana, tras encontrarse casualmente con él, la había rechazado de malas maneras.

—Incluso temí que me pegara —sollozó.



—A veces los hombres nos comportamos rudamente —dijo él, intentando consolarla—. Es cuestión de naturaleza. Si en ocasiones las circunstancias enturbian el ánimo de los tranquilos y oscurecen el entendimiento de los instruidos, ¿qué no harán con quienes se solazan en los apetitos más bajos?

—No es eso —se quejó ella como si Alcuino no entendiera nada—. Fue algo extraño en su mirada.

Alcuino asintió palmeándola en la espalda. Luego, mientras recogía sus notas, se dijo que bastante tenía con la desaparición de las niñas como para, además, tratar de razonar con una joven enamorada.

Le preguntó cómo iba con el pergamino.

—Ya casi lo he terminado —contestó—. Sin embargo, debo confesaros algo que me tiene preocupada.

—Te escucho.

Theresa fue a buscar algo y regresó con un códice esmeralda que depositó frente a Alcuino.

—¡Aja! Una Vulgata —comentó el fraile mientras la hojeaba.

—Es la Biblia de mi padre. —La acarició con ternura—. La encontré en la cripta donde lo encerraron.

—Bonito ejemplar. En griego, además.

—No sólo eso. —Cogió la Vulgata y la abrió aproximadamente por el centro—. Antes del incendio mi padre me dijo que si le sucedía algo, mirase en su interior. Entonces no entendí a qué se refería; es más: ni siquiera imaginé que pudiera sucederle nada. Pero ahora creo que mientras trabajaba para Wilfred, comenzó a temer por su vida.

—No comprendo. ¿A qué te refieres?



Levantó el códice y forzó el lomo hasta dejar un hueco entre éste y los cuadernillos. Luego introdujo los dedos y sacó un trozo de pergamino que desplegó mostrando su contenido.

—*Ad Thessalonicenses epistula i Sancti Pauli Apostoli. 5,21. «Omnia autem probate, quod bonum est tene»* —leyó—. «Examinadlo todo; retened lo bueno» —tradujo.

—Ya. ¿Y qué significa? —preguntó él extrañado.

—En apariencia, nada, así que hice lo que decía la cita: dejarme los ojos examinando la Biblia. Ahora mirad aquí. —Señaló un párrafo.

—¿Qué es? No lo distingo.

—Precisamente casi no se aprecia. Mi padre debió de diluir la tinta con agua para que apenas se marcara, pero si os fijáis, advertiréis que entre renglón y renglón, tan tenue como el rocío, hay escrita una reseña.

Alcuino acercó la nariz pero no consiguió distinguir nada.

—Interesante. ¿Y qué dice esa reseña?

—Aún estoy confusa. Son datos y más datos sobre la Donación de Constantino. Pero creo que mi padre descubrió algo extraño en ella.

Alcuino tosió y la miró con sorpresa.

—Entonces lo mejor será que me ocupe yo de este códice —determinó—. Y ahora, procura acabar tu trabajo. Yo continúo buscando a tu padre.

Cuando el fraile se marchó, ella se sintió abandonada. Añoraba un hombre en el que poder refugiarse; alguien en quien confiar.

Sin pretenderlo, pensó en Izam. ¡Era tan distinto a Hóos! Siempre atento y educado, siempre dispuesto a ayudarla. Se juzgó sucia por imaginarlo, pero no era la primera vez que su recuerdo le asaltaba. Su



hablar pausado, su voz cálida, sus ojos amables... Pese a amar a Hóos, a veces se sorprendía recordando a Izam, y eso la incomodaba.

Volvió al extraño comportamiento de Hóos, preguntándose el porqué de su conducta. Ella confiaba en él. En verdad le quería. Pensaba que en un futuro irían a Fulda, donde formarían una familia con niños fuertes y sanos a los que ella cuidaría e instruiría. Tal vez adquiriesen una casa de piedra grande, incluso con las cuadras fuera. La decoraría con cortinajes para que Hóos la encontrase acogedora, y perfumaría las estancias con romero y lavanda. Se preguntó si él se habría planteado aquellas cuestiones, o por el contrario existiría otra mujer y habría olvidado que ella le amaba. Finalmente se volvió hacia sus pergaminos para continuar la copia, pero al segundo renglón volvió a pensar en Hóos, y supo que hasta que no hablase con él, no lograría hacer nada bien.

Dejó de escribir, limpió el instrumental, y abandonó el *scriptorium* dispuesta a recuperar al hombre que amaba.

El mismo soldado que vigilaba el *scriptorium* le informó que encontraría a Hóos Larsson en el túnel que comunicaba los almacenes con la fortaleza. Cuando Theresa llegó a la galería, lo halló cargando unos sacos de trigo sobre una carreta. Al principio Hóos se mostró remiso, pero cuando ella insistió, dejó lo que estaba haciendo para atenderla.

Ella le habló de sus ilusiones y sus necesidades. Le contó que soñaba con despertar cada mañana a su lado, coserle la ropa, limpiar la casa y el huerto, aprender a cocinar para atenderle como se merecía... Incluso le pidió perdón por si, sin pretenderlo, hubiese cometido alguna torpeza. Él, sin embargo, la escuchó distante, como impaciente por que terminara. Cuando ella le exigió una respuesta, Hóos se refugió en las pocas horas que había dormido por intentar localizar a su padre. Le informó que



había interrogado a media ciudad, escudriñado cada rincón, pero que era como si se lo hubiera tragado la tierra. Sus palabras la conmovieron.

—Entonces, ¿aún me quieres?

Por toda respuesta, Hóos la besó, haciendo que sus temores se desvanecieran. Theresa se sintió feliz. Aún abrazados, ella le refirió el episodio de Zenón y cómo éste la había guiado hasta la cripta.

—Pero ¿por qué no me lo contaste antes? —Se separó sorprendido.

Theresa alegó que él siempre andaba ocupado. Además, le horrorizaba que alguien la escuchase e intentase capturar a su padre.

—Le acusan de asesinato —adujo.

Hóos le confirmó que lo sabía, pero Theresa insistió en que su padre era inocente. Zenón le había amputado un brazo y podía atestiguarlo. Luego rompió a llorar desconsolada. Hóos se mostró atento, abrazándola con dulzura. Le acarició el pelo mientras le aseguraba que a partir de ese momento todo cambiaría, e insistió en que le disculpara por su conducta tan necia. Le explicó que los acontecimientos le habían abrumado, pero que la quería con locura y la ayudaría a encontrar a Gorgias.

—Visitaré la cripta de la que hablas. ¿Alguien más conoce su paradero?

Le respondió que sólo Alcuino estaba al corriente de su existencia.

Hóos sacudió la cabeza mientras le repetía que desconfiara. Luego le pidió que volviera al *scriptorium*. En cuanto averiguara algo, pasaría a recogerla.

De camino al *scriptorium*, Theresa recordó que, según Alcuino, Genserico ya estaba muerto cuando fue acuchillado, y al instante se dijo que Hóos debería conocer aquel extremo. Había jurado a Alcuino guardar silencio, pero en realidad tal juramento atañía al documento, no



a un asunto que podría resultar vital para su padre. Así pues, retrocedió hasta la parte del túnel donde había dejado a Hóos, para descubrir que en el lugar sólo quedaban unos sacos de grano abandonados. Extrañada, miró alrededor y observó una portezuela lateral de la que procedían unas voces. Empujó la puerta y avanzó por un estrecho corredor en cuyo fondo le pareció distinguir dos siluetas tenuemente iluminadas. Una de ellas aparentaba ser un clérigo. La otra pertenecía a Hóos Larsson. Continuó hasta que, sorprendida, advirtió que discutían sobre ella.

—Te repito que esa joven es un problema. Si conoce la ubicación de la cripta, puede contárselo a cualquiera. Debemos eliminarla —afirmó el hombre de la sotana.

A Theresa le palpitó el corazón.

—¿Y también a los demás? La muchacha confía en mí y hará cuanto yo diga. No sabe lo de las niñas, ni lo de su padre y la mina —comentó Hóos—. Cuando concluya el documento ya nos desharemos de ella.

El clérigo meneó la cabeza pero se mostró de acuerdo. Al punto, Hóos Larsson dio por concluida la conversación y sin despedirse se encaminó hacia la puerta. Cuando Theresa se percató corrió por el pasillo hasta llegar al exterior, pero al salir tropezó con un saco de grano y cayó al suelo sobre ellos. Al girarse para levantarse, Hóos le tendía un brazo para ayudarla.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sin soltarla.

—Regresé para decirte que te quería —mintió temblando.

—¿En el suelo? —Hóos se había fijado en la puerta que él había dejado entornada, pero no comentó nada.

—Con la oscuridad me caí.

—Bien. Dímelo.



—¿Que te diga el qué? —preguntó azorada.

—Que me amas. ¿No habías venido a eso?

—¡Ah! Sí. —Tembló mientras forzaba una sonrisa.

Hóos la atrajo hacia él sin soltarle el brazo y la besó en los labios. Ella se lo permitió.

—Ahora vuelve al *scriptorium*.

Cuando por fin la soltó, Theresa odió con toda su alma aquella serpiente tatuada.

No lograba asimilarlo. La sola idea de que Hóos, la persona a quien se había entregado, pretendiera asesinarla, le impedía pensar con claridad. Corrió hacia el *scriptorium* sin mirar por dónde pisaba. Tan sólo vagaba como una proscrita a la que persiguiera una jauría de alimañas. Intentó explicarse cómo podría haber sucedido, pero no encontró ninguna justificación. Las imágenes de su padre en la mina se arremolinaban con las de Hóos haciéndole el amor. Mientras corría, las lágrimas le entorpecían la visión. ¿Quién sería el clérigo a quien había visto de espaldas? ¿Tal vez el propio Alcuino?

Cuando llegó al *scriptorium* lo encontró vacío, pero el centinela le permitió entrar porque gozaba de su confianza. Buscó el documento en que estaba trabajando pero no lo encontró, así que supuso que Alcuino o Wilfred se lo habrían llevado. Sin embargo, bajo unos pergaminos halló la Vulgata esmeralda de su padre. La cogió junto a un par de plumas y se marchó con la intención de escapar de la fortaleza.

Caminó por los pasillos evitando los rincones, como si temiese que alguien pudiese saltar para detenerla. Al pasar junto a la sala de armas,



un hombre con sotana se interpuso en su camino. A Theresa se le heló la sangre; sin embargo, el religioso sólo le señaló una pluma que acababa de caérsele. La joven la recogió, se lo agradeció y siguió andando, apresurando cada vez más el paso. Bajó las escaleras y giró por la galería que comunicaba el recibidor con el claustro. Desde allí saldría al patio, y después a las murallas.

Avanzaba con la cabeza baja intentando ocultarse bajo su capa, cuando de repente divisó a Hóos y Alcuino hablando al otro extremo del claustro. Hóos también la vio. Ella esquivó su mirada y continuó caminando, pero Hóos se despidió de Alcuino y se dirigió rápido hacia ella. Theresa casi había ganado la salida. Salió al patio y echó a correr, pero al aproximarse a la muralla comprobó con horror que las puertas se encontraban cerradas. Miró hacia atrás y vio a Hóos avanzando despacio pero con determinación. El corazón le palpitó. Se volvió de nuevo, desesperada, buscando una escapatoria. En ese instante descubrió a Izam montado a caballo junto a las cuadras. Corrió hacia él y le pidió que la subiera. Izam no entendió pero tendió su mano y la izó a la grupa. Entonces ella le suplicó llorando que la sacara de la fortaleza. Izam no le preguntó nada. Espoleó el caballo y ordenó a gritos que abriesen las puertas. Instantes después, con Hóos maldiciendo su suerte, atravesaban las murallas y abandonaban la ciudadela.

Izam guió la montura por el hormiguero de callejuelas hasta alcanzar unas chozas abandonadas en el arrabal de extramuros. Allí desmontó junto a una suerte de establo que parecía abandonado, condujo el caballo al interior, y lo ató a una baranda. Luego amontonó un poco de paja que ofreció a Theresa para que se aposentara. Cuando le pareció que se sosegaba, le preguntó qué le sucedía. Ella intentó responder, pero el llanto se lo impidió. Por más que lo intentó, Izam no logró consolarla. Al cabo de un rato, Theresa agotó las lágrimas y se abandonó a la



melancolía. Él, sin saber por qué, se atrevió a abrazarla, y a ella le reconfortó pensar que alguien la protegía.

Cuando por fin se calmó, le refirió el episodio del túnel. Le contó que había escuchado a Hóos amenazar con matarla, y también que éste conocía el paradero de su padre. Hubo de explicarle que Gorgias no era un asesino, y que debían localizarle porque sin duda se encontraba en peligro. Sin embargo, Izam la persuadió para que continuara su relato. Ella le contó cuanto sabía, a excepción de lo del documento de Constantino. El joven la escuchó con atención y se interesó sobre el papel de Alcuino, sin que Theresa acertara a responderle. Izam lo meditó con detenimiento y finalmente decidió que la ayudaría.

—Pero habrá de ser mañana. Está anocheciendo, y adentrarnos ahora en la mina supondría un regalo para los bandidos.

Theresa maldijo una y mil veces a aquellos sajones a quienes odiaba con toda su alma. Recordó la agresión sufrida tras huir de Würzburg, el cruento asalto durante la travesía en barco, y cómo, para una vez que podían haber acertado, habían dejado con vida al cabrón de Hóos Larsson. Le extrañó escuchar cómo Izam la corregía.

—No creo que sean sajones. Si acaso algunos proscritos. El populacho no los distingue porque identifican al pagano con el mal, y al mal con el sajón, pero los sajones que aún resisten se refugian en el norte, más allá de la frontera del Rin.

—Da igual bandidos que sajones. Todos son nuestros enemigos.

—Desde luego, y yo los combato con todas mis fuerzas, pero por extraño que te parezca, nunca he odiado a los sajones. Al fin y al cabo, esa gente defiende su territorio, a sus hijos, sus creencias. Son toscos, sí. Y crueles. Pero ¿cómo te comportarías tú si una mañana, al levantarte, encontraras a un ejército arrasando cuanto tuvieses? Esos paganos



luchan por lo que han mamado desde niños, por una forma de vida que unos extraños venidos de lejos intentan arrebatarnos. He de confesar que en ocasiones he admirado su valor y ambicionado su energía. Incluso creo que realmente odian a Dios, porque a menudo combaten como diablos. Pero te aseguro que sólo son culpables de haber nacido en el lugar equivocado.

Theresa lo miró desconcertada. Aunque como cualquier humano, los sajones también fueran hijos de Dios, ¿cómo guiarles hacia la Verdad si se negaban a aceptarla? Y en cualquier caso, ¿a quién demonios le importaban los sajones? Hóos sí que era un verdadero diablo, y de la peor calaña que alguien pudiera echarse a la cara. El único hombre que la había hecho estremecer no era más que un embaucador al que, ahora, odiaba con tal fuerza que sería capaz de despedazarlo con sus propias manos. Se lamentó por haber sido tan ingenua; por haber deseado casarse con él y entregarle su vida a una alimaña como aquélla.

Incapaz de discernir entre la rabia y el frío, olvidó cuanto se refería a Hóos y se recostó sobre el pecho de Izam. Su calidez la reconfortó. Cuando le preguntó dónde pernoctarían, se sorprendió al escuchar que permanecerían en el cobertizo porque él no confiaba en nadie de la fortaleza. El joven la cubrió con su capa y sacó un poco de queso que guardaba en su talega. Cuando se lo ofreció, Theresa rehusó, pero Izam separó una porción y la obligó a comer. La boca de ella rozó sus dedos.

Mientras la joven lo paladeaba, Izam lamentó no disponer de más queso para volver a rozar sus labios. Seguidamente recordó el día en que se conocieron. En aquella ocasión le había atraído su aspecto cortés, sus ojos almibarados y su cabello revuelto, tan distinto al de las sonrosadas mozas rellenitas que poblaban Fulda. Pero después había sido su carácter atrevido e impetuoso lo que le había cautivado. Curiosamente, el que ella supiera leer, algo que contrariaría a cualquier hombre normal,



a él le fascinaba. Le encantaba el afán con que ella le escuchaba, y a su vez él disfrutaba oyéndola contar vibrantes historias de su natal Constantinopla.

Y ahora se encontraba junto a ella, protegiéndola de no sabía qué extraña historia, de la que desconocía cuánto era verdad y cuánto fantasía.



Capítulo 28

Cuando las voces despertaron a Gorgias, ya anochecía en la mina. Sólo tuvo tiempo de cubrirse con el jergón y echarse a un lado para ocultarse. Al caer sobre el muñón, el dolor le atravesó. Se agazapó como pudo y aguardó en silencio mientras rogaba a Dios que la noche le protegiera. Luego, resguardado por las sombras de los barracones, escuchó que las voces se aproximaban hasta transformarse en un par de individuos que portaban unas teas. Uno de ellos era alto y rubio; el otro parecía un cura. Los extraños se separaron y husmearon por el barracón, apartando los utensilios a patadas. Por un instante, el rubio se acercó a su escondrijo mientras el otro aguardaba. Gorgias pensó que le descubriría, pero finalmente el rubio se giró, le hizo una seña al clérigo y ambos depositaron dos bultos a escasos pasos de donde él se escondía. Después dieron media vuelta y, tal como habían venido, desaparecieron en la negrura.

Gorgias aguardó agazapado hasta cerciorarse de que no regresaban. Pasado un rato, asomó la cabeza y detuvo la mirada en los fardos abandonados. De repente uno de ellos se movió, haciendo que Gorgias diera un respingo. Mientras esperaba, pensó si no se trataría de alguna fiera herida, de modo que cuando cesaron los movimientos decidió asegurarse. Con dificultad abandonó su escondrijo y se arrastró hacia los dos bultos.



Casi no podía avanzar. La última semana su brazo había empeorado tanto que había pasado varios días tumbado sin probar bocado. La fiebre le decía que se estaba muriendo. De haber encontrado fuerzas habría regresado a Würzburg, pero hacía tiempo que los temblores le habían robado el aliento.

Alcanzó el primer fardo y lo tanteó con una vara. Al apretarlo, advirtió que cedía y se agitaba, y retrocedió cuando exhaló el primer lamento. Guardó silencio para al instante volver a percibirlo, esta vez entrecortado, casi como un gemido. Asustado, se acercó despacio para descubrir el envoltorio y, atónito, hizo lo propio con el otro. Cuando terminó, sus ojos eran dos enormes platos. Ante él, amordazadas con paños de cocina, yacían las dos gemelas de Wilfred.

Al instante desenlazó las ligaduras que las retenían, incorporó a la que respiraba y palmeó con nerviosismo la cara de la que dormía. Esta última no reaccionó. Supuso que estaba muerta, pero al levantarle la barbilla la chiquilla tosió y comenzó a llorar, pidiendo entre balbuceos que viniera su padre. Gorgias se dijo que si aquellos hombres las oían, regresarían y les matarían, así que agarró como pudo a las niñas y se arrastró hasta una de las galerías, donde se refugió confiando en que la piedra amortiguase el llanto de las pequeñas. Sin embargo, una vez dentro, se sumieron en un extraño letargo que las mantuvo dormidas.

Como en los días precedentes, Gorgias apenas concilio el sueño. Aunque la fiebre le devoraba, la presencia de las chiquillas le había devuelto un punto de lucidez del que hacía tiempo carecía. Se levantó y las contempló a su lado. Sus rostros se veían ligeramente amoratados, así que las despertó meciéndolas con timidez, como si temiera hacerles daño. Cuando lo consiguió, incorporó a la más espabilada, a la que arregló los rizos y sentó como a un muñeco de trapo. La cría se tambaleó un poco, pero conservó el equilibrio tras darse un coscorrón contra la



vagoneta en que la había apoyado. A Gorgias le pareció atolondrada, porque no se quejó. Sin embargo, la otra pequeña continuaba abotargada. Casi no le percibía el pulso. Vertió sobre su cabeza un poco del agua que conservaba en la galería, pero tampoco reaccionó. Ignoraba si por ese motivo las habrían abandonado, pero si no las conducía a Würzburg, perecerían sin remedio.

Con el sol despertando, decidió sacarlas al exterior. Fuera sintió frío, presagio de tormenta. Se preguntó cómo haría para trasladarlas, si él apenas se mantenía en pie. Deambuló por los alrededores hasta encontrar un arcón de madera al que ató una cuerda, anudó el extremo a su cintura y luego lo arrastró por el fango hasta donde había dejado a las chiquillas. Con cuidado las acomodó en su interior, explicándoles que era una pequeña carroza, pero las crías continuaron aturdiditas. Les acarició el cabello y tiró de la cuerda. El arcón no se movió. Apartó las piedras que lo entorpecían y volvió a tirar. Entonces la caja se deslizó pesadamente, siguiendo a Gorgias camino de Würzburg.

No había avanzado ni media milla cuando se hundió en el barro. La primera vez se levantó. A la segunda, cayó desfallecido.

Permaneció tumbado de bruces hasta que el llanto de una pequeña le impulsó a continuar, pero no encontró fuerzas para incorporarse. Tan sólo jadeó como un animal herido. Como pudo, se arrastró hasta un recodo apartado del camino. Luego, mientras recuperaba el resuello, se dio cuenta de que nunca lograría su propósito. El muñón volvió a dolerle punzándole hasta el pulmón, aunque ya no le importó. Se apoyó contra la pared de roca y lloró de desesperación. No le preocupaba su vida, pero ansiaba proteger la de aquellas dos pequeñas.



Desde el recodo donde se encontraba, contempló Würzburg en la lejanía. Allá en el valle admiró el enjambre de casuchas apiñadas tras las murallas, vigiladas desde la cima por las torres de la fortaleza. Añoró el cielo limpio surcado por las columnillas de humo que emergían de los hogares, y los primeros verdes guarneciendo unos campos que le parecieron inalcanzables. Le consoló pensar que bajo aquella tierra descansaba ya su hija, con quien pronto se reuniría.

De repente, al reparar en las fumarolas, tuvo una idea. Sacó a las chiquillas de la caja y las apartó a un lado. Luego, con sus últimas fuerzas, pateó el arcón hasta reducirlo a un montón de astillas. A continuación extrajo su eslabón y sujetó con los pies el pedernal para dirigir las chispas hacia el paño seco con que había cubierto las tablillas. Después rascó el acero, rogando a Dios que el lienzo prendiera, pero ninguna súplica logró su propósito. Aun así, insistió una y otra vez hasta que las fuerzas le abandonaron. Luego, hastiado, arrojó el eslabón maldiciendo su mala fortuna.

Pasado un rato, se acordó del documento que había escondido sobre una viga en los barracones de la mina. Pensó que el pergamino resultaría ideal como yesca, pero cuando se levantó con la intención de recuperarlo, todo le dio vueltas.

Comprendió que nunca saldría de allí. Las niñas continuaban calladas, como si un narcótico las mantuviese aturdidas. Se arrastró hasta el eslabón para intentarlo de nuevo. Agarró el acero con todas sus fuerzas y lo descargó sobre el pedernal. Para su sorpresa, las chispas brotaron como un torrente luminoso esparciéndose sobre el cedazo de lana. Repitió con fuerza el proceso, soplando sobre las chispas, frotando con toda su alma. De repente un punto del paño se encendió. Gorgias volvió a soplar hasta que a su lado apareció otra mota dorada que de inmediato cambió a rojo intenso. Espoleado, siguió frotando el eslabón mientras las



partículas incandescentes se multiplicaban. Luego brotaron pequeños hilos de humo que se fueron densificando, hasta que por fin una vibrante llama se apoderó del cedazo.

Rezó por que alguien en Würzburg divisara la hoguera. En tal caso, esperaría a que ese alguien se aproximara y, tras asegurarse de que localizaba a las niñas, huiría de nuevo a las montañas. En ese instante advirtió que el fuego comenzaba a flaquear, así que alimentó las llamas con las tablillas que habían quedado sueltas. Sin embargo, la hoguera devoraba cuanto recibía con la misma celeridad que se lo suministraba, y poco a poco comenzó a ceder hasta quedar reducida a un montón de ascuas.

Cuando expiró el último rescoldo, Gorgias lo contempló con amargura. Llevado por una idea necia, había destruido el único medio del que disponía para transportar a las chiquillas, de forma que ahora sólo le restaba esperar a que el frío y las fieras acabaran con sus vidas. Se despojó de su capa y abrigó a las gemelas. Por un momento imaginó que la más despierta le sonreía. Luego se acurrucó junto a ellas para protegerlas con su cuerpo, y se quedó adormecido, soñando con su hija.

Supo que había muerto porque nada más abrir los párpados se encontró frente a Theresa. La vio envuelta en un halo blanco, radiante de alegría, con sus ojos color miel grandes y húmedos; su pelo revuelto que nunca se arreglaba; su voz cariñosa y acogedora. Creyó sentir sus abrazos, sus palabras alentándole. Le acompañaba un ángel de cabello oscuro y gesto amable.

Intentó hablarle, pero sólo consiguió exhalar un lamento. De repente sintió que lo incorporaban. Entre tinieblas, advirtió que a su lado



continuaban las dos pequeñas. Luego se fijó en los restos de la hoguera. Sin comprender, miró de nuevo a Theresa. Después se dejó acoger por sus abrazos y volvió a perder la consciencia.

Pese a procurarlo, Izam no consiguió sosegar a Theresa.

La joven había ansiado tanto encontrar a su padre, que cuando aquella mañana divisó la fogata en los aledaños de la mina había llorado, dando por cierto que lo hallaría con vida. Luego, tras coronar el sendero y descubrir a Gorgias abrazado a las niñas, había corrido hacia él sollozando de alegría, y al comprobar que aún vivía, lo había abrazado mil veces hasta que Izam le sugirió regresar a la villa.

Emprendieron el camino de vuelta con Theresa guiando el caballo, Izam a pie con las dos niñas, y Gorgias hecho un fardo, inconsciente, sobre la montura. Al principio Theresa desbordaba felicidad: hablaba a su padre aunque éste no la oyera, explicándole dónde había estado, qué había ocurrido en Fulda y cuánto le había añorado. Sin embargo, conforme avanzaban reparó en que él no sólo no la atendía, sino que la herida del muñón hedía a animal muerto. Tras comentárselo a Izam, éste frunció los labios y denegó con la cabeza.

—Quiero decir... Tendrá que atenderle el físico —se corrigió al darse cuenta de su gesto—. Seguro que lo remedia.

Pese al añadido, no pudo evitar el que Theresa se alarmara, de modo que para distraerla le habló de las gemelas.

—Alguien tuvo que dejarlas en la mina —le comentó.

Theresa no contestó porque era obvio que su padre no habría podido acarrear ni una gallina.



Habían cubierto la mitad del camino cuando, de repente, tras superar un repecho, divisaron una turba de campesinos que se dirigía hacia ellos blandiendo horcas y guadañas. La encabezaba un grupo de soldados que nada más verles les dieron el alto. Izam supuso que buscaban la recompensa de Wilfred; lo que no entendía era cómo les habían encontrado. Por fortuna, distinguió a Gratz, uno de sus hombres de confianza, a quien recurrió para que los arqueros depusieran sus armas. Sin embargo, para cuando el soldado obedeció, varios campesinos cegados por la codicia ya corrían hacia ellos. De inmediato Izam dejó a las niñas en el suelo y desenvainó su espada, pero antes de utilizarla, una flecha abatió al primero de los campesinos. Izam miró a Gratz, quien aún sostenía el arco. Los otros campesinos se detuvieron en seco como lazados por una cuerda tensa. Uno de los lugareños dejó caer su arma al suelo y los demás le imitaron. Luego los soldados se adelantaron, apartaron a empellones al grupo de exaltados y ofrecieron sus caballos a Izam y las gemelas.

De regreso en Würzburg, Gratz informó a Izam que un anónimo había revelado el paradero de las niñas.

—Por lo visto, un encapuchado se lo confesó a un sacerdote, que a su vez lo trasladó a Wilfred. Esta mañana nos ordenaron que organizáramos la batida.

A Izam le extrañó la coincidencia de que el delator conociera el paradero, y a la vez culpaba a Gorgias de retener a las gemelas.



Le agradeció a Gratz su intervención y continuaron cabalgando hasta las puertas de la ciudadela, donde una muchedumbre aguardaba enardecida.

Nada más abrirse las puertas, vieron a Wilfred en su carromato. El conde hizo restallar el látigo y los perros tiraron del artefacto, que avanzó torpemente por el camino, dejando atrás a Alcuino, Zenón y Rutgarda, pendientes de cuanto sucedía. Cuando el tullido alcanzó el umbral de la muralla, Izam se adelantó con las dos chiquillas. En el instante en que Wilfred las abrazó, todo el pueblo celebró el fin de la pesadilla.

Ya en la fortaleza, Theresa se mordió las uñas a la espera de que Zenón y una matrona examinasen a las niñas. A su conclusión, tanto el físico como la mujer determinaron ausencia de violencia. Pronto se restablecerían. Cuando Zenón fue a atender a Gorgias, Wilfred se lo impidió. Seguidamente ordenó su traslado a las mazmorras.

Theresa suplicó una y otra vez que lo auxiliaran, pero Wilfred se mostró inflexible, hasta el punto de advertirle que si seguía insistiendo, también la encerraría a ella. La joven afirmó que no le importaba, pero Izam la arrastró a otra sala por la fuerza.

—¡Déjame! —Le golpeó entre sollozos.

Izam la abrazó e intentó tranquilizarla.

—¿No comprendes que así no conseguirás nada? Luego haré que lo atiendan —le prometió.

Theresa se dejó llevar porque los nervios la vencían. De vuelta en la sala capitular, advirtió la presencia de Hóos departiendo con Alcuino.



Instintivamente se apartó de él para apretarse contra Izam. Éste se dirigió hacia él, pero antes de alcanzarle, Hóos dio media vuelta y se retiró de la estancia.

Izam y Theresa comieron juntos en uno de los establos, rodeados de heno y paja. Mientras compartían el guiso, Izam se sinceró. Le dijo que a excepción de dos o tres subordinados, no sabía de quién fiarse.

—Ni siquiera de ese Alcuino. Le conozco de la corte, sí. Es un hombre sabio y bien considerado, pero no sé... Con todo lo que me has contado...

Theresa asintió sin prestar atención, porque en aquel momento lo único que le importaba era que atendiesen a su padre lo antes posible. Cuando se lo recordó a Izam, éste le aseguró que buscaría a Zenón después de comer. Ya se había informado, y únicamente habría de ocuparse de pagarle lo suficiente.

—Argumentaré que preciso interrogar a tu padre. No creo que me pongan ningún inconveniente.

Theresa le rogó que le permitiera acompañarle, pero Izam arguyó que en tal caso sospecharían.

—Pues soborna a quienes le custodian, o di que mi presencia es necesaria para que hable.

—¡Claro! Tú, yo, Zenón... ¿y cuántos más? Esto no es un banquete de bienvenida.

Theresa lo miró anonadada. De repente soltó el plato y corrió hacia la salida. Izam comprendió que le había respondido con demasiada brusquedad, así que la alcanzó y se disculpó por su torpeza. Admitió que se encontraba nervioso porque desconocía a quiénes se enfrentaba.

—¿Acaso no viste a Wilfred? De haber podido, habría matado a tu padre con la mirada —dijo.



—Si es cuestión de dinero, por el amor de Dios, dímelo. En Fulda dispongo de tierras. —Olvidaba que Izam ya lo sabía.

—No es cuestión de... ¡Maldición, Theresa!, han matado a dos personas; a tres si contamos al *percamenarius*. Y dos chiquillas están no sé si enfermas, o qué demonios les pasa. Si no andamos alerta, los siguientes seremos nosotros.

Theresa se mordió los labios, pero insistió en ver a su padre. Izam comprendió que no desistiría. Entonces él le hizo prometer que se mantendría a su lado hasta que todo se aclarara.

—¿Y el *scriptorium*? Le prometí a Alcuino que le ayudaría.

—¡Por Dios! ¡Olvida el *scriptorium*, a Hóos y al maldito Alcuino! Y ahora encontremos a ese físico antes de que acabe con todo el vino de las bodegas.

Localizaron a Zenón en una casucha, atendiendo a un lugareño que había perdido tres dientes en una pelea. Mientras el físico terminaba con él, le preguntó por el motivo de su presencia, pero Izam disimuló interesándose por el estado de las gemelas. Cuando el herido se retiró, Izam le reveló sus verdaderas intenciones.

—Lo siento, pero Wilfred me ha prohibido que le atienda —se disculpó el físico mientras se secaba la sangre de las manos—. Aunque no entiendo el porqué: al fin y al cabo, ese escriba va a espicharla de todas formas.

Al escuchar su pronóstico, Izam se alegró de que Theresa aguardara fuera.

—Si va a morir, lo mismo dará que le veas. —Hizo sonar su bolsa.

Terminó de convencerle asegurándole que se las arreglaría para sustituir al vigilante de Wilfred por alguien de su confianza: Zenón



solicitó el pago por adelantado, pero Izam sólo le ofreció un par de monedas. Cuando fue a apropiárselas le sujetó la muñeca.

—Un aviso: ve sobrio, o serás el próximo a quien tengan que arreglar la boca.

Zenón sonrió estúpidamente. Antes de separarse, acordaron encontrarse tras el oficio de *sexta*, hora para la que Izam suponía habría persuadido a Wilfred de que incrementase la vigilancia en las mazmorras. Luego acompañó a Theresa a su celda para que tomase lo que precisara, porque no quería que permaneciera más tiempo allí. La joven cogió algo de ropa, un buril y sus tablillas de cera. Después se dirigieron a la celda de Izam.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó ella una vez cerrada la puerta.

Izam se despojó de la espada, que arrojó sobre la mesa. Le dijo que le propondría a Wilfred aumentar la guardia con uno de sus hombres; luego esperaría a que el centinela de Wilfred se ausentara.

—Ya encontraré la forma de que sea Gratz quien vigile la puerta.

Le pidió que aguardase allí y que bajo ningún concepto abandonara la estancia. Luego se pertrechó con un puñal que escondió bajo su capa. Cuando marchaba, Theresa le detuvo. Tenía miedo de que Hóos la atacara, pero él le aseguró que eso no ocurriría. Salió al pasillo y llamó al soldado que montaba guardia. El jovenzuelo, un imberbe comido por los granos, asintió con presteza cuando le ordenó que nadie franqueara la puerta. Después de que Izam se fuera, Theresa se acurrucó sobre el jergón a esperar su regreso.



Theresa permaneció mirando el techo, especulando sobre el motivo que habría llevado a Wilfred a confinar a Gorgias en una mazmorra, pero pasado un rato decidió ojear la Vulgata que aún llevaba en su talega. Acercó el códice a la ventana y, tras encontrar el versículo de Tesalonicenses, repasó las indicaciones que su padre había escrito con tinta aguada. En total contabilizó sesenta y cuatro frases, o más bien sesenta y cuatro líneas, ya que éstas no se correspondían con sentencias o párrafos, sino que formaban sucesiones de palabras inconexas, todas relacionadas con el famoso pergamino. Lo sacó de la talega, pero no le sirvió de nada. Sabía que aquellos textos debían encerrar un sentido, así que se ocupó en transcribir cada palabra a sus tablillas de cera. Cuando terminó, depositó las tablillas sobre el jergón y con el puñal que le había dejado Izam raspó el texto oculto de la Vulgata. Luego cerró el códice, ocultó el pergamino de Gorgias bajo su falda, y esperó a que Izam regresara.

Había transcurrido un suspiro cuando se sucedieron varios golpes al otro lado de la puerta. Al oírlos, Theresa dio un respingo y retrocedió hasta chocar contra la pared. La piedra helada le punzó las paletillas. En ese instante un alarido la sobresaltó. Se tapó la boca y trepó al alféizar de la ventana, mientras un charco de sangre fluía por debajo de la puerta. Alguien accionó el picaporte. Theresa volvió la cara hacia el exterior. Al otro lado de la ventana le aguardaba el foso. Si caía, moriría. De repente, un estruendo hizo saltar el picaporte. Theresa se santiguó y desplazó el cuerpo hacia fuera, aferrándose a unos salientes. Colgada sobre el vacío, rogó a Dios que la ayudara. Mientras, al otro lado de la ventana, alguien destrozaba la celda. Pronto los brazos comenzaron a temblarle, anunciándole que cederían. Miró alrededor y descubrió el clavo que las ventanas solían alojar bajo el pretil para orear los alimentos. Si lo agarraba se desgarraría la mano, pero tal vez pudiera engancharlo a su



ropa. Buscó la forma de hacerlo, pero su mano resbaló. Entonces, justo en el momento que su otra mano perdía asidero, prendió su hábito por la pechera. Por un instante se sintió caer al vacío, pero de repente una mano la aferró por la muñeca. Theresa gritó e intentó soltarse, pero otra mano la agarró, izándola hacia la ventana. Pensó que iban a apuñalarla. Sin embargo, su miedo se desvaneció cuando al otro lado de la Lucerna apareció el rostro amable de Izam. Tras introducirla en la celda, la abrazó con fuerza y le pidió que se calmara.

Aún confundida, la muchacha ayudó a recoger los utensilios esparcidos por el suelo mientras Izam se ocupaba del centinela que yacía tendido bajo el quicio de la puerta. Theresa supuso que estaba herido, pero el reguero de sangre le hizo comprender que lo habían matado. Entre sollozos, se dejó caer abatida. Izam le preguntó por los autores, pero ella no los había visto. Después de buscar por todas partes, Theresa descubrió que le habían robado la Vulgata.

Un par de domésticos se encargaron del cadáver. Luego, tras las pertinentes explicaciones, Izam y Theresa recogieron sus pertenencias para trasladarse a un lugar seguro. Aunque Theresa lamentó la pérdida de la Biblia, agradeció que los asaltantes hubieran despreciado las tablillas en que había reproducido las frases de la Vulgata. Mientras caminaban hacia uno de los patios, atribuyó a Alcuino el asalto, pues era el único que conocía la existencia del mensaje entre líneas.

—Tuvo que ser él —le repitió a Izam.

Decidieron pedir explicaciones al fraile, pero encontraron el *scriptorium* vacío y su puerta asegurada.



Hicieron tiempo en uno de los atrios, preguntándose sobre la naturaleza del mensaje oculto en la Vulgata robada. Theresa le confió que no había conseguido descifrar ni una palabra.

—Pero mi padre nos ayudará —afirmó confiada.

Izam asintió. Luego miró al cielo para consultar la hora. Pronto acudiría el físico para intentar asistir a Gorgias.

Minutos después de lo acordado, Zenón apareció provisto de su talega. Olía a vino, aunque no más que cuando Izam había hablado con él por la mañana. Le pagó la cantidad acordada y juntos se dirigieron hacia las mazmorras.

A Theresa le sorprendió escuchar que para custodiar a los reclusos utilizaban unas antiguas fresqueras. Éstas consistían en unos agujeros similares a silos excavados en la roca, los cuales, tras llenarlos con nieve, permitían conservar los alimentos hasta la llegada del verano. Como en invierno no eran necesarias, en ocasiones las usaban como almacenes, o llegado el caso, como calabozos improvisados.

—En otros sitios las emplean con los ladrones, pero nosotros metemos a los criminales —presumió Zenón como si él fuera el responsable—. Los arrojamamos al pozo y de ahí no salen hasta que revientan. A veces, según el crimen, les echamos pan desde arriba para disfrutar viendo cómo se matan por unas migas, pero al final se pudren como alimañas.

Izam le pidió que se ahorrara los detalles, pero Zenón continuó la cháchara como si Theresa no estuviera allí. Sólo cuando Izam lo cogió por la pechera dejó la lengua tranquila.

Las fresqueras se encontraban situadas en un sótano ubicado bajo las cocinas, al que se llegaba, bien desde las bodegas, bien desde un acceso cercano a las caballerizas. Ellos emplearían el primero, pues el otro era



un conducto estrecho que sólo se utilizaba para arrojar la nieve acarreada por las monturas.

Cuando llegaron a la fresquera se encontraron con Gratz, el centinela apostado por Izam. El hombre les urgió a que se apresuraran, pues no sabía en qué momento regresaría el otro guardia, a quien había entretenido con la ayuda de una prostituta. Zenón e Izam descendieron a la fresquera utilizando una escala de madera que dispuso Gratz, pero Theresa aguardó arriba porque Zenón dijo que les estorbaría. Desde el brocal, Theresa observó cómo el físico, tras inspeccionar la cicatriz del hombro de Gorgias, meneaba la cabeza. Su padre apenas si balbuceaba, aunque apreció un quejido vivo cuando Izam lo incorporó para que el físico lo examinara. Zenón extrajo un tónico que le dio a beber, pero Gorgias lo vomitó, haciendo que el físico le maldijera. Luego éste se levantó y trepó por la escalera.

—Baja si quieres —le dijo a Theresa.

—¿Cómo está? —preguntó ella.

Zenón escupió al suelo. Sin contestar, dio un trago al tónico y se apartó de la fresquera. Theresa deseó que el físico también vomitara. En ese instante, Izam la apremió para que descendiera.

Ya abajo, la muchacha encontró que su padre la miraba con extrañeza.

—¿Eres tú? —suspiró.

Theresa lo abrazó, intentando que no apreciase las lágrimas que derramaba.

—¿Eres tú, pequeña?

—Sí, padre, soy yo, Theresa. —Lo besó, mojándole con su llanto. Gorgias apenas la miraba; era como si sus ojos ya no le pertenecieran—. Le sacaré de aquí. Todo se arreglará —le prometió mientras lo besaba.



—El documento...

—¿Qué decís, padre?

—El pergamino... —repitió Gorgias en un susurro, con las pupilas contraídas.

Theresa rompió a llorar. Los ojos de su padre eran dos cuentas opacas.

—Se oyen ruidos —la avisó Izam.

Ella no le escuchó. Izam la cogió del brazo, pero ella se resistió.

—*Sic erunt novissimi primi, et primi novissimi...* —pronunció Gorgias con un hilo de voz.

—¡Vayámonos o nos descubrirán! —exigió Izam.

—¡No puedo dejarle aquí! —sollozó Theresa.

Izam la cogió en volandas y la obligó a que subiera. Ya arriba, le aseguró que volverían por él, pero en ese momento debían escabullirse. Gratz retiró la escalera justo cuando el guardia de Wilfred regresaba canturreando y rascándose la entrepierna. Al guardián le extrañó la visita, pero unas monedas le convencieron de que Izam y Theresa acababan de llegar de las cocinas. Tras abandonar el lugar, ella comprendió que su padre jamás saldría con vida de la fresquera.

Izam resolvió que se alojarían en uno de los barcos fondeados en el embarcadero, para así contar con la protección de sus propios soldados. Una vez allí, cenaron del rancho antes de apartarse hacia los bancos de popa. Izam abrigó a Theresa, quien aceptó un trago de vino fuerte para combatir el frío de la cubierta. A ella le reconfortó su abrazo y, casi sin pretenderlo, recostó sobre él su cabeza.



Le habló de su padre; de su dedicación al trabajo y de cómo le había inculcado el amor por la lectura. Le describió las noches en que ella se levantaba para prepararle un caldo mientras él escribía a la luz de una bujía; sus esfuerzos para enseñarle no sólo latín, sino también el griego, los mandamientos y las Sagradas Escrituras. Le contó sus desvelos para que ella recordara su Bizancio natal.

Lloró.

Luego suplicó a Izam que liberara a su padre. Cuando él le contestó que debería hablar con Alcuino, Theresa se apartó sorprendida.

—¿Con Alcuino? ¿Qué tiene que ver él con la detención de mi padre?

Izam le informó que durante su conversación con Wilfred, éste le había asegurado que, de haber estado en su mano, ya habría ajusticiado al escriba.

—Pero, por lo visto, Alcuino se lo impidió, hasta que el enigma se resuelva.

—¿Qué enigma? —Y volvió a apoyarse en su pecho.

—Eso mismo pregunté yo, pero Wilfred tartamudeó y cambió de tema. En fin, lo importante es que tu padre continúa vivo; un milagro, teniendo en cuenta que lo encontraron con las gemelas.

—Pero tú sabes...

—La cuestión no es lo que tú y yo sepamos, sino lo que Alcuino crea. Él es quien manda, y es a él a quien debemos convencer si pretendemos que saquen a Gorgias de la fresquera.

Theresa se lamentó por haber concluido el pergamino. Lo había acabado la misma tarde que encerraron a su padre. Izam le aclaró que Alcuino era un hombre poderoso, mucho más de lo que ella imaginara.



—Ahí donde le ves, sólo el monarca le supera —agregó—. Bajo sus aires de fraile raso, bajo su porte flaco y desgarbado, bajo sus ademanes remilgados y su comportamiento sencillo, en realidad se esconde el hombre que con mano férrea domina los resortes de la Iglesia. Y quien domina la Iglesia, controla la urdimbre del imperio. Él guía a Carlomagno; es su luz, su sustento, su apoyo. ¿De quién nace si no la *Admonitio Generallis*, ese compendio de legislación canónica aplicada a cualquier súbdito, ya sea clérigo o campesino? Fue Alcuino quien prohibió la muerte por venganza, quien ordenó que los penitentes cesasen en sus desvaríos, quien prohibió que en domingo se trabajase, se celebrasen cacerías, mercados e incluso juicios. Alcuino de York: amable aliado, pero temible enemigo.

A Theresa le extrañó aquella revelación porque, a pesar de su agudeza, siempre había considerado a Alcuino poco más que un simple cura. Fue entonces cuando comprendió la disposición con que el fraile la había acogido, o la facilidad con que Carlomagno le había cedido las tierras de Fulda.

Mientras ella especulaba, Izam se retiró para organizar las guardias nocturnas. Ella se acurrucó bajo la manta, y bebió un largo trago de vino buscando que sus efectos le aclararan el entendimiento. La bebida la mareó. Desde que conociera a Alcuino, sus opiniones hacia él habían ido cambiando como el curso de una nuez en una cascada. A veces la había ayudado; otras muchas, confundido, y últimamente, asustado como el peor ser infernal a quien hubiera conocido. Porque eso era lo que pensaba de él: que era un monstruo del maligno. Estaba convencida: había sido él quien, para recuperar la Vulgata esmeralda, había asesinado al joven centinela. Sólo él estaba al corriente de su contenido, porque sólo a él se lo había revelado.

Hóos un traidor, y Alcuino un asesino... O al revés, le daba lo mismo.



Cuando Izam regresó, a Theresa le pareció más atractivo que nunca. Apuró el vino y le cogió la mano, sin entender por qué se sentía tan bien a su lado. Él la abrazó mientras ella cerraba los ojos. Soñó que la salvaba de sus problemas, de su incertidumbre, de sus miedos... Luego, un sopor la fue invadiendo, sintió cómo el calor la ruborizaba y, sin darse cuenta, se quedó dormida sobre el pecho de Izam.

De madrugada se despertó con un fuerte dolor de cabeza. Hacía frío, y el parsimonioso balanceo del barco la invitó a vomitar. Sin embargo, se contuvo mientras saltaba de bartulo en bartulo intentando localizar a Izam. Al otro extremo de la embarcación encontró a su ayudante Gratz, quien le informó que el ingeniero había partido a comprobar la situación de los otros barcos.

—Me ordenó que permanecieseis aquí hasta su regreso.

Theresa aceptó resignada. Tomó la hogaza de pan que Gratz le ofrecía y se dirigió de nuevo a popa, donde la mordisqueó mientras contemplaba la silueta de la fortaleza. El pan sabía a rancio, pero lo tragó sin reservas. Luego aprovechó el inicio de la mañana para repasar las tablillas de cera.

Para cuando el sol se elevó, el trasiego de marineros y herramientas no le había impedido estudiar los extraños párrafos extraídos de la Vulgata. Sin embargo, las distintas frases se entrecortaban y desordenaban en una suerte de trabalenguas que apenas entendía. Su única certeza consistía en que todas las frases se referían al documento de Constantino, al que aludían reiteradamente.

Se le ocurrió disponer las cuatro tablillas sobre la tapa de un tonel, como si el solo hecho de contemplarlas pudiera revelar su secreto. Entonces le vinieron a la mente las palabras de su padre.

«Sic erunt novissimi primi, et primi novissimi.»



¿Qué habría querido decir con ello? Se levantó y le pidió una Biblia a Gratz, quien le entregó la que custodiaban en el barco para que les protegiera durante las travesías. De nuevo a solas, buscó el capítulo vigésimo en el *Evangelium Secundum Matthaeum*: «*Sic erunt novissimi primi, et primi novissimi.*» «Los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos.» Examinó por completo los capítulos anterior y posterior sin hallar nada que la ayudara. Miró otra vez las tablillas e hizo lo propio con el versículo: «Los últimos serán los primeros», se repitió. Deslizó los dedos por los resaltes de la cera.

De repente lo entendió. Probó a leer en orden inverso, desde la última palabra hacia las primeras, y como por arte de ensalmo éstas se enlazaron en nítidas frases que se alicataron hasta formar párrafos límpidos. Cuando terminó de leer, comprendió lo que su padre había averiguado. Rápidamente escondió las tablillas bajo un banco y fue a preguntarle a Gratz cuándo volvería Izam.

—Lo cierto es que ya debería haber regresado —contestó despreocupado.

Theresa paseó por el barco hasta aprenderse de memoria el contenido de las tablillas. Cuando se hartó, acudió de nuevo a Gratz y le solicitó que la acompañara a tierra, pero éste le dijo que no podría hasta que Izam apareciera.

—¿Y si no aparece?

—Lo hará. Él siempre regresa.

A Theresa no le convenció la respuesta, así que decidió que si pasado el mediodía Izam no había vuelto, iría sola a la fortaleza.



Capítulo 29

Cuando el día alcanzó su cénit, Theresa se decidió. Se cubrió con una capa marinera, se apropió de un fardo para disimular y aprovechó que Gratz estaba remendando una vela para descender al muelle y encaminarse hacia las murallas. Un gorro de lana calado le ayudó a pasar desapercibida. En el primer acceso no le prestaron atención, pero para entrar a la fortaleza hubo de esperar a que un centinela meticuloso se distrajera con el paso de unas carretas.

Ya en el interior, bordeó los patios exteriores con la idea de entrar al edificio desde el laberinto de las cocinas. Un par de perros ladraron a su paso, pero ella los apaciguó acariciándoles la cabeza. Cruzó un atrio y desde allí se dirigió al corredor que conducía a la celda de Alcuino. La encontró cerrada, así que enfiló directamente al *scriptorium*, donde encontró al fraile leyendo su Vulgata robada. Nada más verla, Alcuino se levantó.

—¿Dónde demonios te habías metido? Llevo buscándote toda la mañana. —Apartó a un lado la Biblia, cuidando de cerrar las tapas.

Theresa tomó aire y avanzó. Aunque atemorizada, estaba resuelta a que aquel monje asesino sacara a su padre de la fresquera. Él le ofreció asiento y ella lo aceptó. Luego el fraile sacó el pergamino en que Theresa había trabajado y lo colocó frente a ella como si nada ocurriera.



—Aún tienes que limpiar el texto y darle un repaso, de modo que procura avanzar —dijo mientras se volvía de nuevo hacia la Vulgata.

—¿No vais a preguntarme por mi padre?

Alcuino dejó de leer y tosió con cierto apuro.

—Discúlpame, pero es que con tanto suceso, ando algo despistado. No sé si te has enterado de que ayer degollaron a un centinela en la fortaleza.

A Theresa le sorprendió el cinismo del fraile, que tragó saliva y apartó de ella el documento de Constantino.

—No lo tocaré —le espetó la muchacha.

Alcuino enarcó una ceja.

—Comprendo que te afecte, pero...

—Ya lo terminé. ¿Qué más queréis? ¡Aquí tenéis vuestro maldito documento! —exclamó, y se levantó de la silla transformada en una fiera.

Alcuino la siguió como si no la comprendiera.

—Pero ¿qué diablos te ocurre? Aún faltan las conclusiones —le espetó mientras intentaba sujetarla.

—¿Acaso pensáis que no sé cuanto tramáis? Lo de mi padre, lo de las niñas... lo de ese pobre centinela.

Alcuino se detuvo como si escuchara a un espectro. Con paso titubeante, se dirigió hacia la puerta y la cerró con pestillo. Luego se dejó caer sobre su silla. La miró con extrañeza y le pidió que prosiguiera. Theresa metió la mano en su bolsa y aferró el punzón que llevaba.

—Os sorprendí hablando con Hóos. Hace dos días, en el túnel. Oí cómo le proponíais que me matara. Escuché lo de mi padre y lo de la mina, lo de la cripta y las gemelas.



—Por Dios santo, Theresa. ¿Qué clase de necesidad es ésta?

—¡Ah! ¿Lo negáis? ¿Y tampoco es cierto lo de esta Vulgata? —dijo al tiempo que la alzaba.

—¿Si no es cierto el qué? ¿Qué ocurre con esa Biblia?

Theresa apretó los dientes, exasperada. Cuando le contó que la Vulgata era la causa de que él hubiera matado al centinela, el fraile sonrió.

—¡Aja! Y por lo visto, según acordé con Hóos, a ti te asesinaría cuando acabases el documento...

—Así es —afirmó ella.

—¡Ya! —El fraile se levantó con indiferencia—. Pero de ser tal como dices, ¿qué impediría que te matara ahora mismo? —añadió mientras se aproximaba a la muchacha. Apoyó una mano sobre su hombro, cerca de su cuello. El fraile percibió su temblor. Se acercó a la puerta y quitó el cerrojo—. Si deseas conocer la verdad, deberás confiar en mí. En caso contrario, puedes abandonar el *scriptorium*.

Theresa apretó con fuerza el punzón bajo su vestido. No confiaba en Alcuino, pero si para salvar a su padre debía arriesgar su vida, no dudaría ni un segundo. Aceptó con la cabeza y tomó de nuevo asiento. El fraile se alegró e hizo lo propio al otro extremo de la mesa. Luego ordenó varios documentos antes de mirar a Theresa.

—¿Una galleta? —le ofreció.

Ella la rechazó con gesto serio. Él la engulló de un bocado y se chupó los dedos. Cuando terminó, le tendió el documento en que ella había trabajado.



—Como sabes, se trata de la reproducción del original hace años perdido, un pergamino sellado por el emperador Constantino en que se otorgaban una serie de tierras y derechos al Papado romano.

Theresa asintió, pero mantuvo apretado el estilo.

—Ese pergamino legalizaba el poder de Roma frente al Imperio bizantino. Verás, tal vez ignores la situación actual del Papado, pero hace cuarenta años, tras la conquista de Rávena por los lombardos, el papa Esteban II pidió auxilio a Bizancio para defenderse de esos paganos. —Vertió un poco de leche en un cáliz mal layado—. Al no obtener respuesta de Bizancio, el Papa atravesó los Alpes y se presentó al por entonces rey de los francos, Pipino, el padre de Carlomagno. Esteban II ungió a Pipino y a sus hijos concediéndoles el título de patricio de los romanos, y a cambio solicitó su protección en la lucha contra los lombardos. ¿Seguro que no quieres una galleta?

Theresa rehusó con un gesto. Aunque no comprendía la relación entre aquella historia y la reciente sucesión de asesinatos, decidió aguardar a que terminara.

—Tras la petición papal, Pipino y sus tropas viajaron a Italia, donde doblegaron a los lombardos —continuó él—. Esa victoria proporcionó al Papado el Exarcado de Rávena, que comprendía, entre otras, las ciudades de Bolonia y Ferrara; también la Marca de Ancona, con la Pentápolis; la propia Roma, y la recuperación del resto del ducado ocupado por los lombardos. Resumiendo: los lombardos atacaron Roma, que pidió ayuda a Bizancio. Al no obtenerla, de nuevo la solicitó de Pipino, quien tras vencer a los lombardos devolvió a Roma los territorios ocupados. —Miró a Theresa para comprobar que le seguía—. Hasta aquí, todo hubiera sido normal, de no ser porque Bizancio exigió entonces al Papa que le entregase el Exarcado de Rávena, territorio que antes de la invasión lombarda les había pertenecido. Roma pretendió hacer valer la



Donación de Constantino, el documento que adjudicaba esos terrenos al Papado, pero Bizancio hizo caso omiso y continuó reclamándolos. Y aún más: desde la propia Constantinopla apoyaron a los bárbaros para que recuperaran los territorios que el rey franco había ganado.

—¿Decís que Bizancio ayudó a los lombardos para que éstos venciesen a los romanos?

—Cristianos contra cristianos... Una incongruencia, ¿verdad? Pero ¿qué es la política, sino el ansia de poder; la envidia por la que Caín acabó con su hermano? Con el concurso de los griegos, los lombardos derrotaron al Papa recluyéndolo en cuatro arpendes de terreno. Sin embargo, Roma aún disponía del pergamino, el salvoconducto que legitimaba sus demandas, de modo que Adriano I, recién nombrado Papa romano, acudió a Francia para esgrimirlo ante Carlomagno.

Se levantó y regresó con dos galletas más en la mano. Una la mordió y la otra se la ofreció a Theresa, que finalmente aceptó.

—Carlomagno condujo su ejército hasta Italia, donde arrasó a los lombardos, restituyó los territorios al Papado y advirtió a Bizancio de sus obligaciones hacia los Estados Pontificios. Las restituciones contemplaron la donación de Bolonia, Ferrara, otras ciudades en el bajo Po y norte de Toscana como Parma, Reggio y Mantua, e incluso Venecia e Istria al norte, y los ducados de Espoleto y Benevento. Prácticamente les cedió toda la Italia del Sur salvo Apulia, Calabria y Sicilia y los enclaves de Nápoles, Gaeta y Amalfi, por entonces aún bajo autoridad bizantina, además de la isla de Córcega, la Sabina y rentas en Toscana y Espoleto. Pocos años después, Carlos añadiría algunas ciudades al sur de Toscana, como Orvieto y Viterbo, y en la Campania, Aquino, Arpiño y Capua, todo lo cual, evidentemente, no agradó nada a Bizancio.



Theresa se mantuvo en silencio, pero por su rostro Alcuino comprendió que se estaba excediendo.

—Perdona —se disculpó. Rebuscó entre sus hojas en un simulacro de ordenamiento—. En definitiva, lo importante es que Carlomagno logró ejecutar los términos reflejados en la Donación de Constantino, consiguiendo con ello el agradecimiento eterno del Papado.

Theresa repiqueteó con los dedos. Alcuino la miró y asintió con la cabeza.

—Permíteme terminar y tal vez entonces comprendas la razón de lo que está sucediendo. —Se atusó el cabello y tomó aire para continuar—. Bizancio aceptó esas pérdidas de mala gana, en parte por la indolencia de su emperador, Constantino VI, en parte por el temor a las huestes de Carlomagno, de modo que quedaron así las cosas hasta hará un par de años. En esa fecha, Irene de Atenas, la madre de Constantino VI, y yo diría que pariente del diablo, ordenó detener a su propio hijo y sacarle los ojos para coronarse a sí misma como emperatriz de Bizancio.

—¿Asesinó a su hijo?

—¡Oh, no! Tan sólo lo encerró después de cegarlo. Una madre caritativa, ¿no crees? En fin, como podrás imaginar, esa arpía tramó pronto contra el Papado. Al poco de subir al trono envió a Roma un sicario con el propósito de sustraer el documento en que se reconocía el legado.

—La Donación de Constantino.

—Exacto.

Theresa miró el pergamino con la sensación de que lentamente se acercaba al final del enigma. Sin embargo, aún desconocía la relación que tendría con el comportamiento de Alcuino. Este prosiguió.



—Mediante sobornos, el sicario accedió al documento, que consiguió destruir instantes antes de ser sorprendido por el custodio papal. El ladrón fue ajusticiado, pero el documento yacía quemado en el suelo del Vaticano. Desde entonces Irene ha reclamado mediante embajadas la veracidad de la donación, sobre todo después de conocer la intención del papa León III de nombrar emperador al mismísimo Carlomagno.

Theresa no pudo ocultar su estupor. Todo el mundo sabía que el emperador era el monarca de Bizancio.

—Pues el Papa no piensa lo mismo —prosiguió Alcuino—. Roma desea fortalecer su relación con un emperador a la vez enérgico y comprensivo, un monarca que ya les ha demostrado su valor y generosidad. Irene ve en esta decisión una maniobra que aparta a Bizancio del poder, y por tanto pretende impedirla. Eliminando el documento, la emperatriz ha destruido la prueba que legitimaba las posesiones del Papado, y sin prueba física que lo valide, nada evitará que ataque Roma para evitar el nombramiento de Carlomagno.

—Pero no entiendo. ¿Tan trascendental resulta la existencia del documento? No es más que un papel. —Comenzaba a hartarle tanta disquisición mientras su padre agonizaba en la fresquera.

—Quizá te lo parezca, pero tarde o temprano Irene morirá. Y cuando todos nosotros hayamos fallecido, nos perpetuarán otros con los mismos anhelos, las mismas ambiciones. No sólo está en juego el capricho de una mujer: lo que en realidad se dilucida es el futuro de la humanidad. Ganar esa batalla pasa por garantizar la titularidad jurídica de los Estados Pontificios, y esa garantía a su vez protegerá la coronación de Carlomagno como emperador del Sacro Imperio Romano. Carlomagno guiará a Occidente por la senda de Nuestro Señor, impulsará la cultura, batallará contra la herejía, aplastará al pagano y al infiel, propagará la Verdad, unificará a los creyentes y someterá a los blasfemos. Ésa es la



verdadera razón por la que se ha de terminar el documento. En caso contrario, asistiremos al devenir de infinitas batallas que se perpetuarán durante siglos hasta destruir la cristiandad.

Guardó silencio, ufano, como si su explicación convenciera hasta al más necio. Sin embargo, Theresa le miró con desinterés.

—Por eso es imprescindible concluir la copia antes del Concilio que el Papa convocará para mediados del mes de junio —añadió—. ¿Lo has comprendido?

—Lo que comprendo es que Roma anhela el poder que Bizancio le disputa, y que vos sólo deseáis ver coronado emperador a Carlomagno. Y ahora decidme: ¿por qué habría de creer al hombre que mantiene a mi padre en un agujero? ¿A un hombre que ha manipulado, mentido y asesinado? ¿Decidme por qué habría de ayudaros?—Tener que incluir unas conclusiones en el pergamino le otorgaba una posición de fuerza que creía perdida—. Aun así, os reiteraré mi ofrecimiento: liberad a mi padre y concluiré el documento.

Alcuino se levantó. Se acercó a la ventana y miró al exterior. Aspiró el aroma a resina de un bosquecillo cercano.

—Bonito día —afirmó mientras se volvía—. Está claro que cuando te elegí, sabía lo que hacía. De acuerdo, muchacha: te haré partícipe de cuanto conozco, pero retén en la memoria tu juramento, porque si osas quebrantarlo, yo mismo haré que se cumpla hasta la última de tus pesadillas.

Theresa no se arredró. El punzón bajo el vestido parecía infundirle ánimos.

—Mi padre se muere —le apremió.



—Bien, bien... —Se alejó de la ventana y paseó su estirada figura por el perímetro de la estancia. Caminó erguido, despacio, meditando—. Lo primero que deberías saber es que conozco a Gorgias desde hace tiempo —dijo—, y te aseguro que lo aprecio y admiro. Nos conocimos en Pavía, cuando tú aún eras una niña. Él huía contigo de Constantinopla, y buscando ayuda acudió a la abadía donde yo descansaba camino de Roma. Tu padre era un hombre preparado, de amplio conocimiento, y por supuesto, ajeno a las podredumbres de la corte o del Vaticano. Dominaba el griego y el latín, había leído a los clásicos y se veía buen cristiano, de modo que, no sin cierto interés, le propuse que me acompañara a Aquis-Granum. Por aquel entonces yo necesitaba de un traductor de griego y Gorgias precisaba un trabajo, de modo que regresamos juntos y se instaló aquí, en Würzburg, a la espera de que terminaran las escuelas palatinas que en aquella época se estaban construyendo en Aquis-Granum. En fin, el caso es que aquí conoció a Rutgarda, tu madrastra, con la que al poco se casó, imagino que pensando en tu futuro. Yo habría preferido que se estableciera en la corte, pero Rutgarda tenía aquí a su familia, así que finalmente acordamos que trabajaría para Wilfred traduciendo los códices que yo le enviara.

Pese a asentir con interés, Theresa continuaba desconociendo la relación entre aquel relato y la serie de homicidios. Cuando se lo hizo saber, Alcuino le pidió paciencia.

—Está bien. Vayamos pues a los asesinatos... Por un lado tenemos la muerte de Genserico. También la del ama de cría, y la de su probable amante y asesino, *el percamenarius*.

—Y el joven centinela —añadió Theresa.

—¡Ah! Sí. Ese pobre muchacho. —Meneó la cabeza con gesto de desaprobación—. Eso sin contar a los jóvenes que aparecieron



apuñalados. Pero ya hablaremos más adelante del centinela. Respecto a Genserico, y descartado el punzón como el causante de su deceso, me inclinaría a pensar en una ponzoña; algún veneno mortal sabiamente administrado. Zenón habló de temblores y un escozor en el brazo, algo que concuerda con lo que le sucedió al *percamenarius*, quien si no recuerdo mal, también sufrió de extraños pinchazos en la mano. Creo que incluso tracé un dibujo... —Sacó un pergamino en el que había dos diminutas marcas circulares en el centro de una mano—. Lo realicé tras su fallecimiento —puntualizó—. Fíjate. ¿No te recuerda a algo?

—No sé. ¿Una picadura?

—¿Con dos incisiones? No. Más bien sugeriría la mordedura de un ofidio.

—¿Una serpiente? ¿Insinuáis que no fueron asesinados?

—Yo no he afirmado tal extremo. Respecto a las punciones, lo consulté con Zenón y coincidió en que la separación y el aspecto de las perforaciones eran similares a las producidas por la dentellada de una víbora. Pero atendamos a la disposición de las marcas. —Las señaló con detenimiento—. Una serpiente difícilmente mordería en la palma, a menos que alguien fuese tan insensato como para intentar agarrarla. Quizá laceraría el dorso, o incluso cualquier dedo, pero en la palma, mira: dame tu mano —le pidió—. Ahora simula con ella las mandíbulas de una serpiente e intenta atrapar la mía.

El fraile le ofreció su extremidad y Theresa la atenazó con los dedos índice y corazón por su dorso, y el pulgar por la palma. Alcuino le ordenó que apretase y ella obedeció hasta hincarle las uñas. Cuando el fraile se quejó, la joven aflojó la presión. Entonces él mostró la palma con las marcas dejadas en su dorso: una próxima a la muñeca, y la otra



cercana a los dedos. Luego las comparó con el dibujo: estas últimas aparecían alineadas atravesando horizontalmente la mano.

—Un animal habría mordido como hiciste tú. En el dorso o en la palma, pero en la dirección del brazo. En cambio, las heridas de Korne — colocó el dibujo a su lado— aparecen transversales, en la palma, y perpendiculares a las que has marcado.

—¿Y eso quiere decir...?

—Que el asesino es un hombre hábil, con el suficiente conocimiento como para matar sin prisas, dejando que transcurra un tiempo. Un recurso útil si pretendes evitar que te relacionen con el asesinado. Incluso es posible que sus víctimas no se alertaran de lo que les estaba sucediendo. Y ha de ser alguien con nociones de venenos.

—¿Zenón?

—¿Ese borracho? ¿Qué interés tendrían para él los asesinatos? No, querida Theresa. *Adpanitendum properat, cito qui iudicat*. Para encontrar a un criminal has de indagar en el motivo que lo llevó a actuar. ¿Qué relación había entre Genserico y el *percamenarius*?

—Los dos eran hombres. Vivían en Würzburg...

—Y los dos tenían pies y cabeza. Intenta ser más sagaz, ¡por el amor de Dios!

Theresa no estaba para adivinanzas, y así se lo hizo saber.

—De acuerdo —concedió él—. Ambos trabajaban para Wilfred. Ya sé que en Würzburg todo el mundo trabaja para Wilfred, pero Genserico era su coadjutor, su mano derecha, al tanto de cuanto concernía a su superior, y Korne, *el percamenarius*, era íntimo de Genserico. Quizás esta relación resulte demasiado simple como para inferir un ansia de asesinato, pero sigamos especulando... Si tal como convinimos, el motivo



de la desaparición de las gemelas fue el chantaje, y damos por asegurado que su secuestrador fue el propio *percamenarius*...

—¿Los pelos rizados que encontramos? —sugirió Theresa.

—Y este ojo de juguete que hallé en la celda que le cedieron tras el incendio. —Extrajo de una cajita un pequeño guijarro que le mostró ufano—. Pertenece a la muñeca con que jugaban las gemelas el mismo día del secuestro.

Theresa lo examinó con admiración. La pintura azul resaltaba torpemente sobre el blanco del guijarro.

—Colegiríamos, pues —siguió Alcuino, arrebatándoselo—, que *el percamenarius* deseaba algo que juzgaba imposible obtener de otro modo, pues en caso contrario, y antes de asumir el riesgo de un secuestro, sin duda lo habría intentado. Algo de tal valor que no le importó arriesgar su propia vida, e incluso acabar con la de su pobre amante.

—¿El documento de Constantino?

—Efectivamente: de nuevo el documento. Y si ambos, Genserico y Korne, murieron del mismo modo, recuerda que envenenados, sería lógico deducir que les mató la misma mano.

Theresa estrelló un tintero contra el suelo, haciendo que la tinta salpicara a Alcuino. Y no se arrepintió.

—¿Sabéis lo que creo? —le espetó al fraile—. Que en realidad vos sois el culpable. Vos conocíais la importancia del pergamino; sabíais cómo Genserico y Korne fueron asesinados; os revelé las líneas ocultas entre los versículos de la Vulgata y poco después matabais al centinela con tal de recuperarla. —Señaló el códice esmeralda—. Os vi hablar con Hóos Larsson.

—¿Con Hóos? ¿Cuándo? ¿En el túnel? Te aseguro que no era yo.



—Y luego también en el claustro.

—Creo que estás desvariando. —Le acercó la mano al hombro, pero Theresa la apartó con violencia.

—Dejad de tomarme por necia —le advirtió.

—Te repito que nunca me encontré con Hóos en el túnel, de modo que olvida ese dato. Es cierto que lo vi en el claustro, al igual que a Wilfred, a un par de domésticos y a otros dos preladados. Pero de ahí a conjeturar que yo estoy implicado... ¡Por Dios, muchacha! Cuando murió Genserico, nosotros aún navegábamos. Además, ¿por qué te habría contado cómo fueron asesinados?

—¿Y por qué no liberáis de una vez a mi padre? —gritó—. ¿O es que aún me ocultáis algo?

Alcuino la miró con tristeza, se atusó las canas y apretó los dientes. Luego le pidió que se sentara, en un tono que jamás había empleado. La joven no obedeció, aunque presintió que él iba a confesarle lo que estaba sucediendo.

—Está bien. Pero siéntate —insistió mientras se enjugaba el sudor con un paño. Se tomó un tiempo de silencio—. Creo estar en disposición de afirmar que Wilfred mató a Korne, al igual que a Genserico.

—No os creo. Wilfred es un impedido.

—Así es, y su propio mal es su mejor aliado. Nadie sospecharía de él... ni de ninguno de sus mecanismos.

—¿Qué queréis decir?

—Hará unos cuatro días, Wilfred me obsequió con el funcionamiento de uno de sus artilugios. Ocurrió al interesarme por la forma en que sujeta los perros a la silla. En ese instante accionó un resorte que liberó sus riendas como por ensalmo. Antes ya me había fijado en la bacinilla



de sus excrementos, resuelta igualmente con un hábil mecanismo, de modo que me dirigí al herrero que, según me confesó, se los había incorporado. Al principio el hombre se negó a hablar, pero unas monedas bastaron para que me contara que había instalado en los agarraderos traseros de la silla un sorprendente artefacto. Concretamente, dos pequeños clavos curvados enrasados en el agarradero, que al ser accionados desde los brazos se elevan como dos dardos. El herrero juró que nunca había entendido su propósito, algo comprensible por lo insólito de su cometido.

—Y Wilfred utiliza ese mecanismo...

—Para inocular el veneno. Los clavos deben de estar bañados en alguna solución maligna. Tal vez ponzoña de serpiente. Imagino que así fue como mató a Genserico, e igualmente al *percamenarius*.

—Pero ¿por qué perpetraría Wilfred los crímenes? Él tenía acceso al documento. ¿Y los muchachos asesinados? ¿Por qué acusan a mi padre de haberlos acuchillado?

—Aún no tengo todas las respuestas, si bien espero hallarlas pronto. Y ahora que sabes la verdad, y dando por sentado que tu padre no es un asesino, te pido por favor que regreses al trabajo.

Theresa se fijó en el documento, a falta de tres párrafos para darlo por terminado. Luego clavó sus ojos en los de Alcuino.

—Lo concluiré cuando liberéis a mi padre.

El fraile miró hacia otro lado. Luego se revolvió.

—¡Tu padre, tu padre! ¡Hay cosas más importantes que tu padre! —gritó—. ¿No entiendes que quienes buscan el pergamino aún pueden conseguir sus propósitos? Para poder atraparlos necesito que crean que ya tengo un culpable. Tu pobre padre es inocente, sí, pero también lo fue



Jesucristo, ¿y acaso no dio Él su vida para salvarnos a todos nosotros? Ahora responde a esto, muchacha: ¿piensas que Gorgias es mejor que Jesucristo? ¿Es eso lo que crees? ¿Acaso le has preguntado si no acepta su sacrificio? Seguro que si pudiera hablar, me estaría agradecido. Además, dejémonos de naderías. Los dos sabemos que va a morir sin remedio. ¿Cuánto le queda? ¿Dos? ¿Tres días? Qué más da que muera en una cama o en el calabozo.

Theresa se alzó como un resorte y le cruzó el rostro de una bofetada.

Alcuino aguantó inmóvil mientras el rubor le palpitaba en la mejilla. Luego reaccionó como si acabaran de despertarlo. Se levantó y se acercó a la ventana, llevándose la mano a la cara.

—Perdona, no debí decir eso —se disculpó—. Pero aun así, recapacita. Es duro de escuchar, lo admito, pero tu padre morirá de todas formas. Zenón me lo ha confirmado, y nada de lo que hagamos podrá alterar ese hecho. De nosotros depende el futuro de ese documento. Ya te he explicado su trascendencia, y por ello te exijo que aceptes mis planteamientos.

Theresa se aguantó las lágrimas.

—¿Sabéis? —rompió a llorar—. Me da igual lo que hagáis. Me da lo mismo que os roben el pergamino y que acabemos todos en el infierno, pero no consentiré que mi padre perezca en ese agujero.

—No lo entiendes, Theresa. Estoy a punto...

—Estáis a punto de matarlo; y tarde o temprano haríais lo mismo conmigo. Pero ¿de veras pensáis que soy estúpida? Ni mi padre ni yo os hemos importado nunca.

—Te equivocas.



—¿Sí? Entonces decidme: ¿de dónde habéis sacado su Vulgata? ¿O acaso ha llegado aquí volando?

Alcuino la miró con gesto contrariado.

—La encontró Flavio Diácono tirada en medio del claustro. —La cerró y se la ofreció—. Si no me crees, puedes ir y preguntárselo.

—¿Entonces por qué no liberáis a mi padre?

—¡Diablos! ¡Ya te lo he explicado! Necesito descubrir a cuantos persiguen el documento.

—Un documento falso como Judas —replicó ella sin concesión.

—¿Falso? ¿Qué quieres decir? —Su tono cambió.

—Que sé bien lo que habéis tramado. Vos, Wilfred y los Estados Pontificios... Todo un ejército de farsantes y de engaños. Lo sé todo, fray Alcuino. Ese documento que tanto alabáis; en el que habéis depositado esperanzas, ambiciones y anhelos... Mi padre descubrió su falsedad. Por eso pretendéis que muera, y con él, vuestro secreto.

—Desconoces de lo que hablas. —Titubeó.

—¿Estáis seguro? —Sacó las tablillas de su bolsa y las arrojó delante de él sobre la mesa—. Son las copias de los renglones interlineados. No os molestéis en buscarlos en la Vulgata porque los raspé con un escalpelo.

—¿Qué dicen? —le exigió él endureciendo el gesto.

—Lo sabéis tan bien como yo.

—¿Qué dicen? —repitió como si lo consumiera el fuego.

Theresa le acercó aún más las tablillas. Alcuino las contempló y luego la miró.

—Mi padre conocía la diplomacia bizantina. Sabía de epístolas, de discursos, de exordios y panegíricos. Tal vez por eso le contratasteis,



pero también por ser un buen cristiano. Y como tal, descubrió que Constantino jamás redactó ese documento. Que ninguna de las donaciones es legítima y que esos territorios pertenecen a Bizancio.

—¡Guarda silencio! —bramó el fraile.

—O si no, decidme, Alcuino, ¿cómo es posible que el documento haga referencia a Bizancio como provincia, cuando en el siglo cuarto sólo era una ciudad? ¿Cómo menciona Judea si en esa fecha ya no existía ese lugar? Eso sin contar el empleo de términos como *synclitus* en lugar de *senatus*, *banda* en lugar de *vexillum*, *censura* en vez de *diploma*, *constitutum* en lugar de *decretum*, *largitas* en vez de *depossessio*, *cónsul* en lugar de *áepatricus*...

—¡Calla, mujer! ¿Esos detalles qué demuestran?

—Y no es todo —continuó ella—: en la *introductio* y la *conclusio* se imitan con pobre acierto las escrituras del período imperial, pero también las *formule* de otros tiempos. ¿O cómo explicaríais en un documento del siglo cuarto que el pasaje de la conversión de Constantino esté basado en los *Acta o Gesta Sylvestri*, o las reminiscencias de los decretos del Sínodo Iconoclasta de Constantinopla contra la veneración de imágenes, que como sabéis se celebró varios siglos después?

—Que el documento ostente errores no prueba que la donación sea incierta —repuso él, golpeando la mesa—. La diferencia entre lo verdadero y lo genuino es tan liviana como la existente entre lo falso y lo espurio. ¿Cómo pretendes tú, descendiente de la pecadora Eva, juzgar *la pia fraus* realizada *cum pietate*? ¿Cómo osas condenar lo cumplido bajo *instinctu Spiritus Sancti*?

—¿De veras creéis que eso dirán en Bizancio?



—Estás jugando con fuego... —le advirtió—. Yo nunca te habría causado daño, pero hay muchos que no piensan de igual manera. Recuerda a Korne.

El tañido de las campanas llamando a rebato les interrumpió.

—Liberad a mi padre y acabaré el documento. Inventad lo que queráis: otro milagro, o lo que se os ocurra. Al fin y al cabo, ideando mentiras sois todo un experto.

A continuación recogió las tablillas y le dijo que enviara su respuesta al barco de Izam. Y se marchó sin permitir que Alcuino la contradijera.

De camino al embarcadero, se vio rodeada por una multitud de lugareños que al grito de «provisiones» corrían saltando y bailando. Sorprendida, siguió a una familia cercana hasta advertir que el revuelo obedecía a la presencia de cuatro barcos que en aquel momento atracaban en el amarradero. Uno de ellos, de color rojo y pertrechado con escudos, destacaba por su tamaño, que convertía en chalupas al resto de las embarcaciones. Buscó a Izam entre los recién llegados, descubriéndolo finalmente a bordo del último barco. Intentó subir al navío, pero no se lo permitieron. Sin embargo, en cuanto Izam la divisó, descendió para saludarla.

Mientras se acercaba, Theresa advirtió que cojeaba de una pierna.

—¿Qué te ha sucedido? —preguntó alarmada. Y sin pensarlo se echó en sus brazos. Él le acarició el cabello mientras la tranquilizaba.

Se apartaron del gentío hasta una roca solitaria. Izam le explicó que había salido al encuentro del *missus dominicas* porque un explorador le había avisado de su llegada.



—Por desgracia, parece que también avisaron al dueño de esta flecha —bromeó señalándose la pierna.

Theresa la miró. Habían cortado el extremo del dardo, de forma que sobresalía un palmo de vara. Le preguntó si era grave, aunque no se lo pareció.

—Si una flecha no te mata al principio, casi nunca ocurre nada. Curioso, pero todo lo contrario que con una espada. ¿Y tú? ¿De dónde vienes? Ordené a Gratz que permanecieras en el barco.

Theresa le relató el episodio de Alcuino. Cuando terminó, Izam le mostró su desazón haciéndolo coincidir con el instante en que se extraía la flecha. Dejó a un lado las tenazas con la punta ensangrentada y taponó la herida con unas hierbas.

—Siempre las llevo encima. Son mejores que las vendas.

Las sujetó con los dedos mientras le preguntaba por qué le había desobedecido. Ella le dijo que temió que no regresara.

—Pues casi lo adivinas —sonrió mientras arrojaba el trozo de flecha al fondo de las aguas. Sin embargo, cuando Izam conoció los detalles de la conversación con Alcuino, dejó de sonreír para mostrarle su preocupación. Insistió en que el fraile inglés gozaba del favor de Carlomagno, y que llevarle la contraria era un suicidio.

Cuando el alboroto remitió, regresaron al primer barco para que le cauterizaran la herida. Él cojeaba un poco, así que ella le ayudó a subir rodeándole los hombros. Mientras preparaban el hierro al rojo, Izam le confesó que le había hablado al *missus* de ella.

—Bueno, no de ti. De tu padre y de cómo se encuentra. No se comprometió a nada, pero me dijo que hablaría con Alcuino para saber de qué se le culpaba.



Le explicó que los *missi dominio* eran una suerte de magistrados a los que Carlomagno enviaba por sus tierras para administrar justicia. Solían viajar por parejas, pero en esta ocasión se había desplazado uno solo. Se llamaba Drogo, y parecía un hombre cabal.

—Seguro que él accederá a nuestras demandas.



Capítulo 30

El hombre encargado de aplicar el hierro previno al herido. Luego hundió el extremo candente mientras Izam mordía un palo. Tras retirar el hierro le aplicó un unguento oscuro, y finalmente cubrió la herida con vendas nuevas.

Izam y Theresa comieron pescado fresco y salchichas de cerdo mientras los marineros descargaban las bodegas. En total, cuatro bueyes, un grupo de cabras, otro pequeño de gallinas, decenas de piezas de caza y pesca, varias partidas de trigo, cebada, garbanzos y lentejas, que cargaron en carros para transportarlos a la fortaleza. Cuando terminó la desestiba, una turba de campesinos escoltó a Drogo y sus hombres entre las retorcidas callejuelas.

Izam aguardó a bordo porque aún le molestaba la pierna. Además, se sentía más seguro con Theresa en el navío, que rodeado de extraños en tierra. Meditaba cómo ayudarla cuando se presentó en el muelle un doméstico enviado por Alcuino. El siervo preguntó por la joven hasta localizarla en el barco de Izam, pero habían retirado la pasarela, así que le pidió que descendiera. Izam le aconsejó que aguardara, pero Theresa le besó en la mejilla y, sin darle opción a réplica, dispuso una escala y desembarcó. Una vez en tierra, el doméstico le informó que Alcuino había accedido a sus demandas y le enviaba para escoltarla hasta la



ciudadela. Theresa pensó comentárselo a Izam, pero se abstuvo por temor a que él se lo impidiera.

Ya en la fortaleza, el doméstico la guió por las cocinas, donde un hervidero de gente trasegaba las viandas con las que aquella noche agasajarían al *missus dominicus*. A Theresa le pareció estar en otro lugar, ya que por todas partes bullía gente nueva. Dejaron atrás los almacenes y se dirigieron hacia las fresqueras. Una vez allí, el guardia introdujo la escala en el agujero para que Theresa descendiera, cosa que la joven realizó con diligencia. Abajo, Gorgias tiritaba tumbado bajo una manta de piel podrida. Theresa advirtió que el centinela retiraba la escala, pero no le importó. Se agachó junto a su padre y le besó con ternura. Su cara ardía como una tea encendida.

—¿Me oís, padre? Soy Theresa.

Él entreabrió unos ojos cubiertos de legañas. La muchacha comprendió que la miraba pero no la veía. Gorgias alzó su mano temblorosa para acariciar el rostro de aquel ángel que lloraba, y al rozarla pareció reconocerla.

—¿Hija mía? —balbuceó.

Ella sintió cómo su mano le quemaba.

Le humedeció la frente empleando el agua sucia que llenaba una tinaja. Gorgias se lo agradeció con un susurro. Luego forzó una sonrisa.

Theresa le juró que pronto le liberarían. Le habló de Rutgarda; de sus sobrinos, los cuatro pilludos a los que adoraba; inventó una promesa por la que Alcuino le restituiría a su trabajo con toda clase de honores y también le mintió sobre Zenón, de quien aseguró había afirmado que se recuperaría de sus heridas. Lloró cuando comprobó que la vida se le escapaba.



—Mi pequeña —murmuró.

Theresa estrechó su mano. Con los dedos peinó su cabello desmadejado, y Gorgias se lo agradeció. De repente tosió abruptamente. En un instante de lucidez recordó el documento de Constantino. Deseaba contarle a Theresa que lo había ocultado sobre una viga de los barracones de esclavos en la mina. Había trabajado tanto... Las palabras no le salían. La vista se le desvanecía.

—¿Dónde están mis libros? ¿Por qué no traen mis tintas?

Agonizaba.

—Están aquí. Como a ti te gusta —le mintió mientras le acariciaba las arrugas.

Gorgias miró alrededor y su cara se iluminó como si en verdad los contemplara. Luego apretó la mano de Theresa.

—Escribir es bonito, ¿verdad?

—Mucho, padre.

Entonces su mano se aflojó mientras un último suspiro escapaba de su garganta.

Entre dos hombres sacaron a Theresa, porque ella era incapaz de abandonar el agujero. Luego izaron el cadáver de Gorgias con una cuerda y lo trasladaron a la cocina como si fuera un fardo de habas. Allí, mientras lo amortajaban, una sirvienta preparó una infusión de salvia que Theresa derramó al probarla. Cada vez la rodeaba más gente que murmuraba y cuchicheaba sin respetar su terrible dolor. Pasado un rato, unos ladridos anunciaron la llegada del conde Wilfred. Theresa se



enjugó las lágrimas con torpeza. Luego se levantó al advertir el aliento de los perros sobre su cara.

—¿Ya ha muerto? —se interesó Wilfred sin hálito de compasión.

Theresa se mordió los labios, con su mirada odiando a aquel tullido que parecía disfrutar del amargor que la embargaba. Por respeto a su padre prefirió callar, pero en ese instante uno de los perros acercó su hocico al cadáver y comenzó a lametearlo. Entonces Theresa se giró y le estampó una patada que resonó en toda la cocina. El perro se revolvió mostrando las fauces, pero Wilfred le retuvo con una mueca de ironía.

—Cuidado, muchacha. La vida de mis molosos vale más que la de muchas personas.

La joven hizo un gesto pero se contuvo. Le habría abofeteado de no ser porque, a buen seguro, los perros la destrozarían. El hombre rio el ademán de la muchacha.

—Llevala a la fresquera —ordenó mudando de expresión.

Theresa no comprendió, hasta que de repente dos soldados la agarraron y la arrastraron hacia las mazmorras. Ella demandó explicaciones, pero los hombres no sólo no la escucharon, sino que al llegar al borde del agujero la golpearon con una vara para obligarla a descender. Tras retirar la escala, Theresa miró hacia el embocadero. El agujero tenía una profundidad similar a la de tres hombres subidos a hombros, lo que imposibilitaba la huida. Al poco observó cómo los hocicos de los perros asomaban por el brocal, e instantes después hacía lo propio el rostro de Wilfred.

—¿Sabes, muchacha? De veras lamento lo de tu padre, pero no debiste amenazar a Alcuino, y menos aún sustraer su pergamino.

—Pero ¿qué decís? Yo no he robado nada —respondió sorprendida.



—En fin. Como prefieras... Pero debo advertirte: si antes del amanecer no has confesado, se te acusará de expolio y blasfemia. Serás torturada, y morirás en la hoguera.

—¡Maldito tullido! Os repito que no he robado nada. —Y le arrojó un cuenco vacío que se estrelló contra las paredes y volvió a caer sobre ella.

Wilfred no respondió. Restalló su látigo y los perros hicieron retroceder la silla hasta desaparecer de la vista.

Cuando se cercioró de que se había marchado, Theresa se dejó caer sobre el mismo sitio en que momentos antes había expirado su padre. Apenas si podía pensar, pero no le importaba que la acusaran. Había regresado a Würzburg por Gorgias, había luchado por él, e incluso había osado desafiar a Alcuino. Sin embargo, tras su muerte, ya todo le daba lo mismo. Se tumbó sobre los restos de paja, que sintió como agujas, y lloró con amargura. Mientras sollozaba, se preguntó en qué cementerio lo enterrarían.

Maldijo el documento. Por su causa habían fallecido Genserico, Korne, un joven centinela de quien ni siquiera conocía el nombre, el ama de cría... Y Gorgias, un padre por el que cualquier hija habría ofrecido su propia vida. Siguió llorando sin consuelo, y al dolor se sumó un frío que la fue entumeciendo hasta dejarla helada.

Pasada la medianoche, un guijarro le golpeó en la mejilla. Imaginó que se habría desprendido del brocal, pero otro impacto en una pierna hizo que se desperezara. Miraba hacia arriba sin distinguir un alma, cuando otra piedrecilla entró a través del hueco por el que se vertía la nieve desde las caballerizas. Observó el conducto, del diámetro de un tonel pequeño protegido por una reja. Aguzó el oído y escuchó que alguien le chistaba.

—¿Sí? —susurró ella.



—Soy yo, Izam —escuchó en la lejanía—. ¿Te encuentras bien?

Theresa se tumbó y guardó silencio al advertir que un centinela se asomaba a la bocana. El guardia miró un par de veces y se retiró. Ella se incorporó de nuevo, cogió una piedrecita y la arrojó hacia la abertura.

—Escucha —oyó—. Aquí fuera hay vigilancia. —Hubo un silencio—. Te sacaré de ahí, ¿me oyes?

Ella respondió que sí y aguardó a que continuara. Sin embargo, Izam no volvió a hablar.

Ya no logró conciliar el sueño, de modo que esperó despierta a que los gallos anunciaran el comienzo de la alborada. Para entonces, una tenue claridad penetraba por el conducto de la nieve, como si de algún modo le recordara que de él provenía su única esperanza. Miró hacia el hueco deseando que apareciese Izam, pero eso no llegó a suceder. Entonces advirtió unas marcas en la roca que aparentaban representar un conjunto de edificios. Al fijarse, no recordó haberlas visto el día que Zenón atendió a su padre. Le pareció que los simulacros de casas repetían con insistencia una traza horizontal similar a una viga. Al poco bajaron la escala de madera y un par de centinelas la conminaron a que subiera. Theresa olvidó las vigas y obedeció. Cuando alcanzó la bocana, la amordazaron y le vendaron los ojos. Luego, con las manos atadas, la condujeron a través de las cocinas, que reconoció por el olor a pan horneado y tarta de manzana. De allí pasaron al atrio, donde percibió el frío cortante de la mañana, y de éste, al cuarto principal donde Wilfred la aguardaba. Supuso que era él, porque los perros gruñían como si desearan devorarla. De repente recibió un varetazo que le laceró la espalda. Le preguntaron por el paradero del pergamino y ella repitió que lo ignoraba. Continuaron interrogándola hasta que se hartaron de azotarla.



Se despertó sobre un reguero de sangre, despojada ya de la venda que la había cegado. Miró alrededor y comprobó que la habían conducido al *scriptorium*, donde un guardia de sonrisa estúpida no paraba de mirarla. Advirtió que estaba encadenada de pies y manos. En ese instante entró Hóos Larsson, le entregó unas monedas al centinela para que saliera de la estancia y se agachó al lado de Theresa, a quien miró con desdén, como si entre ellos nunca hubiera existido nada.

—Te sientan bien los azotes —le susurró al oído. Su lengua le rozó el lóbulo de la oreja.

Ella le escupió a la cara, y él, tras reírle la gracia, le soltó un bofetón que le dejó la mejilla encarnada.

—Anda, no seas mala —prosiguió—. ¿Ya no recuerdas lo bien que lo pasábamos? —Y volvió a deslizarle la lengua por la cara. Luego le sujetó las manos y la amordazó para que no pudiera hablar. Se acercó de nuevo a su oído—. Por ahí van diciendo que has robado el pergamino. ¿Es cierto eso? —sonrió—. Lo que son las cosas: hace meses hube de apuñalar a tu padre para intentar conseguirlo, y ahora vas tú y lo sustraes como si nada.

Theresa se revolvió como si le mordiera una serpiente, pero él siguió riendo y amagando con rozarla. Le dijo que, según contaban, ni siquiera la juzgarían.

—Se ve que les has jodido bien. Ya te han preparado el patíbulo.

La puerta comenzó a abrirse y Hóos se retiró de inmediato. Al momento ingresaron en la sala Alcuino, Wilfred y Drogo, el *missus dominims*. Wilfred se extrañó de encontrar a Hóos junto a Theresa.



—Deseaba verla a solas por última vez —se excusó el joven—. Ella y yo...

Alcuino dio fe de que la pareja mantenía una relación poco cristiana. Wilfred asintió y ordenó a Hóos que abandonara la sala. Cuando se quedaron solos, azuzó a los perros, que se encaminaron hacia Theresa.

—En el nombre de Dios y en el de su hijo Jesucristo, por última vez te exhorto a que nos reveles dónde se encuentra el documento. Sabemos que conoces de su trascendencia, de modo que confiesa y nuestra generosidad evitará tu pesadumbre. Pero persiste en tu actitud y padecerás en tus carnes el tormento del fuego —la amenazó.

Advirtió que Theresa pretendía hablar pero se lo impedía la mordaza. Solicitó que se la retiraran, pero Alcuino se negó.

—De quererlo, ya habría confesado —le bajó el vestido para mostrar los varetazos en su espalda—. Aguardemos a que las llamas acaricien sus pies y entonces sabremos si su lengua sigue vaga.

Drogo asintió. Alcuino le había informado de todo lo sucedido, así que acordaron quemar a la muchacha tras la cena, justo después del oficio de *vísperas*. Luego salieron de la estancia, dejándola en compañía de un centinela al que instruyeron para que nadie se le acercara.

Izam supo de cuanto acontecía a través de Urginda, un tonel de cocinera que había intimado con Gratz cuando éste la ayudó con las provisiones en las cocinas. Además de preparar el pedido para el barco, la mujer le entregó a Izam un pastel de calabaza. Mientras lo envolvía, le contó que la ejecución tendría lugar en la fortaleza, porque según



Alcuino, los lugareños no aprobarían que ajusticiaran a una joven que acababa de resucitar hacía unos días.

. —De esto último me enteré escondida tras una cortina —rio ufana, al tiempo que añadía una manzana de propina—. Yo, desde luego, no lo entiendo. Si antes fue un milagro, ¿cómo va a ser ella ahora una arpía? A mí esa joven me cae bien, pero claro, yo sólo entiendo de comidas. Pruebe el pastel. —Y volvió a reír con descaro, orgullosa de cuanto sabía.

Izam mordió el dulce que encontró duro y desabrido. Le pagó por los alimentos antes de calcular la hora. Luego rezó por que su plan resultara mejor que la calabaza de la cocinera.

Dejó los alimentos en el almacén y se dirigió hacia la torre donde, según Urginda, quemarían a la chica. El lugar, una imponente construcción de piedra, coronaba un risco en lo alto de la fortaleza, convirtiéndose de ese modo en su último baluarte. Desde la torre se dominaba no sólo Würzburg, sino también los accesos a la villa, el valle del Main y los desfiladeros de las colinas. Una vez a pie de torre, descubrió que los años, y un deficiente mantenimiento, habían obligado a apuntalar la atalaya con una enorme viga cuyo extremo superior se apoyaba contra el interior de la muralla.

Torció el gesto cuando en el patio de acceso advirtió la presencia de una pira. La zona era de difícil acceso, pues la bordeaba un despeñadero que se precipitaba sobre el foso que anteceda a la muralla. Se agazapó tras el montículo de leña y aguardó a que llegara la comitiva.

Comenzó a llover. Se arrebujó bajo la capa, y se consoló pensando que la humedad dificultaría la combustión de la madera. Poco después resonaron las campanadas. Mientras esperaba, observó el extraño tronco que consolidaba la torre. Se dijo que a través de él se podría salvar el abismo que separaba la torre de la muralla.



Pasado un rato apareció el carromato de Wilfred. Le seguían Drogo, Alcuino y Flavio Diácono ricamente ataviado. Detrás caminaba Theresa custodiada por un par de guardias. Izam se ocultó aún más cuando los perros empujaron el artilugio hasta la pira. Los domésticos que auxiliaban a Wilfred clavaron sus antorchas en el suelo y salieron del patio de armas. La lluvia arreciaba. A una voz del conde, los guardias aferraron a Theresa, quien parecía adormilada. Se disponían a subirla sobre la pira cuando Izam intervino.

—¡Pero qué diablos! —masculló Wilfred al verlo. Los centinelas empuñaron sus armas, pero Drogo les contuvo.

—Izam, ¿eres tú? —preguntó el *missus* extrañado.

El joven se inclinó ante él.

—Magistrado, esa joven es inocente. No podéis permitirlo.

Al intentar acercarse a ella, los guardias se lo impidieron. Wilfred azuzó a los perros, que ladraron como posesos. A continuación ordenó a los soldados que encendieran la pira, pero Izam sacó su puñal y lo lanzó. El arma surcó el aire hasta hundirse en la silla bajo las partes pudendas de Wilfred. Sacó otra daga de su cinto y le apuntó.

—Os aseguro que si tenéis corazón, puedo acertarle —lo amenazó.

—Izam, no seáis necio —le advirtió el *missus*—. Esta joven ha robado un documento de vital importancia. No sé qué es lo que os guía, pero ya he resuelto que pague con su vida.

—Ella no ha sustraído nada. Permaneció a mi lado desde que salió del *scriptorium* —replicó el ingeniero sin bajar el arma.

—No es lo que Alcuino me ha contado.

—Pues Alcuino miente —afirmó tajante.

—¡Hereje! —bramó el fraile.



El tableteo de la lluvia resonó insistente mientras los hombres aguardaban. Izam inspiró con fuerza porque era el momento de su última jugada. Se adelantó unos pasos, apretó entre sus manos el crucifijo que pendía de su cuello y cayó de rodillas ante Drogo.

—¡Reclamo el Juicio de Dios!

Todos callaron estupefactos. Los juicios de Dios se pagaban con la vida.

—Si lo que pretendéis es salvarla... —le advirtió Wilfred.

—¡Lo exijo! —Se arrancó el crucifijo y lo elevó hacia el firmamento.

Drogo carraspeó. El *missus* miró a Wilfred, luego a Flavio, y finalmente al propio Alcuino. Los dos primeros se negaron. Sin embargo, Alcuino aseguró que era imposible sustraerse a la petición de una ordalía.

—¿De modo que un Juicio de Dios...? Acercaos —ordenó Drogo—. ¿Sabéis a lo que os exponéis?

Izam asintió. Lo habitual era que obligaran al acusado a caminar descalzo sobre una reja calentada hasta el rojo: si sus pies se quemaban resultaría culpable, pero si por mediación divina sanaban, entonces se proclamaría su inocencia. También podía suceder que le arrojaran al río atado de pies y manos: si flotaba, sus faltas le serían redimidas. No obstante, su propósito era acogerse a la contienda, opción posible cuando existían dos oponentes. No tenía más que retar a Alcuino.

—No es a él a quien se acusa —replicó Wilfred al oírlo.

—Alcuino asegura que Theresa le robó, pero yo afirmo que es él quien enarbola la mentira. En tal caso, sólo Dios puede discernir cuál es la oveja descarriada.

—¡Pero qué necesidad más grande! ¿Acaso olvidáis que Alcuino es el pastor y Theresa la oveja?



En ese instante, Alcuino se acercó a Izam, le miró fijamente a los ojos y le arrebató el crucifijo.

—Acepto la ordalía.

Regresaron al edificio después de acordar que se encontrarían al amanecer junto a la pira. Izam volvió al navío con la promesa del *missus* de que nada le sucedería a Theresa. Por su parte, Wilfred, Flavio y Alcuino permanecieron en cónclave para abordar los detalles de la ordalía.

—No deberíais haber aceptado —repitió indignado Wilfred—. No había razón para...

—Creed que sé lo que hago. Pensad que lo que ahora juzgáis como locura, en realidad resulta la forma perfecta de justificar una ejecución que, a ojos de la plebe, resultaría comprometida.

—¿A qué os referís?

—La muchedumbre idolatra a Theresa. Creen que esa joven ha resucitado. Ajusticiarla ahora no tendría sentido, y menos aún, acusarla de un crimen del que no podemos hablar demasiado. En cambio, un Juicio de Dios lo justificaría.

—Pero vos no sabéis de armas. Izam os mandará al infierno.

—Bueno, ésa es una posibilidad, pero Dios está conmigo.

—¡No seáis necio, Alcuino! —intervino Flavio Diácono—.

Izam es un soldado experto. Al primer envite vuestros intestinos rodarán por el precipicio.

—Confío en Dios.



—¡Maldita sea! Pues no confiéis tanto.

Alcuino pareció meditarlo. Pasado un rato se levantó entusiasmado.

—Un campeón. Eso es lo que necesitamos —les recordó que en una ordalía, el ofendido podía designar un valedor que le defendiera—. Tal vez Theodor —sugirió—. Es fuerte como un toro y le saca una cabeza a Izam.

—Theodor es un inútil. Si tuviera que pelar una cebolla, al primer tajo se quedaría sin dedos —sentenció Wilfred—. Habrá que pensar en otro.

—¿Y Hóos Larsson? —propuso Flavio Diácono.

—¿Hóos? —se extrañó Wilfred—. De acuerdo con que es hábil, pero ¿por qué se ofrecería a ayudarnos?

—Por dinero —sentenció Flavio.

Alcuino coincidió en que el joven mencionado gozaba del ímpetu y la maestría necesaria para el duelo, pero no confiaba tanto en que quisiera asumir el riesgo. En cambio, Flavio no sólo no lo dudó, sino que se ofreció para tratar de convencerlo. Wilfred y Alcuino se mostraron de acuerdo.

Antes del amanecer, un emisario se presentó en el barco de Izam para informarle que debía personarse en la muralla de la fortaleza. Lo confirmaba una tablilla con el sello de Drogo, de modo que Izam tomó su ballesta junto a varios dardos, se ciñó su *scramasax*, se protegió de la lluvia con una pelliza y siguió al enviado hasta el acceso a las murallas. Ya en el interior, el emisario le condujo por el foso hasta alcanzar, a pie de precipicio, el punto más cercano al patio de armas. Desde allí, los restos del andamio empleados para apuntalar la torre trepaban de forma



inverosímil hasta alcanzar el tronco que hacía de sustentáculo entre el torreón y la muralla. Cuando el doméstico le informó que debía ascender por el andamio, Izam no le creyó.

—¿Por qué habría de subir?

El emisario se encogió de hombros y señaló hacia lo alto. Izam siguió la indicación para, a considerable altura, reconocer a Drogo en el patio de armas. Mediante gestos, el magistrado le ordenó que trepara por el andamio pegado a la muralla. Antes de obedecer, el emisario le pidió que le entregara la ballesta. Izam se la dio. Luego se santiguó y comenzó la escalada.

Al principio parecía sólido, pero conforme ascendía, el armazón de palos y cuerdas comenzó a crujir como si fuera a hundirse, así que continuó el ascenso procurando apoyarse en las uniones más trabadas. La pierna herida le molestaba, pero sus manos se aferraban a los salientes igual que si fueran zarpas. Cuanto más subía por la estructura, ésta más se bamboleaba. A dos tercios de la cúspide se detuvo para recuperar el resuello, con la lluvia y el viento azotándole la cara. Abajo, en el foso, el lecho de roca parecía aguardar a que las fuerzas le fallaran. Tomó aire y continuó el ascenso hasta coronar el andamiaje, justo donde se apoyaba el tronco que unía la muralla con la torre de vigilancia.

No esperaron a que se recuperara. Al otro extremo aguardaban Wilfred en su silla, Flavio Diácono, Drogo y Alcuino. Más alejada, Theresa permanecía custodiada por dos soldados. La distinguió sin capucha pero aún amordazada. Pese a la distancia pudo advertir sus ojos de terror, y junto a ella, un hombre alto con un hacha. El corazón se le encogió. En ese instante Drogo se adelantó y le pidió a Izam que jurara.

—En el nombre del Señor, santiguaos y preparaos para el combate. Alcuino presenta a un campeón —le gritó señalando al hombre del



hacha—. Por ser él el ofendido, se encuentra en su derecho. Ahora jurad lealtad a Dios y que Él guíe vuestras armas.

Izam juró. Luego Drogo se volvió hacia el hombre del hacha y le indicó que se preparara.

—¡Honor para el vencedor, e infierno para el que caiga!

Izam comprendió que el duelo se celebraría sobre el vacío, así que mientras su oponente llegaba, estudió el tronco donde se batirían. Advirtió que su contorno superior estaba torpemente tallado, como si en algún momento lo hubieran empleado de puente entre la torre y la muralla. Aun así, mantener el equilibrio resultaría complicado porque la lluvia no cesaba. Se fijó en que a mitad del madero, asegurados sobre la superficie más plana, aparecían dispuestos varios odres de piel pequeños. No imaginó ni su propósito, ni el contenido que los abultaba.

En ese momento alzó la mirada y observó cómo su oponente salvaba el pretil de la torre para erguirse sobre el tronco auxiliándose con el hacha. Protegía su torso con un colete de cuero y lucía botas claveteadas. Sin duda era Hóos Larsson. Los tatuajes le delataban.

Izam desenfundó su puñal y se dispuso para el combate. Desde el patio de armas, Drogo ordenó a Hóos que dejara el hacha. Hóos Larsson la clavó en el tronco y desenfundó su *scramasax*. Luego avanzó hacia Izam sin cuidar dónde pisaba. Éste también progresó, notando con preocupación que la herida le aguijoneaba.

Se aproximaron el uno al otro como dos fieras acorraladas. La cara de Izam, perlada por la lluvia; la de Hóos, impávida, como si anduviera de caza. El tronco crujió cuando ambos se acercaron a la parte central. Hóos lanzó el primer amago, pero Izam aguantó la acometida sin retroceder una pisada, y respondió con una puñalada que Hóos detuvo con facilidad.



Hóos sonrió. Era experto con el cuchillo, y sus botas claveteadas le aferraban al tronco como si tuvieran garras. Arremetió de nuevo contra Izam haciéndole retroceder. Izam se preparó, pero de pronto Hóos también se echó atrás, como si quisiera disfrutar del episodio que se avecinaba. En ese instante, Drogo ordenó a sus arqueros que dispararan y una nube de dardos surcó el aire hasta clavarse en los pequeños odres que separaban a los contendientes.

—¿Qué? —rio Hóos—. ¿Crees que las piedras de abajo dolerán cuando te caigas?

Esta vez Hóos atendió dónde pisaba, porque los odres perforados habían vertido aceite hasta convertir el madero en una auténtica trampa. De repente Hóos lanzó otro envite, y aunque Izam logró esquivarlo, resbaló y perdió su arma. Por fortuna recuperó el equilibrio antes de que Hóos le apuñalara. Rápidamente, Izam se desprendió de su cinturón y lo empleó a modo de látigo para evitar que Hóos se le acercase.

En ese momento el tronco crujió a espaldas de Izam, quien comprobó horrorizado cómo el andamio cedía y una lluvia de listones comenzaba a caer al abismo. No le dio tiempo a reaccionar. De repente el tronco se hundió por el extremo de la muralla al tiempo que el andamiaje crujía y chasqueaba. Los contendientes comprendieron que iba a desprenderse y se desplazaron hacia el extremo contrario. Pese al desnivel del tronco, Hóos alcanzó el torreón con relativa facilidad, pero Izam resbaló al franquear la zona engrasada. Por un instante su cuerpo pendió en el aire, pero logró aferrarse al saliente de una rama.

Theresa chilló y su grito llegó hasta Izam, quien desesperadamente buscaba dónde asirse. Por suerte, sus dedos encontraron una flecha que había atravesado un odre y permanecía profundamente clavada. El dardo y el saliente le permitieron asegurarse mientras Hóos presenciaba



la escena agarrado a su hacha. Se carcajeó al comprobar que Izam se debatía como un pájaro en un cepo.

—¿Necesitas ayuda? —ironizó.

Izam pendía del tronco sin terminar de encaramarse. Hóos desprendió el hacha y comenzó a voltearla.

—¿Sabes, Izam? Me gusta clavarla —le gritó—. A Theresa le encantaba —añadió rozándose la entrepierna.

Iba a lanzarle el hacha cuando inesperadamente el tronco cedió por el extremo alojado en el torreón. El estertor hizo que Hóos cayera hacia atrás, rebotara en la piedra y saliera repelido hacia delante, a escasa distancia de donde Izam colgaba. Por fortuna, el tronco se enderezó, lo que permitió a Izam engancharse al saliente de otra rama.

Hóos sonrió. Bajo la lluvia, su rostro parecía el de la fiera que conoce la impotencia de su presa.

Avanzó observando a Izam debatirse sobre la sima. Cuando se supo cerca, lanzó un mandoble que Izam esquivó, apartando la pierna que le mantenía enganchado, y de nuevo pendió sobre el abismo. Hóos desclavó el hacha mientras Izam aprovechaba para volver a encaramarse. Por un instante ambos se miraron: Hóos agazapado, empuñando su arma, disfrutando de la caza, e Izam desarmado, intentando defenderse. De repente, el hacha silbó hasta enterrarse a un palmo de la cara de Izam y éste supo que era su oportunidad. Aferrándola del mango, tiró con violencia de ella, y sin pensarlo lanzó un envite que Hóos sorteó con agilidad felina. En ese instante una sucesión de crujidos dio paso al estruendo que anunciaba el inminente derrumbe. Sin tiempo para más, el extremo del tronco del lado de la muralla comenzó a desplomarse. El otro extremo aguantó. Izam y Hóos se aferraron como pudieron, pero una nueva sacudida hizo que Hóos



perdiera su asidero y se precipitara al vacío. Ya caía cuando, en el último instante, Izam le sujetó. El tronco volvió a estremecerse y se inclinó aún más. Izam trató de elevar a Hóos mientras éste le suplicaba que le salvara. Para poder izarlo, arrojó el hacha al foso y se agarró a unas ramas. En un último esfuerzo, tiró de Hóos y consiguió que se afianzara.

Ahora Hóos estaba tras él, y ambos debían trepar hacia el torreón si no querían que el tronco les arrastrara cuando se desgajara de la piedra que lo sujetaba. Izam emprendió el ascenso y Hóos le secundó. Sin embargo, durante el avance, Hóos arrancó una de las flechas clavadas, avanzó con ella, y cuando Izam se disponía a alcanzar la torre, se la enterró en la espalda.

Theresa gritó de desesperación. Llevaba un rato intentando soltarse, pero ahora la lluvia había lubricado sus muñecas y humedecido las ligaduras. Los guardias, pendientes de la lucha, no la vigilaban. Theresa tiró con toda su alma y liberó un brazo. El otro le siguió de inmediato. Se frotó las muñecas, que apenas notaba. Luego agarró un madero de la pira y descendió por detrás hacia los guardias. Justo a sus espaldas descansaba la ballesta de Izam. Iba a apoderarse de ella cuando un soldado se volvió, pero Theresa le golpeó con el madero y cayó al suelo conmocionado. Cogió un dardo y corrió hacia el torreón. Al advertirlo, el otro guardia intentó detenerla, pero Theresa alcanzó la puerta y la atrancó tras franquearla. Luego subió las escaleras de dos en dos, con el corazón saliéndosele por la boca. Cuando alcanzó la ventana, vio que Hóos golpeaba a Izam con el propósito de arrojarlo al vacío.

La ballesta ya estaba cargada. Apuntó y disparó, pero el dardo hendió el aire y se perdió en la lejanía. Se maldijo por su precipitación. Hóos volvió a golpear a Izam, quien se aferró al tronco para salvar la vida. Entonces Theresa lo intentó con el único dardo de que disponía. Enganchó la palanca que tensaba la ballesta, pero sólo consiguió



lastimarse la mano. Miró a Izam y advirtió que iba a caer. Enganchó de nuevo la palanca y miró a Hóos. Pensó en sus falsas caricias y estiró... Pensó en su padre y estiró... Pensó en Izam y estiró hasta que la madera cedió y tensó el arma. Colocó el dardo en la acanaladura y apuntó, a sabiendas de que sólo dispondría de esa oportunidad. Hóos se disponía a acabar con Izam. Theresa empuñó la ballesta hasta que sus brazos dejaron de temblar. Luego guiñó un ojo y, con calma, disparó. Hóos iba a descargar su puñal cuando sintió un escalofrío atravesándole la espalda. Bajó la mirada hacia su pecho y, mientras se le nublabla la visión, observó incrédulo cómo un dardo ensangrentado asomaba por su casaca. Lo último que vio antes de caer al vacío fue el rostro de Theresa demudado por la venganza.

Izam no se detuvo a mirar. Gateó rápido hasta alcanzar el torreón, justo en el instante que el tronco se desgajaba y caía por el cortado, llevándose por delante el murete del patio de armas.

Nada más incorporarse abrazó a Theresa, que lloraba desconsolada. La besó sin pensarlo. La lluvia los empapaba. Descendieron despacio, en silencio. Abajo, los soldados golpeaban la puerta, pero ésta resistía porque era de madera gruesa, al igual que el madero que la atrancaba. Izam descorrió la vigueta. Al otro lado aguardaban Drogo, Alcuino, Flavio Diácono y los dos guardias. Wilfred permanecía más atrás, cerca del murete que acababa de derruirse.

—Gracias —le dijo Alcuino a Izam.

Theresa no comprendió. Izam acababa de derrotar a su campeón y Alcuino se lo premiaba. Aún entendió menos cuando el fraile se giró



hacia ella y la protegió con su sotana. En ese instante, Drogo ordenó a los soldados que abandonaran el patio de armas.

—Al final todo se aclara —afirmó Alcuino con serenidad.

La lluvia amainaba. El fraile se encaminó hacia Flavio, quien curiosamente retrocedió hacia el pretil medio desmoronado.

—He de reconocer que me costó trabajo —le dijo—. Vos, Flavio Diácono, enviado papal y nuncio de Roma. ¿Quién podría imaginaros el causante de tanta desgracia?

Theresa hizo ademán de intervenir, pero Izam hizo que aguardara.

—El ataque sufrido por Gorgias —prosiguió Alcuino—, la muerte de la pobre ama de cría, el secuestro de las niñas, el asesinato del joven centinela... Decidme, Flavio, ¿hasta dónde habríais llegado?

—Desvariáis —sonrió incómodo—. El Juicio de Dios ha resultado nítido. La derrota de vuestro defensor os compromete.

—¿Derrota? Fuisteis vos quien eligió a Hóos Larsson.

—Para defenderos —arguyó Flavio.

—Yo opino que para salvaros. Si Hóos vencía, como pretendíais, la muchacha acabaría quemada. Si Hóos moría, os librabais de vuestro esbirro, el único que podía delataros. Hóos siempre actuó bajo vuestro mando. ¿Y qué decir de Genserico, vuestro otrora aliado? Pagasteis bien a ambos con sueldos de oro acuñados en Bizancio. —Sacó una bolsa que le mostró—. Una moneda cuya circulación, como todo el mundo sabe, está prohibida en el territorio franco. ¿De dónde la habéis sacado?



—Ese dinero se lo entregué a Hóos para que luchara —le espetó el nuncio—. Vos mismo autorizasteis el pago.

—¡Flavio, Flavio!... por el amor de Dios. Estas monedas las encontré antes de que Izam me retara. En concreto, el mismo día que Theresa os descubrió conspirando en el túnel con Hóos Larsson.

Flavio enmudeció. De repente se situó tras el carromato de Wilfred y amenazó con empujarlo al vacío.

—Por mí podéis arrojarle —dijo Alcuino sin inmutarse—. Al fin y al cabo, sería lo adecuado.

Los ojos del conde, de por sí aterrados, se abrieron más al escucharlo. El fraile prosiguió.

—Porque fue Wilfred quien acabó con Genserico —afirmó—. Cuando descubrió que su coadjutor le traicionaba, que había sido Genserico el responsable de la desaparición de Gorgias para adueñarse del pergamino, no dudó en asesinarlo. E igual hizo luego con Korne —añadió señalando el agarradero de la silla.

Wilfred comprendió. Cuando comprobó que Flavio Diácono sujetaba el agarradero, accionó un resorte y sonó un chasquido metálico. El nuncio romano sintió un pellizco en la palma, pero no le prestó atención.

—¿Olvidáis con quien habláis? Soy emisario del Papado —recalcó de nuevo Flavio.

—Y partidario de Irene de Bizancio, la emperatriz traidora; la que cegó a su propio hijo; la que odia al propio Papado. La mujer que os ha corrompido, a la que servís, y a quien pensabais entregar el documento para evitar la coronación de Carlomagno. Y ahora dejad a Wilfred de lado, y confesad dónde guardáis el documento que habéis robado del *scriptorium*.



Flavio se tambaleó. El veneno inoculado ya estaba actuando. Introdujo su mano en el hábito y extrajo un pergamino doblado.

—¿Es esto lo que buscáis? ¿Un documento que es falso? Decidme, Alcuino, ¿quién es más...? —Sacudió la cabeza como si algo retumbara en su interior—. ¿Quién es más culpable? ¿El que, como yo, lucha por que prevalezca la verdad, o quien, como vos, emplea la codiciosa mentira para la consecución de sus propósitos?

—La única verdad es la de Dios. Él es quien desea que perviva el Papado.

—¿El bizantino o el romano? —Flavio parpadeó nerviosamente, como si intentara ver claro.

Alcuino hizo ademán de acercarse, pero Flavio le advirtió.

—Un paso y rompo el pergamino.

El fraile se detuvo, a sabiendas de que para lograr el documento sólo tenía que esperar a que el veneno hiciera efecto. Sin embargo, Wilfred no aguardó. Cuando vio que el nuncio papal se tambaleaba, liberó a los perros, y éstos, como fieles ejecutores de sus deseos, se arrojaron a la garganta del romano. Flavio interpuso su brazo entre las fauces del primer animal mientras el segundo se aferraba a su hábito. En el forcejeo soltó el pergamino y una de las bestias se ensañó con él hasta destrozarlo. Flavio intentó recuperarlo, pero el otro animal se abalanzó contra su cara haciéndole perder pie. El hombre vaciló al borde del precipicio. Durante un segundo miró incrédulo a Alcuino. Luego su espalda se inclinó hacia el barranco, y perro y hombre cayeron al abismo.

Cuando Alcuino se acercó a los restos del pretil, divisó en el fondo del barranco el cadáver de Flavio Diácono junto al cuerpo de Hóos Larsson.



Tras recoger los restos del pergamino, Alcuino comprendió que jamás los reconstruiría. Se santiguó lentamente y se volvió hacia Drogo. A Theresa le pareció ver en el rostro del fraile el brillo de una lágrima.



Capítulo 31

Las exequias de Gorgias se celebraron en la iglesia mayor con la presencia de Drogo, el resto de la comitiva papal y un coro de niños. A Theresa, las antífonas que entonaron le parecieron la antesala de los cielos. Su madrastra Rutgarda sollozó desconsolada, acompañada de su hermana Lotaria, el marido de ésta y los chiquillos de ambos. Más atrás aguardaba Izam, pendiente con un taburete que Theresa no precisó. La muchacha escuchó la homilía, entera, orgullosa de su padre. Rutgarda, en cambio, lloró hasta vaciarse. Cuando concluyó el oficio, trasladaron el ataúd en procesión hasta el camposanto. Por deseo expreso de Alcuino, los restos de Gorgias fueron enterrados junto a los difuntos más ilustres de la región, aquellos que por su santidad o valentía habían defendido Würzburg y sus valores cristianos.

Aquel sábado de marzo fue el más triste de su vida.

El domingo por la mañana, Theresa acudió a la llamada de Alcuino. A ella no le apetecía verle, pero Izam insistió en que fuera. Cuando se presentó, el joven también aguardaba en el *scriptorium*. Ella saludó a ambos con amabilidad y tomó el asiento que le tenían reservado. Alcuino le ofreció unos bollos calientes que Theresa rehusó. Luego hubo un instante de silencio, roto cuando Alcuino carraspeó.

—¿Seguro que no? —insistió. Apartó los dulces y extendió sobre la mesa los restos del pergamino—. Tanto trabajo para nada —se lamentó.



Theresa sólo pensó en su padre fallecido.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Izam.

Theresa respondió que bien con un hilo de voz. Se notó que mentía porque sus ojos estaban humedecidos. Alcuino se mordió el labio, inspiró hondo y cogió la mano de la muchacha, pero ella la apartó. Entonces Izam la tomó entre las suyas. Alcuino recogió los restos de pergamino y los dejó a un lado como si fueran desperdicios.

—En fin. No sé cómo empezar —dijo el fraile—. En primer lugar, ruego a Dios que me absuelva de mis aciertos y equivocaciones. De los primeros, me honro en haberle servido; de las segundas, me arrepiento pese a consumarlas en Su nombre. Él lo sabe, y a Él me encomiendo. —Hizo una pausa y miró a ambos—. Ahora es fácil enjuiciar. Puede que errara invocando la mentira, pero me consuela pensar que tan sólo me guié por lo que en mi interior consideré justo y cristiano. *Acodere ex una cintilla incendia passim*. En ocasiones, a partir de una simple chispa se produce un gran incendio. De cuanto ha acaecido aquí, he de reconocerme como último responsable, y aunque sólo fuera por sus amargas consecuencias, por ello debo ofrecerte mis disculpas. Dicho esto, es necesario que conozcas los sucesos que condujeron a tu padre a una tumba en el camposanto.

Theresa miró a Izam y éste le apretó las manos. Ella confió en él. Se volvió hacia Alcuino y le escuchó.

—Como ya te dije, conocí a tu padre en Italia. Allí le convencí para que me acompañara a Würzburg, donde trabajó para mí durante años. Sus conocimientos del latín y el griego me fueron providenciales en las traducciones de ingentes códices y epístolas. Él siempre decía que le gustaba escribir, tanto o más que un buen asado —sonrió con tristeza—. Quizá por eso, cuando a comienzos de este invierno le propuse la copia



del pergamino, tu padre aceptó de inmediato. Él conocía de su trascendencia, pero no su falsedad, de la que, repito, no me arrepiento. —Se levantó y continuó el discurso andando—. De su actividad sabían Wilfred, su santidad el Papa y, por supuesto, Carlomagno. Por desgracia, también se enteró Flavio, a quien la emperatriz Irene de Bizancio debió de corromper mediante dinero y engaño. Flavio concibió un plan digno de un hijo del diablo. Conocía a Genserico, porque éste vivió en Roma antes de establecerse en Würzburg, así que convenció al Papa para que le enviase a Aquis-Granum con las reliquias de la *Santa Croce*. A través de un emisario, persuadió a Genserico para que le mantuviera informado, y viajó hasta Fulda con el baúl custodio del *lignum crucis*, el cual pretendía utilizar de escondrijo para trasladar a Bizancio el pergamino de Constantino. Genserico, a su vez, se valió de Hóos Larsson, un joven sin escrúpulos a quien no dudó en contratar para que se hiciera con el documento.

Theresa no entendía por qué le seguía escuchando. Aquel fraile con aires de santo la había acusado falsamente de robar el pergamino, y de no haber mediado la victoria de Izam, habría insistido en que la quemaran viva. Aguantó allí por Izam.

—Genserico gozaba del favor de Wilfred —continuó Alcuino—. Tenía acceso al *scriptorium*, y sabía de los avances de tu padre. Imagino que, por las fechas, supuso que estaba concluido, así que ordenó a Hóos que se apoderara del pergamino. Éste atacó a Gorgias, le hirió, pero no consiguió su objetivo, ya que por suerte para tu padre, se llevó un borrador que sólo recogía el principio.

«Por suerte para tu padre»... En su interior, Theresa lo maldijo.

—Y aquí entra en escena el sello de Constantino. —Alcuino se acercó a un aparador del que extrajo una daga preciosamente labrada. Theresa la reconoció: era la de Hóos Larsson—. Se la encontramos a Hóos en el



barranco —explicó. Con cierto esfuerzo hizo rotar la empuñadura hasta que emitió un chasquido. Del mango extrajo un cilindro en cuyo extremo apareció un rostro labrado. Alcuino lo empapó en tinta y lo aplicó sobre un pergamino—. El sello de Constantino —anunció—. Tras robárselo a Wilfred, Genserico se lo entregó a Hóos para que lo mantuviera escondido.

—¿El sello lo tenía Wilfred? —preguntó Izam.

—Así es. Como ya sabes, el pergamino constaba de tres partes: el soporte propiamente dicho, fabricado en finísima piel de vitela nonata; el texto en latín y griego, que debía transcribir Gorgias, y el sello de Constantino. Sin el concurso de esos tres elementos, nada habría resultado. Cuando Genserico advirtió que el documento robado estaba aún inconcluso, pensó en sustraer el sello.

—Pero ¿qué pretendía Flavio? ¿El sello o el pergamino? —intervino Theresa.

—Perdona si te confundo —se disculpó el fraile—. Flavio deseaba impedir que el documento se presentase en el Concilio. Sus opciones eran varias: robar el documento, apoderarse del sello, o eliminar a tu padre. Lo intentaron en ese orden* Ten en cuenta que, haciéndose con un original, podrían demostrar la falsedad del documento, si llegado el caso se transcribía otro pergamino.

—Y por eso mantuvieron vivo a mi padre.

—Sin duda lo habrían matado de haber terminado el documento. Pero ahora volvamos con Hóos y el sello de Constantino. —Se detuvo para coger un trozo de pastel que engulló de un bocado. Limpió el sello y lo enroscó en el interior de la daga—. Hóos acudió a su cabaña buscando un escondite. Allí, según me contaste, te encontró metida en un lío.

—Aunque me duela reconocerlo, me salvó de dos sajones.



—Y tú le pagaste huyendo con su daga.

Theresa lo admitió. Comprendió entonces el interés de Hóos por encontrarla.

—Cuando acudisteis a Fulda, obviamente te reconocí. No recordaba tu cara, pero aparte de la hija de Gorgias, no creo que en toda Franconia hubiera otra joven capaz de leer griego en un tarro.

Theresa recordó aquel día en la botica de la enfermería. Fue entonces cuando él le había ofrecido un trabajo.

—Por ser hija de quien eras —reconoció el fraile—. Luego Hóos se restableció, recuperó su daga con el sello y desapareció sin dejar rastro. —Se sentó frente a Theresa y tomó un último bocado—. Hóos regresó a Würzburg, donde se encontró con Genserico, con quien acordó el secuestro de tu padre para obligarle a que acabase el pergamino. Por fortuna, Gorgias logró escapar. Tras la muerte de Genserico, Hóos debió de encontrarse perdido, así que regresó a Fulda para hablar con Flavio Diácono, quien sin duda le sugirió el emplearte a ti como rehén para localizar a tu padre, o en el peor de los casos, para sustituirle como escriba.

—¿Wilfred mató a Genserico?

—Wilfred llevaba tiempo sospechando de Genserico. Gorgias había desaparecido, pero curiosamente sus pertenencias lo hicieron dos días más tarde. Para entonces ya había encargado a Theodor que vigilara el *scriptorium*, y fue el gigante quien descubrió que el ladrón era Genserico.

—Pero ¿por qué no le siguió? ¿O por qué no le obligó a revelar el paradero de mi padre?

—¿Y quién te ha dicho que no lo hizo? Seguramente lo intentó, aunque a ese gigantón le despistaría hasta un niño. Supongo que llevado por la



rabia, Wilfred accionó el mecanismo que inculó el veneno en el brazo de Genserico cuando volvió a verlo. Luego Theodor le siguió y descubrió su escondrijo. Regresó a la fortaleza para contárselo a Wilfred, quien de inmediato le ordenó que volviese a la cripta y liberara a Gorgias, pero para entonces el coadjutor ya había muerto y Gorgias desaparecido.

—Así pues, fue Theodor quien arrastró el cadáver de Genserico y quien le asestó la puñalada con el estilo.

—En efecto. Wilfred le ordenó que cogiera el punzón de Gorgias y simulara el homicidio, inventando así un motivo para encontrarle rápido. A partir de ahí, ya conoces el resto: la travesía en barco, tu «resurrección» y la desaparición de las gemelas.

—Eso sí que no lo entiendo.

—No es complicado de deducir. Con Genserico muerto, Flavio pasó a tentar a Korne, alguien de moral ligera como así lo atestiguan sus amoríos con el ama de cría. A través de Hóos, Flavio debía de enterarse de sus flaquezas, de modo que ofreciéndole títulos, y seguramente tu cabeza, persuadió *al percamenarius* para que secuestrara a las hijas de Wilfred.

—Con la intención de chantajearle para recuperar el pergamino.

—Eso imagino. Flavio juzgó que extorsionando a Wilfred obtendría el documento que tú estabas elaborando, pues el escrito confeccionado por tu padre lo daba por desaparecido. En cualquier caso le sirvió de poco, ya que Wilfred envenenó a Korne con el mecanismo de su silla.

—Pero eso no tendría sentido. ¿Qué ganaría con matarle?

—Supongo que saber dónde estaban sus hijas, a cambio de suministrarle el correspondiente antídoto. Sin embargo, Korne, que



desconocía el lugar donde permanecían las niñas, huyó aterrado y murió al poco, durante el coro en los oficios.

—¿Y entonces por qué abandonaron a las crías en la mina?

—A eso no sabría responderte. Tal vez les asustó la extraña muerte de Korne. O quizá supusieron que podrían descubrirlos. No sé. Ten en cuenta que no es fácil custodiar a dos chiquillas, y que para ello contaban con *el percamenarius*, por entonces ya difunto. ¿Cómo retenerlas sin que nadie se extrañase de la ausencia de Hóos o de Flavio? Eso, además de alimentarlas, ocultarlas, custodiarlas... De hecho, creo que las narcotizaron para evitarse problemas.

—Y las condujeron a la mina, no para abandonarlas, sino para simular su encuentro.

—Así debió de ser. Recuerda que al día siguiente organizaron una batida, de la que resultarían como héroes en lugar de como bandidos.

—Culpando a mi padre de paso...

Alcuino asintió. Luego hizo ademán de que esperara. Salió a la puerta y pidió que les trajeran más comida.

—No sé por qué, pero toda esta conversación me abre el apetito —dijo al regresar—. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Ya recuerdo. A tu padre siempre intentaron inculparlo. Verás. Descubrí que Hóos no sólo trabajaba para Flavio. También lo hacía para sí mismo en cualquier cosa que pudiera beneficiarlo. ¿Recuerdas los muchachos que murieron acuchillados? Tuve ocasión de hablar con sus familiares, y me contaron que al amortajarlos encontraron que tenían negros los pies y las manos. ¿Te suena eso de algo?

—¿El grano de Fulda? —aventuró incrédula.



—Así es. El grano envenenado. En Fulda, Lotario no lo confesó, pero tras hacer los pertinentes recuentos, deduje que había logrado escamotear en algún lado una partida de grano. Cuando Hóos desapareció de Fulda, lo hizo herido en un caballo, ¿no es así? —Theresa bajó la cabeza y lo admitió—. Me lo confesó Helga *la Negra* —continuó Alcuino—, pero según Wilfred, Hóos llegó a Würzburg en un carromato. Así pues, parece que alguien más le ayudó en Fulda: Rothaart el pelirrojo, o Lotario.

—¿Por qué decís eso?

Alcuino se hurgó en los bolsillos y sacó un puñado de cereal.

—Porque en el granero donde amputaron el brazo a tu padre encontré grano contaminado.

Le explicó que, sin duda, Hóos habría intentado hacer negocio aprovechando la hambruna que padecían en Würzburg. Los jóvenes muertos habían sido contratados por Hóos para diversas tareas. Debía de pagarles con el grano, que él no comió al haber sido advertido por Lotario. Tal vez desconocía que los efectos fueran tan rápidos, pero de repente se encontró con que los muchachos enfermaban y amenazaban con descubrirle, así que sobre la marcha decidió asesinarlos.

—Y culpar de nuevo a mi padre.

—En efecto. Debía encontrarlo, y si lo acusaba de varias muertes todos en Würzburg ayudarían a buscarlo. Realmente ignoro si Hóos averiguó que tu padre se escondía en la mina. Tal vez lo sospechara, o tal vez fuera el destino. El caso es que su presencia ya no convenía a nadie. Flavio y Hóos lo querían muerto, pues si Gorgias se recobraba, podría transcribir otro pergamino.

—Y vos también, para ocultar sus hallazgos.



—¿A qué te refieres? —preguntó el fraile, extrañado.

—A que también le queráis muerto. Mi padre había descubierto la hipocresía de ese documento.

Alcuino frunció el ceño. En ese momento regresó el doméstico con las viandas, que el propio Alcuino las rechazó con aspavientos.

—Te repito que apreciaba a tu padre. Pero, en fin, dejemos ese asunto. Por mucho que hubiera hecho por él, igualmente habría muerto.

—Pero no como un perro.

Alcuino no pestañeó. Cogió una Biblia y buscó el capítulo de Job. Lo leyó en voz alta, como justificando su comportamiento.

—Dios nos exige sacrificios —agregó—. Nos envía desgracias que quizá no comprendemos. Tu padre ofreció su vida y deberías agradecersele.

Theresa le miró a los ojos con determinación.

—Si algo he de agradecerle, es que viviera lo suficiente para aprender de él que nunca fuera como vos. —Y abandonó la estancia, dejando plantado a Alcuino.

De camino al barco, Izam le explicó el motivo por el cual el fraile la había acusado de robar el pergamino.

—Para protegerte —le aclaró—. De no haberlo hecho, Flavio habría acabado contigo. Fue a Flavio a quien escuchaste en el túnel. Hóos mató al joven centinela, pero era a ti a quien buscaba. Encontró la Vulgata esmeralda y se la llevó creyendo que contenía el pergamino. Luego, al



comprobar que era una simple Biblia, la arrojó al claustro para que nadie advirtiera que la había sustraído.

—¿Y por eso me encerró en la fresquera? ¿Y por eso permitió que me azotaran? ¿Por eso pretendió quemarme viva?

—Tranquilízate —le pidió el joven—. Pensó que en la fresquera, pendiente de una ejecución, te encontrarías a salvo. Lo de los azotes fue cosa de Wilfred. El conde desconocía el plan urdido por Alcuino.

—¿Plan? ¿Qué plan? —preguntó ella sorprendida.

—El de retar al propio Alcuino.

Theresa no comprendió, pero Izam continuó.

—Fue él quien me lo propuso —dijo refiriéndose al fraile—. Vino a verme y me informó de cuanto te he dicho. Alcuino no sabía de qué forma protegerte y a la vez desenmascarar a los asesinos, así que me pidió que le retara. Cuando lo hice y Alcuino pidió que lo representara un campeón, Flavio se descubrió al proponer a Hóos Larsson.

—¿Y tú le creíste? ¡Por Dios, Izam! Piensa un momento. Si Hóos te hubiera vencido, a mí me habrían ajusticiado.

—Eso nunca habría ocurrido. Drogo estaba al tanto. Si yo hubiera muerto, igualmente te habrían liberado.

—Pero entonces... ¿por qué luchaste?

—Por ti, Theresa. Hóos mató a tu padre. Merecía ese castigo.

—Podrías haber muerto —se echó a llorar.

—Era el Juicio de Dios. Eso no habría sucedido.



Tres días después de las exequias, un cónclave exculpó a Wilfred de los crímenes cometidos. Drogo, como juez supremo, dictaminó que las muertes de Korne y Genserico respondían con ecuanimidad a la infamia de sus actos, y todos los presentes aplaudieron el veredicto. Aun así, Alcuino condenó la ambición que había guiado a Wilfred: un apetito cristiano, pero un apetito asesino, dijo.

A la salida de la asamblea, Alcuino se encontró con Theresa, rodeada de ropa y libros agrupados en varios hatillos. Habían quedado para despedirse. Alcuino volvió a proponerle que escribiese de nuevo el pergamino a cambio de dinero, pero ella se negó en redondo. Finalmente, el fraile lo admitió.

—Entonces... ¿seguro que quieres marcharte? —le preguntó.

Theresa dudó. La noche anterior, Izam le había pedido que le acompañara a Aquis-Granum, pero ella aún no había respondido. Por un lado, deseaba emprender una nueva vida; olvidarlo todo y seguirle en el barco que zarparía al día siguiente, pero por otro, un sentimiento le impelía a permanecer junto a Rutgarda y sus sobrinos. Era como si de repente todas las enseñanzas de su padre, su afán por convertirla en una mujer culta e independiente, también hubieran perecido. Por un instante se vio siguiendo los consejos de Rutgarda, casándose en Würzburg y pariendo hijos.

—Aún puedes quedarte y trabajar conmigo. Yo permaneceré una temporada en la fortaleza para ordenar el *scriptorium* y ultimar ciertos asuntos. A Wilfred lo recluirán en un monasterio, de modo que podrías ayudarme, y más adelante decidir sobre tu futuro.

Ella no lo pensó. Trabajar entre pergaminos era lo que siempre había anhelado, pero ahora añoraba un mundo distinto. Izam le había hablado de él y ella deseaba descubrirlo. Alcuino lo advirtió. Mientras la ayudaba



a cargar los bártulos, él le preguntó de nuevo por el documento de Constantino.

—La primera transcripción —le aclaró—. Mientras estaba cautivo, tu padre debió de concluirla.

—Nunca la vi —mintió la muchacha.

—Sería vital. Si apareciera, aún podríamos presentarla en el Concilio —insistió.

—Os repito que nada sé. —Reflexionó antes de añadir—: Y aunque supiera de su paradero, jamás os la entregaría. En mi pensamiento no cabe la mentira, ni la muerte, ni la ambición, ni la codicia, por más que la esgrimáis en nombre del cristianismo. Quedaos pues con vuestro Dios, que yo me quedo con el mío.

Theresa se despidió cortésmente sin pensar en el pergamino. No le importaba. Ya lo había destruido.

Mientras caminaba hacia el embarcadero recordó los extraños signos que su padre había dibujado en la fresquera y se preguntó por qué habría grabado aquellas vigas repetidas.

Encontró a Izam en la orilla, ayudando a sus hombres a calafatear el navío. En cuanto él la vio, soltó el cubo de brea y con las manos ennegrecidas corrió a ayudarla con los bártulos. Ella rio cuando los dedos de él le riñeron el rostro hasta dejárselo como el de una carbonera. Se limpió con un paño y lo besó, extendiéndole la brea por su cabello oscuro y limpio.



ABRIL



Capítulo 32

La singladura transcurrió sin incidentes, con los graznidos de los ánades acompañando a los navíos y los bancos de flores festoneando la ribera como dispuestos por un comité de bienvenida. Desembarcaron en Frankfurt, donde se separaron de Drogo para unirse a una caravana que partía pronto hacia Fulda. Allí encontraron a Helga *la Negra* con la barriga más oronda que Theresa jamás hubiese visto. Al reconocerlos, la mujer dejó caer el fardo de heno que portaba y corrió hacia su amiga bamboleándose como un cántaro. La estrechó con tanta fuerza que Theresa pensó que le reventaría la tripa. Cuando Helga supo que se establecerían en Fulda, dio tantos saltos que a punto estuvo de parir allí mismo.

De camino a las tierras de Theresa, Helga le preguntó a escondidas si se casaría con Izam. La muchacha rio nerviosa. Él no se lo había pedido, pero ella confiaba en que algún día se decidiría. Le habló de sus planes para roturar más tierras y construir una casa segura y amplia, como las que edificaban en Bizancio, con varias estancias y un cuarto aparte con letrina. Izam era un hombre resuelto y disponía de ciertos ahorros, así que imaginó que sin duda lo conseguirían.

Cuando Olaf vio aparecer a Theresa e Izam, corrió hacia ellos como un mozuelo. A Izam le sorprendió el manejo que el esclavo hacía de su pierna de madera y enseguida se interesó por el funcionamiento de la



articulación. Mientras ellos se enfrascaban hablando de artilugios, caballos y terrenos, Theresa y Helga se dirigieron a la cabaña que Olaf y los suyos habían transformado en un hogar. Los niños habían ganado peso y Lucilla disponía de comida sobre la mesa.

Aquella noche durmieron mal, apretados unos contra otros pese a que Olaf pernoctó fuera. Al día siguiente exploraron los sembrados, que ya comenzaban a germinar, así como las tierras aún incultas. Por la tarde bajaron a Fulda para comprar madera y herramientas, y en los días siguientes iniciaron la construcción del que sería el hogar de la familia.

Al cuarto día, Izam aprovechó que Olaf y Lucilla habían bajado al pueblo para hablar a solas con Theresa. Dejó la leña que acarreaba y se acercó a ella por la espalda para abrazarla con ternura. Ella dejó que su sudor la humedeciera antes de volverse para besar sus labios gruesos y dulces. Izam le acarició las manos, ahora cubiertas de ampollas.

— Antes eran delicadas — se lamentó.

— Antes no te tenía a ti — repuso ella, y le besó.

Izam miró alrededor mientras se apartaba el resudor de las cejas. La casa avanzaba despacio, y no sería tan grande como habría deseado Theresa. Además, las tierras vírgenes requerían más esfuerzo del calculado; quizá demasiado para los pobres rendimientos que esperaba obtener de ellas. Sin embargo, admiró el pundonor con que Theresa abordaba cualquier faena.

Pasearon junto al arroyo. Izam pateó algún guijarro. Cuando Theresa le preguntó qué estaba pensando, él le espetó que no quería aquello para ella.

— ¿A qué te refieres?

— A este tipo de vida. No es lo que mereces — respondió él.



Theresa no comprendió. Le dijo que se conformaba con sentir que él la quería.

—¿Y tus libros? Te he visto cada noche releer en tu tablilla.

Ella intentó ocultar las lágrimas que afloraron a sus ojos.

—Podríamos ir a Nantes —propuso Izam—. Allí poseo tierras fértiles heredadas de un pariente. El clima es suave, y en verano las playas se llenan de gaviotas. Conozco a su obispo, un hombre bueno y sencillo. Seguro que te presta libros y podrás escribir algún texto.

El rostro de Theresa se iluminó. Le preguntó qué sucedería con Olaf y su familia, pero para su asombro, Izam ya lo había resuelto. Viajarían con ellos y les servirían en su nuevo hogar.

Durante los días siguientes ultimaron los preparativos. Vendieron las tierras, enviaron una parte de lo obtenido a Rutgarda y cedieron varios arpendes a Helga *la Negra*. El primer domingo de mayo emprendieron el viaje junto a unos comerciantes que cubrían el trayecto hasta París. De camino hacia Nantes, cogida a su prometido, Theresa observó que el cielo se volvía cada vez más limpio y recordando a su padre, celebró con un beso las asechanzas del destino.



Epílogo

Aunque a Eric *el Sucio* le hubieran arrancado un diente en su última pelea, aún escupía más lejos que el resto de los chiquillos. Por eso, y porque disponía de los puños más rápidos de Würzburg, continuaba capitaneando a los muchachos del arrabal, a quienes había guiado hasta su nuevo escondrijo.

Al llegar a los barracones se asombraron de lo derruidos que habían quedado tras el paso del invierno. Luego entraron en los túneles y reunieron cuantos instrumentos pensaron que podrían servirles para sus juegos. Eric decidió que se establecerían en el barracón mejor conservado y nombró al pequeño Thomas vigilante de la mina. Lo hizo subir a las vigas que atravesaban el techado y le amenazó con dejarle arriba si no dejaba de llorar. Al cabo de un rato, Eric *el Sucio* observó que Thomas, en lugar de sollozar, gateaba por la viga.

—Aquí hay algo escondido —anunció el pequeño.

Se incorporó sobre el travesaño y alzó un envoltorio de cuero cuidadosamente atado. Al verlo, Eric le ordenó que se lo diera. Luego todos se apiñaron alrededor de él, que les ordenó guardar silencio.

—¿Qué es? —preguntó uno de los muchachos.

Eric le soltó un sopapo por adelantarse a sus dedos. Desató el cordón con el mismo cuidado de quien desenvuelve un tesoro, pero al descubrir que sólo escondía varios pergaminos, torció el gesto y los arrojó a un



rincón. Los chiquillos se rieron de la decepción de Eric, pero éste la emprendió a patadas con los que tenía más cerca hasta que se arrepintieron de haber reído. Después se quedó mirando los documentos, se acercó a ellos y los recogió con cuidado.

—¿Por qué creéis que soy vuestro jefe? —presumió—. Iré a la fortaleza y los cambiaré por dulces de membrillo.

De regreso a la ciudad, Eric intentó que uno de los guardias le franqueara el paso, pero el hombre le apartó de un empujón y lo envió a jugar con los otros niños. Ya pensaba en romper los documentos cuando se topó con un fraile alto que dijo llamarse Alcuino. Eric se le acercó desconfiado, pero enseguida se armó de valor. Para eso era el jefe. Se lamió las manos, y tras peinarse con ellas le ofreció los pergaminos. Cuando el fraile examinó los pliegos, cayó de rodillas y, cubriéndole de besos, le bendijo. Luego corrió hacia el *scriptorium* para agradecer a Dios que le hubiera devuelto la Donación de Constantino.

Aquella tarde, los muchachos de la pandilla vitorearon a Eric *el Sucio* como el mejor jefe del mundo, porque además de los pasteles de membrillo, consiguió que le dieran cuatro barriles de vino.



Todo es una novela

Los comienzos

En octubre de 1999 asistí a un congreso sobre ingeniería de automóviles en la suntuosa ciudad de Wiessbaden, a poca distancia de Frankfurt, en Alemania. Como en anteriores ediciones, las ponencias resultaron aburridas, pero el último día tuve la fortuna de entablar conversación con el Dr. Gerhard Müller, un hombre afable y despistado que no paró de saludarme hasta que logré convencerle de que se equivocaba de persona. No obstante, el encuentro resultó providencial, pues acabé de invitado en su casa ayudándole a preparar la cena, y no es que por aquel entonces yo tuviera vocación de cocinero, pero coincidió que Frida Müller, la esposa de mi anfitrión, se hallaba enfrascada en su tesis doctoral y el Dr. Müller propuso que fuéramos nosotros quienes nos ocupáramos de los huevos y la crema.

Durante el transcurso de la cena comprobé que Frida era una mujer extraordinaria, no por su apariencia, ciertamente común, sino por el inopinado y contagioso entusiasmo con el que hablaba de la tesis en la que estaba trabajando. Su investigación versaba sobre las intrigas que rodearon la coronación de Carlomagno como emperador de Europa, y despertó en mí tanto interés, que a mi regreso a España encargué de inmediato cuanta bibliografía pude recordar.



A partir de ese momento se sucedieron innumerables correos, no sólo con Frida Müller, sino también con Hans Reüick, su tutor en la tesis y profesor adjunto de la cátedra de Historia Medieval de la Facultad Heinsurrgrtruck de Frankfurt-Main, y con Albert Sacker, conservador del Museo de Aquisgrán, al tiempo que trabajaba con ahínco en el argumento de *La Escriba*.

Porque siempre deseé escribir una novela.

Hay personas que disfrutan con un yate lujoso, un menú impronunciable o el último bolso de marca. Yo prefiero compartir mi tiempo con un libro o un buen amigo, aunque éstos sean más difíciles de encontrar.

A lo largo de los años, he leído decenas de panfletos y opúsculos; tratados de historia y de filosofía; cuentos y ensayos; novelas de aventuras, de época y de intriga; narraciones cotidianas ejemplarizantes o historias cómicas e intrascendentes. Y con todas aprendí al tiempo que me entretenía. Pero si tuviera que elegir un género, sin duda escogería aquel que me ha llevado a respirar la penetrante humedad de una abadía, a secar mi garganta con el polvo asfixiante de los desiertos de Ispahán, o a padecer la crudeza de la edad media en plena campiña inglesa. Viajar a otras épocas y vivir sus personajes. Para mí, eso es la novela histórica.

La lucha

Una novela histórica debe ser, antes que historia, una novela. La documentación no es sino el decorado, el barniz que abrillanta y enlucé a los personajes, el envoltorio que los legitima y los hace verosímiles. Pero al igual que ocurre con un barniz espeso, si la documentación crece hasta



opacar el lienzo, sin duda estropeará el cuadro. Porque lo verdaderamente esencial es la novela en sí; su argumento rápido y preciso, sus giros inesperados, sus desenlaces terribles. En una novela histórica, los personajes, pese a la distancia temporal, han de resultar tan creíbles y cercanos como el vecino que cada mañana rezonga en el ascensor, o el desgraciado que nos implora limosna en una acera.

Durante dos años extracté miles de páginas hasta enquistarme en la paternidad literaria de la Donación de Constantino, el famoso documento del siglo VIII en el que se apoyaría la trama de *La Escriba*.

El testimonio más antiguo se encuentra en el Códice Latino 2777 de la Bibliothéque Nationale de Paris, fechado en el siglo IX, si bien tal códice no es más que una copia del nunca hallado original. Numerosos estudiosos han atribuido su autoría a la misma mano que pergeñó las Falsas Decretales, mientras que otros, como Baronius, señalaban a Oriente y a un griego cismático. Ponencias recientes han dirigido sus miradas hacia Roma, por ser el Papado su principal beneficiario, si bien la interpretación más antigua de Zacarías y otros apunta con fuerza al Imperio Francogermano. Esta última tesis, defendida con habilidad por Hergenröther y Grauert, recalca el hecho de que la *Donatio* aparezca primero en las colecciones francogermanas, es decir en las Falsas Decretales y en el manuscrito de St. Denis, argumentando así que el documento legitimaba la «*translatio imperii*» a los francogermanos, es decir el traslado del título imperial a la coronación de Carlomagno.

Podría referir más hipótesis como las de Martens, Friedrich y Bayet sobre la presencia de distintos autores, o las de Colombier y Genelin sobre la fecha de su ejecución, pero afortunadamente, la conclusión no cambiaría: los huecos en los cimientos históricos me permitían encajar los personajes que necesitaba, sin que éstos pareciesen unos falsarios.



Superado este escollo, aparecieron (cómo no) otros como la orografía (necesitaba un río, dos ciudades próximas, una abadía y un desfiladero), las armas (Theresa no podía aprender de un día para otro el manejo de un arco), o la remota posibilidad de que bandadas de sajones decidieran aventurarse en territorios alejados.

La localización recayó en Würzburg y Fulda, ciudades a las que viajé en varias ocasiones para comprobar la idoneidad de su emplazamiento. El arco lo sustituí por una ballesta, instrumento que si bien me solucionaba un problema, me acarreaba otro, ya que la ballesta, aunque presente en la época, no estaba difundida. Pero en definitiva, tales proposiciones entraban dentro de lo factible, así que me ocupé hasta del último detalle para hacerlas verosímiles.

Respecto a los personajes, sería preciso recordar a fray Alcuino, hombre de vital trascendencia en el devenir de Europa, de cuya existencia me apropié inopinadamente para convertirlo en un investigador cubierto de oscuros matices.

Y aunque tras estas puntualizaciones pudiera parecer que es la historia la que maneja la novela, lo cierto es que son sus personajes y los acontecimientos los que convierten su lectura en un mosaico de aventuras, amor y crímenes que se entretajan hasta formar una compleja urdimbre en la que la documentación tan sólo impulsa al avance de la trama.

Los deseos

Los de los lectores, por supuesto.



Cuando me planteé escribir una novela no pensé en mí. Ni siquiera en lo que personalmente me gustaría leer.

Deseaba que fuese el lector quien disfrutara, no yo, y para eso pregunté a quienes más saben de libros: los librereros.

Hubo opiniones diversas, desde quienes apostaban por la importancia del título o el diseño de la portada, hasta los que insistían en la utilidad de un buen póster. Sin embargo, casi todos coincidieron en que nada de eso serviría si el libro carecía de alma. «Infunde alma a tus personajes, y la novela emocionará.» Me hablaron del ritmo, del interés y del poder del entretenimiento. «Los críticos parecen denostar una novela entretenida, pero te aseguro que ésas, sin duda, son las mejores», me confesó Peter Hirling, propietario de una diminuta librería en el centro de Londres desde hace treinta años.

Sólo puedo decir que intenté seguir sus consejos. Pesé y medí cada párrafo, cada capítulo, buscando esa alquimia que desaparece cuando concluyes la novela. Y tras la última pincelada, quedaron atrás las palabras, las metáforas y el simbolismo para dar paso al cuadro completo. Y lo mejor de todo es que he disfrutado con ello.

En cuanto a otros deseos, en esta ocasión, los míos, necesito agradecerle a mi mujer Maite su cariño y apoyo durante los siete años que ha durado esta aventura, y durante los casi veinte que hace que nos conocemos. También a mis padres y hermanos (sobre todo, a ti, Javier) por su interés y sus desvelos.

Por último, no podría dejar de agradecer los elogios que Carlos García Gual, catedrático de filología griega en la complutense de Madrid, escritor, ensayista y crítico, además de editor de la revista *Historia* de National Geographic, vertió sobre el primer manuscrito. Sus consejos, por lo demás, directos y certeros, contribuyeron a pulir la historia, y sus



palabras de ánimo me ayudaron en este difícil camino. También quisiera mencionar a mi hija Lidia, a Juan Montesa, mi mejor amigo, y a Antonio Penedés, escritor de generosidad impagable cuya opinión me encauzó hacia mis actuales agentes, Ramón Conesa y Gloria Masdeu, de la agencia Carmen Balcells, a quienes felicito por su magnífica labor y su excelente comportamiento. Y por supuesto, por su confianza casi abrumadora, a Carmen Pinilla, a Rene Strien, mi editor alemán, y a Lucía Luengo, mi editora en Ediciones B.

Para todos ellos y, sobre todo, para mis lectores, mi eterno agradecimiento.

Fin